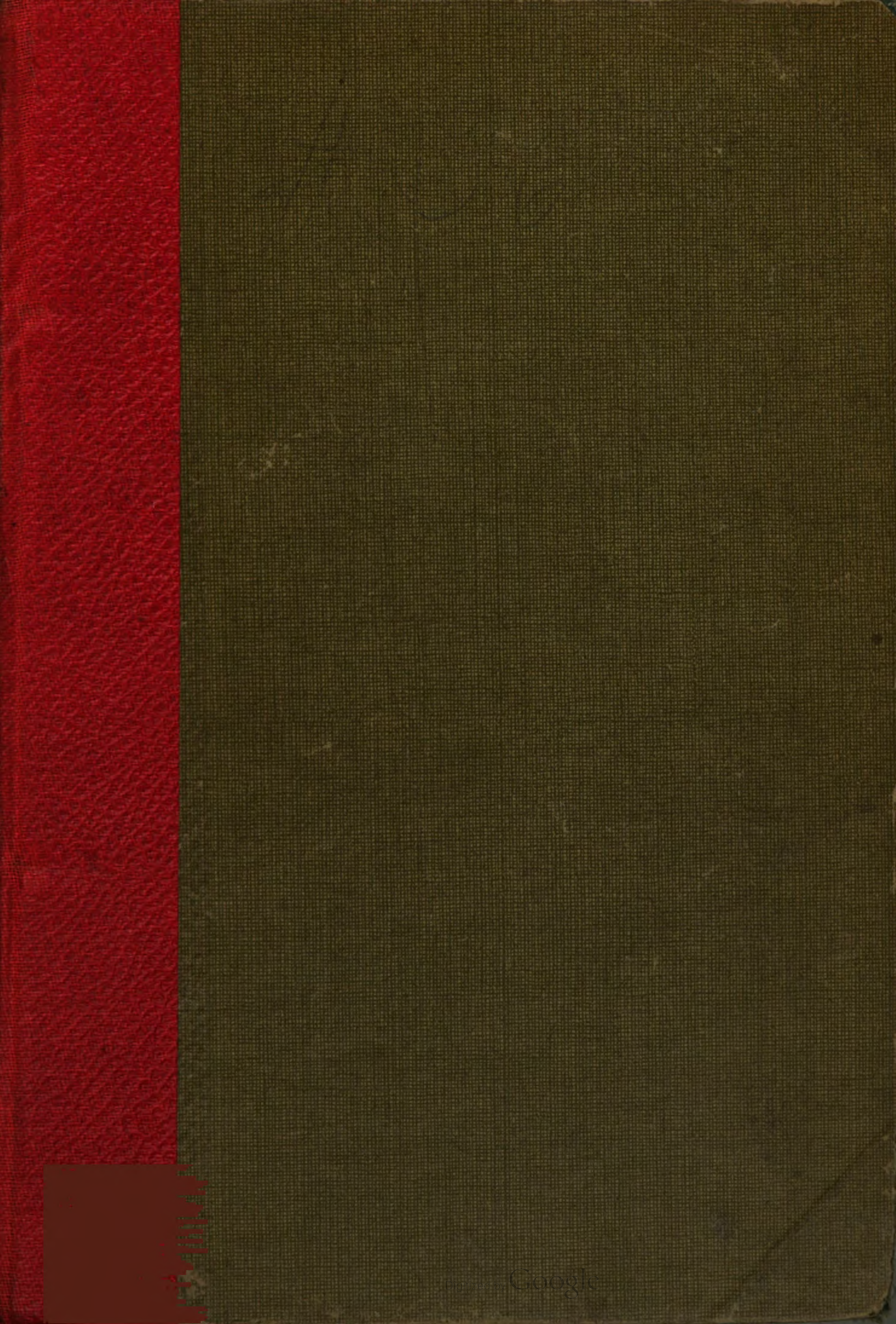
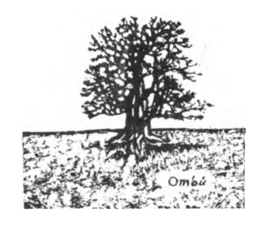


[redacted]



of

THE UNIVERSITY OF TEXAS LIBRARY



THE SIMON LUCUIX

RIO DE LA PLATA LIBRARY

Purchased

1963

[illegible]

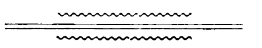
cop 1.

JAVIER DE VIANA

CON DIVISA BLANCA

CRÓNICA DE LA GUERRA URUGUAYA

(FOLLETIN DE TRIBUNA)



BUENOS AIRES
IMPRENTA TRIBUNA — BARTOLOMÉ MITRE 626
1904

A la brava división de Treinta y Tres, á los buenos é inolvidables amigos con quienes he compartido sufrimientos y esperanzas.

J. DE V.

BUENOS AIRES, JULIO 1904

I

TOQUE DE REUNION

Es la tarde de un claro y luminoso día de enero. La pequeña villa de Treinta y Tres se agita en movimiento inusitado. Por sus calles, antes solitarias, se ve el continuo galopar de jinetes que van y jinetes que vienen; en su única plaza, á la sombra de los grandes plátanos y de las acacias en flor, está tendida en batalla la división departamental. En los balcones, en las ventanas, en las puertas de las casas, se ven mujeres pálidas que contemplan aquel apresto con ojos de dolor, y niños que observan con ojos inocentes que interrogan á las madres, no sabiendo si han de reir ó han de llorar.

En una de mis idas y venidas paso por el hotel donde está mi esposa teniendo á mi hijito de la mano.

—¿«Tú tambien?»— me dice con lágrimas en la voz.

– «Yo tambien»—respondo, y huyo para que no me amilane el acuerdo del hogar que la más inícua de las guerras ha deshecho con su zarpazo feroz.

Llega la tarde, y en el silencio angustioso

que envuelve á la villa, suenan los clarines. Es el último momento. Mi peón, —que dentro de un rato ascenderá á la categoría de asistente, —me tiende la brida del caballo; un amigo me entrega una cinta blanca, que anudo en la copa de mi sombrero.

El clarín toca á caballo. Está oscureciendo y en la pequeña villa hay un silencio de infinita tristeza y parece que se escuchara el sollozo ahogado de las madres, el lamento de las esposas, el tierno suspiro de las novias. Yo echo una última mirada á la población, que se borra en las sombras de la noche, y mi egoismo sólo ve la esposa y el hijo que me obligan á abandonar.... Hace cinco meses que partí, no los he vuelto á ver, y comprendo ahora la profundidad del verso latino: «Bella matribus detestata.»

La columna en marcha consta de cerca de cuatro mil hombres, mandados por los coroneles Francisco Saravia, Bernardo Berro y Juan José Muñoz. Lleva como dos mil fusiles, algunas lanzas... y mucho entusiasmo. Además de la gente de Maldonado, venida con Munóz, va allí todo lo que quedaba de Treinta y Tres. Todo lo que quedaba, pues los escasos *colorados* habían partido ya, por rumbo opuesto y con divisa roja, siguiendo á Basilicio Saravia. Hombres hechos, mozos viriles, viejos y niños, todo va allí. En el pueblo han quedado solamente las mujeres; y la brisa tibia de la tarde que pasó por el Olimar y se desparrama en el bosque del Yerbal, sacude las ramas flexibles de los sauces y parece que dejara en ellas el eco del llanto de las madres que allá á lo lejos, en la villa muda, quedaron

de hinojos, llenando con su angustia las obscuras habitaciones desiertas.

Al trasponer el paso del Yerbal, los clarines de la banda lisa de la compañía urbana lanzan la notas agrias de una marcha guerrera. Y yo miro instintivamente al jefe, á Francisco Saravia,—al *coronel Pancho*, como le llaman allí—y me impresiona el contraste entre los sones marciales de los bronces y el aspecto pacífico del caudillo. Bajo, grueso, negligentemente vestido; un gran chambergo encasquetado, la cara ancha, rubicunda, sombreada por escaso bigote negro; la nariz pequeña, los labios entreabiertos en eterna sonrisa bondadosa, todo indica al paisano sencillo, laborioso, pacífico. Para encontrar en él algo de la impetuosidad temeraria de la raza es necesario observar sus ojos, los pequeños ojos pardos, inquietos y luminosos, que habitualmente sonrien al igual de sus labios, y en ocasiones brillan con intensos fulgores de osadía y de coraje. Es muy rico; su cinto, su ancho cinto de tropero, siempre está lleno de libras. Generoso á su manera, jamás ofrece un peso á nadie, jamás se lo niega á quien se lo pide. Pasa la vida en su estancia, cuidando su hacienda, tomando mate y jugando al truco. Hace un tiempo le ofrecieron la jefatura política de Treinta y Tres, y su contestación fué lanzar la bulliciosa carcajada peculiar de los Saravias. Sólo abandona su morada cuando las autoridades de su partido lo necesitan. En esos casos no pregunta para qué; monta á caballo y sigue, sea para exhortar á los compañeros en las luchas

comiciales, sea para guiarlos en la pelea de las contiendas armadas. Es un tigre en la guerra y no ama la guerra: en el campamento, mientras *amarguea* en los fogones de los soldados, su plácida sonrisa se corta de pronto y, en su lenguaje pintoresco, expresa la nostalgía del pago y queda triste un momento, pensando en el rodeo, en la cocina de la estancia, en las partidas de truco y en las delicias del amargo; luego sacude la cabeza, deja vagar en sus labios la eterna sonrisa bondadosa, casi infantil, y exclama con su vocecita aflautada:

—«Hay que cinchar, pues, hay que cinchar.»

Y él cincha, contento como matungo viejo que mira con indiferencia el maiz y la alfalfa.

Mientras avanzamos penosamente por los bañados del Yerbal, se acerca á nosotros el viejo coronel Berro, veterano de aspecto imponente, alto, recio, de mirada dura, de larga barba blanca, de palabra afable, con una afabilidad fria, que viste, sin ocultarla, su alma imperiosa, altanera, dominadora. También sonrie siempre, pero con los labios nada más, con los labios coronados por grueso bigote cano; los ojos protejidos por un bosque de cejas, miran siempre al suelo como para que nadie pueda leer en ellos las aspiraciones de aquella alma voluntariosa. Y habla y habla con cortesía irónica, y su frase se dobla al igual de su gran cuerpo robusto, donde anidan energías que han resistido á los años, á las fatigas, á los sufrimientos y á las decepciones. Habla mucho, con voz pausada midiendo las palabras, observando al auditorio de soslayo, diciendo siempre lo que quiere decir,

jamás lo que piensa. El primero en acudir á la cita, siempre pronto á tomar las armas en defensa de su partido, está allí con todos sus hijos. En Aceguá enterró uno; los supervivientes le siguen y él está dispuesto á mandarlos á las comisiones más arriesgadas, sin titubeos y sin emoción aparente: nadie puede leer en aquella máscara extraña cuya boca siempre rie, cuyos ojos duros parecen amezar siempre.

Y al lado de Saravia y de Berro está Juan José Muñóz. Bajo, endeble, correctamente vestido, muy cuidada la barba rubia, el habano entre los dientes, tiene en sus ojos azules una mirada suave, burlona y al mismo tiempo firme de hombre que conoce la vida y no la toma en serio. Los soldados tienen por él un gran respeto. Dicen que es enérgico, vivo y muy valiente. Yo lo conozco poco y espero juzgarlo más adelante. Por lo pronto me concreto á anotar el contraste que resulta de su figurita pequeña y atildada, entre la gruesa figura tosca de Francisco Saravia y la gran figura maciza de Bernardo Berro; entre su rostro fino, picaresco y la cara rubicunda y plácida de Saravia y el rostro hirsuto y adusto de Berro. Mientras el primero narra con franca alegría anécdotas camperas y el segundo ensaya frases diplomáticas, Juan José Muñóz aspira con fruición el humo del habano, tiende á lo léjos la mirada de sus ojos azules y una imperceptible sonrisa pliega sus labios finos.

Yo me he propuesto seguir con atención estos tres hombres tan distintos, cuyas suertes

están unidas por la divisa blanca que adorna sus sombreros.

Un detalle: Pancho Saravia lleva una divisa de cuatro dedos de ancho, y con inmensas letras de oro, el lema guerrero: *Todo por tí, patria mia:* Berro ostenta en el gacho una cinta blanca, sin lema; Muñóz un cordoncito blanco y celeste que apenas se nota en su sombrerito de fieltro fino de montevideano en excursión campestre.

....

II

EL PRIMER CAMPAMENTO

Han pasado tres horas de andar á tranco perezoso por los barrizales del Yerbal. La luna, pequeñita, muy fina y muy pálida, semejante á una de esas figuras heladas de los frescos de Puvis du Chavannes, va ascendiendo lentamente por el azul cuajado de estrellas. Las tres Marías brillan intensamente y, al lado opuesto, resaltando sobre el fondo obscuro del saco de carbón, la cruz del sud parece la insignia triunfal del cielo.

El clarín de órdenes lanza una nota rápida; alto. Otra nota apresurada: pié á tierra y desensillen.

Diez minutos más tarde el campo arde, en cuadras y cuadras, con los fogones, donde los soldados calientan el agua para el *amargo* que debe suplir la cena. Por mi parte, despues de atar á soga el caballo, *tiendo mi cama* con las prendas del arnés, me tiro largo á largo, boca arriba, bien cubierto por el poncho, y me dispongo á contemplar el cielo estrellado de aquella mi *nueva* primera noche de intemperie.

Y no encuentro lindo el cielo, no lo encuentro tan lindo cual lo veía despues de cena, sentado en el jardín de mi estancia, en las tardes apacibles de mi vida de ayer. Los recuerdos empiezan á mortificarme, cierro los ojos con intención de dormir, y las reflexiones ahuyentan mi sueño. Me pregunto por qué estoy yo aquí, tirado en mitad del campo, lejos de mi hogar, lejos de los seres que me son tan queridos. Y una voz, repulsiva en su indiferente trialdad, me dice: es la guerra.

¿La guerra?..... Pero la guerra por qué, para qué?

Todo esto ha sido tan brusco, tan inesperado, tan violento, que el espíritu ha perdido el rumbo y se agita sin concierto, como pájaro á quien se le abre la puerta de la jaula tras muchos años de cautiverio.

El 29 de diciembre estaba yo en Montevideo; el 30 regresaba á mi casa y el 31 me despertaba en el bullicio de una guerra ni siquiera soñada.

Desde muy temprano se veían grupos de hombres pasando apresurados por los caminos inmediatos; luego eran caballadas arreadas al

galope, en dirección á la selva protectora del Cebollatí; luego era gente de armas, que ahorraba caminos cortando alambrados; más tarde el huir despavorido del vecindario.

¿Que ocurría?

Que la policía local había recibido órden telegráfica de *reunir* á toda prisa; y *reunía*, cazando despiadadamente á todos los vecinos, incluso los viejos y los niños, y pasaba como una ola arrastrando tras sí los caballos, las yeguas, los potrillos y los hombres, todo junto y confundido.

No había que dudarlo: mi partido estaba en armas, aunque yo no lo supiese, no obstante formar parte de su primera autoridad, y á pesar de haber llegado, apenas hacía dos días, de la capital.

Escapé apresuradamente, dirigiéndome á Treinta y Tres, que esperaba encontrar en plena actividad revolucionaria; y ¡cuál no sería mi asombro al penetrar en sus calles, que conservaban su habitual placidez de los pobres pueblos anémicos, consumidos por nuestro irritante centralismo!

Esperaba ver las calles llenas de gente armada; esperaba ver jinetes que, con la divisa en el sombrero y la lanza en la mano, galopaban apresurados en todas direcciones; confiaba oír redobles de tambor, imperativos llamados de clarin, choques de sables, recias voces de mando, y sólo veo una pesada carreta de bueyes avanzando á tranco perezoso por la calle real, un guardia civil echando miradas codiciosas al

despacho de bebidas del almacen de la esquina, un fraile que pasea su voluminoso abdomen satisfecho por la acera de la iglesia y unos perros muy grandes que con aire estúpido requieren de amores á una perrita muy chica.

Voy á la jefatura é interrogo al amable jefe, don Pedro Echevarría.

—«¿Qué ocurre?»

Y él, acariciándose la larga pera blanca, me responde dibujando en el aire un gran ademán de orador girondino.

—«Es lo que yo digo «¿qué ocurre?»

Pregunto por el coronel Saravia.

El coronel Saravia está en su estancia.

Pregunto por el coronel Berro.

El coronel Berro está en su estancia.

Pregunto por el comandante del Puerto.

El comandante del Puerto está en su estancia.

—¿Y el general Saravia?—me aventuré á interrogar.

—El general Saravia está en su estancia—me contestó.

—Pero, ¿hay ó no hay guerra?

—Parece que sí.

—¿Y quién la hace?

—No lo sé.

—Y en tanto, Vd. qué decide?

—Esperar órdenes.

—¿De quién?

—Del que tenga más derecho á mandarme, responde maliciosamente el delegado del ejecutivo, aquel delegado que no ha recibido una

órden de su gobierno, en tanto llega hasta las fronteras de su departamento el ruido de oleaje del apresurado aprestamiento militar.

Me voy al hotel, decidido á dormir tranquilo, con la filosofía que me ha dado el convencimiento de las rarezas de mi tierra, y en la madrugada me despiertan los sones agudos, violentos, imperiosos de los clarines y el movimiento guerrero que esperaba encontrar la víspera.

Me levanto sobresaltado, salgo á la calle interrogo al primero que pasa, y me responde con aire idiota:

—Batlle ha declarado la guerra.

—¿El que?—pregunto asombrado; y como mi hombre ha pasado ya, tranqueando largo, detengo á un oficial que cruza al galope.

—¿Qué hay?—le grito—y él, sin detenerse, me lanza esta barbaridad de pasada:

—¡El gobierno se ha sublebao!

Tratando de traducir al sentido común la frase del oficial, atravieso la plaza, llego á la jefatura política y me apersono al jefe, que se pasea agitado, calzando botas, vistiendo bombachas, haciendo flotar al viento, como un gallardete, la fina y larga pera blanca. Con frase breve y nerviosa me explica lo que acontece.

El gobierno ha decretado el estado de sitio, ha mandado AGARRAR *á todo el mundo y arriar todas las caballadas y sus ejércitos marchan apresuradamente sobre los departamentos administrados por nacionalistas.*

—¿Y el general Saravia?—pregunto sin poder dar crédito á esto que se me antojaba una

barbaridad más grande que la del oficial de momentos antes.

—El general Saravia ha ordenado que reuna, que espere, y que nos defendamos si nos atacan.

—¡Ah!—exclamé, y entre mi pensé:—¡*La reconquista de las jefaturas!* y me alejé! haciéndome la amarga reflexión de que la luz eléctrica va alumbrar mucha desolación, mucha pena, muchas angustias; esta luz de siglo que al fin y al cabo resulta iluminando las mismas pasiones y las mismas almas que hace un siglo el pobre candil de llama oscilante. Y me pregunto si en el necesario paralelismo con que deben marchar todas las cosas humanas, la vieja alma charrúas se ha quedado atrás del pobre candil de la choza, y vá una sola línea hácia adelante en una prolongación inevitable, mientras la otra, la que forman los espíritus, se estanca en la intensidad de las pasiones y en las esperezas nativas no dominadas todavía.

Pensativo, abatido, descorazonado, fijos mis ojos en el cielo tan puro, tan luminoso, tan bello, tan placido, que se extiende centellante sobre mi cabeza, y me parece que las estrellas, girando en ronda incoherente, trazan sobre el fondo azul estas tres frases disparatadas que me obsesionan:

«Batlle ha declarado la guerra».

«El gobierno se ha sublevao».

«El gobierno ha declarado la guerra y sus ejércitos marchan apresuradamente sobre las jefaturas administradas por nacionalistas».

Y me asalta una duda, una duda que al final me obliga á exclamar en voz alta:

—¿Pero mi país es un país civilizado?

Miro en torno mio, á la luz mortecina de los fogones que empiezan á decrecer y extinguirse, sólo veo rostros tristes, frentes pensativas, labios mudos y ojos fijos en el cielo ó en la tierra. Nada del entusiasmo bullicioso de un ejército de fanáticos en cuya alma colectiva chispea un ideal; nada de esa decisión alegre de quienes no echan de menos su hogar, la fortuna, la tranquilidad, pues que han ido à la guerra impulsados por un sentimiento más amplio y más intenso y más cálido. En el rostro de todos aquellos hombres obligados á abandonar sus casas, sus familias, sus ocupaciones, ante la amenaza de la leva ó del puñal, se cierne algo así como la niebla de una rencorosa resignación.

Sin embargo, yo he visto á esos hombres, muchos capitalistas, muchos industriales, casi todos hombres de labor, suspender gozosos sus faenas para cooperar á la organización del partido político á que están afiliados; los he visto prepararse, llenos de entusiasmo, para la cercana lucha electoral, y los he visto congregarse, animados, decididos, para discutir proyectos de vialidad y de colonización, expresando sus grandes anhelos de poblar el país de haciendas finas y de arrancar á la tierra los tesoros que guarda avara en su seno.

Por lo tanto, lo que hoy les presenta así, adustos y abatidos, es el estupor, la sorpresa de hallarse de pronto en los horrores de la guerra, cuando orientaban sus energías en el sentido de la paz laboriosa. La primera impresión fué como un golpe de maza en mitad del cráneo; el desconcierto que produce el brusco estallido de un absurdo social que hizo exclamar á muchos: «Tenemos un loco por presidente.» Esa primera impresión pasará. El uruguayo, — que tiene mucho de su abuelo el charrúa, — no acostumbra pedir gracia. Esos hombres á quienes se persigue como una casta inferior que es necesario destruir, echarán una última mirada entristecida al pago que abandonan, y dejando en ella un adios postrero á las casas gratas y á los seres queridos, entrarán serenos en la sombra misteriosa de la guerra.

Ya se han apagado los fogones, ya reina en el campamento el profundo silencio de la campaña, sólo interrumpido, de tarde en tarde, por el relincho de los caballos,—que también echan de menos el pago, la soledad del potrero,—y aun el sueño no viene á cerrar mis ojos, y á diluir en las sombras del olvido mis tristes pensamientos.

Sin embargo, la imaginación, cansada de galopar por las encrucijadas de la duda y los esterales del recuerdo, se amansa, se entrega, como potro rendido al aguijon de la espuela, al golpe del rebenque y al tiron del «bocado.»

Una extraña sensación de bienestar me embarga; el bienestar de la indiferencia, de la resignación al acto consumado. Pienso que ya

no tengo familia; pienso que ya nada poseo,— ni aun mi propia vida, que está á la merced de la primera bala impertinente que me encuentre en una guerrilla,—y me entrego á las supremas delicias de la existencia animal: comer, dormir.

Y el sueño empieza á acariciarme con sus dedos afelpados; pero no llega bastante aprisa para impedir una última reminiscencia de mi hogar distante, de mi jardín florido y de las noches tranquilas que eran el justo premio á la labor del día. Y apoyada la cabeza en el duro lomillo, humedecida la frente por el rocío de la noche, se me presentan las deliciosas horas pasadas al lado de mi santa compañera. Nuestras cabezas reclinadas en la misma almohada, velábamos leyendo nuestros libros favoritos, interrumpiéndonos de cuando en cuando para escuchar si era tranquila la respiración de nuestros hijos que dormían en la habitación vecina...... Afectos, delicadas sensaciones de arte...... nimiedades que se van borrando y desapareciendo como la luz de la tarde en el avance lento de las sombras del crepúsculo.

BUSCANDO A MUNIZ

Muy temprano, mucho antes del día, nos despiertan los clarines con las notas alegres de una diana. Se hace fuego á prisa, y se ensilla entre sorbo y sorbo de «amargo,» y poco rato despues, ¡á caballo....! ¡marcha....!

El ejército va dividído en tres divisiones: la primera al mando del coronel Francisco Saravia; la segunda á las órdenes del coronel Juan José Muñoz; la tercera comandada por el coronel don Bernardo Berro.

Los escuadrones, con sus respectivos jefes á la cabeza, marchan en filas de á cuatro, en orden perfecto. Jefes, oficiales, soldados, todos van bien empilchados, muchos lujosamente vestidos, ostentando rico herraje sobre pingos gordos y escarceadores. La caballada es inmensa, pues raro es aquel que no lleva su caballo propio, y se cuentan por centenares los que han alzado sus tropillas.

Los espíritus empiezan á serenarse, adaptándose á la nueva situación; se conversa, se rie, se jaranea y si todavía no se sueña con victorias, se tiene ya la decisión de una resistencia indomable y el propósito firme de hacer pagar bien caras al gobernante temerario su torpeza y su crueldad.

Vamos al encuentro de Muniz, y es muy difícil explicar el sentimiento que hace nacer ese nombre en los corazones de los perseguidos. Es una mezcla de ódio y de desprecio; con el ódio y el desprecio á que se hace acreedor un enemigo injusto y fuerte, rencoroso, vengativo, inclemente en la persecución á los que fueron sus compañeros de ayer, sus hermanos en ideas, en aspiraciones y en sacrificios.

A medida que el sol se eleva, extendiendo su alegría sobre las verdes cuchillas, las conversaciones se animan, la tristeza se adormece

en aquellos pechos de varones fuertes; pero de pronto alguien nombra á Muniz ó á Batlle, y los rostros se contraen en expresión severa.

¡Muniz, Batlle!... Esos dos nombres aparecen siempre juntos en los labios de la hueste nacionalista. ¡Batlle, Muniz!... El mismo delito de deslealtad los une, los iguala. Sobre esos dos nombres pesa el odio y se cierne la amenaza, y así se explica que el ejército marche alegre al encuentro del caudillo gubernista sin preocuparse de las deficiencias de su armamento y de su organización

—«Muniz, Muniz!»—me dice un indio viejo que no sabe ya cuantos años ni cuántas cicatrices tiene,—«le dan menta, no más, porque aquí á cualquier palo le hacen punta; pero vea, es más bruto que yo!»

Me parece que mi correligionario, por modestia, exagera un poco; pero no creo gran cosa en las condiciones napoleónicas del generalísimo batllista y encuentro en cambio gran verdad en la frase de Villebois de Mareuill, el heroico jefe del estado mayor transvaalense:

—«Mis hijos, las buenas armas y la buena instrucción, valen mucho en la guerra; pero también valen mucho el saber que se defiende una causa honrada, que *debe triunfar*, y el tener un corazón decidido á *hacerla triunfar.*»

Hemos andado todo el día, y al obscurecer acampamos, habiendo recibido la noticia agradable de que el general Saravia, con un ejército de seis mil hombres, ha batido á Muniz en la Ternera, obligándolo á retroceder precipitadamente.

Al día siguiente, muy temprano, reanudamos la marcha, contentos con la esperanza de la pronta incorporación; pero esta alegría no dura mucho. De pronto, la columna hace alto, y cambiando de rumbo comenzamos á desandar lo andado.

¿Qué ocurre?

No puedo averiguarlo; pero me inclino á creer que algo bastante desagradable, porque los tres jefes han conferenciado con gran misterio, y al concluir la conferencia, el rostro plácido de don Pancho Saravia se había ensombrecido, don Bernardo Berro llevaba erizados los bigotes y las cejas y Muñoz, mascaba nerviosamente el habano.

Vamos hacia el Avestruz, buscando vadear el Olimar Grande con rumbo á Nico Perez, probablemente con intención de salirle á la cruzada al ejército gubernista en fuga.

Se anduvo todo el día, en una jornada monótona, y al siguiente me dijeron que, por una orden mal trasmitida ó mal interpretada, habíamos marchado en dirección á Cerro Largo, buscando la incorporación de Aparicio, en vez de dirigirnos con rumbo á Nico Perez, para salirle al frente á Muniz.

Despues he sabido que si esa operación se hubiese realizado como fué ideada, la guerra se habría iniciado con una estruendosa victoria nacionalista.

En efecto, Muniz, cuyo ejército no alcanzaba á dos mil hombres, había avanzado sobre Cerro Largo, con intención de *torear* á Saravia y llevarlo, engolosinado con pequeños triunfos,

hasta un lugar aparente para batirlo. Pero el jefe gubernista no contaba con la energía y la actividad del caudillo del Cordobés, ni esperaba encontrarse con un ejército tan numeroso, y tuvo que emprender una retirada muy semejante á una fuga. En esas circunstancias, perseguido tenazmente por el ejército de Melo, vendría á chocar contra el nuestro, y colocado entre dos fuerzas ocho veces superiores á la suya, su aniquilamiento era inevitable. Las mejores tropas del gobierno,—los batallones de línea,—habían sido destinados allí, perdiendo dos bacterías de artillería y el parque bien previsto que llevaban.

No pudo ser.

En marchas forzadas hemos llegado á Nico Perez, donde se renuevan las provisiones del ejército, y tras corta estadía avanzamos para acampar á dos leguas de allí junto á un arroyuelo que se retuerce entre las primeras estribaciones de la sierra de Illescas.

El arroyuelo tiene una agua muy pura, muy cristalina, pero en sus márgenes áridas no hay un solo árbol que nos resguarde del sol abrasador y nos brinde leña para calentar agua y asar los churrascos...... Y la primera escena de devastación se presenta ante mis ojos: hay que quemar alambrados, porque con este serían dos días sin comer, y tres con el de mañana,

dado que, en muchas leguas al contorno, sólo se encuentran hondonadas cubiertas de grama y cerros que exponen al quemante sol de enero sus blancas calvas de piedra.

Hasta la fecha, el ejército ha marchado con órden perfecto, respetando la propiedad, enviando guardias á las estancias y á las casas de comercio, avanzando por los caminos, carneando lo necesario y eligiendo para esto á los ganaderos más ricos, aquellos á quienes les fuera menos sensible la perdida.

Ahora, la saña destructora de la guerra empieza. En pocos minutos, por la fuerza de la necesidad, las líneas de alambrado desaparecen, no dejando otro rastro que los hoyos donde estuvieron clavados los postes. Estos arden en los fogones, y los hilos, cortados en mil pedazos, han servido para improvisar armazones de carpas que, con un poncho encima, nos protegen contra la terrible irradiación solar.

Es triste, no solamente por el valor que representan los alambrados destruídos, sino también por los enormes perjuicios que causa su destrucción al vecino: las majadas se alejan, se entreveran, se pierden; los vacunos, contentos con escapar á la monotonía del «potrero», se dispersan en busca de aventuras; las razas se mezclan y, olvidando todas las conveniencias, se entregan á amores desordenados; los animales de alta alcurnia echan al diablo sus pergaminos y los plebeyos olvidan la distancia... zootécnica que los separa de los aristócratas:

aquello parece un baile de carnaval en la Opera, donde todos ocultan el correspondiente número del catálogo para convertirse en simples animales de placer.

Los criadores que durante años y años han estado seleccionando sus haciendas, verán inutilízados sus afanosos empeños por la destrucción de esa línea de alambrado cuyos postes y piques arden en los fogones donde se prepara nuestra cena.

Es triste; pero es la guerra; y la guerra, ya se sabe, es sinónimo de destrucción. ¿No vamos buscando al enemigo para destruirlo á hierro y plomo? Y, al fin y al cabo, ¿qué son los bienes de los hombres, comparados con los hombres mismos?

He pronunciado esta frase en voz alta y el comandante José R. Gómez, que se acerca en compañía del coronel Saravia, de quien es secretario, me ha oído y responde sentenciosamente:

—Sofisma. *Los hombres* son unidades transitorias, cuya existencia es un segundo en el infinito de la vida universal; en tanto que *el hombre*, la especie, para cuya supervivencia trabajan *los hombres*, es eterno. Y los bienes no pertenecen á *los hombres*, sino *al hombre*. Por una ficción, llamamos dueño al poseedor; pero en realidad le corresponden por igual á los que ya no existen y á los que no existen aún.

Y tras esta tirada filosófica, mi amigo se aproxima al fogón, mira el asado con ojos de metafísico hambriento, desenvaina el cuchillo y corta una buena lonja de carne.

Como veo que no está ya dispuesto á discutir, me dirijo al coronel Saravia.

—¿Y usted, coronel, qué piensa?

—Yo también pegaré un tajo,—respondió; y lo hace sin más trámite.

—Sabes? comer y pensar son dos actos imposibles de ·racticar al mismo tiempo,—me indica Gomez, entre mascada y mascada;—á lo que protesto exclamando:

—Sí, pero la discusión es de todos y el asado es del dueño.

—El dueño?... En tiempo de guerra nada tiene dueño.

—¿Que le parece, coronel?—exclamo indignado encarándome con Saravia.

—Que está medio crudón pero sabroso.

Y yo pienso que, por poco que el comandante del Puerto y el comandante Pimienta y los otros comandantes, se decidan á honrar mi fogón con su presencia, todos van á ser dueños, menos yo.

Como por primera vez; tras una semana de marcha, vamos á pasar todo un día acampados, se aprovechan las horas, tratando de organizar militarmente las fuerzas.

Los jefes de escuadron, venidos en conclave, empiezan por votar para segundo jefe de la división Treinta y Tres al comandante Fructuoso del Puerto. Es éste un mozo jóven, de poco más de treinta años, rico hacendado, sin más familia que una madre y una hermana que lo adoran.

Muy culto, muy inteligente, muy sério y re-

posado, es todo un carácter. Valiente sin jactancias, generoso sin ostentaciones, extremadamente modesto, es la primera personalidad civil de Treinta y Tres. Presidente de la comisión departamental nacionalista, presidente de la junta electoral, presidente de la municipalidad, jefe político interino, hubo de serlo efectivo por pedido de la población en masa. Su nombramiento para segundo jefe de la división es recibido con júbilo por los soldados ciudadanos, que tienen por *Frutito* un afecto respetuoso.

Apenas en posesiòn de su cargo, el segundo jefe, que es de una actividad infatigable, revista los escuadrones, hace reconocer los comandantes y extender las listas de las tropas, revisa el armamento y atiende á todo en esta organización que es necesario obtener al galope.

El mayor Masa, jóven oficial argentino, que une al valor y á la vasta instrucción militar una exquisita cultura y una extremada modestia, y que por razones especialísimas no ha podido ser el jefe de estado mayor, acompaña á del Puerto, sirviéndole de auxiliar técnico.

Con celeridad vertiginosa se han arreglado los libros de la mayoría, se han distribuido los cargos, se han dictado las primeras órdenes del día y no se ha olvidado ningún detalle; preocupándose hasta de los variados farolillos de vidrios de color y de las bandas y brazales de los ayudantes.

De este modo, alegremente entretenidos, nos

sorprende la noche y nos disponemos á aprovecharla en profundo sueño reparador, poblado de visiones guerreras, de evoluciones, de cargas, de victorias. Poco á poco el medio va produciendo su efecto inevitable, poco á poco la masa amorfa va cristalizando, la agrupación se va convirtiendo en ejército, en virtud de la rígida ley fisiológica de adaptación del órgano á la función.

En cuanto á mi,—convencido de la nula, ó por lo menos mínima parte que ha de tener mi persona en los éxitos guerreros,—me propongo dormir sin otra preocupación que gozar de las delicias del sueño.

Me lo propongo!... pero no haría un cuarto de hora que dormía, cuando me despierta sobresaltado un rumor sordo, lejano, continuo y los gritos inmediatos de ¡á los caballos! ¡á los caballos!

Me levanto apresuradamente, oigo tiros, voces, órdenes; un correr en todas direcciones, quedo aturdido hasta que el comandante del Puerto me zamarrea, diciéndome:

—¡Agarra tu caballo!

¡Mi caballo! En cualquier momento encuentro yo mi caballo en la obscuridad de la noche! Un amigo me lo trae, y preguntando qué ocurre, me responde con voz que tiembla un poco:

—La caballada.

I

Yo he oído contar muchas veces, en las largas veladas del invierno, en el comedor de la estancia, episodios emocionantes de las disparadas de caballos; pero siempre creí que era necesario *rebajar algo*, improvisado por la fantasía criolla de los narradores.

Ahora iba á tener oportunidad de júzgar por mí mismo.

No se veía nada; nada más que bultos negros de personas que corrían en todas direcciones, agitando tizones encendidos; pero se oía en cambio el grito de ¡los caballos! ¡los caballos! repetidos en todos los tonos, de cerca y de lejos, en la extensa zona del campamento. Y dominando esas voces alarmadas, un rumor sordo, contínuo, imponente, que avanzaban con pasmosa celeridad.

A los gritos se unían las detonaciones de las armas de fuego, y se diría que el ejército había sido sorprendido y atacado por el enemigo.

De pronto, el tropel disminuye, se apaga, cesan los tiros y los gritos, se escuchan algunos relinchos distantes y la calma renace: la disparada ha sido contenida por los rondadores.

Me dispongo á soltar mi caballo y acostarme; pero del Puerto me aconseja esperar aún. Y el consejo fué prudente: no habían pasado veinte minutos y el tropel recomienza. Ahora es un trueno formidable, una ola colosal, constituida por miles de caballos que avanzan en carrera desenfrenada, llevando por delante cuan-

to encuentran. La tierra tiembla bajo el pisar sonoro de millares de cascos; á la gritería infernal de los soldados se unen las descargas de las fusilerías

Siento la avalancha venir rodando con estrépito terrible; mi caballo asustado, irgue las orejas, fufa y forcejea por escapar. Me doy cuenta del peligro que entraña aquella fuerza bruta, indomeñable, contra la cual no hay defensa posible, y en un segundo la ola llega y pasa delante mí, produciéndome la más grande sensación de miedo que haya experimentado en mi vida.

Cuando quiero reaccionar, la ola ha pasado, el tropel se va alejando, hasta perderse en las escabrosidades de la cercana serranía; la quietud y el silencio renacen en el campamento.

Pero ya no puedo dormir; mis nervios están demasiado agitados; la emoción ha sido tan rápida como violenta, y ya no es posible el descanso. Por fortuna, otros amigos, en iguales condiciones que yo, se me unen; avivamos el fogon, se pone al fuego la caldera con el agua, se prepara el cimarron y, sentados en el suelo, en círculo pintoresco, comenzamos á departir sobre temas diversos.

Alguien me dice:

—«Vd. que conoce á Batlle, ¿como es Batlle?»

—«Batlle»—respondo,—«Batlle es, ante todo, un giganton desgarbado, de cuya mole se darán Vds. cuenta con la siguiente anécdota:

«Estábamos una mañana en la redacción de *El Día*, Bixen, Moratorio, Arenas, Sosa, Teófilo Diaz y varios otros. Teófilo Diaz, repan-

tigado en una silla, con las piernas muy estiradas, pensaba no se sabe en qué. En eso se sienten en el patio las pisadas sonoras del director; Teófilo se recoge, pone los piés en los palillos de la silla y exclama cómicamente:

—«La pisada de Batlle es mortal.»

—«Sobre todo cuando está en *estado alotrópico*,—agrega riendo Julio Ramon de la Cerda, un periodista treintitresino, agudo y mordaz.

Yo me le sublevo.

—«Es una infamia» — digo — «atribuirle ese vicio á Batlle; yo lo conozco de mucho tiempo atrás y puedo garantizar que es eso una calumnia.»

—«Ya, ya»—responde el comandante Pimienta, un viejo dogo irascible que exige en todos la pureza impecable de sus sesenta años, consagrados á hacer reverencias á *Madame La Vertu*.—«Usted lo defiende porque es su amigo.

—«Su amigo» respondo,—«no; soy demasiado insignificante para ser amigo de personalidades,—aunque sean personalidades del Uruguay;—pero lo he estimado mucho. El 1° de enero de 1903 le escribí una tarjeta en que le decía que «le felicitaba en ocasión del primero de año, esperando saludarlo presidente de la república el 1° de marzo; y el 1° de marzo le estreché la mano y hasta escribí algo significando mi contento por su elección.»

—«Lo que significa....»

—«Que me equivoqué.»

—«Pero, al fin y al cabo ¿qué es Batlle?

—«Batlle es un hombre inteligente, honrado,

bueno, generoso, enérgico y de un valor cívico á toda prueba.»

Estas palabras mias produjeron tal alboroto en el fogon, que por un momento creí recomenzaba la disparada de los caballos. La indignación fué tan grande, que muchos se pusieron en pié, y creo que hubo quien, olvidando una amistad de muchos años de comunes sufrimientos, tuvo intención de arrojarme un tizon á la cara.

—«No se apuren, no se apuren» — les repliqué.

Batlle es todo eso, pero es, tambien, extremadamente ignorante, superlativamente perezoso, é inconmensurablemente autoritario. Ha tenido la franqueza de decir *que no lee nada, porque al leer á los otros se pierde la originalidad.* Lo que constituye una torpe disculpa de su haraganería. Porque hay que saber que Batlle tiene pereza hasta para pensar, como si las ideas, antes de salir de sus labios, se fatigasen echando á andar los varios kilómetros de red nerviosa de su corpachon patagon. Juzga el talento de los demás á *pálpito.* Lo he visto hablar entusiasmado de uno de nuestros escritores jóvenes, de su ilustración, de su inteligencia, de la belleza de su estilo, de su lucidez de criterio, y concluir así con esta declaración, que nadie puso en duda:

—«Yo no he leído nada de él, pero me gusta mucho.»

Es capaz de hacer cosa buena, pero si echa á andar por senda extraviada, seguirá en ella, no tanto por capricho, por tenacidad, como

por no tomarse el trabajo de buscar otra. En lo demás....

—«En lo demás es peor!»—me interrumpen; y los tertulianos del fogon en masa protestan, gritan, gesticulan, impidiéndome que reconozca una sola cualidad buena al actual presidente.

—«Pa mí»—dice un paisano viejo que desde la guerra grande es labrador en tiempo de paz y capitan en tiempo de guerra.—Pa mí, *Balles* es lo mesmo que Muniz. Se pueden acollarar con un hilo de coser sin miedo de que revienten la collera.»

Hay, sin duda, excesiva severidad en el juicio de mis hermanos de infortunio; pero, para ellos, que debieran estar familiarizados con las monstruosidades de las guerras civiles, no tiene explicación, ni atenuación, la monstruosidad que implica la agresión de que hemos sido víctima.

El recuerdo del rancho, donde quedaron sin amparo, la madre anciana, la campesina hacendosa y los pobres pequeñuelos; la visión del campito donde pacia el rebaño con tanto mimo, cuidado, y la chacra donde el maíz alegra con el verde de sus hojas y el oro de sus mazorcas; la imagen del hogar,—que es la imagen de la patria,—la imagen del hogar perdido, las ilusiones achicharradas como sementera por helada intempestiva, las esperanzas aventadas á los cuatro vientos, todo eso se convierte en hiel, amarga y enturbia el alma del paisano bueno, que había hecho una picana con su lanza y había guardado en el fondo del baúl la divisa guerrera, como reliquia de una época

muerta. Pesa sobre él, como sobre su padre, como sobre su abuelo, una parte de responsabilidad en las sangrientas turbulencias que enrojecieron la aurora nacional. Le han echado en cara tantas veces su inquietud guerrera y tantas veces le han repetido que la guerra civil es un crimen, que hoy tiene derecho para alzarse iracundo y apostrofar al presidente Batlle gritándole:

—¡Criminal!

IV

ILLESCAS

Como de costumbre, levantamos campamento al rayar el alba, é ibamos alegres, porqué se nos dijo que antes de llegar la noche nos incorporaríamos al general Saravia.

¡El general Saravia!

Los que le conocían, los que habían sido sus soldados en el 97 y habían sido testigos de sus proezas; pronunciaban su nombre con una solemnidad casi religiosa; y los demás, los muchos que sólo sabían de él lo que contaba la leyenda, estaban ansiosos de verle.

¡Aparicio Saravia!

Su nombre tenía un mágico prestigio, pero un prestigio extraño que no lo lograrán comprender jamás los hombres de ciudad, los que no han vivido en el ambiente cálido del campo, los que no conocen el alma del morador de las soledades gauchas.

La explicación del porqué de ese prestigio la hallará el lector,—si me acompaña en mi viaje retrospectivo,—en las acciones mismas del caudillo más grande y más noble que ha nacido en tierra de charrúas.

Pero antes de saber lo que és, es bueno que se sepa lo que dicen que es.

Un gaucho analfabeto.

Un compadre.

Un díscolo.

Un ambicioso.

Un general sin aptitudes.

Un guerrillero audaz.

Y, finalmente,—según Muniz,—«un portugués fanfirruña».

Si yo no estuviese recibiendo impresiones, si el momento no fuese inapropiado para hablar con la voz severa de la ciencia, si no tuviese la seguridad de que habría de juzgarse como ridícula pedantería una excursión al campo de la morfología social, me permitiría recordarles á quienes con tanta suficiencia juzgan al jefe nacionalista, el apotegma de Wirchow:

Omnia celula a celula et in celula,

Y entonces, alguien que veía en los acontecimientos humanos algo más que un juego de azar, algo más que una suerte de dados; alguien que crea en el principio de casualidad, alguien que no sea bastante torpe para combatir la tisis con pastillas de opio, se echará á buscar el porqué de ese respeto que 20.000 hombres profesan al hombre que los guía. Y como esos hombres no visten plumas de ñandú, ni llevan

vinchas de piel de siervo, ni usan flechas de urunday, ni pescan tarariras con beleño, no es posible suponerlos una tribu sin voluntad que va de aduar en aduar; vagando por lomas y alamedas, al sud y al norte, al naciente y al poniente, siguiendo el penacho de plumas multicolores del cacique....

Pero esas cosas no interesan.

Hemos dejado Nico Perez atrás y avanzamos por la falda de una sierra cuyos picos se ven azulados en la distancia. El sol brilla con intensidad abrasadora haciendo penosísima la jornada por aquellos parajes áridos, donde se andan leguas sin encontrar un mal regato, un manantial de aguas salobres, un charco de agua turbia y caldeada.

Sin embargo, el entusiasmo no decae por un momento. La columna, considerablemente engrosada con importantes y contínuas incorporaciones, ha adquirido ya una marcialidad de que carecía en las primeras jornadas. Los escuadrones, con sus jefes al frente, marchan bien alineados en hileras de á cuatro. A ambos lados van los carros con municiones y pertrechos; y, más afuera, la masa enorme de las caballadas. Doble fila de flanqueadores resguarda los lados, vigilando lo que pueda venir de afuera, impidiéndo al mismo tiempo que nadie se aparte y salga de formación. A ninguno le es permitido llegar á las casas sin licencia y, en las pulperías, hay guardia expresa prohibiendo que se despachen bebidas, y cerciorándose de que todo lo que se compra es pagado. Lo que da lugar á que los comerciantes pien-

sen que, al menos por ahora, la guerra se presenta como pingüe negocio.

Con charlas alegres, gritos y cantos, la muchachada trata de olvidar las fatigas de la penosa jornada. Además, la ėsperanza de encontrar pronto al enemigo y recibir el bautismo de sangre, los inflama; tanto más cuanto que ese enemigo es Muniz, el caudillo apóstata, el implacable perseguidor del 97, el que fué entonces el brazo más fuerte del tiranuelo Idiarte Borda como piensa serlo ahora de Batlle.

Así, cuando á medio día llega la noticia de que el ejército gubernista está cerca, que quizá dentro de horas tendrá lugar el primer encuentro, el entusiasmo es indescriptible. Los vivas al ejército nacíonalista y á Saravia atronaron los aires, las lanzas se blandían sacudiendo las banderolas azules y blancas, el entusiasmo dilató los pechos y en un instante desapareció hasta el recuerdo de las fatigas pasadas hasta el día.

Habíamos hecho alto y echado pié á tierra, permaneciendo con el caballo de la rienda.

Al frente, los tres jefes conferenciaban, Berro, huraño como siempre, Muñoz con la misma sonrisa irónica y el infaltable habano entre los dientes, Saravia impasible.

—«¿Que hay, coronel?»—le pregunto á este ùltimo.

Y él, sin alterar en lo más mínimo su rostro plácido y su vocesilla casi infantil, me responde:

—«Parece que ahí están los *bichos*»

Se desprenden partidas exploradoras, se preparan las armas, se ensillan las reservas... y

como no existe prueba alguna de que sea mejor morir en ayunas que con la barriga llena, construimos fogones, calentamos agua, *amargueamos* y churrasqueámos.

Dos horas más tarde llega un chasque, se manda á caballo y la marcha prosigue tranquilamente.

¿Y el enemigo?

Desaparecido.

La noticia produce tristeza en las filas nacionalistas, cuyo anhelo es ir cuanto antes á la pelea á fin de concluir pronto con la guerra, que todos abominan.

Sin embargo, muchos se entusiasman, porque ha circulado con insistencia el rumor de que el ejército gubernista, tenazmente perseguido por el general Saravia, huye en completa desmoralización.

«Esto va á ser como el entierro de Quiroga: al galope y lloviendo—exclama un táctico de chiripá y alpargatas.

—«Ni carrera»—agrega un mulatillo harapiento, cuyas motas salen en penacho por la agujereada copa del sombrero, donde ancha divisa blanca ostenta el lema:—«No es ni carrera!»

Por mi parte, no estoy muy tranquilo. La maniobra de Muniz me parece muy clara: llevarnos al interior del país antes de que nuestro ejército se organice y se arme debidamente, y allí ahogarnos echándonos encima todas las tropas de que dispone el gobierno, y que pueden llegar rapidamente por ferrocarril. De esa manera el nacionalismo quedaría aniquilado de un solo golpe y el presidente se vería libre de

las pesadillas que atormentaban su sueño. Pero los amigos á quienes participo mis temores responden que el general Saravia es demasiado vivo para caer en una ratonera semejante y que ha manifestado su intención de no librar batalla sino con grandes probabilidades de éxito, economizando, cuanto fuese posible, las vidas de sus soldados.

—«Me llaman el *ñandú*, y los he de volver locos á gambetas»—dicen que dijo en Melo.

De todos modos, disgustado por la incertidumbre, continuamos tranqueando, internándonos cada vez más en las escabrosidades de la sierra de Illescas.

El sol, que durante todo el día nos ha castigado con su aliento de fuego, se ha ocultado de pronto; el cielo se nubla, truenos roncos retumban á lo lejos, los relámpagos se suceden trazando en la bóveda obscura caprichosos y fugitivos rasgos de luz, é instantes despues la lluvia comienza á caer torrencialmente.

—«Anuncio de pelea»—dice un veterano.

El 15 de enero amanecimos acampados á orillas de un riacho, teniendo al frente una empinada loma coronada por los altos picos de la sierra.

Había llovido mucho; el llano filtraba agua y el sol no era bastante fuerte para secar nuestras ropas empapadas. Descalzos, arremangados hasta por encima de la rodilla, bregábamos por hacer fuego con ramas húmedas, difícilmente conseguidas.

Sobre la vera misma del arroyito blanqueaba la carpa de la mayoría. Junto á la carpa había

un fogón grande á cuyo alrededor estaban sentados, tomando mate el coronel Saravia, el mayor Galarza, José Gomez y otros oficiales. En el interior, el mayor Masa, Fructuoso del Puerto y el que estos apuntes escribe, trabajábamos verificando las listas de revista, extendiendo órdenes del día, apresurando la organización de las fuerzas. Nuestras ideas no eran muy alegres, pues habíamos constatado que la división contaba con mil cuatrocientos cuarenta hombres y solamente seiscientas armas de fuego y unos centenares de lanzas. Felizmente la munición era abundante y había esperanzas fundadas de conseguir armamento en breve.

Serían las 10 de la mañana. El sol, luchando con las nubes llenas de agua que erraban por el cielo, lucía á veces esplendoroso, y á veces se ocultaba avergonzado. Mal ó bien, nuestras ropas iban secándose, y vino á devolvernos todo el buen humor la presencia de una tropa de novillos que nos garantizaba pronto almuerzo. Corrían los enlazadores, oíase el mugido de las reses y formábanse rápidamente los grupos pintorescos de las carneadas.

De pronto, la alegre faena es interrumpida por los clarines que tocan á ensillar. Sigue un momento de sobresalto, de inquietud, una interrogación muda y penosa.

Pancho Saravia, que ha sido el primero en estar á caballo, se pasea seguido de sus ayudantes, dando órdenes, aprosurando la formación.

Creemos que vamos á marchar precipitada-

mente en busca del enemigo. Pero no resulta así: el enemigo está encima nuestro.

—«¡A formar los tiradores!» se ordena.

Y luego:

—«El parque, los carros de equipaje, y la gente desarmada, retirarse á retaguardia».

Pienso que esta vez va deveras, que la guerra, con todo su horror de sangre y crueldadades, va á empezar, al fin, mi vista ansiose recorre el horizonte tratando de grabar en la memoria el vasto panorama que quizá no vuelva á ver jamás.

A retaguardia, bastante lejos, se ven las caballadas recogidas, formando grandes manchones negros y circulares, en una inmovilidad que impresiona. Después por acá, por allá grupos más ó menos compactos de gente sin armas, que espera, á caballo, emocionada y entristecida, el resultado del drama que va à iniciarse y que están condenados á observar como simples espectadores, no obstante sus deseos de tomar en él parte activa. Hay algunos que lagrimean, considerando vergonzosa aquella forzada pasividad: hay otros que no logran resignarse á ella, y van de grupo en grupo preguntando con bizarra ansiedad.

—«¿Quién me presta un fusil?»

Y hay otros, más inquietos, que espolonean el caballo y se incorporan, desarmados, á los tiradores que están alineados en guerrilla sobre la falda de la loma que corona nuestro frente.

Mientras se tiende la línea reina un silencio grande, solemne, en el cual parecen perderse las voces de mando y el ruido de los cascos

de los caballos en el continuo galopar de los ayudantes.

A mi lado está un jovencito de Treinta y Tres, un muchacho de dieciseis años, cuyos ojos negros brillan extrañamente en medio de un rostro pálido, y cuya mano,—una mano de mujer, pequeña, blanca, cuidada,—oprime nerviosamente el mauser.

—¿Tienes miedo?—le pregunto.

Y me responde con voz ronca:

—Si, tengo miedo de tener miedo.

Siguen todavía unos instantes de ansiosa inmovilidad. Luego, el clarin de órdenes toca á la carga, y tres escuadrones á las órdenes inmediatas del coronel Saravia, parten al galope, escalando la lomada hacia la izquierda. En seguida, los tiradores restantes, conducidos por Fructuoso del Puerto, avanzan hacia la derecha, desplegados en guerrilla.

Todavía no se ve nada, ni se oye nada. Las altas crestas grises de la sierra cortan el horizonte, ocultando al enemigo.

A trote y galope, dominamos la colina, cruzamos un bajío y trepamos el primer escalón de las esperezas de Illescas. Allí hacemos alto.

Tendiendo la vista veo, á lo lejos, muy lejos, una nubecita grísea.

—«Son las guerrillas»—me dicen.

Sin embargo, aún no se distingue la tropa ni se oye un tiro, á pesar de que hace muchas horas que el grueso del ejército está peleando.

Miro para atrás, y un espectáculo imponente se presenta ante mi vista. La dilatada superficie que se divisa desde lo alto, está material-

mente cubierta de puntos negros. Son las caballadas, los miles de caballos del ejército, los miles de hombres sin armas, que esperan, en obligada inacción, el resultado de la batalla.

Me afano en observar, en darme cuenta, en calcular el número de gente allí reunida, pero no tengo tiempo; la guerrilla avanza de nuevo, sube un nuevo escalón, y hallí hace alto. La mitad echa pié á tierra, manea los caballos y avanza. Allá, á mucha distancia, aparece una guerrilla enemiga, que en seguida se pierde tras la nube blanca de la primera descarga. En seguida aparecen otras fuerzas, y otras y otras, por todas las alturas, sobre todas las crestas. Los fusiles braman en una extensión de más de una legua. Pero como el enemigo está lejos y tenemos órden de economizar cartuchos, siguen avanzando sin hacer fuego. Las balas adversarias pasan por sobre nuestras cabezas, aturdiéndonos con su lúgubre silbido, pero sin ocasionarnos ninguna baja.

Recién al llegar á unos cuatrocientos metros de la línea gubernista, se manda romper el fuego. Entonces una gritería infernal se une al estruendo de los fusiles. Un soldado cae aquí, otro más alla; la sangre empieza á correr, el humo de la pólvora embriaga como un licor espirituoso, y se avanza con rabia, despreciando la muerte, ofreciendo á las balas aquellas vidas que ya no nos pertenecen.

Y no vi nada más.

La segunda brigada de la brava división Treinta y Tres, mandada por del Puerto y Masa, dos muchachos heroicos, continuó avanzando

bajo el fuego temible de las infanterías gubernistas; pero como yo no tenía un fusil, ni una lanza, ni un mando, y tenía miedo, en cambio, di media vuelta y eché á andar, al trote, hacia la retaguardia.

No tardé mucho en encontrarme con la masa enorme de gente desarmada, que, al ver nuestras guerrillas cejar, perdiendo terreno, empezaba á agitarse como un rodeo que amenaza disparada.

En ese instante el fuego arrecia, el cañón enemigo truena sin cesar: nuestra ala izquierda, la urbana de Melo, cede ante el empuje de tres batallones de línea; la mitad de la división Treinta y Tres se repliega custodiando á su jefe, el coronel Saravia, que viene herido; la otra mitad lucha desesperadamente defendiendo las carretas que conducen el parque y que es necesario bajar desde lo alto de la sierra, á fuerza de puño. El enemigo se encarniza; llueve la metralla sobre el pequeño montón de héroes; las granadas revientan en el aire, produciendo mas ruido que estragos, la fusilería se vuelve un infierno de detonaciones.

Paso á paso, palmo á palmo, nuestras fuerzas retroceden. Es la derrota. Y la inmensa mole de gente desarmada pierde toda esperanza, se sobresalta, y el desbande empieza.

—«Estamos perdidos, estamos perdidos», — se oye repetir en todas partes; y los hombres se van en grupos de veinte, de cuarenta, de cien, de doscientos. Es en vano que el comandante Cabrera corra blandiendo la lanza y gritando:

—«¿Se van á dejar aura arriar como tropa e chanchos?—Den guelta, no disparen, que el baile recien empieza»,

Es en balde que *Aparicio chico,*—el hijo del general,—galope, implorando con lágrimas en los ojos, que no se vayan, que no se desbanden, que no buyan.

El pánico domina; yo me veo envuelto en aquella ola, contemplo el desastre y, presintiendo las consecuencias, exclamo desesperado y en voz alta:

—«Esto es el sepulcro de la libertad, es el alma de la patria que estalla. ¿Quién juntará sus pedazos? ¿Quién reunirá todas esas energías que se dispersan?».

—«¡Yo!»—dice á mi lado una voz varonil de extraña energía.

Miro á mi interlocutor, y veo un mocito de pequeña estatura, de rostro moreno sombreado por escaso bigote negro, de lucientes ojos pardos y de duro montón. Un sombrero blanco, de alta copa, cubre su cabeza; un poncho blanco de finísima vicuña viste su busto; sus piernas nerviosas castigan los flancos del tostado de raza.

—«¡General!»—exclamo dominado por la mirada de águila del héroe; y ya el general no está allí; y á poco aquella masa, blandita como pulpa flaca, se transforma en músculo resistente. Y mientras los fusiles y los cañones enemigos rugen rabiosos en las abruptas concavidades de la sierra, el ejército nacionalista, formado en columna, se retira al tranco, sin sentir la derrota, sin temer nada: el general ha pasado entre las filas inspirando confianza.

V

EN RETIRADA

La voz ronca del cañón ha cesado ya; la fusilería continúa á nuestra espalda entre la vanguardia gubernista y débiles guerrillas nuestras que van sosteniendo la retirada, que se efectúa al tranco, en formación ordenada.

Delante van las carretas del parque marchando con la perezosa lentitud de sus tiros de bueyes, luego siguen los carros, carruajes y jardineras que transportan los heridos. A los flancos, las innumerables caballadas. Detrás, en tres columnas paralelas, el ejército.

Declina la tarde cuando trasponemos el Paso del Pescado. Allí el mayor Antonio Galarza tiende doscientos tiradores de la división Treinta y Tres, con la misión de detener el ejército perseguidor, cuyas avanzadas se estrellan ante la tenacidad de aquel grupo de valientes.

Nosotros continuamos la marcha hasta las 9 de la noche, en que hacemos alto y acampamos en una llanura barrosa, surcada por estrechas zanjas que rebosan con el agua de las recientes lluvias.

En la noche obscura, tormentosa y de un calor sofocante, el silencio es terrible. No se oye una voz en el campo donde están aglomerados tantos miles de hombres, y lo que más me admira es no oir el quejido de los heridos. Y, sin embargo, los infelices deben sufrir bastante,

apiñados en carros y carruajes, desangrando, sin ninguna curación todavía.

A poco, el campo se enciende con las luces rojizas de los fogones. Malgrado el cansancio de todo un día de lucha, nadie tiene sueño. No hay carne y se engaña el hambre con mate amargo.

Rodeando el fogon, comentamos los últimos acontecimientos, que al principio aparecían confusos, inexplicables, pero que ya se conocen en casi todos sus detalles.

Se sabe que el general, consecuente con su promesa, no pensó dar batalla y que su marcha al Sud debía tener por término Mansavillagra. Una vez hecho volar el gran puente del ferrocarril, emprenderíamos la retirada, desenvolviendo el plan admirable de llevar á Muniz con todo su ejército y dejarlo plantado en la frontera del Este.

¿Cómo se produjo, entonces, la pelea?

Del modo siguiente: Advertido el general de que Muniz estaba en Mansavillagra, mandó al coronel Yarza, jefe de la división de Cerro Largo, que fuera á descubrirlo. Este jefe, interpretando mal la orden, se aventuró con toda su columna, y hasta con el parque, en las gargantas de la sierra. Repentinamente atacado por los regimientos 2º y 6º de línea y los batallones de infantería 4º y 5º, tuvo que sostener una lucha desesperada. La valiente urbana de Melo hace frente á un enemigo diez veces superior y muere junto á las carretas, donde los bárbaros de Galarza,— que creen haber hecho una heroicidad sableando á aquel grupito de

bravos,—concluyen la obra ultimando á los heridos, avergonzando, no ya al ejército gubernista, sino á nuestro país entero, con salvajes escenas de degüello. Y las fieras, en cuyas almas negras parecía revivir el instinto implacable del pasado, llevaron la ferosidad hasta degollar á los muertos....!

La imprudencia de Yarza obligó á generalizar la pelea, entrando al fuego los tiradores de Nepomuceno Saravia, de Muñoz y de la división Treinta y Tres.

Era necesario salvar el parque, y salvarlo de entre las gargantas de la sierra con sólo dos mil tiradores contra un ejército de las tres armas, compuesto de catorce mil hombres, entre los que formaban las mejores tropas gubernistas.

¡Y el parque se salvó!

Al obscurecer de aquel día, que nos hubo de ser funesto, el ejército nacionalista estaba en salvo.

Pasados los primeros momentos de estupor, una gran luz de esperanza inundó nuestras almas y una inmensa alegría llenó nuestras filas, haciéndonos confiar en el triunfo futuro.

¡Cómo! ¿Catorce mil hombres armados y disciplinados; catorce mil hombres provistos de cañones y ametralladoras, nos sorprenden desarmados é inorganizados y no logran vencernos tras diez horas de combate?...

Nuestros dos mil fusiles, nuestros dos mil reclutas, estorbados en sus movimientos por la masa enorme de gente desarmada, resisten y detienen al poderoso ejército que viene á darnos caza.

Tras diez horas de pelea, durante las cuales Muniz ha estado echando fuerzas sobre fuerzas, batallones sobre batallones, como si intentara ahogarnos con una lluvia de balas; tras diez horas de un cañoneo atronador que en la mente de los tácticos batllístas debían pulverizarnos, nuestras columnas amorfas se retiran en órden perfecto, conduciendo todos sus heridos y acampan con la mayor tranquilidad á tres leguas del lugar del combate.

¿Qué nos ha costado este primer encuentro? Un escaso centenar de bajas que el enemigo ha pagado con el doble.

Seguros ya que el enemigo no logrará detenernos, de que ni sus numerosos batallones ni su pretenciosa artillería serán capaces de dispersarnos, llevamos la convicción de que una vez obtenido el armamento con que contamos, una vez en condiciones de dar el frente, los batllistas no podrán resistir nuestro empuje.

La superioridad gubernista estriba sólo en las armas. En cuanto á las fuerzas de línea, recuérdese que son cuatro cuerpos, mil y tantos hombres, perdidos entre los 14.000 milicianos que constituyen el ejército de Muniz. Esas milicias, formadas con ciudadanos de distinta filiación política,—muchos nacionalistas bastante indiferentes y todos llevados á la fuerza, arrancados de sus hogares ó cazados en los montes donde buscaban refugio, se diferencian de nuestras milicias en que visten uniforme... y en que no arde en sus corazones el santo sentimiento de la patria, por cu-

yas libertades, por cuyo honor, por cuyo porvenir estamos dispuestos á rendir la vida.

Y demás, este ejercito en embrión tiene por jefes á ciudadanos de temerario arrojo, cuya sola presencia electriza á los amigos que le siguen.

Y además, á su frente, tiene al singular caudillo de sombrero blanco, de voz afable y de mirada dulce, en cuya pericia se confía ciegamente.

Pueden todavía esperarnos reveses de mayor ó menor importancia; comprendemos que nos amenazan días duros de marcha sin descanso ante el enemigo que ha de perseguirnos con empeño; pero llevamos la victoria con nosotros, envuelta entre los pliegues de nuestra blanca bandera de justicia.

Un ideal puro y la fe en el triunfo, son el triunfo mismo. ¿Qué importan los sufrimientos, qué importan las fatigas, qué importan los sacrificios, si al final de la jornada podemos saludar á la patria libre; si los sobrevivientes de la cruenta lucha pueden contemplar la aurora que ponga término á la larga noche institucional que avergüenza á la tierra uruguaya?

Nos entristece el convencimiento de que la contienda se prolongará por meses y por meses, desarrollando sangrientos cuadros de horror. «Es la guerra por la paz», ha dicho uno. Y el general Saravia, ese mismo general Saravia á quien los publicistas de Batlle pintan como un ogro sanguinario, como un neurótico inquieto que vive soñando revoluciones, ha glo-

sado esa frase, exclamando en medio de su ejército: «Es necesario que esta guerra sea la última que azote á nuestra patria».

VI

DIAS DE PRUEBA

El descanso que nos era tan necesario fué aquella noche varias veces turbado por las disparadas de la caballada. Nadie dormía ante la amenaza de quedar á pié al lado del enemigo, que seguramente habría de atacarnos en las primeras horas de la mañana.

Y así fué. No clareaba aún, y ya emprendíamos la marcha, muertos de sueño, de fatiga y de hambre, sintiendo á nuestras espaldas el retumbo incesante de la fusilería enemiga.

Desde entonces, todos los días, en cada paso debía repetirse la misma lucha: el enemigo forcejeando por sablearnos, furioso de verse detenido por un pequeño grupo de tiradores, que combatía de la mañana á la noche, dando tiempo á que el ejército adelantase una jornada sobre su perseguidor.

El 16, con un sol terrible que descargaba sobre nosotros una verdadera lluvia de fuego, anduvimos leguas y leguas, haciendo alto al caer la tarde para proceder á la curación de los heridos.

Y la tristeza que nos producía aquel espectáculo, fué aminorada con la incorporación de

las divisiones del Durazno, Rivera, Flores, y Paysandú, que nos traían un contingente de más de cuatro mil hombres, casi todos bien armados. Entre ellos llegaba el veterano coronel Gonzalez, aquel gigante cuyo heroísmo era legendario y cuya presencia se ansiaba en el ejercito. Este no podía estar completo sin el asombroso guerrillero del 97.

Más tranquilos con aquel refuerzo que nos aseguraba la retirada, y entusiasmados sobre todo por las proporciones enormes que adquiría el ejército, seguimos avanzando, por las hermosas colinas de los campos del Durazno.

El día, seco, abrasador, nos castigaba con las torturas de la sed, unidas á las ya viejas del sueño y del hambre.

En esa marcha, alejándome en busca de agua, llegué á un ranchujo que, como un nido de pájaro grande, se abrigaba entre unas rocas griseas. Cuatro paredes de palo á pique, una techumbre de paja desgreñada por los vientos, y una sola abertura por puerta. Junto al rancho, sentado sobre un tronco de ceibo, un hombre viejo, harapiento miraba con aire indiferente el desfile del ejército. Al verme, levantó la cabeza, una cabeza poblada de inmensa melena de un color blanco sucio, y sin responder á mi saludo.

—¿Son los blancos?—me preguntó.

—Sí,—respondi con cierto orgullo. Son los blancos, ¿Ha visto Vd. tantos juntos?

—Phs!—respondió.—Cuando el otro Aparicio....

Y luego, con el rencor de las épocas lejanas por las épocas nuevas:

—Pero entonces no juian!—agregó.

—Cuando el otro Aparicio—continuó, medio cerrados los ojos turbios, como si evocara el tiempo remoto de sus mocedades,—«éramos nosotros los que llevábamos la salvajada á chuza y bola, como en *recogida* de ganao montaraz».

—¿Y á Vd. le gusta la guerra?

—Vea; tuitas estas canas que tengo me han salido sufriendo pellejerías en las guerras y he visto tantas cosas.... ¿diga, degüellan aura?...

—Parece que sí. Ellos degüellan.

El viejo permaneció un instante pensativo, revolviendo sus recuerdos; quiso hablar algo, y no pudo; sacudió la cabeza melenuda y al fin balbuceó, sonriendo amargamente:

—«Hacen bien; lo que se ha de empeñar que se funda».

Y su vista colérica se fijó en la deshecha enramada, en el maizal destrozado, en el rodeo donde antes dormían las ovejas, en el campo desierto de haciendas; la guerra había pasado ya por allí, arrebatándole los bienes adquiridos en toda una vida de trabajo rudo.

Una inmensa tristeza ennegreció mi espíritu, y á galope, sin mirar atrás, fuí á incorporarme á la columna en marcha. El odio de aquel hombre, era el odio del país entero hacia al gobernante criminal que había arrojado sobre la pobre patria el pampero asolador de la guerra civil, que había puesto su orgullo y su soberbia por encima de todos los intereses nacionales y que vistiendo de rojo á sus soldados y resucitando el degüello, había remodido

las osamentas de la historia para buscar en ellas el hedor de las viejas podredumbres.

¡En cuantas almas ardería el mismo fuego rencoroso! En cuantos hogares se presentaría de pronto la miseria y cuantas madres vestidas de luto llorarían al hijo que le arrebató la guerra!....

Mis tristes reflexiones son interrumpidas de pronto por los ecos del clarin que ordena alto y pié á tierra.

—Estos clarines no saben tocar carneada exclamó uno.

Y los clarines le complacieron en seguida.

En la vida animal del campamento, no existe reflexión que no haya ante la promesa del churrasco y de la siesta. Además tenemos un nuevo motivo de satisfacción: la noticia del combate de Las Palmas. Los gubernistas se han lanzado furiosos al vado, y la indiada terrible de Paysandú, junto con las bisarras divisiones de Abelardo Marquez y de José Gonzalez, han hecho en sus filas una espantosa carnicería. Mientras en el paso se traba una lucha desesperada á doscientos metros de distancia una de la otra, Galarza se ha corrido arroyo abajo, ha vadeado en una picada y flanquea á los nuestros; pero, sorprendido á tiempo. es rechazado con singular energía y tiene que repasar el río, dejando en el campo un tendal de muertos y heridos.

Esa tarde fué la venganza de Illescas, y fué quizá la acción más séria de las habidas en los cinco primeros meses de la campaña. Los gubernistas sufrieron allí más de doscientas ba-

jas.... y la vergüenza de verse detenidos con su poderoso ejército por unos centenares de tiradores reclutas.

Creíamos poder descansar ahora; pero no es así. El general quiere aprovechar la confusión del enemigo para ganar distancias y proseguimos la marcha rumbo al norte.

¡Y qué marcha!

La noche nos parece tan interminable como oscura. El sueño, el terrible tormento del sueño, golpea en las sienes, arde en los ojos, muerde en las espaldas.

De rato en rato se manda hacer alto, con el caballo de la rienda; y nos tiramos en la yerba, quedando al instante profundamente dormidos. Diez minutos más tarde. el clarin nos despierta, y á caballo de nuevo, más fatigados, más doloridos, más atormentados que antes. Los ojos se cierran, la cabeza,—que pesa como si estuviese llena de plomo,—se inclina y cae sobre el pecho, se aflojan las bridas al bruto y se marcha dormitando.

De tiempo en tiempo un soldado se aleja de la columna, otro cae del caballo. En los altos, no pocos quedan á pié y despiertan azorados clamando por sú cabalgadura. Y hay algunos, sin embargo,—los veteranos, los rudos, los hechos á las fatigas,—que encuentran medio de hacer fuego y calentar agua en los diez minutos de descanso. Hacer fuego, calentar agua.... y cargar la caldera para ir cebando y tomando el mate de á caballo, lo que no me extrañó al verlo, pues ya había presenciado algo más

curioso en materia de ingeniosidad milica: hacer un asado en marcha.

Recien á las 10 de la mañana despues de una jornada de veinte horas, fuimos á campar sobre los bañados del Quebracho.

Esa noche nadie se acordó del enemigo, ni de las posibles disparadas de caballos, ni de las necesidades del estómago: dormir! dormir! nada más que dormir...! De mí sé decir que, no encontrando á mi lado á mis asistentes, «bajé las garras» á mi trotón por lástima; y á pesar de ser más gaucho que pueblero, no desdoblé el maneador, ni saqué la estaca de los tientos, ni *tendí la cama*, ni me quité el poncho siquiera,» para arrojarme sobre la paja brava del estero.

Dormir! dormir, despues de cincuenta horas de vigilia.... aunque fuese despertado por el cuchillo de los bárbaros de Galarza!

La mañana se mostró radiosa, con un cielo azul y blanco; un azul intenso de cobalto y un blanco mate de nácar; y en un borde de ese cielo, muy lejos, á los piés de una obscura serranía, el sol se iba alzando tan lentamente, tan lentamente, que la imaginación descubría en su disco rojo la solemnidad triste del abuelo Charrúa..... Todas las mañanas de mi tierra tienen algo de augusto; en todas ellas, empañando la luminosidad triunfal, existe una mueca de Quijote que interrumpe la digestión de

los Sanchos; en medio de toda esa luz que rie, hay siempre una nubecilla que hace pensar; y en la naturaleza, como el alma humana, el pensàmiento es la tumba de la risa.

Alegre clarinada ordena olvidar fatigas.

Con los ojos semicerrados, con el cuerpo mustio, es necesario levantarse de la cama, que, con ser muy dura, la fatiga encuentra mullida y hay que ir por el caballo, ensillar, montar, marchar.

¡Marchar! No sabemos hácia dónde, ni por qué; pero hay que marchar.

Muchos han perdido sus caballos. Los *maturrangos* se desesperan, los camperos sonrien desdeñosamente.

Los dias de prueba han comenzado; los convencionalismos sociales desaparecen; las almas no tienen vergüenza de mostrarse desnudas, el egoismo empieza á echar flores.

¡Y qué flores!

En la era de la vida, el oro del trigo rueda pisoteado por la pezuña de la yeguada cerril. ¡Es la ley de las compensacíones! La lechuza es el águila de las noches obscuras.

Sobre todas las disertaciones filosóficas, sobre todas las tiradas moralistas, está el principio brutal del triunfo del más fuerte.

Hay que dominar, sea como el yathay, irguiéndose á fuerza de músculo, sobre la turbamulta de la selva; sea como el cipó, trepando astutamente por las ramas del yathay. ¡Desgraciadas las yerbas que crecen en la sombra, confiando en la virtud de sus hojas afelpadas y en el perfume de sus flores!

En la síntesis de la vida, la belleza es la fuerza, y la fuerza, la emulación de la necesidad del momento y los medios de obternerla, la fuerza es el coronilla que opone su torso férreo al huracan, y es el mimbre que se dobla, se arquea, cede, ondula y deja pasar sobre él la onda ensoberbecida del arroyo en triunfo. Cuando la borrasca ha pasado, el coronilla lanza á la selva una mirada severa y orgullosa; cuando las aguas se aquietan y el río baja, el mimbre vuelve á mecerse con su acostumbrada placidez inofensiva: en la vida es necesario ser mimbre ó ser coronilla.

A veces, una idea, un sentimiento, una aspiración, una necesidad, agrupa á los hombres y los empuja en un rumbo determinado. Los hombres van allá todos juntos, como van juntas las gotas que forman el cauce del arroyo; pero cada hombre tiene una alma, cada alma una aspiración, como cada gota un origen y una composición química distinta. Las gotas se confunden; los elementos que la componen, nó.

La vida obliga á esas junciones que se asemejan á los matrimonios de conveniencias; ante el público, marido y mujer rivalizan en esfuerzos para demostrar la sinceridad de su uniòn; en privado, mujer y marido se afanan en destruirse mutuamente para ocultar la parte de indignidad que les toca....

Los clarines han ordenado á ensillar. Se sabe que el enemigo está á retaguardia, muy cerca y muy ganoso de ultimarnos: el que está á caballo sonríe con la profunda satisfacción

del egoismo, al ver la cara pálida del pobre recluta que, con el freno en la mano, vaga de un lado á otro preguntando por la cabalgadura que ató mal la noche anterior y no la encuentra ahora. El que va en caballo gordo, le toca el cogote, v al encontrarlo duro, se sonríe sin sentir compasión por el *cajetilla* que ensilla un jamelgo escuálido. Si hay corrida ¡ay del que monte flaco! Si nos apretan ¡ay del que haya quedado á pié!

En la existencia, todo tiene su utilidad del momento; en ocasiones se triunfa sabiendo llevar un frac, y en ocasiones la vida depende de saber saltar en pelo; una linda frase suele proporcionar la fortuna y un buen nudo potreador suele salvar la vida.

La muchedumbre ignorante se inclina rendida ante el orador qne la deslumbra con el brillo de su palabra; pero como ningun rendido renuncia á la dulzura del desquite, como no existe ningun ser humano que no goce humillando á sus semejantes, el campero está seguro sobre el lomo de su flete bien elegido, venga á la muchedumbre ignorante riéndose del letrado que clavó mal la estaca, que hizo mal el nudo, ó que se durmió sin pensar en que las cuatro patas de su caballo valían más y significaban más, en aquellos instantes, que su ciencia y su talento.

¡Y qué triste cosa es un talento á pié, con el freno en la mano, en nuestras guerras semibárbaras!

¡Cuán cómicas resultan sus indignacione!

Cómicas y risibles como todas las impoten-

cias, porque sólo el éxito es serio, y sólo el éxito merece respeto.

Los esfuerzos que no conducen al triunfo son como las aguas de los cañadones que viborean por el llano, rugen, espumean y se pierden en la obscuridad de los bañados. A veces en un bañado hay más agua que en un río; pero, ¿á quien impone respeto el agua quieta? ¿Y quién triunfa sin imponer respeto?

La quietud no destruye y para vivir es necesario matar.

La guerra es admirable escuela. Las necesidades van desnudando las almas. Sus hipocrecías son las pinturas de los edificios rurales que desaparecen con las lluvias. Se llega á ser lo que es, y cada, hombre en fin, no es nada mas que un animal que desea vivir. Puede dar á otro la comida que le sobra. Un día quizá por orgullo, le ceda toda la comida. Pero luego. cuando el hambre le hiere, entre el tigre y el hombre no hay más diferencia que el traje.

¿El respeto?

¡Mentíra!

¿La generosidad?

¡Mentira!

¿El altruismo?

¡Mentira!

Desde los primeros eslabones de la escala zoológica hasta la orgullosa máquina fisiològica que se llama el hombre, el más grande, el más efectivo, el más explicable de los sentimientos es el egoismo.

Es el muelle real de la vida.

Yo no sé cuantos arroyos vadeamos en la precipitada marcha al norte; fueron tantos que sus nombres bailan en mi memoria una ronda confusa; tan confusa como los paisajes que he visto y que, á fuer de sucederse con vertiginosidad de cinematógrafo, no han dejado huella en mi espíritu.

Llanos y cuchillas, cuchillas y llanos; un arroyo ahora, una zanja luego y después otra zanja y otro arroyo; una estancia semejante á la estancia ya vista, un cerro igual á los cien cerros contemplados ya, y por encima de esta monótona repetición de la naturaleza, la influencia abrumadora del medio, en el cual las ideas son como los hijos de esos patos locos que, perdiendo el rumbo del instinto, hacen nido en lo alto de los árboles: apenas salidos del cascaron echan á correr, encuentran el vacío y se aplastan.

Vamos en una completa ignorancia de nuestra suerte y de nuestro destino. Por no saber nada, no sabemos ni cuántos hombres somos, ni con cuántas armas contamos, ni á donde nos dirigimos, ni cuáles son las fuerzas que nos persiguen. Hay quien asegura que nuestro ejército se compone de veinte mil hombres con diez mil fusiles; y hay quienes afirman que con díficultad se contarán diez mil combatientes y la mitad de armas de fuego. En cambio, se confía en numerosas incorporaciones y en un parque que existe......no se sabe dónde, pero que existe.

El general lo ha asegurado.

¿El general?......

Entraño personaje que no se ve nunca en el ejército. Su sombrero blanco y su poncho blanco, pasan de pronto, como una visión, y desaparecen en seguida. Nadie sabe dónde está el jefe, nadie sabe en qué misteriosa tarea se ocupa, y todos tienen hambre de verle y de oirle.

Un comandante decía:

—«Parece mentira que yo no conozca todavía al general Saravia».

Y Basilio Pimienta, siempre gruñon, responde:

—«Señal de que no ha estado Vd. donde quemaban las papas; es allí que se ve al general.»

—«Yo lo ví cuando cargó á lanza en Illescas»—exclamó uno de los que, sin duda, había estado *donde quemaban las papas.*

—«No fué en Illescas, fué en Las Palmas que cargó el general»—rectifica otro.

—¿Vd. lo vió? — pregunta imperiosamente Gomez.

—No, pero....

—¿Pero qué?

—Dicen todos.

—Todos los que lo dicen mienten.

Durante una hora la discusión continúa.

—«Fué Noblia quien cargó en Las Palmas, no fué el general».

—«Noblia no tiene un lancero; quien mandó la carga en el paso fué el comandante Saavedra».

Y por mucho tiempo la controversia siguió apasionando á todos, hasta que vino à saber-

se......que ni en Illescas, ni en Las Palmas, ni en parte alguna había habido tal carga de lanceros.

¡La verdad histórica!... ¡Y existen personas bastantes cándidas para creer en los que nos cuentan de las épocas remotas, cuando los hechos inmediatos se nos muestran vistiendo tantos trajes como personas los relatan!

La tenaz persecución del enemigo, que todas las mañanas aparece fogueando nuestra retaguardia, sin permitirnos un día de descanso, no impide que la familia, la tribu de los primeros días, vaya adquiriendo la organización y la contextura de un verdadero ejército.

Esa misma persecución no acobarda, no desmoraliza, porque se tiene el convencimiento de que vamos á la frontera en busca de armas y de que una vez armados no podrá resistirnos el ejército del gobierno.

Los vecinos que ven pasar esa inmensidad de gente, esas columnas bizarras que marchan al compás de músicas guerreras, no creerán de fijo, que es este un ejército que huye. La admiración y la simpatía nos saluda en todo el largo trayecto; admiración por número enorme simpatía por nuestra conducta correcta, nuestro afán en reducir á las menores proporciones posibles los terribles males de la guerra.

Las *hordas saravistas*,—como nos llama la prensa de Batlle,—pasan un día sin comer porque se han marchado por entre vecinos pobres; los *bandidos insurrectos* van á pedir á cuatro ó cinco hacendados distintos, á fin de

repartir con equidad el obligado sacrificio, las setecientas reses que necesitan para su almuerzo; los *bandoleros rebeldes* llegan á las casas de comercio y pagan en buena moneda, todo cuanto compran, y compran cuanto encuentran; pasan juntos á las huertas y se contentan con mirar con ojos codiciosos los choclos y sandías; y muchas veces, muertos de sed, contemplan con ansia el barril del agua bajo la enrramada de un rancho y siguen de largo, porque está terminantemente prohibido pedir nada al vecindario, ni agua, siquiera.

Y cada día las fatigas son mayores, las marchas más rápidas y más penosas, llegando á jornadas de quince, de veinte, hasta de veinticuatro horas consecutivas: Así llegamos hasta las inmediaciones del Paso de Ramirez, en el Rio Negro, contramarchando á la una de la mañana para tomar rumbo á Melo. Así efectuamos la expantosa travesía nocturna por una serrillada que aùn de día claro inspiraría temor; una interminable sucesiòn de laderas pedregosas, zanjones barriosos, pasos donde los caballos caen, donde los carros *peludeam.* Los pobres heridos, algunos tendidos sobre los cajones de munición en las carretas del parque, sufren lo indecible con el bárbaro traqueteo. Dos mueren esa misma noche; otros amanecen moribundos y es necesario dejarlos en casas de vecinos caritativos.

Llegan á faltarnos hasta los artículos de mayor necesidad, porque como marchamos lejos de los caminos nacionales, las casas de comercio escasean. La fatiga es extrema. Al bajar

del caballo no hay ánimo para conversar: se tiende el recado y se duerme vestido, sin quitarse las botas siquiera.

Ya no sabemos ni á donde vamos. Se nos dijo que á Melo, luego á la sierra de Aceguá, mas tarde que á Melo otra vez, y nuestra preocupación, nuestro anhelo es conseguir las armas para poder hacer alto.' Las contingencias de una batalla son preferibles á esta interminable fatiga que ya no se va pudiendo soportar.

Por eso, cuando en la mañana del 21 de enero divisamos los blancos edificios de la ciudad de Melo, hubo en el ejército una explosión de contento.

¡Al fin!

VII

LA BURLA

Era tan grande nuestra alegría al entrar en las calles de las chacras melenses, al contemplar á nuestro frente las torres de la iglesia, al pensar en las delicias de un día siquiera de vida civilizada, después de cerca de un mes de correrías; tan grande satisfacción nos proporcionaban, que llegamos á olvidar por completo las fatigas pasadas y los sufrimientos futuros.

Como hemos hecho alto cerca de la ciudad, sobre una loma que la domina, y como nues-

tra impaciencia es grande, solicitamos permiso para ir adelante. Se nos concede, y vamos unos veinte privilegiados. Ensillamos nuestros mejores pingos, y los ensillamos con el mayor cuidado, del mismo modo que allí, en plena cuchilla, al aire libre, hacemos nuestra *toilette*.

Proyectando de almuerzos opíparos, en los cuales no hubiese churrasco, naturalmente, nos disponíamos á partir, á eso de las 10 de la mañana, cuando se nos ordenó que esperásemos.

¿Esperar? ¿Por qué? ¿Para qué?

El comandante del Puerto me saca de dudas diciéndome que el general ha ordenado el desfile de todo el ejército por la ciudad de Melo, y que prohibe se separen de filas.

En seguida contemplo una evolución que nos intriga á todos: las divisiones, pue estaban en varias columnas paralelas, empiezan á montar á caballo y, una á una, al galope, girando sobre sí mismas, como sobre un eje, ejecutan un movimiento de caracol que en vano trato de explicarme.

—Es para ordenarles—me dicen,—con el objeto de clasificar los tiradores y los lanceros, porque el general quiere llamar la atención en su capital, mostrándose con un ejército bien organizado. Vamos á entrar á banderas desplegadas y al son de dianas.

Mi contrariedad por la demora encuentra compensación en el curioso espectáculo; pero muy pronto empiezo á observar algo que me inquieta un poco.

El general, seguido de su estado mayor, cru-

za el campo al galope y va á situarse en una altura, desde donde observa el horizonte atentamente.

—¿Que ocurre?—pregunto al coronel Pancho Saravia, quien en unión del mayor Masa y otros jefes, tambien se han separado de la columna y tambien miran con fijeza las cuchillas que se extienden por la márgen derecha del arroyo de los Conventos, á un flanco de la ciudad.

—No sé:—responde pensativo.

El mayor Masa, que ha estado largo rato observando con su anteojo de campaña, interroga á su vez:

—¿No ha oído decir si se va á carnear?

—No; peso es posible; y parece que aquello, allá, fuera ganado.

—¿Aquello que negrea á lo lejos?

—Sí.

—Aquello es gente,—afirma del Puerto.

En efecto, á una gran distancia parece avanzar lentamente una línea de gente en batalla.

—¡Mire, mire, coronel!—exclamo señalándole el sitio en que el general estaba en observación.

—Se nos ahogó el paseo.

En efecto, ya no cabe duda: el general ha partido á galope y casi enseguida una columna de tiradores se desprende del campo y marcha hacia el Arroyo de los Conventos.

Es el enemigo, el enemigo que nos sale por delante para cortarnos la retirada.

¡Tanto mejor!

Un cuarto de hora más tarde ya se ven cla-

ramente las columnas gubernistas adelantándose en dirección al paso. No demuestran prisa; parece como si quisieran imitar al gato, prolongando la vida del ratón. Deben sonreir satisfechos de su estrategia y de la inocencia nuestra que nos ha traído mansitos á la ratonera sin escape posible. Para ellos, nuestro amago al norte fué una escabullida de Saravia, quien se vió obligado á retroceder ante el ejército de Benavente, que ocupaba el Paso de Ramirez del Río Negro, y fué á chocar de nuevo, y de manera imprevista, con las fuerzas de Muniz. Desde entonces, cercado por el norte, el sud y el oeste, el ejército nacionalista está muerto. Su única salvación es la frontera del este, el Brasil, la dispersión, el aniquilamiento. Y para que el triunfo gubernista fuese más sonoro y satisfaciera más los instintos rencorosos del señor Batlle, el golpe de gracia sería dado en la ciudad de Melo, en la capital del nacionalismo, *en la casa del caudillo.*

Pero el caudillo, que nunca ha suspendido un viaje porque encontrara en el camino un arroyo á nado, sonreía, seguro de sí mismo y contento de haber obligado al enemigo á contribuir á la ejecución de su plan militar.

Mientras los tiradores de Treinta y Tres mandados por el comandante del Puerto y el mayor Galarza, iban á tomar posiciones en el paso, el general, con el semblante alegre de sus buenos días, nos dijo:

—Tendremos que pelear un día, dos días, tres días, todo el tiempo que se necesite para

que el ejército pase; pero los colorados han de llorar sobre el Paso de los Conventos, y les respondo que Muniz no entrará en Melo hasta que yo no quiera que entre.

Despues, sacudiendo la inérgica cabeza, agregó con soberbia que nos impresionó á los que lo sabemos poco afecto á las balandronadas:

—Les he prometido un desfile triunfal por la capital de Cerro Largo, y mi ejército desfilará hoy por las calles de Melo, con las banderas desplegadas y las bandas de música al frente!

Y el inquieto caudillo se alejó al galope, saludado por los vivas entusiastas de los soldados, que le adoran.

—¿No vas á tomar el vermouth á la ciudad? —me pregunta maliciosamente José R. Gómez.

—¿Por qué nó?—respondo contagiado con la confianza del general. Puesto que Aparicio asegura que no cederá el paso *ni llorando á gritos*, y no precisa más que cuatrocientos tiradores para defenderlo ¿quien nos impide á nosotros, *los tordos*, ir á pasear á la villa blanca, donde á estas horas las damas estarán formando ramilletes para saludarnos con ellos á la pasada?

Indudablemente se estará mejor allí que en el Paso de los Conventos, á donde ha querido llevarme el comandante Basilio Pimienta, un gran diablo que tiene siempre la detestable ocurrencia de convidarme para todas las guerrillas,—honor que en mi inmensa modestia ha rehusado de contínuo. Esta vez se empecina, me grita, me insulta.

—¿Para qué sirve Vd. aquí, si no va al fuego?—me dice.

—Para contar las hazañas de Vds.,—respondo.—¿De qué valdría la heroicidad de Vds. si no hubiese quien las relatase?

El buen paisano me contestó con una de esas frases criollas que por su sencillez parecen de una sola pieza, como el chiripá y la bota de potro, y se alejó canturriando una copla del tiempo del otro Aparicio.

A las 11 se inicia el fuego en el Paso de los Conventos, y un poco después, el cielo, hasta entonces tan diáfano, se nubla de pronto y un aguacero recio cae sobre nosotros.

Mis deseos de ir al pueblo aumentan y ya estaba por montar á caballo y partir, desobedeciendo la órden superior, cuando llega un ayudante del general para decirnos que trescientos hombres desarmados formemos una guerrilla y avancemos por el costado norte sobre el pueblo que, según noticias, está ocupado por dos regimientos de caballería gubernista.

Y entonces vi algo que da clara idea del ánimo de aquel ejército. No es la primera vez que una fuerza recibe órden de morir defendiendo una posición; pero no creo que se haya dado nunca el caso de que trescientos hombres sin armas avancen sobre el enemigo para ser exterminados sin defensa.

Sin embargo, no hubo una sola protesta. Bajo la lluvia torrencial, chapaleando barro, cruzamos una cuchilla al galope y ganamos una vasta llanura, donde la guerrilla se desplegó en silencio.

No había allí un solo fusil ni una sola lanza; algunos, pocos, llevaban revólveres, los más no tenían otra arma que los rebenques; yo observo aquella gente, y veo rostros pálidos, pero que indican la firme decisión de no retroceder un palmo.

Se nos ha mandado allí para *entretener* al enemigo, en tanto el parque y varias columnas de nuestro ejército vadean el río á pocas cuadras de Melo y se alejan burlando á Muniz y riendo de la famosa ratonera

—¿Están prontos, muchachos?—grita el comandante Pintos, improvisado jefe de aquella extraña guerrilla.

Y luego:

—Vamos á aparecer en la cuchilla al galope, bien tendiditos, como para que vean los sumacos que no tenemos miedo!

—¡Ni armas!—repliqué.

—Eso no se ve de lejos.

En seguida, al frente, el sombrero sobre la nuca:

—¡Viva el partido nacional!—gritó.

Y entre vivas frenéticos, los vivas nerviosos, estridentes de aquella masa de hombres que iba al más obscuro de los sacrificios, la guerrilla entera, sin una vacilación, cargó al trote, cruzó el llano, coronó la loma, se corrió sobre élla y llegó hasta la primera población de la ciudad.

Era el edificio de una quinta de duraznos y naranjos, el edificio construido á la entrada de un largo y angosto callejón, que se presentaba como ùnico camino para seguir avan-

zando. No tendrá aquella senda más de tres metros de ancho y era necesario aventurarse por ella en columna cerrada para ir á desembocar sobre el pueblo mismo, en el sitio en que suponíamos emboscado el enemigo.

—¿Qué hacemos?

Nuestro jefe, á pesar de su coraje, empalidece un poco.

—¿Qué hacemos?

El agua cae copiosamente y hasta nuestros oídos llega el estruendo creciente de la fusilería, sin que sepamos donde se pelea ni con qué resultado. Hasta ignoramos donde está el ejército, pues en la llanura rodeada de árboles y en la obscuridad producida por la lluvia, nuestro destacamento está allí como perdido.

Un cuarto de hora más tarde un ayudante llega con una nueva órden del general.

—¡Avanzar hasta la entrada del pueblo!

No existía otro camino que el angosto callejón de que he hablado; un callejón de tres metros de ancho, cerrado á ambos lados por un cerco vivo de cina cina, reforzado por alambrado de púas. Doble hilera de álamos, de álamos inmensos, bordaban la senda en las quince ó veinte cuadras que tendría de largo.

Al tranco, en silencio y con muy explicable recelo, nos internamos en aquel camino, que un compañero definió graficamente: «Una manga que conduce al corral del matadero».

La lluvia redoblaba su furia: los ponchos, empapados, pesaban de tal manera sobre las espaldas, que casi todos habíamos optado por quitárnoslos, prefiriendo recibir el aguacero que

soportar aquel tormento. El suelo era puro barro, muy blandito, donde los caballos avanzaban penosamente, resbalando á cada instante.

—Esto es inaudito:—le digo, al comandante que nos guía.—En cuanto desemboquemos en la cuchilla, el enemigo, que indudablemente nos espera, nos concluye á todos, porque no hay retirada posible. Si nuestra gente dispara y se amontona en el callejón; no salva nadie.

—Ya lo sé,—me responde;—por eso es que nadie debe disparar. Vale más morir como hombres, en la guerrilla, que ser muertos á palos, como los lobos, en la disparada.... Además ¿oye?—me dijo.

Sí, oía; oía el retumbar incesante de la fusilería que parecía cada vez más cerca y cada vez más violento. Y no era yo solo quien oía; los soldados empezaban á detener los caballos. Uno dijo:

—Si los colorados han tomado el paso, quedamos cortados.

—¡Tomar el paso! ¡tomar el paso!—exclama con voz vibrante nuestro jefe.—¿No oyeron al general cuando decía que no les daba el paso *ni llorando á gritos*?

Es verdad, el general lo había dicho, y la tropa, que tiene plena confianza en el general, recobra ánimo y avanza decidida en medio de vivas atronadores.

Diez minutos despues estábamos en la planicie, sobre el pueblo, sin que todavía se notara la presencia del enemigo. Desplegamos la guerrilla y esperamos.

A poco rato vimos aparecer á nuestra dere-

cha una columna que avanzaba sobre la ciudad; luego otra, y otra, y así una inmensidad de gente andando lentamente sobre el terreno barrioso y bajo una lluvia que no cesa un mo-, mento.

Del lado del pueblo hay un silencio absoluto, como si los defensores se hubiesen evaporado; en cambio, allá lejos, en la dirección del Paso de los Conventos, el fuego continúa encarnizado, redoblando la energía rabiosa de los asaltantes y la tranquila energía de los defensores.

Yo obtengò permiso para ir hasta un grupo que se ve á poca distancia, donde espero tener noticias del combate. Me encuentro con gente de Treinta y Tres, muchachada alegre de un rincón heroico; muchachada soberbia, atrevida, insolente alguna vez, temeraria y generosa siempre. Entre ella está Jose R. Gomez un hombre pequeñito, extremadamente flaco, superlativamente feo,—más feo que el Dr. Morelli,—pero de un corazón tan grande y tan puro como las alboradas de mi tierra. En la miseria,—que es la cobija de los orientales de talento y vergüenza,—ha despreciado una diputación para poder decir á los compañeros:—Servicio pagado, ya no es servicio: hay que demostrar que nuestro partido es como el coronilla: puede estar cien años bajo tierra y no se pudre.»

Yo lo ví allí, descalzo. encorvado por el frío su cuerpecito anémico, descubierta la amplia frente, surcada de arrugas, y la enérgica voluntad manifestada en la nariz aguileña, larga,

dura afilada, como una garra de còndor, y en los ojos encapotados, cuyo lenguage mudo muy pocos comprendemos. Gomez es un censor, derecho como palmera, duro como urunday, insensible como caballo criollo, para el cual no existen galopes largos ni campos feos. Habla siempre por apotegmas y tiene en sus juicios una encantadora rudeza primitiva. «Esta guerra,—decía en el instante en que me acerqué al grupo,—va á dejar en escombros nuestra patria; pero seremos unos miserables si cedemos, despues de haber sido provocados, si hacemos la paz consultando nuestros intereses, si preferimos una siesta de dos horas al sueño tranquilo de toda una noche. Es necesario tener en cuenta, añadió dibujando en el aire un gran castelariano, que los pueblos, como los hombres, cuando han perdido la vergüenza lo han perdido todo.»

Yo le interrumpo preguntándole como va la pelea. El me mira asombrado.

—¿Qué pelea?—dice.

No se me antoja apropiado el momento para chistes, y antes de que replique me explica lo que pasa.

—No hay pelea; doscientos tiradores nuestros se estàn riendo desde hoy de todo el ejército gubernista que no puede pasar el vado de los Conventos. Muniz manda una guerrilla sobre otra guerrilla, imitando al general del cuento que mandaba tirar dos cañonazos porque uno no alcanzaba al blanco.

Poco despues el tiroteo cesa: ya no se oye una detonación. Un ayudante nos dice que las

fuerzas están tendidas «de barranca á barranca, mirándose como dos perros que se tienen miedo».

En ese intervalo, las columnas que he visto marchando sobre el pueblo llegan hasta nosotros. Es el ejército entero, que, por órden del general, va á efectuar el prometido desfile por la blanca ciudad de Melo

Las divisiones, con sus respectivos jefes á la cabeza, empezaron á caer á un arroyuelo insignificante, un brazo del Tacuarí que defiende la entrada de la ciudad y que con la lluvia copiosa de todo el día, se había hinchado; llegando hasta *mojar el lomo* de los caballitos criollos.

Apenas vadeado el arroyo, entramos en la calle principal, una calle muy larga, muy angosta una fastidiosa sucesión de casas bajas, viejas y feas, todas con los mismos muros lisos pintados con colores chillones, todos llevando por sombrero la roja teja acanalada del tiempo del coloniaje.

Aunque seguía lloviendo copiosamente, las veredas, los balcones, las ventanas, las puertas de las casas, estaban atestadas de gente, predominando las mujeres, las lindas muchachas melenses, vestidas de blanco y celeste, las manos llenas de flores, que arrojaban con delirante entusiasmo á los guerreros que pasaban, desgreñados, casi desnudos, empapados, cubiertos de barro, blandiendo las lanzas, remolineando los fusiles.

Las bandas de música habían pasado primero, al frente, llenando la ciudad con las notas de una marcha triunfal; después, los clarines can-

taban energías, apagados de vez en cuando sus ecos con los vivas atronadores que se sucedían en este orden: «¡Viva la patria! ¡Viva el partido nacional!! ¡Viva Aparicio Saravia!»

Y entre los vítores, un solo muera, un grito único de rencor para el causante de la guerra, un ronco rujido de amenaza en el que todas las voces se confundían. El grito entusiasta de ¡Viva la patria! se profería indefectiblemente seguido del grito airado de ¡Muera Batlle!, expresando el convencímiento de que no puede existir aquella mientras éste perdure.

Horas y horas duró el desfile; los escuadrones seguían á los escuadrones y era algo fantástico aquella galopada frenética bajo el castigo incesante de la lluvia.

En la tardecita, el ejército hacía alto junto al Paso de la Cruz de Tacuarí. Esa noche Aparicio Saravia estuvo hasta las 11 paseándose nerviosamente por el amplio comedor del Hotel de Izaza. A esa hora un ayudante cubierto de barro, empapado el poncho, el sombrero sin forma, se acercó y habló algo en secreto al general. Este lanzó una sonora carcajada, y exclamó con voz alegre:

—«Ahora sí puedo acostarme, mientras Muniz queda mascando el freno del otro lado del paso».

La burla estaba hecha. El parque se alejaba tranquilo; una columna desarmada despistaría al día siguiente á los gubernistas, y el ejército nacionalista podia volver tranquilamente al sud en busca de los elementos bélicos prometidos.

Tirado sobre un sofá, sin cambiarse siquiera la ropa mojada, el general durmió toda la noche en la ciudad blanca, que velaba estremecida aún por el delirante entusiasmo del desfile triunfal.

VIII

JUSTINO MUNIZ

Como yo no sé narrar sino aquello que he visto, tengo la forzosa necesidad de abrir aquí un paréntesis á mi crónica.

En la noche de nuestra entrada en Melo, llegamos como he dicho, hasta el Paso de la Cruz del Tacuarí, distante un par de leguas de la ciudad.

Allí, en las tinieblas engrosadas por una lluvia que parecia dispuesta á poner á prueba nuestra resistencia física, permanecimos largas horas á caballo. Guarda la entrada al paso un gran estero que la lluvia ha convertido, en partes en lagunas, en sitios en tembladerables, y en toda la extensión en barrial casi intransitable, sobre todo después de haber sido amasado por los cascos de miles y miles de caballos.

Varias horas permanecimos así, sin desmontar, tiritando de frío, pronunciando de vez en cuando el nombre del compañero inmediato, á fin de no extraviarnos en aquella marcha que calculábamos terrible.

Hasta las 11 estuve allí, haciendo los mayores esfuerzos para resistir á la fiebre que hacía arder mis sienes; luego, rendido, abatido, sentí cruzar una nube por mi vista, no pude más, solté las riendas, aflojé el cuerpo y caí.

Dos amigos me llevaron hasta la ciudad y me dejaron en casa de un vecino caritativo. La pulmonía que un mes antes me había tenido á la muerte, dejó en mis pulmones la infección sutil y se vengaba de mi desprecio.

Y aquí tengo que escribir unas páginas puramente personales, unas páginas que, no obstante ese carácter, quizá tengan alguna utilidad, la de demostrar hasta que extremo llega la alteración moral, el desequilibrio, la iniquidad, en estas corruptoras contiendas fratricidas. Contando los hechos tal cual se han sucedido, apelando al testimonio de cien personas que los han presenciado conmigo, destruiré los cargos con que se ha pretendido hundirme á mí, no por odio á mí, no por dañarme á mí, sino porque la guerra es un turbión en el cual se confunden las aguas putrefactas del bañado, un hachazo brutal que rompe todos los lazos con que la civilización ha ido amarrando, en años y en siglos, á la bestia humana.

Y estas impresiones, expresadas con amargura, sin duda, pero también sin rencor; no tienen por objeto mi defensa. Como el orgulloso poeta de Méjico, puedo decir:

"Los claros timbres de que estoy ufano,
"Han de salir de la calumnia ilesos:
"Hay plumajes que cruzan el pantano
"Y no se manchan: mi plumaje es de esos!"

—Cuesta trabajo comprender, y causa pena aceptar, cómo en el borbollon de las pasiones desenfrenadas zozobran las ideas nobles, se hunden los sentimientos dignos, se olvidan todas las consideraciones sociales y aún las almas más cultas escupen sus odios como repugnante espumarajo de cañadon.

Cuando tras dos días sentí la razón volver á mí; cuando aún débil y consumido por la fiebre me noticiaron que había sido conocida mi presencia y que el jefe político interino me mandaba arrestar, no pensé un sólo instante en que pudiera ser tratado de otro modo que de aquel á que tenía derecho por mis condíciones, por mi posición, por mi nombre, y los actos todos de mi vida.

—Dentro de veinticuatro horas,—me dijo la buena persona en cuya casa estuve albergado,—estará Vd. en libertad.

Y aún completó la frase con estas palabras, que después hube de recordar con amargura:

—Estoy seguro de que el general Muniz lo manda buscar para conocerlo. Es un hombre áspero, muy enérgico, muy severo, pero en el fondo, bondadoso, noble, generoso. Ya lo verá.

¡Ya lo creo que lo ví!

En la jefatura política fuí recibido con las mayores muestras de simpatía por los jóvenes colorados que la tenían á su cargo, y no hubiese tenido motivo alguno de queja, sin la orden terminante de Muniz para que me remitiesen al campamento.

Esa orden tenía que alarmarme por la forma en que estaba concebida. En efecto, habían quedado en Melo. despues de partir el ejército nacionalista. El Dr. Juan B. Morelli, miembro del directorio, y varios ciudadanos que habían andado en armas: Muniz les mandó dar la ciudad por cárcel, reservándome solo á mi el honor de ser conducido á su presencia.

En vano protesté con el justísimo motivo de mi enfermedad; en vano fueron los esfuerzos de respetables vecinos, quienes, con el apoyo de tres medicos que atestiguaban mi estado delicado, pidieron al general gubernista que me dejara en la jefatura.

Y rumbo al campamento, zamarreado en una especie de *telega* rusa, me parecía, bajo el dominio de la fiebre, atravesar á manera de proyectil la niebla que envolvía el paisaje. ¡Buena excepción había hecho conmigo el general del gobierno!.... Pensé en el viejo militar de galones gruesos, el que los ama por lo anchos, de charreteras doradas á modo de parasoles, que más las quiere mientras más grandes y más pesadas... y pensé en lo que iba á pasar conmigo, en la escena que tendría lugar entre el hijo de las campiñas y yo, literato medio soldado. Esta excepción debía ser un elogio: y malo, porque me acordé de la fábula; mis pobres escritos, que el general debió oir en alguna aburrida velada. Ellos se tenían la culpa de que yo fuera sacudido en la *telega*, tiritando bajo los ponchos.

Y doblé la cabeza, con la resignación del forzado fotógrafo que vá maquina en mano ha-

cia el taller... Buena placa podría salir. ¡Cosa extraña! No pensé más en el peligro; tuve como un despertar de viejo cronista y enfilé en la imaginación hácia otro pensamiento... Iba á ver al formidable general, que hacía entre aquellas patrullas amontonadas á su alrededor el papel de conductor, de baqueano á través de montes y de breñas.

¡Un general de doeman y chambergo! Un fusil de fulminante en una caja de mauser, que oponía por contraste á la brillante indumentaria de su chaqueta de fotografía, el poncho clásico del paisano ricachón que ríe del doctor, y galopa cuando pasa por el frente de la escuela del pueblo... Y fuí rodando con mi fiebre á mezclar en la imaginación á Muniz y á los famosos morteros que en el atrio de la iglesia de mi pueblo avisaban las grandes ceremonias......No sé por qué..... ahora en plenitud de todas mis facultades lo pienso—hice aquella confusión, de que me declaro un tanto arrepentido y de la que me sacó la realidad de la escena .....

Oscurecía cnando llegamos al campamento, Allí fuí recibido por Julio María Sosa, el coronel Buquet, Dubra y otros jefes y oficiales amigos, que rivalizaron en atenciones, tratando de endulzar aquellos tristes momemtos de mi vida. Algunos de ellos, con el criterio ennegrecido por el humo de la pasión, me han herido después con implacable crueldad. ¡Que sus conciencias se lo perdonen!

Ví el campo sembrado de carpas y fogones, y allá, en un recodo, junto á una laguna, al

borde de un barranco, unas carretas, un breack y una tienda de grandes dímensioncs.

Allí estaba Muniz.

—Vamos á ver al general,—me dijo el coronel Buquet.

Y echamos á andar hacia la carpa del caudillo más bruto, elegido por un gobernante civil enemigo del caudillaje, para abatir lo que él considera rebelión de gauchos ariscos.

A la puerta de la tienda, formando círculo, vi varios personajes conocidos que me saludaron friamente, no sabiendo todavía—antes de oír al jefe—si debían mostrarse altaneros ó respetuoso,—y no sabiendo—por defecto orgánico, ser dignos y cultos.

Estaba allí la pera sublime del general Callorda, y la barba mal teñida del coronel Vergara y estaban otros muchos jefes y oficiales que me inspiraron lástima, porque, dadas sus actitudes, el uniforme les cuadraba como libres. Era un grupo de esos jefes y oficiales, cuyos grados han sido obtenidos casi todos, en matufias electorales, en vivezas de comisario, y algunos,en virtud de acciones más siniestras. Ciriaco Sosa estaba tambien allí.

Se habían formado dos grupos: de un lado Buquet, Dubra, Caballero, Gonzalez, Chíappara y unos cuantos oficiales más, distinguidos, ilustrados, cultos, correctos en sus actitudes y expresiones; de otro lado, en ronda numerosa, compacta, rodeando al caudillo, imponiéndose por su número y arrogancia, los semibárbaros, los capitanes de ocasión, de nombre oscuro y famoso como las sierras y los bosques donde

ganaron su crédito; de rostros torvos y cataduras siniestras como los lugartenientes de Fra Diavolo, como los aliados de Catalina de Nápoles.

Y desde luego se veía que aquellos eran los favoritos del favorito de Batlle. Aquello era el estado mayor del primer ejército de mi patria, de mi patria que muchos han llamado—¡y con razón!—la Grecia americana.

Y en medio de ellos, torvo, adusto, empacado, estaba Muniz.

Cuando me lo indicaron tuve una desilusión. Yo esperaba encontrarme en presencia de una figura imponente de Kengis Khan gaucho, y era apenas un mogol de la China moderna, achicado y degenerado por el arroz y el opio; creí hallarme en presencia, sino ya de un tigre, de un jaguareté, al menos, y me resultò un aguará, más ridículo que imponente. Confiaba hallarme frente á frente de un *hombre*, de un *tipo*, expresión de las soberbias díscolas, condensación de los defectos étnicos, grande en su fealdad de Cuasimodo rural y en su arrogancia de Tamerlan gaucho; el bruto potente que la imaginación popular ha ideado para representarse al raudillo favorito de los tiranos de mi tierra. Y en vez de eso vi ante mí una figura vulgar: la personificación de la vulgaridad

¡Me habían estafado!

Miré á Buquet, y Buquet sonreía con su sonrisa cáustica de hombre inteligente.

El nos presentó:

—El general Muniz....

El general Muniz, de pié, los grandes piés

metidos en unas chancletas viejas, las piernas perdidas en las bombachas, los brazos caídos con el peso de las manazas velludas, no me miró, no habló.

Tenía inclinada sobre el pecho la cabeza grande, melenuda, de frente estrecha y deprimida,—una frente de gorila nacido en un jardin zoológico,—y fijos los ojos en el abdomen abultado de gloton vulgar.

Su estado mayor no chistaba. En el oscurecer, medio vedadas por la neblina, aquellas figuras me pareciersn siniestras. Allí estaba Ciriaco Sosa, comandante de línea y jefe apreciado por don José Batlle y Ordoñez, ex-director de *El Día*, diario independiente, fustigador eterno de tiranías caudillescas.

Largo rato permaneció en silencio el general Muniz. En su rostro flacido que encuadra una barba gris inculta, no se nota expresión ninguna. Al fin levantó la cabeza y me miró fijamente con una mirada fría, dura amenazante.

—Ya sé que es usted muy defensor del portugués Aparicio,—empezó por decirme; y como yo continuara guardando silencio, él prosiguió encolerizándose poquito á poco:

—Ahora seguirá aquí.

—Estoy enfermo, general,—objeté;—no me es posible seguir al ejército.

—¡Enfermo!—vociferó. — No estaba enfermo para ir á la revolución.

—No *estaba* enfermo; pero estoy enfermo, y por eso es que me he quedado. Si no seguiría allá.

Yo había pronunciado estas palabras sin al-

tanerías, sin jactancias, con la mayor sencillez posible; pero Muniz, que buscaba un pretexto para dar rienda suelta á su grosería, agitó las manazas y me gritó, tuteándome ya:

—¿Qué decis? ¿Que no vas á seguir?

—Digo, general, que estoy enfermo.

—Yo tambien estoy enfermo, ajo, y sin embargo sigo.

—Vd. es general—le dije.

—¡Y vos sos un embrollón de letra menuda, que son los piores!—rugió, ya fuera de sí, el entrecejo fruncido, los ojos rabiosos en su mirada de fiera, que intimida como mirada de fiera, nada más, porque no hay en ella la luz de inteligencia del hombre superior, sino la fosforescencia transitoria de las pupilas del felino.

Al verlo así en su exasperación de bestia lunática, me parecían que adquirían forma y color y se dibujaban en el fondo del paisaje agreste y adusto, las palabras con que en otro tiempo Eduardo Acevedo Díaz flagelara á su aliado de hoy: «Gaucho de pulpería, bruto como el redomón que monta, bárbaro como el instinto que lo empuja.»

Y así es.

Aquella cabeza estrecha que se adivina como formidable caja ósea, asentada sobre un testuz de toro montaraz, puede ser cueva de instintos, pero no nido de ideas.

Observando al hombre, se comprende perfectamente al general, su acción militar, su acción política. Muniz, con galones y entorchados; Muniz dueño de una gran hacienda es

hoy, y será hasta su muerte, lo que fué en sus mocedades: gaucho, peon de estancia.

En la guerra, su táctica consiste en echar batallones sobre batallones, brigadas sobre brigadas, aturdir á fuerza de golpes, aplicar en las batallas los procedimientos de domador criollo: el rebenque, la espuela, el puño, los gritos. El más bruto triunfa.

Su política es la sumisión incondicional al patrón, *hacer el trabajo* que le manda el patrón, sin perjuicio de murmurar en la cocina y de resarcirse tratando á sus subalternos con la mayor dureza.

Semejante á esos viejos estancieros brasileños de la frontera, que con la fortuna llegan á usar levita, sombrero de copa y hasta guantes, sin renunciar á las *tamangas*, Muniz ha llegado á la riqueza y á los honores sin abandonar la primitiva vestimenta moral de peon de estancia. Su cerebro de analfabeto, su cerebro compacto, celosamente guardado en la dura caja ósea, impenetrable á la luz, comprende la superioridad del toro, pero aborrece las sutilezas del zorro.

Tiene por los intelectuales el odio profundo de los que, siendo absolutamente ignorantes, han logrado escalar los altos puestos públicos. Su alma tiene la inmovilidad de la roca, que es siempre igual, la misma forma, la misma masa, las mismas dimensiones. Su espíritu es como esas cavernas donde la luz no entra jamás, donde la luz no puede alumbrar porque falta oxígeno.

A pesar de los años, el caudillo triunfador ha

permanecido inmutable en sus hábitos, como todo animal de instintos.

No admite que pueda haber otro desayuno que el costillar asado y el mate amargo.

No cree que el fusil moderno valga más que la vieja lanza de las montoneras gauchas.

El cañón solo sirve segun él, pa «jeringar y hacer ruido.»

No concibe otro medio de locomoción que el el caballo, y cada vez que su enfermedad le obliga á subir al carruaje en que ha hecho casi toda la campaña, su mal humor y su grosería adquieren proporciones formidables.

Se nota en él la nostaljía de la vieja cocina de la estancia, de la vieja cocina de paredes ennegrecidas por el hollin, donde pasó los mejores años de su vida de peon.

Si no fuese el odio que nace del inmenso sufrimiento de ver los infortunios de mi patria, —de los cuales aquel hombre es uno de los principales causantes,—sentiría admiración por él, que es quizá el ùltimo representante de la barbarie gaucha.

Cuando me hubo insultado y amenazado bastante, insistiendo dos ó tres veces en que «iba á hacer un escarmiento», me dió la espalda y se alejó, buscando alguno de los suyos en quien descargar el resto de improperios que le quedaban adentro todavía, indigestados como carne de animal cansado.

Ya había cerrado la noche; la neblina, cada vez más espesa y fría, me producía un temblor de fiebre. El coronel Buquet tuvo lástima de mí, y me llevó á su fogón, diciéndome:

—Es mejor callarse, el *viejo* está furioso y cuando se encuentra en ese estado, es necesario no contradecirlo. Después él sólo se amansa.

En el fogón, donde fuí presentado á varios oficiales jóvenes y cultos, alegres y amables, que me obsequiaron con un mate de café y me invitaron á participar de su cena, se continuó hablando de Muniz.

Un jefe lo definió de este modo:

«En el fondo es un hombre bueno, enérgico y bravo; pero *no es un general, es un baqueano que llevamos.*»

Pronto pude observar que todos estaban disgustados con él, y se explica que militares de escuela, jefes de ciencia, no podían sentirse á gusto conducidos y mandados por un bárbaro semejante.

Despues he sabido que el general Muniz parecía encontrar especial placer en insultar y humillar á sus subalternos instruídos.

—Muniz cree que para ser jefe, lo único que se requiere es ser domador de dotros, buen rumbiador y cargar á lo bruto—me dijo un oficial.

En las horas de extremo furor solía increpar dura y soezmente á jefes superiores y gritarles al fin, echando espumarajos por la boca; su amenaza favorita:

—«¡Retiresé, si no quiere que lo levante en la lanza!»...

¡Levantar en la lanza!...

Esa frase pinta al caudillo, cuya mano grande, ancha, velluda, ha sido hecha para manejar la tacuara; sea la tacuara con clavo de la pi-

cana, sea la tacuara con moharra de la chuza guerrera.

Allí mismo, en Melo, delante de varios vecinos, prometió *alzar en la lanza* á un general y á un coronel de figuración espectable.

En otra ocasión amenazó *alzar en la lanza* y «mandárselo á Batlle maniao con sus propias tripas» á uno de los más distinguidos jefes de su ejército.

En otro lugar quiso *alzar en la lanza* á un comandante, famoso por su vestimenta colorada y su afición al cuchillo, al cual calificó de «salvaje, hijo una tal por cual, que solo sabés degollar los hombres como á las ovejas, despues que están maniadas y colgadas en el horcon de la enramada».

Porque ha de saberse que Muniz,—en cuyo sombrero gacho no luce jamás la divisa roja,—no ahorra calificativos hirientes para el partido de cuyas fuerzas armadas es generalísimo de toda confianza, ¡Ay de quien se atreva á poner en duda su consecuencia partidaria! ¡«Nadie es más blanco que yo!»—dice, y atormentado por el prestigio inmenso del otro caudillo, el de alma grande y cerebro claro, se encoleriza y ruge al escuchar su nombre. «¿Ese portuguesito fanfurriña va á ser más blanco que Justino Muniz?»

Es que Justino Muniz fué *blanco* en sus mocedades, y como en su alma no hay mutación posible, no puede dejar de ser *blanco*; pero como en esa misma alma, espesa como los chircales donde se extasió su infancia, no caben conceptos de lógica, ni siquiera lejanos vis-

lumbres de justicia, no resulta un contrasentido el feroz encarnizamiento con que combate á los que llevan la insignia de su afecto. Semejante á los salvajes de Luisiana, que cortan el árbol para coger la fruta, no trepidaría en arrancar de cuajo al partido nacional para posesionarse de Aparicio Saravia, á quien profesa un odio á base de envidia, que es el más repugnante y el más feroz de los odios.

Para él, que se ha engrandecido en la traición; para él, que enajenó su voluntad por el dinero y los galones que le diera el sanguinario y grotesco tiranuelo Máximo Santos, la pureza y el desinterés de Aparicio Saravia son una ofensa viva, un insulto constante.

Para él, que manda un ejército de cocarda roja y de forzados subalternos, el sano prestigio del gigante del Cordobés, á quien síguen y aclaman miles de ciudadanos libres, es un perpétuo escozor de la envidia.

Su alma seca, dura y negra como bañado en verano, no tiene afectos y sufre al ver que otros pueden gozar de su calor en las mañanas frías de la adversidad.

Para Saravia una derrota es un dolor que sus compañeros comparten sin recriminaciones, para Muniz, *condottieri* pagado para vencer, la impotencia es un tormento atroz.

Justino Muniz es la última bota de potro.

IX

DE MELO A FLORIDA

¡La horrible noche pasada en el campamento de Muniz!

Los jóvenes oficiales cuyo fogón compartí, no podían, con toda su caballeresca amabilidad hacerme olvidar que estaba en campo enemigo. Aquellas divisas rojas, aquellos pañuelos rojos, me producían un efecto extraño. Por instantes me imaginaba que todo aquello era una alucinación producida por la fiebre, y pasaba con rabia la mano por la frente, que ardía mientras mi cuerpo temblaba de frio.

Los acontecimientos habían sido tan rápidos, las emociones tan intensas y variadas, que dejaban en mi espíritu la duda de un ensueño.

Pero la realidad se imponía y un sentimiento de repugnancia me embargaba, pensando que yo estaba allí, bajo una carpa que no era la mía, viendo flotar sobre mi cabeza una insignia que no era la de mis afecciones y presintiendo allá lejos, junto al barranco, la figura tosca, áspera, terrible, del detestado caudillo, que en adelante debía ser mi amo.

Hasta muy tarde de la noche permanecimos de tertulia, junto al fogón, haciéndonos mútuas preguntas y discutiendo los combates en que nos habíamos encontrado y que, observados desde campos distintos, los habíamos visto y los juzgábamos de diferente manera.

El jefe de la artillería gubernista estaba convencido,—y quería convencerme á mí,—de que sus cañones habían sido de decisiva eficacia en todos los encuentros. No podían creer que los nuestros se rieran de los *mangangás*,—como llamaban á la metralla,—«un bicho grande, presuntuoso, zumbón é inofensivo».

—El estrago no fué mayor,—me dijo el coronel Buquet,—porque el *viejo*, que no cree más que en la lanza,—no nos ha dejado operar como era debido. El otro día, en los Conventos......

—¿En los Conventos?—le interrumpí—¿Vds. hicieron uso de los cañones en esa pelea?

—No; pero sabiendo que Saravia, con el grueso de su ejército, se encontraba en la ciudad, yo le propuse á Muniz bombardearla......

—¿Bombardear á Melo?

—¿Por qué no?......Se hubieran conseguido dos cosas: destruir al ejército insurrecto......

—Perdone,—le dije;—en todo caso, será el ejército de insurrectos.

—Como quiera; destruir el ejército de insurrectos ó, por lo menos, dispersarlo y....

—Y arrasar la *capital del nacionalismo*, como Vds. la llaman; es decir, espantar el águila y destruirle el nido. ¿Y por qué no lo hizo así?

—Muniz no quiso. Él también quiere á Melo; ha nacido en el mismo nido de águilas, como Vd. califica á la ciudad blanca. Me pidió que esperase dos horas, y á las dos horas llovía

copiosamente, como Vd. sabe, y ya no fué posible el bombardeo. Cuando vuelva á ver á los suyos, dígales que si todavía conservan su ciudad querida, su Meca, su Moscou, es por una debilidad del general Muniz.

—Trataré de decírselo lo más pronto posible.

En cuanto á la revolución, en la opinión de todos estaba concluida. «A estas horas—dijeron—Aparicio estará internado en el Brasil, hacia donde fué arrojado en compañía de un par de miles de hombres que lo acompañan.

—¡Nada más!

—Nada más.

—¿¡Y los otros miles?

—Dispersados ó prisioneros, á más de la infinidad de muertos y heridos que quedaron en el paso del arroyo Conventos.

Yo sonreía, contento al saber que la estratagema de Saravia había dado un resultado espléndido. Habían transcurrido cinco días desde aquel en que tuvo lugar la batalla, y el *triunfador* ignoraba en absoluto no solo el paradero, sinó hasta el rumbo del ejército nacionalista.

Engañados con la treta de Aparicio, habían dirigido la persecución en el sentido de la gente desarmada que, al mando del general Basilio Muñoz, se iba buscando el Brasil. Yo que sé de qué modo extraordinario marcha nuestro ejército, me imaginé dónde estaría ahora, llevando cinco días de ventaja al gubernista.

El plan de nuestro general se cumplía al

pié de la letra, á pesar del desgraciado contraste de Illescas: Muniz, después de haber destrozado sus caballadas en una persecución tan tenaz como inútil, quedaba en Melo; es decir, en la frontera del este, despistado y á pié, en tanto Saravia iba á operar tranquilamente en las vastas y ricas zonas del centro y sud.

Recordé la sonora carcajada de Saravía la noche del combate y sonreí con lástima de los que, para su propio mal, se empecinan en considerar al bravo y genial caudillo un gaucho bruto, del mismo corte y de la misma pasta que el dogo gubernista.

Recien el 26 tuvo Muniz noticia de la contramarcha de su adversario, y recién se dió cuenta del ridículo en que caía, después de telegrafiar al gobierno que la revolución había sido deshecha, dispersadas sus fuerzas, arrojado sobre el Yaguaron, empujado al extranjero el general Aparicio y sus principales colaboradores militares. ¡El, tan *vivo*, tan trucha, tan conocedor del terreno, que llega hasta merecer el dictado de «baqueano insuperable», se deja enredar, burlar en el propio pago de su querencia!

Su rabia es tan grande, su orgullo herido le trastorna de tal modo, que el ejército entero parece asustado. Los jefes superiores reciben, uno á uno, insultos y amenazas del áspero caudillo, que inculpa á todos del fracaso sufrido.

Inmediatamente se ordenó la marcha al sud en persecución de Aparicio.

Yo ví desfilar al primer ejército de la nación, y quedé asombrado y entristecido. Aquellas tropas que se llaman legales, aquel *ejército nacional*, hace verdadero derroche de distintivo partidario. No solamente son enormes las divisas rojas que cubren casi toda la copa de los sombreros, sinó que casi todos los jefes oficiales y soldados, llevaban flotando sobre la espalda, á manera de altaneros y procovativos gallardetes, tremendos pañuelos encarnados. Y en los ástiles de las lanzas, no son ya banderolas, sinó pabellones bermejos que flamean como un reto y parecen una evocación del pasado sangriento, y si aún eso no bastara, si no fuera suficiente esa chabacana y absurda ostentación del cintillo, todavía hay jefes que van vestidos de rojo, como unos Mefistófeles ecuestres

¡Y eso ocurre bajo el gobierno de un hombre que ha pasado su vida pública condenando el cintillo, la lucha oscura y bárbara de los instintos en pleito criminal, de un hombre que se abroquela con la *autoridad constitucional* y declara la guerra civil en nombre de la *ley única*, del *gobierno único* de la *bandera única*.

¡Y la *bandera única*, en sus ejércitos, no es el pabellon azul y blanco, la enseña de la patria, sinó el estandarte rojo de la antigua bandería, la roja divisa de los antiguos odios!

La *bandera única* no es la que cobija á todos los hijos de la misma tierra, no es el cielo blanco y azul, no es el sol igualitario, no es símbolo nacional, es la vincha del cacique

en las disputas de tribus, es la divisa del caudillo en las querellas de bando.

Y la *ley única*, es la ley de la fuerza!

Cuando el ejército gubernista marchó en busca de Saravia, yo lo acompañé todo el dia hasta llegar á Melo; pues gracias à los buenos oficios de algunos jefes colorados, Muniz había al fin concedido que no se cometiera conmigo la herejía de hacerme seguir en el ejército, estando como estaba y era notorio, gravemente enfermo.

Toda la mañana anduvimos por caminos estrechos y barriosos, convertidos en pantanos con las recientes y copiosos lluvias.

Era una mañana clara, luminosa, y el sol, en lo alto, mandaba sobre el ejército en marcha sus rayos de oro que reverberaba sobre el rojo de los uniformes, de las banderolas, de las divisas, de las golillas, de aquella inmensa mancha roja que se iba moviendo lentamente.

Los soldados, tristes, harapientos, los kepíes deformados, las botas rotas, los trajes imposibles, marchaban en caballos flacos y transidos que no salían del tranco, á pesar del castigo del rebenque y de la espuela.

Una inmensidad de carros y carruajes que á cada instante se atracaban en los barrizales ó peludeaban en las zanjas, contribuía á hacer más lenta y fatigosa la marcha. Se andaban unas cuadras y era necesario detenerse, estacionarse durante un cuarto de hora, media hora. Y eso que todo era camino; los alambrados caín unos tras otros, las columnas pasaban por las chacras destrozando los sembrados de maíz.

Departamento blanco... ¿qué importaba que se

arruinara? Hacía unos días ¿no habían decretado el bombardeo de su capital, no habían pensado arrasarla, convertirla en polvo y sepultar bajo sus escombros toda la población, sin respetar ancianos, ni enfermos, ni niños ni mujeres?

A medida que nos acercábamos á la ciudad la marcha se hacía más lenta y dificultosa. En uno de esos altos, un jinete alto, delgado, vestido de rojo y negro, se acercó á mí y estuvo un rato observándome atentamente. Era un pardo todavía joven, larga la cara, camorrero de ojos, sensuales los labios, y un no se qué de pantera en todo el cuerpo. Echado á la nuca el sombrero donde gritaba la divisa con un palmo de ancho, me miró y sonrió, con una sonrisa que era semejante á una fiera que se lame el bigote.

—¿Quién es ese? le pregunté á Julio María Sosa, que iba al costado de mi carruaje.

—Ciriaco Sosa, me respondió.

Y al escuchar ese nombre y considerar la atención con que me había observado y al pensar en su sonrisa felina, un estremecimiento,—que esta vez no era causado por la fiebre, —sacudió mi cuerpo.

El mulato se alejó al trote, hincando las grandes rodajas de las espuelas de plata en los ijares del zaino gordo, tendiendo al sol brillante de la mañana el triángulo escarlata de su golilla y las anchas franjas encarnadas del chiripá de merino negro.

Involuntariamente miré á Julio Maria, caballero en un mancarron peludo y flaco que en la cabeza

de su gacho, trabajado por las lluvias, lucía, en lugar de divisa, un cordoncito colorado.

Todavía no se había perdido la silueta terrible del comandante famoso, cuando otro cuadro vino á herir mi imaginación: eran las chinas, un grupo de chinas de las que acompañan al ejército gubernista, para darle semejanza con el aduar charrúa, como el símbolo partidario le daba parecido á las montoneras de vincha y chuza en los tiempos de *Frutos*.

Diez, doce, quince chinas, desfilaron junto á mí. Unas en sillas de señora, otras á horcajadas, todas llevaban sombreros de pajilla, de alas grandes, de copas altas, y, en las copas, una ancha cinta colorada que estaba al habla con el pañolon del mismo color que circundaban su cuellos flacos, negros y rugosos.

Entre todas aquellas fealdades repugnantes había una parda correntina que montaba un tostado mestizo y lucía, sobre rico montura, un vestido de seda negro, gruesos aros de oro adornaban la pulpa de sus orejas. y otros aros, gruesos tambien, engarzando piedras vulgares, ceñían los dedos de la mano que sostenían una sombrilla de seda encarnada.

—¿Y esa?—pregunté.

—Es la *jefa*—me respondió un oficial, que se quitó el sombrero para hacer un reverencioso saludo á la marimacho.

Apenas pasado el extraño escuadron,—que deshonra á un ejército de nación culta, pero que está en perfecta armonía con los principios bárbaros y anacrónicos que ese ejército defiende, tuvimos que detenernos de nuevo, obstruí-

do el camino por un convoy de carros y jardineras. Eran los enfermos, los mismos enfermos de tifus de aquel ejército que, de miedo á las deserciones, acampa siempre amontonado, en un radio sumamente reducido, ofreciendo segura presa á las epidemias.

Casi en seguida, mostrando chocante contraste con la tristeza del convoy de infelices, apareció la figura arrogante, imperiosa, de un jefe que vestía sombrero rojo, chaquetilla roja y pantalón rojo: una figura de lacre sobre un moro brioso y recamado de plata.

El jinete pasó y fué á conversar con el general Muniz, que iba en su breack, más huraño que nunca, más sombrio que de costumbre, las entrañas atormentadas por la enfermedad que mina hace tiempo su cuerpo robusto, y el alma más amarga que cimarron de yerba misionera.

¡Qué ejército aquel!

Un monton de soldados abatidos, pobres, sucios, marchando casi á pié, cayendo mordidos por el cansancio y la fiebre, entre el sarcasmo de la legión de chinas hombrunas y el gritar siniestro de las enseñas rojas; un hacinamiento de seres sin ideal, sin entusiasmo, sin voluntad, arrastrando su miseria por todos los pagos, vagando sin cesar en busca de una victoria que ni alcanzan ni les interesa!... Y al frente de esa masa amorfa, que no cristalizará jamás, un general viejo y enfermo, rugiendo dentro de su carruaje como una fiera en su jaula, mascando sus odios, deglutiendo su envidia y su impotencia!...

Y rodeando al generalísimo, un estado mayor

extravagante, una mescolanza de elementos imposible de fundir; jefes bárbaros de lanza y boleadoras, jefes cultos obligados á llevar su ciencia en las maletas; rivalidad de razas, de educación, de principios, de forma y fondo, la envidia latente, la ambición en asecho, la araña de la intriga tejiendo sin cesar su tela!...

No es aquel un ejército para vencer ciudadanos que van alumbrados por la luz de ideales generosos.

No hay allí unidad, ni cohesion, ni el *deseo de vencer*, que en un ejército constituye la mitad del triunfo.

Los jefes, anarquizados, se destruyen mutuamente, se inutilizan entre sí y en la aparente sumisión existe un odio sordo que es fermento de disolución.

Y la tropa no tiene la dureza que da la disciplina en una rígida organización militar, ni el entusiasmo de una causa defendida con cariño, ese entusiasmo que en el ejército nacionalista es una clarinada sonando á la carga.

Conducido por Julio Maria Sosa, fuí llevado á la jefatura política, mientras el ejército de Muniz seguía andando, rumbo al Paso de la Cruz del Tacuarí.

Allí me recibió el coronel Tezanos con la fría altanería de esos jefes que no saben respetar nada ni á nadie.

Al día siguiente salía, *en calidad de prisionero* y bajo «custodia humanitaria»,—en el decir del panegirista de Batlle,—para la capital de la república.

Del itinerario de mi viaje hasta San Ramon,

muchas cosas podría decir, muchas cosas tristes que prefiero callar, porque me afectan personalmente y porque son muy tristes. No se debe exhibir miserias humanas sino cuando la exhibición puede ser útil enseñanza de futuro.

Llegamos á San Ramon ya entrada la noche, y allí supimos que «el bandido Saravia»,—como lo llamaba uno de los médicos de la expedición de la Cruz Roja oficial, al general nacionalista, había hecho volar los puentes del ferrocarril.

Era necesario detenerse. Los expedicionarios, —que habían abandonado los heridos en Nico Perez,—cenaron y fueron á acostarse. Yo quedé levantado y recibí la visita de varios amigos, quienes me noticiaron del desastre sufrido por el gobierno en Fray Marcos.

—«El pobre Meliton,—me decía uno de ellos, —es el menos culpable de la derrota. La entera responsabilidad del desastre debe hacerse caer sobre el mismo Batlle. El había dicho oficialmente que la revolución agonizaba, que Aparicio Saravia, con dos mil hombres desmoralizados y desarmados, venía huyendo de Muniz, que no le daba descanso, persiguiéndole á sol y sombra. Cuando Meliton supo que el ejército revolucionario se acercaba, se dijo ¡esta es la mía! El buen general canario nunca había vencido á nadie y no podía desperdiciar un triunfo tanto más fácil, cuanto que, segun la palabra del presidente, Muniz estaba cerca y llegaría á tiempo de dar una manito, en el caso improbable de que el caudillo del Cordobés pudiese resistir á sus soldados. Contaba con

fuerzas de línea, contaba con una sección de artillería y las milicias estaban perfectamente armadas y municionadas. El general Muñoz no podía despreciar la ocasión única que se le presentaba en la vida de adquirir una victoria, unas palmas que diesen autoridad á las palmas de su uniforme. Además, se afirmaba que Saravia traia consigo grandes caballadas, muchos potrillos orejanos, y el tiempo estaba bueno para una hierra. En su caso, sobiendo que era una fija, cualquiera expone la plata.

—¿Y la soba fué muy grande?

—¡Machaza! Esa gente disparada como luz mala, sembrando el campo... de jergas y cojinillos: le aseguro que pal año que viene la cosecha de trigo vá ser extraordinaria!...

El hombre hizo una mueca maliciosa y prosiguió:

—«Imagínese que los nuestros mataron gente hasta á pedradas, y no mataron mas porque las piedras son escasas y los terrones, con que les tiraban al último, no matan ni cachilas... ¡Qué gente julepiada! Supóngase, don, que en la carpintería de Z** se escondieron dos jefes... ¡sí señor, dos jefes!... — mire, que lo parta un rayo si no es cierto! —bueno, esos jefes, y se metieron en unos cajones y pedían que les echasen virutas por encima, bastante viruta. ¡Cómo sería la viruta que llevaban! Otros oficiales se metieron en casas de familia, á las que obligaban á esconderlos debajo de los colchones.

—¿Y los nuestros?

—Los nuestros se raían, y los amenazaban

con degollarlos pa ver la cara que ponían los *micuines*. Los que escaparon iban que no les alcanzaba un resuello al otro. ¡Pucha digo! ¡lo que habrá gastao en jabón el presidente cuando aparecieron allá los canarios, todos sucios... de barro!

—Bueno, pero, ¿cómo fué la batalla?

—¡Qué batalla, don!.. Cuando los sumacos acordaron, Aparicio los había traído al corral de ramas, como bandada de avestruces, y los envolvía por las dos alas sin darles tiempo pa tirar un corcovo. No peliaron, no señor, dispararon como yeguas y los de línea en la punta. El jefe de los cañones, el hijo de Cuestas, perdió hasta el kepís en la disparada; porque aquello fué ¡corré que viene Tabé!

¡Si daba vergüenza, palabra!...

El buen paisano continuó narrándome episodios de la tragi-comedia, pero yo no lo atendía, preocupado con algo que me interesaba personalmente. El Dr. P... me avisó que el ejército nacionalista debía hallarse en la Florida, á nueve leguas de allí. Nueve leguas se hacian en una noche, en un buen caballo; pero, ¿y el caballo? Alli no quedaba ninguno, no existia la más minima probabilidad de hallarlo. Una idea cruzó por mi mente y despues de un rato,—¡bah!—me dije—¿por qué no?

La expedición sanitaria de Navarro tenía buenos caballos; yo tomaría uno y partiría. Al fin y al cabo yo tenía el mismo derecho que los que habían llevado todos los caballos de mi marca no dejándome *uno solo* en la estancia; y, además, mi amigo Gomez tenía razon

en su filosofía cruel: «En tiempo de guerra, nada es de nadie, todo es de todos».

Arreglé mi recado, compuse personalmente un cojinillo roto y una estribera reventada, mientras hacía comer una buena ración de maíz al caballo elegido.

Luego fuí á uno de los breacks, donde había visto varias tijeras de cortar alambre, y elegí la mejor. Sobre los asientos estaban tirados un monton de ponchos; yo no tenía poncho y cogí uno, pensando que con eso no hacía sino reconquistar algo de lo que me habían quitado; pero lo dejé con repugnancia: un caballo para llevarme, una tijera para abrirme paso, y rumbear en unos parajes que no había recorrido en mi vida, y después.... lo que quisiera el destino.

Volví á prender en la copa del sombrero la divisa blanca que llevaba cuidadosamente escondida, la buena divisa compañera de mi primer mes de fatigas y ansiedades, monté á caballo y partí.

....

....

La prensa Batllista, enfurecida por mi huída que les privaba de hacerme sufrir en Montevideo humillaciones análogas á las que me impuso Muníz en su acampamento, no ahorró adjetivos insultantes para condenar mi acción.

Yo era un hombre indigno, porque había faltado á mi palabra, y la prueba de que ha-

bía faltado á mi palabra estaba en la siguiente carta dirigida por mí á Julío María Sosa:

«Melo, Enero 24 de 1904.—Estimado amígo: Estoy en esta jefatura prisionero y enfermo. ¿No podría su vieja amistad influir para que se me permitiese atenderme particularmente, dándome la ciudad por cárcel y con la garantía de mi palabra? Lo saluda su amigo de siempre.—*Javier de Viana*».

Y bien, sí, palabra de quedar en Melo asistiéndome de mis dolencias, no la palabra de no escaparme si me llevaban prisionero á Montevideo.

No he dado ninguna palabra al respecto, y si la hubiese dado.... ¿que mucho que no se cumpliera para Batlle y Ordoñoz, que ha violado la suya, la suya empeñada á la nación entera?

¡Hablan de traiciones aquellos que las han cometido de todos modos!

En fin, ya hemos visto tantas cosas tristes, tantas cosas amargas, tantas ofensas á la nación, tantos sufrimientos del país, que la mia no merece atención,

Ya vendrán otros días, días claros, de justicia, y entonces se medirán y se pesarán la acciones de cada uno.

Por hoy sólo es posíble y sólo permitido pensar en la patria, en la pobre tierra ensangrentada y llorosa: la pobre víctima de soberbias mal dírigidas y de ambiciones bastardas.

Pronto amanecerá.

X

VUELTAS Y REVUELTAS

En la linda ciudad de Florida, — á la cual llegué al oscurecer del día siguiente tras una galopada de doce horas consecutivas, — encontré acampada la división departamental, que comanda el coronel Juan María Fernandez.

.La ciudad presentaba un aspecto de fiesta, de gran fiesta entusiasta.

Frente á la jefatura de policía, ocupada militarmente por las fuerzas nacionalistas, estaba de guardia un piquete de tiradores; y por las cuatro calles de la plaza era un contínuo galopar de guerreros, en cuyos rostros alegres se adivinaba el contento que engendra la vuelta al pago tras una larga ausencia azarosa.

Veíanse las puertas de las casas abiertas de par en par y oíanse músicas y risas saliendo de las salas y de los patios, donde se bailaba, se conversaba y se discutía; donde las buenas madres, con una aureola de felicidad en sus cabellos blancos, contemplaban con infinita ternura los rostros, tostados por el sol, de los hijos vueltos al hogar. Su inmensa alegría alejaba el pensamiento de la próxima partida en busca de nuevas fatigas y de peligros nuevos.

En las aceras veíanse grupos de muchachas, vestidas de blanco y celeste, ofreciendo flores y cintas y divisas á sus comarcanos y amigos. En una esquina de la plaza, una señorita de la

más distinguida sociedad, una rubiecita blanca y fresca como una margarita, detiene á un indiazo y le ofrece una cinta blanca con la inscripción en letras de oro: «División Florida,» diciéndole con afectuoso entusiasmo:

—*Compañero*, su divisa está vieja y sucia, tome esta otra.

Y el criollo, turbado, desconcertado con un honor que no soñara nunca, coge entre sus gruesos y obscuros dedos temblorosos la alba cinta de seda, y tartamudea:

— «Esta tamien la-via ensuciar, pero con sangre.»

Una niña gentil me ofrece una divisa semejante.

—No puedo aceptarla,— le digo,— la inscripción me lo impide.

—Es verdad; Vd. no es de la división Florida.

Y luego sonriendo:

—Vd. es un extraño aquí.

—Aquí y en todas partes, yo siempre soy un extraño.

Las casas de comercio estaban atestadas de gente. La milicada compraba de todo, desde el poncho que le aseguraba abrigo hasta la olla para el puchero; desde el tabaco y la yerba hasta el pañuelo de seda y las cintas con los colores nacionales, que habían de servirle para satisfacer una coquetería casi infantil.

El ruido de sables, de lanzas, de espuelas, llenaba la pequeña y linda ciudad; y las voces alegres, las risas y los cantos entonaban un coro de fiesta que vibraba en el aire puro y

ascendia bajo el cielo azul, ante la mirada bondadosa de un ardiente sol de febrero, y se iba, en ondas armoniosas, recorriendo las calles arboladas hasta morir entre las greñas del bosque del Pintado, sirviéndole de tumba las altísimas y agrietadas barrancas arcillosas.

Los jóvenes guerreros,—una juventud distinguidísima, muchos soldados con título académico, mucha muchachada rica, de la culta ciudad mediterránea, vestia lujoso traje y llevaba con orgullo los ramilletes de flores con que les obsequiaban sus prometidas, sus hermanas, sus amigas.

En cada esquina, en cada puerta de calle, en cada vereda, tenia lugar un delicioso idilio. Parecia que todas aquellas almas femeninas, convencidas de la santidad del móvil nacionalista, se afanaran en acrecentarlos bríos de la brillante falange, y parece decirle en las dulces miradas y las tiernas sonrisas y en las frases cálidas y los gestos enérgicos: «Ve en busca de un ramo de laureles para adornar el nombre de la prole futura, que en la tierra del valor y la hidalguía hay que ser bien hombre para ser bien amado y hay que cumplir el deber, todo el deber, para llegar á ser bien hombre».

En una de las mejores moradas de la ciudad se veía un cuadro encantador. La puerta de la calle estaba abierta de par en par, y en el ámplio patio perfumado con rosas y claveles bajo un toldo de madreselvas y jazmines, se ve, en primer término, sentados en sillones de paja, un hombre ya anciano, de rostro tostado por los soles, de barba negra y sedosa,

de ojos de mirada dulce, y una respetable matrona que lo contempla con tierna admiración. Son el coronel Juan María Fernández y su esposa.

A su alrededor, un enjambre bullicioso de hombres y mujeres jóvenes que van y vienen y charlan y ríen. Ellas ceban mate, quemándose con el agua de la caldera los dedos inexpertos, ellos las contemplan con ojos amorosos y hay en el ambiente un vapor hecho de promesas, promesas de amor, promesas de heroismo.

En medio del cenador, una mesa; sobre la mesa, totalmente cubierta de flores y rodeada de niñas, un bouquet de divisas blancas, que los finos dedos sonrosados tomaban para ceñirlo en los sombreros de los mozos, quienes, al aceptarlo, firmaban el compromiso tácito de devolverla zahumada con el humo del combate, ó dejarla allá, gloriosamente enterrada en la tierra que guarde sus despojos.

Al día siguiente, muy temprano, la división Florida,—que nunca mereció mejor el nombre, —se puso en movimiento para ir á incorporarse al ejército, acampado cinco leguas más al centro.

La brillante columna, compuesta de mil quinientos hombres con bastante armamento y sobra de municiones, desfiló por las calles de la ciudad en medio del delirante entusíasmo de la población, que despedía sin debilidades á sus hijos queridos, cruzados del derecho, caballeros armados en defensa de la dignidad nacional. Más tarde, en la noche triste, reina-

rá en los hogares el abrumador silencio que subsigue al entierro de un deudo amado. La alegría de un momento ha sído inmensa, desbordante, algo como un delirio, como una convulsión nerviosa. ¡Queda tanta pena para mañana! ¡Tantas noches largas de ansiedad esperan! ¡Tantas noches sin sueño, engendradoras de pesadillas angustiosas, de visiones sombrías y de amargo llanto!

¡Las pobres madres!....

Las flores que adornaban los sombreros, las golillas, los ojales del saco, las dragonas de las espadas y hasta los cañones de los fusiles, se han marchitado ya con el beso ardiente de los soles de Febrero.

Ya no se ven las casitas blancas ni las torres altivas de la iglesia; en la inmensidad del campo, la noche llega solemne sobre el campamento donde se ha apagado el rumor de las alegres risas.

Es necesario olvidar de nuevo los encantos de la vida regular, y es necesario levantar un muro sobre el ayer, un muro detrás del cual quedan las más santas afecciones, todo el jardin del alma.

Junto á una carpa construída con ramas de sauce había un gran fogón que iluminaba una extensa zona del campamento. Allí, tomando mate y departiendo familiarmente con sus ayudantes, encontré al general Saravia.

Me recibió con el cariño que él profesa á todos sus soldados y se interesó vivamente en

el relato de mis desgraciados contratiempos.

Al decirle que Muniz le odiaba y le envidiaba, el general lanzó su bulliciosa carcajada y exclamó:

—Muniz es como zorrillo, siempre está esponjado y jediondo.

—General, agregué; en el ejército gubernista todos saben ya que usted usa sombrero y poncho blanco, y hasta se me ha dicho que hay una compañia de tiradores especiales destinados á hacerle fuego á usted.

—¿De verdad?

—Así lo dicen.

—Ya ve, ya ve,—exclamaron algunos de los presentes.

—Es necesario que tire ese maldito sombrero blanco.

—No,—respondió el general, riendo siempre, —me pondré lejos el día de la pelea, y me servirá de disculpa el sombrero blanco.

Después...

—Dejemos esas zonceras,—continuó,—y deme informes del ejército de Muniz, cómo está de caballada y de ánimo ?

Y proseguió interrogándome y escuchando con la mayor atención cuanto se refería al ejército adversario, á su general, á sus jefes, á la anarquía que reina entre ellos.

—A pesar de eso, general,—le dije,—Muniz tiene nueve mil soldados y le sobran armas y municiones; yo creo que todavía no podemos batirlo.

—También lo creo yo así,— respondiò Aparicio contrariando á sus tertulianos, que pro-

testaban, asegurando que nos sobraban fuerzas para vencer al dogo gubernista. El entusiasmo de Fray Marcos duraba aun y ya nada parecía imposible á aquellos guerreros improvisados

—El canario Muñoz también tenía muchos soldados y muchos cañones, y sin embargo, no pelearon. Créame, los micuines son como el aguará, una vez que han dado el lomo, ya no hacen más que disparar buscando el monte.

Pero Saravia, que había quedado pensativo, sacudió la cabeza y replicó:

—Aun no es tiempo. Mis soldados valen mucho y yo tengo el deber de cuidar sus vidas. Cuando tenga catorce mil fusiles y un millon de cartuchos, entonces tomaré la ofensiva, entonces pelearemos al ejército que se nos presente. Antes no.

Y luego, abandonando la expresión severa de momentos antes, el rostro iluminado por la habitual sonrisa, agregó alegremente:

—No tengan cuidado, que yo para disparar me tengo mucha fe; para pelear quien sabe.

Al día siguiente, que se ofrecía de fiesta con un expléndido sol vivificante, pude al fin tener la inmensa alegría de estrechar entre mis brazos á los amigos y camaradas de la división Treinta y Tres, que me acosaban á preguntas, haciéndome repetir cien veces el relato de lo que me había ocurrido durante el poco tiempo que tuve el honor de ser prisionero de Muniz. Ninguno creía volverme á ver, pues suponían

que el jefe gubernista habria de tener para mí las mayores severidades.

El coronel Pancho Saravia,—aquella alma de niño y corazón de héroe—El coronel Saravia, que iba en carruaje, no curado aún de la herida recibida en su impetuosa carga de Illescas, me llamó en su lecho, multiplicando las preguntas con curiosidad insaciable.

—Ahora no estamos como antes,—me dijo con orgullo.—Míre el ejército, ya es ejército.

Y cuatro ó cinco voces preguntaron á un tiempo..

—¿Ha visto los cañoncitos?

¡Las cañoncitos! Ya me había hecho cien veces la misma interrogación. Los cañones tomados á Muñoz en Fray Marcos constituían la vanidad del ejército nacionalista; hablaban de ellos con la inocente alegría del chico pobre que ha conseguido un juguete complicado que no esperó tener jamás.

—¿Ha visto los cañoncitos?

Y se repetía la anécdota.

Cuando el presidente Batlle, á raíz del pacto de Nico Perez, empezó á encargar á Europa y Estados Unidos grandes cantidades de armas y municiones preparándose para faltar indecorosamente á su palabra;—cuando el simpático jefe político de Cerro Largo Pepe Villaamil leyó en un diario que el gobierno había recibido dos baterías de cañones Canet, fué á ver al general y le dijo afligido:

—Vea, el presidente no piensa más que en armarse, y todo eso no puede tener otro objeto que atacarnos.

—Y bien, ¿qué?—contestó tranquílamente el general Saravia.

—Que deberíamos prepararnos.

El general hizo temblar los muros con la más sonora de sus carcajadas, y respondió:

—Batlle es socio mio. Está comprando armas para los dos!

Y Villaamil, radiante de alegría, me señalalaba los cañones y las ametralladoras que pasaban, diciéndome:

—¡Dos cañoncitos! ¡Cuando pienso que el general me decía siempre: « Si yo tuviese dos cañoncitos! »

Y el ejército entero, jefes, oficiales y soldados, todos volvían la cabeza para mirar con admiración infantil las piezas que brillaban con el ardíente sol de estío. Luego, entre risas y dicharachos camperos, se glosaba de mil maneras la frase del general.

—«Batlle es socio mio, está comprando armas para los dos».

Al contento de hallarme de nuevo con los viejos amigos, á la satisfacción de verme allí dispuesto á compartir con ellos las penalidades de la lucha, se unía la de advertir la transformación operada en el ejército al cabo de dos meses de campaña.

Ya no era la misma masa blanca, sin consistencia,—la familia, la tribu, de los primeros tiempos Los ciudadanos se habían hecho soldados,—con más facílidad que en la cuadra de un cuartel,—en la práctica de la guerra.

Aquel ejército, que los diarios gubernistas daban por derrotado, aniquilado y desmorali-

zado, tenía ya la fibra resistente y una inquebrantable fé en el tríunfo, porque los hombres honrados no pueden dudar nunca del triunfo final de la justicia.

Había doce divisíones, que marchaban por órden, llevando al frente una bandera azul y en ella, en cifras blancas, el número respectivo.

De estas divisíones, la más pequeña, la 3ª, constaba de setecientos hombres; las demás tenían de mil afuera, mil cuatrocientos, mil quinientos y hasta mil ochocientos.

Sí á esto se agregan otros grupos de doscientas y trescientas plazas,—planteles de futuras divisiones,—el batallón Libertad, el parque y la escolta, se puede calcular en cerca de veinte mil hombres el total de las fuerzas nacionalistas.

Pero, no obstante el buen refuerzo de armas conseguido con el triunfo de Fray Marcos, todavía faltaba por armar más de la mitad de la gente. No llevamos arriba de ocho mil fusiles, y de ellos, muchos descompuestos y no pocos inservibles. El general tenía razón al decir que no expondría la vida de sus soldados dando batalla en aquellas condiciones.

Malgrado la escasez de armas de que he hablado, el estado de ánimo del ejército es excelente y la organización militar continúa activamente.

El triunfo de Fray Marcos no sólo nos dió muchos elementos bélicos, sino que enardeció á la tropa y le permitió operar con mayor descanso.

Libres de las marchas matadoras que siguieron al primer combate, ya la fatiga no amodorraba el espíritu. Por otra parte, los cuerpos iban acostumbrándose á la vida violenta, á comer poco y tranquear mucho. El caballo, que para muchos había sido al princípio un instrumento de tortura, nos parecía ahora el más cómodo medio de transporte y cuidábamos con mimos nuestros fletes.

Muniz, con su ejército formidable, había quedado muy lejos y falto de caballadas; Benavente se inmovilizaba en el Durazno, los dispersos del Melitón Muñoz se encerraban en Montevideo, donde Batlle y sus colaboradores en criminales desatinos, temblaban esperando un ataque. Todo el sud era nuestro y nada nos impedía ir, sin grandes apresuramientos, hasta la costa del Uruguay, donde esperábamos recibir cinco mil fusiles y un millon de cartuchos.

No era raro tener uno ó dos días de sosiego, que eran ocupados en la doma de potros y alegres diversiones.

Esto bastaba. Todos tenían dinero, en mayor ó menor proporción, y no faltaban clientes á las cantinas improvisadas en carritos, á los vendedores ambulantes de galleta y caña, ni á los extraños reposteros que fabricaban tortas fritas al aire libre, con una carona por mesa de sobar y una lata por sarten. Los más ricos habilitaban á los mas pobres para *poner un negocio*, y aquel que no tenía, ni dinero ni aptitudes comerciales, siempre tenía algun amigo que le obsequiara con la cebadura de yer-

ba ó el trago de *caninha*. Algunos buscavidas hacían cobres desempeñando el oficio de lavanderos, porque en el ejército de Aparicio Saravia,—el gaucho bruto, bárbaro y desordenado de los periodistas batllistas,—las chinas no tienen entrada: nunca ha habido en las filas nacionalistas el espectáculo indecoroso de esos escuadrones de prostitutas que deshonran los ejércitos gubernistas.

Pero la causa primera de satisfacciòn entre nosotros, es la esperanza de recibir pronto el prometido armamento. Conseguido éste, podremos detenernos y librar una batalla decisiva que ponga fin á la guerra, ó que, por lo menos, aproxime la solución que hoy se contempla remota.

—Nos acusan de disparadores,—me decía un amigo,—y nos inculpan los destrozos que producen en la pobre campaña nuestras incesantes correrías.

—¿Y con que razón? Es ridículo, que nos hagan un cargo porque no nos dejamos masacrar. ¿Acasò hemos hecho nosotros la guerra?.... ¿No fué Batlle que nos arrojó de nuestras casas, obligándonos á tomar las armas para defender, no ya nuestras libertades, sino nuestras vidas?... Esto es simple y llanamente una cacería de hombres á fusil y cañón, y sería absurda la cólera del cazador contra la pieza que huye, tratando de escapar á la muerte. Si en la huida produce estragos y si obliga al cazador á producirlos tambien, ¿quién es el culpable? Bien sé yo que cada día de guerra es un día de luto para la patria;

bien veo que donde pasan los ejércitos pasa la desolación con ellos y son como siniestros sembradores de miseria; pero no sería lógico ni justo que se nos exigiese el sacrificio de nuestras vidas para conservar las lozanías de un jardín cuyas flores perfumarán nuestras tumbas. Es un gran delito la guerra; es un crimen muy grande este crímen, pero la responsabilidad gravita por entero sobre el torpe mandatario que rompió imprevisor el odre de los vientos.

El general Saravia me designó para que, acompañado de Pepe Villaamil, Cárlos Roxlo y Febrino Vianna, fuese á la ciudad de San José á fin de cobrar la contribución inmobiliaria y las patentes de giros.

Se necesitaba dinero, y era perfectamente razonable que lo obtuviésemos por los medios del impuesto; el mismo medio empleado por el gobierno para comprar las armas con que rompió su compromiso de marzo y amenaza masacrarnos. Desde ese día el Sr. Batlle cesó de ser presidente de la república; su gobierno caducó desde el instante en que por superlativa ignorancia,—y la ignorancia en un gobernante es un crímen,—decretó la guerra; lo cual equivalía á despojarse del mando institucional en que le aclamó la asamblea legislativa. Al decretar la guerra, decretó la ley del más fuerte, y en nuestra calidad de más fuertes nos asiste pleno derecho á utilizar los recursos de la renta nacional.

Por otra parte, ¿qué mucho que nosotros cobremos impuestos para comprar armas que nos ayuden á defender la vida, cuando el presidente Batlle nos hiere con la monstruosa ley de interdicciones?....

¡Esa ley de interdicciones!

¿Se sabe lo que significa? ¿Se conoce cuáles son sus efectos?

Ante todo es torpe y resulta una crueldad inútil, nacida de un alma podrida por los odios.

—¿Batlle cree, sin duda,—me dijo el caballeresco comandante Fructuoso del Puerto,—que nosotros, estimando más nuestras fortunas que nuestras vidas y nuestras familias, vamos á entregarnos ante su amenaza? Ese hombre no tiene idea de la dignidad humana!...

—¿Me van á quitar mi estancia á mí?—preguntaba el coronel Mariano Saravia.—En ese caso, aunque el general haga la paz yo sigo la guerra por mi cuenta. Cien muchachos no me van á faltar y con ellos les he de hacer ver el diablo á los batllistas!

José R. Gomez, el filósofo del ejército, se me acercó y me dijo con su aire solemne:

—¿Todavía crees que Batlle es un hombre bueno?

—¿Por qué?

—Porque esa ley de interdicciones es algo más bárbaro todavía que la degollación de prisioneros. Es tomarnos las familias de rehenes, es amenazarnos en nuestras familias, es algo digno de caribes. Esa ley va á herir á nuestras familias, á las que les quita el pan, á las que condena á morir de hambre. El objeto

no es privarnos de recursos, no puede ser tampoco el absurdo de que nos sometamos ante la perspectiva de perder nuestros bienes, es herirnos en lo más hondo de nuestros sentimientos, haciendo que á los dolores de la campaña se una el dolor máximo de imaginar á nuestras madres, á nuestras esposas y á nuestros hijos muriendo de hambre. ¡Ni en la imaginación neroniana de Máximo Santos nació nunca esa flor de iniquidad!

XI

SANDWICH FILOSOFICO

La noche. Una carpa muy blanca en las sombras muy negras; la noche medrosa del descampado sobre el cual se cierne la amenaza de la guerra: una tienda elevada entre dos miedos.... ¡El miedo!.... Yo lo he visto con cien trajes diversos y aún estoy sintiendo los escalotríos pasados. Hay animales que no tienen nunca miedo: son animales potentes que merecen respeto; pero, tener miedo y tener vergüenza, es un tormento que conoció Turenne y que ha olvidado Mosso.

En aquella carpa estábamos: Pepe Villaamil, Cárlos Roxlo, Febrino Vianna y yo.

El ejército había quedado á diez leguas de distancia, hacia el norte, y nosotros íbamos al sur, á San José, en la delicada comisión de cobrar los impuestos. Llevábamos por escolta veintidos hombres. De estos veintidos, había:

un par de asistentes míos, otro de Roxlo y un tercero de Vianna, todos desarmados. Luego, ocho de Villaamil, quedándonos ocho hombres provistos de fusiles para custodiarnos á nosotros......y á los treinta y tantos mil pesos oro que llevábamos.

Había allí dos poetas. Roxlo, el poeta del ideal, la mariposa de alas irisadas, y Pepe Villaamil, el poeta de la vida práctica. El uno soñando quimeras y el otro cantando con dolorosa resignación las privaciones de la guerra, resultaban igualmente épicos.

El ex-jefe político de Cerro Largo es un *vieux garçon*, inmensamente rico, muy culto, muy educado, emparentado con la mejor sociedad montevideana, y que, por quien sabe que drama íntimo, vivía desde hace muchos años en su estancia, haciendo una existencia de *gentleman fermer*, ó, con más propiedad, de uno de esos *gentilhomes campagnarde* tan queridos por Guy de Maupassant.

Fué á la guerra llevando una tropilla de caballos, una compañía entera de asistentes y cuatro cargueros, entre los que descollaban dos pares de enormes *cangallas*. En esas árganas llevaba,—á más de un surtido de ro-a para dos estaciones, tarros de café, de té, de azúcar; paquetes de chocolate, botes de conservas de *pate de foit gras*, de *paté de lièvre*, de *petites pois*, de sardinas, etc.; sartas de salchichón de Boloña, grandes latas de rico tabaco brasileño.

Goyano y Flor del Cerrito,—y hasta botellas

de *Chateau Margaux* y de champaña Roedere.

Todos esos lujos sibaríticos no le impedían renegar de la mañana á la tarde, echándole cien mil maldiciones diarias á Batlle y Ordoñez, que le había obligado á embarcarse en tales aventuras guerreras.

—Cuando sea necesario probar que nosotros no hemos hecho la guerra,—me decía esa noche,—basta citarme á mí. ¿Quién puede creer que yo haya venido voluntariamente á la guerra?......Tengo tres estancias, tengo muchos miles de vacas y ovejas, he desdeñado los puestos públicos, no he deseado nunca otra cosa que vivir á mi gusto, entre los cien eucaliptus, los mil naranjeros y los innumerables rosales de mi casi palacio. Ha sido necesario que me arrojáran de allí, que me amenazáran, que me obligáran, para que me pusiese una divisa y viniese á pasar necesidades en un campamento!...... En fin, voy á tomar un mate de café...... Esta vida es temible; la suerte que tenemos dinero.

A lo que replicó Roxlo:

—Este señor Villaamil confunde lamentablemente los números de los verbos; cuando debía hablar en plural lo hace en singular y cuando debe expresarse en singular, pluraliza. En vez de decir: *vamos* á tomar un café, voy á tomar un café; y en cambio excama: *tenemos* dinero, cuando es él solo el que lo tiene.

Una ligero alarma en el campamento impide la réplica de Villaamil, quien luego al mismo tiempo que aprontaba la cama con su re-

cado de oro y plata, que ponía cuidadosamente debajo de la cabecera los cintos, las maletas llenas de oro, y el puñal de mango y vaina de plata y oro, y el lujoso rebenque y sus *garras* de brasileño ricachón, exclamaba suspirando:

—Ahora lo que hay que hacer es destruir, desolar, causar todo el mal posible.

—¿Para qué?

—¿Para que se cumpla lo que ha dicho el general: «Esta guerra debe ser la última que ensangriente y asole al país. Esta debe ser la guerra por la paz».

Roxlo se indigna y replica, agitando los brazos en un gran ademán tribunicio:

—No digáis barbaridades. Lo que es necesario es que respetemos la propiedad, que demos un ejemplo de orden, de consideración, de piedad para la pobre patria.

—Y esa piedad,—exclamó,—equivale á la limosna que dada al menesteroso: en vez de un bien hace un mal. La guerra es la barbarie; todas las atrocidades caben en la guerra. Cuanto más pesemos sobre el país, más pronto se levantará el país entero para obligar la paz. Además, ¿por qué hemos de afanarnos en cuidar un jardin ajeno? ¿No nos han obligado, como á los sudras indostanos, á abandonar nuestras moradas y á buscar refugio en los bosques, donde vienen á cazarnos á metralla? ...... ¿Que el pais se arruina?...... ¿Y qué nos importa un país que no es nuestro? Si no ha de haber patria para todos, que no haya patria para nadie..............................

....

Ellos callaron, porque en el alma de todos revoloteaba el mismo pájaro negro y todos sabían que era necesario luchar desesperadamente hasta conseguir el imperio de un régimen nacional, y que en ese empeño no se habría de cejar aunque peligrase la independencia nacional. Los pueblos son como las personas: vale más que mueran antes que arrastrar una vida deshonrada y miserable. Una nación que vive entregada á la lujuria de una casta, que durante un siglo se agita en estremecimientos convulsivos de ningún resultado práctico; que, no obstante sus sacrificios de sangre y de dinero, no logra la libertad, la honradez administrativa, la quietud para el trabajo, es una nación que no tiene condiciones para ostentarse como tal. De una vez para todas es necesario concluir con el estado epiléptico en que hemos vivido hasta ahora, conseguir la salud, ó sinó dejar de ser.

—¿Y cómo se obtendría la paz, es decir, la salud?

—De la única manera posible: la paz institucional.

—Es lo que quiere Batlle.

—No, es lo que *dice* Batlle, pero no lo que *quiere*. El pretende, no el silencio que reina en el taller de los obreros, siño el silencio de los esclavos en el ingenio. Necesitamos la paz *institucional*, la paz garantida con el respeto á la ley, — que nosotros no hemos de violentar jamás; — la paz que fluya del funcionamiento armónico de todas las cédulas nacionales, no la que se obligue por la brutalidad de la fuerza.

Desde luego, esa paz, basada en la confianza recíproca, no puede hacerse con Batlle, porque es falso, es informal,. es criminalmente egoista, es torpemente déspota y de inteligencia incapaz de abarcar una ámplia fórmula social. Si hiciéramos la paz con él, nosotros seríamos los malos patriotas, nosotros seríamos los responsables de la guerra de mañana, la guerra inevitable tras unos meses de descanso, por que no hay máquina ninguna que pueda funcionar en manos de un loco. En el gobierno de una nación un bruto es más peligroso que un pillo.

En ese momento un negrito asistente de Villaamil entró á la carpa, trayendo el mate de café. Roxlo lo interrogó así:

— Vamos á ver. Tú tambien eres un ciudadano perseguido como nosotros, tú tienes iguales derechos é iguales quejas que nosotros, tú sufres y luchas como nosotros y hay que consultarte á tí tambien en la resolución de los grandes problemas... ¡Ya sé, ya sé! no entiendes nada de lo que te estoy diciendo, pero eso no importa nada, porque para hacerse matar no se precisa talento, sino corazón.... Te pregunto: ¿Cómo crees tú que concluirá esto?

—Mire,—replicó el negrito rascándose la cabeza,—nosotros no hicimos el baile, pero aura es necesario bailar pa no despreciar el gasto. Batlle compró las velas...

Y es necesario que las aproveche, aunque sea para su velorio... es justo!

Hubo un instante de silencio, y en mi alma,

ya bastante empobrecida, pasó una nube más: de arriba abajo, desde los intelectuales hasta los inalfabetos, había una idea única y un propósito único: enterrar la patria si no se puede hacer una patria digna.

XII

SAN JOSÉ Y ARROYO GRANDE

Nunca había visitado la perla del centro, la presuntuosa ciudad maragata y que orgullosamente se llama un *Montevideo chico.*

Recuerdo con tristeza que varias veces habíamos proyectado visitarla con mi buena compañera. ¡Cuán distinta habría sido entonces la impresión que me causara!

Es bella San José; pero en mi alma abatida, el dolor es tan intenso, que emploma las alas de la admiración estética.

Es una ciudad, ayer risueña y activa, hoy simplemente bella y muda, en cuyo seno, como en todos los centros vivos del país, la guerra dejó su saeta emponzoñada.

Se vive con la visión de la muerte en la retina. Aquí, como en todo el país, la vida parece en suspenso; aquí, como en toda la tierra nuestra, regada con sangre y lágrimas, se sueña con el pasado, se traga el presente como un alimento indigerible y se cierran los ojos para no ver los fantasmas que flotan en las sombras densas del porvenir.

La luz azulada de las ampollas eléctricas se quiebra melancólica sobre los blancos adoquines de la ciudad coqueta, los blancos adoquines donde resuena el duro y preçipitado pisar de nuestros caballos de guerra y no se escucha el suave deslizar de los carruajes en ronda alegre, ni el rodar pausado de los pesados vehículos trabajadores, que son como la respiración bulliciosa del comercio y de la industria en los tiempos felices de la paz.

La luz mortecina de los focos eléctricos ilumina la faz empalidecida de los raros transeuntes. Yo los miro y pienso: «Este anciano de cabellos blancos, de cuerpo encorvado que pasa silencioso y abstraído junto á mí, es quizá un viejo luchador que ha visto devorada por la guerra, en pocos días, la fortuna amenazada en largos y estrechos años de trabajo rudo y tenaz». Y siento compasión.

Y luego pienso:

Este anciano que pasa silencioso y abstraído junto á mí, es quizá un padre cuyo hijo adorado duerme en la lejana cuchilla el sueño inacabable... Y siento frío en el alma, porque yo soy padre tambien.

Veo pasar despues, igualmente en silencio y más trágicamente triste, una mujer enlutada que lleva de la mano un pequeñuelo de cuyo rostro inocente hay la alegría animal de un cachorro jugueton; y el corazón me da un vuelco, y siento algo amargo, como si hubiese mascado raíz del *putia*, porque me imagino á otra mujer vestida de luto, llevando de la mano

un infante alegre: ¡y esa mujer es mi esposa! ¡y ese infante es mi hijo!

¡Oh guerra! oh guerra, tú no has salido del vientre de ninguna madre, tú nó has creado nunca, tú sòlo sabes destruir, tú ignoras el placer de producir vidas y la satisfacción de conservar vidas, aunque sea en medio de los empasmos dolorosos de la tigra que amamanta sus cachorros!..

Pero es necesario cerrar el alma con doble vuelta de llave; es necesario hacer que enmudezca el sentimiento para escuchar tan sólo la voz imperiosa y fría del deber. El presente es de hierro y nos debemos á ese presente. Vivamos para él... mientras vivamos...

A altas horas de la noche recorro á caballo las solitarias calles de la linda ciudad de San José de Mayo. Todo aquí habla de civilización, de progreso, de *fé en la vida*, de ansías ó de mejoramiento, de ideales, de labor del músculo y del cerebro. Y sin embargo, todo duerme, todo yace en el letargo impuesto por la guerra. Es un campo destinado á rica cosecha en el cual solo crecen yuyos, hinojos y cicutas, la flor de la locura y la flor de la muerte.

Me da en pensar que muchos mirarán con indiferencia estos tormentos de mi patria, porque es una patria chica, un pobre hidalgo en la heráldica de las naciones; pero mi patria está habitada por hombres, y el hombre es siempre el mismo, y los dolores humanos merecen igual respeto y compasión en las grandes tie-

rras y en las tierras pequeñas. Bajo todo los pabellones el dolor es siempre el mismo y las miserias de la especie no necesitan divisa para merecer compasión en los corazones generosos,

¡Y lo que yo he sufrido por no tener el alma abroquelada al sentimiento, por no tener educado el paladar al sabor amargo del egoísmo, por no saber mirar indiferente lo que padecen mis hermanos!....

En las largas horas negras de mis tristes meditaciones, he llegado á comprender á Caín; y quizá fui un ridículo Isaías paseando mi rostro pálido en la desierta ciudad y echando al silencio de la noche trágica mis lamentaciones inútiles y mis lágrimas, vergonzosas en quien lleva en sus manos un fusil, encargado de sostituir razones.

¡Caín! ¡Oh cómo es grande tu odio, y cómo es justa tu venganza y cómo es raquítica y baja y condenable la hipócrita raza de Abel!

En mis noches de insomnio, paseando por mi país en escombros, he repetído cien veces la agria frase del solitario de Midan: «El odio es santo».

En cinco meses de mascar cicuta, el odio ha sido mi único consuelo, porque el odio es la consecuencia forzosa de la privación de amar. En campo que no nace trigo, crecen malezas. En la vida, solo los imbéciles son indiferentes: los demás odian ó aman. Yo sé que antes era bueno y hoy no me avergüenzo de ser malo; mi alma se ha secado como un campo invadido por las dunas si algo produce serán frutos espinosos, sin belleza y sin perfume. El rencor

solamente la alimenta; el deseo de venganza tan solo la sostiene. He visto arder y consumirse en el incendio, no solo mi hogar sino el hogar de miles de hermanos míos. Las llamas me envuelven, me marean, me devoran; ya nunca podré perdonar, ya nunca sentiré compasión, ya nunca brotará de mi corazón otra flor que la flor negra y maléfica del odio.

Yo ya no tengo amigos.

Yo ya no tengo familia.

Yo ya no tengo hogar.

Yo ya no tengo patria.

Y, más que nada, yo ya no tengo ilusiones. ¡Es imposible que deje de odiar á los que las han asesinado!

El llanto de los seres que me son más queridos, la sangre de los seres que quise; lo que han sufrido los que son parte de mi corazón, y el recuerdo de los que se están pudriendo sin sepultura piadosa en los llanos y las cuchillas de mi tierra, han convertido en acero lo que era hierro no más.

Lo que antes se contentaba con resistir, tiene ahora imperiosa voluntad de herir.

Ha llegado un momento en que,—¡perdón en nombre de la patria que me vió nacer!—me he sentido capaz de llegar hasta la atrocidad cometida á diario por los bárbaros inclementes.

¿Matar? En cualquier forma, de cualquier manera, ¿que importa matar cuerpos en venganza de los que han matado almas?

¿Horroriza?.... Posible. La verdad horroriza siempre porque es un cometa de órbita larga, que pocas veces aparece en el cielo de la moral.

Para decir la verdad es necesario estar probado en el infortunio, haber pasado por el crisol donde hierven los sufrimientos máximos.

La verdad es tan santa como el odio, y los que tienen el valor de decirla merecen siempre respeto.

Yo amo mi tierra con pasión charrúa, pero desearía verla arder, consumirse, extinguirse, convertirse en cenizas, con tal que ardieran con ella los que han cometido el crímen inmenso de hacerme malo. Como el arachan de mis pagos, en las floridas selvas del caudaloso Cebollatí, yo he vivido mirando al sol; cuando el sol murió, yo dejé de existir al igual de mi raza.

Y si algun día alguien me preguntara el porqué de mi odio, les responderé: «interroguen á las madres uruguayas».

Nuestro orgullo era muy grande al posesionarnos de la primera ciudad del centro de la república. El hecho de que estuviésemos allí, cobrando impuestos, constituidos en autoridad, cuando nos habian declarado en derrota y dispersos, era demostrar nuestra fuerza, era evidenciar los poderosos elementos con que contaba el pueblo perseguido y la impotencia del gobierno para extrangularlo de una vez. En el andar del tiempo y en la gimnasia obligada, habíamos adquirido alas y garras y las exhibíamos con placer.

El coronel Ciceron Marin, —cuya pera blanca parece un rejon de lanza, amenazador como

la mirada dura de sus ojos azules,—nos decía severamente:

—Traten de juntar bastante dinero con eso compramos armas, y cuando tengamos armas suficientes, ya verán como los zumacos disparan buscando cuevas de tucu-tucus para esconderse.

—Nosotros pagamos con gusto,—respondió un comerciante acaudalado; pero es muy probable que, una vez concluida la guerra, Batlle nos obligue á pagar de nuevo.

—Sería una iniquidad.

—El presidente es capaz de todas las iniquidades.

—Pero no hará eso,—replica el bravo guerrero,—porque al concluir la guerra, él ya no será gobierno.

—Dios lo oiga.

Durante dos días trabajamos de sol á sol, sin lograr dar abasto al despacho de la infinidad de planillas que nos presentaban.

Todos querían pagar, sabiendo que aquella vez la contribución que entregaba el pueblo iba á ser empleada en servicio del pueblo.

—Vea,—me decía un rico almacenero,—con lo que pagamos el año pasado, Batlle compró armas para hacer la guerra....

—Y con lo que pagan ahora, nosotros compraremos armas para hacer la paz.

—Así es, pues.

Aquellos que no tenían suficiente dinero, entregaban el resto en artículos: ponchos; frazadas, yerba, tabaco, etc. Un italianito de aire

triste nos dijo que no tenía dinero para la patente, que pagaría en artículos.

—Muy bien,—le respondimos.—¿Qué género de negocio es el suyo?

—Barbería, señor.

Lo que produjo la hilaridad consiguiente.

Con las maletas bien repletas de oro, provistos de artículos de primera necesidad para el ejército y habiendo hecho una buena requisa de caballos, nos dispusimos á marchar, acompañados por la división del comandante Antonio González. Marin con la suya, había partido el día antes, disgustado con algunos jefes locales que se negaron á permitír la voladura del puente del ferrocarril y la destrucción de los aparatos telegráficos y de la red telefónica.

Esta condolencia debía costarnos bien cara después. Nuestro buen amigo Villaamil tenía razón; era necesario destruir, asolar, aniquilar todo, hacer sentir de una vez y en todas partes el peso de la guerra.

Al salir de la ciudad nos apenaba ver los grandes molinos, los inmensos aserraderos, las varias fábricas, todo mudo, todo desierto, sombrías las altas chimeneas, por donde no salía ya la respiración del trabajo. No había obreros, no había vehículos para conducir los productos, ni había necesidad de producir desde que no existía á quien vender.

La gente del gobierno había hecho una razzia completa, obligando á tomar las armas á los viejos, á los niños y hasta muchísimos extranjeros. Los que pudieron escapar á la le-

va, ganaron los montes y se fueron á las filas nacionalistas, para exponer la vida con los suyos, ya que no se les permitía quedar tranquilos en sus casas:

Nuestro ejército era el campo de asilo de todos los perseguidos, el amparo de todos los arrojados de sus casas por la tiranía batllista.

Desempeñada nuestra comisión, hemos llegado, al caer la tarde, al ejército, acampado sobre la márgen izquierda del Arroyo Grande, desde hacía dos días.

En el campamento reina una calma inmensa, una calma dolorosa, presagio de la gran tormenta en gestación. La quietud, después de tres meses de marchas precipitadas, resultaba dolorosa, porque priva el hermoso sueño animal, en el que no se sueña ni se piensa. Con el reposo y la tranquilidad, el espíritu recobra su imperio y los recuerdos vienen á unirse el padecimiento moral y las fatigas físicas.

Al borde de una lindísima laguna y á la sombra de unos viejos sauces llorones, extiendo mi recado, me tiro largo á largo y sueño......sueño en las noches tranquilas de la estancia, en mi honrada labor intelectual, en la tierra que hacía producir con mi trabajo, en los libros que deleitaban mis horas de holganza.

¡Cómo eran bellas esas veladas de ayer! ¡Cómo era dulce la existencia en el tibio calor del hogar en medio de las santas afecciones de una familia adorada! ¡Con cuánto ardor me consagraba á sembrar entre el vecindario de aquella apartada región de mi tierra ideas de

progreso, de mejoramiento social y económico! Recuerdo que hice mucho, y algo obtuve, por perfeccionar la policía rural; fundamos una escuela, construimos líneas telefónicas y varias calzadas en vados antes intransitables, con nuestros propios recursos. En unión con el laborioso diputado Francisco Ros y el incansable patriota Fructuoso del Puerto, luchamos afanosamente y teníamos casi resuelto el problema importantísimo de la navegación del río Cebollatí y el establecimiento de colonias agrícolas en sus fértiles márgenes. Un año más de paz, y un puente de cincuenta mil pesos domaba las furias del rio Olimar. Un año más de paz, y el ferrocarríl pasaba, entonando su canto de progreso por las soledades del Este. Todo eso lo habíamos obtenido despertando la iniciativa individual, uniendo las energías, las voluntades y el capital de la región. Nacionalistas y colorados y extrangeros, todos trabajábamos unidos, sin otra idea que el engrandecimiento de la patria por medio del trabajo y al amparo de la paz.

Y todo eso fué destruido, pulverizado, aventado por el capricho de un mandatario desequilibrado, por el orgullo enfermizo del presidente Batlle, cuyos ojos no saben ver la desolación causada, cuyos oídos no saben percibir los ayes y los lamentos de la pobre patria tan criminalmente herida....

¡Qué diferencia entre aquellos sueños de laboriosas y nobles empresas y las aspiraciones de hoy, envenenadas por el odio que hace brotar la agresión inicua, la venganza incle-

mente del hombre que hubiera debido ser el principal colaborador en nuestra obra santa!

Hoy, tendido sobre el recado, á orillas de un monte huraño, contemplo sobre mi la inmensidad del cielo y apenas siento el helado rocío de la noche que humedece mi frente caldeada por los dichosos recuerdos de aquel ayer tan cercano, y al mismo tiempo tan distante.

Contra mi deseo, el espíritu deriva y se va á la contemplación de ese ejército que presiento, más que veo, entre las sombras densas.

El río forma aquí como una hoz inmensa y negra, salpicada de puntos rojos que señalan los innumerables fogones revolucionarios.

Miles y miles de hombres, de todas las clases sociales, venidos de todos los pagos, están tendidos allí; el rico junto al pobre, el sabio al lado del ignorante, el torpe cerca del talentoso, el puro codeándose con el corrompido, todo confundido en una idea común de defensa y sacrificio.

Las diversas profesiones, las distintas aptitudes, las diferentes actividades producidas por la civilización, se borran, se confunden en la sola actividad de destruir, que ha generado la guerra, al dislocar la armonía social. De los distintos arroyos que corrian mansos, fecundando los campos, la guerra ha hecho, al juntarlos, un torrente que pasa bramador, destruyendo cuanto encuentra por delante.

XIII

AL NORTE DEL RIO NEGRO

Seguíamos campados en la costa del Arroyo Grande. Villaamil había tendido orgullosamente su gran tienda de campaña y nos disponíamos á saborear los ricos costillares de carnero, cuando llegó á visitarnos el general.

—Bájese general, hay carne gorda.

—Ya veo, y barata, pero yo no como carne gorda, no como nada más que pulpa, para dar el ejemplo.

—Tenemos *mulita* tambien.

Don Pepe, esta vez, como de costumbre, empleaba mal los verbos; era *yo* quien tenía una *mulita*, no *nosotros*; y maldita la gracia que me hizo ver al general desmontar, respondiendo:

—Eso sí, porque es bichito del campo.

Y tendiéndose de bruces en el suelo, sin temor de ensuciar su pantalón negro, pidió un cuchillo,—porque él no usa ni cuchillo ni revolver,—y comenzó á comer con un apetito digno de su actividad.

—Diga, general, vamos á seguirnos pudriendo aquí?... ¿Cuando marchamos?

—Mañana mismo. Vamos á la costa á recibir cinco mil armitas.

—¿De las de la sociedad con Batlle?—interrumpió Villaamil.

Y el general, tras una de sus carcajadas peculiares:

—No—dijo;—me mandan de Buenos Aires;

ya está fletado el vapor y sólo falta que les indique el día y punto fijo para traerlas.

—General: yo no creo, ni que salgamos mañana, ni que vayamos á la costa del Uruguay, ni que vengan esas cinco mil armas.

—¿Por qué no cree?

—Porque Vd. lo dice; y yo sé que Vd. es más hábil diplomático que los cajetillas, los «embrollones de letra menuda», como dice su amigo Muniz.

—Vea,—me dijo,—y sacando de una cartera muy rota un papelito arrugado y sucio; aquí me lo dicen; ¿no ve? cinco, cinco mil fusiles... y la correspondiente dotación de cartuchos.

Y en la seguridad de habernos convencido, volvió á guardar la carta que nos había pasado por delante de los ojos, sin permitirnos leer una sola palabra.

Y la mitad de mi mulita había desaparecido ya bajo las terribles mandíbulas del general.

—Apróntense para ir á Mercedes á cobrar la contribución.

—Bueno,—me dice Roxlo al oído,—aprontémonos para agarrar para el interior.

—¿Y andamos bien, general?

—¿Cómo no vamos á andar bien?... Nosotros adelante, el enemigo lejos atrás, y Vdes. saben que yo me tengo mucha fé para disparar. Tenemos que ir bien.

—¿Y no peliaremos?

—Por ahora no. Cuando tenga doce mil hombres armados, entonces daremos vuelta para hacer dos ó tres peleitas antes de entrar en Montevideo. Por ahora, vamos caminando,

que nosotros con caminar ganamos. Ellos son los troperos, nosotros somos la tropa, y el tropero es el que paga los gastos. ¿No es así?...

Tornó á reir, dió unas mascadas más: la mulita había desaparecido.

—¿Quiere un poco de vino? ofrece don Pepe Villaamil, dispuesto al derroche ese día.

—¿Vino? ¿Quien toma vino?

Y ante la mirada severa de Saravia, el jefe de recaudadores bajó la cabeza y contestó sonriendo:

—Era una broma.

Y luego:

—¿Quiere cafe?

—No.

—¿No le gusta?

—Me gusta mucho; pero aquí no como nada más que carne sin sal ni bebo otra cosa que mate amargo. ¿Le parece lindo que el general se esté tratando bien, mientras los pobres soldados no tienen más que un pedazo de pulpa, y á veces ni una cebadura de yerba, y en ocasiones ni un pedacito de tabaco?... Lo que pueden soportar mis soldados lo debo soportar y lo quiero soportar yo tambien.

Se puso en pié, montó.

—Miren—dijo luego;—yo voy á meterme allá, en aquella islita de talas; si hay algo muy importante, me avisan, si no, me dejan sólo. Tengo que preparar algo.

Dos horas más tarde los clarines tocaban á ensillar y emprendíamos la contramarcha hacia el centro y norte del país. No nos habíamos equivocado en nuestras predicciones.

No sabíamos cuáles serían las causas que nos impedían seguir operando al sud, porque el general usaba siempre de prudente reserva; pero la noticia de la ida al norte fué recibida con pena por todos.

El norte siempre nos ha sido fatal, — decían los veteranos. Y Fulgencio Senosiani, un treintitresino que mira todas las cosas en negro,— quién sabe por qué misteriosas refracciones,— gesticulaban esclamando:

—El monte es nuestra tumba: Acuérdense de que Paysandú está al Norte de Río Negro.

—¿Y Vd., Coronel, — le preguntó á nuestro bondadoso jefe el coronel Pancho Saravia, — ¿Vd. qué pienza?

—Para mí me es igual, — responde sonriendo el temerario guerrillero. Pelear aquí ó allá, para mí es lo mismo.

Pero en todo el ejército se notaba el descontento, algo así como el presentimiento de un descalabro serio.

Durante la marcha, y abusando de la libertad que tenía para andar de un lado á otro, *toldeando*, me acerqué al coronel Basilio Muñoz y repetí mi interrogatorio.

—¿Qué le parece la ida al norte?

—Mala, mi amigo, mala—me contestó Basilito con su sonrisa afable, con su voz candenciosa como vidalita. — Mala, — agreró, — porque nos vamos separando del enemigo, y lo que yo desearía es tenerlo siempre cerca.

Basilio Muñoz es un hombre joven, trigueño, un verdadero tipo criollo, de bigote negro, de ojos negros, vivarachos, en ocasión temibles.

Muy culto, muy fino, tiene modales que parecen afeminados. De un valor temerario, de un arrojo increible, es, en los momentos de mayor peligro y de mayor excitación, el mismo hombre de frase impecable.

Se cuenta de él que en uno de sus innumerables combates singulares, dirigió á su adversario esta frase, acompañada de su más plácida sonrisa:

—« Usted disculpe, señor, pero lo voy á matar ».

Y le partió el cráneo de un sablazo.

Hombre instruído, hijo de guerreros y de grande vocación militar, ha estudiado mucho y desde los comentarios de César y el memorial de Napoleon, hasta los tratados de táctica, creo que ha devorado cuanto libro sobre milicias ha caído en sus manos.

Rivaliza con Aparicio en lo dandy, y es mucho más *gaucho* que Aparicio, si no como campeon, al menos, como apariencias de campero.

De conversación alegre y amena, de carácter noble y generoso, es quizás el mejor *jefe* del ejército nacionalista. Siendo en el servicio extremadamente severo, ha logrado formar una división modelo, una división que cuenta con más de dos mil hombres, bien armados, bien organizados, bien disciplinados, y, además, ciegamente afectos á su jefe, que es para ellos un padre cariñoso y un guia avisado. Lo quieren, lo respetan y lo siguen sin titubeos. ¡Y eso que él los lleva siempre á conversar con la muerte!

Ese es otro de los *bárbaros*; de los « caudillos *gauchos* de instintos salvajes y de cerebro

obtuso»; de los «caciques pampas que sueñan con malones»; de los jefes analfabetos que siguen y ayudan al bárbaro, salvaje, analfabeto y criminal Aparicio Saravia. Hombres de instinto y de aspiraciones primitivas que odian la civilización y ansían la regresión á los tiempos remotos del chiripá, la bota de potro, el tirador de onzas y la espuela nazarena.

Y, casualmente, mientras converso con mi buen amigo Basilio Muñoz, llega hasta nosotro otro jefe, un mocito alto, presuntuosamente vestido, los bigotes levantados, como si acabara de pasarles el fierro, las manos encerradas en los guantes. ¿Quién es? El comandante Bernardo García, otro *bárbaro* de las hordas saravistas.

Y así siguen desfilando *bárbaros*, Moratorio Palomeque, los Montes, Irureta Goyena, los Uriarte, el Dr. Berro, los Ponce de Leon, los Navarrete, los más viejos y más ilustres nombres del país, los que representan la fortuna, la ilustración y la aristocracia de nuestra nación.

Unos son jefes, otros son simples soldados; todos brutos, sin ideales y sin cultura, todos retrógrados empecinados, todos feroces colaboradores del gaucho soberbio del Cordobés en su obra antipatriótica de destrucción, de rebeldía contra las instituciones!

Despues del desfile por la Florida, donde hubo verdadera explosión de entusiasmo, seguimos marcha al norte, en dirección al Paso de Polanco del Río Negro.

En el pueblo de Sarandí del Yí, en el de-

partamento del Durazno, supimos la pasada del ejército de Muniz, que iba á pié, desmoralizado, mermando día á día con las contínuas deserciones. Los montes inmediatos estaban llenos de desertores que habían vendido las armas en el pueblo para comprar pan y tabaco. Nosotros adquirimos,—á cuatro y cinco pesos cada uno,—más de cuarenta remingtons reformados y una buena cantidad de munición.

Un señor comerciante nos aseguró que, de una compañía del batallón 4 de cazadores, solo le quedaron cinco hombres: el resto había desertado en la noche. Además, la discordia era cada vez más grande entre los jefes superiores, que no ocultaban su desprecio por Muniz, acusándolo hasta de traidor: á él, cuya traición á nuestra causa habían festejado diciendo que «es lindo hacer morcilla con sangre ajena.»

Sin embargo, y á pesar de todo eso, el ejército del gobierno era todavía demasiado numeroso para que pudiésemos batirlo. Con las armas tomadas en Fray Marcos, apenas alcanzábamos á reunir seis mil fusiles, y Justino Muniz llevaba catorce mil hombres de las tres armas. Era prudente esquivar el combate todavía y seguir *gambeteando.* Como decía el general Aparicio, nosotros con marchar triunfábamos.

Pero estas marchas, ¡ cuánta pena producían en nuestros espíritus!

La obra destructora de la guerra recien empezaba á manifestarse en su sangrienta fealdad.

Los campos estaban vacíos; los cercos desaparecían en grandísimas extensiones; quema-

dos los postes en muchos sitios, cortados los hilos en todas partes.

Caballos, si algunos quedaban, los tenían escondidos en los montes; pero en el campo solo se veían algun petiso maceta y alguna yegua escuálida.

Los maizales, desguarnecidos del cerco protector, eran destruidos por las ovejas y las vacas; y en las huertas no brillaba el verde de ningun plantío.

Los caminos estaban mudos: ninguna carreta, ningun carro, ningun vehículo acusando las actividades del país.

Las casas de comercio de la campaña liquidaban hasta el último artículo al paso del ejército, y como no era posible ni siquiera soñar con renovar el surtido, resultaba que el pobre morador de la campaña no tendría, ni aun con dinero, las cosas de mayor necesidad.

¡Qué invierno esperaba á los desvalidos! ¡Cómo quedarían las pobres mujeres abandonadas solas en los ranchos, frente á frente con la miseria!

Ni carne ni pan.

Al salir de Sarandí del Yí—donde recibimos numerosas incorporaciones, — marchamos rápidamente, buscando el ejército, que nos había dejado muy lejos, y que vinimos á encontrar recien sobre el Río Negro.

Andaba yo buscando la división que manda Nepomuceno Saravia, quien me había ofrecido un caballo bueno,—los caballos buenos ya em-

pezaban á ser barbas contadas, — pero no era chica tarea dar con una división determinada.

Como nosotros no teníamos que temer las deserciones, no marchábamos, ni acampábamos en columnas apretadas, en monton cerrado, como el ejército gubernista. En ocasiones una división quedaba á dos ó tres leguas de otra, y en toda esa extensión era un torbellino de hombres y caballos donde uno no tardaba en perderse.

Y perdido andaba, cuando al pasar por un grupo, alguien gritó:

—¡Comandante!

Seguí andando y la voz repitió:

—¡Comandante!

Al volver la cabeza me encontré con un viejo amigo, Benito Viramonte, segundo jefe de Nepomuceno y el hombre más alegre del ejército.

—¿A quién llama?—le pregunté.

—A Vd. mismo.

—¿Y yo soy comandante?

—Es claro.... es decir, Vd. no es muy claro, pero es comandante.

—No lo sabía, muchas gracias.

—Pues hombre,—agregó,—¿qué otra cosa iba á ser? Aquí todos somos comandantes.

—¿Aun los que como yo no comandan nada?

—Vd. no *comandará* pero puede mandar.

—¿A quién voy á mandar? ¿A mi asistente?

—No; al mozo de aquella pulpería que se ve allá abajo, para que nos sirva café, galleta, caña y los accesorios.

—¿Cuales son los accesorios? — pregunté riendo.

—Las otras copas de caña.... Mire, la caña es como las personas, no pueden ir solas sinó cuando son grandes; es decir, damajuanas, ó por lo menos botellas; siendo *copas* no más, tienen que ser varias.

Alegramente divertido por la charla pintoresca de Viramonte y guiado por él, logré llegar hasta el campamento de Nepomuceno Saravia.

Encontré á éste gravemente ocupado en penar á tres soldados, tres muchachos que habían robado unos choclos en la chacra cercana.

Y el castigo era curioso.

—Van á ponerse ahí, cuadrados en fila,—les decía;—la mano alzada, sosteniendo los choclos, y á todo el que pase tienen que decirle: «Estamos así por ladrones».

Luego, volviéndose, me saludó con su afabilidad habitual.

—Bájese, tomará mate y comerá churrasco:

Nepomuceno Saravia no tiene treinta años ni representa veinte. Es un mocito bajo, delgado, en cuyo rostro trigueño apenas apunta el bozo. Muy bueno, muy sencillo, sin un asomo de vanidad, temerariamente guapo, los soldados lo quieren y lo cuidan.

No es jefe por ser hijo del general, del mismo modo que no son jefes don Pancho y don Mariano por ser hermanos del general; es que son jefes de raza, de nacimiento, por condición innata.

Nepomuceno, muy callado, muy modesto, marcha al frente de una división de mil ochocientos hombres, haciéndose más chiquito de lo que es, como si se avergonzara de su puesto.

Todo lo que tiene de bueno, tiene de rígido, y su gente pasa por ser de las más ordenadas y disciplinadas.

Mientras el grueso del ejército pasaba el Rio Negro por el paso de la balsa de Polanco, nosotros nos dirigimos, en compañía de un par de divisiones, al paso de la barra, algo más arriba, en la confluencia del arroyo del Chileno, y frente por frente con el viejo y feo pueblo de San Gregorio de Polánco.

Antes de llegar al gran rio charrúa es necesario vencer la guardia densa con que la defiende su selva.

Hay primero algo semejante á un vestíbulo inmenso, un potril de exhuberante postura, donde las reses ariscas crecen y engordan como animales de rancho.

Luego, un callejón barrioso, festoneado de espinillos, que se interna, se retuerce y parece una interminable culebra negra; «con más vueltas que chinchulín de vaquillona»—como decía el comandante Viramonte en su inimitable lenguaje.

El monte se abre, de trecho en trecho, para formar potriles donde la grama crece lujuriosa; luego torna á cerrarse y el caracol continúa con la estrecha senda lodosa, que á veces interrumpe un cañadon acostado en medio.

Mas allá es un charco; un poco más lejos, un barrizal donde el caballo se hunde hasta los íjares y pasa con miedo, forcejeando y resollando fuerte. Y á derecha é izquierda, en sucesión interminable, la doble muralla de espinillos, los celosos guardianes del gran rio inmortalizado en leyenda.

De pronto, en un claro, aparece, semejando el nido desgreñado de un pájaro gigante, un ranchuelo, recostado á los árboles. ¿Quién diablos puede vivir allí, entre las greñas del bosque, en aquel suelo húmedo que las crecientes bañan quince ó veinte veces al año?..

En las encrucijadas, en las sendas que irradian en todo sentido, aparecen de improviso las cabezas curiosas de los vacunos, que al instante echan á correr y desaparecen entre las frondas oscuras. Y desde allá lejos, muy lejos, en lo más hondo, llegan relinchos denunciadores de los caballos encerrados en los secretos potriles. Hay miles de caballos refugiados en la selva, y hay centenares de hombres que viven allí, recurriendo, como en la época bárbara, á la existencia salvaje del matrero para escapar á la leva y á la persecución gubernistas.

¡Vergüenza que no esperabamos ver reproducirse en nuestra tierra! Quizá desde la época triste de la invasión portuguesa y de la dominación brasileña, no se habrán vuelto á ver los montes convertidos en refugio de hombres y de haciendas.

Tras más de una hora de andar por aquel

sendero,—que en partes se extiende como una carretera y en partes es estrecha hasta sólo permitir el paso de un hombre de frente:—tras una hora de marcha penosa por lodazales y lagunejas y cañadones, desembocamos en un campo limpio.

De un lado, una casa de material; de otro lado, unos ranchos, una chacra alambrada, un maizal y una huerta.

—¿Y el río?—pregunto.—¿Nos han escamoteado el río, que no aparece por ninguna parte?

Pero no; el bosque no ha concluido todavía; aquello no es otra cosa que un potrero, algo más grande que los otros, y nada más.

Andadas las varias cuadras del camino que costea el alambrado, el monte aparace de nuevo, ofreciéndonos otra vez la aventura fastidiosa del callejón arbolado.

Por fin llegamos á las primeras barrancas; y hay que descender por un camino de cabras para arribar á los arenales que se acuestan á orillas del Chileno, que en aquel sitio viene á morir en el Negro.

Todavía es necesario andar un cuarto de hora, avanzando penosamente por el arenal que sigue la margen de la laguna, para llegar al paso del Hum famoso.

¡El Rio Negro!

Antes de caer al agua, antes de lanzarnos á la laguna que blanquea inmensa delante nuestro, detengo el caballo y miro á mis compañeros. No digo nada, ellos no hablan tam-

poco, pero nos hemos comprendido. ¿Que nos espera detrás de ese Río Negro que varias veces hemos intentado vadear sin resultado? ¿Qué suerte correremos en esa zona del norte, en la cual el gobierno se empeñaba en no dejarnos entrar y de la cual nos separaba la tranca del Río Negro?

—El norte siempre nos ha sido fatal; el norte es la miseria, las penurías y quizá la derrota,—seguía diciendo Fulgencio Senosiain con voz compungida.

Y esa aprensión la teníamos todos, unos más otros menos hasta el alegre Viramonte, que decía:

—Me dan ganas de bajarlo de un tiro á este pájaro de mal agüero, que no hace más que pronosticar desgracias!......

Y, castigando el caballo, se lanzó el primero al río.

El paso tiene como tres ó más cuadras de ancho; es hondo, es correntoso y el lecho de piedras grandes hace que los caballos vayan tropezando á cada instante.

Para buscar el vado, evitando la canal,—donde se nada.—es necesario ir dando vueltas, y así, conducidos por un baqueano, vamos en larguísima fila, uno tras otro, formando una curiosa culebra parda sobre el blanquísimo cristal de la laguna.

Así que vamos saliendo á la opuesta márgen sobre un inmenso médano de arenas, se forman grupos que rien de las zambullidas de algunos y de los apuros de muchos, armando una gritería infernal.

Nosotros nos detenemos un instante, y marchamos de nuevo. Después de otras cuantas vueltas y revueltas por el monte, tenemos enfrente al campo, y un poco más allá el pueblucho de San Gregorio de Polanco.

Mientras tranqueamos hacia él, Viramonte nos cuenta anécdotas del finado general Goyo Suarez,—que fué una especie de Muniz,—algo más bruto que Muniz, si la cosa es posible.

—¿No sabe el cuento de la aceituna?—me pregunta.

—No.

—Una vez habían convidado á comer al general Goyo Geta y había un plato con aceitunas. El amigo, mientras charlaba, iba tragando y el general, con un escarbadiente, se afanaba en pinchar la «pelotita», que se escapaba, gambeteando por el plato. Después de muchos esfuerzos logró ensartarla, y entonces, levantando la cabeza, miró á su amigo con aire de triunfo, y le dijo sonriendo:

—¡«La agarré cansada!»

San Gragorio de Polanco, escondido detrás de las barrandas y teniendo por fondo el soberbio paisaje de Río Negro, parece uno de esos individuos raquíticos que envejecen en plena juventud. Tiene ahora las mismas casas que tenía hace ochenta años. Los edificios, cubiertos con verdinegra techumbre de teja española, presentan los muros denegridos,—muchos de ellos pintados de rojo,—caído en varias partes el revoco; rojos los pretiles, agrietadas las

maderas de las puertas, huérfanas de vidrios las ventanas.

Por aquí se ve un eucalipto gigantesco; más allá un álamo soberbio que se estira con pretensiones de alcanzar el cielo; tras de una tapía decorada por lojuriosas madreselvas, los durazneros, los perales, los manzanos y los guindos forman bosque de lozanías tropicales, extendiendo bajo el toldo azul toda la gama de verde. En un terreno baldío, entre un ombú que ha caído de viejo y una casa que se está cayendo mordida por la desidia, el hinojo y la cicuta mezclan sus hojas verdes y sus flores blancas, y forman monte tupido, alto de dos metros,—ofreciendo abrigo en su silenciosa soledad húmeda y obscura á cien especies de reptiles.

Mientras los edificios se desmoronan y mueren, las plantas crecen con rabioso empuje en aquellas tierras gordas, continuamente alimentadas de humos con los desbordes del río.

Y aquella exuberancia, aquel exceso de vida en la naturaleza, parece como un mudo reproche al abandono, á la incuria de los pobladores de aquella hermosísima región.

Siguiendo una calle enarenada, triste y silenciosa como todas, bordadas de casas que parecen sepulcros donde duermen muertos sin deudos, llegamos hasta la orilla del pueblo. Se señorea allí una quinta donde los árboles frutales se extienden en legión; donde el maíz ocupa varias cuadras con su verdor alegre, donde los álamos se yerguen á altura incalcu-

lable, donde los naranjales negrean, juntando fuerza para engendrar, el beso de la helada, sus esferas de oro.

Un himno á la vida.

Y más allá, un poco más allá, despues de un médano de arenas blancas y estériles, un muro bajo, negro, desnudo, cercando la mansión de los muertos.

La muerte en toda la melancólica soledad del abandono. La muerte en su real y verdadera significación: al fin.

Abrí el portón de maderas podridas y entré en el recinto.

Hay una callejuela, una senda arenosa, con los bordes invadidos por la yerba. Despues, á uno y otro lado, entre matorral espeso, entre gramillas y ortigas, varias cruces negras, torcidas, unas cruces que parecen bostezar de fastidio y sentir deseos de acostarse tambien sobre grama para dormir el sueño sosegado de los muertos.

No hay árboles que den sombra: no hay flores que sonrían con sus colores y canten con sus perfumes. Los pájaros no vienen aquí; las abejas no zumban por acá; las mariposas no tienen nada que hacer en este sitio, y si alguna llega, será en la noche, al pavor nocturno de vestimenta sombría. En la noche, en este sitio desolado, donde los muertos duermen olvidados, deben arrastrarse por el suelo los ofidios recelosos, el taciturno tatú y la astuta comadreja; y sobre las yerbas y malezas pasarán

volando sin ruido las lechuzas y harán zic-zacs en el aire los repugnantes murciélagos.

Hay algunas crucítas de hierro que tienen un corazón entre los brazos.

Me acerco. Se ve algo escrito en esos corazones: un nombre, una fecha, una frase afectuosa; pero todo ello ininteligible, borradas letras y palabras por la acción despiadada de la intemperie.

¿Quién reposa aquí?

No se sabe.

¿Qué le dice, en piadosa despedida, el padre, la madre, el esposo, la esposa, el hijo, la hermana?

No se sabe tampoco.

La gran niveladora, la que obliga á ser consumidos por los gusanos y convertidos en polvo al potentado orgulloso y al obrero humilde, la muerte, que se rie del afan del hombre en perdurar siquiera en el recuerdo, lo ha borrado todo.

Los muertos de aquel cementerio han muerto del todo.

Visitándolo, recordé el epitafio que impresionó á Bourget en la necrópolis de Voltena:

«Tutti torniamo a la gran madre antica
«E il nome nostro, appena si ritrova.»

A galope salí de aquel sitio de tristezas y fuí á reunirme con mis compañeros. Encontré á Villaamil furioso porque no se encontraba hotel, ni fonda, ni figon; á nuestro gran poeta Roxlo, muy triste porque en las casas de co-

mercio del pueblo solo había encontrado frazadas y zapatillas.

—¿Y compraste?—le pregunté.

—Compré frazadas y zapatillas para mí y para mi muchacho, que el pobrecito no tenía con que taparse.

—¡Pero si tú tenias ya dos pares de zapatillas!

—Es cierto; pero, ¡qué quereis que hiciera si no había otra cosa que comprar!

Hasta nuestro alegre camarada Viramonte se encontraba triste, sufriendo él tambien la influencia del medio.

—Parece que anduviera en el aire, me dijo, alguna cosa áspera y amarga, que lastima el tragadero y los bofes.

—Es el alma de Goyo Geta que ha vuelto al pago.

A la mañana siguiente, muy temprano, emprendimos la marcha para alcanzar al ejército que había salido la víspera.

¡Qué marchas!

Aquel departamento de Tacuarembó,—que se había dado el lujo de tener por representante en la cámara de diputados al primer poeta del país,—es una abominación de piedra.

Se anda por caminos pavimentados por la naturaleza; y ya se sabe que la naturaleza es un obrero muy descuidado. La carretera, que sube, que baja, que culebrea, se enrosca, se retuerce, está sembrada de guijarros. Y si uno, fatigado con el contínuo tropezar del caballo,

y condolido del caballo, busca el campo, se encuentra con que la *verde alfombra* de aquel campo es una mistificación: las matitas de pasto, ralas y altas, están allí nada más que para custodiar las piedras de que está sembrado el terreno.

Como viera un alambrado muy bajito y con los hilos muy juntos, pregunto:

—¿Para qué será eso?

—Para impedir que se escapen las piedras,— me responde Viramonte.

Debido á la circunstancia apuntada, el destrozo es allí mucho mayor. No hay leña, y los alambrados desaparecen consumidos en los fogones. No hay novillos,—porque las estancias se han apresurado á tropear, vendiendo todo lo gordo,—y es necesario carnear vacas, unas con la cria en el vientre, otras con la cria al pié.

Al otro día de una carneada ví sobre una loma treinta ó cuarenta cabezas, panzas, todo lo que sobra de la res, y al lado de cada una de ellas, balando plañideramente, otros tantos terneritos, condenados á morir de hambre.

Por acá y por allá se veían puntas de ovejas, que, súbitamente turbadas en su apacible sosiego, erraban y la disparada, en filas de á una, trepando los cerros, en un azoramiento que causaba pena.

La borrasca de la guerra iba destruyendo todo á su paso.

La desolación adquiría un aspecto más sombrío en aquellos parajes ingratos, en aquellas

inmensas zonas despobladas, hurañas y estériles.

Los cerros, bajos y de formas caprichosas, los cerros cuadrados, en forma de mesas, los cerros en punta afilada, los cerros torcidos, los truncados, los chatos, los sin forma precisa, todo aquel monton de piedra que parece mirar con rabia el sol que lo calcina, deja en el alma no sé qué sabor amargo, no sé qué sensación de sequedad y de dureza.

XIV

PASO DEL PARQUE

Anduvimos tres días por aquellas tierras desoladas, más ricas en roças que en pasturas; anduvimos tres días viendo los mismos paisajes áridos y tristes, las mismas campiñas desarboladas y desiertas, la misma tierra ingrata que hacía exclamar á un buen amigo mío:

—«Por mi parte, yo cedería todo el norte; nuestro país empieza del Río Negro abajo. Lo demás es tierra ajena, áspera, ruda, infecunda: yo no la amo».

Yo si la amo, yo amo todos los rincones de mi pequeña patria: lo feo y lo lindo, lo bueno y lo malo, lo que florece en todas las primaveras y lo que no produce nunca flores.

Todo esto que vamos atravesando parece un paramo. Campos que nó tienen yerba; vastás extensiones sin poblados; arroyos sin monte, serranías raquíticas. sin la arrogancia imponente de las grandes moles y sin la belleza de las quebradas adornadas con molles y con talas.

Se andan leguas y leguas sin encontrar una casa de comercio, y ya casi todos empezamos á quedar sin yerba, sin sal y sin tabaco, los tres artículos de más imperiosa necesidad para nosotros.

Y para completar los males, las lluvias han vuelto nuevamente, continuas y copiosas, privándonos hasta de las delicias del sueño.

—¡Ya había dichó yo que el norte nos iba á ser fatal!—dice furioso Senosiain.

—Por el momento solo es fatal á los caballos; y á no ser que Vd. se coloque en esa categoría.....

Villaamil tambien lo encuentra fatal, porque no hay pueblos donde ir á cobrar las contribuciones, y él le ha tomado gusto á sú nuevo oficio.

Uná noche llovía torrencialmente. Nosotros habíamos armado la carpa y formando una carpeta con las caronas y cojinillos, hacíamos rueda, sentados en él suelo, colocamos en medio la linterna—se sabe que al jefe de recaudadores no le falta nada, ni aún el título de *coronel*,—y á contar dinero.

Ante la vista asombrada de los asistentes y soldados de nuestra escolta, empezamos á vaciar el oro de los cintos.

¡Una montaña!

Febrino Vianna, que es el espíritu del ahorro, exclama con su gravedad característica:

—Esto, bien colocado...

Y se puso á calcular el rendimiento al tanto por ciento anual.

Por su parte Roxlo, en su soberbia despreocupación del dinero, en su prodigalidad de poeta, manifestaba melancólicamente:

—¡Cuántas cosas lindas se podrían comprar con todo eso!...

—Y vamos á comprar cosas bien lindas,—dice un emponchado que se para de pronto en la puerta de la carpa.

Y á la luz del farol vemos la faz alegre y sonriente del general Aparicio Saravia.

—¿Cuánta platita tienen?—nos pregunta.

—Cerca de cincuenta mil pesos,—responde Villaamil con el orgullo de un administrador que da cuenta de una operación brillante.

—Bueno,—agrega el general — prepárenme veinte mil para mañana. Voy á mandar comprar un millón de cartuchos.

Villaamil queda triste.

—Entre, general.

—No, estoy bien.

—Se está mojando.

—No, si no llueve.

Y el general siguió hablando sin hacer el menor caso de la lluvia que le caía á baldes encima. De vez en cuando se pasaba la mano por la cara para secarla, y continuaba, con bondadosa amabilidad:

—Es una lástima que tanta platita se gaste para quemarla y para matar; pero, qué le vamos á hacer! La responsabilidad de todo ha de recaer sobre Batlle. El ha hecho el amasijo y nosotros no tenemos más remedio que echarle fuego al horno y cocinarlo, para que no se pierda la masa.

Y luego, sonriendo afablemente:

—Hasta mañana; muchachos. Defiendan bien la platita.

Hasta las 11 de la noche estuvimos contando, claisficando y empaquetando el dinero, que esa misma noche depositamos en la caja de hierro colocada en una de las carretas del parque.

—Cuídeme bien la *gateada*—le dice don Pepe Villaamil al coronel Cabrera, jefe del parque.

Dos días después, la pobre *gateada* estuvo á punto de caer en manos del enemigo y fué milagrosamente salvadas por dos muchachos animosos.

La marcha continuó por el departamento del Salto, siempre por abominables caminos de piedra suelta que destrozaba los vasos de los caballos y nos fastidiaba á nosotros de mil maneras.

Eran larguísimas jornadas por campos de enorme extensión, sin una casa, sin una chacra, sin un puerto: la grande propiedad colonial viviendo aún orgullosa é improductiva.

Nos tocó pasar por la estancia del célebre coronel Francisco Leonidas Barreto. Creo que son catorce suertes de campo, cercado con alambrado de ocho hilos, postes y piques de

ñandubay: y teniendo por cabeza un suntuoso castillo en construcción.

—Todo esto es nuestro,—dice alguno.

Y otro añade:

—Pero no me gustaría vivir en ese caseron.

—¿Por qué?

—Porque de noche deben venir á rascar las puertas los lobinzones.

—¿Que aullan en italiano?

—Justo. Y se llaman Volpi y Patroni.

El sol ha quedado al sud del Río Negro, con las vegas rientes y fecundas; aquí el cielo se presenta siempre nublado, anunciando tristezas, y la lluvia, porfiada, inclemente, parece quisiera poner á prueba nuestro poder de resistencia; Mojados hasta los huesos, muertos de frío, no era siquiera posible hacer fuego, y en los altos había que conformarse con estar sentados sobre el recado, los desnudos piés en el barro, el cuerpo encorvado, y dejar pasar el chubasco.

De ese modo penoso fuimos andando leguas y leguas, ignorando el rumbo que llevábamos y el objeto de nuestra peregrinación, perseguidos por la idea obsesionante de conseguir armamento y municiones, á fin de detenernos, dar el frente y luchar. Cada paso que dábamos hacia adelante, cada jornada que hacíamos, nos alejaba del ansiado momento de la paz, de la vuelta al trabajo, al amparo de leyes justas y de gobiernos buenos.

En el trayecto recibimos numerosas incorporaciones, grupos de cincuenta, de cien veci-

nos que salían de los montes, donde habían buscado refugio y venían á engrosar nuestro infortunio. Y esas incorporaciones nos causaban pena; pena porque nos daba idea de la inmensidad del mal causado por la soberbia y la irreflexión del presidente Batlle; pena porqué no taníamos armas que ofrecerles para la defensa de sus hogares asaltados, de sus vidas amenazadas.

Así llegamos al Queguay, cuyo terrible paso, hondo, ancho y pedregoso, exigió casi un día entero para ser vadeado. Allí vimos al general Saravia, en su actividad infatigable, picanear él mismo las carretas del parque, dando ejemplo de destreza y de modestia.

Y así fuimos, cansados y atormentados por la lluvia inclemente, á tender campamento, el 1° de Marzo, á inmediaciones del Paso del Parque, Dayman del río Daimán, sin presentir siquiera la tragedia horrorosa que había de comenzar al día siguiente.

Habíamos acampado á orilla de una cañada misérrima,—rica en piedras y pobre en arboles,—que se arrastraba con pena en un terreno bajo, una ancha planice uniforme.

El sol, condolido quizá de nuestra desventura, había aparecido en el cielo, rasgando las nubes cargadas todavía de vapor de agua.

Se carneó temprano y llegó del estado mayor la noticia de que ibamos á permanecer acampados allí dos ó tres días; lo que nos alegró en extremo, pues así podríamos secar nuestras ropas y nuestras *garras*, amen del descanso, que nos hacía bastante falta.

—Amigo,—me dice el bravo capitan Goicochea, el *capitan vasco*, como le llamamos cariñosamente:—amigo, hoy es 1º de Mayo.

—Ya sé.

—Hoy hace un año que Batle es presidente de la República.

—Hoy hace un año que empezó la ruina—agrega el comandante Pimienta.

—Hoy hace un año,—dice el temerario mayor Galarza,—que los traidores nacionalistas dieron el triunfo al traidor colorado.

José R. Gomez tose, se retuerce el bigote, hace brillar sus ojillos inteligentes y exclama con ademan severo:

—Hoy hace un año que subió á la presidencia de la república el más torpe, el más criminal, el más indigno de los orientales: juremos morir todos ó librar á la patria de ese monstruo.

—Y sobre todo,—continúa Hilario Percibal,—un hombre que no se sabe como puede llevar tan gran corazón en cuerpo tan pequeño,—juremos darle una paliza á Viana, que ha sido defensor de Batle.

Luego, dirigiéndose directamente á mi, y agitando los puños:

—Mirá, hermanito,—agregó,—te juro por la salud de mis hijos, y que te parta un rayo si no digo verdad, que entre Idiarta Borda y Batle y Ordoñez no existe otra diferencia que la que existe entre el cerdo y el jabalí. . . . ¿Que no?. . . Mirá, hermanito, por este puñao de cruces te juro que este va á hacer lo mismo que Idiarte Borda. Verás que no habrá medio de hacer la paz. Aunque se le prodongan cien com-

binaciones él la rechazará todas, igual que Idiarte Borda, porque la guerra es un medio honesto para hacer fortuna.

—Batle y Ordoñez es honrado.

—Un gobernante que decreta la guerra por capricho, un presidente que no se conduele de su país y mira con indiferencia la destrucción de su riqueza y el derrame de sangre de sus hijos, no puede ser un hombre honrado. El presidente sin palabra, el politico sin conciencia, que ha sido colorado, luego constitucionalista, luego colorado otra vez, hoy enemigo de tradicionalismo, mañaña partidista intransigente; el hombre que ayer bramaba contra los sicarios de Santos y describía la jaula de Carámbula y hoy tiene por cooperadores á Carámbula y Rodriguez y Benavente y Muniz no puede ser un hombre honrado. Yo creo como Percibal: de Batlle se puede esperar todo lo malo, y suponerle una condición buena es ofender al país.

Quien pronunció estas palabras fué el hombre más bueno, más noble, más puro, más sensato de Treinta y Tres. No necesito nombrarlo para que se sepa á quien me refiero.

A mí me impresionó hondamente, y guardé silencio. ¡Yo todavía creía en la bondad del presidente!

Despues de medio día salimos con Senosiain y el buen amigo Amorin hasta una casa cercana, donde debíamos arreglar las cuentas de las recaudaciones. Pensabamos pernoctar allí, pero al atardecer recibí un chasque del comandante

del Puerto, diciéndome que regresaramos de seguida al campamento, pues el enemigo estaba encima y se iba á librar batalla.

Regresamos apresuradamente. En el camino encontramos la división de Maldonado acampada tranquilamente. Continuamos á galope, sin detenernos á averiguar nada y llegamos al oscurecer al sitio donde estaba la columna nuestra.

Allí supimos que don Pancho Saravia, del Puerto y los mayores Masa y Galarza habian salido con los tiradores en descubierta.

Estos no tardaron en regresar.

—¿Qué ocurre?—pregunto á del Puerto.

—Que el enemigo está ahí, encima; lo hemos tiroteado un poco y mañana libraremos batalla.

—¿Pero quiénes son?

—No sé; el coronel Gutierrez, que está de vanguardia, dice que es Muniz con todo el ejército; pero el general asegura que no es posible, que debe ser alguna fuerza ligera y que tendremos un segundo Fray Marcos.

—Un segundo Fray Marcos invertido; es decir, recibiendo la soba nosotros.

—No veo la razón de que así suceda.

—Y yo no veo probabilidades de que suceda de otro modo.

—Ya veremos mañana.

—Ya veremos.

Nuestros tiradores fueron á tenderse en la margen izquierda de la cañada, teniendo orden de estar con el caballo de la rienda mientras la gente desarmada permanecía á la orilla izquierda, con indicación de no ensillar, de no

moverse, como si se tuviera la absoluta seguridad de la victoria.

Hicimos fuego, cenamos, y nos recogimos en la carpa.

Había cesado de llover. El cielo se había despejado: una gran luna blanca y radiosa alumbraba el silencio pensativo de la noche.

La brisa, suave y fina, parecía elevar endechas de tristezas. Si existen los presagios, aquel era visible.

Tendido sobre el recado, la frente abrasada por la fiebre que venía á visitarme todas las tardes, recordé los inspirados versos de Guerra Junqueiro en su soberbia *Morte de don Juão*:

"Nas sombras entreviamse sudarios,
"Havia per lo ar como un segredo,
"Un não sei que de tragico e sombrio...
"Os olhos tinham medo,
"As almas tinham frío,
"E da profunda abobada pendente,
"Triste, mortiça, exangue;
"Bruxoleava á lampada dolente,
"Como suspensa lagrima de sangue"....

—¿Con qué vamos á pelear mañana ?— pregunto.

—Con las fuerzas que tenemos.

—Sí, y ¿qué fuerzas tenemos?

—Tendremos...

—¿Cuántos tiradores hay de nuestra división?

—Ciento cincuenta.

—Muy bien. Calculo que las divisiones de Mariano y de Nepomuceno están á diez leguas de aquí, del otro lado del Dayman. La división

de Basilio Muñoz no está, la de Bernardo Berro tampoco, y me parece que la de José González tambien está ausente... Nos van á dar una soba y puede ser que hasta el parque nos quiten, porque yo he visto, esta misma tarde, el parque acampado á vanguardia, sin intenciones de unir los bueyes y marchar.

—El general sabe lo que hace,—me respondieron.

—Yo creo que esta vez hace un disparate—insistí.

—No tienes derecho á prejuzgar.

—Pero tengo derecho á tener miedo.

—Eso es lo que te hace hablar.

—Posible; pero, en todo caso, no es miedo por mí solo, sino por los muchos compañeros que van á rendir la vida sin resultado, y, sobre todo, por lo que peligra el porvenir de la patria.

Como se verá, mis tristes profecías se cumplieron. Pero si Paso del Parque fué un doloroso contratiempo, sirvió al menos para que pudiéramos apreciar todo lo que valía Aparicio Saravia. Jamás fué tan grande como en aquella tristísima jornada.

Esa noche, de una serenidad dolorosa, de una melancolía hiriente,—en la cual la gran luna pálida, suspendida en lo alto del cielo, parecía, como dice el poeta lusitano, una lágrima funeraria,—fué para muchos de nosotros noche de insomnio y de larga meditación penosa.

Cuando se habían apagado los fogones, cuan-

do todo parecía sumergido en el profundo sueño de los cuerpos transidos, se veían, al resplandor plateado de la luna, hombres que se paseaban silenciosos ó hablando quedo.

Por una coincidencia, que la superstición criolla atribuía á presagio de mal agüero, los caballos, presas de inquietud extraña, no cesaban de moverse y de relinchar de una manera que, en aquel silencio y en los momentos aquellos, se nos antojaba lúgubre.

Por dos ó tres veces, en el corto radio de nuestra cuadra, los caballos atados á soga,—muchos de ellos redomones,—se enredaron, bufaron é hicieron inminente una disparada general. Y ¿se imagina lo que es una disparada la vispera de la batalla? ¿Se comprende lo que significa quedar á pie frente á un enemigo inmensamente superior, que por fuerza había de derrotarnos y perseguirnos?

Ese cúmulo de ideas tristes y de preocupaciones amargas ahuyentaron el sueño.

—Al fin y al cabo,—dijo uno de los compañeros—quién sabe si peleamos mañana. Puede ser que solo sea una escaramuza sin importancia, como ha habido tantas otras.

—No,—replicó el comandante del Puerto con su aire severo;—los días de pelea son conocidos: hay en el aire algo extraño, algo como una emoción de la naturaleza, y fijense si hoy no es así.

—Sin embargo el general había prometido no dar batalla sino cuando considerara completamente seguro el triunfo.

—Lo considerará así para mañana, entonces.

Yo sacudo la cabeza y me tiendo sobre el recado, tratando de buscar en el sueño el olvido y la tranquilidad de un momento.

A las 8 de la mañana, recien á las 8, los clarines tocaron á ensillar. Casi en seguida se ordenó que los hombres desarmados permanecieran en su sitio, con los caballos de la rienda.

Sonó después el toque de ¡á caballo!—¡marcha!—y los fusileros desfilaron al trote para ir á ocupar la posición de combate.

Cuando se desplegó en guerrillas y se puso en contacto con el enemigo, la división del coronel Gutierrez, que formaba la vanguardia, venía ya derrotada.

En una línea inmensa, parapetados en las asperezas del terreno, los gubernistas hacían un fuego terriblemente mortífero.

Sin embargo, Pancho Saravia, que ese día fué valiente hasta la locura, mandó cargar. Con el sombrero en la mano, brillantes los ojos, transfigurado el rostro habitualmente plácido.

—¡Adelante, muchachos, adelante! — gritaba sin cesar,—é iba él mismo al frente, ofreciéndose á las balas con soberbia indiferencia.

—No tenemos casi munición—le advierte el mayor Masa.

—¡No importa! Pelearemos á rebenque y á cuchillo. ¡Adelante!

Describir el combate del Paso del Parque es imposible. Aquello no fué una batalla, sino un delirio sangriento. El general Muniz, inepto como siempre, repitió su táctica de siempre: amontonar fuerzas, echarnos encima batallones y batallones, para aplastarnos con el peso de su enorme superioridad numérica. Tan es así, tanta falta de tino demostraron ese día los gubernistas, que desde el comienzo de la pelea se produjeron entreveros inexplicables. De repente aparecían destacamentos nuestros á retaguardia de la línea adversaria, y en varias ocasiones fuerzas gubernistas se vieron de pronto rodeadas, sorprendidas á veinte metros de distancia, habiendo avanzado en la creencia de que eran compañeros.

Por su parte, el general Saravia, convencido bien pronto de su error, no tardó en darse cuenta de la situación. Vió que no había batalla posible, y se concretó á mandar divisiones sobre divisiones, exigiéndoles sacrificios heróicos para salvar el ejército.

En efecto; no era siquiera soñable que con poco más de mil tiradores se pudiera combatir contra los doce mil hombres de Muniz.

Porque es necesario advertir que no solo la mitad del ejército estaba ausente,—diez leguas mas allá del Dayman,—sino que ninguna de las unidades restantes estaban completas. Todas ellas habían desprendido comisiones de diez, de veinte á treinta hombres, con objeto de *potrear;* es decir, de requisar caballada. Y es claro que esas comisiones iban armadas, pues

los caballos estaban ocultos en los montes y custodiados por partidas que los defendían á bala. De ese modo se explica que el contingente de Treinta y Tres solo tuviera ciento cincuenta fusiles el día de la pelea. Y en las otras ocurría lo mismo.

¿El general Saravia ignoraba esta circunstancia?

Es muy posible; y no debe hacérsele un cargo por ello.

Debido á causas que no es el momento de explicar, nuestro ejército no tenía aun jefe de estado mayor, y el general, no obstante su actividad infatigable y su resistencia de hierro, no podía atender á todos los detalles de la marcha y organización de sus tropas. Lo que hacia era ya prueba de una energía extraordinaria, de una voluntad asombrosa.

La única inculpación que puede hacérsele es no haber dado crédito á la palabra de su jefe de vanguardia, el coronel Gutierrez.

—«¡Es Muniz con todo su ejército!»—le mandaba decir aquel jefe, repitiéndolo en chasque sobre chasque.

Y el general llegó á encolerizarse.

—«No puede ser Muniz—afirmó.—Dígale al coronel Gutierrez que está viendo visiones.»

Y todavía agregó algo más, que era una gran injusticia, como él mismo lo reconoció al día siguiente, yendo noblemente á dar ámplias satisfacciones al jefe ofendido.

¿Y la toma del parque?—se preguntará.

Ya lo explicaré más adelante, y se verá que esa falta tampoco fué suya.

Despues de la derrota, ignorándose las causas y los por qué, hubo general disgusto contra Saravia; pero ese disgusto duró muy poco tiempo, y el conocimiento exacto de los hechos hizo crecer todavía el prestigio del incomparable caudillo.

¿Por qué no aprovechamos la noche,—una espléndida noche de luna,—para retirarnos, vadear el Dayman, tomar posiciones y librar la batalla en el paso, en situación ventajosísima?

¿Por qué no sacar partido de la torpeza del adversario que, en vez de hostilizarnos en la noche, se acostó á dormir tranquilamente?

Ya lo he dicho: porque el general—engañado respecto al enemigo que tenía enfrente — de dónde procedía su engaño, no podemos saberlo nosotros, — quiso mostrarse en condiciones de inferioridad, para que aquél se entusiasmara y no rehuyese un combate que él juzgaba fácil y que podría proporcionarnos un buen botin de elementos bélicos.

Pero todo esto se explicará más adelante.

En tanto, en toda la línea del fuego, ya no era una batalla, sino una sucesión de cuadros sangrientos, de episodios terribles en que chocaban las iras gubernistas y la desesperada resistencia de los nuestros.

Los contingentes de Durazno, Florida y Cerro Largo habían sido diezmados y peleaban en grupos, retrocediendo lentamente ante el enemigo, cada vez más numeroso.

En aquella opaca mañana los fusiles entonaban un canto infernal sobre los entristecidos campos del Dayman. De un lado y de otro, en la vasta extensión de la batalla, era un rabioso vomitar de balas, que pasaban dejando en el aire ahumado el silbido estridente de implacables odios fratricidas.

Las fuerzas nacionalistas, agobiadas por el número inmensamente mayor del adversario, no habían cedido, pero se habían roto, formando múltiples grupos. La batalla no existía ya, en su carácter de lucha general, armonizada y conexiva, que obedeciera á un propósito preconcebido. Sólo quedaban grupos dislocados, en cada uno de los cuales los asaltantes cargaban con rabiosa sed de matar; y los asaltados se defendían con admirable despreocupación de morir.

Por eso en cada resto de guerrilla popular, aquí y allá, en este plano y en aquellas peñas, en toda la línea irregular del combate, se desarrollaron escenas terribles, dramas que horripilan por lo grande, por lo heroico, y, sobre todo, por lo bárbaramente feroz.

Tal fué el episodio de los hermanos Irureta.

Formaban parte de una guerrilla compuesta de veinte hombres, de los cuales la mitad había caído ya. La otra mitad, sin jefe, sin orden, sin objeto, seguía avanzando, como una desesperación que va en busca de la inclemencia, como si desearan ahorrarle camino al plomo. Durante su avance, uno de los Irureta oye el grito de una voz conocida y grata. Es su hermano, que larga el fusil y se desploma

con el pecho desgarrado por un balazo. Corre hacia él, lo levanta.

—¿Puedes ir á caballo?—le dice.

—Sí, responde el herido.

Y luego, temblando nerviosamente, agrega:

—No me dejes, hermano: no me dejes, que me van á degollar!....

—No, hermano, no te dejo; agárrate en mi hombro.

Y con infinito trabajo lo sube á caballo, monta él á su vez y emprenden la retirada al tranco.

En la mañana nublada, gris, opaca, el humazo de la batalla flota como negros crespones elevados y sacudidos por el viento. La fusilería ruge rabiosa por todas partes, confundiéndose el estrépito de las detonaciones con el estrépito de los vivas y los mueras de las roncas voces encolerizadas. Y en aquella atmósfera densa hay un olor de pólvora y sangre, un olor extraño que se diría el olor del odio.

Ese olor los va persiguiendo mientras avanzan lentamente por la llanura.

De pronto los dos hermanos son detenidos por un compañero que, herido y tirado en el suelo, los implora con voz angustiosa.

—¡Por favor, compañeros!...

¡No me abandonen, compañeros!... ¡me van á degollar!

¡No me dejen!...

Era un muchacho jóven, tenía los ojos húmedos, brillantes en medio de la palidez del rostro, y su súplica era un lamento desespe-

rado en que se oía la ardiente ambición de vivir.

Los hermanos consultaron con la vista. El herido exclamó con sublime compasión:

—No lo debemos dejar, es un compañero.

El otro echó pié á tierra y levantó al mozo herido.

En ese momento una guerrilla enemiga aparecía en el flanco y hacía fuego. Se oyeron dos gritos; una bala había atravesado el brazo de Irureta y había partido el corazón al jovencito, que se desplomó exánime.

—Vamos! Vamos!

El quiere montar, se oye otra descarga y su hermano cae del caballo, el pecho destrozado, la boca llena de sangre.

Con la mano lívida hace un enérgico ademan á su hermano indicándole que se salve, que él va á morir, que no haga un sacrificio inútil.

El valeroso mancebo titubea un instante, luego se acerca, le da un beso en la frente, monta y sale al trote sin sentir el sibildo de lás balas que llueven sobre él. Cuando había andado unos cien metros, volvió la cabeza y se estremeció de horror.

Dos jinetes enemigos habían llegado hasta donde quedara su hermano agonizando, y mientras uno lo levantaba por el cabello, el otro le hundía la daga en el pescuezo, degollándolo de oreja á oreja.

El infeliz testigo de esa escena horrible lanzó un grito de espanto, castigó el caballo y echó á correr, perseguido por la visión horrenda

que flotaba en el aire espeso saturado con el perfume del odio (1).

En el otro extremo de la línea de batalla Pancho Saravia, agitando en la mano el sombrero y el rostro cubierto de lágrimas, mandaba:

—A la carga! Adelante, muchachos!

Y la brava división de Treinta y Tres, haciendo honor al nombre glorioso que llevaba, iba, ya hecha pedazos, á hacerse matar sin protestar y sin vacilaciones.

Las guerrillas avanzaban y hacían fuego.

En una de las últimas guerrillas cayó herido un jovencito que tenía para merecer respeto el nombre glorioso de los Coronel y el de ser hijo del venerable patriarca D. Manuel Coronel. Los compañeros se ven obligados á retroceder. La fuerza enemiga se acerca, y al llegar al herido, tres tiradores echan pié á tierra y con las culatas de los fusiles deshacen el cráneo al pobre muchacho ya herido de muerte.

---

[1] La familia de los zonzos y de los insolentes irrespetuosos es una de las más numerosas del género *homus*. Publicado este episodio en un periódico de esta capital, un *joven colorado* dijo en el *Día* de Montevideo,—y aprovechó la oportunidad para insultarme,—que no podía ser cierto. Dijo además que era ofender á la patria narrar esas vergonzosas escenas de barbarie. Es error. Lo que avergüenza á una nación no es pintar sus defectos; la vergüenza está en los gobiernos que permiten infamias como la que he descripto,—y de cuya autenticidad hay cien testigos que responden conmigo,—y los que se convierten en defensores incondicionales de esos gobiernos. El criminal es el que comete el crímen, no quien lo denuncia. El patriotismo es una cosa muy distinta del patrioterismo.

Son las tropas de Galarza las autoras de este hecho, que prueba la *magnanimidad* de las *fuerzas legales*!...

En otro rincon de la batalla el mayor Galarza, el temerario guerrillero, cae y queda apretado bajo el caballo muerto. Tres indios de aspecto siniestro se acercan, desenvainando los cuchillos con sed de degüello. Pero Galarza es también uno de aquellos indios fuertes que no se tragan sin mascar, y desde el suelo hace fuego con el revólver, mata uno de los enemigos, hiere á otro y obliga á la fuga al tercero, que al escapar le arroja las boleadoras sobre el lomo. En ese momento el escribano Severo Rodriguez, un maturrango, alcanza á pasar por allí y salva sacándolo en ancas, al valiente compañero.

En otro lado el comandante del Puerto bregaba, incitando á sus muchachos. Tres de sus ayudantes han sido heridos y á su lado cae herido el clarin, que toca incesante á la carga. Le matan el caballo. Un asistente fiel,—hay que nombrarlo, el negro Bocha—le trae otro. En ese instante el viejo y valeroso comandante Basilio Pimienta se le acerca y le dice:

—¿Qué hacemos?

—Avanzar siempre—responde del Puerto.

—Es lo que pienso—replica el veterano;—de todos modos, morír aquí ó morir en otro lado es lo mismo. A la carga!

Pero por todos lados las fuerzas nacionalistas van cediendo, dominadas por el número infinitamente mayor del adversario.

De pronto una voz cunde en las filas. ¡Al parque! ¡Nos toman el parque!

En efecto; el enemigo se había corrido á la izquierda y el regimiento 6 de caballería, ayudado por la divisíón de Basilio Saravia, caía sobre el parque indefenso, amenazando tomarnos los cañones, las pocas municiones que nos quedaban y hasta la célebre *gateada*, la caja con nuestra fortuna.

En un momento solo se oyó un grito desesperado;

—¡Al parque! ¡nos toman el parque!... ¡Defendamos el parque!...

¿Defenderlo?... ¿Con qué?...

En la línea del fuego, entre numerosos compañeros, habían caido el comandante Ponce, el comandante Couto y el Comandante Nepomuceno Denis. Este último era uno de los más veteranos, de los más bravos, de los más modestos jefes de Treinta y Tres; cayó herido, y, antes de que pudiera levantarse, montar á caballo y escapar, fué alcanzado por la guerrilla enemiga, y ultimado en presencia de sus hijos, que hicieron esfuerzos desesperados por salvarlo, al menos del cuchillo galarcista. Inútilmente, el hombre bueno, el trabajador humilde, el generoso patriota, debió sentir su cuello partido por la daga de los defensores de la *causa legal*.

Pancho Saravia, con sus fuerzas diezmadas y sin municiones, se retiraba llorando. La división Florida se alejaba con el luto de sus muchas pérdidas; la heróica de Cerro Largo arrastraba por el llano sus restos ensangrentados.

Y en ese momento, el general, loco de dolor, se abalanzaba sobre las carretas del parque, donde el enemigo cargaba con frenesí.

La escola que le rodea, formándole una muralla humana, no es bastante para protegerlo. El jefe de aquellos valientes, el valiente y fiel Abel Sierra, es herido; el plomo y el hierro causan bajas á granel. Una bala le mata el caballo á Saravia, y el caudillo, sublime de valor en aquel trance amargo, exclama rabiosamente:

—En el corazón me hubiera pegado esa bala!...

No hay más remedio que retroceder, dejando en manos del adversario un cañón y varias carretas que contenían más enfermos que munición.

Pero antes de abandonar el parque se mantuvo una lucha épica, en la cual la sangre de los orientales corrió á torrentes y el valor legendario se mostró, en un bando y en otro. con una tenacidad que asombra y conduele.

Pero los bárbaros de divisa roja, los herederos del instinto sanguinario que avergonzó á la nacion en Paysandú, y la llenó de lodo con Latorre, y con Santos después, y con Idiarte Borda más tarde, encontró allí oportunidad de completar el ramillete histórico con una nueva flor de amapola.

Dicen que Batle mandaba matar. Es posible; Batle es capaz de todo. Su perversidad debe ser tan grande como su cuerpo, y entre los muchos tiranos que han afrentado á mi patria, ninguno más criminal, ninguno más odioso que ese bohemio sucio y desgarbado que al alcanzar la presidencia de la república por un capricho de

la ruleta política, quizo rescatar con odios las prendas empeñadas en el montepío durante su vida de miseria.

Nosotros perdimos un cañon allí; Batle perdió lo poco que le quedaba de vergüenza.

¿Es duro?

Quizá. Pero la verdad es el único remedio cuando se trata de llagas putrefactas.

Es la verdad. Oigase y júzguese.

Los dragones colorados cargaron sobre el parque y á sus escasos defensores *los degollaban de parados.*

No es eso solo.

En las carretas tomadas iban heridos y enfermos.

A estos heridos y enfermos los *sacaron de las patas*, y los degollaron.

¿Vergüenza?

Ya lo creo, una gran vergüenza, que no puede avergonzar á una nación que soporta como primer magistrado á José Batle y Ordoñez, principal delincuente en tamañas atrocidades; que al que tiene bien puesto el corazón, le hacen decir: «Que se concluya la patria, si ha de vivir para baldón de las naciones civilizadas!»

En el Paso del Parque corrió más sangre de las carótidas abiertas á cuchillo, que la que hizo verter el plomo de los fusiles en las guerrillas. Y es bueno advertir que en uno de los múltiples entreveros cayó herido un coronel gubernista,—no recuerdo su nombre,—é implorando no lo matasen, Pancho Saravia no sólo le salvó la vida, sinó que lo dejó en libertad para que fuese á reunirse con los suyos.

¡Y esos hombres, bárbaros en sus instintos, feroces en sus apetitos, se atreven á hablar de civilización é invocan la ley para exigir nuestro sometimiento!

¿Nuestro sometimiento?... La frase de Cambrone aqui.

¡O la frase de otro hombre humilde!

«No quedará piedra sobre piedra; no habrá árbol que dé sombra, ni semilla que germine, ni planta pue dé fruto, habrá patria para todos, ó no habrá patria para nadie».

¿Que sea necesario morir?... ¿Que sea forzoso dejar la osamenta en una zanja cualquiera?...

¿Que nos suponen á nosotros, que ya tenemos muerta el alma y hemos dejado sin sepultura, tendidas en la loma, expuestas al pico del carancho y de los cuervos, las más caras y sagradas afecciones?

—Hermano,— me dice Hilario Percíbal, que ha corrido á pié veinte cuadras para escapar al cuchillo gubernista;— hermano, estamos perdidos.

—Todavia no,—le respondo. La patria está mal herida, pero vive aun.

Las columnas empiezan á desfilar, retirándose, buscando el paso del Dayman. Van tristes, pero van en orden perfecto, serenas y resignadas y soportando con entereza el desastre sufrido.

En ese momento, el general Saravia, con el sombrero en la nuca, con el rostro pálido y contraido, manchado de barro el clásico pon-

cho blanco, cruza al galope, y las tropas, buscando en el fondo del alma una última energía, le vivan calurosamente.

El caudillo sofrena su caballo, se lleva la mano al pecho y exclama con voz desesperada:

—«No me viven, que no lo merezco! . . . »

Y su rostro, aquel rostro varonil de líneas enérgicas, se nubla de pronto y las lágrimas mojan sus mejillas tostadas.

Sí; él merecía los vivas y el cariño y la admiración de los hombres libres que conducía en la penosa odisea.

Las almas grandes se prueban en el infortunio, y Aparicio fué en aquella circunstancia infinitamente grande.

El organizó la defensa; él hizo vadear el arroyo por las carretas del parque, él contuvo al enemigo con las insignificantes fuerzas que le quedaban; él hizo pasar todo su ejército, exponiendo su vida á cada instante, y él salvó la revolución en aquel trance amargo, por el solo influjo de su valor, de su actividad y de su energía.

XV

Aparicio Saravia

Hacer el retrato del gran caudillo es empresa temeraria.

No hay marco que le venga bien y mi pluma se reconoce torpe é impotente para trazar los rasgos de ese figura extraña.

A través de esta yá larga narración, los lectores han ido viendo al excepcional caudillo, pintado en sus hechos y en sus dichos.

Lo que yo voy á decir, en las últimas páginas de mi relato, poco agregará á la imagen que surge de esos trozos dibujados por él mismo en los accidentes de su vida.

A pesar de cuanto digan sus detractores, los que le insultan por pasión, por ignorancia ó por consigna, subordinando el espíritu de verdad y de justicia á estrechas necesidades, Aparicio Saravia es un hombre superior, quizás la figura más grande del Uruguay contemporáneo.

Para juzgarle es necesario estar lejos de él; de cerca, ó intimida ó deslumbra. Es uno de esos hombres á los cuales no se le puede contemplar indiferente: es preciso amarlo ú odiarlo.

Muy pocos han logrado comprenderlo, porque es uno de esos seres de múltiples facetas que exigen, para ser penetrados, la observación honda y larga.

Su espíritu es como su rostro. Existen centenares de retratos del caudillo y todos ellos difieren entre sí y ninguno es la copia fiel de su fisonomía. Observándolo á diario y muy de cerca, pude explicarme esa curiosidad que me había llamado grandemente la atención: es que aquella cabeza extraña, cambia de aspecto en absoluto segun se la mire de frente, de uno ú otro perfil, de arriba ó de abajo, de inmediato ó de lejos, á la luz ó á la sombra; y no hablo de los cambios bruscos y radicales que

se operan en ese rostro, acompañando las alternativas de su estado moral.

Y su alma es igual que su rostro, y existe para hacer su retrato psíquico, la misma dificultad que para reproducir fielmente su efigie.

De estatura mediana, muy bien conformado, récia la espalda, fuerte el pecho, delgada la cintura, tiene las piernas nerviosas y muy pequeños los piés, lo mismo que las manos que él gusta de exhibir con coquetería, en frecuentes ademanes cadenciosos. Es un cuerpo que parece mandado construír de encargo para las grandes fatigas, para las actividades incansables, para los inauditos esfuerzos. A pié, aquel cuerpo que anda con movimientos pausados y desenvueltos, tiene una gracia sencilla: á caballo adquiere una belleza escultural que asombra y cautiva hasta á los viejos centauros, los férreos ginetes de antaño que montaban en pelo y domaban del copete los potros bravos de entonces.

La cabeza, guarnecida por abundante cabellera color castaño, ligeramente risada y salpicada de raros hilos blancos, tiene mucha semejanza con una buena, noble y fuerte cabeza de leon.

La frente es alta, ámplia, de curva pronunciada; la nariz recta y fina, la boca pequeña coronada por un bigote de mocito, que en estos últimos tiempos han invadido las canas; las mejillas, tostadas por el sol, son un tanto descarnadas. Pero la característica de la faz del caudillo, la dan el menton y los ojos; aquel avanza, delgado y fuerte, pregonando energías;

y los ojos, de color pardo, medio escondidos tras los párpados que tienen un fruncimiento orgánico, son de una movibilidad y una vivacidad extraordinarias.

Habitualmente, aquella fisonomía es de una placidez que asombra; y para el observador superficial, Aparicio Saravia es un vecino buen mozo, presumido en el vestir, siempre alegre, siempre risueño, teniendo siempre á su disposición alguna frase ingeniosa y picaresca, que él mismo festeja enseguida con la estrepitosa carcajada que le es peculiar. El caudillo, el águila, están más adentro. Están en él no sé qué magnético de aquella mirada dulce que fascina y cautiva y que ayudada por una vocecita apagada y cantora, acarician y dominan en un cuarto de hora á los más enconados y rebeldes. Y están en la terrible expresión dominadora que adquieren esos ojos y esos labios y ese menton de ave de presa, en las intensas y fugitivas cóleras del general.

Se ha dicho que Aparicio es un gaucho bruto, del mismo molde intelectual de Muniz, de cerebro opaco donde no solamente no ha entrado la luz, sino que odia la luz. Es una impostura.

Aparicio tiene la cultura general de cualquier hombre que no ha cursado estudios especiales. Habla y escribe con facilidad y corrección, y tiene los modales de cualquier persona educada. Su lenguaje no tiene nada de gaucho; ni la ampulosidad, ni el continuo brillar de símbolos y metáforas, ni las incorrecciones clásicas, ni el derroche de interjeccio-

nes, frecuente en nuestro país hasta en los hombres de mayor ilustración. Si pronuncia mal muchas palabras, si dice *rompido*, *resolvido* y otras por el estilo, se ve bien, comparándolas en el conjunto de su conversación, que no nacen del habla campera, sino de la influencia brasileña, cuyo idioma le es tan familiar como el suyo propio.

Pero es necio y pueril juzgar á un hombre por sus defectos de lenguaje: el talento está en las ideas y no en la manera de expresarlas. Entre los impecables párrafos hueros de un gramático y los desilvanados períodos de Sarmiento, la elección no es dudosa.

Aparicio tiene la frase breve y concisa y no pronuncia nunca palabras de más, buscando que éstas expresen exactamente lo que quiere decir.

Escucha siempre con atención, y tiene un razonamiento firme, duro, exacto. Lo he visto, más, de una vez, destruir con cuatro palabras, la larga argumentación hecha en casi discursos, por intelectuales de nota.

Se ha dicho que desprecia á los hombres de ilustración, y no es exacto; lo que desprecia son las adulonerías y los servilismos; y ese mismo desprecio no se manifiesta sino por medio de su sonrisa irónica, muchas veces cruel. No habla nunca mal de nadie, ni aún de sus mayores enemigos, y hasta cuando se refiere á Muniz ó Batlle, se muestra indulgente y mesurado.

Con todos, desde los más altos hasta los más bajos, usa siempre la persuación, y en muy raras ocasiones la violencia. Hoy le cuentan que

alguien ha estado expresándose á su respecto en términos descomedidos, y mañana lo recibe sonriendo, lo colma de atenciones, se guarda muy bien de manifestar que lo sabe; y cuando sale de su presencia el rebelde, sale cautivado, dominado, arrepentido de sus palabras y de sus actos. Y el general, que es un profundo psicólogo, que tiene maravillosamente desarrollada esa facultad, innata é indispensable en los conductores de hombres, sonrie exclamando:

—«¿De qué sirve hacerse un enemigo más?.... Los enemigos son como las viboras: no siempre muerden, pero cuantas menos hayan en el campo, mejor».

Esa facultad de psicólogo es su mayor fuerza. El sabe entrar en las almas, analizarlas, clasificarlas, complacerlas y utilizarlas. El sabe que los instintos son como los rios: con habilidad con paciencia y con trabajo, se puede desviar el curso de sus aguas, pero es absurdo levantarles un tajamar en el medio y decirles: «¡Corran para atrás!»

¿Olvida las ofensas, Aparicio?... Lo dudo mucho. Su alma es demasiado cálida para no ser rencorosa; pero en todo caso, guarda su rencor muy escondido y no pierde lo que hay de utilizable en cada hombre, por darse la satisfacción personal de la venganza.

Su bondad, su nobleza, su abnegación, su desinteres y su modestia, le abroquelan de tal modo que no dejan sitio á la envidia para incarle el diente. Todas las ambiciones se estrellan y enmudecen ante aquella inmágen viva

del patriotismo sin cotizaciones, del sacrificio sin precio.

Su modestia es tan grande, que ha prohibido terminantemente que se emplee en las comunicaciones que se le dirigen el «Excelentísimo señor» y demas fórmulas acostumbradas; llegando hasta disgustarse de que le llamen *General*.

—«Yo no soy general»—ha dicho varias veces.—Yo soy un vecino como ustedes, un hermano mayor que los guía, y nada más.»

Su sobriedad es tal, que no bebe ningun licor espirituoso, ni siquiera el vino; no fuma, se priva del café que le agrada en extremo y reduce su alimentación á un churrasco sin sal.

—«Porque»,—dice—«aquí, donde todos somos hermanos y tenemos iguales derechos, no es justo que yo me regale, cuando mis muchachos pasan necesidades. ¿Qué dirían de un padre que se comiera la pulpa y dejase solo el *caracú* para los hijos?»

Y sonriendo, y quizá para alejar toda sombra de pedantería á la profundidad de la frase anterior, agregó:

—«Sería feo. Sin contar con que no es bueno darles *caracú* á los muchachos que andan en la guerra».

Su actividad escapa á toda ponderación. ¿Quién se atreve á demostrar flaquezas y á quejarse de fatigas, ante un jefe que se le vé día y noche á caballo, tan pronto aquí. tan pronto allá pasando como una blanca aparición, preocupado de los insignificantes detalles, impasible ante la lluvia que recibe sin poncho en las mar-

chas. sin carpas en las noches de acampadas; que va y viene, atendiendo á todo con solicitud de padre, y que, en momentos angustiosos, tiene frases de esta grandeza:

—«El partido nacional no soy yo; si á mí me matan, otros habrá que ocupen mi sitio y sepan morir como yo».

Y que cuando alguien le dice:

—«General, no exponga así su vida!» — responde:

—«Yo mando á morir á mis soldados; ¿mi vida vale acaso más que la de ellos?»

Porque el calumniado caudillo es un pensador, y sus frases breves y claras son de una profundidad que imponen la admiración y el respecto. Los que intentan denigrarle, presentándolo como un bruto, por que no ha pasado por las aulas de la universidad y no puede ostentar en su gabinete, á la admiración de los badaluques, el pergamino de un título académico, ignoran que los títulos no acortan las orejas y que las universidades no dan talento; ignoran hasta el viejo aforismo de la sábia capital castellana: «Lo que natura non da, Salamanca non presta». Un inteligente sin ilustración es siempre un inteligente; un bruto embadurnado con lejías de ciencia, sigue siendo un bruto, al cual el aditamento de pedante, le hace dos veces bruto. De estos hay muchos en mi tierra, y el prestigio de Saravia depende en gran parte de su indiscutible superioridad sobre esta legión de charlatanes guacamayescos.

Los políticos de gabinete, los que nunca han entrado en el alma del pueblo y pontifican

desde el altar de su ilustración libresca y con habilidad simiesca viven de la propia servil, y se creen sabios traduciendo leyes sin tener en cuenta ninguna relación de casualidad, los tontos vanidosos de mi tierra, los que en su miopía intelectual no ven en la guerra que desangra á mi patría otra cosa que una rivalidad de cintillos, una cruenta disputa de banderías, creen que Saravia ha hecho y mantiene la guerra, y que suprimirlo á él, sería romper la punta á la lágrima bátava, que saltaría en mil partículas impalpables.

¡Inocentes ignorancias!

El estanciero laborioso, encarrillado en los modernos métodos de animalicultura; el rico propietario, hijo de camperos, nacido y criado en el campo, que lleva siempre en la retina la visión luminosa de sus campiñas y en el corazón el porfiado afecto al terruño; el hombre modesto que desprecia recompensas y desdeña honores, no puede ser un gaucho de instintos levantiscos, un soñador de revueltas, un poseido por la pasión guerrera.

Es un espíritu justo, que ama la paz y sólo acepta la guerra cuando golpea en su conciencia un angustiado deber.

Nosotros hemos visto á Saravia muchas veces pensativo, algunas veces encolerizado, muy pocas veces triste. Y sus tristezas nacían siempre de los horrores de la guerra, de la contemplación de las heridas que va abriendo el cuerpo de la patria la gran desquiciadora.

Desde luego, ninguna inteligencia científica puede inculparle la guerra. Es sabido que los

conductores, en los grandes movimientos de opinión, son los primeros *conducidos*. Los caudillos no son nunca una causa, sino un efecto social. Ellos no hacen la ola, aunque vayan á su cabeza, como va la espuma en los encrespamientos bramadores de la mar. Esos hombres que se encumbran, que descuellan, que refulgen, sirviendo de eje á la rotación de una idea popular, no son nada más que esa misma idea condensada, que se convierte en símbolo visible, en bandera y en fanal. Cristo nació del cristianismo y no el cristianismo de Cristo. Cuando las conciencias agrupan las energías dispersas y forman torrento, orientándolas en un sentido dado; cuando una imperiosa necesidad social, una irresistible necesidad fisiológica, marca un norte al espíritu colectivo, es ella que empuja, es ella que crea y que destruye, que abate selvas y fecunda llanos.

Y en estas borrascas revolucionarias,—perfectamente explicables, perfectamente lógicas, porque son las forzosas reacciones de los distintos componentes sociales de un pueblo en gestación, que es necesario que choquen, bullan, exploten, antes de adquirir la forma sólida y definida de la cristalización,—es absurdo buscar la clave en la mente ó en el corazón de los caudillos, que no son nada más que guías aparentes.

Esas fermentaciones sociales nadie puede impedirlas, por lo mismo que no son obra individual sino resultado inevitable de leyes naturales que no hay fuerza humana capaz de dominar. Pero lo que pueden hacer los hom-

bres, y lo hacen con frecuencia, es agravar con sus torpezas los males inevitables, poniendo obstáculos al proceso evolutivo, creyendo posible suprimir los gases bajo una campana de fierro, sin percatarse de que la forzada consecuencia de esa ignorancia es el estallido.

La vida no es admisible sin una contínua sucesión de transacciones; y el gobierno de principios absolutos, rígidos, inflexibles, sobre ser inícuo,—porque nadie puede garantizarse poseedor de la verdad,—sobre ser absurdo,—porque el principio fundamental de la existencia está en la variabilidad constante, en el incesante rodar de las moléculas,—sólo es posible por la fuerza. Y la fuerza engendra fuerzas; es la muralla que, en su orgullosa insensatez de detener el oleaje, concluye por concitar á su alrededor á todas las violencias, que, más tarde ó más temprano, la minan y derrumban.

Si realmente existiera en el Uruguay el caudillaje,—lo que es una afirmación ridícula que no resiste al análisis más superficial,—¿á qué estadista se le ocurre que se le puede destruir con procedimientos de cirugía política?

La ciencia ha conseguido hacer inofensivo al rayo. Pero, ¿qué loco ha pensado en suprimir el rayo?

Si realmente existe el caudillaje en mi país, es necesario admitir que medio país se encuentra en estado de caudillaje. Y siendo así, ¿es razonable excluir esa fuerza social, mandarle que se calle y se esté quieta, como si las fuerzas pudieran estar nunca quietas?.... ¿No es esto lo mismo que pretender suprimir el

rayo en lugar de colocar la aguja y el alambre que le dome y le lleve manso á la tierra?....

Pero no existe nada de eso en la contienda sangrienta que está poniendo á prueba la resistencia de la fibra de mi patria, como no hay una lucha de bandos, como no hay una pelea de divisas. Este último concepto de la guerra no puede andar por el cerebro de ningun hombre que piense. «Pelear por pelear», es la fácil explicación de los que no se sienten capaces, ó no quieren tomarse el trabajo de entrar á lo hondo, á lo intrincado de la selva social clasificando factores, para ligar los antecedentes con las consecuencias, de acuerdo con la sabia afirmación de Hipólito Taine: «No existe ningun hecho histórico que no tenga sus raíces en el pasado y no proyecte sus ramas en el porvenir».

Yo creo, en mi humilde opinión,—que no tiene otro mérito que ser la de un estudioso,—que observando bien y desapasionadamente el general Aparicio Saravia, se puede sacar mucha lúz para alumbrar el enramañado problema actual por lo mismo que el caudillo nacionalista es la condensación de una aspiración, de un deseo, de una imposición colectiva.

La admiraciòn por Saravia no existe solamente en los hombres de su credo político. Su prestigio no es un prestigio militar, desde que las circunstancias en que le ha tocado actuar le han obligado á desempeñar, las más de las veces, el rol de derrotado. Y, como lo he dicho en otra ocasión cada contraste de

Aparicio acrecenta su prestigio. No son únicamente los nacionalistas quienes le admiran, le quieren y respetan: es toda la masa viva del país, todos los trabajadores, todos los productores de riqueza.

El no representa la fuerza política de su partido, sino la fuerza política de una gran masa social, que, largos años aprisionada, rompe ahora los diques y se esparce buscando su nivel.

Aparicio Saravia es el sentido comun, reposado y sereno, rebelándose contra las utopias egoistas que han primado desde los comienzos de nuestra atormentada existencia institucional.

Es la nación, en sus fuerzas vivas y creadoras, reclamando un puesto en la acción dirigente, hasta ayer entregada á especulaciones intelectuales, á un desatinado peloteo de conceptos abstractos, que han sido una tranca para el desenvolvimiento del progreso del país, al mismo tiempo que distraía riquezas en la alimentación de parásitos, justificando la desconsoladora frase de Valtour: *La politique c'est l'art de se faire de revenus, sans mise de fonds.*

Viene de lejos esto; sus raices agarran en otro suelo, en los primeros años de la raza, en aquella malaventurada tendencia á la cristalizacion, á la inmovilidad, á la satisfacción con lo creado, á ese que parece heredado de-crustáceos, cuya enorme conformidad dentro de su coraza, lo hace un especial ejemplo para el caso. Es la misma sangre de la conquista que

viene rodando por las arterias; es el mismo pensamiento que se ha estratificado en los gobiernos orientales que no quieren saber nada del ruido que produce la caravana que marcha pasando por sus portales cerrados á cerrojo todavía. Eso, es esclusivismo, esa monopolización del mando, que ha llegado hasta pretender la formación de una raza superior en los dominadores, ha traído el levantamiento constante de los presionados, de los que sienten sobre las espaldas un peso de cuarenta años de dominación. El orígen está en la encomienda; son los mismos sistemas, la misma manera de hacer país reduciendo los ciudadanos á colonos con obligaciones mixtas de hombres y de esclavos; la perduración de un medio que no ha variado, cuando el ambiente modificado sustancialmente ha ido dando vueltas á su alrededor y la falta de condiciones de adaptabilidad es la que ha determinado el fracaso del gobierno uruguayo en su concepto fundamental de gobierno. No es posible imaginar un gobierno, que cuando el pueblo cambia, se estanque, se ate con sus propias manos, se agarre á la tradicion y deje que todo marche, que todo ascienda, quedándose él en el fondo de la caverna oscura como un inútil estalactita.

Esa sensación de opresión no la experimenta un bando político, ni es exclusivamente generada por un gobierno de partido, á pesar de la ancha divisa intransigente con que se decora ese gobierno.

Y la rebelión, el último esfuerzo del ahorcado para romper en un supremo espasmo la

cuerda que le estrangula, no viene de un hombre, ni de un grupo de hombres mancomunados para la realización de un ideal ó la satisfacción de un cariño político. Es sencillamente un fenómeno económico de fácil explicación. Las clases laboriosas, las que representan al mismo tiempo el capital y el trabajo, se han sentido hastiadas, no han podido resistir por más años todavía la dirección gubernativa que se mostraba ignorante y torpe siempre, deshonesta y poco escrupulosa á menudo.

Un pueblo sabe bien que es necesario entregar al estado una parte del producto de su trabajo para el sostenimiento de un ejército que haga respetar la soberanía de la nación; para el pago de una policía que garantice la vida y la propiedad; para puertos, caminos, puentes, ferrovías, telégrafos, todas esas obras públicas de utilidad común; y, finalmente, para remuneración á los empleados encargados de defender la patria, de distribuir justicia, de guardar el orden, de percibir las rentas y destinar su aplicación.

Pero cuando ese pueblo vé que su contribución no forma un ejército nacional, ni le da policías eficientes, ni puertos, ni caminos, ni ferrocarriles, ni telégrafos; cuando ve que todas las rentas nacionales son absorbidas por los mandatarios y por los empleados de la nación, tiene derecho á preguntarse: «¿Y para qué pago yo esos empleados y esos mandatarios?» . . . .

En nuestro país no hay caminos; en nuestro país no hay puentes; en nuestro país no

hay puertos; alla escasean las escuelas primarias; allá las poblaciones del interior mueren de anemia, extenuadas por el centralismo económico, embrutecidas por el centralismo político; allá no existe vida municipal, y hasta la propia metrópoli crece, se estira, forcejea, sin lograr la vida ámplia, la respiración ruidosa de gran ciudad, conservándose aldea no obstante su expansión, conservándose aldeana, no obstante haber nacido para reina.

En otros paises, en todos los países, una buena parte de la contribución del pueblo se pierde, como se pierde por rozamiento una buena parte de fuerza motriz en las máquinas extremadamente complicadas; pero algo queda siempre visible, tangible, demostrando la necesidad de esa máquina, explicando el porqué de su mantenimiento. Puede tener mayor ó menor *gaspillage*, puede dar un rendimiento más ó menos halagüeño, pero al menos deja siempre un saldo en el haber de la nación.

En nuestro país jamás.

No tan sólo han sido devoradas nuestras rentas, sinó que hemos llegado á alcanzar el *record* de la deuda pública, logrando humillar al Portugal.

Y de esa deuda, enorme para un país pequeño y pobre como el nuestro, no queda allí otra constancia que el peso abrumador gravitando sobre sus espaldas.

No se han canalizado nuestros ríos, no se han planteado colonias agrícolas, no se han levantado edificios para escuelas, no se ha pensado siquiera en el ornato de nuestras ciuda-

des; y nuestras inmensas riquezas naturales miran pasar al inmigrante que debiera hacerlas germinar, hácia otras playas y otras tierras donde la propiedad es sagrada y está garantizada la vida.

Los millones que dan anualmente las rentas del país y los millones que han dado los agiotistas europeos, solo han servido para pagar al gobierno y á los empleados del gobierno.

¡Y esto desde hace cuarenta años!...

A la larga, tras una ominosa noche de expoliación, los pueblos concluyen por ver ó por sucumbir. Es un dilema inflesible. La patria es sagrada; el amor al sitio donde se meció nuestra cuna, es el más santo de los amores; pero por sobre de la dignidad del patriota está la dignidad del hombre: vale más ser libre en tierra extraña que ser exclavo en la propia.

Durante cuarenta años hemos asistido al desfile de gobiernos con la misma marca de fábrica; gobiernos dilapidadores, gobiernos sanguinarios, gobiernos crapulosos, todos desesperadamente infecundos para el bien. Entre los mismos elementos de esos gobiernos, han habido revoluciones, motines, asesinatos de gobernantes, dictaduras de hecho alternando con dictaduras disfrazadas de legalidad, criminales absueltos é inocentes condenados, y en el largo camino recorrido, en casi medio siglo de ensayos de aptitudes dentro de la misma familia, siempre el mismo resultado practico: ni en jalón en la tierra pregonando un progreso, y varios millones más inscriptos en al libro de la deuda pública... amen de muchas

vergüenzas dejadas para el *nigro nottanda lapillo* de la historia.

Los pueblos se cansan, al fin. El buey es paciente, pero cuando el que guía la mancera es torpe y hunde el rejón, y á más de ser torpe es cruel y picanea sin piedad, el buey protesta y abandona el surco.

Y porque el pueblo uruguayo ya no puede más, porque no debe soportar más, es ese unánime estallido de protesta, es esa rebelión tenaz que asombra á los que no estudian causas, y que indigna á los que no saben cuándo está bien la indignación.

Una noche, mientras tomabamos mate, haciendo rueda alrededor del fogón, le oí pronunciar al general Saravia esta frase profunda que me admiró,—no obstante el convencimiento que tengo de su gran talento y excepcional buen sentido:

—«Yo respeto mucho á los hombres de ciencia; respeto mucho á la ciencia, pero entiendo que, puesto que saben más que nosotros, deben hacer las cosas mejor que nosotros, que somos ignorantes. Pero si las hacen tan mal que nosotros nos damos cuenta de sus errores, hay que convenir en que, ó su ciencia es mentira ó son gente mala... ¿No encuentra?... »

Estas palabras del noble caudillo explican muchas cosas. Desvanecen, en primer término, la afirmacion malevolente de que odia y desprecia á los hombres cultos, cuando lo que desprecia es la falsa ciencia, la ciencia empi-

rica, los doctores de la palabra, los que hablan mucho y no dicen nada, los que prometen todo y no dan nada, porque sus cerebros son arcas vacías de la cuales solamente salen sonoridades estériles. A los que piensan, á los que son sensatos y precisos, los escucha, los admira y los atiende.

Además, explican la guerra actual mucho mejor que todas las disquisiciones infundadas vanas y petulantes que han echado á volar, con muchas alas y con poco cuerpo, esponjadas en plumas y menguadas en carnes, como el chajá, los tracistas de ambas margenes del Plata.

En síntesis y expresada en términos vulgares, esta guerra es la rebelión de las abejas contra los zánganos; es el trabajo que exclaman: «Ya estamos hartos de imbéciles y de pillos!»

Ese sentimiento nacional, ese anhelo colectivo de romper un molde del cual salían siempre idénticos ídolos, mudos como una esfinge y estériles como las arenas del desierto, esa agrazón de todo un pueblo, condensada en largos años de sufrimiento, halló su intérprete en Aparicio Saravia.

Nadie se atreve á disputarle su puesto en la cumbre, nadie discute sus ordenes, nadie critica sus actos, nadie le pide cuenta de sus acciones. No es un hombre, es un símbolo; no es una idea, es un sentimiento. En el ánimo de todos los hombres que trabajan en mi tierra, Aparicio Saravia aparece como la representación de la Virtud. Es el águila

engarbada en el yathay más alto de las selvas patrias, y su voz resuena en toda la extensión de la tierra charrúa, con la sonoridad de la voz de la justicia. Se le puede vencer, se le puede matar, pero no se encontrará sepulcro á su medida y perdurará en la memoria de sus compatriotas y su nombre se grabará al lado de los más grandes nombres que echan luz, desde la noche del pasado, sobre el presente de la patria.

XVI

DESPUES DE LA BATALLA

Sobre el Paso del Parque, en el Dayman, en la margen izquierda, estaba desplegado en guerrilla el valiente batalloncito Libertad, á las órdenes del mayor Horne Lavalle, sosteniendo la retirada, en unión de otras fuerzas que no recuerdo.

En el paso hubo un momento de confusión, cuando todos se aglomeraban allí, ansiando ponerse rio por medio ante el enemigo. Eran los grupos dispersos de las varias divisiones despedazadas en la pelea, y eran los borbollones de gente desarmada y las inmensas masas de caballada, echadas al río en precipitación de fuga, azoradas en los gritos de los caballerizos.

Las carretas del parque, los carros y carruajes con heridos, hacían más formidable el atascamiento, hasta llegar un momento en que era imposible avanzar, en que la confusión estaba cercana del pánico.

En ese momento apareció allí el general Saravia.

Su sombrero blanco no tenía ya ni forma ni color; su poncho blanco estaba maculado por el lodo y la pólvora; sus ojos buenos tenían una dura expresión imperativa; sus labios temblaban, su pequeña mano morena tenía nerviosidades amenazantes.

Cuando él apareció allí, fué como si hubiese aparecido el sol en un día de nublado.

Fué un grito formidable:

—¡Viva el general Saravia! ¡Viva el partido nacional!

El caudillo, sin hacer caso á los vítores, espoleonó su caballo, se lanzó al vado y exclamó con acritud:

—¿No tienen vergüenza de disparar así, como si estuviésemos derrotados? Afuera todo el mundo, y que nadie pase mientras no haya pasado el parque!

Aquella voz produjo un efecto mágico: el vado se despejó, las carretas avanzaron y las gentes esperaban en la vera, tranquilas, confiadas, sin hacer caso de la metralla y la fusilería que tronaba á sus espaldas, sembrando la muerte.

¡El general estaba allí!

Yo había pasado el paso en compañía del mayor Masa, que iba herido, y de varios com-

pañeros más, el veterano Tiburcio Abreu, el ex-jefe político de Treinta y Tres, don Pedro Echevarría, y algunos otros amigos, todos del heroico rincón que tanto quiero. Llevaba el alma ennegrecida y fuí uno de los muchos que ese día se mostraron injustos con el noble y grande caudillo. Momentos antes el general había dicho en nuestra presencia: «¡Voy á hacerme matar!»—y yo dije, con soberana injusticia: «Es lo único que le perdonará su falta de hoy».

—«Hay jefes con muchos galones que no han sabido cumplir con su deber, dijo el general, mirando al Mayor Masa».

—«General,—respondió este valiente y modesto oficial,—yo me he retirado porque estoy herido».

—«Hubiera muerto en su puesto, — replicó Aparicio—como voy á morir yo».

Y Masa, con una sencillez que me admiró, que hizo pasar un escalofrio por mi cuerpo respondió:

—«Yo lo acompaño, general»;—y dando de riendas al caballo, echó á andar detrás del jefe hacia las guerrillas enemigas.

Esto lo cuento para hacerle justicia, como se la hizo al día siguiente el general Saravia, yendo, con su habitual nobleza, á pedirle disculpa por las palabras ofensivas de la víspera.

Como yo no hago historia, como mi objeto es simple y llanamente expresar impresiones, no debe exigírseme detalles que no puedo dar.

¿Como se contuvo al enemigo en el Paso del Dayman?.... ¿Quiénes lo contuvieron?...

No lo sé. He óido decir que una ametralladora hizo hacer alto á los gubernistas y que muy pocos tiradores impidieron el avance de los triunfadores. No lo sé. Nosotros seguimos marchando, toda la tarde para ir á hacer alto recien á las 9 de la noche. A esa hora se mandó echar pié á tierra y permanecer con los caballos de la rienda.

Era una noche oscura, que amenazaba tormenta, y nosotros estabamos rendidos, muertos de hambre, de sueño, de fatiga y con el espíritu abatido por aquella inesperaba derrota.

La opinión general era que la causa nacionalista había recibido un golpe mortal y que íbamos al desbande. Nadie creía en posible salvación y había en todo el ejército una infinita tristeza y una negra desesperanza. Había el dolor de tantos sacrificios estériles, de tantas preciosas vidas sacrificadas sin resultado, de la noche de tiranía, de opresión, de vergüenza, á continuarse por tiempo indefinido. A la fe y al entusiasmo del día anterior habían sucedido un profundo descorazonamiento, una incalculable lasitud de espíritu, un triste convencimiento de la derrota irremediable, de la imposibilidad de vencer, de la inutilidad del esfuerzo. De arriba á bajo, desde los jefes principales hasta los más infimos soldados, todos experimentaban la misma sensación, todos tenian la misma idea del desastre irremediable. Y no era que las pérdidas materiales fuesen de tan grande consideración. Nos habían tomado unas carretas vacías

habían rescatado uno de lor cañones apresados en Fray Marcos, y nos habían hecho alrededor de cien bajas, pagadas con doscientos de ellos No era nada de eso. Era,—y yo debo decirlo, porque es verdad,—que el ejército ciudadano había sufrido allí la pérdida mayor que pueda sufrir un ejército: la confianza en su general.

Cuando pienso en aquellos angustiosos momentos, me horripilo, imaginando lo que ha debido sufrir el alma grande de Aparicio. Pero su sufrimiento encontró amplia compensación en la gratitud y admiración que le testimoniaron sus conducidos, cuando su genio y su voluntad de hierro, venciendo todos los obstáculos, galvanizó el cadáver saliendo triunfador en su justa con la adversidad.

Aparicio Saravia nunca ha sido tan grande como en aquella dolorosa jornada. Allí nació la admiración idólatrica que le profeso.

Y aquí concluye la primera parte de esta reseña, de esta sencilla y sincera anotación de impresiones, que quizá continúe algún día.

FIN

LOS PARTIDOS

DE LA

REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

ESTUDIO

POLÍTICO-HISTÓRICO-POPULAR

POR

GUILLERMO MELIAN LAFINUR



BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE — EDITOR

79 — PERÚ — 89

1893

Art. 141—Es enteramente libre la comunicación de los pensamientos por palabras, escritos privados, ó publicados por la prensa en toda materia, sin necesidad de previa censura, quedando responsable el autor, ó en su caso el impresor, por los abusos que cometiere con arreglo á la ley.

(*Constitución de la República.*)

IMPRESO POR J. A. BERRA BOLIVAR 455

A LA JUVENTUD NACIONALISTA
DE MI PATRIA

PRÓLOGO

Acordaos de lo que dió de sí en su larga dominación el partido moderado. Todas las nociones de la moral se habían perdido; todas las leyes de la patria andaban revueltas en el lodo; la libertad que conquistaron con sangre nuestros padres, se apartaba de los horizontes; el pensamiento anochecía en espesas tinieblas; el hogar doméstico, último refugio de la herida libertad, estaba á merced de los esbirros; la suerte del pueblo en manos de ridículos dictadores; la ignominia era tanta, que más parecíamos raza de esclavos, que descendientes de héroes.

CASTELAR.

La calumnia histórica no es eterna. El tiempo derrumba las apologías exageradas como los ataques injustos; y en vano don Bartolomé Mitre ha escrito varios tomos pretendiendo hacer de Belgrano á la vez un Napoleón y un Washington, y muchos otros se han escrito aspirando á reducir la talla de Artigas al nivel de un bárbaro cualquiera de bota de potro. Esa escuela del falseamiento histórico nacida al calor de la pasión política, es todavía explotada por los intereses de algunos círculos y partidos por más que una reacción benéfica viene desde hace algún tiempo haciéndose sentir con mucha fuerza aunque á pesar de la razón de la verdad y de la justicia que la asisten, tiene que luchar aún con grandes auto-

ridades impuestas. Pero no nos puso la pluma en la mano solamente el cumplimiento del deber de llevar nuestro grano de arena al terreno de las rectificaciones históricas en nuestra patria. La renovación por parte de constitucionalistas y conservadores de la pretensión de disolver por igual los partidos tradicionales de la República Oriental, la ambición del Presidente de la República de entronizar en el poder al partido conservador, y de legar la Presidencia á un personaje tan fatídico como don José Eduvijes Ellauri; ó á otra calamidad de la misma familia política; y la aparición accidental de un folleto constitucionalista en el cual con la mayor imprudencia, de una manera impolítica, sin respeto alguno por la verdad y falseando sin consideración la historia, se ataca al partido blanco-nacional y á sus culminantes personalidades históricas; todas estas circunstancias constituyeron la vanguardia de un plan conservador que tiende á apoderarse exclusivamente de la dirección de la cosa pública, y que al alarmarnos con la rudeza é injusticia de sus ataques, hizo creer á muchos de nuestros correligionarios que era el caso de asumir una actitud definida de defensa.

En este sentido algunos amigos políticos me significaron la complacencia con que verían la manifestación de mis ideas á este respecto, agregando que esperaban de mí una justa defensa acerca de la nueva propaganda que se iniciaba pretendiendo zaherir á nuestra respetable colectividad política; y aunque confiando en que plumas mejor cortadas que la mía, y voces más autorizadas é indicadas, tomarían sobre sí esa simpática tarea, no me negué á lo que de mí se solicitaba, y puse manos á la obra, dispuesto á llevar mi humilde contingente á la libre discusión de las ideas en un breve folleto político. A medida que la pluma corría veía que se ensanchaba la materia, y á pesar de mi deseo y mi propósito de abreviar, ha resultado el presente trabajo más extenso de lo que me propuse en un principio.

Este libro ha sido escrito en dos meses y medio, sin que

ni siquiera haya sido yo dueño absolutamente de todo ese breve espacio de tiempo. Ocupaciones y acontecimientos dolorosos distrajeron tristemente mi espíritu de trabajos de esta índole, y me hicieron perder algunos días. Debe, pues, adolecer de defectos de forma, de irregularidades de estilo, y de otros detalles de corrección que en la urgencia de su publicación no me ha sido posible corregir. Pero aunque en la forma puede resentirse de la rapidez de la preparación, en el fondo están las ideas que siempre he profesado, que no son improvisadas, porque tienen ya algunos años de madurez en mis opiniones y en mi espíritu. En ese fondo encontrará el que lea desapasionadamente, amor á la libertad, aspiración á la república, anhelos por ver lucir en mi patria el reinado de la paz, de la justicia y del derecho, y roto para siempre el cetro de la fuerza y de los tiranos. Si á pesar de las circunstancias antedichas la forma de estas páginas que doy al viento de la publicidad mereciese el honor del ataque de los críticos, yo les diría parodiando al chispeante General don Lucio Mansilla: «mi gramática y mi retórica son las suficientes para expresar mis ideas, y hacerme entender de mis conciudadanos». Y entro en materia.

GUILLERMO MELIAN LAFINUR.

PRIMERA PARTE

ARTIGAS

CAPÍTULO I.

Fiat lux

Desde los albores de nuestra independencia han existido en nuestra querida tierra dos partidos. El partido de la independencia, de la autonomía de la nacionalidad, del honor, de la abnegación, del heroismo, teniendo en su oportunidad como medio la guerra; el partido de la patria, en una palabra, el partido nacional; y á su lado como vampiro como parásito que vive consumiendo la economía del organismo, el partido enemigo de la patria, indiferente á su suerte y al porvenir de esta, servil con todo poder fuerte, nacional ó extranjero, y anárquico rebelde y tumultuario con todo póder suave por más legal, patriótico y progresista que éste sea.

Son el partido de Aníbal encarnando el amor á la patria, soñando con hacerla libre, grande, feliz, y luchando por su suerte con inmensa abnegación, con admirable constancia, con glorioso heroismo; y el partido fenicio, el partido púnico de Hannon, vendiendo al semi-dios de la patria, traicionando al

héroe salvador, haciendo una política ignominiosa, digna de viles mercaderes políticos sin ideas, sin convicciones y sin patriotismo.

Son el partido de Juana de Arco, la heroica doncella encarnación de la justicia del valor y del amor patrio; y el odioso partido de los borgoñones, que traicionaba á la heroina y entregaba su patria á los ingleses, no habiendo faltado entre nosotros en su congénere Juanes de Luxemburgo y Pedros Cauchones que se hayan manchado con la sangre de víctimas inocentes é ilustres.

Son el partido de Kosciusko, el héroe de ambos mundos, el leal servidor de su patria y el enamorado de la libertad, y el partido de los corrompidos cortesanos de Estanislao, galán é instrumento de una Mesalina rusa que con sus traiciones y bajas complacencias, entregaban su patria maniatada á los voraces ambiciosos de rusos y austriacos.

Son el partido republicano regenerador que arrojaba á un abismo los nefandos privilegios feudales y proclamaba altamente en Francia los derechos del hombre y del ciudadano, que levantaba ejércitos que vivaqueaban sin pan y sin vino y hacían marchas forzadas á pié y sin zapatos, y lanzaba á los cuatro vientos la coalisión de los reyes que pretendía ahogar en un mar de sangre la voz popular de la libertad y del derecho; y el partido de los realistas, que organizaba los caballeros del puñal con María Antonieta y los suizos, y buscaba por intermedio del Conde D'Artois las alianzas extranjeras para ensangrentar y tiranizar la Francia.

Son el partido de O'Brien y de los fenianos, que anhelan levantar de su postración el suelo natal en que por primera vez vieron la luz; y el partido de los tránsfugas, que traicionaba su causa en cambio de las ventajas individuales que les proporcionaba la aristocracia inglesa.

Son el partido del mejicano Benito Juárez, el patriota de voluntad de hierro y de constancia inquebrantable, que reducido con su gobierno á la posesión de una aldea, hacía flamear

desde ella sobre el territorio nacional totalmente dominado por el invasor, la bandera de la patria, y supo representar la libertad y salvar la democracia americana, como medio siglo antes la había salvado nuestro grande Artigas desde las Misiones hasta el Río de la Plata; y el partido de los traidores, que viéndose impotentes para satisfacer sus ambiciones de espectabilidad y de mando, llamaron al extrangero y le entregaron su tierra, y levantaron el trono de Maximiliano que rodearon como súbditos y viles cortesanos.

Son el partido de San Martín y de Dorrego, que reniega de luchas intestinas, y mientras combate al enemigo nacional proclama el derecho de los pueblos y la organización federal; mientras un círculo unitario de pretendidos oligarcas envía sus emisarios á Europa en busca de algún principillo á quien coronar rey en el Río de la Plata, para que á su vez los ennoblezca y les ayude á pisotear y lapidar á sus humildes y valerosos hermanos alzados por sus prestigiosos tribunos y caudillos al grito de patria, libertad, democracia, independencia y guerra.

Son en fin el partido glorioso de don José Gervasio Artigas, que es la encarnación viva de la patria, el Cid de nuestra primera epopeya nacional, el partido que representaba la democracia guerrera, que era la que ocupaba la escena política en aquella época, y agitaba la bandera republicana, clara y definida, al rededor de la cual se reunían los héroes y los patriotas para derramar su sangre por la patria, y ese partido, pura acción patriótica, era á la vez pensamiento, y pensamiento elevado, que proclamaba por boca de su ilustre caudillo, las inmortales bases federales del año 13: que fueron bandera de lucha en los territorios del antiguo Vireynato, triunfaron de sus enemigos y palpitan hoy, actualmente, en las pájinas de la Constitución de nuestra hermana la República Argentina; acatadas por todos los partidos, los que las defendieron y los que las atacaron. Y á su lado como siempre se erguía raquítico el partido de las debilidades, de las deslealtades y de las transacciones, el partido que formaba cabildos que entregaban la patria al enemigo

extranjero, círculos y cabildos que daban secretarios como don Nicolás Herrera al general portugués invasor, y que en ausencia y á espaldas del caudillo popular, eran los que tramaban, celebraban y terminaban los ignominiosos tratados que luego eran hechos trizas por los sacrificios de Artigas, y más tarde por las espadas gloriosas de Lavalleja y Oribe.

CAPÍTULO II

La redención republicana

Después de largos siglos de dominación europea y realista, se entrevieron, al fin, las claridades de una nueva aurora que presagiaba un cambio en las instituciones coloniales y en el destino de los pueblos sometidos aún al yugo europeo. La independencia de los Estados-Unidos, demostrando el poder de los pueblos que quieren ser libres; la revolución francesa, extremeciendo al mundo; las nuevas ideas, rompiendo los antiguos moldes y despertando los espíritus; y las invasiones inglesas, dando á los pueblos del Plata la conciencia de su poder y de su fuerza, señalaron la hora de la redención y de la gloria, y los pueblos americanos se apercibieron á reivindicar sus libertades y sus derechos hollados y desconocidos por la prosecución de la conquista.

Producido el despertamiento de 1810, cada pueblo tuvo sus caudillos que arrastraron las huestes populares al combate; algunas grandes y eminentes figuras como Bolivar y San Martín; otras, personajes medianos y de ocasión como D. Manuel Belgrano, y la República Oriental tuvo al general Artigas, tan grande como los dos primeros si se tiene en cuenta las proporciones de su país y los elementos con que actuó, y los resultados que obtuvo, y talvez más grande que ellos si se considera los enemigos con que tuvo que luchar, las triples causas

que tuvo que encarnar y defender, las intrigas graves y mezquinas que entorpecían sus esfuerzos, las traiciones que le forjaron sus enemigos personales y los enemigos de su país, y las calumnias infames de que fué víctima, y que durante mucho tiempo resonaron aún en la posteridad.

Los historiadores porteños tienen bajo una cierta faz una completa semejanza con los historiadores latinos. Para éstos Aníbal, Pirro, Filipo, Perseo, Filopemen, Ocnomaus y Espartaco, no eran sinó bandidos ladrones y asesinos crueles y sin condiciones militares; y ha sido necesario el estudio de todas las fuentes, de los hechos, y el auxilio de la crítica histórica moderna para reconocer y establecer ante la faz del mundo que aquellos caudillos y los que les acompañaron en sus empresas, fueron unos valientes que merecieron bien de la humanidad al ofrecer sus vidas, por vengar la dignidad del hombre y detener el poder avasallador y embrutecedor de Roma. Los que entre nosotros han querido denigrar á Artigas, siguiendo las huellas de los historiadores porteños, no son sinó caricaturas de historiadores.

Algo semejante les pasa á los historiadores porteños. Para ellos Bolívar tiene más defectos que virtudes. Nada diremos de los elogios que puedan tributarle al general San Martín, porque la figura colosal de este grande hombre tan eminente como Bolívar merece más alabanzas de las que pueda habersele tributado. Pero á Artigas por defender la independencia de su patria, por proclamar la federación para garantir su autonomía, por oponerse á las intrigas de los políticos realistas y al sacrificio de su territorio, que éstos consideraban como algo que no merecía hacer sacrificio alguno por conservarlo; por todo eso, Artigas es considerado por sus calumniadores como un demonio que debe ser arrojado al quinto infierno de la historia.

Nosotros los orientales no debemos ni podemos compartir ese falso juicio acerca de nuestro gran caudillo, que dedicó su vida entera con la constancia de un Aníbal á la formación y defensa de su patria, y que electrizó á su pueblo impulsándolo

á la lucha por su libertad y su derecho; acerca del gran patriota que desde que se produjo el estallido revolucionario no dejó de velar un instante por los intereses de su patria, como militar atendiendo á su defensa, como político no perdiendo de vista las intrigas de la política monárquica que traicionaba la causa de la república en América y que jugaba con nuestro territorio como con una prenda que se dá, se presta ó se empeña. No podemos compartir ese juicio acerca del ciudadano austero al que le hubiera bastado vender ó negociar su inacción para ser relativamente rico y poderoso y que por amor á su patria prefería la vida azarosa de sus campamentos, por tantos enemigos combatidos; acerca del estadista que dió desde los principios de la revolución la fórmula que hoy sirve de base á la organización de una nación hermana. No, nosotros, no podemos compartir ese juicio; quede él para los enemigos implacables ó irreconciliables, ó para los localistas que porque su provincia no produjo de primera fila como caudillo sinó la pálida figura de Belgrano, no puedan admitir que de la calle Pérez Castellanos de la pequeña Montevideo, haya salido un grande hombre comparable á las primeras figuras militares de la revolución, que supo legar su espíritu y sus esperanzas á un pueblo que venera su memoria y que honra y honrará siempre su tradición gloriosa.

La figura de Artigas es el compendio de las condiciones y de los caracteres del pueblo oriental; pero del pueblo oriental en toda su pureza, no de los hombres de los partidos y de los gobiernos que las influencias extranjeras han corrompido y bastardeado. Por eso don Bartalomé Mitre ha perdido inutilmente su esfuerzo al escribir tres voluminosísimos tomos de pesadísima é insoportable literatura, para pretender conseguir hacer de Belgrano lo que no es ni puede ser, y pretender hundir á Artigas cuya memoria sale purificada y luminosa de esos apasionados quemaderos históricos, como el espíritu de los mártires subía á los cielos purificado por el fuego del martirio.

La batalla de Las Piedras que fué un gran triunfo de Artigas,

y será siempre una gloria del pueblo oriental, fué una victoria de una gran trascendencia militar y de no menos importancia política. Sólo quedaba Montevideo, plaza fuerte, que como todo puerto de mar fortificado ha sido siempre intomable por más formidablemente que haya sido sitiado, siempre que cuente con una escuadra que lo sostenga; y así sucedió con Montevideo hasta que Brown combinado con el ejército sitiador destruyó la escuadra española no desmintiéndose en este caso las leyes histórico-militares. Pero á excepción de la plaza, la dominación realista había sido arrancada de cuajo en todo el país, quedando éste libre de dominadores, mientras en los demás pueblos se luchaba todavía por vencerlos y expulsarlos.

Sus propósitos de invasión al Brasil no podían ser más oportunos ni más patrióticos como defensa de la patria amenazada por la invasión portuguesa, y sin plan militar al respecto era tan acertado, que hasta sus mismos detractores no han podido dejar de aprobarlo; Mitre dice al respecto: «El plan de Artigas » teóricamente considerado, haría honor á cualquier general. » Era no sólo atrevido en el sentido de la ofensiva, sinó también » prudente en el sentido de la defensiva».

Veamos ahora cómo respondían los círculos monárquicos de Buenos Aires, que decían defender los derechos de Fernando VII, mientras como las ranas de la fábula buscaban por todos los rincones de la Vieja Europa un principillo á quien ceñir la nueva corona, de cuyo lustre cuidarían ellos. Veamos cómo respondían á los heróicos esfuerzos del gran demócrata, que sin tomarse un momento de descanso y sin desfallecer jamás, combatía á la vez que por la libertad de su patria, por el triunfo de la democracia, ayudando así á salvar la idea republicana en toda la América del Sud.

CAPÍTULO III

La primera sangre decretada

El sol del 25 de Mayo de 1810 puede considerarse que fué el último que alumbró la dominación española en la Capital del antiguo vireynato, dando paso á una nueva era de grandiosas esperanzas en la libertad y en la República, bajo la inspiración de las ideas francesas en boga, y del grandioso ejemplo de los Estados-Unidos.

La junta de los patriotas comprendió que entre las medidas que debía tomar, una de las más urgentes era la formación y el envío de un ejército que apoyase en el interior del país los levantamientos que debían responder á los propósitos de los republicanos, y en consecuencia el 9 de Julio de 1810 salía del Monte Castro, en los alrededores de Buenos Aires, el primer ejército argentino compuesto de mil hombres de las tres armas, á apoyar en el interior las insurrecciones populares electrizadas por la chispa revolucionaria.

El glorioso Virey Liniers ilustre vencedor de las invasiones inglesas creyendo cumplir con sus deberes de realista y de soldado, se levantó en Córdoba con el propósito de ofrecer á las autoridades españolas su espada y sus servicios para sofocar la revolución naciente.

El ejército patriota al mando de una comisión compuesta del coronel Ortiz Ocampo como comandante general, don Antonio González Balcarce como segundo, don Hipólito Vieytes como auditor de guerra, y del doctor don Vicente López como secretario, se dirigió á atacar á Liniers y á don Juan de la Concha gobernador intendente de Córdoba. Huyeron los soldados de éstos al aproximarse el ejército patriota y fueron alcanzados y hechos prisioneros Liniers, Concha y sus compañeros y puestos á disposición de la junta de Buenos Aires.

La junta «*en nombre de los sagrados derechos del rey y de*

la patria» que según decía: «*había armado el brazo de la justicia*» decretó inmediatamente la pena de muerte para los principales gefes realistas sin exceptuar al mismo obispo de Córdoba, Orellana, pero la Comisión que mandaba el ejército patriota no se atrevió á cumplir la sentencia y entonces la junta para que la sentencia fuese cumplida, mandó como comisionado especial al efecto á uno de sus miembros, que fué el doctor don Juan José Castelli, agregando el secretario doctor Moreno que si Castelli también vacilaba iría él mismo en persona á hacer que se diese cumplimiento á la tremenda sentencia.

La junta pues, aunque en nombre de Fernando VII en medio de su exaltación patriótica no tenía fé en la eficacia de los medios de garantía que pueden hallarse con respecto á enemigos prisioneros dentro del derecho de la guerra, y agregaba en su despacho reservado: «Este escarmiento debe ser *la base de la estabilidad* del nuevo sistema». Ahora bien, más tarde cualquier defensor convencido de una causa que crea justa ¿no tendrá el derecho de aplicar los mismos medios para la estabilidad de su sistema, y de esperar que se le juzgue con la misma indulgencia con que puede ser juzgada la patriótica junta? ¿O es que también hay hijos y entenados para la madre historia?

Así se derramó la primera sangre de la mucha que debía seguir empapando en el tiempo los territorios del derruido Vireynato; y la Junta, para justificar su severidad, publicó un manifiesto en que decía lo siguiente: «Hemos decretado el
« sacrificio de estas víctimas á la salud de tantos millones
« de inocentes. Sólo el terror del suplicio, puede servir de
« escarmiento á sus cómplices».

A los pocos días de estas ejecuciones, de las cuales sólo fué perdonado el obispo Orellana en atención á su dignidad eclesiástica, apareció colgado en un árbol de aquellas soledades un cartel con la palabra CLAMOR, acróstico formado con las iniciales de las seis víctimas designadas en la sentencia:

Concha,
Liniers,
Allende,
Moreno, (Joaquín)
Orellana
Rodriguez,

«quedando así», dice un distinguido historiador argentino, «cerrado tan lúgubre episodio.»

CAPÍTULO IV

La sangre corre

Siguiendo su marcha redentora, lleno de fé y de entusiasmo, el ejército patriota el 27 de Octubre de 1810, se propuso tomar por asalto la villa de Cotagaita, donde estaba atrincherado un fuerte ejército enemigo muy superior en número y en elementos bélicos. Fué rechazado bajo sus muros, pero recibió allí su bautismo de sangre y resolvió esperar al enemigo fuera de la ciudad. El General español creyó fácil una victoria en campo llano y el 7 de Noviembre de 1810, aceptó la batalla que le ofrecía el general Balcarce, el que obtiene un brillante éxito, cubriéndose de gloria las armas de la patria en los llanos de Suipacha, primera batalla campal de la guerra de la independencia, primera victoria, y punto de partida de los grandiosos triunfos sucesivos.

El mariscal de campo D. Vicente Nieto, presidente de Charcas, el brigadier José de Córdoba y Rojas, y D. Francisco de Paula Sanz, intendente de Potosí, que habían organizado la resistencia y mandaban el ejército realista son hechos prisioneros por los patriotas.

Como en el caso de Liniers y demás compañeros, la Junta los condena á muerte, y el Dr. D. Juan José Castelli, represen-

tante de la Junta de Buenos Aires y su delegado en el ejército libertador del alto Perú, dispone su ejecución, y Nieto Córdoba y Sanz son ejecutados por su órden en la plaza Mayor, de Potosí, el 15 de Diciembre de 1810, cuya ciudad era ocupada por el ejército patriota al mando del general Balcarce.

Más tarde se produce la reaccionaria conjuración de Alzaga, que pretendía ahogar la revolución triunfante. Es descubierta por la denuncia de un negro esclavo, y la Junta de Buenos Aires nombra un verdadero comité de salud pública designando á Monteagudo, Chiclana, Vieytes é Irigoyen como jueces, y al Dr. D. Pedro José Agrelo como acusador fiscal. Treinta y ocho conjurados son inmediatamente condenados á muerte, y Alzaga que se había ocultado y no había podido ser habido, fué condenado á muerte en rebeldía. El 4 de Julio se le encontró. Todas las sentencias de muerte fueron cumplidas, y el cadáver de Alzaga permaneció durante algún tiempo en la horca.

El doctor Carlos María Ramírez cuyo testimonio no será sospechoso á los colorados ni á algunos periodistas extranjeros metidos á entusiastas en achaques de política nacional, dice en su libro sobre Artigas lo siguiente: «Rivadavia estuvo muchos « días en 1812, ocupado en hacer ahorcar españoles complica- « dos en la conjuración de Alzaga ».

A esto pudo agregar el asesinato de Juan Antonio García, consumado más tarde, sin más crímenes ni pruebas que unas cartas de que se apoderó López, de Santa Fé, y que decían revelaban la complicación del reo en una asonada que había hecho invocando la religión contra las reformas del ministro Rivadavia. Se creyó en un principio que este atentado que agregó un grave cargo más á su gobierno fué hecho en beneficio de los intereses puramente porteños; pero luego se supo que había influido en la decisión de ese crimen la provincia de Santa Fé, y que el sacrificio de García había sido una condescendencia de Rivadavia para tener contento al caudillo Estanislao López que dominaba dicha provincia. Por lo

visto sabían emplear espléndidos medios estos elevados espíritus apóstoles de la cultura monárquica y enemigos del caudillaje. No faltó asimismo en esta arbitrariedad sangrienta su nota cómica: Don Manuel Dorrego había sido nombrado defensor del desventurado García, pero tal actividad desplegaron los agentes de Rivadavia en la prosecución de la causa, que cuando Dorrego se preparaba para acudir á los tribunales en defensa de su defendido, el reo era conducido al patíbulo y ejecutado sin que se oyeran previamente sus descargos.

Si por su parte el extraordinario Rivadavia cometía estos y otros excesos, el angelical Belgrano no se quedaba atrás tampoco en los dominios en que se imponía con el ejército de Buenos Aires. La influencia que ejercían las tropas porteñas pretendiendo hacer triunfar la idea unitaria con la base de la dominación del círculo de Buenos Aires, hicieron comprender á los pueblos que no podían esperar del Directorio el respeto á sus derechos. En consecuencia rechazaron el Estatuto provisional. Córdoba se proclamó independiente y el coronel don Juan Francisco Borges en Santiago, y su segundo, Farías quisieron hacer valer la autonomía de su provincia. Belgrano envió al coronel Lamadrid á someterlos, quien sorprendiéndolos los derrotó completamente. A los tres dias son tomados Borges y Farías y por orden del general Belgrano son fusilados inmediatamente en su propio campo. Belgrano distinguió á los vencedores con un escudo que tenía la inscripción siguiente: « *Honor á los restauradores del orden* ». Por lo que se vé, el título de restaurador no fué creado por Rozas, sinó que tenía ya diversas aplicaciones en anteriores épocas; pero tal es la lógica partidista, lo que más tarde les había de parecer cómico, ridículo y original invención, á pesar de la horrible anarquía que explicaría cosas aún más graves, les parecía ahora sublime inscripción cuando el virtuoso Belgrano se manchaba con la sangre de dos distinguidos y valientes patriotas. Borges fué asesinado al pié de un algarrobo, protestando contra la injusticia de su sentencia y la inobservancia de las formas. Mitre reconoce que Borges era un oficial valiente y un hombre digno, que había

probado ser un verdadero patriota; pero se explica y justifica la cosa por la formidable razón de «*que los tiempos eran duros*» considerando esto sin duda explicación excesivamente justificativa, tratándose de una víctima con tendencias federalistas.

Los detractores de Artigas que pretenden vilipendiarlo por el grandioso hecho de haberse visto seguido por el pueblo de su provincia que buscaba en él un defensor y un amparo contra los portugueses y los españoles á quienes el gobierno de Buenos Aires entregaba la Banda Oriental por un arreglo nefando y sabiendo lo que podía esperar de la mediación y protección de ese gobierno; los que por ese hecho, que es indiscutiblemente un ejemplar y patriótico espectáculo histórico, pretenden, deprimirlo, elogian sin embargo la resolución violenta adoptada por Belgrano en Salta con motivo de su retirada después de una espantosa derrota. Pero no quieren reconocer la diferencia que hay entre la espontaneidad con que las poblaciones de la Banda Oriental siguieron á Artigas y las medidas forzosas y obligatorias de Belgrano.—Hé aquí cómo dá cuenta Mitre del fulminante bando del bondadoso general: «Amenazado « de una invasión al finalizar el mes de Julio recibió Be'grano « cuatrocientos fusiles de Buenos Aires y con este oportuno auxi- « lio se dispuso á emprender una retirada al frente del enemigo, « haciéndolo preceder de un *Bando terrible* en que ordenaba « á los hacendados, comerciantes y labradores que retirasen « sus ganados, sus géneros y sus cosechas, para que nada que- « dase al enemigo, declarando traidores á la patria á los que « no cumpliesen sus órdenes, además de perderlo todo; y « por último, imponiendo *pena de la vida* á los que se en- « contrasen fuera de las guardias, y aún á los que inspirasen « desaliento, cualquiera que fuera su carácter ó condición. « Todos sabían que el general sabía cumplir su palabra, y « todos temblaron y obedecieron, comprendiendo que la « cuestión era de vida ó muerte.—En vano reclamaron el « Cabildo y el consulado».—Hasta aquí la explicación de Mitre.

Pero estos hechos y estos bandos no tienen que extrañar

procediendo del círculo unitario de Buenos Aires. El 11 de Febrero de 1814, el Supremo Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata don Gervasio Antonio de Posadas antes de que el general Artigas hubiera disparado un solo tiro sobre fuerzas de Buenos Aires, lanzaba el siguiente bárbaro decreto que aunque muy conocido, no está de más recordarlo, precedido de extensos y falsos considerandos que suprimimos por no fatigar la atención del lector, y redactado por don Nicolás Herrera, padre del negociador de los tratados del 51 y abuelo del actual Presidente de la República:

«Artículo 1º. Se declara á don José Artigas infame, privado « de sus empleos, fuera de la Ley y enemigo de la Patria.

«Art. 2º. Como traidor á la Patria será PERSEGUIDO Y MUERTO en caso de resistencia.

«Art. 3º. Es un deber de todos los Pueblos y las Justicias « de los Comandantes Militares y los ciudadanos de las Provin- « cias Unidas, perseguir al traidor por todos los medios posi- « bles. Cualquier auxilio que se le dé voluntariamente será con- « siderado como crimen de alta traición.

«SE RECOMPENSARÁ CON SEIS MIL PESOS AL QUE ENTREGUE « LA PERSONA DE DON JOSÉ ARTIGAS VIVO Ó MUERTO.

«Art. 4º. Los Comandantes, Oficiales, Sargentos y soldados « que siguen al traidor Artigas conservarán sus empleos y op- « tarán á los ascensos y sueldos vencidos toda vez que se pre- « senten al General del Ejército Sitiador ó á los Comandantes « y Justicias de la dependencia de mi mando en el término de « 10 días contados desde la publicación del presente decreto.

«Art. 5º. Los que continúen en su obstinación y rebeldía, « después del término prefijado son declarados traidores y ene- « migos de la Patria. De consiguiente los que sean aprehen- « didos con armas SERAN JUZGADOS por una COMISIÓN MILITAR « Y FUSILADOS DENTRO DE 24 HORAS.

«Art. 6º. Se circulará, etc.

Buenos Aires, Febrero 11 de 1814.

GERVASIO ANTONIO DE POSADAS

Nicolás de Herrera.

CAPÍTULO V

La sangre sigue. Contrastes

El año de 1815 durante el Gobierno de Alvear y amenazado éste de una insurrección popular, el alcalde de primer voto don Francisco Escalada en nombre del Cabildo mandó levantar frente á las casas consistoriales su célebre doble horca, para Alvear si era vencido por el pueblo, ó para el pueblo si la revuelta era sofocada por Alvear.

El general Alvear abandonado por su ejército tuvo que refugiarse á bordo de un buque extranjero, y los triunfadores entre otros actos de insólita crueldad mancharon su triunfo con el fusilamiento del coronel Paillardel, víctima inocente inmolada sin más causa que haber sido uno de los gefes de que disponía el Director depuesto.

Más tarde el General chileno don José Miguel Carrera, cuya educación y cultura eran proverbiales al decir de historiadores argentinos, gefe que se había conquistado una pájina gloriosa en la guerra de la independencia y que sometido su país había pasado á territorio argentino en busca de recursos con que invadir su patria, es fusilado en Mendoza como ya lo habían sido sus dos hermanos Juan José y Luis.—Uno de los cargos más graves que se le hacían y que también han pretendido hacérselo á Artigas, era el de que se había aliado á los indios para que fuesen auxiliares de su ejército. Era así en Carreras un crimen lo que mucho después en medio de una civilización enteramente desarrollada, y frente á un progreso vertiginoso debía ser una virtud en don Bartolomé Mitre, sancionada por todo su partido político. Carlos María Ramírez al rechazar el ridículo ataque á Artigas hace la siguiente alusión á la alianza de Mitre con los indios en su estrafalaria revolución de 1874 que habría terminado ignominiosamente en la Verde sin el valor caballeresco y la abnegación personal del

Coronel Francisco Borges Lafinur; dice Ramírez: «Recordad « que cincuenta y tantos años después de haberse extinguido la « personalidad de Artigas, Catriel y su tribu eran auxiliares de « una revolución iniciada por el partido más aristocrático de « la República Argentina, en la cultísima provincia de Buenos « Aires».

Muchísimos hechos y muchísimas disposiciones del género de las manifestadas podríamos presentar, pero nos saldríamos del plan de estas pájinas y nos apartaríamos de nuestro propósito. Consideramos además que con lo que dejamos expuesto en este capítulo, basta y sobra para demostrar al más enceguecido por la pasión política, que la iniciación del derramamiento de sangre, de las medidas crueles, y del terror como sistema, no pueden imputarse á Artigas y mucho menos á ningún otro gefe posterior del partido blanco, no pudiendo esas calumnias ridículas tener vida y hacer camino, sinó á favor de la más lastimosa ignorancia ó falseamiento de los hechos históricos.

Tratando este punto, todo escritor oriental movido por el buen deseo del restablecimiento de la verdad aún cuando no tenga la seguridad de ser leído, no debe creer que puede excusarse de recordar en favor del héroe, tan tenazmente calumniado, algunas circunstancias originales y honrosas, que como ejemplos para gefes y caudillos no deberían apartar jamás de la memoria los que en cualquier forma rozan los asuntos públicos del país. Los quinientos prisioneros hechos por Artigas en la trascendental batalla de Las Piedras fueron respetados y tratados como prisioneros de guerra por lo cual un escritor ha podido asegurar que «con rigorosa verdad histórica, puede decirse, que Artigas « y los Orientales dieron á la Revolución de Mayo la primera « victoria campal, que no se manchó con sangre de españoles « indefensos».

Los detractores de Artigas no han podido jamás exhibir en ningún documento, en ninguna crónica, ni en ningún dato autorizado nombre alguno de españoles ó de porteños sacrificados por su orden, y por el contrario repetidas veces su nombre apa-

rece de una manera indiscutible ligado estrechamente á memorables actos de nobleza de rectitud y de generosidad.

Jamás pudo echarse en olvido por la altiva honradez de su contestación, el incidente con el Director de las Provincias Unidas que después de rehabilitarlo de la proscripción que contra él había decretado el gobierno anterior, le envió seis gefes elegidos entre sus más exaltados enemigos; estos gefes eran enviados cargados de cadenas y acompañados de un proceso que justificase las medidas que á Artigas se le ocurriese tomar. El héroe calificado de bárbaro devolvió con toda magnanimidad los prisioneros, contestando que él no era ni quería ser verdugo. Si aún en los tiempos de las matanzas de Villa Mayor y de Laguna de Cardoso ó en los más recientes de Paysandú, La Florida y El Sauce, este hecho hubiera tenido lugar, aún á pesar del adelanto de los tiempos hubiera sido tenido por elevado y generoso; pero en aquella época contrastando con los premeditados hechos sangrientos que disponían los gobiernos unitarios de BuenosAires, revelan por los menos que el héroe calumniado estaba muy lejos de ser un cacique bárbaro dominado por pasiones innobles y entregado á la satisfacción de instintos feroces; si así fuera, grande por la grandeza del contraste debía ser la vergüenza de los que disponiendo de múltiples elementos de civilización y de cultura, no podían dominarse y empleaban entonces y más tarde medios reprobados, que el titulado bárbaro rechazaba por indignos innobles y cobardes.

Buenos Aires envió al Baron de Holemberg con fuerzas porteñas á Entre-Ríos á combatir el poder de Artigas y con quince de sus gefes y oficiales cayó prisionero en el combate del Espinillo y fueron entregados al gefe de los orientales que resolvió devolverles la libertad.

Las fuerzas de Santa-Fé que obedecían la autoridad del Protector de los pueblos libres rindieron al General Viamonte y á veinte y seis gefes y oficiales y los enviaron como prisioneros al campamento de Purificación. Después de algún tiempo el caudillo oriental los puso en libertad y el general Viamonte pudo tomar nuevamente las armas contra él.

Estos son actos y hechos elocuentes que hablan muy alto, y si por una parte no se le pueden comprobar crímenes, y por otra quedan perfectamente constatados actos de generosidad y de clemencia que nadie puede negar, es evidente que la calumnia y las pasiones malignas ó estraviadas se cebaron en la vida y se ceban en la memoria del gran patriota, con una injusticia y una perversidad sin precedente ni ejemplo.

El argentino Maeso, historiador de Artigas, dice: «Que los « historiadores porteños han querido bosquejar en el general « Artigas un execrable mónstruo, allí donde no había sinó un « patriota inflexible; matanzas y excesos sanguinarios, allí donde « no existían sinó resistencias heróicas é indomables y casti- « gos severos á los crímenes ordinarios ó á la indisciplina; « anarquía y desórdenes irrefrenables, allí donde sólo se pre- « tendía igualdad de derechos y soberanía provincial; brutali- « dad y reacia ignorancia, allí donde sólo había lealtad y « firmeza en los principios del verdadero dogma de Mayo, que « invocaba la igualdad y proclamaba un intransigente odio á « toda dominación extranjera; y por último, ambición salvaje « de mando, allí donde no había sinó aspiración al triumfo de « la igualdad provincial, y respeto al gobierno propio».—Y luego agrega: «Así en el *delirium tremens* del odio más ence- « guecedor han hecho caer su calumnia y su vituperio sobre « Artigas, porque no se doblegó servilmente ante las mediocri- « dades que explotando la gran causa de la patria subieron al « poder, y se locupletaron en él por la intriga, por el cohecho « ó por la violencia, exigiendo de los pueblos la más abyecta « humillacion».

Efectivamente el partido unitario desde la primera traición hasta Rivadavia, dominado por sus pretensiones ridículas, por sus ambiciones insanas, por sus aspiraciones monárquicas, y mostrándose sin entrañas para la suerte y sufrimiento de los pueblos, como lo demostró una vez más con la entrega de la Banda Oriental, jamás comprendió el destino de los pueblos, el poder y la fuerza instintiva que les daban el deseo de inde-

pendencia y la idea republicana; y jamás supo entender sus nobles sentimientos ni organizar y dirigir sus instintos generosos. Por eso mientras era cada día más odiado de las muchedumbres, y produjo sin quererlo el año veinte, y preparó con ciega tenacidad lo que vino después; Artigas consolidaba y aumentaba su prestigio, extendía su fama, alentaba el amor á la patria, electrizaba á las muchedumbres, las llevaba entusiastas al combate por la defensa de la patria, y hacía aceptable y deseada su dominación. La Banda Oriental, las Misiones, Corrientes, Entre-Ríos y Santa Fé lo declaraban y lo aclamaban con toda sinceridad *Protector de los pueblos libres*, y Córdoba le decretaba una espada de honor con esta inscripción: *Córdoba Independiente á su Protector el Inmortal General Don José Artigas.*—Año de 1815.

Lección elocuente que deberían tener en cuenta sus detractores, y especialmente el viejo círculo conservador que nuevamente asoma su cabeza ansioso de popularidad y deseoso de apoderarse de la propaganda y del poder público; y que cree que pueden emprenderse mistificaciones y seudo-reformas, empezando por el ultraje y la ofensa á las personas y á los partidos.

CAPÍTULO VI

La traición en pago del heroismo

Los hijos de la Banda Oriental habían respondido al grito de Mayo con el entusiasmo, el valor y la decisión de verdaros patriotas. El triunfo de San José y la gran victoria de Las Piedras habían dado un colosal impulso á la revolución. Se habían producido pues esos golpes decisivos que en el principio de las revoluciones son los que levantan su espíritu y desmoralizan y aterran al enemigo. El territorio oriental era

entonces poco poblado, apenas contaba con cuarenta y tantas mil almas, pero el triunfo moral era inmenso; los realistas quedaban reducidos á los muros de la plaza de Montevideo, y un ejército sitiador al mando de su ilustre caudillo y animado del entusiasmo del vencedor lo estrechaba al pié de sus murallas.

Artigas con un criterio republicano é independiente comprendió toda la grandiosidad del suceso, y esperó que sería igualmente comprendido por el Gobierno de Buenos Aires. Había llegado el momento de iniciar una política libre, generosa, fuerte y conciliadora, dejando á los orientales que tenían indiscutible derecho para ello y que acababan de adquirir títulos que lo consolidaban, la exclusiva dirección de la administración autonómica de sus intereses internos. Con su expléndido puerto, su situación geográfica, la fertilidad de su suelo, la virilidad y energía de sus hijos y las ideas avanzadas que lo animaban y que anunciaba por boca de su gefe, hubiera entrado desde los primeros días de la revolución en la senda del progreso y de la gloria; hubiera sido la vanguardia poderosa de la Nación Argentina, en su carácter de Estado federal, y hubiera acelerado inmensamente el triunfo definitivo de la idea de Mayo. Artigas lo comprendió así, y uno de sus grandes títulos á la admiración y al reconocimiento de la posteridad, es el haber puesto á pesar de sus enemigos todas sus fuerzas al servicio de esta grandiosa idea, llevándola hasta la abnegación, y sellándola con los más heróicos sacrificios.

De pié sobre la cumbre del Cerrito, en representación de los orientales y bajo su prestigioso nombre, anhelando someter el primero la plaza fuerte que era el único baluarte que quedaba ya á los españoles en la Banda Oriental del antiguo Virreynato, dirigió al general español Elío y al Cabildo el 21 de Marzo de 1811, tres días después de la trascendental batalla de Las Piedras, una terminante intimación de la cual tomamos los párrafos siguientes: «Los habitantes todos de esta vasta campaña han

« despertado del letargo en que yacían y sacudiendo el yugo « pesado de una esclavitud vergonzosa, todos se han puesto « en movimiento y unidos á las aguerridas y numerosas tro- « pas, con que les ha auxiliado la Excma. Junta, marchan « guiados por la victoria á libertar á sus hermanos que gimen « dentro de esos débiles muros. Ya han ocupado todos los « pueblos y fortalezas de la Banda Oriental; ya han visto des- « aparecer ese ejército de las Piedras, en que V. E. tenía depo- « sitada su confianza, cayendo en su poder todas las armas y « artillería; ya están á la vista de esa plaza, único obstáculo « que les resta, y en pocos días, en pocas horas harán sentir « dentro de ella todos los horrores de una guerra.

«La Excma. Junta de estas provincias conforme siempre en « los principios que ha adoptado, no puede mirar con indife- « rencia la efusión de sangre particularmente entre hermanos; « y yo uniforme en mis sentimientos, doy este paso con el obje- « to de evitarla: V. E. como representante de ese pueblo puede « mejorar su suerte, haciendo valer su autoridad para que sea « reconocido aquel superior gobierno, y se entregue la plaza á « las tropas de mi mando, para que vivan sus habitantes libres « de la opresión en que gimen; en cuyo concepto ofrezco á « V. E. en nombre de aquella superioridad conceder á ese pue- « blo todas las proposiciones justas y acostumbradas en iguales « casos». Esta patriótica intimación que honra á Artigas como guerrero y como patriota, lo levanta sobre las calumnias de que es víctima, y demuestra cuánto distaban sus palabras y sus procederes, de los que se esfuerzan en atribuirle sus enemigos.

Elío había arrojado de Montevideo cuarenta familias patriotas y á los padres franciscanos, ardientes partidarios de la revolución. A los nueve días llegó el general Rondeau como general en jefe, y reprodujo infructuosamente las intimaciones que ya había hecho Artigas á la plaza.

Los españoles estaban sin embargo perdidos en su último baluarte. La isla de Ratas fué tomada por asalto por los patriotas, haciendo en ella una buena provisión de pólvora. Elío

comprendió que no podía sostenerse mucho tiempo, y llamó en su auxilio á los portugueses aliados de los españoles. Con algunos recursos que Artigas esperaba que le enviase la Junta de Buenos Aires, la cuestión quedaría pronto resuelta antes de la llegada de los portugueses, y un último esfuerzo haría alcanzar el anhelado triunfo.

La Junta no procedió como se esperaba. En vez de responder con auxilios á los sacrificios de los patriotas, respondió con la traición; y un pacto nefando con Elío entregaba inerme la Banda Oriental y su pueblo, reconocía nuevamente la dominación española, anulando así todas las victorias alcanzadas, y no dando valor alguno á los sacrificios hechos en aras de la independencia y de la idea repúblicana. No imponía otra condición que la de que el general español intimaría el retiro de las tropas portuguesas que eran una amenaza contra las provincias restantes; condición que no se preocuparon respectivamente ni el general español de exigir, ni el general portugués de cumplirla.

No tiene atenuación posible la conducta de la junta en este caso. Aún cuando no hubiera podido mandar como recurso por el momento un sólo cartucho, no debió celebrar un tratado tan infame que así disponía cruelmente de la suerte de un pueblo heróico y abnegado. Más valía que hubiera dejado á los orientales librados á sus propias fuerzas, y en cuanto á las fuerzas de Buenos Aires que existían en el ejército sitiador, tantos ejércitos como los de Belgrano habían de perder en seguida la oligarquía unitaria en guerras intestinas, por sostener sus exclusivismos que bien valía la pena de exponer aquellas fuerzas en pró de la causa santa y general de la revolución. Es lo más probable por otra parte que los portugueses sin el pacto no hubieran avanzado con tanta facilidad, y que los patriotas con Artigas al frente les habrían dado bastante trabajo aún cuando se hubieran visto como más tarde en la necesidad de hacer la guerra de recursos.

Pero á este respecto oigamos la palabra serena del gran Patriarca. En una notable nota dirigida desde el Dayman el 7 de Diciembre de 1811, en la que enteraba al Gobierno del Paraguay de lo que había pasado y estaba pasando, decía entre otras cosas lo siguiente: «Yo fuí testigo, así de la bárbara
« opresión bajo que jemía toda la Banda Oriental, como de
« la constancia y virtudes de sus hijos; conocí los efectos
« que podía producir, y tuve la satisfacción de ofrecer al
« gobierno de Buenos Aires que llevaría el estandarte de la
« libertad hasta los muros de Montevideo siempre que se
« concediese á estos ciudadanos auxilios de municiones y di-
« nero. Cuando el tamaño de mi proposición podría
« acaso calificarla de gigantesca para aquellos que sólo la
« conocían bajo mi palabra, yo esperaba todo de un gobier-
« no popular que haría su mayor gloria en contribuir á la fe-
« licidad de sus hermanos, si la justicia, conveniencia é impor-
« tancia del asunto pedía de otra parte el riesgo de un
« pequeño sacrificio que podría ser compensado con exceso.
« —No me engañaron mis esperanzas.

« Un puñado de patriotas orientales, cansados ya de hu-
« millaciones, había decretado su libertad en la Villa de
« Mercedes: llena la medida del sufrimiento por unos proce-
« dimientos los más escandolosos del déspota que les opri-
« mía, habían librado sólo á sus brazos el triunfo de la jus-
« ticia, y tal vez hasta entonces no era ofrecido al templo
« del patriotismo un voto ni más puro, ni más glorioso, ni
« más arriesgado: en él se tocaba sin remedio aquella terrible
« alternariva de *vencer ó morir libres*, y para huir este ex-
« tremo, era preciso que los puñales de paisanos pasasen
« por encima de las bayonetas veteranas. Así se verificó
« prodigiosamente, y la primera voz de los vecinos orienta-
« les que llegó á Buenos Aires fué acompañada de la vic-
« toria del 28 de Febrero dd 1811; día memorable que había
« señalado la Providencia para sellar los primeros pasos de la
« libertad en este territorio, y día que no podrá recordarse
« sin emoción, cualquiera que sea nuestra suerte.

« Los ciudadanos de la villa de Mercedes, como parte de « esta provincia, se declararon libres bajo los auspicios de la « Junta de Buenos Aires, á quien pidieron los mismos auxilios « que yo había solicitado; aquel gobierno recibió, con el inte- « rés que podía esperarse, la noticia de estos acontecimientos: « él dijo á los orientales « oficiales esforzados, soldados ague- « rridos, armas, municiones, dinero, todo vuela en nuestro so- « corro. »—Se me mandó inmediatamente á esta banda con « algunos soldados, debiendo remitirse hasta el número de « 3000 con lo demás necesario para un ejército de esta clase, « en cuya inteligencia proclamé á mis paisanos convidándoles « á las armas; ellos prevenían mis deseos, y corrían de todas « partes á honrarse con el bello título de soldados de la patria, « organizándose militarmente en los mismos puntos en que « se hallaban cercados de sus amigos, en términos que en « muy poco tiempo se vió un ejército nuevo, cuya sola divisa » era la libertad.

« Permítame V. S. que llame un momento su consideración « sobre esta admirable alarma con la que simpatizó la cam- « paña toda y que hará su mayor y eterna gloria. No eran los « paisanos sueltos, ni aquellos que debían su existencia á su « jornal ó sueldo los que sólo se movían; vecinos estableci- « dos, poseedores de buena suerte y de todas las comodidades « que ofrece este suelo, eran los que se convertían repentina- « mente en soldados, los que abandonaban sus intereses, sus « casas, sus familias; los que iban, acaso por primera vez, á « presentar su vida á los riesgos de una guerra, los que deja- « ban acompañadas de un triste llanto á sus mujeres é hijos— « en fin, los que sordos á la voz de la natutaleza, oían sólo la « de la patria. Este era el primer paso para su libertad; y « cualesquiera que sean los sacrificios que ella exija, V. S. co- « nocerá bien el desprendimiento universal y la elevación de « sentimientos poco común que se necesita para tamañas em- « presas, y que merece sin duda ocupar un lugar distinguido « en la historia de nuestra revolución. »

« Los restos del ejército de Buenos Aires que retornaban « de esa provincia feliz, fueron destinados á esta Banda, y « llegaban á ella cuando los paisanos habían libertado ya su « mayor parte, haciendo teatro de sus triunfos al Colla, Mal- « donado, Santa Teresa, San José y otros puntos: yo tuve « entonces el honor de dirigir una división de ellos con sólo « doscientos cincuenta soldados veteranos, y llevando con ellos « el terror y el espanto á los ministros de la tiranía, hasta las « inmediaciones de Montevideo, se pudo lograr la memorable « victoria del 18 de Mayo en los campos de Las Piedras, « donde mil patriotas armados en su mayor parte de cuchillos « enhastados, vieron á sus piés novecientos sesenta soldados « de las mejores tropas de Montevideo, perfectamente bien « armados; y acaso hubieran dichosamente penetrado dentro « de sus soberbios muros, si yo no me viese en la necesidad « de detener sus marchas al llegar á ella, con arreglo á las « órdenes del gefe del ejército. V. S. estará instruído en deta- « lle de esta acción por el parte inserto en los papeles públi- « cos. Entonces dije al gobierno que la patria podía contar « con tantos soldados, cuantos eran los americanos que habi- « taban la campaña—y la experiencia ha demostrado sobrado « bien que no me engañaba.

« La Junta de Buenos Aires reforzó el ejército, de que fuí « nombrado segundo jefe, y que constaba en el todo de 1500 « veteranos y más de cinco mil *vecinos* orientales; y no habién- « dose aprovechado los primeros momentos después de la « acción del 18, en que el terror había sobrecojido los ánimos « de nuestros enemigos, era preciso pensar en un sitio formal « á que el gobierno se determinaba, tanto más cuanto que « estaba persuadido de que el enemigo limítrofe no entorpecería « nuestras operaciones, como me lo había asegurado, y porque « el ardor de nuestras tropas, dispuestas á cualquier empresa « y que hasta entonces parece habían encadenado la victoria, « nos prometía todo en cualquier caso.

« Así nos vimos empeñados en un sitio de cerca de cinco

« meses, en que mil y mil accidentes privaron de que se co-
« ronasen nuestros triunfos, á que las tropas estaban siempre
« preparadas. Los enemigos fueron batidos en todos los pun-
« tos, y en sus repetidas salidas no recogieron otros frutos que
« una retirada vergonzosa dentro de los muros que defendía
« su cobardía. Nada se tentó que no se consiguiese: multiplica-
« das operaciones militares fueron iniciadas para ocupar la plaza,
« pero sin llevarlas á su término, ya porque el general en jefe
« creía que se presentaban dificultades invencibles, ó que
« debía esperar órdenes señaladas para tentativas de esta clase;
« ya por falta de municiones; ya finalmente porque llegó una
« fuerza extranjera á llamar nuestra atención.

« Yo no sé si 4.000 portugueses podrían prometerse alguna
« ventaja sobre nuestro ejército, cuando los ciudadanos que lo
« componían habían redoblado su entusiasmo, y el patriotismo,
« elevado los ánimos hasta un grado incalculable. Pero no
« habiéndoseles opuesto en tiempo una resistencia, esperándo-
« se siempre por momentos un refuerzo de 1400 hombres, y
« municiones que había ofrecido la Junta de Buenos Aires desde
« la primera noticia de la irrupción de los limítrofes, y habién-
« dose emprendido últimamente varias negociaciones con los
« gefes de Montevideo, nuestras operaciones se vieron como
« paralizadas á despecho de nuestras tropas, y las portuguesas
« casi sin oposición pisaron con pié sacrílego nuestro territorio
« hasta Maldonado.

Creía el ilustre gefe que la plaza con un esfuerzo por parte de la Junta podía ser tomada, y creía también que en todo caso el sitio sólo debía levantarse para salir al encuentro de los portugueses y detener ó desbaratar el ataque de los invasores; pero continuemos oyéndolo en los siguientes párrafos, donde después de haber manifestado el mal efecto causado en los orientales por el conocimiento del tratado de la Junta, sus espontáneas protestas contra él, y sus deseos de no abandonar la patria, se revela Artigas político tan previsor como acendrado patriota:

«Recordé cuánto debía á mis compaisanos; testigo de sus « sacrificios, me era imposible mirar su suerte con indiferen- « cia, y no me detuve en asegurar del modo más positivo « cuánto repugnaba se les abandonase en un todo. Esto « mismo había hecho ya conocer al señor Representante y me « negué absolutamente desde el principio á entender en unos « tratados que consideré siempre inconciliables con nuestras « fatigas, muy bastantes á conservar el germen de las conti- « nuas disenciones entre nosotros y la corte del Brasil, y muy « capaces por sí solos de causar la dificultad en el arreglo de « nuestro sistema continental.

«Seguidamente representaron los ciudadanos que de ninguna « manera podían serles admisibles los artículos de la negocia- « ción; que el ejército auxiliador se tornase á la capital, si así « se lo ordenaba aquella superioridad, y declarándome su « general en jefe, protestaron no dejar la guerra en esta Banda « hasta extinguir en ella á sus opresores, ó morir dando con « su sangre el mayor triunfo á la libertad.»

Habiendo ofrecido el gobierno central toda clase de socorros y exigido que se esperase su resolución, los orientales fueron traicionados, y Artigas continúa diciendo á ese respecto:

« Marchamos los sitiadores en retirada hasta San José, y allí « se vieron precisados los bravos orientales á recibir el gran « golpe que hizo la prueba de su constancia: el gobierno de « Buenos Aires RATIFICÓ EL TRATADO EN TODAS SUS PARTES: « yo tengo que incluir á V. S. un ejemplar:—POR ÉL SE PRIVA « DE UN ASILO Á LAS ALMAS LIBRES EN TODA LA BANDA « ORIENTAL, y *por él se entregan* pueblos enteros á la do- « minación de aquel mismo señor Elío, bajo cuyo yugo gimie- « ron. En consecuencia del contrato, todo fué preparado, y « comenzaron las operaciones relativas á él.

«Permítame V. S. otra vez que recuerde y compare el glo- « rioso 28 de Febrero, con el 23 de Octubre, día en que se « tuvo noticia de la ratificación;—¡Qué contraste singular pre- « senta el prospecto de uno y otro!—El 28, ciudadanos heroi-

« cos haciendo pedazos las cadenas y revistiéndose del carác-
« ter que les concedió la naturaleza, y que nadie estuvo auto-
« rizado para arrancarles: el 23 estos mismos ciudadanos uni-
« dos á aquellas cadenas por un gobierno popular.

. . . .

«Aunque los sentimientos sublimes de los ciudadanos orien-
« tales en la presente época, son bastante heroicos para darse
« á conocer por sí mismos, no se les podrá hallar todo el valor
« entre tanto que no se comprenda el estado de estos patrio-
« tas en el momento en que, demostrándolo, daban la mejor
« prueba de serlo.—Habiendo dicho que el primer paso de su
« libertad era el abandono de sus familias, casas y haciendas,
« parecerá que en él habían apurado sus trabajos; pero este
« no era más que el primer eslabón de la cadena de desgra-
« cias que debía pesar sobre ellos durante la estancia del ejér-
« cito auxiliador: no era bastante el abandono y detrimento
« consiguiente: esos mismos intereses debían ser sacri-
« ficados también. — Desde su llegada, el ejército recibió
« multiplicados donativos de caballos, ganado y dinero;
« pero sobre esto era preciso tomar indistintamente de los
« hacendados inmenso número de las dos primeras es-
« pecies; y si algo había de pagarse, la escasez de cau-
« dales del Estado impedía verificarlo: pueblos enteros
« habían de ser entregados al saqueo horrorosamente, pero sobre
« todo, la numerosa y bella población extramuros de Mon-
« tevideo, se vió completamente saqueada y destruída las
« puertas mismas y ventanas, las rejas, todas fueron arran-
« cadas: los techos eran deshechos por el soldado que que-
« ría quemar las vigas que le sostenían; muchos plantíos
« acabados:—los portugueses convertían en páramos los abun-
« dantes campos por donde pasaban, y por todas partes se
« veían tristes señales de desolación. Los propietarios ha-
« bían de mirar el exterminio infructuoso de sus caros bienes
« cuando servían á la patria de soldados. . . . . No
« quedó en fin, alguna clase de sacrificios que no se expe-

« rimentase, y lo más singular de ellos era la desinteresada « voluntariedad con que cada uno los tributaba, exigiendo « sólo por premio el goce de su ansiada libertad; pero, « cuando creían asegurarla, entonces, entonces era cuando « debían apurar las heces del cáliz amargo: un gobierno « **sabio y libre,** *una mano protectora á que se entregaban* « *confiados*, había de ser la que les condujese de nuevo á « doblegar la cerviz bajo el cetro de la tiranía.

« Esa corporación respetable, en la necesidad de privarnos « del auxilio de sus bayonetas, creía que era preciso que « nuestro territorio fuese ocupado por un extranjero abomi- « nable, ó por un antiguo tirano........ pero acaso igno- « raba que los orientales habían jurado en lo hondo de su « corazón un odio irreconciliable, un odio eterno, Á TODA « CLASE DE TIRANÍA; que nada era peor para ellos que haber « de humillarse de nuevo, y que afrontarían la muerte mis- « ma antes que degradarse del título de ciudadanos que « habían sellado con su sangre; ignoraba sin duda el gobier- « no, hasta dónde se elevaban estos sentimientos, y por des- « gracia fatal, *no tenían en él los orientales un representante de* « *sus derechos imprescriptibles;* SUS VOTOS NO HABÍAN PODIDO « LLEGAR PUROS HASTA ALLÍ, ni era calculable una resolu- « ción que casi podría llamarse desesperada: entonces el tra- « tado se ratificó y vino el día 23.

« En esta crisis terrible y violenta, abandonadas las fami- « lias, perdidos los intereses, acabado todo auxilio, sin recur- « sos, entregados sólo á sí mismos, ¿Qué podía esperarse de « los orientales, sinó que luchando con sus infortunios, ce- « diesen al fin al peso de ellos, y víctimas de sus mismos « sentimientos mordiesen otra vez el duro freno que con un « impulso glorioso habían arrojado lejos de sí? Pero estaba « reservado á ellos demostrar EL GENIO AMERICANO, renovan- « do el suceso que se refiere de nuestros paisanos de la Paz, « y elevarse gloriosamente sobre todas las desgracias; ellos « se resuelven á dejar sus propias vidas antes que sobrevivir

« al oprobio é ignominia á que se les destinaba—y llenos de
« tan recomendable idea, firmes siempre en la grandeza
« que los impulsó cuando PROTESTARON QUE JAMÁS PRES-
« TARÍAN LA NECESARIA EXPRESIÓN DE SU VOLUNTAD
« PARA SANCIONAR LO QUE EL GOBIERNO AUXILIADOR HABÍA
« RATIFICADO, determinan gustosos dejar los pocos intereses que
« les restan y su país, y trasladarse con sus familias á cualquier
« punto donde puedan ser libres, á pesar de trabajos, miserias
« y toda clase de males; tal era su situación cuando el Exmo.
« Poder Ejecutivo me anunció una comisión que pocos días
« después me fué manifestada, y consistió en constituirme gefe
« principal de estos héroes, fijando mi residencia en el De-
« partamento de Yapeyú; y en consecuencia se me ha dejado
« el cuerpo veterano de Blandengues de mi mando, 8 piezas
« de artillería, con tres oficiales escogidos, y un repuesto de
« municiones.—Verificado esto emprendieron su marcha los
« auxiliadores....con dirección á Buenos Aires, y poco des-
« pués emprendí yo la mía hacia el punto que se me había des-
« tinado.—Yo no seré capaz de dar á V. S. una idea del cua-
« dro que presenta al mundo la Banda Oriental desde ese
« momento: la sangre que cubría las armas de sus bravos hijos,
« recordó las grandes proezas *que, continuadas por muy poco*
« *más, habrían puesto fin á sus trabajos, y sellado el principio*
« *de la felicidad más pura:* llenos todos de esta memoria, oyen
« sólo la voz de su libertad, y unidos en masa marchan car-
« gados de sus tiernas familias á esperar mejor proporción para
« volver á sus antiguas operaciones: yo no he perdonado me-
« dio alguno de contener el digno transporte de un entusiasmo
« tal; pero la inmediación de las tropas portuguesas disemi-
« nadas por toda la campaña, que lejos de retirarse con
« arreglo al tratado, se acercan y fortifican más y más; y la poca
« seguridad que fían sobre la palabra del señor Elío á este
« respecto, les anima de nuevo, y determinados á no permitir
« jamás que su suelo sea entregado impunemente á un extran-
jero, destinan todos los instantes á reiterar la protesta de no

« dejar las armas de la mano hasta que él no haya evacuado « el país, y puedan ellos gozar una libertad por la que vieron « derramar la sangre de sus hijos recibiendo con valor su pos- « trer aliento. Ellos lo han resuelto, y ya veo que van á veri- « ficarlo: cada día miro con admiración sus rasgos singulares « de heroicidad y constancia; unos quemando sus casas y los « muebles que no podían conducir, otros caminando leguas á « pié por falta de auxilios, ó por haber consumido sus cabalga- « duras en el servicio:—mujeres ancianas, viejos decrépitos, « párvulos inocentes acompañan esta marcha, manifestando « todos la mayor energía y resignación en medio de todas las « privaciones. Yo llegaré muy en breve á mi destino con este « pueblo de héroes y al frente de seis mil de ellos que « obrando como soldados de la patria, sabrán conservar sus « glorias en cualquiera parte, dando contínuos triunfos á la « libertad:—allí esperaré nuevas órdenes y auxilios de vestua- « rios y dinero, y trabajaré gustoso en propender á la realiza- « ción de sus grandes votos.......................

....

« La tenacidad de los Portugueses, sus miras antiguas sobre « el país, los costos enormes de la expedición que Montevideo « no puede compensar, la artillería gruesa y morteros que con- « ducen, sus movimientos después de nuestra retirada, la difi- « cultad de defenderse por sí misma la plaza de Montevideo « en un presente estado, todo anuncia que estos extranjeros « tan miserables como ambiciosos, no perderán esta ocasión de « ocupar nuestro país: ambos gobiernos han llegado á temer- « lo así, y una vez verificado nuestro paso más allá del Uru- « guay, á donde me dirijo con celeridad, y sin que el ejér- « cito portugués haga un movimiento retrógrado, será una « alarma general que determinará pronto mis operaciones; « ellas espero, nos proporcionarán nuevos días de gloria y « acaso cimentarán la felicidad futura de este territorio.

«Yo no me detendré en reflexiones sobre las ventajas que « adquirirían los portugueses si una vez ocupasen la plaza y

« puerto de Montevideo, y la campaña oriental: V. S. conoce-
« rá con evidencia que sus miras entonces serían extensivas á
« mayores empresas, y que no había sido en vano el particular
« deseo que ha demostrado la corte del Brasil de introducir
« su influencia en tan interesante provincia; dueños de sus lí-
« mites por tierra, seguros de la llave del Río de la Plata, Uru-
« guay y demás vías fluviales, y aumentando su fuerza con
« exceso, no solo debían prometerse un suceso tan triste para
« nosotros como halagüeño para ellos, sobre ese punto, sinó que
« cortando absolutamente las relaciones exteriores de todas
« las demás provincias y apoderándose de medios de hostilizar-
« las todas ellas entrarían en los cálculos de su ambición, y
« todas ellas estarían demasiado expuestas á sucumbir al yugo
« más terrible ....
....»

JOSE ARTIGAS.

Con razón, pues, Juan Carlos Gómez no ha podido menos que reconocer entre sus contradicciones, que Artigas salvaba la democracia.

CAPÍTULO VII

El éxodo oriental

Hace tres mil quinientos años que alarmado un Faraon por el incremento que tomaba la población del pueblo elegido, reunía á sus súbditos y les decía. «Bien veis que el pueblo de Is-
« rael es muy numeroso, más fuerte ya que nosotros, y entraña
« por consiguiente un peligro; vamos pues á oprimirle con
« arte ó no sea que aumente su poder; en consecuencia arrojad
« al río todo varón que naciere entre los hebreos».

Tal así en los principios de la revolución americana la Junta unitaria no menos recelosa y exclusivista que el Faraon de los

antiguos tiempos, premiaba con la traición y la entrega del pueblo oriental á portugueses y españoles su espontaneidad, su bravura y sus triunfos. Por ese tratado inícuo: «*se privaba*, decía el héroe, *de un asilo á las almas libres en toda la Banda* « *Oriental*», y se entregaba nuevamente pueblos enteros á la dominación de aquellos mismos tiranos, cuyo yugo habían despedazado los orientales en victorias en que se habían cubierto de gloria las armas nacionales.

No les quedaba pues á aquellos valientes orientales otro camino ni otro recurso que rodear á su benemérito gefe, é ir guiados por él á buscar como Pelayo en las montañas de Asturias ó Juárez entre los muros de Veracruz, un refugio donde llevar su libertad, su derecho, su idea, y sus esperanzas; y desde donde pudieran hacer flamear con independencia su bandera gloriosa, acechando la oportunidad de mejores tiempos para reconquistar y salvar la idolatrada patria.

Como en otro tiempo guiando á sus hermanos atravesara Moisés el Mar Rojo, Artigas bajo el amparo de Jehová atravesó el Uruguay con los restos de sus tropas, y seguido de todo un pueblo, fué á clavar sus pendones en ese campamento tan calumniado que situó en las orillas del solitario Ayuí en Entre-Rios, hecho que con razón ha sido llamado pájina de oro, sublime éxodo del patriotismo oriental, que así protestaba de la traición innoble y se libraba del cautiverio infame á que el cobarde tratado de 1811 y la rapaz y vandálica invasión de los portugueses habían creido someterlo.

Es aquellas diez y seis mil almas que abnegadas y resueltas rodeaban á su gefe cuyas manos puras sostenían con resolución y con firmeza la bandera de la patria de entonces y de la República independiente del porvenir, estaba toda la Banda Oriental; palpitaban en esos nuevos israelistas los impulsos y los sentimientos del corazón de la patria, y estaba allí el santuario del deber, de la abnegación y del patriotismo; y no en aquellos cabildos ignominiosos de los cuales era cabildante don Joaquín Suárez y que recibían bajo palio al general portu-

gués, al gefe de los vándalos que desolaban la tierra natal, como si los falsos oropeles de un palio militarizado, pudieran cubrir tanta vergüenza y tanta ignominia que tan irritantemente contrastaban con la generosidad, el patriotismo, la abnegación y la altivez indomable de los patriotas.

Había llegado el momento de definirse: la república ó la corona, ciudadano ó cortesano, patriota ó servil. Los más optaron por lo uno, la patria; los pocos optaron por lo otro, el servilismo. La historia sería imposible si se prohibiera hablar con libertad y con verdad de los hechos; y se le arrancaría á la vez ese doble carácter que la convierte en tribunal supremo y á la vez en lección severa y escarmiento moralizador para hombres y pueblos, condenando errores y vicios, bajezas y debilidades, ignominias y claudicaciones.

En esas condiciones no podría haber cumplido su misión de eximio agente civilizador de la humanidad que á semejanza del sol que rompe las espesas nieblas de la atmósfera, purifica el cielo del pensamiento disipando las brumas de la ignorancia y desgarrando las nubes de las esclusivistas y enconadas pasiones.

Había entonces como hay hoy repúblicos y ciudadanos que prefieren pasar desapercibidos y relegar á la oscuridad su nombre, antes que traicionar su patria, capitular con su conciencia, claudicar de sus convicciones, y sancionar usurpaciones escandalosas; y otros que creen que ante una efímera ó falsa popularidad, ante un puesto público, ante un aplauso inconsciente, una diputación ó una ventaja cualquiera, es muy lícito ARROJARSE EN BRAZOS de un tiranuelo, de una personalidad repugnante como por ejemplo la de Máximo Santos, y que creen en su ambiciosa insensatez que obtener un puesto acompañados de la reprobación pública y sancionar los hechos de gobiernos usurpadores de los derechos del pueblo es alcanzar una gran espectabilidad y obtener LO MEJOR DE LO ASEQUIBLE.

Es verdad que puede decirse en atenuación de esa conducta, que muchas de las personas que componían esos cabildos su-

frian el rigor de los tiempos y la bárbara imposición del vencedor, y que acompañaban con el corazón y con sus votos á Artigas y á su pueblo en su ostracismo y en sus anhelos.

Es cierto también que no pueden tener en esa pájina sombría igual responsabilidad todos los que compartieron esa ignominia; pues existe una gran diferencia entre los que se separaron de ella y así que pudieron se aliaron á Artigas, á sus sucesores ó á sus ideas, siendo siempre contrarios á la idea de la entrega de nuestra patria al extranjero, y los que perseveraron en ese orden de ideas, los que desde los primeros tiempos estuvieron con Lucas Obes, Nicolás Herrera, Vedia y demás orientales que desde un principio proclamaron la traición y la entrega de nuestra patria á portugueses ó brasileros.

No creemos que una falta, un sacrificio impuesto por el terror ó por la fuerza, admitido por la influencia, los ruegos y las complacencias deban condenar al ostracismo político á un ciudadano ni puedan impedirle que vuelva sobre sus pasos y entre con resolución firme en la senda del civismo, y tal aconteció con algunos de esos cabildantes. Pero hemos citado á don Joaquín Suárez hombre de esos qne se forman una carrera y un hábito de vida en la continuación de su estabilidad en los puestos públicos, mande quien mande, y suceda lo que suceda; lo hemos citado porque los colorados en su escasez de grandes hombres y sus defensores oficiosos sin partido alguno, relegan al olvido cuando no pueden encontrar faltas en grandes ilustraciones y eminentes patriotas que ha producido el partido blanco; y pretenden hacer de Suarez, que fué una medianía, una gran eminencia, y reunir en él el conjunto de todas las virtudes cívicas, cuando si bien puede pasar como uno de tantos patriotas, su vida no está exenta de grandes debilidades é inconsecuencias, ya Riverista ya implacable enemigo de Rivera bajo la influencia de los conservadores, y que de ninguna manera puede ser ni un hombre-modelo, ni una gran figura nacional.

Tan cierta es la escasez de grandes hombres en el partido colorado, que los manifestantes del 87 queriendo honrar la me-

moria de sus próceres del pasado sólo encontraron cuatro nombres: Fructuoso Rivera, Joaquín Suárez, y Venancio Flores, y entre ellos tuvieron que incluír el del blanco Lavalleja, mistificando así la opinión y falseando la historia nacional.

Pero entre los Artiguistas, con quienes estaba la bandera de la patria, y los cabildantes que sufrían la imposición de la fuerza de la necesidad, ó del terror: estaban los que de lleno y convencidos proclamaban la traición de lesa patria de entregar nuestro territorio á los portugueses, que formaban en sus ejércitos, guiaban la invasión de las tropas extranjeras, y constituían un partido liberticida, del cual era uno de sus primeros directores el oriental D. Nicolás Herrera, ministro de Posadas primero y secretario de Lecor después.

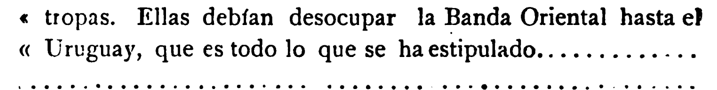
Una de las ominosas cláusulas del tratado leonino de 1811 era que la Junta de Buenos Aires enviaría recursos á la península española para el sostenimiento de Fernando VII. Obligando así á los pueblos á dar recursos á los enemigos, traicionando la causa de la revolución, vendiendo un pueblo, y sembrando la discordia y la impopularidad del gobierno central con semejantes procederes. Los españoles reclamaban el cumplimiento del vergonzoso tratado, lo que obligaba á la junta á explicaciones anti-patrióticas, anti-revolucionarias y lastimosas.

El ilustrado y enérgico Rivadavia que según Carlos María Ramírez se había pasado algún tiempo el año diez ocupado en hacer ahorcar gente, y que más tarde se había de vincular á otros sangrientos sucesos, dirigía al gobernador Vigodet como secretario en compañía de Chiclana, Sarratea y Passo. una nota cortesana y complaciente, dando satisfacciones de por qué aún no había verificado Artigas la evacuación de la Banda Oriental. Todo esto lo hacía después de las victorias del Colla, Maldonado, Santa Teresa, San José y Las Piedras, como más tarde lo veremos pretender entregar la Banda Oriental á los brasileros, después de las gloriosas batallas de Sarandí é Ituzaingó.

En ese lamentable documento en que se declaraba con arreglo al tratado de 1811 que la Banda Oriental era territorio de la Nación Española, se patentiza en el siguiente párrafo la espontaneidad con que Artigas fué seguido por las familias y poblaciones de su patria; lo que prueba la evidencia que se tenía de este hecho en los primeros años de la revolución, y antes que la calumnia, con respecto al héroe, hubiera organizado su sistemática tiranía y hubiera hecho el camino que hizo después. He aquí ese párrafo:

«Se han recibido en efecto las contestaciones, y por ellas « sabe este Gobierno que el General Artigas sigue sus mar- « chas con destino á situarse en el territorio *de esta jurisdic-* « *ción* aunque el crecido número de familias QUE ESPONTANEA- « MENTE LE SIGUE, ó temiendo la dominación portuguesa, « ó *resueltas por opinión* á no someterse jamás al gobierno de « esa plaza, impide se hagan aquellas con la rapidez que fuera « de desear. No está en manos de aquel general precaver la « emigración de las familias y hacendados que le acompañan, « con los cortos bienes que puedan salvar en medio de su con- « flicto, y mucho menos evitar algunas desgracias que produce « en las guerras civiles la agitación y el espíritu de rivalidad... « Casi no pasa día que no reciba este gobierno multiplicadas « quejas de insultos y agresiones escandalosas que sufren *de los* « *europeos* en la Banda Oriental, aquellos hombres que tomaron « las armas en defensa de los derechos de su patria, y *lejos de* « *amontonar reclamaciones* ha tomado el partido DE CALMAR « SUS JUSTOS RESENTIMIENTOS, dejando al tiempo la sofocación « de las pasiones exaltadas y el restablecimiento de la unión « entre los hermanos.

« El general Artigas no se embarcó en la Colonia, porque el « gobierno tuvo por conveniente enviarlo sin dilación á la « custodia de los pueblos de Misiones y demás de su juris- « dicción que se hallan impunemente insultados por las par- « tidas portuguesas, y porque en los tratados no hay una sola « expresión que establezca la necesidad del embarco de las


« tropas. Ellas debían desocupar la Banda Oriental hasta el « Uruguay, que es todo lo que se ha estipulado............

. . . .

« El general escribe que gruesas partidas portuguesas le pi« can la retaguardia, y este es otro obstáculo á los progresos de « sus marchas, sería de desear que interpusiese V. S. todos « sus respectos para contener estos desórdenes, haciendo que « los Portugueses no difieran por más tiempo su existencia « peligrosa en el territorio de la nación española, como el « único medio de que, *tranquilas las familias errantes*, vuelvan « á la posesión segura de sus hogares.

. . . .

Dios Guarde á V. S. muchos años.

Buenos Aires, Diciembre 28 de 1811.

FELICIANO ANTONIO DE CHICLANA—MANUEL DE SARRATEA—JUAN JOSE PASSO—BERNARDINO RIVADAVIA, Secretario.

Señor Gobernador y Capitán General de la Plaza de Montevideo—Don Gaspar Vigodet.

Fijo en el campamento del Ayuy, como Prometeo en su roca, estaba el pueblo titán de San José y de Las Piedras, mientras le roía las entrañas el buitre de la conquista extranjera, llamado por el Júpiter de la traición á talar los campos de la patria. Grande en su desgracia y fuerte en su desventura, soportaba abnegadamente su amargo dolor y alimentaba sus grandes esperanzas.

Río por medio estaba situado un ejército portugués que espiaba sus pasos, y en su propio seno continuaban los agentes de Sarratea aquellas intrigas que con blasfemias y calumnias había principiado este en el primer sitio de Montevideo y acerca de cuyos propósitos innobles y menguados dió la nota más destemplada de la calumnia el furibundo unitario de 1818 don

Pedro Feliciano Cavia, el tránsfuga de todos los partidos que murió en la desesperación y en la abyección política esperando un puesto en la *Gaceta* y solicitando las limosnas de Rozas, justificando así aquel refrán español del que tanto uso hacía entre nosotros el conocido profesor de literatura Dr. Daniel Granada, que dice así: *quien mal andá, mal acaba.*

Su folleto-diatriba fué la fuente cuyas aguas cenagosas han hecho correr los historiadores porteños; á los que pretenden hacer cola entre nosotros algunos escritores, pálidos satélites de esos astros de la historia argentina que pretenden fascinar con su falsa luz y extinguir las glorias inmortales del héroe.

En un cambio de notas el año trece con el intrigante Sarratea elevado de improviso á general, y á general de los orientales, anulando á Artigas en holocausto á la interpretación de los intereses partidistas del círculo dominante en Buenos Aires; el caudillo después de echarle en cara y demostrarle su iniquidad, su perfidia, sus propósitos inmorales, y su maquiavelismo, le decía lo siguiente:

«Analizada por todo principio mi conducta y la de V. E., el ho-
« nor y la virtud me darían el triunfo. V. E. me ha llenado de
« ultrajes en los momentos mismos que mis resentimientos pu-
« dieran impulsarme á una variación en medio de todos los re-
« cursos para realizarla. He sido el objeto del Paraguay, Portugal
« y Montevideo: sus solicitudes no han cesado jamás. Sin embar-
« go, el mundo vió mi pundonor y mi delicadeza. V. E. mismo
« debe haber visto originales las cartas de Elío y Vigodet para
« mí, y que tuve el cuidado de dirigir al momento al Superior
« Gobierno. Me he visto perseguido, pero mi sentimiento jamás
» se vió humillado. Conocía los trabajos que me aguardaban por
« la emulación, pero mi constancia era el efecto de todo. *La*
« *libertad de la América forma mi sistema y* PLANTEARLO MI ÚNICO ANHELO. Tal vez V. E. en mis apuros, y con mis recursos *habria hecho sucumbir su constancia* Y SE HABRIA PROSTI-
« TUIDO YA. Aún en el día, cuando V. E. parece que hace el
« último esfuerzo para aburrirme, Montevideo empeña más sus

« pretensiones sobre mí. Con todo, no hay circunstancia ca-
« paz de reducirme á variar de opinión. Esclavo de mi gran-
« deza, sabré llevarla á cabo dominado siempre de mi justicia
« y razón. Un lance funesto podrá arrancarme la vida, pero
« no envilecerme. El honor ha formado siempre mi carácter;
« él reglará mis pasos. Entre tanto, no sé qué discurrir sobre
« lo patriótico de las intenciones de V. E. viéndolo ahora con
« tanto anhelo por hacerme apurar la copa del sufrimiento.
« Después de mis servicios, de mis trabajos, de mis pérdidas.
«¡Yo declarado traidor! .... Retírese V. E. en el mo-
« mento. El mundo se halla en estado de justificar los efec-
« tos que haga yo tocar á V. E. todos los instantes que su
« pertinacia escandalosa le haga permanecer en esta Banda.

Dios guarde á V. E.

Paso de la Arena, Febrero 11 de 1813.

JOSE ARTIGAS.

Al General del Ejército Auxiliador D. Manuel de Sarratea.

Tal vez no está muy lejano el día en que las generaciones futuras se admirarán y no podrán explicarse la aceptación por parte de orientales de las calumnias propaladas contra Artigas, y en que considerarán como una degradación intelectual el haberse dejado imponer tan infames tradiciones por la magia de una propaganda esencialmente partidista.

Por su parte el Dr. Carlos María Ramírez que había profesado durante muchos años la tradición legada por D. Nicolás Herrera, el General Vedia, D. Pedro Feliciano Cavia y otros, y sustentada principalmente por López, Mitre y Sarmiento, ha hecho ya su conversión y se explica al respecto de la siguiente manera: «Y bien!—los hijos y los nietos de los que así juzgaron
« al general Artigas en aquel trance supremo, HEMOS QUEDA-
» DO ANONADADOS cuando hemos visto impresos, sesenta años
« después, todos los documentos secretos *que justifican aca-*

« *badamente* la terrible acusación lanzada por Artigas, por
» Dorrego, Moreno, Agrelo, Pazos, y demás víctimas de la
« arbitrariedad directorial en 1816.—*Todo era cierto*, y las iras
« del caudillo estaban apenas á la altura de su desesperada
« situación!

« Pasemos revista de esos documentos secretos», dice, «cuya
« publicación *ha trastornado*, DESDE LA BASE HASTA LA CÚSPIDE, el juicio primitivo de aquel gran momento histórico.»

El éxodo oriental será siempre una gloria de nuestra nacionalidad y de su primer gefe y uno de los hechos honrosísimos que más gráficamente revelan la genialidad del carácter de nuestro pueblo, su desprendimiento para los intereses, su abnegación para los trabajos, su disposición para el heroismo, y su acendrado amor á la patria y á la libertad; condiciones que lo han distinguido siempre, hasta ahora que los nuevos sofistas han tomado sobre sí la tarea de tratar de arrancarle la fuente de sus virtudes.

CAPÍTULO VIII

La vuelta del destierro

La oligarquía porteña comprendió que en medio de su desdén por la Banda Oriental y en su odio á Artigas había cometido un grave error que ahora venía á poner en peligro sus propios intereses. El tratado de 1811 no le daba la seguridad que de él había esperado, porque los portugueses en vez de repasar sus fronteras como se había estipulado, se burlaban de la Junta, permanecían en el territorio Oriental, y más aún, venían á estacionarse en la costa del Uruguay observando el campamento de Artigas y como esperando refuerzos, para en ocasión oportuna lanzarse sobre Entre Ríos y continuar, quién sabe hasta donde su invasión, dadas las derrotas sucesivas de Belgrano.

Los españoles por su parte y como aliados de los portugueses conservaban en virtud del tratado de 1811 y en razón del extravío de la Junta y de su odio á Artigas, á Montevideo como plaza fuerte del convulsionado Vireynato, y con su base y con las tropas que debía proporcionar fué con lo que pudo pensarse en la realización de la conjuración de Alzaga que en 1812 puso en peligro á la revolución.

La situación de la oligarquía porteña era apurada y la responsabilidad que iba á echarse encima como aumento de la que se había echado ya, era gravísima; y comprendió que á todo trance era necesario disminuir de alguna manera los peligros que se cernían en el camino revolucionario, y disipar la tempestad que por su imprevisión y partidismo se condensaba ya en los horizontes de Oriente.

Traicionada la causa oriental, abandonado su pueblo, y anulado momentáneamente Artigas por las intrigas de esa misma oligarquía que ahora temblaba ante las consecuencias de sus propios actos, le fué necesario apelar á los intereses extranjeros, y apeló á los ingleses.

Estos tenían gran interés en conservar abierto al comercio de la Gran Bretaña el mercado de las Provincias. Lord Strangford ministro Inglés residente en Río Janeiro, trabajado al efecto por los agentes de la Junta de Buenos Aires, decidió al príncipe regente de Portugal á entrar en negociaciones con el gobierno revolucionario y á que le enviase con este objeto un comisionado á fin de establecer un pacto que restableciese las relaciones amistosas entre ambos gobiernos.

El enviado extraordinario del príncipe regente de Portugal que tenía su asiento en el Brasil fué el coronel Juan de Rademaker que inmediatamente después de su llegada á Buenos Aires, celebró con la Junta un pacto por el cual las tropas portuguesas debían retirarse sin demora del territorio de la Banda Oriental, lo que se cumplió á pesar de la resistencia que á ello opuso el general portugués Diego de Souza, que había invadido con cuatro mil portugueses y treinta y seis piezas de artille-

ría, en otra creencia, con deseos de absorción y de vandalismo, y con muy distintos propósitos que los de retirarse en virtud de la influencia inglesa de Lord Strangford.

Este tratado conocido en la historia con el título de convenio Rademaker se celebró el 26 de Mayo de 1812.

Despejada así y en esa parte la situación y previniendo el que no fuesen á repetirse los mismos peligros, la Junta convino en la necesidad de poner nuevamente sitio á Montevideo y de llamar á Artigas con este propósito. Se resolvió el envío de un ejército con este objeto, pero en vez de darle el mando á Artigas como le correspondía por sus anteriores triunfos en su provincia natal como Jefe de los orientales, se nombró gefe de Vanguardia al general Rondeau, y prescindiendo de Artigas para este cargo, se nombró general en jefe á don Manuel de Sarratea, personaje de confianza de la oligarquía porteña, hombre civil improvisado general por la intriga que se alimentaba contra Artigas, é individuo del cual dice lo siguiente el historiador López: « El rasgo característico de Sarratea era la deslealtad de sus « opiniones y la inconsecuencia de sus procederes. Con una « facilidad asombrosa mentía y daba explicaciones á todo, usan- « do formas volubles y doblegando su verbosidad al influjo de « las ideas y de los intereses de aquel con quien hablaba. Era « á este respecto un embrollón de excelentes maneras, de inge- « nio vivo y suelto, de imperturbable impavidez, que siempre es- « taba pronto á dar á todas las conversaciones el aire de una con- « fidencia íntima sobre las intrigas ó maldades, los crímenes ó « los propósitos de los demás. Para algunos, éstas son gran- « des cualidades políticas... pero la verdad es que ponen tan « abajo el nivel moral de quien las emplea, que rara vez deja « él de ser instrumento miserable de los demás y que al fin es- « colla en sus mismas miserias bajo el menosprecio general».

El Dr. Ramirez dice con respecto á este punto: «Llegaba « pues á su término el éxodo oriental.—Era indispensable re- « conquistar el territorio abandonado y restablecer el sitio de « Montevideo. ¿Qué hizo entonces la Junta de Buenos Aires

« Nombró general en jefe á don Manuel de Sarratea, sujeto
« que fué toda su vida un mal sujeto, según los mismos histo-
« riadores argentinos,—personaje de salón,—desconocido en la
« carrera de las armas, y á la sazón representate del localismo
« hostil á las influencias provinciales».

A más de este nombramiento acabaron de colmar la medida, las intrigas de Sarratea y las disposiciones de la Junta que quitaron á Artigas los cuerpos regulares del ejército de Buenos Aires, que estaban bajo su mando, dejando sus fuerzas reducidas á las milicias de sus paisanos.

Después de un penoso y largo año de proscripción el caudillo regresaba á su patria al frente de su pueblo, y Sarratea emprendía la marcha con su ejército en dirección á Montevido.—Entre tanto el general Rondeau había avanzado con la vanguardia hasta frente de Montevideo y alcanzaba el 31 de Diciembre de 1812 sobre los realistas el brillante triunfo del Cerrito.

A poco ni Artigas ni los jefes del ejército de Buenos Aires pudieron soportar las impertinencias y los maquiavelismos del intrigante Sarratea disfrazado de general, que había llegado hasta tratar de sobornar oficiales para que asesinasen al caudillo; y reunidos lo depusieron del mando, reconociendo Artigas abnegadamente la jefatura de Rondeau. Más tarde Sarratea aceptó una misión á Europa que tenía por objeto secundar los trabajos monárquicos en busca de un rey para estas regiones; tarea en que ya estaban empeñados en el viejo mundo Belgrano y Rivadavia.

Nos extenderíamos demasiado y nos saldríamos del plan que nos hemos trazado en este trabajo si entráramos á detallar en este capítulo el reconocimiento de la provincia oriental por la asamblea, el envio á ella de los diputados de la Banda Oriental por esta las instrucciones y bases de federación propuestas por Artigas, el rechazo de unos y otras por la Asamblea de Buenos Aires, el bárbaro decreto de Posadas y Herrera á que ya hemos hecho referencia poniendo á precio la cabeza de Artigas, las consecuencias que estos errores produjeron, y demás hechos que tuvieron lugar en el año trece.

Nos basta á nuestro propósito manifestar que una vez estrechado el sitio de Montevideo el Gobierno de Buenos Aires se resolvió á poner en práctica el medio indispensable para la toma de la plaza, sin el cual ya hemos indicado antes que Montevideo era intomable. Nos referimos á la destrucción de la escuadra española que apoyaba eficazmente la resistencia de los sitiados; como más tarde otras escuadras poderosas pertenecientes á varias nacionalidades habían de apoyar y hacer duradera la resistencia dentro de los mismos muros, del partido unitario y de unos pocos colorados orientales, al partido blanco y al ejército sitiador del General D. Manuel Oribe.

El heroico irlandés D. Guillermo Brown que muy luego debía alcanzar tan preclaro renombre en las aguas del Plata, fué el encargado del mando de la escuadrilla que había de ser la causa más poderosa de la toma de Montevideo.

Después de un desembarco y triunfo de detalle aunque importante en la isla de Martín García tuvo lugar el combate naval decisivo en las aguas de Montevideo, en el cual Brown destruyó completamente la escuadra española obteniendo el primer gran triunfo marítimo de la revolución de Mayo.

Destruído así por este gran éxito el más eficaz apoyo de la plaza, su caida era solamente cuestión de tiempo, y tocóle el honor de recibir en Buenos Aires los honores del triunfo al General Alvear, el futuro vencedor de Ituzaingó, que en los últimos días del sitio había sustituido á Rondeau en el mando del ejército sitiado, trayendo un refuerzo de 1500 hombres y algunos cañones y que como el gran Pompeyo llegaba generalmente en oportunidad de sellar con la victoria la constancia de los esfuerzos agenos.

El 20 de Junio de 1814 capituló Vigodet y el 22 el ejército de Alvear entró en la plaza encontrando 8000 fusiles 300 cañones y todo género de pertrechos de guerra.

Caído el último baluarte del poder español en la parte oriental del deshecho Vireynato, era de esperarse que los orientales que habían hecho toda clase de sacrificios por su libertad y su

independencia, y que tenían á su cabeza un gran jefe capaz de ser centro y dar unidad al poder, obtendrían como era de justicia el gobierno local de su provincia, bajo el gobierno supremo de Buenos Aires, dando de alguna manera forma á la idea de federación reclamada por Artigas en sus bases de 1813.

Esto estaba en el corazón y en la mente de los jefes y de las masas populares, pero no sucedió así. La oligarquía porteña se había propuesto gobernar á las provincias desde los albores de la revolución, como medio siglo más tarde debía todavía pretender gobernarlas don Bartolomé Mitre por medio de agentes políticos y militares como el coronel Olivio Sandes que como viento de muerte y como turbión de sangre debían pasar por sobre las provincias y los pueblos.

El doctor Cárlos M. Ramírez dice al respecto: «Cayó Mon-
« tevideo y al punto el general Alvear abrió operaciones con-
« tra Artigas».

Y el historiador argentino Maeso que ha disipado tantos errores relativos á Artigas dice acerca de este punto:

« Ningún hecho, ni la más pequeña concesión, demostraron
« que hubiese de parte del gobierno de Posadas la menor dis-
« posición á reconocer que los hijos de esta Provincia, tan
« patriotas y decididos contra la opresión española, tenían
« indisputable derecho á administrar por sí mismos sus intere-
« ses públicos, juzgándoseles al fin aptos para una misión que
« exclusivamente les correspondía y para un derecho que era
« imprescindiblemente suyo.

« La historia demuestra que, en cuanto á los orientales en
« armas á las órdenes del general Artigas, en vez de procurarse
« con este una solución pacífica y conciliatoria, Alvear no va-
« ciló en hostilizarlo por todos los medios á su alcance, por las
« armas y aún por la perfidia.

«Fué así cómo el 24 de Junio, al día siguiente de su entra-
« da á la plaza de Montevideo, consiguió Alvear sorprender
« batir y perseguir la división del coronel Otorgués, fuerte de
« 1.300 hombres, que se había acercado á Las Piedras como

« vanguardia del ejército del general Artigas, y el cual venía á
« nombre de éste gestionando la entrega de la Capital de su
« Provincia, para lo cual comisionó á los señores doctor Re-
« vuelta y cápitan don Antonio Saenz.

Y luego agrega: «Algunos de los primeros gobiernos argen-
« tinos observando una política tan extraviada como culpable,
« intentaron desde 1812, en 1814 y 15, desconocer el buen de-
« recho del pueblo oriental á gobernarse por sí mismo, que ya
« explícita y terminantemente habían reconocido al pueblo
« paraguayo en 1811.

«Empeñáronse en maltratarlo como á servil colono, ó como
« humilde subordinado, en vez de considerarlo como herma-
« no y aliado; ejerciendo en consecuencia sobre él una coacción
« opresora.

«Ante legítimas y justificadas resistencias, otros gobernantes
« lo entregaron más tarde como una inicua y bárbara expia-
« ción de su autonomía; lo entregaron aislado y abandonado á
« la conquista extranjera debilitándolo con inícuas invasiones,
« enviadas contra sus aliados de Santa Fé y Entre Rios.

«Pero si todo eso se puso en práctica en nombre de una po-
« lítica funesta, no es el pueblo Argentino responsable de tales
« errores y culpas capitales, ni de aquel sistema de odiosa
« opresión, ni de aquellos crímenes históricos.

« Siempre que pudo el pueblo Argentino se opuso á ellos,
« al mismo tiempo que pagaba más caro que nadie con su san-
« gre y con sus tesoros, esas grandes faltas de aquellos gober-
« nantes.

« El mismo pueblo argentino en distintas épocas ha repudia-
« do y condenado aquella política agresora y fratricida. *Derro-*
« *có tres veces* á los directores despóticos que sucesivamente
« la iniciaron y adoptaron. Anuló y desprestigió á los partidos
« que los sostuvieron. y condenó hasta la memoria de esos
« atentados nacionales.

Y condenando lo injusto del proceder de la junta en el ca-
so de la toma de Montevideo dice:

« Sus gobiernos violando los mandatos de la igualdad y de
« la libertad, y faltando á todos los compromisos solemnemente
« contraídos desde 1810, por la primera Junta Gubernativa
« de Buenos Aires en su célebre circular á las Provincias,
« trataron á Montevideo y á toda la Provincia Oriental como
« á país conquistado, sin conceder á sus hijos durante tres
« años de sacrificios y combates una parte en la dirección de
« los asuntos militares, negándoles hasta el derecho de or-
« ganizar una administración municipal propia; enviándoles
« sus gobernadores absolutamente desconocidos en el país;
« imponiendo odiosas contribuciones de guerra; exigiendo la
« aprobación del jefe de la guarnición hasta para la elección
« de tenientes alcaldes; despojando por último á Montevideo,
« capital fortificada de la Provincia, del inmenso material de
« guerra que el poder español había acumulado en ella, una
« gran parte del cual, cuando menos, le correspondía en jus-
« ticia; persiguiendo y hostilizando con feroz encarnizamien-
« to á las milicias orientales tan probadas en su abnegación
« y sacrificios patrióticos, practicando á la vez otros actos de
« violencia; negando á los hijos del país hasta el derecho
« de quejarse, castigado entonces como un delito de indisci-
« plina militar bajo la ley marcial más rigorosa é inapelable.»

Y abundando aún en merecida justicia hacia el pueblo hermano que no puede ser responsable de los abusos, usurpaciones y desbordes de los tiranos y de los oligarcas, agrega el mismo historiador con toda verdad:

« El pueblo argentino, y principalmente el pueblo de Buenos
« Aires, condenaron de la manera más franca é intergiversable,
« los desaciertos y atentados de ciertos gobiernos, cuando éstos
« comprometían gravemente el crédito de la nación, degradán-
« dola ante el extranjero con humillantes condescendencias ó
« con inicuos pactos y alianzas, con tanta mayor razón cuanto
« más violentos eran los medios de que echaban mano para
« imponerse á las Provincias.»

Esto es muy cierto, y si algunos argentinos, casi siempre del

partido unitario, han hecho lujo de desdén por la Banda Oriental y creyendo que debía tratársela como á país conquistado han opinado y procedido en consecuencia, en cambio otros argentinos generalmente adictos al sistema de organización federal, han sido amigos de los orientales, han visto en éstos un pueblo hermano, y han defendido la causa de su libertad y de su independencia, al extremo de obligar á gobiernos argentinos opuestos á los intereses orientales á mezclar las armas de ambas naciones en defensa de sus derechos.

Por eso así como Tagle, Manuel José García, Pueyrredón, Rivadavia y Mitre se corresponden á través de las edades como enemigos de las justas aspiraciones orientales, se corresponden también en su defensa y en el auxilio á sus verdaderos intereses, San Martín, Dorrego, General Guido, Rozas, Urquiza, Alberdi, Miguel Navarro Viola, Cárlos Guido y Spano, Nicolás Calvo, Florencio Garrigos, Federico de la Barra, General Roca y Dr. Leandro N. Alem.

Libre la provincia Oriental de españoles y portugueses la oligarquía de Buenos Aires pretendió dominarla por el sistema unitario y someterla á la imposición de sus caprichos. Los orientales resistieron esa pretensión con Artigas á la cabeza, y la lucha se inauguró con suerte varia en sus principios.

En Guayabo, el combate último y definitivo de esta fratricida lucha, mandaba las fuerzas de Buenos Aires el ilustre Dorrego, el león de las campañas de la independencia, que tuvo parte tan importante en las victorias de Salta y Tucumán, en razón de lo cual el general Belgrano celoso de su competencia militar lo separó del ejército, determinación que tuvo que lamentar después, pues así que privó del competente concurso de Dorrego á su ejército, encontró como castigo de su poco generosa conducta las tremendas derrotas de Vilcapugio y Ayohuma.

Es de notable recordación el siguiente detalle de la batalla de Tucumán que Mitre reconoce en su última edición de su historia de Belgrano, tomo II, pájinas 119, 120, 121 y siguientes: «Terminada la batalla de Tucumán, Belgrano no sabía lo

que pasaba, ni si era vencedor ó vencido, y hasta hubiera caído en poder del enemigo si no es por el casual y oportuno encuentro con el coronel Moldes, que le hizo entender que la dirección que llevaba lo conducía á caer prisionero, y le obligó á cambiar de rumbo en busca de su caballería dispersa, en cuyo centro se había encontrado el general al principio de la batalla. Entretanto Dorrego, con la infantería patriota, se había replegado sobre la plaza y tomado posesión de Tucumán, llevando por trofeos de su victoria cinco piezas de artillería, el parque del ejército realista, las banderas de Cotabambas, Abancay y Real de Lima, algunos centenares de prisioneros y dejando el campo sembrado de cadáveres.» Los patriotas se posesionaron con Dorrego de la ciudad de Tucumán y se fortificaron en ella resueltos á defenderse hasta la última extremidad. Recién al día siguiente supo el general Belgrano lo que pasaba y se puso en marcha á la cabeza de una columna de quinientos hombres, con el propósito de incorporarse á Dorrego.

El combate de Guayabo, el 10 de Enero de 1815, dejó dueños de la Banda Oriental á los orientales, pues el gobierno de Buenos Aires ordenó en seguida el retiro de los restos de las fuerzas que había enviado para someterlos.

Es evidente que Dorrego emprendió su campaña en la Banda Oriental por cumplir, como oficial superior, un deber de militar obediente á la disciplina y á su gobierno; pero es indudable que esa lucha entre hermanos, no estaba en su corazón ni con sus ideas. Esta no es una simple suposición sinó un hecho que se corrobora con la conducta de antes y de después del héroe argentino.

Este jamás guardó en su ánimo el más mínimo rencor por la derrota de Guayabo, las mezquinas pasiones no cabían en aquella alma grande, noble y generosa.

Por el contrario, más tarde se convirtió en campeón á la vez que de la idea federal, de la libertad é independencia de la Banda Oriental, y por esa conducta y por su propaganda pa-

triótica sufrió de los gobiernos de Buenos Aires persecuciones y duro destierro; y arrojado á los Estados Unidos de Norte-América, se perfeccionaron allí sus estudios sobre organización federal, y se acentuaron sus convicciones como partidario decidido de ese sistema.

A su vuelta de la proscripción hablaba así, con respecto á nuestra patria el año 1826 en su último discurso ante el Congreso General Constituyente:

« Un señor diputado que me ha precedido en la palabra ha « manifestado, á mí juicio, la opinión verdadera de la provin- « cia oriental decidida por el sistema federal: yo respeto la « opinión de cada cual, pero es indudable que está tan clara, « patente y manifiesta en ella esta opinión, que sólo con ojos « de ictericia se puede buscar allí el sistema de unidad.»

Y continuando en su defensa del sistema federal agregaba el ilustre tribuno:

«Podría extenderme á otras provincias sobre las cuales « está demostrado hasta la evidencia que tienen las rique- « zas y aptitudes necesarias para constituir el Estado bajo « un sistema federal. Pero que digo esto: muchas de ellas es- « tán marcadas por la naturaleza para constituir Estados so- « los, independientes, cuando la población crezca. ¿Qué se « diría si alguno considerase á la Banda Oriental, pobre, mise- « rable y sin recursos, para nada actualmente? Se le diría: no « sea usted mentecato: eso es obra de las circunstancias; con- « sidere usted la Banda Oriental como ha sido y debe ser.»

Más tarde lo veremos en compañía del no menos ilustre general Guido y del general Balcarce ser una de las más fuertes columnas de la Independencia Oriental. Los orientales sucesores de aquellos independientes que acaudillaba Artigas, debemos al héroe Argentino, desinteresado defensor de nuestra causa y al general Guido, sincero y constante amigo de los orientales, el delicado recuerdo de la gratitud.

CAPITULO IX

La libertad del territorio

Nos apercibimos de que hemos dejado correr la pluma por tratarse de estos interesantes puntos, cuando nuestro propósito es solamente dar á la publicidad algunas pájinas de actualidad política aunque basadas en antecedentes verídicos. Detendremos pues el vuelo del pensamiento en el terreno de las reminiscencias históricas, y nos contentaremos con reasumir aquellos antecedentes más importantes á fin de llegar cuanto antes á nuestro objeto.

Libre la provincia oriental de españoles, de portugueses y de agentes de la oligarquía unitaria, pudieron los orientales pensar en la formación de un gobierno propio y en la organización del país dentro del medio ambiente de la época.

Se vivía todavía en plena revolución; y ya Artigas había conquistado por segunda vez la independencia de su patria. Había alcanzado tan grandes resultados para su pueblo, arrojando lejos de sí las mistificaciones y la hipocresía. Jamás se batió á la sombra de la bandera de Fernando VII como la Junta de Buenos Aires, ni transigió tampoco con los abusos de una oligarquía usurpadora que hubiera pagado con largueza su sometimiento ó su complicidad en sus ambiciones.

Había proclamado desde un principio la libertad y la independencia de las antiguas colonias, y había conquistado la libertad de su patria batiéndose á la sombra de esa gloriosa bandera.

Había proclamado la autonomía de las provincias y la unión fraternal de los estados, y había conseguido para su patria la autonomía, y arraigado en ella y en otras provincias, el deseo ardiente de la organización federal.

Estos grandiosos resultados los había obtenido en solo cuatro años, luchando á la vez con cuatro enemigos distintos, pero

á cual más poderoso, más irreconciliable y más exento de escrúpulos para combatirlo. Estos enemigos fueron los españoles, los gobiernos de las provincias unidas, los portugueses y los traidores de la causa de la patria, los descontentos cobardes ó ambiciosos nacidos en su propio país, que con trabajos de zapa minaban la obra del gran patriota y se prosternaban ante el invasor extranjero.

Artigas en su patriótica perspicacia comprendió que si no todos, al menos algunos de esos cuatro irreconciliables enemigos trataría de destruirlo no tan solo en odio á su persona, sinó por la ambición de apoderarse de nuestro territorio; y con una sagacidad política y una largueza de vistas que le honran, trató de conjurar el mal, buscando su remedio donde únicamente podía encontrarlo: en la alianza y federación de pueblos unidos bajo una misma base y animados de un idéntico propósito.

A más Artigas era apóstol de una idea, de la idea de federación, y estaba convencido de que la oligarquía unitaria perdería los dos grandes fines de la revolución: la independencia absoluta de todo poder extranjero y la formación libre de un gobierno propio.

Y es indudable que hubiera sucedido tal como Artigas lo temía sin la patriótica resistencia de las masas con sus caudillos á la cabeza al unitarismo, absorbente, que trabajaba con ardor por realizar sus propósitos de monarquía coronando un príncipe extranjero; que perdía su fé en los dogmas fundamentales de la revolución, y que directa ó indirectamente iba á entregar la patria sometida á un poder cualquiera, á cuyo efecto se buscaba con insistencia un príncipe á quien ceñir la corona que rechazaba con horror el instinto republicano de los pueblos.

En consecuencia, y aclamado por las provincias como «Protector de los pueblos libres» agitó la bandera federal y extendió su influencia con la fé de un verdadero apóstol en las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fé, llegando hasta Córdoba, donde se le regala una espada de honor como á «su heróico defensor», siendo considerado hasta Misiones como fuerte columna de los derechos de los pueblos.

Célebres historiadores de la ilustración de Teodoro Mommsen rinden un testimonio de admiración á Pirro por el pensamiento de salvar las fronteras de su suelo natal y pretender fundar un imperio griego en Occidente.—Escritores no menos ilustres del siglo XIX elogian y se convierten en defensores de la política romana, que nacida bajo las mamas de una loba fué avanzando paso á paso hasta realizar la conquista del mundo.—Y distinguidos escritores americanos admiran la grandeza de Bolívar modificando el mapa de Sud-América y trazando nuevos límites á las naciones.

En muchos de estos casos autorizadamente elogiados, no hay más propósito que la extensión de territorio y la dominación de la fuerza, y sin embargo la aureolo de gloria de que están rodeados basta para justificarlos y sancionarlos.

Artigas no buscaba dominación de territorios ni imposición de la fuerza sinó garantía para la independencia de su patria y campo para el triunfo de sus ideas y de su causa. Pero á la oligarquía unitaria le era imposible admitir que un patriota de la ciudad vieja de Montevideo pudiese convertirse en prócer y gran figura de la revolución americana, y por tanto era menester echar mano hasta de la traición y de la calumnia para destruir su poder y anatematizar su nombre.

CAPÍTULO X

La gran traición

La oligarquía unitaria de Buenos Aires había entrado en una vía que la conducía abiertamente á la claudicación de los principios republicanos y á traicionar los dos fines primordiales de la revolución de Mayo. Renegaba de la idea de independencia absoluta de la nación, desde que por un lado pensaba en avenimientos con la España, mientras por otro trabajaba ardiente-

mente por la coronación en el Río de la Plata de un monarca extranjero de cualquier nacionalidad. Y renegaba del propósito de la fundación de un gobierno propio y criollo, desde que era evidente que ese monarca extranjero había de confiar más para la estabilidad de un trono, como más tarde el emperador Maximiliano, en sus fuerzas extranjeras, que en la complacencia de los nuevos cortesanos aspirantes á aristócratas y nobles.

La actitud de Artigas, el sentimiento manifiesto de los pueblos y la idea democrática despertada en las multitudes, que la hacían ostensible bajo la dirección de sus caudillos, tuvieron una parte importantísima en el fracaso de las tentativas monárquicas, de los unitarios que depositaban más fé en la unificación y tiranía de los reyes que en la federación y libertad de los pueblos.

Los gobiernos europeos, por su parte recordaban la suerte que los ejércitos de Whitelocke y Beresford habían corrido en el Río de la Plata y conociendo por medio de sus agentes el estado y la disposición de estos pueblos mejor que los oligarcas que pretendían traicionarlos, comprendieron que el asunto era dudoso y cuestión de muchos sacrificios de hombres dinero y esfuerzos. Por su parte los príncipes solicitados más perpicaces y previsores que Maximiliano conocieron á fondo la resolución inquebrantable de los sud-americanos á despecho de sus ambiciosos y de sus intrigantes, y tomaron la prudente resolución de no aceptar la contingencia de un anticipado Querétaro.

Mientras Artigas después de haber obtenido la libertad de su provincia natal se ocupaba de su organización interna y desplegaba á todos los vientos la bandera de la federación haciendo cada día nuevos prosélitos y extendiendo su influencia á otras provincias, la oligarquía unitaria, sin fé en los dogmas de la revolución, ponía en juego las más negras intrigas y maquinaba las más horrendas traiciones con el propósito nefando de destruir el poder de Artigas y de basar sobre su ruina é imponer á los pueblos el sistema unitario que estos resistían, y que tantos días de sangre había de dar á la República Argentina.

Impotentes los oligarcas para obtener por la fuerza, la calumnia, la intriga, el halago ó el despotismo el sometimiento de los pueblos á una idea que su conciencia, sus instintos y sus aficiones rechazaban, no titubearon en mendigar la intervención extranjera, la imposición de la fuerza extrangera mediante la entrega de la causa y de la patria, bajo la más repugnante y odiada de las formas: la de la monarquía impuesta por la traición.

En este sentido y con este condenable propósito fueron enviados á Europa agentes de la oligarquía en busca de un príncipe á quien coronar rey de los argentinos y de los orientales; y por si estos deseos antipatrióticos fracasaran, se volvió la vista hacia el Brasil, y entre las sombras y las tinieblas quedó decretada la más empeñada solicitud por la invasión portuguesa.

A más de estas formas de la inmolación de la causa revolucionaria pretendiendo uncir nuevamente á los pueblos sublevados al yugo colonial de las metrópolis europeas, española y portuguesa, se presentaron en escena dos proyectos igualmente liberticidas. Estrafalario uno, pretendiendo entregar la patria á los ingleses, á los vencidos por los valientes de Buenos Aires y Montevideo, y cuyas banderas se ostentaban como trofeos de guerra en los templos argentinos. Ridículo el otro, empeñándose en sacar de entre los cuicos del alto Perú un monarca Inca que el ilustre Dorrego .calificaba de «*rey de ojotas* y *patas puercas*». Errores tremendos que convertían el hermoso drama de la revolución en la mísera farsa de un Carnaval político.

Era autor del proyecto inglés el benemérito general Alvear, personalidad brillante llena de luces y sombras con grandes condiciones y servicios y muchos defectos y errores, de los cuales fué sin duda el más grave el que con dolor no podemos dejar de consignar aquí. Era el incubador del proyecto incásico del bienaventurado general Belgrano.

Así, después que Artigas había obtenido ya la libertad y la independencia de su patria y mientras encarnando la idea revolucionaria agitaba con brazo pujante y corazón resuelto la ban-

dera de la libertad de la independencia, y de la federación de los pueblos en 1815; cuatro propósitos distintos, cuatro esfuerzos impulsados en otras tantas direcciones, se dirigian á una á hundir á Artigas, y á ahogar bajo la fuerza bruta del extranjero los grandes y patrióticos ideales de la revolución de Mayo.

Antes de presentar algunos documentos para corroborar, nuestras afirmaciones vamos á citar las opiniones de un amigo y dos enemigos de Artigas, todos argentinos, que confirman suficientemente nuestros asertos.

Dice don Justo Maeso en su libro sobre Artigas:

«¿Qué confianza por otra parte podían inspirar en los pue-
« blos sedientos de libertad, fanatizados por el republicanismo
« de su nueva vida, los gobiernos versátiles y tránsfugas que
« como el del Director Posadas, con autorización y bien ex-
« preso beneplácito de esa misma Asamblea, en Ley de 29 de
« Agosto de 1814, enviaba muy poco después á Europa las hu-
« millantes y anti-americanas misiones de Sarratea, de Rivada-
« via y de Belgrano, que tan estrepitoso fracaso tuvieron en sus
« duplicidades con el célebre intrigante Conde de Cabarrus,
« para solicitar ante los reales piés de S. M. Carlos IV, que
« enviase á su hijo el Infante don Francisco de Paula, como
« Rey de los Argentinos, desesperados, decía en una de sus
« notas Rivadavia, «*porque se les creyese fieles vasallos de su*
« *magestad;*» y si no encontraban un rey allí, buscarlo y men-
« digarlo á todo trance en Francia, en Inglaterra, en Luca, en
« Portugal, en cualquier parte?»

« Prefirióse, entonces, mellada y rota la espada de las inva-
« siones sangrientas é incendiarias, excavar sigilosa y torva-
« mente una solución en los medios más reprobados y execra-
« bles: en la traición á la patria.»

« Durante algunos años ese fué el carácter distintivo y sinies-
« tro de la *alta política* Directorial. Por no pactar concilia-
« toriamente con Artigas y sus numerosos adictos de las
« Provincias, salvando la República en su cohesión nacional,
« devolviéndole su fuerza y su integridad, no hubo escrúpulo en

« pactar con la traición, y perpetuar por cuatro veces distintas « el crimen de lesa patria. »

« Ultimamente y como coronación de tan nefanda obra, pre- « firióse ayudar á erigir el trono de un monarca extranjero y su « aborrecida dominación sobre las cenizas de la Banda Oriental, « labrando con mano de Caín la indefinida é irredimible escla- « vitud de sus leales hijos.»

« Encadenamiento fatal de grandes errores y de odiosos crí- « menes.»

« Sin la traición de 1816, el Portugal no se abría atrevido á « invadir la Banda Oriental; ni el Río de la Plata habría enroje- « cido sus raudales diez años después con la sangre de tres ge « neraciones.»

Don Bartolomé Mitre, escritor unitario y enemigo irreconciliable de Artigas entre frases injuriantes y con su implacable malevolencia contra el héroe no ha podido menos que decir:

« Los pueblos anarquizados y los caudillos anárquicos, de- « senvolvían fuerzas, que de otro modo habrían permanecido « latentes destruyendo con ellas el instrumento viejo, *obstando « con su resistencia inconsciente á que triunfasen proyectos bas- « tardos como los de Sarratea, Belgrano y Rivadavia* en Lon- « dres, y los de García en Río Janeiro. El mismo Artigas, « con su brutalidad y sus instintos disolventes, *representaba « ante la sociabilidad argentina* UN PRINCIPIO DE VIDA MAS « TRANSCENDENTAL *que el que sostenía el diplomático argentino « en la corte del Brasil*, empujando ó creyendo empujar á las « tropas portuguesas para eliminar una fuerza que, *aunque bár- « bara* ERA UNA FUERZA VITAL *cuya pérdida debía debilitar el « organismo* argentino.»

« Por eso, ante la opinión ardiente de los contemporáneos, « lo mismo que ante el juicio sereno de la posteridad, LA « POLÍTICA TENEBROSA QUE VENIMOS HISTORIANDO, HA SIDO « IGUALMENTE CONDENADA, porque ella sin resolver ninguno « de los problemas de la revolución, *los complicaba;* sacrificaba « el porvenir de la república á los miedos del momento, y dado

« que sus designios se realizasen, *enervaba por una serie de*
« *generaciones* las fuerzas de un pueblo independiente y li-
« bre, *degradando el carácter nacional*, y HASTA RENEGABA DE
« LA PROPIA RAZA!!»

El doctor López, el enemigo más enconado y terrible de Artigas, que con su docta y elegante pluma ha hecho discípulos aún en Montevideo, aunque principalmente entre los prevenidos y las medianias irreflexivas, ha dicho:

« Empujadas las pasiones en esta dirección fatal, era indis-
« pensable remontar el curso que habían traido los sucesos desde
« 1810. No había más remedio que aflojar todos los vínculos
« que habían unido á las provincias con la ciudad de Buenos
« Aires: *que dejarlas libradas á su propia acción*, entregándolas
« á la anarquía local que perturbaba la vida política en cada
« una de ellas, Y QUE ARMAR Á ARTIGAS, para que de su
« propia cuenta, y en provecho propio, resistiese la invasión
« portuguesa. Pero al mismo tiempo, era evidente que las fuer-
« zas marítimas del Portugal *vendrían á pedirle razón á Buenos*
« *Aires de semejante alianza*, tratándola naturalmente como á
« parte beligerante; y que si Artigas era vencido, todo el peso
« de las dos guerras, la de la Independencia y la de Portugal,
« recaería sobre la capital definitivamente extenuada por el
« bloqueo y por estos esfuerzos desesperados. Si por el con-
« trario, se suponía que Artigas viniese á ser vencedor (lo que
« era improbable por otra parte) el resultado tenía que ser
« igualmente funesto para los interéses de la nacionalidad y
« de la civilización argentina».

« Porque dueño, aquél bárbaro intransigente, del inmenso
« poder militar de que era preciso dotarlo, y de los prestijios
« de la victoria, no podía ocultársele á nadie que el país en-
« tero tenía que caer bajo la férula de un tirano intratable y
« brutal, cuyos medios de gobierno y cuyos agentes eran bien
« conocidos.»

« ¿ Cómo remediarlo ? El Congreso de Tucumán *estaba ino-*
« *culado también del veneno artiguista*. Sus pretensiones eran

« crear un poder personal y político, no solo ageno sino simpá-
« tico y dominador de Buenos Aires, para gobernar desde afuera
« y *con influencias puramente provinciales, los intereses comunes.*»

Ese modo de ver las cosas del ilustre historiador, que á su vez responde al criterio político de los monarquistas enemigos de Artigas, se asemeja mucho al modo de pensar de aquellos oligarcas cartagineses que en su fé púnica le negaban recursos al defensor heróico de su patria contra los romanos diciendo: « Cartago perderá su libertad si Aníbal triunfa; su indepen-
« dencia si es vencido. »

Pero si esas palabras del ilustre historiador no bastaran para demostrar la espontaneidad y la justicia con que era exigida la federación y al mismo tiempo el convencimiento que tenía la oligarquía porteña de que en Artigas había la savia y la corteza de un Bolívar del Sud capaz de introducir modificaciones en el mapa, léanse las siguientes líneas de la pájina 230 del tomo V de la edición del 86 que es la última de su historia, en las que al mismo tiempo se reconoce y se pretende justificar la complicidad criminal del Gobierno de Buenos Aires con la invasión portuguesa.

Dice así el Dr. López: «Imposible les parecía á los hom-
« bres políticos que la Inglaterra y el Portugal, por sus pro-
« pios intereses, de posición el uno, de comercio el otro, se
« negaran en tan horrible naufragio, *á alargar su mano gene-*
« *rosa* á una parte del mundo cuyos mercados tanto les intere-
« saban, y cuya cultura y salvación era uno de los más vivos
« clamores de la poderosa prensa de Londres. Era pues
« indispensable, era urgente acudir á ellos. *La Banda Orien-*
« *tal se había hecho independiente.* Como poder independiente
« era extranjero, tenía su bandera propia, su gobierno absolu-
« to; y como independiente y extranjero también, había ocu-
« pado y conquistado dos provincias argentinas en donde
« imperaba militarmente. *Convenía pues contra ese poder es-*
« *traño y usurpador de lo ajeno,* BUSCAR UNA ALIANZA EN EL
« PODER LIMÍTROFE DEL PORTUGAL CONSINTIENDO QUE Á SU

« VEZ CONQUISTASE LA BANDA ORIENTAL *á trueque de ano-*
« *nadar las agresiones de su caudillo y de su barbarie*, y de
« poder recuperar la integridad legítima y natural del terri-
« torio argentino.»

Las autorizadas opiniones que acabamos de citar, reconocen evidentemente la traición á la causa republicana en odio á Artigas, el acuerdo con la invasión portuguesa del año 17 y la resolución de la inmolación de la Banda Oriental. Complementémoslas ahora con la presentación de algunos documentos.

La siguiente comunicación revela también la lealtad de la política del Director Posadas y de su ministro don Nicolás Herrera:

« *Señor don Juan José Passo.*

« Enviado en Chile.

« *Reservado*—El Supremo Director despacha al general Pezuela un diputado, expresándole haber cesado los motivos de
« continuar la guerra entre el gobierno de Lima y el de estas
« provincias, *después de ocupado* el trono por el señor don
« Feruando VII; *que nosotros nos entenderemos con S. M.* á
« quien dirigiremos oportunamente nuestros diputados, para
« conciliar nuestros derechos *con los que él tiene* AL RECO-
« NOCIMIENTO DE SUS VASALLOS; que anuladas las cortes por
« su majestad (á cuyo fin se le remite copia del decreto de la
« materia), no existen los principios en que podía fundar la
« agresión á nuestro territorio, y se le hacen sobre tales bases
« las más serias protestas, reencargando la responsabilidad
« ante el trono hasta de la sangre que se derramase por su
« oposición.

. . . .

«Buenos Aires, Agosto 24 de 1814.»

«Dios guarde á usted, etc.»

NICOLÁS DE HERRERA.

Instrucciones dadas por el Director Supremo Posadas al General Belgrano en su misión á Europa

« Como el exacto desempeño y éxito feliz de la comisión
« encargada á V. S. y á don Bernardino Rivadavia exige que
« dividan su atención *para gestionar con igual destreza* en las
« Cortes de Madrid y Londres, según el semblante que pre-
« senten los tratados en la primera, se hace preciso que diri-
« giéndose á ella solo su socio, fije V. S. en esa su residencia
« para aprovechar las circunstancias, y sacar todo el partido
« posible de las noticias y comunicaciones que deberá hacer
« aquel á V. S. desde Madrid, quedando siempre expedito en
« un caso imprevisto y desgraciado que haga desaparecer toda
« esperanza de conciliación por parte del monarca, para adop-
« tar medidas y entablar pretensiones *de acuerdo en todo con*
« *don Manuel Sarratea* á efecto de proporcionar las mejores
« ventajas y la pacificación de estas provincias, sobre bases
« sólidas y permanentes. En su consecuencia y considerando
« que el viaje y permanencia en España de don Bernardino
« Rivadavia debe ponerlo en la necesidad de causar mayores
« gastos, he determinado que lleve consigo las dos terceras
« partes de los fondos destinados á la comisión, quedando
« V. S. con lo restante para su subsistencia, mientras que le
« lleguen los socorros pecuniarios que trataré de hacer poner
« en manos de V. S. con la calidad de remitir las dos terceras
« partes al expresado don Bernardino Rivadavia durante su
« existencia en España.—Dios guarde á V. S. muchos años.—
« Buenos Aires, Diciembre 10 de 1814.»

GERVASIO ANTONIO DE POSADAS.

Los documentos que preceden, revelan las intenciones del Director Posadas y de su ministro apoyadas por la oligarquía unitaria y relativas al propósito de monarquizar la América traicionando á los patriotas. La siguiente nota fué llevada á Río

Janeiro por el doctor don Manuel José García que inició con ese paso ignominioso su condenable carrera diplomática.

« *Al Exmo. señor Vizconde Strangford, Embajador de S. M. B. en la Corte del Brasil.*»

«Buenos Aires, Enero 23 de 1815.»

« Muy señor mío: Don Manuel García, mi Consejero de « Estado instruirá á V. E. de mis últimos designios con respec- « to á la pacificación y futura suerte de estas Provincias. « Cinco años de repetidas experiencias, han hecho ver de un « modo indudable á todos los hombres de juicio y de opinión, « *que este país no está en edad ni en estado de gobernarse por si « mismo*, Y QUE NECESITA UNA MANO EXTERIOR QUE LO « DIRIJA Y CONTENGA EN LA ESFERA DEL ORDEN, antes que se « precipite en los horrores de la anarquía. Pero también ha « hecho conocer el tiempo la imposibilidad de que vuelvan á la « antigua dominación, porque el odio á los Españoles, que ha « excitado su orgullo y opresión desde el tiempo de la con- « quista, ha subido de punto con los sucesos y desengaños de « su fiereza durante la revolución. Ha sido necesaria toda « prudencia política y ascendiente del Gobierno actual *para « apagar la irritación que ha causado en la masa de estos ha- « bitantes*, EL ENVÍO DE DIPUTADOS AL REY. La sola idea de « composición con los españoles, los exalta hasta el fanatismo, « y todos juran en público y en secreto morir antes que sujetar- « se á la metrópoli. En estas circunstancias *solamente la gene- « rosa nación Británica puede poner un remedio eficaz á tantos « males*, acogiendo en sus brazos á estas Provincias *que obede- « cerán su Gobierno*, Y RECIBIRÁN SUS LEYES CON EL MAYOR « PLACER; porque conocen que es el único medio de evitar la « destrucción del país, á que están dispuestos antes que volver á « la antigua servidumbre, y esperan de la sabiduría de esa « nación una existencia pacífica y dichosa.

« Yo no dudo asegurar á V. E. sobre mi palabra de honor « que éste es el voto y el objeto de las esperanzas de todos los

« hombres sensatos, que son los que forman la opinión real de
« los pueblos, y si alguna idea puede lisongearme en el mando
« que obtengo, no es otra *que la de poder concurrir con la au-*
« *toridad y el poder á la realización de esta medida* TODA VEZ
« QUE SE ACEPTE POR LA GRAN BRETAÑA.

« Sin entrar en los arcanos de la política del Gabinete Inglés
« yo he llegado á persuadirme que el proyecto no ofrece gran-
« des embarazos en su ejecución. La disposición de estas pro-
« vincias es la más favorable, y su opinión está apoyada en la
« necesidad y en la conveniencia, que son los estímulos más
« fuertes del corazón humano. »

« Por lo tocante á la Nación Inglesa no creo que puede pre-
« sentarse otro inconveniente, que aquel que ofrece la delicadeza
« del decoro nacional por las consideraciones de todos á la
« alianza y relaciones con el rey de España. Pero yo no veo
« que este sentimiento de pundonor haya de preferirse *al gran-*
« *de interés que puede prometerse la Inglaterra,* DE LA POSESIÓN
« EXCLUSIVA DE ESTE CONTINENTE, y la gloria de evitar la
« destrucción de una parte considerable del Nuevo Mundo, es-
« pecialmente si se reflexiona que la resistencia á nuestras so-
« licitudes, tan lejos de asegurar á los españoles la reconquista
« de estos países, no haría más que autorizar una guerra civil in-
« terminable, que lo haría inútil para la metrópoli en perjuicio
« de todas las naciones europeas. La Inglaterra *que ha prote-*
« *gido la libertad de los negros en la costa de Africa,* impidiendo
« con la fuerza, el comercio de esclavatura á sus más íntimos
« aliados, no puede abandonar á su suerte á los habitantes
« del Río de la Plata en el acto mismo en que se arrojan á
« sus brazos generosos. (!!) Crea V. E. que yo tendría el mayor
« sentimiento, si una repulsa pusiese á estos pueblos en los bor
« des de la desesperación; porque veo hasta qué punto llegarían
« sus desgracias, y la dificultad de contenerlas, cuando el desor·
« den haya hecho ineficáz todo remedio. Pero yo estoy muy
« distante de imaginarlo, porque conozco *que la posesión de estos*
« *países,* no es estorbo á la Inglaterra para expresar sus senti-

« mientos de adhesión á la España, en mejor oportunidad, y
« cuando el estado de los negocios no presente los resultados
« funestos que tratan de evitarse.

«Yo deseo que V. E. se digne escuchar á mi enviado, acor-
« dar con él lo que V. E. juzgue conducente, y manifestarme sus
« sentimientos, en la inteligencia de que estoy dispuesto á dar
« todas las pruebas de la sinceridad de esta comunicación y
« tomar de consuno las medidas que sean necesarias, para reali-
« zar el proyecto, si en el concepto de V. E. puede encontrar
« una acojida feliz en el ánimo del Rey y la Nación. Dios guar-
« de etc.

CARLOS DE ALVEAR.»

Como se vé, la mayor anarquía se encontraba en las ideas de los hombre de *juicio y opinión*; y no en los pueblos acaudillados por Artigas que á semejanza de los Estados-Unidos, buscaban en su derecho, en sus anhelos de independencia y en sus instintos de libertad, la fuerza propia é inmensa que había de romper, como efectivamente rompió, las cadenas del coloniaje.

El siguiente proyecto demuestra cómo se proponían los unitarios de Buenos Aires arrastrar por el lodo las gloriosas tradiciones de Mayo, y prosternar á los piés de la monarquía y del despotismo los esfuerzos y los sacrificios de argentinos y orientales, en los que tan importante participación había tenido el inmortal Artigas.

Proyecto de convenio con Carlos IV

«Don Manuel Sarratea, don Bernardino Rivadavia y don Ma-
« nuel Belgrano, *plenamente facultados* por el gobierno de las
« Provincias del Río de la Plata, para tratar con el Rey Nuestro
« Señor, el señor don Carlos IV (que Dios guarde) á fin de
« conseguir *del justo y piadoso ánimo* de S. M. *la institución de*
« *un Reino* en aquellas provincias y *cesión de él* al Serenísimo
« señor Infante don Francisco de Paula, en toda y la más nece-
« ria forma:

«Prometemos y juramos, á nombre de nuestros comitentes
« que en el caso que la Corte de Madrid resentida por tan
« justa medida, retire ó suspenda, en parte, ó en todo, las asig-
« naciones que están acordadas al Rey Nuestro Señor don Cár-
« los IV *será inmediatamente asistido* con la suma igual que
« se le hubiere negado, ó suspendido, en dinero efectivo, por
« el tiempo que durase la suspensión ó resistencia de la men-
« cionada Corte á cumplir en estas partes sus obligaciones.

«En igual forma nos obligamos á que en caso de falleci-
« miento del Rey Nuestro Señor Don Carlos IV (Que Dios
« no permita) se sufragarán á la Reina Nuestra Señora, Doña
« María Luisa de Borbón, las mismas asignaciones por vía de
« viudedad, durante toda su vida. (!!!)

«Y á fin de que la prefijada obligación sea reconocida por
« el gobierno y la Representación de las Provincias del Río de
« la Plata, y el Príncipe que en ellas sea constituido, extende-
« mos cuatro ejemplares del mismo tenor, tres de los cuales se
« remitirán á Nuestro Rey y Señor, para que dignándose
« admitir este *testimonio de nuestro reconocimiento*, quiera de-
« volvernos dos de ellos con su Real aceptación para los fines
« indicados, quedando el cuarto en nuestro archivo, firmados y
« sellados con el sello de las Provincias del Río de la Plata,
« en Londres á diez y seis de Mayo de mil ochocientos
« quince».

Manuel de Sarratea—Bernardino
Rivadavia —Manuel Belgrano.

A este vergonzoso proyecto se unía como apéndice el no menos degradante y desconsolador convenio presentado al Príncipe de la Paz:

«Proyecto de convenio con Godoy, Príncipe de la Paz.

« Don Manuel Sarratea, don Bernardino Rivadavia y don
« Manuel Belgrano, plenamente facultados por el Supremo
« Gobierno de las Provincias del Río de la Plata, para tratar

« con el Rey Nuestro Señor, el señor don Carlos IV (Que Dios
« Guarde) y todos los de su real familia á fin de conseguir del
« justo y poderoso ánimo de S. M. la institución de un Reyno
« en aquellas Provincias y cesión de él al serenísimo Infante don
« Francisco de Paula &.

« Por el presente declaramos en toda y en la más bastante
« forma: que en justo reconocimiento de los buenos servicios
« para con las mencionadas Provincias del Serenísimo Señor
« Príncipe de la Paz *hemos acordado* á S. A. S. *la pensión anual*
« *de un Infante de Castilla*, ó lo que es lo mismo LA CANTIDAD
« DE CIEN MIL DUROS AL AÑO, *durantë toda su vida* y con el
« juro de heredad para él y sus sucesores habidos y por ha-
« ber. (!!!)

« En consecuencia, nos obligamos en igual forma, á que
« luego que los diputados don Manuel Belgrano y don Ber-
« nardino Rivadavia, lleguemos al Río de la Plata con el Sere-
« nísimo señor Infante don Francisco de Paula, se librarán
« todas las disposiciones necesarias *para que se abra un crédito*
« donde y á satisfacción de S. A. S. el señor Príncipe de la
« Paz, *á fin de que pueda percibir con oportunidad y sin per-*
« *juicio la pensión acordada*, por tercios, según la costumbre de
« las tesorerías de América.»

« Y á fin de que la citada pensión, sea reconocida y ratifi-
« cada por el Gobierno y Representación de las Provincias
« del Rio de la Plata y necesariamente por el Príncipe de la
« Paz, para que puesta su aceptación en dos de ellos nos los
« devuelva á los fines indicados, quedándose con el tercero
« para su resguardo y el cuarto que deberá registrarse en nues-
« tro archivo, firmados y sellados con el sello de las Provincias
« del Río de la Plata, en Londres á diez y seis de Mayo de mil
« ochocientos quince. »

« *Manuel de Sarratea—Bernardino*
Rivadavia—Manuel Belgrano.»

En la siguiente nota del Director Supremo General Balcarce y de su ministro Tagle, se pide al agente diplomático en la

corte de Río Janeiro, Dr. Manuel García, actividad en la precipitación de la invasión portuguesa y ¡oh colmo de la desvergüenza! se desconfía de la lealtad de Artigas al mismo tiempo que entre las sombras se trama la venta y la traición de los patriotas.

Decía así: « El Gobierno ha dado parte al Congreso Nacio-
« nal del estado que toman nuestras relaciones exteriores, y de
« anuncios hechos por Vd. sobre las que podían establecerse
« en esa Corte.

« *El Congreso ha mostrado las disposiciones más favorables á*
« *este respecto*, y cree que los vínculos que llegan á estrechar
« *estas Provincias con esa Nación*, SEAN EL MEJOR ASILO QUE
« NOS RESTE EN NUESTROS CONFLICTOS........ ....»

« El negocio se trata con un interés y una reserva que casi
« parecen increibles, en el *crítico estado de nuestras* cosas.
« V. S pues, en el desempeño de su comisión, *debe aprovechar*
« *los instantes para tratar con absoluta preferencia de este par-*
« *ticular*, remitiendo un detalle de cuanto se solicitare, y de
« las ventajas que se ofrezcan á estos países.

« Al mismo tiempo, debe Vd. indicar todos los medios que
« hayan de adoptarse por parte de este gobierno, en combina-
« ción con ese Ministerio, *para allanar los obstáculos que pue-*
« *dan oponerse á miras* y pretensiones razonables».

« Pudiera suceder que se creyese necesario destinar un
« nuevo Diputado secreto á Santa Catalina, ó Río Grande, y
« para tal caso, deberá Vd. conseguir una orden para los Go-
« bernadores de dichas plazas, á efecto de que sea recibido
« sin embarazos el que se presente con despachos de este
« Gobierno».

« Averigüe si Artigas tiene algunas relaciones con esa Cor-
« te y de qué género, pues su conducta lo hace sospechoso. (!!!)

« No se detenga Vd. en gastos, si es preciso hacer alguna
« comunicación importante, y de todos modos, repita Vd.,
« en cuantas ocasiones se le proporcione, la relación de todos
« los adelantamientos que se hicieren en un negocio de tan-
« to interés.

« El Gobierno descansa todo en el celo y patriotismo de Vd.
« y cree firmemente que le continúe las pruebas de estos senti-
« mientos.»

Buenos Aires, Marzo 4 de 1816.

«ANTONIO GONZÁLEZ BALCARCE.
«*Gregorio Tagle.*»

Y como si no les pareciera suficiente el empeño que por la invasión portuguesa demuestra esa nota, el mismo día enviaban al Dr. García otra en que se le decía lo siguiente:

« Todas *las gentes de juicio* cuentan además de los esfuer-
« zos que nos restan que hacer en la lucha, *con los princi-*
« *pios liberales que ha manifestado* S. M. Fidelísima el señor
« don Juan VI y *fundan sus esperanzas* EN LOS PROYECTOS
« MAGNÁNIMOS que debe inspisar á S. M. *la aproximación*
« á nuestras Provincias.»

« Bajo tales datos no omita V. S. medio alguno capaz de
« inspirar la mayor confianza á ese Ministerio sobre nuestras
« intenciones pacíficas *y el deseo de ver terminada la guerra*
« *civil* CON EL AUXILIO DE UN PODER RESPETABLE QUE NO
« OBRARÍA CONTRA SUS PROPIOS INTERESES CAUTIVANDO
« NUESTRA GRATITUD.

« Procure Vd. para su patria días tranquilos y felices, y
« despliegue toda la eficacia de su celo para hacerlo recomen-
« dable *por el más importante de todos los servicios.* Tales son
« los sentimientos que me ha inspirado la situación elevada
« á que me ha conducido la confianza pública, nombrándome
« interinamente para ocupar el lugar que dejaba mi inmediato
« antecesor el señor don Ignacio Alvarez, por cuya correspon-
« dencia quedo impuesto de lo obrado hasta aquí en la ma-
« teria.

« Buenos Aires, Mayo 4 de 1816.

« ANTONIO GONZALEZ BALCARCE.
« *Gregorio Tagle.* »

Pero al maquiavélico Tagle no le parecía aún bastante y quería recomendarle al florentino García como amigo, algo á más de lo que le había encargado como Ministro, y en carta particular le decía lo siguiente:

« Convengamos, pues, en la necesidad de tomar medidas « prontas; para fijar con fruto nuestra suerte, y así no pierda « Vd. ocasión para alcanzarlo. *Todo amenaza una disolución general, y lo más sensible es que los pueblos que ya nos miran y tratan á esta capital como á su mayor enemigo,* PUEDEN, SI NOS « DESCUIDAMOS, REDUCIRNOS A LA IMPOTENCIA DE AJUSTAR Y « CONCLUIR TRATADOS. Sálvenos, pues, *nuestra diligencia, y la « seguridad de los medios que adoptemos*. El Congreso *está con- « forme con cuanto* asegure la independencia y seguridad del » país, y *previene á Vd. obre bajo tal garantía* CON TODA FRAN- « QUEZA Y EMPEÑO!! »

El doctor García á su vez rivalizaba en celo con el gobierno de Buenos Aires y en defensa de los intereses portugueses y haciendo propaganda por la invasión con tanto empeño como podría hacerlo un agente portugués decía en contestación á las notas del Director y del Ministro, y aludiendo á Artigas:

« El poder que se ha levantado en la Banda Oriental del Pa- « raná fué mirado desde los primeros momentos de su apari- « ción como un tremendo contagio *que introduciéndose en el « corazón de todos los pueblos* acabaría con su libertad y sus « riquezas.

« Muchos se han engañado, ó porque contaban solamente con « sus buenos deseos, ó porque solo se curaban de escapar de « aquellos males que en el momento los apremiaban más, ó « porque no querían oir otra voz que la de sus pasiones.

« Empero ya ha puesto la experiencia su fallo, y la opinión « de los *hombres sensatos* no puede estar dividida sobre este « punto. *Así no recelo yo en asegurar que* LA EXTINCIÓN DE « ESTE PODER OMINOSO *es à todas luces no solo provechosa sinó « necesaria á la salvación del país.*

« La desmoralización de nuestro ejército ha privado al Go-

« bierno de la fuerza necesaria para sofocar aquel poder, y la « pasmosa variedad de opiniones, de pasiones y de interéses, « privará también al Soberano Congreso, *de la gran fuerza mo-* « *ral que necesita* para sojuzgar á su autoridad hombres feroces « y salvajes, y lo que aún es más, acostumbrados á mandar » como déspotas y Á SER ACATADOS DE LOS PRIMEROS MA- « GISTRADOS DE LOS PUEBLOS.

« En tal situación, *es forzoso renunciar á la esperanza* DE « CEGAR POR NOSOTROS MISMOS *esta fuente primera de la* « *disolución general que nos amenaza.*

« Pero como sus efectos son igualmente terribles á todos « los Gobiernos que están á su contacto, de aquí proviene « que, *alarmado el ministerio del Brasil* de los progresos que « sobre el Gobierno de las Provincias Unidas *va haciendo el* « *caudillo de los anarquistas*, no ha podido menos que repre- « sentarlo á S. M. F. para que sin demora pusiese pronto reme- « dio á un mal, *que creciendo con tanta fuerza* podría en poco « tiempo, cundir por estos sus dominios, haciendo mayores « estragos.»

« En consecuencia, HA RESUELTO S. M. F. EMPEÑAR TO- DO SU PODER PARA EXTINGUIR PARA SIEMPRE, HASTA LA MEMO- RIA DE TAN FUNESTA CALAMIDAD, HACIENDO EN ELLO UN BIEN QUE DEBE A SUS VASALLOS Y UN BENEFICIO QUE CREE HA DE SER AGRADECIDO POR SUS VECINOS.

« Por una combinación de circunstancias *harto feliz para* « *los americanos del Sud (!!) los interéses de la casa de Bra-* « *ganza han venido á ser homogéneos con los del Continente*, « de la misma manera que los de los Estados-Unidos y los de « cualquiera otro Poder Soberano, que se estableciese en esta « parte del Atlántico.......... ....

....

« V. E. observará que al mismo tiempo que S. M. F. *se* « *prepara á* PACIFICAR la Banda Oriental, redobla sus cuidados « por conservar el comercio, y las relaciones amistosas con el « Gobierno de las Provincias Unidas. Que los buques carga-

« dos con las propiedades de sus vasallos, salen para esos « puertos por entre la escuadra destinada á las costas de Mal- « donado, y que sus tribunales están ahora mismo protegiendo « la propiedad de los *súbditos* de V. E.»

Mientras así trabajaba la oligarquía unitaria por asegurar en el Brasil una corona portuguesa sacrificando la Provincia Oriental por medio de una confabulación infame, los agentes unitarios en Europa no desmayaban tampoco en su empeñosa tarea. El siguiente documento instruye de los trabajos tenebrosos de Rivadavia:

«Lo que consta del archivo de la Secretaría de Estado de Madrid es lo siguiente:

«Primera comunicación—De Rivadavia á Ceballos (el Minisnistro del Reino).

«Excmo. señor:

«El 27 del corriente tuve la satisfacción de presentarme á « V. E. en cumplimiento de la Real Orden de 21 de Diciembre « de 1815, de poner en sus manos la Credencial de mi comi- « sión, y de explicarle el objeto de ella, así como los incidentes « que pueden influir más sustancialmente en el asunto.

«Como la misión de los pueblos que me han diputado, se re- « duce á cumplir con la sagrada obligación de presentar á los « piés de S. M. *las más sinceras protestas de reconocimiento de « su vasallaje;* felicitándolo por su venturosa y deseada restitu- « ción al trono; y suplicarle humildemente el que se digne, « como *Padre de sus pueblos,* darles á entender los términos « que han de reglar su gobierno y administración; V. E. me « permitirá el que sobre tan interesantes particulares, le pida « una contestación, cual la desean los indicados pueblos y de- « manda la situación *de aquella parte de la monarquía.*

«Dios guarde á V. E. muchos años.

Madrid, á 28 de Mayo de 1816

BERNARDINO RIVADAVIA.»

Un historiador citado dice: «que es de verdadero interés

« histórico indicar, que á pesar de esa nota tan vergonzosa é
« incalificable por la inícua traición que la inspiraba, arrastran-
« do por el barro las glorias y sacrificios de la patria, el nego-
« ciador recibió á los pocos días un oficio del ministro Ceballos,
« en que después de graves inculpaciones por hechos que: «*au-*
« *mentan las sospechas contra la buena fé de que debía estar*
« *animada la conducta de unos sujetos que arrepentidos de la*
« *tenida hasta aquí acuden á la clemencia del mejor de los sobe-*
« *ranos*», le enviaba sus pasaportes mandándole salir de Es-
« paña.

« La traición recibía así su condigno escarmiento.

« Y esto acontecía en el mismo año y casi en el mismo mes
« en que el Congreso de Tucumán *impulsado decididamente por*
« *el entusiasmo popular* proclamaba *al fin* la independencia de
« las Provincias Unidas! »

A nuestra vez agregamos nosotros que por parte de los orientales esa independencia había sido solemnemente proclamada tres años antes por Artigas en sus célebres bases del año trece.

El doctor don Antonio Saenz, diputado por Buenos Aires al Congreso de Tucumán, en su informe á la Junta Electoral de Buenos Aires decía en 1817 lo siguiente, en que pinta con toda verdad y revela el estado de ánimo de los pueblos y lo poco que entendían su espíritu y sus sentimientos los que tan empecinadamente se empeñaban en contrariarlos:

«Los pueblos todos de la República, porque en eso frater-
« nizaban, no tenían otro Dios que la patria, la libertad, el
« republicanismo, el odio á los reyes, porque rey era el de
« España, inoculados con el entusiasmo santo de las batallas
« más encarnizadas de la guerra de la independencia, se entre-
« gaban á la embriaguez de su emancipación casi salvaje. Los
« triunfos de Alvear, Belgrano, San Martín, las proezas perso-
« nales casi increibles de Artigas, Güemes, Arias, Balcarce,
« Angel Pacheco, Brandzen, Brown, Moldes, Aldao, tenían
« encandecida de orgullo la imaginación de los pueblos que
« veían derrotados de este modo á los españoles vencedores de

« Napoleón; y pretender entonces que los cabalgase un Duque
« de Luca, ó un Príncipe Portugués!

«¡Pobres hombres de talento!»

Estamos horrorizados y fatigados, y suponemos que el lector lo estará también al recordar tanta diplomacía púnica, tanto servilismo y tanta ignominia. Pero nos es indispensable agregar un último documento, una última nota florentina y las degradantes instrucciones que la acompañaban sancionadas por el Soberano Congreso de los partidarios del unitarismo.

La nota es dirigida por el Ministro Tagle á D. Valentín Gómez, Enviado Extraordinario del Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, enviado expresamente á Europa para auxiliar á Rivadavia en su ardua empresa de monarquizar estos pueblos, y dice así:

« Señor Enviado Extraordinario D. Valentín José Gómez:

« En la adjunta copia tiene V. S. la resolución del Soberano
« Congreso, y las Instrucciones á que debe arreglarse sobre
« *el grande proyecto* indicado por el ministro francés y comu-
« nicado por V. E. en nota oficial de 18 de Junio.

« Una detenida meditación sobre las ventajas y desventajas
« del proyecto sobre las observaciones de V. E. y sus fundadas
« sospechas, ha fijado la resolución. Por ella resulta excepcio-
« nado el artículo 7 de las Instrucciones generales, se ocurre á
« cualquiera asechanza que pueda envolver la propuesta, y se
« pone en manos de V. S. el que proporcione á su país los días
« de felicidad á que aspira. Si el Ministro no ha variado de
« ideas, si la frialdad y especie de indiferencia de que informa
« V. S. en nota 12 de agosto no tiene por objeto desistir ó se-
« pararse de la propuesta, espera el Gobierno que sabrá V. S.
« *manejar el negocio con el pulso y madurez que demanda su*
« *alta importancia*, y que ciñéndose á las Instrucciones del
« Soberano Congreso procederá en todo conforme á su tenor
« y al espíritu que arrojan.—Dios guarde á V. S. muchos años.

« Buenos Aires, Noviembre 19 de 1819.

Gregorio Tagle».

Las instrucciones anexas á la nota anterior será el último de estos tristes y vergonzosos documentos que insertaremos en este capítulo; con los transcriptos queda suficientemente evidenciada la traición y la complicidad con la invasión portuguesa. Estas instrucciones hablan de la necesidad de fuerza extranjera para allanar obstáculos que no eran principalmente otros que la resistencia patriótica que opondría Artigas y los que seguían su credo republicano á las maquinaciones monárquicas y serviles. En ellas se convierte el Gobierno surgido de la revolución de Mayo en casamentero del Duque de Luca y en agente matrimonial de cualquier princesa disponible del Brasil. Se mendiga de la Francia la fuerza bruta y « *una asistencia entera para afianzar la monarquía y hacerla respetable*». Para colmo, se proclama el Gobierno monárquico hereditario volviendo al retroceso de la Edad Media el grán movimiento que se había iniciado leyendo Mariano Moreno el contrato social de Rousseau. Y se recomendaba al duque de Luca que trajese *fuerza suficiente* como para debelar pueblos libres y patriotas.

Este indigno documento unitario contrasta con las bases federales de Artigas del año XIII hasta hacer resaltar la diferencia que hay entre los propósitos de los apóstoles de los pueblos libres y las maquinaciones de los serviles que se prosternan ante el extranjero y ante los reyes, traicionando el espíritu republicano y los ideales de una grán causa.

Hé aquí ese desgraciado documento autorizado por todo un Soberano Congreso:

Instrucciones

« Reservadísimo—Exmo. Señor: El Soberano Congreso,
« habiendo examinado en las sesiones del 27 y 30 del mes ante-
« rior y 3 y 12 del presente, el contenido de la comunicación
« dirigida con fecha 18 de Junio último por el Enviado ex-
« traordinario cerca de los poderes Europeos D. José Valent

« Gómez, que V. S. acompañó á su nota reservadísima, del 26
« del mes próximo pasado, ha acordado lo siguiente:

« Que nuestro Enviado en París conteste al Ministro de Re-
« laciones Exteriores de S. M. Cristianísima, que el Congreso
« Nacional de las provincias Unidas en Sud-América ha consi-
« derado con la más seria y detenida meditación la propuesta
« que hace del establecimiento de una monarquía constitucional
« en estas Provincias, con el fin de que, bajo los auspicios de
« Francia, se coloque en ella al Duque de Luca, enlazado con
« una princesa del Brasil, y no la encuentra inconciliable ni
« con los principales objetos de la revolución, la Libertad é In-
« dependencia política, ni con los grandes intereses de las mis-
« mas provincias. Pero sin embargo, siendo el primero y más
« sagrado de sus deberes promover eficazmente su sólida felici-
« dad, poniendo término á la efusión de sangre, y á las demás
« calamidades de la guerra interior y exterior, por medio de
« una paz honrosa y duradera con la España y con los grandes
« poderes de la Europa, bajo la base de su Independencia abso-
« luta y de las relaciones comerciales de recíproca utilidad, para
« decidirse por ellas, necesitaría que se le hiciesen efectivas las
« ventajas que envuelve el proyecto, y por lo mismo preferiría
« para Gefe del Gobierno al principe que se hallara en mejor
« aptitud y con mayores recursos para realizarlas, y allanar los
« obstáculos que pueden presentarse. Que bajo de estos prin-
« cipios la autoridad representativa de la Soberanía de estas
« Provincias podrá conformarse con la propuesta, bajo el tenor
« de las siguientes condiciones: *Primera*—Que S. M. Cristia-
« nísima tome á su cargo allanar el consentimiento de las cinco
« altas Potencias de la Europa, especialmente el de la Ingla-
« terra y aún el de la misma España. *Segunda* – Que conseguido
« este allanamiento, sea también del cargo del mismo rey cris-
« tianísimo facilitar el enlace matrimonial del Duque de Luca,
« con una princesa del Brasil, debiendo este enlace tener por
« resultado la renuncia por parte de S. M. F. de todas sus pre-
« tensiones á los territorios que poseía la España, conforme á

« la última demarcación, y á las indemnizaciones que pudiera « tal vez solicitar en razón de los gastos invertidos en la actual « empresa contra los habitantes de la Banda Oriental. *Terce-* « *ra*—Que la Francia se obligue á prestar al Duque de Luca « *una asistencia entera de cuanto necesite para afianzar la mo* « *narquía en estas Provincias y hacerla respetable*; debiendo « comprenderse en ella, todo el territorio, y la antigua demarca- « ción del Virreynato del Río de la Plata, y quedar por lo mismo « dentro de sus límites las Provincias de Montevideo con toda « la Banda Oriental, Entre-Ríos, Corrientes y el Paraguay. « *Cuarta*—Que estas Provincias reconocerán por su monarca « al Duque de Luca, bajo la Constitución política que tienen « jurada, á excepción de aquellos artículos que sean adaptables, « á una forma de Gobierno Monárquico-hereditario, los cuales « se reformarán del modo constitucional que ella previene. « *Quinta*—Que estando convenidas las principales potencias de « la Europa en la coronación del Duque de Luca, deberá reali- « zarse el proyecto, aún cuando la España insista en su empeño « de reconquistar estas provincias. *Sexta*—Que en ese caso ó « hará la Francia que se anticipe la venida del Duque de Luca, « con todas las fuerzas que demande la empresa, ó pondrán á « este Gobierno en estado de hacer frente á los esfuerzos de la « España, auxiliando con tropas, armas, buques de guerra y « un préstamo de tres ó más millones de pesos, pagaderos « luego que se haya concluido la guerra y tranquilizado el país. « *Séptima*—Que de ningún modo tendrá efecto este proyecto, « siempre que se tema con fundamento que mirando la Ingla- « terra con inquietud la elevación del Duque de Luca, puede « empeñarse en resistirlo y frustrarlo por la fuerza. *Octava*— « Que el tratado que se celebre entre el Ministro de Relaciones « Exteriores de la Francia y nuestro Enviado, deberá ser ra- « tificado dentro del término que para ello se señale, por S. « M. Cristianísima y por el Supremo director de este Estado, « con previo consentimiento del Senado, según las fórmulas « constitucionales. *Novena*—Que á este fin se procurará nu

« tro Enviado el tiempo que se considere necesario para que
« pueda volver de aquí despachado este asunto de tan alta im-
« portancia, *conduciéndolo con toda la circunspección, reserva y*
« *precaución* que impone su naturaleza delicada, *así para*
« *que no aborte el proyecto,* como para impedir las consecuencias
« funestas que ocasionarán *(si llega á traspirar prematuramente)*
« las glosas malignas que sabrán dar los enemigos de la felici-
« dad de nuestra Patria. (!!)

« Lo comunico á V. S. de orden soberana para sus efectos
« consiguientes, con inclusión de la nota original de nuestro
« enviado, y Memoria del Barón de Reynebal.—Sala de sesio-
« nes en Buenos Aires, á 13 de Noviembre de 1819.—José
« Severo Malavia, Presidente—*Ignacio Nuñez,* Pro-Secreta-
« rio.—Al Exmo. Supremo Director del Estado.—Es copia—
« *Tagle.* »

De aquí surge una lección severa que deberían aprovechar los pesimistas, los escépticos, los traidores de las grandes causas, los tránsfugas de todos los partidos, y los traficantes políticos de todas las épocas. Grande, muy grande es la responsabilidad que se arrostra ante la historia imparcial y justiciera que por más que se la sofoque, tarde ó temprano tiene que revelarse, cuando se vulneran los principios eternos sobre que descansa el orden político de las sociedades, y se ahogan los justos reclamos de los tiempos y las legítimas exigencias de las grandes agrupaciones populares.

Esos monarquistas que desmentidos después por los hechos consumados, y desmentidos entonces por los esfuerzos de los patriotas decían que la federación de los pueblos era una insensatez, la independencia absoluta de las cortes europeas un imposible, y las creencias y la pujanza de los pueblos una impotencia; se nos muestran idénticos á los que hoy cuando se pide la libertad de sufragio, el campo libre para la lucha constitucional, la igualdad de derechos para los ciudadanos, y la representación legal de los partidos en los poderes públicos, contestan que el pueblo no está preparado, aunque lo estaba hace

treinta años, y que no se puede ni se debe exigir elecciones libres, aunque en otro tiempo se hicieron, y que por consiguiente es menester permitir que un usurpador cualquiera, de sable ó de mentira, seleccione á su antojo y según sus propias conveniencias los elementos sociales que han de tener participación en los poderes públicos, sancionando así las más escandalosas farsas electorales, y justificando las más criminales usurpaciones, corrompiendo al mismo tiempo la moral pública y cerrando toda puerta á las justas aspiraciones de regeneración.

CAPÍTULO XI

La resistencia herioca

....
....
Arabes del Corán que lleva Artigas

Ellos són, sí, tu libertad, tu vida.
Cabalgan en sus potros altaneros;
No perderás la honra en la partida,
No volverán la grupa tus guerreros.

José Sienra Carranza.

Artigas había obtenido la independencia absoluta de su Provincia natal y en los años de 1815 y 1816 se ocupaba de su gobierno interno y en extender la doctrina del sistema federal en las provincias, de las cuales ya algunas la habían admitido ostensiblemente y se habían puesto bajo su protección. Su poder se había demostrado incontrastable y su destrucción era imposible por la oligarquía unitaria de Buenos Aires. Ya hemos visto que se apeló al extranjero.

Producida la criminal invasión portuguesa por el acuerdo de los gobiernos unitarios con la Corte del Brasil los trabajos en el sentido de su perseverancia y de obtener el fin que se proponían

Oriental, seguían con irritante ardor, es decir, se perseveraba en la traición nefanda, que por escritores argentinos y orientales, se ha llamado el GRAN CRIMEN del partido unitario de 1816 y 1817.

El escritor argentino Maeso dice á este respecto:

« Es sabido que el Príncipe Regente de Portugal, después Juan
« VI, había hecho venir 5.000 hombres de fuerzas veteranas de
« la Península, de las mismas que habían servido á las órdenes
« del Duque de Wellington y de Berresford contra los Maris-
« cales de Napoleón, cuya expedición fué embarcada en Río
« Janeiro en Mayo de 1816 para Santa Catalina, cuando ya
« el Diputado de las Provincias Unidas del Río de la Plata
« doctor García, á nombre de los Directores Alvarez Thomás
« y Balcarce, dirigidos por el doctor Tagle, había facilitado esa
« empresa de ocupación militar y conquista de la Banda Orien-
« tal con toda clase de aberturas y de seguridades de un amis-
« toso y cordial consentimiento.

« Eran conocidos entonces los trabajos en este sentido lle-
« vados á cabo en la Corte por el doctor García, ayudado ac-
« tivamente por el doctor don Nicolás Herrera, quien colabo-
« raba decididamente por el feliz éxito de esa subyugación de
« su patria, en odio sin duda al invencible Artigas, sirviendo al
« efecto de asesor secretario al General Lecor.»

Después de esta alianza de hecho entre el Gobierno Unitario de Buenos Aires y la Corte de Río Janeiro, el Dr. Manuel José García se esforzaba por estrechar y hacer duraderas estas relaciones y alianzas y trabajaba por cerrar un inícuo tratado secreto que afirmase para siempre aquella traición á la causa americana y en nota de 25 de Abril de 1817 decía García al Director Pueyrredón entre otras cosas lo que sigue:

« En consecuencia de estos principios, *acaba de formarse*
« *con mi intervención el proyecto consabido, al cual podrá V. E.*
« *poner aquellas adiciones que juzgue propias para asegurarse*
« *más y más, con tal que no estén fuera de la línea que ahora*
guarda este Gabinete.»

No puede darse nada más ignominioso, más denigrante ni que arroje una responsabilidad más grave sobre los autores de esas infamias, que la cláusula 3ª del proyecto de convenio del Enviado Dr. Manuel José García que dice:

«3º El Gobierno de las Provincias Unidas se obliga á retirar « inmediatamente todas las tropas que con sus respectivas mu- « niciones de guerra hubiese mandado en socorro de Artigas, « y de sus partidarios, y á no prestarle en lo futuro auxilios « algunos de cualesquiera especie y denominación que sean; y « por último á no admitir aquel Jefe y sus partidarios armados « en el territorio de la Banda Oriental que perteneciese al « Estado. Y cuando suceda que ellos se entren por fuerza, y « no haya medios de expulsarlos con la mayor celeridad posi- « ble, EL DICHO GOBIERNO DE LAS PROVINCIAS PODRA SOLICI- « TAR LA COOPERACIÓN DE LAS TROPAS PORTUGUESAS PARA « ESTE EFECTO; LA QUE DEBERA PRESTARSE POR LAS ÚLTI- « MAS CUANDO MENOS EN UNA TERCERA PARTE DE LA FUER- « ZAS CON QUE CONCURRAN LAS PROVINCIAS UNIDAS, *y cons- « tituyéndose las tropas auxiliares bajo la dirección del jefe prin- « cipal de las fuerzas de las mencionadas Provincias*».

Pero hay todavía algo peor, algo más degradante, algo más refinadamente hipócrita en el maquiavelismo traidor de los unitarios que claudicaban de los principios, y tradiciones de la revolución de Mayo.

El artículo 15 de ese mismo tratado de García con el Brasil decía asi:

«15. Se guardará por ambas partes contratantes un inviolable « secreto de los artículos cuya publicación ó divulgación no se « creyese conveniente, que solo se entenderán serlo los que se « expresen á continuación. Por lo que, cuando, á *pesar, de « las precauciones qne se adopten por parte de las Provincias « llegasen á traslucirse algunos artículos de los reservados, el* « GOBIERNO DE DICHAS PROVINCIAS SE OBLIGA Á CONTRADECIR « DE UN MODO SOLEMNE Y COMPROMETIENDO SU DIGNIDAD, SI « FUESE NECESARIO, LA EXISTENCIA DE TALES ARTICULOS!!»

Esto es algo más que púnico y nunca visto que explica la irritación de los pueblos y su proceder más tarde, exacerbado por nuevos crímenes. Aquí no solo se traiciona á los orientales sinó también se trata de engañar á la opinión y á los pueblos por bien ó por fuerza obedientes y sumisos.

Para ese engaño hipócrita é infame se dice que las partes contratantes deben comprometer si es necesario su propia dignidad, como si pudiera comprometerse más la de los que son capaces de procederes tan escandalosos é inícuos.

Los legisladores por su parte comprendían que un proyecto maquiavélico de tanta intriga, de tanta responsabilidad y de tanto cinismo no podía discutirse á la luz del día; y para poder tratarlo y aprobarlo no solo se resolvió poner en vigencia las penas contra la inviolabilidad del secreto de sus deliberaciones reservadas, sinó que se acordó también que se reagravasen con diez años de destierro. «Los diputados Zudañez y Maza,—dice Mitre,—consignaron su voto por la pena de muerte, sin súplica « el uno y con recurso graciable, el otro. Por moción del di- « putado Pacheco, se acordó que las penas fuesen extensivas « al Supremo Director, á sus ministros y á todos los que inter- « viniesen en las relaciones secretas sobre las cuales iban á de- « liberar. El proyecto de tratado, de García, fué fundamen- « talmente aprobado en todas sus partes por el Congreso».

Tal era la tranquilidad de conciencia con que aquellos partidarios del unitarismo tramaban sus infamias, que los más altos poderes públicos que en ellas tomaban parte se veían en la necesidad de adoptar las más crueles precauciones para poder desarrollar sus planes nefandos en las sombras del misterio, á escondidas de los pueblos que gobernaban por grado ó por fuerza, y á fin de evitar la condigna protesta y el justiciero castigo.

Ténganlo en cuenta esos perfectos liberales, puros como un ampo, que en horror á la hipocresía y á la farsa política siguen en sus calumias á los detractores de Artigas.

Ténganlo en cuenta los que no se explican sinó por causas

falsas la indignación de los puehlos, las venganzas posteriores y la efervescencia de las pasiones políticas, que habían de estallar al fin, y que tan criminal y tan insensatamente provocaban los que á sangre y fuego, y á intriga y sombra, pretendían imponer el unitarismo, vendiendo los derechos de los pueblos.

Eso es lo que dice la verdadera historia, aún no escrita; y es también algo que oculta ó transforma la apasionada y fogosa imaginación del Dr. López, de quien algunos se conforman con ser un desteñido pálido y desgraciado remedo; pobres imitadores sin luz, sin colores, sin verdad, sin sinceridad y sin genio.

El Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Tagle, haciéndose caloroso panegirista de este tratado ignominioso, se lo remitió á García diciéndole entre otras cosas en su nota:

« *Así es, que no se ha hecho alteración alguna sustancial del* « *Proyecto intervenido por el Ministerio mismo de esa Corte,* « *en cuyos términos quiere S. E. lo presente á S. M. F.* sin « valerse aún de la inocente astucia, tan acreditada en esta « clase de tratados, de pedir mucho más de lo que se piensa « alcanzar.

« Se ha creido esencialísimo el ingerir expresamente las « explicaciones de los artículos que Vd. remitió por separado, « y aún exclarecer uno ú otro concepto oscuro, atendida la con« dición de las autoridades que intervienen en esta materia.»

« PUEDE VD. SIN EMBARGO ASEGURAR QUE SE HAN TOMA« DO TODAS LAS PRECAUCIONES PARA CONSERVAR LA RE« SERVA MAS INVIOLABLE; que puede contarse con ella como « si fuese infinitamente más estrecho el círculo de los que se « hallan en *posesión del secreto.*

« El Exmo. señor Director, encarga á Vd. que al entregar « el adjunto pliego á S. M. F. le presente á nombre de S. E., « como Jefe Supremo de estas Provincias, *el homenaje de su alta* « *admiración y profundo respeto á su Real persona,* y los senti« mientos de atención y distinguido aprecio, al Illmo. señor « Bezerra, Ministro de Relaciones Exteriores.

« Todo lo que comunico á Vd. de orden suprema para los « objetos expresados.

« Dios guarde á Vd. muchos años.

« Buenos Aires, Diciembre 14 de 1817. »

« *Gregorio Tagle.* »

Estos repugnantes trabajos eran en absoluto favorables al Portugal y al Brasil; pero trabajaron con tanto ahinco los oligarcas de Buenos Aires, que hasta llegaron á hácerlo innecesario á los portugueses, los que una vez que hubieran reducido á la inacción al Gobierno de las Provincias Unidas, y por medio de la traición se hicieron dueños de la Banda Oriental, aislada y entregada á sus solas fuerzas, rompieron un tratado que les exigia amistad cuando su propósito era continuar avanzando por Entre-Ríos; y les obligaba á proporcionar tropas portuguesas al Gobierno de Buenos Aires, para someter á los patriotas sublevados, lo que ya no estaba en sus intereses.

Tanta iniquidad y tanto cinismo como envuelven estas maquinaciones fueron severamente juzgados por los pueblos, pero nunca serán suficientemente execrados por los espíritus republicanos y por los ciudadanos verdaderamente honrados de todas las épocas.

Mientras se desenvolvían en las tinieblas tan detestables tramoyas, la oligarquía unitaria no dejando detalle que emplear en la consumación de su obra infame tuvo la desvergüenza de proponer á Artigas la independencia de la provincia Oriental. Eran ellos pues los que desmembraban el territorio nacional. Eran ellos los que en vez de cumplir con su deber y aliarse con Artigas para rechazar la invasión portuguesa, habían traido esta al suelo de la Banda Oriental, y ahora querían con hipocresia criminal eximirse de la responsabilidad en que forzosamente tendrían que incurrir ante el tribunal sereno é imparcial de la historia.

El General Artigas que no tenía ni un pelo de medio zonzo comprendió que lo que se quería era dejarlo solo en la defensa

de la Provincia, conseguir que sucumbiera bajo un poder cien veces más fuerte que el suyo y lleno de recursos, y dejarle á él solamente la responsabilidad de las consecuencias de un abandono y de un crimen que los mismos proponentes habían tramado en las sombras.

Todo lo comprendió el astuto patriota, rechazó tan pérfidas proposiciones, y convencido de que no podía confiar más que en sus propias fuerzas, es decir: en las que su provincia natal podía poner bajo su dirección y las pocas que podían proporcionarle sus aliados, se preparó resueltamente á la resistencia.

El pretexto de los portugueses fué una reclamación de seis pesos por una multa que le había sido impuesta á un portugués en Montevideo, hecho en el cual ni Artigas ni sus autoridades habían tenido participación.

Así á ese hombre tan calumniado, de quien han dicho lo inconcebible sus detractores, no se le pudo encontrar ninguna violación del derecho de gentes y fué necesario apelar al pretexto y al ridículo.

Artigas cuya dignidad estuvo siempre á la altura de su heroismo, en una de las muchas notas que produjo entonces y que como las que más tarde y en un caso análogo había de producir el malogrado patriota Dr. Antonio de las Carreras, y que eran modelo de energía, de firmeza y de indignación patriótica, decía en 12 de Enero de 1816 al Marqués de Alegrete General Portugués:

« Illmo. y Excmo. Señor: Acabo de recibir la honorable co-
« municación de V. E. reclamativa de *seis pesos*, pertenecientes
« á propiedad del Presbítero José Gomez Riveiro, individuo de
« nación portuguesa, y que S. A. el Príncipe Rejente ha puesto
« bajo su protección. Yo prescindo de la grave dificultad de
« si el derecho de gentes puede favorecer á un individuo, que
« ni supo guardarlo, ni respetarlo: V. E. sabrá decidirlo.

« Sé tan solamente que la exhibición de dicha cantidad fué
« hecha en un tiempo en que las armas de Buenos Aires ocu-

« paban aquella plaza; por consecuencia, V. E., debe repetir « su instancia ante aquel Gobierno, quien deberá responder á ese « cargo satisfactoriamente.

« Tengo la honrosa satisfacción de saludar á V. E. con mis más « afectuosos respetos, y dejar contestada su honorable de 16 « de Diciembre de 1815.

«Cuartel General, 12 de Enero de 1816.

«*José Artigas.*

« Al Illmo. y Excelentísimo Señor Capitán General Marqués « de Alegrete.

« Es copia.

«*Artigas.*»

Dirigiéndose al Cabildo Oriental le decía Artigas:

« Incluyo á V. S. en copia la contestación del oficio dirigido « á mí por el Comandante de Vanguardia, conducido por el « alférez Piris de la Rosa, que llegó á ésta el 4 del corriente, « y fué mandado regresar prontamente. Mi oficio viene conce- « bido en los términos mismos que el que V. S. me incluye en « su honorable del 6 del corriente. V. S. se penetrará de mi « contexto para la uniformidad del suyo.

« Después de eso, deje V. S. que reclamen daños y perjui- « cios, y que invoquen en su auxilio el derecho de gentes. Ese « mismo es el que nos favorece cuando ellos han quebrantado « sobre nosotros todo derecho. A mayor abundamiento incluyo « á V. S. esa carta reciente datada en 22 de Diciembre, y es- « crita desde Río Janeiro. V. S. advertirá en ella las varias « complicaciones de aquella Corte y sus miras decididas por « la Banda Oriental. Mis medidas están ya tomadas, y *el Orien-* « *te hará respetar su libertad con pesar de sus enemigos. Lo* « *que interesa es la energía de los magistrados por un fin tan* « *digno*, y que V. S. penetrado de la fatalidad que nos ame- « nazaría en cualquier momento desgraciado, dirija sus esfuer- « zos á ayudarme, para que todos sean gloriosos.

« *La decisión es unánime y firme en todos los orientales. Su* *genio magnánimo y guerrero sólo necesita de dirección y con-*

» *fianza. Yo por mi parte lo he jurado ante las aras de la*
« *patria y espero que V. S. marque el año 16 con un nuevo*
« *triunfo, debido todo á su celo.* Es conveniente reserve V. S.
» la carta, y sirva sólo para su gobierno entre tanto que los
« momentos no son apurados. Yo iré dictando mis providen-
« cias de precaución y todo cuanto pueda contribuir á fijar una
« época gloriosa.

« Tengo la honra, etc.

« Cuartel General, Enero 12 de 1816.

« *José Artigas.* »

Viendo Artigas que el marqués de Alegrete le enviaba demasiados emisarios para un mismo asunto y presumiendo con toda razón que se trataba de espías, tomó una resolución que recuerda la del anciano Apio Claudio cuando hallándose Pirro en Italia y estando el Senado romano inclinándose á ceder y tratar con él, se hizo llevar en brazos á la sesión por sus cuatro hijos que habían sido cónsules, é hizo adoptar esta memorable resolución:—«La República no trata mientras quede un extranjero en el suelo de la Italia».

De una manera semejante procedió Artigas. Ordenó á su comandante de vanguardia *que no le dejase pasar ningún emisario*, lo comunicó así al Cabildo, y le hizo saber al general portugués que las respuestas á sus comunicaciones debía esperarlas del otro lado de las fronteras.

Esa firmeza en el derecho, esa altivez patriótica son semilla fructífera que no se pierde en tierra de orientales. Más tarde y en un caso análogo Leandro Gomez, el bizarro defensor de Paysandú, procederá del mismo modo, y llegará también hasta la inmolación y el sacrificio, antes que permitir la intromisión sacrílega del extranjero en los asuntos internos de la patria.

El plan de campaña de Artigas que ha sido comparado por su detractor Mitre con el de Scipión el Africano, buscando en Africa la salvación de Roma, consistía en la invasión al territorio del Brasil por distintos puntos después de haber cubier

las fronteras de la patria como ya lo estaban. El enemigo tendría que abandonar el suelo de la provincia, y la guerra se sostendría á espensas de su propio territorio. .

Este plán audaz, cuyos detalles no caben en las proporciones de este libro, preparado en el más absoluto sigilo no pudo dar todos los resultados que Artigas esperaba, porque fué descubierto antes de tiempo por unas comunicaciones que cayeron en poder de los portugueses; como en otro tiempo se perdió la causa de Cartago, defendida por Aníbal, el más grande capitán de todos los tiempos, por haber caído el enviado de su hermano Asdrúbal en poder de los romanos, en consecuencia de lo cual fué imposible á los dos hermanos reunir en la Italia, que pisaban, sus esfuerzos y sus ejércitos.

Prevenidos los portugueses, todo cambió menos el heroismo y la resolución patriótica de los orientales. El plan se consumó dando á la historia patria días de gloria y recuerdos de increible heroismo, pero sin dar el resultado que merecía la noble causa que encarnaba.

Cuatro años duraron las sucesivas campañas de esa guerra de cruentísimas batallas, de extraordinarias retiradas, de admirables sorpresas, y en las cuales batallando con varia fortuna obtuvo Artigas victorias como la del Primer Sarandí y derrotas sangrientas como la del Catalán; pero dando á nuestra historia gloriosísimas pájinas y demostrando que la libertad y la independencia eran para los orientales cuestión de un duelo á muerte, probando que la raza de los Leonídas renacía en las selvas de la patria haciendo ver cómo puede elevarse á la altura del heroismo y de la gloria una nación pequeña, luchando con un enemigo formidable y todavía auxiliado á más de sus recursos y de su fuerza, por los indiferentes al honor y al derecho, por los intrigantes y los traidores.

Largo tiempo tuvo Artigas interceptada la comunicación entre Curado que se hallaba al norte y Lecor que se hallaba al sur sin que pudieran comunicarse absolutamente. Un cabildo débil y asustadizo y representante de una población cosmopo-

lita compuesta principalmente de españoles, portugueses é italianos en cuyas manos estaba el comercio, pues los orientales estaban con Artigas, había entregado ya la plaza de Montevideo y recibido á Lecor. Artigas hostilizó á éste y lo mantuvo encerrado dentro de la ciudad dándose el espectáculo vergonzoso de que lejos de desprender Lecor partidas sueltas para salir á forrajear, salia el ejército portugués en fuertes columnas de 5000 hombres, y solo en esas condiciones se atrevian á alejarse hasta 5 leguas de los muros de la ciudad.

Mientras Lecor fortificaba á ésta trazando un foso desde el Rincón del Cerro hasta el Buceo y colocando una batería cada cuarto de legua, Artigas renovaba su plan de contra-invasión é invadia por segunda vez el Brasil con suerte varia. Internóse en el territorio brasilero donde obtuvo muchos triunfos; pero habiendo reunido los portugueses una agrupación de fuerzas considerables al mando del brigadier Cámara y del conde de la Figuera se vió en la necesidad de retroceder al suelo patrio y la encarnizada batalla de Tacuarembó, reñida y sangrienta, en la cual pelearon dos mil orientales mal armados contra cuatro mil portuguéses veteranos, soldados de línea perfectamente pertrechados decidió la contienda, quedando derrotado Artigas, pero dejando muy en alto el nombre y el valor de los orientales y muy arraigados el terror y la admiración por su constancia, su bravura y su heroismo.

CAPÍTULO XII

La perseverancia patriótica del heroismo

Andresito el hijo adoptivo de Artigas fué el encargado de invadir por el lado de las Misiones. Levantó en masa los indios misioneros; un regimiento de naturales al servicio de los portugueses se pasó á los invasores, y batiéndose heróicamen

entre aquellas selvas y sierras con la fiereza de un león, dejó á los portugueses reducidos á la ciudad de San Borja, donde se refugió con el resto de su gente el brigadier Chagas, que había sido el encargado por el Marqués de Alegrete para arrasar de la manera más cruel y cobarde las poblaciones indefensas de Misiones y Corrientes.

Chagas hubiera sucumbido; pero lo que Andresito no podía hacer, que era reponerse, los portugueses lo hacían con facilidad por el gran número de tropas de que disponían. El coronel Abreu vino con su ejército en auxilio de Chagas, y Andresito fué derrotado y vióse en la necesidad de refugiarse en Entre-Ríos.

Chagas que ha dejado en la historia una fama siniestra de cobarde ferocidad, procedió á cumplir las órdenes del Marqués de Alegrete destruyendo y arrasando cuanto encontraba, templos, estancias y todo lo que pudiera servir para repoblar el desierto que se proponían formar por medio del exterminio. Como lo reconoce un autor brasilero es necesario remontarse á los tiempos bíblicos para encontrar órdenes tan salvajes, impolíticas y anticristianas como las del Marqués de Alegrete, y ejecutores y verdugos tan feroces, crueles y condenables como Chagas. Atentar á la independencia de un territorio, asolar, saquear poblaciones inermes, robar los templos y las casas y reducirlas á cenizas; obligar á los habitantes á presenciar esos y otros horrores y transportarlos después á la fuerza y como rebaños á otro país, es propio sólo de bárbaros y salvajes de asirios, de hunos ó de mercenarios cartagineses.

La gente de Chagas ahogó criaturas por diversión, puso á la orden del día el homicidio, las violaciones, el sacrilegio y todo género de atrocidades é inmoralidades y luego retiróse el jefe portugués cargado de botín; llevándose muchos ganados, la plata por arrobas, ricos ornamentos, muchas campanas buenas, 3000 caballos, otras tantas yeguas y 1.130.000 reis en plata. Esto lo escribía el mismo de Santo Tomé en su parte oficial al Marqués de Alegrete, de fecha 13 de Febrero 1817

y en otro oficio agregaba que los muertos habían sido 3190 y los prisioneros 360, desproporción siniestra que revela evidentemente el asesinato en masa de los habitantes de esas desgraciadas poblaciones.

Los detractores de Artigas que inventan calumnias y que no han podido precisar jamás en él un solo hecho criminoso, guardan un silencio profundo ó apenas hacen una mínima referencia á estas infamias irritantes, á estos crímenes tremendos que disimulaban los aliados y ocultan los defensores de la traidora conquista portuguesa.

Retirados los portugueses, los misioneros volvieron á visitar las ruinas de su patria, y en presencia de Andresito juraron vengarla. Este estableció su cuartel general en las ruinas del pueblo Apóstoles y ocupó las Misiones Los portugueses enviaron nuevamente á Chagas á concluir con los restos de aquel valiente pueblo; pero el heróico Andresito se había atrincherado bien en aquellas ruinas, y pudo dar todavía un nuevo triunfo á las armas orientales. El feroz Chagas fué rechazado y en Julio de 1817 volvió al Brasil.

Andresito tan constante como Artigas en la defensa de su patria reunió á su alrededor un considerable número de misioneros, se estableció en San Carlos donde aún quedaba algo en pié y al año siguiente estaba al frente de una fuerza que alarmó nuevamente á los portugueses. Estos enviaron por tercera vez á Chagas con fuerzas considerables con las que pudo ocupar la plaza y las casas, y Andresito se parapetó en la Iglesia y en el Colegio.

La resistencia fué heróica. Los portugueses perdieron mucha gente en sus ataques y hubieran sido al fin derrotados con las enérgicas salidas de los sitiados, si un fuerte huracán no hubiese venido á ayudar á los portugueses que con ese auxilio inesperado prendieron fuego á lo que quedaba de los techos de la Iglesia y del Colegio - mientras derribaban las puertas á cañonazos— Dos veces llegaron los homéricos misioneros á apagar el incendio y á rechazar otros tantos ataques, y dos veces volvieron á reanimar el fuego los portugueses y el huracán.

Los valientes indios desesperados, antes que rendirse, hicieron una salida y rompieron la línea portuguesa, pero dejando el campo sembrado de cadáveres; los que quedaban envueltos en las llamas, capitularon. Los portugueses hicieron prisioneros 323 hombres y 290 mujeres y niños. San Carlos y apóstoles fueron destruidos en lo poco que les quedaba. Chagas no dejó piedra sobre piedra. Tal era la *pacificación* que los civilizadores portugueses realizaban á la sombra de las delicias del pabellón portugués. Así pereció ese heróico pueblo educado y civilizado por los jesuitas, demostrando los hechos que esa educación no les había amortiguado el valor, ni el heroismo ni el amor á la libertad, á la independencia y á la patria.

En cuanto á Andresito el digno hijo de Artigas que se había conducido como un héroe haciendo honor á la causa de los orientales que defendía, fué conducido como prisionero de guerra á una fortaleza del Brasil y á los cuatro meses fué cobardemente envenenado. Así terminó sus días aquel héroe oriental después de un último y sangriento combáte en que no buscaba como Chagas botín, ni satisfacción de ambiciones como los oligargos del unitarismo; sinó aire, luz, patria y libertad para todos sus compatriotas, hasta para los que más tarde habían de renegarlo y calumniarlo.

El Dr. de Moussy encargado en 1856 de una memoria sobre las Misiones por el Gobierno Argentino agrega el siguiente episodio de esta homérica lucha y criminal conquista:

« Se cuenta que cuando se llevaba la población de la Cruz,
« pues al evacuar este pueblo Chagas tuvo buen cuidado de
« hacerle sufrir la suerte común, el anciano padre Fray-Pedro,
« cura de esta Misión, de más de cien años de edad, hombre
« universalmente venerado por su edad y sus virtudes, fué
« transportado con sus feligreses al otro lado del Uruguay. Sen-
« tado sobre la orilla del río, miró las llamas que se elevaban
« del lugar donde había vivido tantos años y devoraban el
« templo y las casas. Entonces rodeado de las pobres Indias
« llorando, de los ancianos y de los niños que habían sobre-

« vivido, el viejo sacerdote se enderezó, y con las manos ten-
« didas al cielo, el rostro bañado de lágrimas, Dios mío, ex-
« clamó: hasta dónde ha subido la perversidad humana que
« yo pueda ver hoy día vuestro augusto templo incendiado,
« las reliquias de vuestros santos profanadas, los campos de
« vuestros servidores asolados, sus asilos en llamas, y ellos
« mismos espirando bajo el sable asesino. Dios mío, perdonad
« á estos hombres, perdonadles, Señor, pues no saben lo que
« hacen!

« Un sacerdote brasilero, D. José Coelho, recogió á este
« venerable anciano en su casa; vivió allí algún tiempo todavía,
« pero sin poder consolarse del desastre de las Misiones. Estos
« acontecimientos señalaron los primeros meses del año 17.
« La expedición de Chagas fué un acto de pura y simple
« ferocidad.»

No eran tampoco más suaves los procederes que se verificaban por orden de la oligarquía de Buenos Aires. Dadas las proporciones de este trabajo, presentaremos como muestra sólo dos casos de los muchos que desgraciadamente registra la historia de la lucha contra la aspiración de los pueblos á la realización de la idea federal.

Dice el historiador Lassaga:

« La conducta del general Díaz Vélez en Santa Fé es in-
« digna de uno de los héroes de Mayo. A un pueblo salvaje
« no se le trata como se trató á esta desgraciada provincia, que
« parece destinada á sufrir desde entonces hasta esta época
« todos los horrores del martirio.

« Un testigo ocular digno de fé por su veracidad y honradez,
« nos dice lo siguiente: «28 días se mantuvieron continuando
« el saqueo, y cuanto dinero, plata labrada, pulperías, muebles,
« etc., etc., encontraban, todo lo robaban, quebrando todo lo que
« no podían llevar á sus cuarteles. Todas las aves fueron
« muertas. No es para creerse cuánto robaron y destrozaron.
« Cavaron patios, casas y huertas, para descubrir entierros y
« tapados, embarcando por la noche lo que robaban de día.

«No hay duda que saquearon á su satisfacción. Y otro de « los hombres más ilustres de esta provincia, don Domingo « Crespo, dice refiriéndose al mismo suceso: « Desde el 4 de « Agosto hasta el 31 en que tuvieron que retirarse, no pu- « diendo someterse por el rigoroso sitio que se les había pues- « to, cometieron cuantos excesos puede cometer una tropa « desenfrenada, facultada por su general para hacer cuanto « quisiesen... !!

A esto dice el historiador Maeso:

« El destello de las inteligencias más luminosas tiene sus « eclipses parciales, que entristecen aún al observador indife- « rente. Hay negaciones de sensibilidad, frialdades del cora- « zón ante abominables y salvajes ferocidades, atrofias morbo- « sas del espíritu encallecido, que hacen desesperar de la mo- « ral y de la justicia, cuando éstas se reniegan tan en absoluto « con el beso del Iscariote, por hombres ilustrados y eminen- « tes como algunos de los historiadores que venimos comba- « tiendo.

« Sometidos á una verdadera idolatría política, han elevado « éstos por ciego espíritu de parcialidad un altar á ciertos *feti-* « *ches* políticos, de quienes jamás podrán hacer semi-dioses.

« Al efecto han sacrificado en ese altar las víctimas inocen- « tes de su odio, y han vilipendiado sin escrúpulo á todo « aquel que no aceptó ni se humilló ante su feroz culto.»

El año 1818 el gobierno de Buenos Aires dispuso hacer la guerra á la Provincia de Santa Fé y al efecto despachó al General Juan Ramon Balcarce á que invadiese por cuarta vez esa provincia. En las instrucciones que le había dado le decía el Director don Juan Martín de Pueyrredón.

« Que los santafecinos que se sometieran fuesen tratados con « consideración en sus personas y bienes, *pero á* condición de « ser TRANSPORTADOS A LA NUEVA LÍNEA DE FRONTERAS, ó á « la capital bajo la vigilancia militar.

« *Si se resisten los santafecinos* (agregaba), *deben ser tratados militarmente, como rebeldes, imponiéndoles sin dilación*

« LA ÚLTIMA PENA CORRESPONDIENTE, LO MISMO QUE A LOS
« QUE EN LO SUCESIVO SE SUBLEVEN.» !!

A esto, pregunta el historiador Maeso:

« ¿ Cómo extrañar, pues, ante estas revelaciones del bárba-
« ro plan que se ponía en práctica contra todos los sostenedores
« de la autonomía provincial, proclamada por Artigas, que las
« represalias fuesen algunas veces sangrientas, y que á una
« guerra sin cuartel, iniciada por jefes inteligentes y educados,
« se contestase con una guerra sin piedad por jefes menos
« cultos?

« ¿ Cuándo Artigas ordenó ni practicó, ni una sola de seme-
« jantes atrocidades ? »

El General Balcarce invadió por cuarta vez la provincia de Santa Fé con cuatro mil hombres en su mayor parte gente veterana contando con poder obtener la sumisión de aquella belicosa provincia. Atacado Balcarce por las fuerzas de López tuvo que emprender una desastrosa retirada y encerrarse en el Rosario. Obligado allí á hacer una contínua y diaria resistencia se decidió á abandonarlo, pero llevando antes á cabo una acción indigna de un hombre culto, el acto más bárbaro y feroz, reprochable hasta en el indio más salvaje. Incendió el Rosario quemando 164 casas de paja de esa villa quedando solo en pié la Capilla y quince casas de teja.

Mitre con esa insensibilidad unitaria que distingue sus ejércitos dice:

« *Este fuego de paja* encendió *odios entre las dos provincias*
« *que han durado casi medio siglo.*»

El argentino Maeso comenta de la siguiente manera esa maldad:

« No era solamente este fuego de paja... era el espíritu ven-
« gativo, cruel, implacable en la represión, el que dominaba en
« todos los actos de aquellos gefes directoriales tratando de
« sembrar el terror, á fin de que el nombre *porteño* arrancase
« hasta en los más humildes ranchos de aquellos campos bajo
« la impresión del terror, un anatema de execración. Se creía

« poder abatir así á una raza indomable y solo se conseguía
« su implacable aborrecimiento.

« Obedeciendo á esta odiosa consigna, fué que el General
« Balcarce horas antes de retirarse de las inmediaciones de
« la ciudad de Santa Fé, envió una partida para que publicase
« al son del tambor un bando por el cual se intimaba lo si-
« guiente:

«Marcho á batir á los montoneros, y derrotados ó victorio-
« sos mis soldados, no puedo responder de su prudencia. El
« pueblo de Santa Fé está expuesto al ultraje y al saqueo, y es
« necesario que sigan á mi ejército las familias que se en-
« cuentran en el pueblo.

«Aterradas esas familias ante aquella inaudita amenaza, en-
« viaron una comisión compuesta de las personas más hono-
« rables, presididas por el respetabilísimo Cura Vicario doc-
« tor Amenabar, á fin de que implorase de Balcarce la revo-
« cación de la orden; comisión que no pudo llegar al campa-
« mento, porque apenas fué vista, se envió un oficial para que
« le intimase regresar á la ciudad, porque el General *insistía*
« *en su orden de arrancar las familias de sus hogares*.

«Efectivamente, envióse una fuerza para hacer desalojar la
« ciudad, pero fueron tantos los llantos y las súplicas de las
« pobres señoras, y tal la conmoción que se produjo, que
« el oficial encargado de esa operación, se retrajo compasivo
« de llevarla á cabo, teniendo que regresar inmediatamente al
« ejército que precipitaba ya su marcha, temeroso también de
« las montoneras que principiaban á asomar en las cerca-
« nias.

«Pero estos hechos no eran aislados, ni resultado de exas-
« peraciones momentáneas, en jefes que tenían que reconocer-
« se vencidos por aquellos milicianos á quienes menosprecia-
« ban como á hordas de gauchos salvajes.

«No, por desgracia. La historia comprueba que esas iniqui-
« dades respondían á un plan sistemado de verdadera sangui-
« naria conquista, á una bárbara consigna militar, cuyo cum-

« plimiento se encarecía á aquellos jefes de expedición, per-
« tenecientes todos á las familias más distinguidas de Buenos
« Aires, de culta educación, y de honorables antecedentes,
« pero bastantes exaltados ó incompetentes para no vacilar en
« manchar su nombre con aquellas atrocidades.

Y agregamos nosotros: ¡Pobre general el que no puede responder de la prudencia de sus soldados; y pobre partido político el que tiene que recurrir á esos actos y á esas mistificaciones para encubrir y enmascarar sus ambiciones y sus crímenes!

Demos ahora también una muestra de la dulzura de la conquista portuguesa que solo pudo encontrar justificadores entre los enemigos de Artigas, entre los serviles de siempre, y entre los cortesanos repugnantes de todos los malvados afortunados.

Una fuerte columna portuguesa al mando de un general Pintos recorrió algunos pueblos de la campaña y aprehendió á beneméritas y distinguidas señoras, las que remitidas á Lecor fueron encerradas en Montevideo en el Castillo de la Ciudadela.

Estas penas impuestas á las madres y esposas de los defensores de la patria, estaban de acuerdo con el infame bando de Lecor en que condenaba á muerte á todos los patriotas que se tomasen con las armas en la mano defendiendo su suelo natal, considerándolos como salteadores, y en el cual violaba todos los derechos de la guerra y de la humanidad. En el segundo artículo de ese bando, decía:

« Art. 2° Cuando las partidas después de haber cometido
« algún atentado contra los vecinos tranquilos é indefensos de
« las poblaciones que se hallan bajo la *protección* de las armas
« portuguesas, no pudieran ser aprehendidas, *se hará la más*
« *severa represalia en las familias y bienes de los jefes é indivi-*
« *duos de dichas partidas dispersas*, á cuyo fin *saldrán fuertes*
« *destacamentos del ejército portugués* Á QUEMAR SUS ESTANCIAS,
« Y CONDUCIR SUS FAMILIAS Á BORDO DE LA ESCUADRA.»!!

Estos procederes infames sobre los que durante mucho tiempo se ha guardado estudiado silencio, agigantan y elevan la

memoria del grán caudillo y obligan aún más la gratitud y el recuerdo de las nuevas generaciones hacia la memoria del gran patriota, que más grande que sus detractores, consagró su brazo, su inteligencia, su sangre, su constancia y su vida entera al propósito santo de evitar á su patria días tan horribles y atentados tan inmerecidos é injustificables.

Sus glorias disipan las sombras de esos días, y demuestran una vez más la impotencia de la fuerza bruta, aún ayudada de la intriga y la traición, para matar la idea é impedir el triunfo definitivo del derecho.

Después de la expléndida victoria de Artigas de Guirapuitá Chico, conocida también por del Rosario, durante su segunda contra invasión, en cuya batalla despedazó completamente el ejército del Brigadier Abreu, Artigas fué vencido definitivamente en Tacuarembó por numerosas fuerzas coaligadas, combate del que ya hemos hecho memoria. El valeroso jefe no se desanimó sin embargo; nada pudo quebrantar su ardiente patriotismo y su indomable amor á la independencia, y dispuesto á exhalar su último aliento por la libertad de su patria, pensó en reunir nuevamente elementos en sus provincias aliadas, para renovar la lucha por la reconquista del patrio territorio.

Pasó á Corrientes con el resto de sus intrépidos compañeros y reunió allí 3.000 soldados. Ramirez el caudillo de Entre-Rios su antiguo aliado, ganado ya por las intrigas del Gobierno de Buenos Aires se negó á obedecerle, y por el contrario le declaró la guerra. Artigas lo derrotó el 13 de Junio de 1820 en la sangrienta batalla de *Las Guachas*, y Ramirez se retiró á la Bajada del Paraná donde debía recibir fuertes refuerzos del Gobierno de Buenos Aires. Allí encontró artillería y los batallones de infantería del Coronel Mansilla y pudo fortificarse recibiendo de Buenos Aires cuanto le fué necesario, para obtener el desastre del Protector de los pueblos libres. Artigas siempre impetuoso é indignado con el proceder de Ramirez atacó á su nuevo enemigo en sus formidables posiciones, quedando derrotado después de haber hecho como siempre memo-

rables proezas de valor. En su retirada fué perseguido infatigablemente por Ramirez y derrotado en varios combates parciales. Su antiguo teniente temía que un breve descanso, como al Anteo de la fábula, podría darle al héroe nuevas fuerzas que lo hicieran otra vez temible y vencedor, y no se dió punto de reposo, ni tuvo tranquilidad, hasta que vió al bravo jefe de los orientales solicitar hospitalidad en el aislado Paraguay.

Como César al caer bajo el puñal de los conjurados, tenía Artigas cincuenta y seis años cuando las desgracias de su patria lo reducían á la impotencia, y el destino cruel imponía la inacción á aquella actividad patriótica que había sido el alimento constante de los diez últimos años de su vida. No pudo consumar su obra, pero sus inspiraciones tan virilmente proclamadas y sostenidas, no estaban destinadas á perecer. Más tarde 33 heróicos orientales herederos de su tradición y de su amor á la independencia proclamarán y obtendrán la libertad del territorio, el tratado del Pilar será el primer paso práctico para la realización de las ideas de federación que él había predicado; algo después un gran tribuno, el ilustre Dorrego los encarnará en el Gobierno, y nuevamente combatidas sus bases de federación y su resistencia al extranjero serán la doctrina que proclamará, y la bandera que defenderá con encarnizamiento un partido político en veinte años de sangrienta lucha, coronando al fin la obra de vencidos y vencedores y siendo acatada por todos una carta fundamental que reposa en el fondo sobre las célebres é inolvidables bases del año 13; una de las más puras é inmarcesibles glorias del inmortal Protector de los pueblos libres. Su provincia natal convertida en nación independiente recordará sus luchas y renovará sus hazañas. El ínclito Leandro Gomez encarnará su espíritu, y la gloria inmortal de Paysandú será un eterno testimonio de que mientras existan corazones orientales no perecerán jamás sus recuerdos gloriosos, ni faltará quien respete, honre y encarne sus grandes y gloriosas tradiciones.

CAPITULO XIII

Gloria á los vencidos

Al agregar algunos documentos en honor de Artigas, principiaremos por sus célebres bases de las cuales dice el historiador Maeso que habrían podido ser suscritas por Madison, Jefferson, Hamilton ó Franklin; y acerca de las cuales ha dicho lo siguiente el señor Pelliza:

« Muchas veces se ha preguntado, quién fué el primero que « trató de organizar la nación ligando las provincias por un « pacto federativo. Las instrucciones pasadas por el jefe de la « campaña oriental don José Artigas, á los diputados electos, « aclaran este punto de una manera tan completa, que basta « la lectura de aquel documento clásico para desvanecer toda « incertidumbre al respecto.

« Sin hacer la apología de Artigas, debemos consignar en « elogio de aquel documento que lleva su firma autógrafa, que « una definición más acertada y completa del sistema federal « democrático, no puede concebirse en aquellos tiempos de « rudo aprendizaje marcial. Todas las aspiraciones del caudi- « llaje, de esa montonera liberal de las campañas argentinas, « han tenido por fin la conquista de aquel sistema. Se ha pro- « palado hasta el fastidio por los políticos sedentarios, que los « caudillos combatían sin bandera, que esa hueste numerosa « de jinetes no lidiaba y moría por adquirir una forma deter- « minada de gobierno. La crítica histórica exhibiendo feha- « cientes instrumentos, demuestra lo contrario. »

Hé aquí las bases:

« **Instrucciones que se dieron á los representantes del Pueblo Oriental, para el desempeño de su encargo en la Asamblea Constituyente fijada en la ciudad de Buenos Aires. Delante de Montevideo, 13 de Abril de 1813.**

Primeramente pedirá la declaración de la independencia

absoluta de estas colonias, que ellas están absueltas de toda obligación de fidelidad á la corona de España, y familia de los Borbones, y que toda conexión política entre ellas y el Estado de la España, es, y debe ser totalmente disuelta.

Art. 2° No admitirá otro sistema que el de la confederación para el pacto recíproco con las provincias que formen nuestro Estado.

Art. 3° Promoverá la libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable.

Art. 4° Como el objeto y fin del Gobierno debe ser conservar la igualdad, libertad y seguridad de los ciudadanos y de los pueblos, cada provincia formará su gobierno bajo esas bases, á más del Gobierno Supremo de la Nación.

Art. 5° Así éste como aquél se dividirán en poder legislativo, ejecutivo y judicial.

Art. 6° Estos tres resortes jamás podrán estar unidos entre sí, y serán independientes en sus facultades.

Art. 7° El Gobierno Supremo entenderá solamente en los negocios generales del Estado. El resto es peculiar al Gobierno de cada provincia.

Art. 8° El territorio que ocupan estos Pueblos de la costa oriental del Uruguay hasta la fortaleza de Santa Teresa, forma una sola provincia, denominante—LA PROVINCIA ORIENTAL.

Art. 9° Que los siete pueblos de Misiones, los de Batoví, Santa Tecla, San Rafael y Tacuarembó, que hoy ocupan injustamente los portuguéses, y á su tiempo deben reclamarse, serán en todo tiempo territorio de esta provincia.

Art. 10. Que esta provincia por la presente entra separadamente en una firme liga de amistad con cada una de las otras, para su defensa común, seguridad de su libertad, y para su mútua y general felicidad, obligándose á asistir á cada una de las otras contra toda violencia ó ataques hechos sobre ellas, ó sobre alguna de ellas, por motivo de religión, soberanía, tráfico, ó algún otro pretexto, cualquiera que sea.

Art. 11. Que esta provincia retiene su soberanía, libertad é

independencia, todo poder, jurisdicción y derecho que no es delegado expresamente por la confederación á las provincias unidas juntas en Congreso.

Art. 12. Que el puerto de Maldonado sea libre para todos los buques que concurran á la introducción de efectos y exportación de frutos, poniéndose la correspondiente aduana en aquel pueblo; pidiendo al efecto se oficie al comandante de las fuerzas de S. M. B. sobre la apertura de aquel puerto para que proteja la navegación, ó comercio, de su nación.

Art. 13. Que el puerto de la Colonia sea igualmente habilitado en los términos prescriptos en el artícu'o anterior.

Art. 14. Que ninguna tasa ó derecho se imponga sobre artículos exportados de una provincia á otra, ni que ninguna preferencia se dé por culquiera regulación de comercio, ó renta, á los puertos de una provincia sobre los de otra, ni los barcos destinados de esta provincia á otra serán obligados á entrar, á anclar, ó pagar derechos en otra.

Art. 15. No permita se haga ley para esta provincia sobre bienes de extranjeros que mueren intestados, sobre multas y confiscaciones que se aplicaban antes al Rey, y sobre territorios de éste, mientras ella no forme su reglamento y determine á qué fondos deben aplicarse, como única al derecho de hacerlo en lo económico de su jurisdicción.

Art. 16. Que esta provincia tendrá su constitución territorial, y que ella tiene el derecho de sancionar la general de las Provincias Unidas que forme la Asamblea Constituyente.

Art. 17. Que esta provincia tiene derecho para levantar los regimientos que necesite, nombrar los oficiales de compañía, reglar la milicia de ella para la seguridad de su libertad, por lo que no podrá violarse el derecho de los pueblos para guardar y tener armas.

Art. 18. El despotismo militar será precisamente aniquilado con trabas constitucionales que aseguren inviolable la soberanía de los pueblos.

Art. 19. Que precisa é indispensable, sea fuera de Buenos

Aires donde resida el sitio del Gobierno de las provincias unidas.

Art. 20. La constitución garantirá á las provincias unidas una forma de gobierno republicana, y que asegure á cada una de ellas de las violencias domésticas, usurpación de sus derechos, libertad y seguridad de su soberanía; que con la fuerza armada intente alguna de ellas sofocar los principios proclamados. Y así mismo prestará toda su atención, honor, fidelidad y religiosidad, á todo cuanto crea, ó juzgue necesario para preservar á esta Provincia las ventajas de la libertad, y mantener un gobierno libre, de piedad, justicia, moderación é industria. Para todo lo cual, etc.

De'ante de Montevideo, 13 de Abril de 1813.

Es cópia.

ARTIGAS.»

No por su mérito literario pero por su espontaneidad y como justificativo patriótico é histórico, merece ser recordado el himno de Hidalgo de 1811 en que se hace alusión al éxodo oriental.—Hélo aquí:

MARCHA ORIENTAL

CORO

Orientales! la Patria peligra,
Ya reunidos al Salto volad,
LIBERTAD entonad en la marcha
Y al regreso decid: LIBERTAD.

CORO

Precipitan del Des—aguadero
Al Indiano que supo triunfar;
En Oriente se pierden los lauros
Que la Patria nos hizo ganar.
Sin recursos, sin otra fortuna
Que jurar *libertad*, libertad

Los nativos del ínclito Oriente
Empezaron con ansia á entonar.

CORO

Gloria ¡oh Patria! Que tus orientales
Muerte gritan con harto placer,
Y tranquilos se van á la huesa
Sin cadenas que saben romper.
La valiente jornada del Salto
Todos prontos ya están á emprender;
Su deseo es salvar el *sistema*,
O en su honor con valor perecer.

CORO

Ni el cansancio, la sed, la fatiga,
A la virgen podrán arredrar,
Ni á la esposa que tierno á su infante
Por instantes le mira expirar.
El anciano con voz balbuciente
A sus hijos procura animar,
Y el ardiente clamor de la Patria
De sus pechos ahuyenta el pesar.

CORO

Llega el tiempo, mas no retroceden
Nuestros hijos, patriotas de honor;
Sumergidos en triste memoria;
Pero llenos de gloria y valor.
Su caudillo los guía animoso,
Y el tirano los vió con rubor
Cuando al muro los pechos estrechan
Inflamados de eterno rencor.

CORO

De las almas las libres cenizas
Al gran Salto se van á esconder;

Muere el padre, la hermana, el amigo,
Sin que el llanto se mire verter.
Salve ¡oh Salto! mansión destinada
A los libres que el Sol vió nacer,
¡Justo asilo de acción muy heróica,
Quién sus timbres pudiera tener!

CORO

Orientales! la Patria peligra,
Ya reunidos al Salto volad,
LIBERTAD entonad en la marcha,
Y al regreso decid: LIBERTAD.

1811.

Bartolomé Hidalgo.

Por las mismas razones del anterior y tampoco por sus méritos literarios reproducimos el Himno de Artigas, esa Marsellesa de la independencia oriental, á la que por un maestro desco-), como el autor de la poesía, se le arregló música de mar- iilitar que se imprimió en Lóndres y circuló profusamente la Banda Oriental, en Entre-Ríos y Corrientes. Acerca de la música y de la letra dice un cronista de 1812: «*Es una her- rcha militar con que he visto un ejército de 5.000 pa- ntándola con lágrimas de entusiasmo.*

sí:

CORO

Bravos orientales
¡Himnos entonad
( )ue Artigas vá al templo,
'e la libertad.

—

El patriota d
1815 las siguiente
fueron enviadas al
suscriben.—Decían

loria, olivo y palmas
Artigas valiente
ie en campos de Oriente
ndió al opresor;
« L doquier que el bronce
Es n

Ardiente asestaba
El sello estampaba
Del Libertador.

CORO

Cuando yermo el campo
En gran desconsuelo,
Con paternal celo
Le fuiste á ocupar;
El joven y anciano
De Artigas al grito,
Con gozo infinito
Corren sin tardar.

CORO

Allí con premura
Las armas desean,
Consigo pelean
Por las bien medir,
Aquel más bisoño
De Marte en la escuela,
Desparece, vuela,
Palma á conseguir.

CORO

La acción de Las Piedras,
Plausible memoria,
Ocupe en la historia
Sagrado lugar.
Gozarse ha con ella
El fuerte guerrero,
Que el brillante acero
Ciñe por triunfar.

CORO

La legión bizarra
Que mandas constante,

Altiva, triunfante,
Temible se hará;
Y el déspota ufano,
Que osado la mire,
Antes que respire
Hierro arrastrará.

CORO

Soldados de Oriente,
Intrépidos bravos,
Que el nombre de esclavos
Mirais con horror;
Sacad al colono
De la cruel cadena
Y su amarga pena
Templad con amor.

CORO

Virgen temerosa,
Esposa afligida,
Que más que la vida
Gustais libertad;
Seguid en buen hora
General tan sabio,
Y con rojo labio
Ledas pronunciad:
Bravos orientales,
Himnos entonad
Que Artigas va al templo
De la libertad.

El patriota don Antonio Gabito escribió en Canelones en 1815 las siguientes patrióticas y honoríficas décimas, que le fueron enviadas al General Artigas por los ciudadanos que las suscriben.—Decían así:

« La gloria del vencedor
Es perdonar al vencido.

Dar la mano al abatido,
Prodigarle su favor;
Porque es ventura mayor
Hacer un solo dichoso,
Que en pena, muerte y destrozo
Abismar el mundo entero,
Aunque con esto, el guerrero
Adquiera un nombre famoso.

—

El pueblo te llama: amigo;
Padre te nombra el soldado;
De este título elevado,
Que sea también testigo
Hasta el procaz enemigo,
(Si hay alguno que lo sea):
Porque el mundo sepa y vea,
Que es Artigas el valiente,
En la paz tan indulgente
Como bravo en la pelea

—

Tu nombre será loado
Entonces del niño tierno,
Que en el regazo materno
Llora hoy desconsolado,
Y la madre que á su lado,
Devoró muy cruel tormento,
Unirán su dulce acento,
Que renueven igual día
Ensalzándoos á porfía
Por un año y otro y ciento.»

—

«Besan las manos del Exmo. Señor Protector de los Pueblos Libres.»

Antonio Gabito—Antonio Jesús de la Fuente—Francisco Morán.

No porque le atribuyamos mérito literario alguno sinó solamente por dar punto, reproducimos el siguiente soneto que como interpretación de nuestros sentimientos y como homenaje al ilustre Jefe, le dedicamos en otra ocasion:

INDEPENDENCIA

1810—1825

En el Aniversario del 25 de Agosto

SONETO

Derecho, libertad, independencia;
El gran ARTIGAS con vigor proclama:
Y de las PIEDRAS la gloriosa fama,
Marca el fin de la goda resistencia.
Monarquistas con cruel malevolencia,
Al héroe le urden portuguesa trama;
Y anhelando extinguir la ardiente llama,
Con vil traición, oblíganlo á la ausencia.
TREINTA Y TRES orientales denodados;
Recogiendo el ejemplo que él les deja,
A lucha ó muerte, ya, corren osados:
¡SARANDÍ! ¡ITUZAINGÓ!... patria festeja:
Y humilla á los tiranos aterrados,
Tremolando el pendón de LAVALLEJA.

Guillermo Melian Lafinur.

Buenos Aires, Agosto de 1889.

....

SEGUNDA PARTE

Los Treinta y Tres

CAPÍTULO XIV

Preliminares de los Treinta y Tres

La idea de la libertad y de independizarse del Brasil no había muerto en los corazones orientales y su indignación y su justo odio al extranjero se acentuaban en sus pechos al ver flamear sereno el pabellón portugués, que la fuerza bruta la intriga y el maquiavelismo habían conducido por medio de la traición á profanar las almenas de la patria.

En Buenos Aires el pueblo no estuvo jamás con la traición ni con la alianza para la invasión portuguesa. Ya hemos visto que los directores de esta tenían que trabajar ocultamente y se habían comprometido á negar aún cuando se descubriese la verdad de sus maquinaciones. El pueblo argentino veía con dolor la entrega de la Banda Oriental y hacía por su abandono fuertes cargos á su gobierno, y de ahí el proceso de alta traición que se les instauró, así como el derrumbamiento de los gobiernos de Pueyrredón y de Rivadavia, afectos al Brasil en contra de los intereses orientales.

Véase lo que dice á este respecto el ilustrado historiador Pelliza, que aunque no del todo desligado aún de la tiranía de una

implacable propaganda histórica, es uno de los más imparciales entre los historiadores argentinos:

« El juicio político del Congreso y del Directorio, acusados « de traición á la patria, iba á ser un escándalo saludable, á la « vez que un triste ejemplo ofrecido á la venganza impremedi- « tada de los partidos.

« Repuesto en el gobierno el 11 de Marzo entabló el 14 el « juicio contra los congresales, sirviendo de cabeza de proceso « el auto de aquella fecha al que se agregaron las actas secretas « del Congreso de Tucumán, y correspondencia del Directorio « y el ministro García residente en la Córte del Brasil. Toda « esta primera parte revelaba con claridad un propósito de « avenimiento con el rey de Portugal, en el concepto de co- « ronar en el vireinato del Río de la Plata, un príncipe de la « casa de Braganza; y es fuera de toda controversia histórica, « que la impremeditación con que llevaron á cabo aquel plan « monarquista, fué causa de la invasión portuguesa á la pro- « vincia oriental.

« En vista de las actas secretas y correspondencia reserva- « da del diplomático argentino, se explica sin vacilación los « motivos de la quietud é indiferencia del gobierno durante « la invasión del general Lecor, y había justicia para los vio- « lentos cargos y rudos ataques, que los verdaderos patriotas « dirigían al Directorio. »

Sabido es que el gobierno del Director Pueyrredón auxilió á los portugueses con trigo y todo lo necesario cuando Artigas hacía aún pie en el territorio patrio, y con sus partidas de guerrilleros al frente de las cuales se hallaban D. Juan Antonio Lavalleja y D. Manuel Oribe, mantenía encerrado en Montevideo detrás de un extenso foso al formidable ejército del General portugués.

Tan condenable era esta actitud que hasta don Bartolomé Mitre, defensor de esa política, la encuentra de un colorido siniestro y dice:

« Por último Artigas, denunció publicamente al Director

« Supremo, como traidor á la causa de los pueblos del Río de « la Plata y complotado con el enemigo extranjero.

« Aún cuando en un principio el Director Pueyrredón estuvo « dispuesto á afrontar la cuestión Argentino-Brasilera con « todas sus consecuencias, el hecho es que, la invasión, *ejecu-« tada con conocimiento previo del gobierno argentino, autorizada « por su diplomacía y no repelida de alguna manera, una vez « realizada, revestía un carácter de connivencia ó tolerancia, « que siendo depresivo de la soberanía argentina,* comprometía « la dignidad de sus poderes públicos.

« *Refleja un siniestro colorido sobre esta situación equívoca, « la circunstancia de que mientras los orientales peleaban y mo-« rían defendiendo el territorio argentino, el gobierno de las « Provincias Unidas mantenía sus relaciones políticas y comer-« ciales con la nación invasora, y la más cordial inteligencia con « el general invasor!* »

El pueblo de Buenos Aires clamaba contra esos hechos, la prensa ilustrada condensaba la opinión popular, y *La Crónica*, periódico que redactaban los ilustrados publicistas doctores Manuel Moreno y Pedro José Agrelo, condenaba el proceder antipatriótico del gobierno, y atacando su política decia: «NUES-« TRO DEBER ES PRESENTARNOS ARMADOS EN DEFENSA DE « NUESTROS HERMANOS LOS ORIENTALES, YA QUE TANTAS VE-« CES LO HEMOS HECHO PARA OFENDERLOS!»

Por la misma causa, por sostener la necesidad de la guerra con el Brasil, y el deber de auxiliar á los orientales en sus esfuerzos por la libertad, el ilustre coronel Dorrego jefe del partido federal fué encarcelado en el ponton «25 de Mayo» y de allí desnudo, enfermo, sin equipaje y sin dinero, trasbordado á la goleta corsario «Congreso», para ser conducido en calidad de desterrado político por orden del Gobierno unitario, bajo la más severa responsabilidad de su comandante don José Almeida, quien debía abandonarlo en las inhospitalarias costas de la isla de Santo Domingo entregado al desamparo y á la desesperación.

El corazón del pueblo argentino continuó así latiendo al unísono con los de los patriotas orientales; y transcurría el tiempo pensando siempre en la reacción, mientras la dominación portuguesa se valía de los cabildos débiles y complacientes y de don Fructuoso Rivera, coronel primero y brigadeiro después, del Imperio del Brasil, para auxiliar sus *partidas tranquilizadoras* de siniestra recordación, y someter por el terror y por la fuerza las últimas resistencias y señales ostensibles de adnimadversión á las autoridades por parte de los habitantes del territorio conquistado.

Entre tanto los patriotas orientales pulsando la opinión del pueblo de Buenos Aires y de las restantes provincias argentinas, y contando con su auxilio y decidido apoyo, considerando además que el gobierno de la oligarquía unitaria caería tarde ó temprano, ó se vería forzado por la fuerza de la opinión á cambiar de política, empezó á trabajar en secreto pero ardientemente por la más santa y más pura de las causas: la expulsión del extranjero y la libertad del territorio.

Se constituyó una sociedad secreta titulada «Los caballeros orientales» en la que tenían gran influencia la elevada inteligencia y el carácter recto de don Manuel Oribe. Esta asociación patriótica empezó á levantar de su postración el espíritu público, é inició trabajos reaccionarios entrando en sus medios la expedición de proclamas y escritos anónimos en prosa y verso que se fijaban en las esquinas y se hacían circular por otros medios.

En una de esas proclamas se decía:

« Orientales: Ya teneis separado el Brasil de la Europa por-
« tuguesa, que es decir que sois libres para deliberar sobre
« vuestra suerte futura con arreglo á un artículo cisplatino
« acordado para cuando así sucediese.—Solo resta que pida-
« mos un cabildo abierto para en él acordar la forma de go-
« bierno que afiance la seguridad individual y la de la propiedad,
« y haga poner en vigor los derechos usurpados á los dignos
« orientales, por una facción que dirigió la reunión de un con-
« greso nulísimo en todas sus partes.»

Y una de las composiciones en verso decía:

« ¿Cuál es el gobierno peor?
« Lecor.
« ¿Quién dirige su carrera?
« Herrera.
« ¿Quién respira tiranía?
« García.
« Ridícula fantasía!
« Pretenden esclavizarnos
« Y á todos así engañarnos,
« Lecor, Herrera y García.»

Madurados ya el plan y la propaganda y separado á la sazón el Brasil de la Europa portuguesa «Los caballeros orientales» buscando la ayuda argentina enviaron como comisionado á Buenos Aires al coronel argentino Iriarte para que se entendiese con Rivadavia que era entonces Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores del Gobernador Rodríguez. Para mayor desgracia era su colega en el Ministerio de Hacienda el célebre D. Manuel José García, partidario decidido como hemos visto de la dominación portuguesa.

El General Rodríguez, hombre moderado, dejaba por otra parte la solución de tan árduas cuestiones á las inteligencias de sus dos ministros, altamente reputadas por los unitarios.

Rivadavia contestó á «Los caballeros orientales» que el gobierno de que él formaba parte no podía asumir tan grave responsabilidad en las condiciones de ayudarlos á tomar una actitud guerrera, pero que lo haría si los orientales constituían de por sí una autoridad con poderes bastantes para tratar con el Gobierno de Buenos Aires.

Era esto exigir una condición imposible; era una evasiva semejante á la del que dijera á un sediento: encuentre Vd. una fuente, sáciese Vd. de agua, y entonces venga Vd. que le daré de beber.

No cesaron en sus nobles trabajos los patriotas á pesar de

la desalentadora respuesta de Rivadavia. Se redoblaron los esfuerzos, se trató con jefes influyentes, y por último se exigió á D. Alvaro da Costa, presidente de la Junta militar, la entrega de las llaves como signo del término de la ocupación portuguesa. A fin de imponer esta medida se sublevó D. Juán Antonio Lavalleja con una parte de las fuerzas que mandaba. Los trabajos de los patriotas no pudieron dar en ese entonces (año de 1823) el resultado deseado, porque á más de la magnitud y dificultad de la empresa que se proponían, eran contenidos por la fuerza que pesaba sobre ellos y contrariados por D. Lucas José Obes, D. Fructuoso Rivera, D. Nicolás Herrera y demás padres de los partidos conservador y colorado, y entonces partidarios decididos de la dominación del Brasil.

Don Lucas José Obes dió forma ostensible á sus trabajos anti-patrióticos en un escrito fechado en Canelones el 11 de Abril de 1823, en el cual pretendía rechazar la acusación de traidor que se le hacía desde Montevideo, y demostrar las ventajas de su actitud en favor del Brasil. Don Fructuoso Rivera, entonces coronel brasilero, había sido invitado para desertar de las filas de Lecor é incorporarse á los patriotas. El 6 de Mayo se le exigió una contestación terminante al respecto. El ambicioso caudillo que posponía á la libertad de su patria sus ambiciones insanas, demoró la contestación hasta saber si la corte del Brasil lo ascendía ó no á general. El 26 de Mayo fué ascendido á brigadier brasilero, y entonces el 19 de Junio contestó á los patriotas desde Las Piedras lo siguiente, indigno de la firma de un oriental y mucho menos de quien así se contradecía, pues había actuado él mismo en esa época que ahora condenaba.

Después de declarar que la independencia de los orientales era imposible é inconciliable con la felicidad de los pueblos, Rivera decía así:

« Señores: Cuando se trata de un proyecto á cuyos resulta-
« dos están vinculadas cien generaciones, es preciso no dejarse
« deslumbrar de las agradables apariencias de teorías brillan-

« tes. Nunca fué la Banda Oriental menos feliz que en la
« época de su desgraciada independencia. La propiedad, la
« seguridad y los derechos más queridos del hombre en socie-
« dad, estaban á la merced del despotismo ó de la anarquía,
« y los deseos de los hombres de bien eran ineficaces para
« contener el torrente de los males que oprimían á la patria.»

Esto, que no tiene nombre, había de ser sobrepasado aún por mayores perfidias, desórdenes, escándalos é infidencias.

Producida la independencia del Brasil de la corona de Portugal y habiendo aparecido las animosidades y los disturbios consiguientes, el general don Alvaro da Costa, jefe de la plaza de Montevideo y fiel al Portugal, había manifestado al gobierno de Buenos Aires y á los naturales del país, que primero entregaría la plaza á los orientales que á los brasileros á los que consideraba rebeldes, y que además estaba dispuesto á cumplir las cláusulas de la capitulación de 1817, que decía en resumen: que la ocupación portuguesa era temporaria, y que en caso de retirarse y ceder la plaza los portugueses, solo lo harían á los orientales.

Alvaro da Costa quería de buena fé realizar estas ideas porque la Banda Oriental en manos de los orientales era una gran fuerza que se les quitaba á los brasileros que tenían á su frente al principe que los portugueses consideraban rebelde; y hacía posible, por otra parte el triunfo de Portugal sobre los rebeldes brasileros. En cuanto á los orientales comprendían que ese plan arrancaba la Banda Oriental de manos del Brasil independiente, y con relación á la dominación del Portugal claramente se veía que á más de no tener Portugal mayor interés en la conservación exclusiva difícil y costosa de la Banda Oriental, era esa una causa imposible y muerta.

Da Costa tomó el mantenimiento de la resistencia al Brasil en Montevideo como un medio de favorecer la lucha de Portugal contra el príncipe rebelde; pero encontrándose débil y no pudiendo recibir los auxilios del general Madeira de Bahía, que luchaba contra Don Pedro y á quien pidió refuerzos que

éste no le pudo enviar, acudió á los naturales para que defendieran contra los brasileros el suelo natal, que prometía entregarles retirándose así que las fuerzas de Madeira obtuvieran ventajas sobre Don Pedro, y según ya hemos dicho lo había manifestado así á los orientales y al gobierno de Buenos Aires.

Don Manuel Oribe, con su mirada de águila, comprendió todo el partido que se podía sacar de esa actitud del general da Costa, y de las circunstancias que se la imponían; comprendió que los recursos que pedía no vendrían, y empezó á organizar fuerzas de naturales para preparar la defensa de la patria. A su llamado muchos jefes y oficiales emigrados en Buenos Aires por las persecuciones de los portugueses y de Rivera, vinieron á tomar parte en la defensa que se preparaba y á organizar los cuerpos de los patriotas. Don Manuel Oribe fué nombrado jefe de vanguardia.

Lecor por su parte habiéndose decidido por los brasileros, reconcentró en su cuartel general todas sus fuerzas, que eran considerables; las organizó y puso al frente de su vanguardia á don Fructuoso Rivera. En esas condiciones Lecor avanzó á poner sitio á Montevideo siendo sus fuerzas superiores á la de da Costa. Las dos vanguardias chocaron el 16 de Marzo de 1823 resultando del combate que Rivera perdiera 50 hombres de tropa muertos y heridos, y siete oficiales, y 150 soldados que se pasaron á Don Manuel Oribe, cuyas pérdidas fueron relativamente insignificantes.

Estos sucesos despertaron gran entusiasmo en el pueblo de Buenos Aires. La opinión pública aplaudió calurosamente la actitud patriótica de D. Manuel Oribe. Los sentimientos eran uniformes en favor de la causa, considerándola eminentemente americana. La prensa clamaba por gestiones ante el general brasilero y por reclamaciones ante el Emperador del Brasil.

El Barón de la Laguna, con artera habilidad, conjuraba todos los argumentos patrióticos y de derecho; y se valió del síndico García Zúñiga y de D. Fructuoso Rivera para incitar á la confirmación de la anexión al Brasil. Los cabildos de los

pueblos de campaña que estaban bajo las arterias y la fuerza bruta, de los brasileros se sometieron; pero el de Montevideo, donde ya se hacía sentir la influencia de D. Manuel Oribe, se cubrió de gloria rechazando enérgicamente esas criminales mistificaciones, y ratificando su voto solemne de libertad.

Mientras transcurrian estos sucesos se reunieron los vecinos de la plaza y sus extramuros por medio de sus representantes, declararon nula, criminal y anti-patriótica la anexión al Brasil, y en seguida acordaron por unanimidad de votos: « Que declaraban nulo, arbitrario y criminal el acto de incor« poración á la monarquía portuguesa sancionado por el Con« greso de 1821, compuesto en su mayor parte de empleados « civiles al sueldo de S. M. F., de personas condecoradas por « él con distinciones de honor, y de otras colocadas previa« mente en los ayuntamientos para la seguridad de aquel re« sultado; que declaraban nulas y de ningún valor las actas « de incorporación de los pueblos de la campaña al imperio « del Brasil, mediante la arbitrariedad con que todas se han « extendido por el mismo Barón de la Laguna y *sus conseje« ros*, remitiéndolas á firmarse por medio de gruesos destaca« mentos de tropas que conducían los hombres á la fuerza á « las casas capitulares, y suponiendo ó inventando firmas de « personas que no existían, ó que ni noticia tenían de estos « sucesos, por hallarse ausentes de sus casas; y que declaraban « que esta Provincia Oriental del Uruguay no pertenece, ni « debe, ni quiere pertenecer á otro poder ó nación que la del « Río de la Plata.»

Esta resolución y esta actitud enérgica no decidieron, sin embargo, al Ministro Rivadavia á apoyar á los orientales de una manera clara y decidida; y apenas si ante los clamores de la opinión aparentó poner la diplomacía en movimiento débil y equívoco que ninguna cooperación decisiva podía dar.

Entre tanto el defensor de los derechos de Portugal, Madeira de Mello, había sido vencido en Bahía, y da Costa venía á encontrarse en igual posición que él, hallándose sitiado por

tierra, bloqueado por mar y escaso de recursos. Los portugueses de da Costa y los orientales de Don Manuel Oribe comprendieron que la resistencia á los brasileros y á Rivera no podría prolongarse mucho, y que para los primeros no quedaba más camino que una capitulación más ó menos honrosa que les asegurase una retirada libre que no tenían para poder emprender la vuelta á Portugal; y para los segundos, no quedaba más que el camino de siempre: la inmolación y el sacrificio para todo el que no pudiese abrirse el paso de la salvación.

En este estado de cosas no tenían los portugueses interés en pelear sabiendo que no podían vencer, ni los brasileros tenían tampoco deseo de lucha ni interés en atacar á un número de portuguéses más anhelantes de regresar á Europa que de emprender combates. La acción empezó en los dominios de Neptuno. Todo quedó reducido á un simulacro convenido de antemano por da Costa y Lecor para motivar la rendición de la plaza. Las escuadras brasilera y portuguesa se atacaron débilmente apareciendo esta última vencida.—Inicióse en seguida un cambio de notas y quedó convenida la entrega de la plaza por da Costa á los brasileros.

Los jefes, oficiales y ciudadanos orientales que habían estado en un principio de acuerdo con da Costa para rechazar á los brasileros y obtener la libertad del territorio oriental, emigraron á Buenos Aires, Santa Fé y Entre-Ríos, donde ya se encontraban otros oficiales y D. Juan Antonio Lavalleja, á quien desde que se supo la sublevación suya de que ya hemos hecho mención que tenía por objeto obtener las llaves de Montevideo, fué perseguido como otros por Rivera en su calidad de jefe brasilero, con tanta tenacidad, que Lavalleja para salvarse se vió en la necesidad de escaparse á caballo en pelo, no del todo vestido, y no se detuvo hasta que consiguió penetrar en Entre-Ríos.

Así se conducía este caudillo desalmado y ambicioso, á quien los brasileros tenían para consumar estas infamias; así

procedía con los compatriotas suyos que afrontaban todo género de sacrificios y hacían toda clase de esfuerzos por conseguir la libertad y la independencia de su patria.

Emigrados los orientales, el 24 de Febrero de 1824 desocuparon los portugueses la plaza de Montevideo, entrando en seguida los brasileros para arrancar á los cabildos por la imposición y la fuerza declaraciones y documentos viciados en su origen, y que pronto iban á ser desgarrados por la heróica espada de los libres. Entre tanto don Fructuoso Rivera se encargaba nuevamente de imponer en la campaña obediencia y sometimiento á todo el que manifestara odio y desagrado contra la usurpadora repugnante y tiránica dominación brasilera, que profanaba nuestro suelo y que maldecían y rechazaban con horror los ciudadanos y los pueblos,

---

CAPÍTULO XV

Los Treinta y Tres orientales libertadores

Semejantes al náufrago que después de una larga y terrible noche de angustioso insomnio en lucha con las encrespadas olas vé al fin aparecer los celajes de la aurora y divisa desde los frágiles maderos que lo sustentan la vela salvadora que ha de conducirlo á tierra de salvación; así nosotros al ver aparecer evocada en nuestra mente surgiendo de la noche del pasado la gloriosa aurora de 1825 que nos anuncia nuevos días de gloria y de heroismo y nos infunde grandes esperanzas, mostrándonos á la luz de sus primeros rayos la tierra prometida de la libertad, impulsados por el sentimiento del patriotismo, exclamamos con reverente y religioso regocijo: *¡patria! ¡patria!*

Los orientales emigrados no reconocían sinceridad en el forzado acatamiento de sus compatriotas al yugo del Brasil; y comprendiendo que todo era obra de la traición, de la fuer-

de la imposición, del abuso, y del fraude, persistían con entera fé en la creencia de que el grito de libertad é independencia hallaría un eco simpático y entusiasta en todos los confines orientales.

El pueblo argentino por su parte clamaba por la guerra con el Brasil y la libertad de la Banda Oriental, cuya entrega al único imperio de Sud-América, consideraba como una mancha indeleble para la causa de la independencia americana; pero especialmente los federales encabezados por el digno Dorrego hicieron de la cuestión oriental una causa á la vez nacional y de partido, y la sostuvieron con calor, con entusiasmo, con patriotismo y largas y previsoras vistas, elevándose á la comunidad de lengua, de raza, de pueblos, de sentimientos y de sacrificios comunes, realizados ya en el tiempo y en la entonces corta historia de la emancipación.

Teniendo en cuenta la dureza de oídos del gobierno de Buenos Aires y creyendo que quizá la ablandasen los esfuerzos de la propaganda, pensaron que tal vez no eran suficientes los quince órganos de publicidad que existían, y fundaron otros dedicados especialmente á la cuestión de la Banda Oriental.

Uno de ellos condenando el enervamiento en que yacía el gobierno y después de recordar las hazañas anteriores, decía:

« ¡Qué! ¿No hemos adelantado? ¿No somos siquiera lo que
« éramos antes? Pue si estamos con aquella fuerza, vamos á
« acabar con esos usurpadores y tiranos. Hoy tenemos por
« amigos á todos los orientales, rabiosos por sacudir el yugo
« que los oprime, son más que amigos, unas fieras que devora-
« rán hasta el nombre imperial: hoy las provincias libres del
« Rio de la Plata, decididas por la libertad oriental, están pron-
« tas á alcanzarla y tanto mejor cuanto, reúnidas en Congreso,
« el orden será restablecido y la acción simultánea y regla-
« da? hoy Buenos Aires se considera con crédito, sus habitan-
« tantes decididos por hacer un sacrificio en favor de sus glo-
« rias, en favor de sus hermanos, contra el único Emperador
« en un Estado americano, y este sentimiento se ha robuste-

« cido hasta el entusiasmo con la victoria de Ayacucho: hoy,
« en fin contamos con los españoles europeos que, amigos de
« la Banda Oriental, no pueden sufrir á sus tiranos: ¿y aún que-
« remos más para acabarlos?»

Los patriotas orientales por su parte dirigidos por don Manuel Oribe no cejaban en su empeño de libertar su patria, y creyendo que no se podía ni debía esperar más, orientales y argentinos resolvieron tentar por última vez al Gobierno de Buenos Aires. Era gobernador el General Las Heras, Ministro de la guerra el general don Marcos Balcarce, y Ministro de gobierno, hacienda y relaciones exteriores con gran influencia en la política oficial, el fanático unitario Dr. don Manuel José García, enemigo inveterado de la Banda Oriental.

Balcarce más accesible que sus colegas á las influencias populares no dejaba de tener sus simpatías por la causa de los orientales. García no pudiendo ya invocar el pretexto de temor á la personalidad de Artigas, pues el gran patriota se hallaba confinado en el Paraguay, decía que la libertad de la Banda Oriental era inconveniente y que sería origen de nuevas discordias; que por consiguiente era mejor dejarla entregada al Brasil. El General Las Heras no se decidía, y esperando más bien que se desenvolvieran los sucesos optó por el aplazamiento de la cuestión para tratarla, y entre tanto continuó predominando la opinión de García. Quedó pues resuelto que los orientales no podían contar con el apoyo del gobierno de Buenos Aires.

La indignación hervía en todos los pechos, la condenación á los avances del Brasil y á la actitud tolerante del gobierno de Buenos Aires, estaba en todas las inteligencias, y el deseo de libertar la Banda Oriental agitaba todos los corazones, pero nadie tomaba la iniciativa, ni se hacía el intérprete de las aspiraciones de la opinión pública. Fué en esos momentos angustiosos y solemnes que don Manuel Oribe sintiendo arder en su pecho la llama inspiradora del patriotismo, se decidió á romper con toda traba, y á buscar colaboradores para su obra patrióti-

de libertar su patria ó morir en la contienda. Se puso al habla con varios de sus conciudadanos, se hizo venir á tomar parte en sus trabajos á don Juan Antonio Lavalleja, y un día se reunieron los siguientes patriotas para concertar los medios é iniciar los preparativos de la liberación del territorio patrio: D. Juan Antonio Lavalleja, D. Manuel Oribe, D. Pablo Zufriategui, D. Luis Ceferino de la Torre, D. Manuel Lavalleja, D. Simón del Pino y D. Manuel Melendez.

De esa reunión surgió el compromiso escrito de invadir el territorio oriental en son de guerra, á las órdenes del que entre los invasores tuviera más alta graduación militar, y examinado el punto resultó serlo el coronel D. Juan Antonio Lavalleja. D. Manuel Oribe había sido el director y el alma de los trabajos revolucionarios, pero sólo era teniente coronel, é inmediatamente aceptó el puesto de segundo jefe de los héroes y se dispuso á acatar las órdenes de Lavalleja; lo que efectivamente, como era de esperarse, dados sus honrosos antecedentes, cumplió como militar de orden, hombre de honor y sincero patriota.

Los patriotas dieron en seguida nuevo impulso y mayor amplitud á los trabajos revolucionarios. Celebraron nuevas reuniones, resolvieron aumentar el número de los iniciadores con otros compañeros, emprendieron una propaganda secreta enviando emisarios al Estado Oriental para que preparasen los ánimos, y recolectaran dinero para compra de armas y demás pertrechos entre los particulares de la Banda Oriental y de Buenos Aires que simpatizaban con la empresa resuelta. Entre los argentinos se distinguieron, entre otros, por sus donativos, los señores D. Nicolás y D. Juan José Anchorena. Se acordó nombrar al Sr. Luis Ceferino de la Torre agente de los invasores en Buenos Aires; se resolvió que se hicieran gestiones para obtener de la aduana de Montevideo el despacho de un cajón conteniendo doscientas tercerolas que el año de 1823 había depositado allí D. Manuel Oribe, y se convino en que se tratase de que llegado el momento se pronunciara á favor de la revolución

un batallon de pernambucanos que había en Montevideo; comisión patriótica de la que salió airosa la distinguida señora Josefa Oribe de Contuci, dando cima á la árdua tarea de comprometer á los sargentos pernambucanos á que oportunamente se sublevaran con el batallón y lo pusieran á las órdenes del sargento mayor D. Pablo Zufriategui, para cuyo objeto le fueron remitidos á la digna señora Oribe de Contuci cartuchos y dinero.

El pequeño éxito de los preparativos había coronado por el momento los esfuerzos de los patriotas y una de las islas del delta del Paraná situada frente á la Agraciada había recibido ya un envío de armas, monturas y pertrechos de guerra, y los enviados revolucionarios habían convenido con don Tomás Gómez, estanciero oriental, que debía proporcionarles caballos, señales que éste debía hacer desde la orilla, para que burlando la observación de la escuadrilla imperial y la vigilancia de las partidas de caballería, los expedicionarios pudieran pisar el anhelado territorio patrio.

Vientos contrarios demoraron la llegada á la isla del jefe de la expedición y de algunos de los compañeros, y cuando se reunieron los Treinta y Tres inmortales, ya había pasado el plazo fijado para la invasión. Don Tomás Gómez había acudido tres noches seguidas á la costa con su caballada, pero se había visto obligado á internarse para escapar á la persecución de las partidas brasileras ante las cuales se había hecho sospechoso.

Así las cosas, en medio de esas desesperantes circunstancias, cansados de la espera y escasos de víveres, Don Manuel Oribe resolvió vadear en una noche oscura el Uruguay acompañado de don Manuel Lavalleja, y convinieron con los dos hermanos Ruiz que poseían una estancia en las inmediaciones, las señales que por medio de fogatas deberían hacerse cuando llegase el momento oportuno para la anhelada invasión.

Antes de la media noche del 18 los hermanos Ruiz hicieron las señales convenidas, y en la aurora del 19 de Abril de 1825 los treinta y tres orientales libertadores pisaban por fin el te-

rritorio natal, desembarcando en el Arenal-Grande para cubrirse de eterna gloria, devolver la libertad á su patria y hacer trizas y lanzar á los cuatro vientos las astillas de un odiado trono usurpador, instituido por la traición y sostenido por el crimen.

Allí fué donde se desplegó por la primera vez la histórica é inmortal bandera de Sarandí, que debía tremolar en seguida en mil combates, agitándola á todos los vientos el brazo robusto de Lavalleja, quien de rodillas á su sombra en el sagrado suelo, presidió aquel solemne juramento de LIBERTAD Ó MUERTE que arrancado de lo más hondo del corazón, hicieron los inmortales TREINTA Y TRES sobre la cruz de la espada ante Dios y la Patria.

CAPÍTULO XVI

Patriotas y traidores ante la independencia nacional

Así que después de algunos combates parciales, en los cuales los héroes salieron siempre vencedores, pudo Lavalleja hacer pié en el territorio patrio y llegar á Soriano, lanzó una patriótica proclama de la cual tomamos el párrafo siguiente, que encierra acerca de sus propósitos, á la vez su significación y su resumen:

« ¡VIVA LA PATRIA! —¡ORIENTALES!!

« Llegó, en fin, el momento de redimir nuestra amada pa-
« tria de la ignominiosa esclavitud en que ha gemido por
« tantos años, y elevarla con nuestro esfuerzo al puesto que la
« reserva el destino entre los pueblos libres del Nuevo Mundo.
« El grito heróico de LIBERTAD retumba ya por nuestros dila-
« tados campos con el estrépito belicoso de la guerra. El ne-
« gro pabellón de la venganza se ha desplegado y el exterminio
« de los tiranos es indudable.... Colocado por voto unánime
« á la cabeza de estos HEROES, yo tengo el honor de protesta-

« ros en su nombre y en el mío propio, que nuestras aspira-
« ciones sólo llevan por objeto la felicidad de nuestro país,
« adquirirle su libertad. Constituir la provincia bajo el siste-
« ma REPRESENTATIVO REPUBLICANO. »

El primero que tuvo conocimiento del embarque de Lavalleja fué el cónsul del Brasil, Pereira Sodré, residente en Buenos Aires, y dió en seguida á los brasileros la voz de alarma. El Barón de la Laguna se puso en movimiento y apeló á los oficiales que le habían demostrado más vivamente su adhesión. Entre los jefes de campaña tenía plena confianza en Rivera, porque éste había hecho todo lo posible por merecerla y manifestársela por todos los medios á su alcance, no escatimando la persecución implacable á sus compatriotas y exhibiéndose decidido brasilero.

Poco antes del 13 de Febrero del mismo año 25, con motivo de la propaganda que se hacía en Buenos Aires contra el Brasil, había publicado un manifiesto en el que protestaba que sería siempre fiel al Imperio.

El gobernador de la Colonia, Manuel Jorge Rodríguez, que á más de las noticias y de las órdenes del cónsul y del Barón de la Laguna había recibido el parte de su jefe derrotado en San Salvador por Lavalleja, que ya tenía ochenta hombres, ordenó que el brigadier Rivera marchase sobre este con 500 soldados.

Rivera con la intención de demostrar nuevamente su adhesión al Brasil, ahogando la insurrección en su cuna, tomó 70 soldados y se dispuso á juntar gente, ordenando en seguida al Mayor Calderón y al Coronel Borba que mandaban partidas gruesas, que se le incorporaran sin pérdida de tiempo; y otro tanto hizo con otros comandantes de partidas diseminadas.

Pero el destino de la causa revolucionaria lo dispuso de otro modo y sucedió que habiéndose movido Lavalleja de Soriano en dirección á San José tuvo la suerte de hacer prisionero al *chasque* que Rivera mandaba á Calderón; y como ese mensajero había sido soldado de Lavalleja en los tiempos de Artigas

viendo que en manos de su antiguo gefe se encontraba nuevamente la bandera de la patria, se declaró por ella, y se decidió á servir lealmente al jefe de los Treinta y Tres.

El chasque instruyó á éste de todo lo referente á la situación de las fuerzas brasileras. Acordóse el plan de engañar á Rivera siguiendo Lavalleja con sus fuerzas el mismo camino que debía seguir Calderón para incorporarse á Rivera, y debiendo adelantarse de sus filas el *chasque* á manifestar á Rivera que las fuerzas que se aproximaban eran las de Calderón. El plan surtió excelente efecto. El *chasque* que se había adelantado á las fuerzas de Lavalleja se encontró primeramente con una guardia mandada por el ayudante de Rivera D. Leonardo Olivera y le manifestó que se aproximaban las fuerzas de Calderón. Creyólo el ayudante y después de enviar á dar parte á Rivera de la aproximación de Calderón, avanza con sus ocho hombres hacia las fuerzas de Lavalleja y cae prisionero antes de darse cuenta de que estaba entre enemigos. Rivera fiándose del parte de su ayudante avanza también á encontrarse con Calderon acompañado de un asistente y cae también prisionero y en seguida es desarmado y puesto bajo custodia.

Así encontraban los patriotas á Rivera al emprender la reconquista y la libertad del suelo patrio: servidor decidido del Brasil y enemigo declarado de la libertad y de la independencia nacional. A más había claudicado escandalosamente de los principios republicanos de igualdad, libertad y fraternidad, que su jefe Artigas había proclamado dentro del sistema federal con pujante vigor y elevado patriotismo; y en este sentido más exitista que los oligarcas de Buenos Aires que no habían conseguido encontrar monarca que los ennobleciera, había recibido de un Imperio esclavócrata en pago de su traición á su patria, un irrisorio y doblemente condenable título de nobleza, acompañado de algunas monedas. Oigamos á este respecto al historiador Saldías:

« Así se ha visto que mientras los separatitas orientales lu-
« chaban valientemente por su causa, Rivera aceptaba del

« General Lecor el nombramiento de jefe de Policía de cam-
« paña y en pago de los servicios con que había contribuido al
« frente de las fuerzas que mandaba, á la ocupación que lleva-
« ron á cabo los Portugueses de la provincia Oriental en
« 1817. Y cuando poco después la constitución del Imperio fué
« jurada por los cabildos de la nueva provincia Cisplatina
« merced á los esfuerzos de Obes, Herrera, García y Rivera,
« éste prefirió la investidura de nobleza de Barón de Taenarím-
« bó con lo que le remuneró el Emperador del Brasil afectando
« á ase título algunas rentas, á la de soldado de la integridad
« de la patria común, que necesitaba en esos momentos del
« esfuerzo de todos sus hijos.»

Sin embargo el partido colorado que se titula de la libertad, y liberal, reconoce y con regocijo por uno de sus principales progenitores al Baron de Taenarímbó, pues es sabido que la lógica y el orden administrativo corren en él parejos dentro de un volteo especial.

Ahora se encontraba Rivera prisionero de los patriotas, lo que era un gran triunfo para los libertadores; pues gracias á él se veía privado el Imperio de un excelente guía, y de un caudillo diestro en perseguir y aterrorizar á sus paisanos, y en saberlos encontrar y arrancar de sus últimos refugios por el terror y por la fuerza.

En ese momento Rivera, abrumado tal vez por los remordimientos y dándose cuenta de su conducta antipatriótica, se dió también cuenta de la gravedad de su situación en aquellos momentos. Era prisionero de los patriotas mandados por Lavalleja y Oribe; y él como brasilero había perseguido implacablemente á Lavalleja por sus aspiraciones á la libertad y á la independencia, y había sido enemigo de Oribe mientras él atacaba á Montevideo al mando de fuerzas brasileras, y Oribe lo defendía valiente y resueltamente el año 1823 persiguiendo la libertad del territorio.

Oigamos á este respecto la opinión del historiador D. Francisco A. Berra, que por cierto está muy lejos de poder ser tachado de parcialidad acerca de este punto:

« Oribe, de família distinguida y educación esmerada, se « había formado en los centros cultos como ciudadano y en « buenas escuelas como militar; lo que dió á su carácter natu- « ralmente inflexible y enérgico, cierta firmeza sistemática. Por « otra parte, había dejado de obedecer á Rivera después que « Lecor dominó las márgenes del Plata, y HABÍA SIDO SU ENE- « MIGO VALIENTE Y ENCARNIZADO EN 1823, cuando los orien- « tales se dividieron por defender los unos la anexión al Brasil « y los otros la confederación con las Provincias Unidas. La « enemistad de Oribe y Rivera era tanto más profunda, cuan- « to que concurrían á producirla los hechos políticos y las « diferencias personales.»

Hay gentes que cuando quieren halagar á un militar le conceden de palabra el grado inmediato al que efectivamente tiene, y que cuando quieren deprimirlo lo nombran por un grado menor al que gloriosamente ha ganado en los campos de batalla. Hecha esta advertencia, citemos las palabras que con respecto al ya antes de la cruzada de los Treinta y Tres Teniente coronel Don Manuel Oribe, arranca la grandeza de su figura imponente, aún á enemigos como el Dr. Carlos María Ramírez, brasilero de nacimiento, colorado de sentimientos y de tradición y enemigo inveterado del héroe; palabras que á su respecto ha estampado en su libro sobre Artigas.

Dice así:—« Tampoco puede desconocerse que el sargento « mayor don Manuel Oribe se destaca con particular relieve « en el grupo guerrero de los Treinta y Tres. Hijo de noble « cuna, bien educado, cortés y atrayente, dotado de un valor « caballeresco y formado en excelente escuela militar, llevaba « en su juventud la aureola de los predestinados á subir muy « alto, y nadie negará que si hubiese muerto, por ejemplo en « 1837, en los campos de Yucutujá, donde fué derrotado, de- « fendiendo su investidura constitucional, con bravo ejército « de ciudadanos orientales, *su memoria sería hoy objeto de* AD- « MIRACIÓN UNIVERSAL,—sin mezcla, sin restricciones».

Rivera prisionero y agobiado por la gravedad de sus culpas,

no se preocupó mayormente de Lavalleja, hombre bondadoso é impresionable, y cuya clemencia creyó desde un principio poder alcanzar; pero temblaba ante el pensamiento de la actitud que asumiría don Manuel Oribe, cuya enérgica inflexibilidad y cuya rectitud de carácter temía, dados los graves cargos que pesaban sobre él; y dada también la influencia superior á la de todos sus compañeros que el teniente coronel Oribe ejercía sobre las operaciones de la revolución siendo ya bien conocido por lo inquebrantable de su voluntad y la firmeza de sus resoluciones.

Dominado por estos sentimientos Rivera consiguió apersonarse á don Jacinto Trápani rogándole en todos tonos que hiciera lo posible por salvarle la vida. El honorable patriota Trápani conferenció con Lavalleja y con Oribe, y pudo volver lleno de satisfacción á tranquilizar á Rivera y á manifestarle con toda seguridad que no se pensaba en atentar contra su vida.

Alentado de esta manera Rivera cuya viveza sus partidarios han hecho proverbial, no se atrevió á presentarse ante Oribe, pero solicitó y consiguió obtener una conferencia con Lavalleja. Conocida es la astucia gauchesca de que estaba dotado y que tan mal empleaba el desordenado Rivera. Acostumbraba á protestar su inocencia cuando no había pruebas que lo condenasen ó cuando esperaba poder embaucar á su interlocutor; y cuando le era imposible negar sus delitos apelaba al arrepentimiento protestando de su sinceridad. Dos horas estuvieron con Lavalleja encerrados en un rancho, y después de esa larga conversación salieron al parecer reconciliados.

En esa conferencia se encuentra tal vez la cuna de todas nuestras desgracias. El patriotismo representado por Lavalleja, aceptó el contingente de la perfidia encarnada en Rivera; y de ahí que éste echara los cimientos de su poder corruptor y anárquico que había de envenenar más tarde á la República. El desorden, la perfidia, la intranquilidad y la infidencia eran ingénitos en Rivera; por eso solo podía ser útil y servir con corrección á un poder fuerte y extenso como el del imperio

contra cuyo gobierno central no pudiera pensar en sublevarse y suplantarlo; un gobierno así como el imperial, que tuviese bastantes honores que prodigarle, bastante oro que arrojar á sus desordenados vicios y á sus innobles pasiones, y una conciencia política suficientemente ancha para garantirle la impunidad y la discreción para todos sus escándalos y excesos. Ese era su terreno, ahí estaba en su elemento, y el criterio histórico descubre con claridad al ver la constancia de su adhesión al Brasil, dado su carácter desleal y voluble, que él mismo había comprendido que el pináculo de sus aspiraciones estaba en ser un nuevo Masinisa, oriental, con respecto á la parodia de nueva Roma personificada en el imperio brasilero.

Declarado Rivera por la revolución llamó á ésta todos los jefes de las partidas que estaban á sus órdenes—Los orientales, ante los Treinta y Tres y el cambio de Rivera, se decidieron por los libertadores; pero sin embargo hubo sus excepciones, porque Rivera había arraigado tanto la adhesión al Brasil en algunos de sus oficiales, que algunos aunque aparentaron resolverse por la revolución, solo esperaban la ocasión de traicionarla como luego veremos—Rivera empleó á su vez el lazo revolucionario en que él había caído—Ordenó que para combatir á los invasores se le incorporase el coronel brasilero Borba que mandaba un regimiento de paulistas y que estaba á sus órdenes—Borba solo se dió cuenta de la perfidia de que había sido víctima cuando se encontró prisionero de los revolucionarios con sus 200 soldados. Estos hechos que aunque útiles á la revolución dejan mal parado el honor y la palabra del hombre, y no pueden ser justificados sinó por alguna moral especial, eran los que hacían la delicia y entretenían la vida de don Fructuoso Rivera—así como son los que le han formado su fama entre sus partidarios, habiendo sido de los primeros de éstos, las personas aficionadas á ese sistema á esos medios y á ese género de vida aplicado á la política.

Avanzando los patriotas en su marcha libertadora el 7 de

Mayo enarbolaron la bandera de los Treinta y Tres en el Cerrito de la Victoria y establecieron el sitio de la plaza de Montevideo—A pedido é insistencia de Rivera se nombró jefe del sitio á su segundo Isas, más conocido por Calderón: pero no teniendo los Treinta y Tres confianza en el teniente de Rivera, y existiendo para ello toda la razón del mundo, nombraron segundo jefe del sitio á don Manuel Oribe, para precaver cualquier felonía por parte del recomendado y protegido de Rivera —los sucesos habían de justificar desgraciadamente sus patrióticas y recelosas previsiones.

Dejando así establecido el sitio de Montevideo, Lavalleja fué á establecer su cuartel general en el Santa Lucía-Chico á una legua de la Florida, y envió á D. Ignacio Oribe á sublevar el Cerro Largo, y á D. Fructuoso Rivera á hacer otro tanto en las inmediaciones del Yí, y distribuyó á otros oficiales superiores en otros departamentos para obtener la sublevación total de la campaña. Entre tanto muchas personas se pasaron de la plaza á los sitiadores, y como los sargentos pernambucanos de que antes hemos hablado, todavía sin dirección, cometieron la imprudencia de hacer manifestaciones subversivas, el Baron de la Laguna creyendo la plaza minada y considerándose sobre un volcán, encarceló á don Juan Francisco Giró y otros distinguidos ciudadanos, y mandó pedir refuerzos considerables al Janeiro.

Los refuerzos les llegaron á los Brasileros traidos por el almirante Lobo y consistentes en 1200 hombres, 70.000 pesos, y un tribunal destinado á juzgar á los orientales abordo de la escuadra brasilera en calidad de presos políticos. A más decretaron la ley marcial y anunciaron nuevos y mayores refuerzos. Pusieron también en juego la diplomacia, y el cónsul brasilero Sodré preguntaba al Gobierno de Buenos Aires: «sí el gobierno habia « tomado parte en los acontecimientos orientales, ó si la tomaría « en el caso de que fuera adelante el proyecto de los tales aven- « tureros». El ministro García contestó el 2 de Mayo: «Que « no estaba ni podía estar en los principios bastante acredita-

« dos de su gobierno el adoptar en ningún caso *medios inno-*
« *bles*, y *menos fomentar, empresas que no sean* DIGNAS DE UN GO-
« BIERNO REGULAR». Al decir García estas desgraciadas y vergonzosas palabras, era consecuente con sus opiniones manifestadas y con sus antecedentes diplomáticos.

Don Manuel Oribe á su vez recibió en el Buceo una goleta en la cual D. Atanasio Lapido, D. Ramón Acha, D. Felipe Maturana y otros orientales, conducían armas y municiones en abundancia. A poco de establecerse el asedio, los brasileros hicieron una salida seria y don Manuel Oribe aunque con fuerzas diminutas, aceptó la acción contando con que Calderón, el jefe del sitio, vendría en auxilio de los patriotas, pero no fué así. El teniente de Rivera no se movió, limitándose á contemplar impasible la lucha, y Oribe tuvo que hacer uso de todo su arrojo y de todos sus recursos militares para salvar debidamente del enemigo. Esta traición manifiesta justificaba las desconfianzas de los patriotas hacia Calderón y la elección de don Manuel Oribe. Pero no había de parar aquí la perfidia del ex imperialista.

A poco supo don Manuel Oribe que en su propio campo se estaba tramando una siniestra conspiración, y que sus autores se valían de una mujer para llevar y traer las comunicaciones entre los brasileros de la plaza y Calderón el jefe del sitio y á la vez capataz de los conspiradores. Esperó Oribe en persona á la mujer, el día y en el lugar por donde había de cruzar la línea del asedio; la vió llegar, se apoderó de ella, y examinada la correspondencia se supo entonces que se trataba por medio de Calderón nada menos que de cometer el inícuo crimen de asesinar á don Manuel Oribe y á los demás principales jefes de la revolución.

El conspirador fué inmediatamente aprehendido, y juzgado fué sentenciado á muerte; pero la sentencia no se cumplió porque Rivera intercedió con Lavalleja en favor de su teniente, obteniendo que lo perdonara, explotando el día de su santo (24 de Junio) y arribando á la componenda de que el traidor no

tomaría parte en la guerra, condición que se comprometía á cumplir solemnemente. Pero condición que Calderón no cumplió, pues faltando villanamente á su juramento, se pasó al ejército imperial y continuó sirviendo en él en contra de los patriotas.

Estos sucesos arrojaron nuevas sombras sobre Rivera y confirmaron á algunos en la sospecha que ya abrigaban con respecto á su deslealtad para con la causa de su patria, deslealtad asombrosa que debía sin embargo ponerse más tarde en evidencia por su conducta antipatriótica en el ejército á las órdenes del general Rodriguez.

CAPÍTULO XVII

Sarandí—Un revés y cuatro triunfos

Mientras era sofocada como dejamos dicho en el capítulo anterior la infame y siniestra conspiración contra-revolucionaria, los patriotas continuaban despertando el entusiasmo popular por la santa causa de la libertad y la independencia, y obteniendo triunfos parciales de importante consideración.

A principios de Junio del año 25 Abreu, Bento Manuel y Barreto invadieron por la frontera norte con un ejército de 2000 hombres. Los patriotas no podían todavía presentarles batalla campal, pero por medio de estratagemas y aprovechando las divisiones de esa fuerte columna, consiguieron darles recios golpes. Don Ignacio Oribe atacó con un destacamento y ganó sobre él el combate de Tacuarí, haciendo prisionero á Caballero el jefe enemigo. El 21 de Agosto el coronel don Julián Laguna con 400 hombres sosprendió sobre Paysandú y derrotó las fuerzas imperiales que habían salido á pernoctar fuera del pueblo. Les ocasionó muchos muertos y prisioneros y con los grupos que se le pasaron hizo ascender su columna á 700 hombres y en seguida se posesionó de la plaza.

Rivera no fué tan feliz como los dos jefes mencionados. Habiendo pasado la columna imperial al mando de Abreu al sud del Rio Negro, el jefe brasilero desprendió una división á las órdenes de Bento Manuel para perseguir á Rivera. El encuentro tuvo lugar cerca de San Salvador el 4 de Setiembre, quedando Rivera completamente derrotado, retirándose con precipitación hacia el Este, con pérdida del mayor Mansilla y varios oficiales y soldados.

Quedó muy contrariado Rivera con este serio contraste, y deseando compensarlo con algún triunfo, recurrió más que á estratagemas militares que no poseía, á recursos de gaucho y de caudillo. No encontrándose capáz de atacar á los soldados, se propuso arrebatar á los brasileros las grandes caballadas que guardaban en el Rincón de Haedo, conocido también por de las gallinas; y con este propósito se preparó para sorprenderlos. El 22 de Setiembre pasó el Rio Negro, sorprendió las guardias, y empezó su operación de pasar las caballadas. No la había terminado aún cuando tuvo noticia de que una columna brasilera al mando de Gomez Jardín venía descuidadamente á campar en el Rincón, ignorando que Rivera derrotado poco antes se encontrase allí llevándose los caballos. Este sale el 24 al encuentro de la columna la sorprende, la derrota, tomándole muchas armas y prisioneros, llevándose un buen número de caballos. Esa fué la acción del Rincón de las gallinas.

Después de la derrota de Rivera en San Salvador, Bento Manuel Ribeiro se dirigía con su columna victoriosa á Montevideo, cuando sabiendo Lecor que había pasado la frontera una columna brasilera fuerte de más de mil hombres al mando de Bento Gonsalves, ordenó á los dos jefes que se incorporaran proponiéndose al frente de sus fuerzas reunidas atacar el campamento de Lavalleja situado en Santa Lucía Chico. La incorporación se efectuó con rapidéz. Pero los hermanos Oribe se apercibieron de estas operaciones; y comprendiendo el intento de Lecor, reunieron sus fuerzas y se incorporaron á Lavalleja sin dejar de hacer seguir observando al enemigo. El jefe

de los Treinta y Tres con sus fuerzas y las de los Oribe se dirigió á la cuchilla del Sarandí después de ordenar que se dirigiera allá Rivera que se encontraba en el Durazno con una división. —Reunidas allí las fuerzas orientales el general en jefe hizo mudar caballos y se dispuso al combate creyendo sin embargo que las fuerzas del enemigo eran muy superiores á las suyas. Lucía el sol del 12 de Octubre de 1825. Así que se supo que el enemigo avanzaba en la misma dirección y que ya se encontraba á una legua de distancia, se tendió la línea de batalla ocupando don Manuel Oribe el centro, Zufriateguí jefe de estado mayor la derecha, y Don Fructuoso Rivera la izquierda, colocándose el general en gefe al frente de la reserva. Aproximóse el enemigo, cambió caballos, y se dispuso también para la lucha. Los combatientes orientales eran ya 2400 hombres y los imperiales otros tantos. La iniciativa de la pelea partió de los brasileros. Los orientales esperaron á pie firme, y los imperiales se lanzaron á galope sobre la línea de los libres, al toque de degüello. Pero cuando estuvieron á tres cuadras de distancia, los orientales se lanzaron á la carga á todo el correr de sus caballos, al grito de :*carabina á la espalda y sable en mano*, y aunque recibieron una descarga á quemaropa, cayeron como un turbión sobre la línea enemiga, mellaron en ella sus sables, la hicieron retroceder, declararse en completa derrota y emprender la fuga. 50 oficiales y 400 soldados imperiales quedaron muertos en el campo de batalla; además los brasileros perdieron 600 prisioneros y muchos heridos y dispersos. Cayeron también en poder de los patriotas 2000 armas, 10 cajones de munición y un considerable número de caballos. Los libertadores solo tuvieron que lamentar la muerte de un oficial y 30 soldados, y 13 oficiales y 70 soldados heridos.

Triunfo espléndido, victoria colosal relativamente á una revolución que cinco meses antes habían iniciado 33 héroes contra un poder formidable, abundante de dinero y de recursos, que dominaba hasta en el último rincón del territorio libertad

con un gran aparato de fuerza y con el auxilio de los traidores.

Era la primera batalla campal que libraban los orientales libertadores y en ella se habían cubierto de gloria las armas de la patria reduciendo á trizas el ejército de los tiranos, y haciendo flamear bien en alto la bandera de la libertad entre las nubes de la gloria. En vano el sofisma, la mistificación, el interés y el crimen, habían querido ahogar las libertades públicas, cuyos defensores acababan de triunfar heróicamente, iniciando de la manera más brillante una nueva era para la nacionalidad oriental. La Providencia á través de las pasiones humanas había asistido á la lucha que se iniciaba, ayudando la causa de los libres; y la patria, á pesar de sus desgracias, había podido contar todavía con hijos como D. Juan Antonio Lavalleja y D. Manuel Oribe y demás Treinta y Tres, que lanzando al más profundo desprecio las opiniones anexionistas é imperialistas de D. Lúcas Obes, D. Nicolás Herrera, D. Manuel José García y D. Fructuoso Rivera, se arrojaron valientes y patriotas á arrancar el suelo de la patria de las impuras manos de sus tiranos, jurando antes solemnemente obtener en su santa empresa: ó LIBERTAD ó MUERTE.

Solo para dar punto á este capítulo reproducimos el siguiente soneto que como homenaje al héroe de tan grandioso y fecundo acontecimiento, dedicamos en otra oportunidad al aniversario de esta trascendental batalla:

SARANDÍ

Octubre 12 de 1825

SONETO

Ya el héroe con ardor traza la valla;
De patria y guerra agita las banderas;
No importa si no cubren sus hileras
A la enemiga línea de batalla:
El patriotismo, cual volcán que estalla,
En astillas un trono arroja á hogueras

Do se funden infamias extranjeras
Y forja el libre la bruñida malla;
A cuatrocientos del imperio entierra,
Con cincuenta y dos jefes del tirano
Seiscientos prisioneros hay de guerra.
Grabó esta acción del Sarandí en el llano:
Como liberta el Oriental su tierra,
¡Carabina á la espalda y sable en mano!

Guillermo Melián Lafinur.

Buenos Aires, Octubre de 1889.

CAPÍTULO XVIII

Preliminares de Ituzaingó

Por más que la opinión pública y los partidos principalmente el federal, que era ya poderoso, clamasen en Buenos Aires por la guerra contra el Brasil y la defensa de la Banda Oriental, los unitarios dirigentes que estaban en el gobierno no la querían; porque con arreglo á sus ideas y á su sistema unitario comprendían perfectamente que á la Banda Oriental independiente ó reincorporada á las demás provincias, sería imposible gobernarla por medio de un procónsul de la oligarquía, por más que éste se llamase Sandes, Sarratea ó como cualquier otro agente del unitarismo; pues si las demás provincias solo admitían el régimen federal, con mucha más razón resistirían el unitarismo los orientales, dada su tradición artiguista, la importancia de sus jefes, el heroismo de sus hombres, y la altivez y el espíritu independiente de su pueblo.

Veremos más tarde que semejante idea solo pudo ocurrírsele á un ambicioso ingénuo como Mitre, y á un soñador estrafalario como Juan Carlos Gómez, y que ambos lo único que consiguieron fué lanzar á sus instrumentos al sacrificio.

La Sala de Representantes de la Banda Oriental del Río de la Plata reunida en la Florida hizo el 25 de Agosto de 1815 con fuerza de ley la siguiente declaratoria:

« Art. 1º Declara irritos, nulos, disueltos y de ningún valor « para siempre todos los actos de incorporación, reconoci- « mientos, aclamaciones y juramentos arrancados á los pueblos « de la Provincia Oriental por la violencia de la fuerza unida á « la perfidia de los intrusos poderes de Portugal y el Brasil, « que la han tiranizado, hollado y usurpado de sus inalienables « derechos, y sujeto al yugo de un absoluto despotismo, desde « el año de mil ochocientos diez y siete, hasta el presente de « mil ochocientos veinte y cinco.

« Y por cuanto el pueblo Oriental aborrece y detesta hasta « el recuerdo de los documentos que comprenden tan ominosos « actos, los magistrados civiles de los pueblos, en cuyos archi- « vos se hallan depositados aquellos, luego que reciban la pre- « sente disposición concurrirán el primer dia festivo, en unión « del párroco y vecindario, con asistencia del escribano, secre- « tario, ó quien haga sus veces á la casa de justicia y antecedi- « da la lectura de este decreto, se testará y borrará desde la « primera línea hasta la última firma de dichos documentos, « extendiendo en seguida un certificado, con el que deberá dar- « se cuenta oportunamente al Gobierno de la Provincia.

« Art. 2º En consecuencia de la antecedente declaratoria, « reasumiendo la provincia oriental la plenitud de sus dere- « chos, libertades y prerogativas inherentes á los demás pueblos « de la tierra, se declara de hecho y de derecho libre é indepen- « diente del rey de Portugal, del emperador del Brasil y de « cualquier otro del universo, y con amplio y pleno poder para « darse las formas que en uso y ejercicio de su soberanía estime « convenientes. »

La prensa de Buenos Aires predicaba la guerra al Brasil é interpretaba el sentimiento americano y republicano de los pueblos en artículos en que se leían párrafos como el siguiente:

« ¿Cuáles son las circunstancias que se oponen? La falta de

« marina, de ejércitos y de soldados sólo importa el apresurar
« los medios de formarlos. Hay hombres y dinero; hay arbi-
« trios que pueden suplir en el entretanto ... ¿Qué puede temer-
« se del Brasil en que no podamos amenazarlo? Su marina
« incompleta, desprovista, mal pagada, abundando en hombres
« mercenarios, solo presenta un fantasma que desharían cua-
« tro corsarios. ¿No pueden armarse estos en dos semanas? ...
« La prudencia en la guerra tiene sus límites como en otros
« casos. Estamos comprometidos por principios, por convenien
« cia y aún por el honor, si es necesario, á libertar la Banda-
« Oriental. Llegó el caso de encenderse la guerra; debemos
« decir por qué lado nos decidimos, debe hacerse el último
« esfuerzo, todo lo demás es contemporizar con la usurpación ó
« mostrar debilidad. ¡Y debilidad en las provincias del Rio de
« la Plata!!—¡Nó! ¡jamás! .... Abundan en recursos y en *patrio-*
« *tismo*, que supera todas las necesidades; así, en nuestro con-
« cepto, solo debe mirarse ahora *lo que podemos hacer* y no
« trepidar en decir y declarar *que haremos cuanto podamos.* »

Efectivamente los agentes orientales y los particulares argentinos organizaron el corso sin que el gobierno pudiera impedirlo; y de la marina era de donde había de saltar la chispa que obligase al gobierno argentino á mezclar sus armas con las nuestras, y á llevar la guerra al Brasil en defensa de los intereses de la revolución de Mayo.

Se había despertado de tal manera el sentimiento nacional contra las agresiones del Brasil, que los oficiales imperiales no podían bajar á tierra ni aún vestidos de particular; pues en cuanto eran conocidos eran objeto de griterías y manifestaciones hostiles por parte del populacho. No podían tampoco hacerlo en los botes de sus buques de guerra, pues sus tripulantes generalmente mercenarios, eran inmediatamente invitados á desertar, lo que fácilmente se conseguía por medio de sumas de dinero; y viéndose obligados á servirse de los botes particulares del servicio del puerto pagándolos á alto precio, se vieron al fin privados también hasta de este recurso, pues sus dueños se negaron á facilitárselos.

Así las cosas, corrió un día la noticia de que dos buques brasileros se ocupaban en recorrer la costa argentina entre el puerto de Buenos Aires y la Punta del Indio y luego se agregó que habían apresado un bergantín que, navegando bajo bandera argentina, venía desde Paranaguá. Las pasiones se excitaron y varios tumultos recorrían las calles á los gritos de ¡tropelía! ¡insulto á la Nación! y el 29 de Junio, día de San Pedro, santo del emperador, estallaron las pasiones mal contenidas y una pueblada se dirigió al consulado brasilero, gritando: «¡Viva « la patria! ¡Muera el cónsul del Brasil! ¡Mueran los brasile- « ros! ¡Muera el emperador de los macacos!» «Y ya frente á la casa, dice el historiador Berra, frenéticos de ira, borraron el escudo que había sobre la puerta.» Entre tanto, los corsarios habían apresado la goleta brasilera «Pensamiento Feliz» y la tenían con toda calma en el puerto de Buenos Aires, siendo el gobierno impotente para contener aquella explosión popular preparada por la prensa, por los tribunos, por el ejemplo de los orientales y por la indignación nacional.

El cónsul brasilero, Sodré, no las tenía todas consigo y deseando poner los piés en polvorosa pidió á su gobierno que lo sustituyera. El emperador mandó en su sustitución al capitán-teniente Antonio José Falcao da Frota, como agente político del Brasil; pero da Frota se sintió muy mal impresionado, así que su sucesor lo puso al corriente de ciertos antecedentes; y en vista de las manifestaciones de la opinión, significó á su gobierno la necesidad de terminar las relaciones con la Nación Argentina, y la conveniencia de su retiro, si se reproducían los insultos.

La noticia de la victoria del Sarandí produjo en Buenos Aires un efecto extraordinario, despertando un entusiasmo inusitado en el pueblo y en la generalidad de los miembros de la administración. Tuvieron lugar reuniones populares, y se realizaron estruendosas manifestaciones públicas. El 20 de Octubre una pueblada con una banda de música á la cabeza pasó á media noche por la casa del agente brasilero Antonio José Falcao

da Frota, y prorrumpió en vivas á los vencedores orientales y mueras al emperador del Brasil á su cónsul y á sus cómplices. Da Frota pidió inmediatamente sus pasaportes, pero el ministro García lo tranquilizó, ofreciéndole garantías para su persona.

Los corsarios orientales y argentinos redoblaron sus esfuerzos haciendo repetidas presas, y el Brasil en vista de esto y previendo que el Gobierno Argentino tendría al fin que ceder á la opinión; al mismo tiempo que preparaba soldados, empezó á enviar buque tras buque á las aguas del Plata.

Ante un proceder semejante el Gobierno de Buenos Aires que no había querido ceder ante las exigencias del pueblo y del sentimiento nacional, tuvo que abandonar su impasibilidad y la diplomacía de su ministro García y asumir otra actitud ante la imposición brutal de los hechos.

Mientras que los orientales avanzaban con sus triunfos, y en su organización provisoria y el pueblo de Buenos Aires los acompañaba con sus simpatías, los gobiernos brasilero y argentino se ocupaban de recíprocas reclamaciones diplomáticas; hasta que al fin el 10 de diciembre de 1825 el emperador del Brasil declaró la guerra á la República Argentina autorizando el corso, decretando el bloqueo de los puertos, y ordenando que por mar y por tierra se hicieran las mayores hostilidades posibles á las provincias unidas del Río de la Plata.

CAPÍTULO XIX

Nuevas infidencias de Rivera

Ya antes de la declaración de guerra había invadido por Yaguarón, por cuenta del Brasil, el ex-teniente de Rivera, Isas, conocido por Calderón: y habían pasado también Abreu y Barreto el Cuareim, con una columna de 1500 hombres; mientras la escuadra imperial tomaba posesión de la isla de

Martín García que se hallaba enteramente desocupada. En seguida Lobo declaraba bloqueados los puertos de Buenos Aires y demás de ambas riberas del Plata, donde dominasen autoridades argentinas ú orientales.

Lavalleja llegó al Cerrito y se incorporó á D. Manuel Oribe con una división de 900 combatientes. A principios de Diciembre de 1825 envió á Laguna hacia el lado del Salto para que observara la invasión brasilera por ese lado, y ordenó se reconcentraran en un solo punto varias divisiones del Sur del Río Negro, y las de Mercedes, la de Maldonado y la de D. Frutos Rivera. Tomadas así sus precauciones militares, lanzó una proclama al pueblo llamándolo á las armas é hizo comprender á sus compatriotas la necesidad de reunir todos los elementos de que podía disponerse para conjurar los peligros que nuevamente se cernían sobre los horizontes de la patria.

El gobernador de Buenos Aires, general Las Heras dirigió una proclama á los argentinos llamándolos á las armas en nombre de la libertad, y lanzó otra particular á los orientales el 1º de Enero de 1826 que decía así:

« Orientales: ocupais el puesto que se os debe de justicia;
« formais la primera división del ejército nacional; llevais la
« vanguardia en esta guerra sagrada; que los oprimidos em-
« piecen á esperar y que los viles opresores sientan luego el
« peso de vuestras armas. Esa vuestra patria, tan bella como
« heróica, solo produce valientes; acordaos que sois Orientales,
« y este nombre y esta idea os asegurarán el triunfo. »

Después de esto Las Heras ordenó que el General Rodríguez pasase á la Banda Oriental, lo que este efectuó el 28 de Enero de 1826 atravesando el Uruguay con un ejército compuesto de 1500 hombres de las tres armas y acampó entre Guaviyú y Queguay cerca del arroyito San José. Habiéndose dirigido Lavalleja á reforzar el sitio de la Colonia con 300 infantes, 400 hombres de caballería, y 4 cañones, dispuesto á emprender operaciones terminantes de acuerdo con la escuadra de Buenos Aires, los brasileros en número de 300 hicieron una

salida desde la fortaleza del Cerro. Salióles al encuentro don Manuel Oribe y el 9 de Febrero obtuvo sobre ellos un brillante triunfo en el Pantanoso, matándoles 4 oficiales y 46 soldados.

Bento Manuel se encontraba campado cerca del Cuareim y se disponía á avanzar hacia el Sur donde existían doscientas mil cabezas de ganado en los campos que limita el Arapey. El General Rodríguez comprendió que para esas medidas podían utilizarse con probabilidades de éxito las cualidades del caudillo, y ordenó á Rivera teniendo en cuenta sus condiciones gauchescas, que sorprendiese á Bento Manuel con la rapidéz que le aseguraban su vaquía y sus excelentes caballadas. Todos los jefes orientales desconfiaban de la lealtad de Rivera, mayormente desde la acción del Sarandí, pues desde entonces el ambicioso caudillo no había sabido ocultar del todo su envidia y su rivalidad respecto de Lavalleja. Pero el General Rodríguez recién llegado prescindió de todo, y creyendo que su imparcialidad y la altura de su conducta obligarían más á Rivera, le dió la orden antedicha de sorprender con rapidez. Rivera aparentó cumplir la orden recibida del General en jefe, pero emprendió la marcha con premeditada lentitud, contra la opinión expresa de los jefes y oficiales que lo acompañaban; y todavía no pareciéndole esto suficiente, á pretexto de darle libertad, le envió á Bento Manuel un soldado portugués que había sido tomado por las avanzadas; el que fué corriendo á avisar al jefe brasilero de la marcha de los republicanos, lo que le dió tiempo para evitar la ordenada sorpresa. Cuando llegó Rivera al Cuareim el 19 de Mayo, ya el jefe brasilero se había retirado.

Rivera dió en seguida cuenta de su frustrada operación sin revelar naturalmente su verdadera causa; y en seguida empezó á ocuparse de robar grandes cantidades de ganado que hacía pasar á Entre Rios, y vendía allí y disponía de ellas á su gusto como de bienes propios.

No satisfaciendo del todo su inquieta actividad y su natural

infidente los negocios pecuniarios, se dió á mantener relaciones con las entidades imperiales, para lo cual hacía valer su título de Barón de Taenarimbó, cuyo uso tenía para los brasileros una reveladora y grata significación, y entrando de lleno en maquiavélicos, sombríos y traidores trabajos políticos, trataba de preparar el arreglo de los asuntos pendientes, de manera que desapareciesen de la Banda Oriental Lavalleja, Oribe, los demás Treinta y Tres y la intervención Argentina, y volviera la situación de su patria que desgraciadamente lo vió nacer en su suelo, al estado que tenía antes del glorioso 19 de Abril de 1825.

Con respecto á estos planes criminales dice el historiador Berra:

« Estos proyectos no se descubrieron hasta más tarde; pe-
« ro la conducta observada por Rivera en el Cuareim fué de
« tal gravedad, que el general Rodríguez se dispuso primera-
« mente á someterlo á un consejo de guerra y prefirió después,
« por consideraciones políticas que le imponían las circunstan-
« cias, mandarlo á Buenos Aires; con cuya medida consiguió,
« á sabiendas en parte y en parte sin saberlo, librarse de un
« elemento doblemente peligroso. »

Por esa razón el caudillo anarquista no se halló en Ituzaingó.

Rivera fué pues desterrado de su patria por causa harto ignominiosa, y por cierto que sus delitos eran más positivos y más graves que los de Liniers, Concha, Allende y demás que se encierran en la palabra CLAMOR de que dimos cuenta á principios de estos apuntes, y que dieron motivo á la primera Junta republicana de Buenos Aires para creerse en el derecho de ejercitar una ejemplar y severa justicia. Sin embargo, esos orientales que más tarde habían de ser tan calumniados, y que habían estado á punto de ser víctimas de los planes tenebrosos de Rivera, en nada influyeron ni si quiera para el débil castigo que le fué impuesto por sus atroces conspiraciones y sus planes liberticidas, calificados en toda nación civilizada con el nombre de: crímenes de lesa patria.

CAPÍTULO XX

Criminal insurrección riverista

A pesar de las vinculaciones de nuestra historia en este período, con la historia Argentina, la índole de este trabajo nos obliga á pasar por alto las grandes victorias navales de Brown, las luchas heróicas, los triunfos casi increibles contra la siempre más numerosa escuadra brasilera y el valor admirable de que fueron testigos las aguas del Plata, y que tanto contribuyeron á nuestras dos independencias, entregando el nombre del glorioso almirante al recuerdo imperecedero y al cariño y veneración de los dos pueblos del Plata.

No podemos tampoco detenernos en la explicación de aquel Congreso nombrado por los pueblos de las provincias federales y que resultó de mayoría de individualidades unitarias; porque hallándose aún los pueblos sin experiencia en cuestión de trabajos electorales, se fijaron en la espectabilidad y en la ilustración de la persona, sin preocuparse de que su modo de pensar fuese una garantía para sus principios políticos; ni podemos entrar á analizar el origen viciado de la precipitada elección de Rivadavia, verificada con treinta y ocho diputados, debiendo la representación componerse de (87) ochenta y siete miembros, obteniendo asimismo entre los que votaron solamente 35 votos. Burla grave hecha á las provincias que habían esperado tener ingerencia en el nombramiento del jefe de la nación, lo que era arrojar una semilla que había de dar más tarde sangrientos y pésimos frutos.

Dejando de lado esos y muchos otros detalles, volvamos á Rivera, á quien la orden de destierro que tuvo que cumplir embarcándose el 24 de Julio en el puerto de las Vacas con dirección á las Conchas, lo encontró conspirando contra los sacrificios, el orden y las libertades de su patria.

Inmediatamente Rivera se trasladó de las Conchas á Buenos Aires, y Rivadavia lo auxilió en seguida con dos mil pesos.

A este respecto dice el historiador Berra:

« Con esa facilidad proverbial que tenía para mentir y enga-
« ñar, persuadió á Rivadavia de que todos sus afanes se habían
« contraido *á servir los intereses del gobierno*, y de que las acu-
« saciones que se le hacían eran obra de sus enemigos perso-
« nales. Tal maña se dió, que el presidente llegó hasta mani-
« festarle que pensaba confiarle el puesto de inspector general
« de armas. »

Pero dígase lo que se quiera, esto no tiene disculpa en un hombre como Rivadavia cuyo talento ha sido tan elogiado por sus partidarios y que tenía tanta fé en su perspicacia, que no había temido afrontar en Europa la diplomacía clásica de las cortes en busca de un rey para estos pueblos. No la tiene en el hombre que descendía á los más profundos abismos con la antorcha del poder en la mano, para arrancar á la oscuridad cómplices de la conjuración de Alzaga. No la tiene el político que tenía tanta confianza en sus propias fuerzas, que desde su pedestal unitario se proponía resistir al torrente de la voluntad de los pueblos de todas las provincias, y ahora sin embargo, al decir de algunos escritores, *se dejaba engañar* por un caudillo tosco, de astucia gauchesca, ejercitada en las artimañas de campamento.

Un jefe argentino, el general Rodríguez á las órdenes de su gobierno, lo condenaba y lo desterraba con el aplauso de todos los orientales, y el presidente argentino acogía al penado por su subalterno, lo ayudaba, lo premiaba, y se proponía darle un alto puesto militar debiendo comprender que desde allí continuaría con más vigor el desarrollo de sus intrigas.

De una manera muy distinta procedió más tarde Rozas, cuando Rivera fué á ofrecerle sus servicios. En cuanto á Rivadavia hay que encontrar más bien la clave de su estupenda conducta para con Rivera, en sus simpatías por el imperio y por el jefe imperial y brasilero; en su desdén por la Banda Oriental que

luego iba á poner nuevamente de manifiesto; y en su política á nuestro respecto, que había sido y era siempre la misma del tristemente célebre ministro D. Manuel José García.

Alentado de esa manera, Rivera continuó sus trabajos subversivos con más amplitud, audacia y empeño. Uno de sus propagandistas en tierra oriental era Jorge Pacheco, á quien tuvo que desterrar el mismo D. Joaquin Suarez, encargado entonces del gobierno civil, porque según decía éste: « Pacheco « sembraba la desconfianza en los miembros de la Junta de « Representantes con sus discursos y escritos ». La dirección militar de los motineros había sido confiada á su hermano don Bernabé Rivera, á Caballero y otros oficiales á quienes prometió D. Fructuoso que oportunamente él vendría á ponerse al frente del movimiento insurreccional é imperialista.

El general Rodríguez había sido sustituido en el mando del ejército por el general D. Carlos María de Alvear, soldado de buena escuela, educado en España, hombre resuelto y militar brillante y afortunado, quien se hizo cargo del mando militar el 31 de agosto. La insurrección riverista estalló en diferentes partes del territorio á fines de ese mismo mes; de modo que la primera tarea de Alvear, fué sofocar la rebelión naciente. A los quince días ya había aprehendido á Bernabé Rivera, Caballero y otros, y ordenó al coronel Laguna que concluyese de dispersar los restos de los insurrectos, lo que efectivamente en breve efectuó el coronel Laguna fusilando por orden superior algunos oficiales, quedando así terminada la antipatriótica é pérfida insurrección riverista.

La terminación de ese criminal atentado en momentos angustiosos para la patria fué celebrada con júbilo en todo el país. El coronel Laguna decía en su parte: « Que quedaban en tran- « quilidad y sosiego los disturbios que algunos mal aconsejados « dirigían ». El cabildo de Paysandú ofreció auxilios al general Alvear: « convencido—decía—de que la unión nos libra de las « garras del tirano, nos constituye en nación y nos hará respe- « tables de todos ». Y como no hay mejor cuña que la de la

misma madera el mismo D. Joaquín Suarez como miembro del Gobierno provisorio dirigió el 30 de Setiembre un mensaje en que trataba á Rivera de *«falso apóstol de la patria»* y dando cuenta de la terminación de la revuelta decía:

« De este modo la provincia ha recuperado su tranquilidad
« y se ha afianzado en el convencimiento de que no puede
« haber libertad sin orden, ni orden sin el respeto y obedien-
« cia á las autoridades. El gobierno felicita de nuevo á la Pro-
« vincia por la terminación de este paso que ha puesto en cla-
« ro *los ocultos designios de* ESTOS FALSOS APÓSTOLES DE LA
« PATRIA; y no duda asegurar que él vá á ser el precursor de
« los brillantes triunfos que nos esperan contra nuestros ene-
« migos y que afianzarán para siempre nuestra libertad é inde-
« pendencia. »

Y el mismo día el general en jefe del ejército instruyendo á las tropas de lo sucedido les decía que: « Las intrigas del ene-
« migo habían hallado en nuestros mismos compatriotas espíri-
« tus *bastante débiles é incautos* PARA DEJARSE SEDUCIR POR
« SUS PÉRFIDOS ALHAGOS».

Ocupado el equipaje de Bernabé Rivera y registrada su correspondencia se encontraron las pruebas de que la insurrección Riverista había respondido á una conspiración imperial tramada en la Corte del Brasil y de que don Fructuoso Rivera estaba desempeñando el papel de agente político y militar de los brasileros.

Uno de los escritores á quien ya hemos citado presenta con respecto á este punto los siguientes documentos:

« Una de las cartas, dirigida el 23 de Junio desde Rio Janei-
« ro al general Rivera por el coronel D. Enrique Xavier Fe-
« rrara, portugués, edecán distinguido del Vizconde de la
« Laguna, decía que ya el Emperador tenía noticia de su
« prisión y que había ordenado á Lecor que le diera 25.000
« pesos á Rivera y otras sumas á los oficiales que le acompa-
« ñaban. Agregaba que la prensa de Río Janeiro lo atacaría
« fuertemente, pero que no hiciera caso, pues era necesario

« proceder así «*para el mejor éxito del negocio*». En otra carta « escrita en Montevideo el 25 de Agosto decía el mismo á Ber- « nabé Rivera: «*La dificultad está en la errónea alianza de « la Banda Oriental con Buenos Aires, que precisamente impide « á la Banda Oriental entrar en arreglos con el Brasil*».... Y « personalizando las cuestiones, agregaba: «*Lavalleja y Oribe « trabajan contra su hermano;* SUS PROYECTOS SON MALOS; *la « política exige la seguridad general del país y en particular* LA « DE MI COMPADRE»....

« Otro personaje, D. Juan Florencio Perea, escribía al mismo « Bernabé Rivera el 21 de Agosto desde Montevideo:.... «*Sé, « y me han asegurado que Felipe Caballero, V., Oroño y otros « decididos orientales más, se hallan mandando una reunión « considerable.* AMIGO, NO ABANDONAR LA EMPRESA.»

Ante los documentos evidentes de la traición, ante los 25000 pesos recibidos por Rivera del emperador del Brasil por intermedio de Lecor, ante lo inequívoco de las pruebas de su deslealtad y ante la indignación pública, su protector Rivadavia como Presidente de la República, no tuvo más remedio que decretar la prisión del caudillo, ya desterrado de su patria por infidente. Pero á pesar de la discreción y de todo el poder del Presidente Rivadavia el decreto llegó á oídos del caudillo antes de que fuese puesto en ejecución, y refugióse en el Rosario de Santa-Fé con cuyo gobernador se entendió, obteniendo de él seguro refugio.

Se le acusó de alta traición y se le emplazó para que compareciera ante los tribunales á defenderse de los graves cargos que se le hacían; pero el caudillo harto conocedor de la justicia de los cargos y de la gravedad de sus delitos no compareció, ni el Presidente Rivadavia consiguió tampoco que el acusado fuese remitido á disposición de la justicia. La junta oriental condenó severamente esa conducta, y pasó una nota al gobernador, en razón decía: «de haber sido informada oficialmente « de la precipitada fuga que ha hecho de la Capital de la Na- « ción Argentina el brigadier D. Fructuoso Rivera al haberse

« decretado su arresto en virtud de datos relativos á alta traición « é infidelidad, y no haber comparecido al llamado que se le « ha hecho, según la ley para que respondiese en juicio pú- « blico á los cargos que contra él resultasen ».

Como se vé la conducta de Rivera era una infidencia permanente, una continua conspiración y un pérpetuo escándalo. Un hombre semejante podrá ser muy á propósito para capataz de desordenados sin patria, sin freno y sin ley, pero carece absolutamente de las condiciones de un verdadero jefe de un partido de principios. Por eso los que quisieron echar las bases de una asociación política sobre los cimientos de su funesta personalidad, sólo formaron un bando de guerra y de ambiciones y cometieron un error gravísimo, que no ha podido ser de más fatales ni deplorables consecuencias. Llamar liberal á un partido formado sobre la infidencia y los falsos principios flotantes de Rivera, es un sarcasmo horrendo que solo puede ser recibido con éco simpático en un manicomio, ó en un encierro de desordenados, ó en una colectividad que tenga interés en subvertir la moral y en sostener falsedades; pero un partido que se funda en semejantes bases y las haga efectivas, será una desgracia inmensa para el desventurado país que tenga la desdicha y el castigo ds soportarlo.

CAPÍTULO XXI

Ituzaingó—Intrigas de Rivera

Así vencida y condenada la inícua insurrección riverista, preocupóse Alvear de acuerdo con Lavalleja, de la seria preorganización del ejército con objeto de continuar activamente la campaña. Desesperando de recibir más contingentes de las provincias, comprendiendo que ésta no los proporcionarían de buen grado mientras gobernase Rivadavia con su sistema y

sus pretensiones unitarias, trasladó su campamento hacia el Durazno, y se resolvió que Lavalleja pasase á las provincias de Santa Fé y Entre Ríos á procurarse personalmente los contingentes que pudieran dar, esperando que su presencia simpática alcanzaría lo que no obtenían las órdenes desautorizadas de Rivadavia perpétuamente en pugna con la opinión popular.

Después de permanecer Lavalleja un mes en Santa Fé acompañado de don Ricardo López Jordán, pasó á Entre-Ríos á tomar el mando de los escasos contingentes que le proporcionaron, pues las provincias no se decidían por completo mientras no se cambiase el presidente y su sistema de gobierno, y se incorporó el general Alvear terminándose en breve la organización del ejército de operaciones.

El emperador por su parte disponiendo de numerosas fuerzas y pareciéndole lenta la acción de sus generales, se resolvió á venir en persona al teatro de la guerra, pues disponía de 5.000 hombres en Montevideo, 1.000 en la Colonia, 1.000 en la isla de Gorriti, 500 en la isla de Lobos y 12.000 en la frontera de Río Grande principalmente en Santa Ana. Lo que formaba con algunas partidas sueltas un total de 20.000 hombres; del que creía que sus gefes no sabían sacar el debido partido, y vino él mismo á reanimar á las tropas con su presencia y á retirarse á tiempo, confiando el mando militar en jefe al marqués de Barbacena.

El ejército de orientales y argentinos distaba mucho de este número y era imposible una lucha cuerpo á cuerpo si se dejaba que se reconcentrasen esas fuerzas. Era, pues, indispensable recurrir sin pérdida de tiempo á rápidas combinaciones militares. Tal fué el plan de Alvear.

Entre tanto y para eterna mengua de su memoria, el diabólico Rivera continuaba en su obra anárquica y se empeñaba en intrigar en momentos tan supremos para su país. Ni los peligros que amenazaban la obra á costa de tanta sangre y de tantos sacrificios conquistada; ni la suerte de aquel ejército d

valientes, ni el honor ni los derechos de su desgraciada tierra natal, ni la atmósfera de entusiasmo en que se espaciaba el alma de los patriotas en los preparativos de Ituzaingó; nada contenía á aquel espíritu del mal, que como encarnación de la deslealtad persistía en su infidencia nativa y en sus criminales planes contra su patria.

Sus intrigas se dirigían á que se desconfiase por parte de los jefes argentinos de la lealtad del patriota general Lavalleja y provocaba á los jefes orientales á que se revolucionasen contra su general y se apartasen de la campaña en esos momentos solemnes, ofreciéndoles nuevas combinaciones, grados, y dádivas cuyo cumplimiento le aseguraban y garantían los tesoros del Emperador del Brasil.

Lavalleja para condenar tan innoble conducta, aunque despreciando esas intrigas y seguro de la lealtad de sus jefes y de la perspicacia inteligente de Alvear, publicó un manifiesto en que haciendo ante aquellos patriotas prontos á lanzarse á la lucha severas alusiones al incorregible Rivera, decía así:

« El éxito depende en gran parte, de vuestra cooperación, y « ésta debe ser *digna de vosotros* y de los solemnes compromi- « sos que hemos contraido en la larga carrera de la indepen- « dencia. Anteponed á todo interés el de la salvación pública; « prescindid de todo lo que no diga relación con el odio á « nuestros *enemigos, persecución á sus agentes, exterminio á la* « *anarquía,* y GRATITUD ETERNA A LOS GUERREROS DE LA « REPÚBLICA. Sus virtudes, su ardor marcial, la conciencia de « la justicia de la causa, todo, en fin, lo que constituye un ejér- « cito fuerte, casi invencible, presagia el triunfo. El día está « cercano; y entonces: *¿quién no se avergonzará de haber sido* « *frío espectador de los sucesos?* »

El ejército proclamado por Alvear se puso en marcha el 25 de Diciembre de 1826 mandando la vanguardia el general Lavalleja teniendo á sus órdenes las divisiones que mandaban Servando Gómez, Ignacio Oribe, Laguna y otros. El propósito de Alvear era impedir la reunión de las fuerzas brasileras,

llevar como en otro tiempo Artigas, la guerra al mismo territorio del Brasil, gravando así con el peso de la guerra al país enemigo, y contando con la probabilidad de derrotar una parte de los 20.000 soldados del imperio.

Inmediatos ya al Brasil hizo Servando Gómez con 300 dragones una descubierta y habiéndose acercado á la línea del ejército imperial se convenció de que éste ignoraba la marcha del ejército republicano.—El 14 de Enero de 1827, día en que el ejército debía pisar territorio brasilero, el general Alvear le dirigió la siguiente proclama:

«¡Soldados! Antes que el astro que brilla en vuestras armas « concluya hoy su carrera, habreis pisado ya el territorio « enemigo. Que vuestra antigua disciplina no se desmienta « con una conducta indigna de vuestra gloria y del honor de « la República...... La rapidez de vuestra marcha ha sido « para el enemigo un rayo que le hirió por donde menos lo « esperaba; vuestro destino es pelear y vencer. que el orden « y la disciplina os anuncien entre los pueblos del Brasil, y el « valor y la constancia entre las filas del enemigo.»

Los republicanos empezaron por apoderarse de Bagé, cuyo pueblo tomó Lavalleja y que en vano habían pretendido salvar Barbacena y el mariscal brasilero Braun con su cuerpo de alemanes. Servando Gómez con un grupo de caballería les tomó á los brasileros varias carretas cargadas de municiones y bagajes y 6.000 caballos que sirvieron para sustituir á los del ejército, ya enflaquecidos por las marchas. Alvear continuó avanzando, y un cuerpo de republicanos al mando del coronel Lucio Mansilla obtuvo el triunfo parcial, pero importante, del Ombú, sobre la poderosa columna del general Bento Manuel Ribeiro que quedó completamente derrotada.

Con el 20 de Febrero de 1827 lució por fin el sol de Ituzaingó. El ejèrcito brasilero se componía de once mil soldados entre los cuales se encontraban magníficos cuerpos de alemanes y siendo el resto en su mayoría portugueses europeos. El ejército republicano contaba nueve mil combatientes siendo

mayor parte de ellos orientales. El general Alvear mandaba en jefe, el general Lavalleja que mandaba la vanguardia, inició la acción y se cubrió de gloria por el acierto de sus disposiciones, por su bravura y por su actividad admirable que lo hacía multiplicarse, rehacer las fuerzas y acudir á todos los puntos que flaqueaban, en ayuda de sus hermanos. El intrépido coronel Brandzen cayó gloriosamente ante un formidable cuadro de alemanes al intentar romperlo valientemente con una carga de su regimiento. Los comandantes Servando Gómez y Anacleto Medina situados á la derecha cargan una fuerte columna de caballería la doblan y la obligan á refugiarse detrás de los fuegos de un batallón parapetado detrás de unos árboles. Pero no se detiene por eso el ardor de los heróicos jefes que avanzan á la cabeza de la tropa á aquella zona de la muerte. Una masa de caballería se lanza entonces sobre ellos y hubieran perecido víctimas de su arrojo sin el pronto auxilio del general Lavalleja, con cuyo refuerzo destrozan al enemigo y lo rechazan hasta una batería que cae á su vez en poder de los patriotas. Distinguiéronse también los generales Soler y Laguna; los coroneles Olazabal, Mansilla é Ignacio Oribe, el artillero Chilabert y otros. Pero el héroe verdaderamente extraordinario, el soldado valeroso y denodado que no se limitó á cumplir brillantemente con su deber, sinó que tuvo la decisión y el alto amor á la patria necesarios para realizar una acción heróica y singular que ha quedado grabada con letras de oro en las páginas de nuestra historia militar fué el coronel D. Manuel Oribe. Ni aún sus más implacables enemigos han podido desconocer toda la grandeza y todo el mérito imperecedero de su inolvidable conducta de Ituzaingó. Las dudas que á este respecto quisiera arrojar algún desgraciado, solo podrían ser consideradas como provenientes de la insensatez, y ni siquiera merecerían el desprecio. Hay allí inmolación de la vida, desesperación de patriota, indignación de militar, inspiración de verdadero caudillo que sabe electrizar á sus soldados, y hacerlos correr frenéticos á las órdenes de su jefe, tras del deber, del sacrificio y de la gloria.

Tres cargas consecutivas contra aquellos cuadros formidables de soldados alemanes habían desmoralizado las filas de los patriotas. D. Manuel Oribe intenta llevarlos nuevamente á la carga empeñado en romper aquella inexpugnable muralla de bayonetas. Los soldados vacilan y remolinean. Oribe echa pié á tierra ante sus soldados estupefactos, se arranca las charreteras, las pisotea y les dice: «Miserables: eso es lo que ustedes merecen; yo no he nacido para mandar cobardes». Monta en seguida en su explóndido y brioso corcel, se aproxima á las filas del enemigo y lleno de indignación y de brío arroja ante ellas sus charreteras. —Los soldados se electrizan, se alínean á la voz de sus oficiales cargan furiosamente á las órdenes de su digno jefe, rompen intrépidos el cuadro, y lancean á discrección deshaciendo las filas de los enemigos.—Fué esta una heroicidad inmortal y un triunfo grandioso, que contríbuyó poderosamente al éxito de la batalla.

Seis horas había durado la tenaz y sangrienta lucha y las armas republicanas se habían cubierto de gloria sellando con sangre de valientes la libertad de la Banda Oriental, y haciendo girones las negras pretensiones de los traidores y el pendón auriverde de la usurpación brasilera.—Las caballerías imperiales habían sido deshechas, dispersadas, sableadas y lanceadas á discreción; la infantería obligada á formar cuadros que emprendieron la retirada y se declararon en derrota habiendo sido algunos rotos y dispersados—El enemigo dejó 1.200 cadáveres sobre el campo de batalla, entre los que se encontraban el general Abreu y varios jefes y oficiales; diez piezas de artillería, dos banderas, una imprenta, el parque, los bagages, una buena cantidad de armamento y un número considerable de prisioneros.

Tal fué el resultado de esta jornada fecunda y para siempre célebre, con que los patriotas orientales respondieron á las indicaciones criminales de Rivera, que desterrado por sus delitos continuaba con sus planes imperialistas, conspirando desde el extranjero contra la suerte los derechos y las glorias inmarcesibles de la patria.

CAPÍTULO XXII

Lo que los Orientales le debemos á Rivadavia

La gran victoria de Ituzaingó tuvo un brillante apéndice. El ejército republicano había continuado la persecución del brasilero á pesar del mal estado de la caballada, y sabiendo el general Alvear que el general Barreto y los coroneles Bento Gonzalez y Bento Manuel estaban acampados sobre el Camacuá con un cuerpo de 1.600 hombres de caballería, intentó sorprenderlos. No se produjo la sorpresa, pero sí el combate, que fué tan reñido que no llegó á 400 el número de brasileros que vencidos y derrotados pudieron salir del campo. El general Lavalleja, Don Manuel Oribe y el coronel argentino Angel Pacheco, que acompañaban á Alvear, fueron vivamente elogiados en el *Boletín del Ejército Patriota.*

Todos esos triunfos de que hemos hecho mención que como brillantes estrellas rodearon á las grandes y deslumbrantes victoria de Sarandí é Ituzaingó, y los heróicos y repetidos triunfos de Brown en las aguas del Atlántico y del Plata, despertaron un entusiasmo indescriptible en la República Oriental y en Buenos Aires y una desanimación y una desmoralización tan grande entre los brasileros, que el general imperial Magesse se vió obligado á ordenar el arresto de muchos oficiales de la guarnición que aún ocupaba á Montevideo.

Orientales y Argentinos estaban á un paso de poder reducir al Brasil á la impotencia y de poder dictarle la más rigorosa ley del vencedor; pero la causa unitaria de partido sacrificó la causa nacional de los pueblos.

En la Banda Oriental Rivera desde afuera y los riveristas desde adentro, no cesaban en sus criminales intrigas; y en Buenos Aires Rivadavia odiado y desobedecido por las provincias, no soñaba sinó con disponer de un ejército fuerte con que imponerles el sometimiento dominándolas á sangre y fuego, y anti-

cipando la actitud que muy pronto había de asumir Lavalle con la de Buenos Aires, inmolando al ilustre gobernador Dorrego á la intransigencia de sus ambiciones y de sus pasiones políticas.

Todo el afán de Rivadavia era hacer la paz á todo trance, fuera cediendo, malogrando los sacrificios y los triunfos obtenidos, no dando importancia á las glorias alcanzadas, sacrificando la Banda Oriental, entregándola al Brasil, haciendo cualquier cosa, en fin, que le devolviera cuanto antes la parte que había de volver á Buenos Aires de aquel ejército victorioso, á fin de poder disponer de él y ser entonces relativamente fuerte y poderoso para abatir al partido federal en Buenos Aires, é imponer el unitarismo á las provincias por la voluntad ó por la fuerza.

Don Manuel José García era carta ya muy conocida en esa clase de manejos diplomáticos y personaje ducho en entregar con más ó menos disimulo la Banda Oriental al Brasil, por considerarla la cuna de la federación; y con perspicacia y previsión política tal vez, dentro de sus ideas partidistas, adivinando en ella una eterna columna del sistema federal y de los derechos de los pueblos, si no se deshacía la derrumbada armazón del antiguo virreynato.

García, fué pues, el elegido de Rivadavia. Tan seguros estaban los unitarios de que basándose en aquellos triunfos grandiosos obtenidos como obra común al patriotismo de dos pueblos, radicarían su poder así que hicieran la paz y dispusieran de un ejército, que se entregaron á exageradas expansiones de júbilo partidista; y en medio de su delirio gritaban mueras al partido federal, y á *El Tribuno* su órgano caracterizado en la prensa, redactado principalmente por el coronel don Manuel Dorrego.

Cuando los unitarios se esforzaban en hacer propaganda por una paz ignominiosa, decía Dorrego en la prensa:

« *El Tribuno* tiene la satisfacción de haber presenciado
« que un número considerable de ciudadanos censuraba tal
« comportación. ¡Si habrán soñado estos mentecatos esclavos
« que aún cuando las proezas de nuestra marina llegasen á

« levantar el bloqueo, y nuestro ejército triunfase del imperial, « *las glorias militares habían de dar la regla á la organiza-* « *ción del país,* Y LOS GEFES CONSTITUIRLO Á SU CAPRICHO!— « *¡El Tribuno,* desde ahora les avisa que deliran, y que el país « no se ha de constituir sinó con arreglo á su voluntad ó « acabará en la guerra civil! »

Al conocerse la victoria de Ituzaingó agregaba Dorrego en su periódico:

« Honor y gratitud á los generales, oficialidad y tropa del « benemérito ejército de operaciones. Su intrepidez y peri- « cia han sido coronadas con la brillante acción conte- « nida en el documento que precede. *El Tribuno* reputa la « victoria de Ituzaingó, de una suma importancia, no solo por- « que ella arranca la presa de manos de un usurpador, hacién- « dole conocer que la República tiene unos límites demarcados « y reconocidos, y en los que debe fijarse esta inscripción: « *hasta aquí y no más;* sinó también porque resuelve el pro- « blema de que nos era imposible la reocupación de la provin- « cia oriental, y los que clasificaron de criminales á los Treinta « y Tres héroes que dieron principio á la lucha en que nos ha- « llamos envueltos, deben ser reputados: ó por cobardes imbé- « ciles, ó por enemigos del honor argentino. En igual punto de « vista nacional coloca *El Tribuno,* á los que tal vez en estos « días opinaban por una transacción ignominiosa y degradante, « que debía tener por base la pérdida de la Banda Oriental.»

El 24 de Mayo de 1827, tal vez sin temblarle la mano, firmaba don Manuel José García en la Corte del Janeiro en compañía de los brasileros el marqués de Quetús y Macías y el vizconde de San Leopoldo, aquella nefanda convención preliminar de paz, que había de ser la causa de la caída del Presidente Rivadavia, y uno de los hechos que más contribuyeron á acabarlo de desautorizar y á rematar su muerte política.

En ese tratado oprobioso, después de tanta sangre derramada, después de tantos sacrificios hechos, y después de tantas

admirables victorias gloriosamente alcanzadas, unos gobernantes desleales á la causa republicana, comprometían vergonzosamente los intereses de los dos pueblos hermanos; entregaban al enemigo la Banda Oriental reconociendo el derecho de conquista; declaraban actos de piratería el apresamiento de buques brasileros por corsarios argentinos y orientales; y ¡oh vergüenza! por complacencia cortesana se guardaban bien de establecer la reciprocidad respecto de los corsarios imperiales y consentían además el desarme de la isla de Martín García, llave de la navegación fluvial. Eran todas éstas, condiciones ignominiosas que sólo pueden imponerse á un pueblo miserable víctima de la más espantosa de las derrotas; pero no á dos pueblos valientes, altivos, heróicos que acababan de llamar la atención del mundo por sus altos hechos, y que estaban por el contrario en condiciones de imponer la ley del vencedor si sus destinos hubieran estado en manos de gobernantes más enérgicos, más patriotas, menos partidistas, menos intransigentes y más dignos como tenían el deber de serlo, pues tratados semejantes no se presentan á là faz de los pueblos libres.

La convención Rivadávia-García no pudo menos que sublevar la más tremenda indignación aún en los más apáticos.

Berra, escritor rivadaviano dice á este respecto:

« La indignación que la convención produjo en el pueblo, sin « distinción de partido fué inmensa. Intentó García explicar « su conducta públicamente, pero no le oyeron ni aún los dia- « rios gubernistas. »

El historiador argentino Pelliza dice:

« El tratado García produjo una verdadera revolución moral « en todas las esferas sociales. El pueblo en masa sin distin- « ción de colores políticos, protestó de una manera pública y « solemne. La prensa toda, olvidada de sus luchas internas, « suscribía el rechazo más ardoroso, *poniendo á salvo el honor « nacional y los altos intereses de la patria,* VERGONZOSAMEN- « TE COMPROMETIDOS POR AQUEL DOCUMENTO OPROBIOSO. »

En pugna con las provincias donde su poder era nulo; des-

conocida su autoridad hasta en la campaña de Buenos Aires, obedecido sólo en las oficinas públicas de la ciudad; no pudiendo contar con el ejército que esperaba de la paz para imponerse al país y á los partidos; Rivadavia no pudo resistir el torrente de la opinión pública, ni mantener una sombra de gobierno que no hubiera abandonado á poder contar con la fuerza; como lo comprueban sus trabajos reaccionarios y los de su partido empeñados con encono; y tuvo que abandonar su actitud y sus aires de monarca, que había aprendido en las viejas cortes europeas que quería parodiar, cuando había ido allá en busca de un principillo; siendo su retirada como ha dicho un historiador argentino: «la del general que se salva que- « mando la pólvora y huyendo á merced de la confusión».

El historiador argentino Pelliza agrega lo siguiente á su respecto:

« Olímpico en el gobierno, sólo miraba lo que veía á su « nivel: sin conocimiento de los hombres y de las cosas de « su tierra, quiso amasar todas las tendencias y todas las ideas « á su capricho, y la fuerza expansiva de la opinión pública « estalló en el modelo estrecho de su pensamiento, y desalenta- « do culpó á los demás de sus propias faltas: bajando lleno de « enconos de la silla presidencial, DEJÓ EL PAÍS MÁS POBRE Y « MÁS DIVIDIDO *que antes de ensayar sus quimeras políticas.* »

CAPITULO XXIII

Dorrego y la independencia nacional

El 5 de Julio de 1827 federales y unitarios dieron su voto para la presidencia interina por el distinguido ciudadano Dr. D. Vicente López y Planes, quien separó á Alvear del mando del ejército nombrando en su lugar á Lavalleja, y después del paréntesis de su gobierno provisional el 12 de Agosto de 1827

la legislatura de Buenos Aires designó para gobernador y capitán general de la provincia al coronel D. Manuel Dorrego, quien por ley de 27 de Agosto fué investido con la dirección de los asuntos nacionales de guerra y de las relaciones exteriores de la nación.

Guerrero, tribuno y estadista, enérgico inteligente y patriota, de espíritu recto y de palabra honrada, en la cual confiaban las Provincias, era Dorrego el hombre de las circunstancias, y seguramente hubiera dado cima á grandes empresas si el plomo asesino no hubiera atravesado tan pronto su noble corazón.

Cuando se supo su nombramiento, un éco simpático y entusiasta resonó en todos los confines de la nación. El pueblo de Buenos Aires aclamó á su gran tribuno, las provincias se prepararon á deponer sus prevenciones y se llenaron de júbilo y de confianza al ver en las alturas del poder, al celoso y constante defensor de las autonomías y derechos de los pueblos, y todos confiaron en que sabría mantener incólume el honor republicano, y en que cumpliría las austeras palabras de su discurso de recepción en las que había condenado á la administración anterior por: « la desaparición de las rentas, « la dilapidación de empréstitos de consideración, la « creación de inmensos créditos pasivos para satisfa- « cer en parte necesidades ficticias, urgencias subalternas, y « extravagancias de un lujo fátuo y corruptor; mientras que « las exigencias públicas de más importancia eran desa- « tendidas, y mientras que se desoían los clamores del pueblo « agobiado con la enorme suba de los artículos más necesarios « á la vida, y el desquicio de su fortuna por el abuso del « papel. »

Dorrego, patriota, enemigo franco y decidido del imperio del Brasil por considerarlo una amenaza constante para los derechos de los pueblos del Plata, activo y resuelto, fiel intérprete de la opinión popular y pudiendo contar con el concurso del país entero que le confiaba y concedía lo que había ne-

gado tenazmente á Rivadavia por sus pretensiones unitarias; aunque la República estaba pobre y desquiciada empezó á prepararse para continuar con vigor la guerra con el Brasil, ó celebrar al menos un tratado que borrase en parte la ignominia de la Convención García.

El asesinato de Dorrego ocultó por muchos años un plán habilísimo de éste para desquiciar el ejército brasilero, y debilitar poderosamente el poder del imperio. El bravo soldado no poseía solamente bravura en los campos de batalla sinó que aunque joven tenía también las astucias y los recursos supremos de los grandes capitanes y de los grandes estadistas.—Sabiendo por los prisioneros que los soldados alemanes, servían de mala voluntad la causa del Brasil, se propuso hostilizar al imperio sustrayéndole aquellas tropas alemanas mercenarias, pero aguerridas y valientes, que formaban la fuerte base del ejército imperial.—El plan, digno del senado romano, que había sido aceptado por los soldados alemanes, consistía en proclamar la independencia de la isla de Santa Catalina, donde previamente se habrían reconcentrado las fuerzas convenientes, cuya independencia sería inmediatamente reconocida por las naciones del Plata, trasladando así la cuestión internacional de la Banda Oriental á la isla de Santa Catalina.

Dorrego exigió de los alemanes que debían independizar á Santa Catalina y constituirla en República bajo la influencia y dirección de la Nación Argentina, un apoderado competente, y éste fué don Federico Bawer, que llegó en Octubre á Buenos Aires á representar con respecto á Dorrego y Santa Catalina, el papel que Rivera desempeñaba con respecto al emperador del Brasil y á la Banda Oriental. Además quedó reconocido como encargado de negocios del cuerpo de alemanes para entenderse con el gobernador de Buenos Aires, el residente alemán don Antonio Martín Jhím.—El convenio quedó terminado el 3 de Noviembre de 1827.

Este gran plan, utilizable en cualquier tiempo, no impedía que entretanto se celebrase la paz si ella se presentaba de una

manera conveniente, pues el gran patriota no podía adivinar que apenas le iban á dejar unos pocos meses de gloriosa vida. Pero sin perjuicio de él, Dorrego continuó preparándose para continuar con vigor la guerra con el Brasil.

Así que se supo en Río Janeiro el rechazo del tratado García, la caída de Rivadavia con sus unitarios, y la exaltación al poder del partido federal con Dorrego á la cabeza, el Emperador comprendió que todo aquello significaba la continuación seria de la guerra, cou nuevos y potentes elementos, y con una patriótica resolución por parte del gobierno argentino.

Cambió súbitamente de política, perdió la altivez que había ejercitado con García, y no pretendiendo ya el absurdo de que la Banda Oriental era parte del territorio del Brasil, se apresuró á hacer llegar cuanto antes á manos de Dorrego, por intermedio del ministro inglés en Buenos Aires, un proyecto de CONVENCIÓN PRELIMINAR DE PAZ firmado el 18 de Marzo de 1828 por el gobierno imperial, y en el cual se reconocía como base, la independencia de la Banda Oriental.

Ante esta palinodia de los pretendidos derechos del imperio, ante este reconocimiento expreso del derecho, de la fuerza y del valor de la declaratoria de la Florida, ante esta abertura franca para un arreglo racional, Dorrego anunció la paz á los pueblos, y la independencia de la República Oriental del Uruguay.

Esta fué pues, la obra de los sacrificios y no la obra á que arribó la diplomacía, como ha dicho un distinguido publicista. No pudo serlo así puesto que el reconocimiento de la independencia precedió á la negociación diplomática que estipuló la paz. No fué tampoco una imposición del Gobernador Dorrego y del Emperador del Brasil, como dijo un orador colorado desde la tribuna del Ateneo del Uruguay; sinó el reconocimiento ante el temor, por parte del emperador, de los sagrados derechos por él conculcados, y de la justicia de la aspiración á la independencia que había sido sofocada por la traición y por la fuerza.

Dorrego tuvo el acierto de encargar de tan delicada y hon-

rosa misión, como la de celebrar la paz y estipular sus detalles sobre tan justa y aceptable base, al distinguido patriota general don Tomás Guido que había estado largo tiempo ausente en Chile y en el Perú y era uno de los talentos más preclaros y de los caracteres más rectos que produjo la revolución de Mayo. El gran libertador San Martín que tenía alta idea de las dotes brillantes del general Guido, así como de su acrisolado patriotismo, escribía desde su cuartel general á uno de los miembros del Gobierno.

«Antes que las armas y los contingentes mándenme al coronel « Guido, que me es más util que un ejército para el servicio « de los intereses de la patria ».

Tal fué el hombre que eligió Dorrego para sustituir al antes siempre obligado don Manuel José García en las misiones al Janeiro.

El otro enviado que debía acompañar al general Guido fué el ministro de la guerra general Balcarce. La paz fué terminada y al regresar los diplomáticos portadores de la convención, el pueblo de Buenos Aires se entregó á grandes transportes de júbilo y victoreó los nombres de Dorrego, de Guido y de Balcarce.

La realización de la solución ansiada despertó en la República Oriental el natural entusiasmo al ver sus hijos alcanzadas por fin la recompensa de sus sacrificios y la gloriosa coronación de sus esfuerzos; pero no faltó una nota discordante.

Rivera se desesperó al ver la República separada del Brasil, á cuyo sometimiento había dedicado algunos años de su vida, trabajando por tan antipatriótica causa, y recibiendo del emperador brasilero la recompensas de sus innobles esfuerzos.

Don Juán Antonio Lavalleja y don Manuel Oribe recibieron la independencia con patriótico regocijo; y el primero escribía á Dorrego desde el Cerro Largo en contestación á la comunicación que le había enviado al remitirle copia de la convención:

«Si la guerra no ha podido terminarse sinó desligando la « provincia oriental de la República Argentina, constituyén-

« dola en un Estado independiente, ella sabrá dirigirse al des-
« tino que se la prepara sin olvidar los sagrados lazos con
« que la naturaleza la ha identificado á las provincias herma-
« nas; y no podrá desconocer jamás los nobles y grandes
« sacrificios que han prodigado para libertarla de la domina-
« ción extranjera hasta constituirla en un Estado indepen-
« diente.»

El general Laguna aunque con dudas patrióticas acerca del poder del nuevo estado aceptó complacido la confirmación de la independencia y escribió desde el Durazno al gobernador Dorrego una carta que decia así:

«Este convencimiento y la necesidad de hacer cesar una guerra
« que gravitaba solamente sobre esa heróica provincia, que ha
« prodigado sus riquezas y la sangre de sus hijos por la liber-
« tad de ésta, hacen conformar al general que firma á verla
« desligar para siempre de la asociación de sus hermanas, que-
« dando reconocida como un estado independiente. Nuestra
« población y recursos no serán lo bastante á colocarnos en el
« grado de respetabilidad necesario; pero confio en que la gene-
« rosidad de V. E. y de la benemérita provincia de Buenos
« Aires, no abandonarán á los orientales en su nuevo estado.»

La independencia quedó pues solemnemente establecida y la suerte de la patria quedaba librada al amor y patriotismo de sus hijos—Pero al llegar á este punto cualquiera que haya leído con alguna atención estas pájinas, habrá podido ver diseñados con toda claridad los partidos tradicionales blanco y colorado, y las alianzas naturales que habían de sobrevenir después; y observando la conducta de los hombres y el desarrollo de los sucesos, á través de esas luchas patrióticas, homéricas, indomables, sostenidas por Artigas, y los Treinta y Tres con sus compañeros en contraposición á los cabildos y á las traiciones de los intrigantes, habrá podido notarse á través de esas resistencias heróicas contra españoles, portugueses, brasileros, unitarios, oligarcas, tránsfugas, intrigantes y traidores, la elaboración rudimentaria de los futuros partidos políticos.

Bien claro ha podido verse dónde estaba la bandera de la patria: si en el brazo pujante de Artigas ó en la pluma indigna de los cabildos que aceptaban la imposición extranjera; si en la gloriosa y patriótica proscripción de Artigas ó en la conducta de Rivera que á la par de los cabildos aceptaba el sometimiento, y servía como un verdadero portugués primero y brasilero después la causa imperial; si en los preparativos de los Treinta y Tres persiguiendo la libertad de su patria, ó en la conducta de Rivera, don Nicolás Herrera, don Lucas Obes, don Manuel José García y demás corifeos de la anexión al Brasil; si en la actitud de los Treinta y Tres al lanzarse á su heróica y patriótica aventura ó en la de Rivera y Calderón sirviendo de buena fé al imperio; si en la austeridad de Artigas que, dándole todo á su patria apenas recibía de ella 50 pesos para la subsistencia de su familia y la educación de su hijo, ó en la inmoralidad de Rivera que con el título de Barón de Taenerimbó recibía del emperador rentas, grados y sueldos primero, y sumas de dinero después en pago de sus traiciones; si estaba la bandera de la patria en fin en manos de los austeros Treinta y Tres héroes republicanos que no pedían á su pátria más que el derecho de sacrificarse por ella, ó en las manos de aquellos cortesanos como don Nicolás Herrera, don Lucas Obes, García y otros, que ocupaban altos puestos bien rentados, administraban desde ministerios y secretarías, y vivían con esplendidez con los sueldos de sus empleos ó con el oro con que portugueses ó brasileros pagaban la defección á su patria.

Pues bien; la tradición de Artigas en su verdadera significación, y la tradición de los Treinta y Tres son tradiciones blancas; y la tradición de Rivera, de don Nicolás Herrera, de don Lúcas Obes y de don Manuel José García, es tradición colorada. Las simpatías por la República Argentina y el odio al Brasil son tradición blanca; y el odio á la República Argentina y el amor y el cariño por el Brasil son tradición colorada. El sistema federal que por primera vez fué proclamado por Artigas y encarnado más tarde en el gobierno de Dorrego es tradición

blanca; y el sistema unitario rechazado por los pueblos es tradición colorada. En fin, la tradición republicana, la proclamación franca de la independencia, la guerra abierta al extranjero usurpador son tradición federal y blanca; y la tradición de Fernando VII, la de la diplomacía bastarda, la de la monarquía europea, la del sometimiento de los pueblos á la fuerza y la de la anexión al Brasil son tradición unitaria y colorada.

La época del pasado ha sido ya juzgada por la historia decía con énfasis el ministro de Santos, doctor Juan Carlos Blanco. Es cierto ha sido juzgada, pero no por la historia que recién ahora empieza á despejar el camino de la verdad. Ha sido juzgada por los partidos unitario y colorado de ambas riberas del Plata, empleando como medio una propaganda partidista é implacable que ha ejercido una verdadera tiranía intelectual durante largos años de imposición política. Ha sido juzgada por un partido como el colorado que todavía mantiene para vergüenza y ludibrio en nuestro país, la época retrógrada abolida en todo pueblo civilizado, en que una opinión independiente cuesta la vida. Si esto no es cierto, que respondan por mí Francisco Lavandeira, Antuco, Nogueira y cien otros. Una simple transcripción de un diario francés lanza á la plaza al hermano del presidente de la República, al doctor Miguel Herrera en su carácter de presidente, de los titulados representantes del pueblo, no á aclarar la verdad, sinó á amenazar á Daniel Muñoz por haber transcripto el justo cargo; y no pareciendo esto suficiente, se hace producir una escena quijotesca saliendo un diputado á ofrecer á Daniel Muñoz en cambio de su acertada transcripción un desafío ridículo—y por escribir combatiendo las autoridades es tratado inquisitorialmente Javier de Viana. Tal es la libertad del pensamiento bajo el gobierno del doctor Herrera, que es tenido por el primer estadista de su colectividad política, y su gobierno proclamado como la mejor administración del partido colorado.

En cuanto á la historia, uno de los adalides de la vanguardia de la nueva seudo-reforma atribuye grán perspicacia á

anciano constituyente don Alejandro Chucarro, porque hablándose ante él de la conveniencia de que se escribiese la historia nacional, dijo picarescamente el venerable constituyente: *Mejor es que no se escriba;* pero tienen los nuevos reformadores la indiscreción de no dar á esa respuesta su verdadero mérito; pues si esa historia imparcial se escribiese, entre otras cosas se notaría el esfuerzo y aparecería la firma del venerable señor Chucarro, otro de los próceres del partido colorado, sancionando en compañía de don Fructuoso Rivera la ignominiosa anexión de 1821 al reino unido del Brasil, Portugal y Algarbes.

Para abundar más en la certeza que surge del estudio imparcial de los hechos y sus causas, de que la tradición artiguista en sus más nobles manifestaciones, y la tradición gloriosa de los Treinta y Tres son tradiciones blancas, recordaremos que el general Oribe durante el sitio de Montevideo en medio de la lucha de las opiniones y de las armas, dió el nombre de Artigas á la batería de la izquierda y llamó General Artigas á la calle principal del pueblo de la Unión que él fundó, y haciendo justicia á las lejanas glorias del caudillo ya impotente, trató de reimpatriarlo para dulcificar en agradecimiento nacional sus últimos días con el respeto y la veneración de todo un pueblo. Y en cuanto á la significación blanca de la tradición de los Treinta y Tres, corroboraremos nuestros asertos con las siguientes verdades que el Dr. Carlos María Ramírez no ha podido dejar de reconocer en su libro sobre el jefe de los orientales.

Dice Ramírez:

« Casi todos los Treinta y Tres,—es un hecho indiscutible, —
« pertenecieron por ese motivo al antiguo partido blanco, y
« el antiguo partido blanco, precisamente el que más de
« cerca recogió las inspiraciones de los Treinta y Tres, fué
« siempre Artiguista, con unanimidad entusiasta. En 1865,
« cuando ese partido fué derrocado por el partido adverso,
« con hostilidades *embozadas* del gobierno de Buenos Aires y

« guerra abierta del gobierno del Brasil, el nombre de Artigas,
« que tiene en sí mismo cierta sonoridad guerrera, estaba
« en los cuerpos del ejército, en los buques de la escua-
« dra, en las baterías de las fortificaciones, en las proclamas de
« los héroes, y hasta en el título de los periódicos de com-
« bate. No se forzaría el lenguaje metafórico diciendo que el
« antiguo partido blanco quiso caer en 1865 envuelto en la
« túnica de Artigas. »

Tal es efectivamente la cuna del partido blanco: la libertad, la independencia, la austeridad, la honradez, el sacrificio, la gloria. Tales son los recomendables antecedentes de nuestra gran asociación política y de sus primeros ilustres hombres. Tal es el abolengo de ese partido que los seudo-reformadores con condiciones para todo menos para políticos acertados y prudentes, creen lapidar y pretenden dividir para aprovecharse de sus despojos, calumniándolo en diatribas innobles cuyos sofismas y despropósitos, halagüeños para el partido dominante, están muy lejos de poder alcanzar á un partido respetable como el partido blanco, ni á sus grandes y heróicas figuras nacionales.

TERCERA PARTE

La República y los Partidos

CAPÍTULO XXIV

El pueblo ante el temor de la traición

Durante la guerra y hallándose Lavalleja en campaña se encargó provisionalmente de la dirección del Gobierno á don Joaquín Suárez, quien ayudado por sus consejeros se preocupó principalmente de la organización de la hacienda, creando cinco clases de patentes de diez á sesenta pesos, un impuesto de cuatro reales por cada res que se matara y un impuesto de dos reales por cada guía territorial que se expidiera; estableció la contribución directa señalando en cuánto habían de ser gravados los comerciantes, los fabricantes, los hacendados, los capitales á consignación y los labradores; dictó las reglas indicando cómo debía hacerse el pago, y reglamentó la percepción severa de las rentas, á fin de que no pudieran quedar burlados los derechos del erario público. Dada la energía del viejo patriota y la buena voluntad de los compañeros que lo asesoraban, estas medidas se cumplían rigurosamente, á pesar de la pobreza de l

tiempos, de la escasez y dificultades del trabajo, y del descontento de los contribuyentes.

Pero el país necesitaba algo más que la simple organización de la hacienda, y la percepción de las rentas; y en los demás ramos del gobierno ó no les prestó la suficiente atención, ó no fué igualmente feliz don Joaquín Suárez.

El pueblo no simpatizaba con aquella administración cuyos hombres habían tenido vinculaciones con Rivera y con los unitarios del año 26, los patriotas se alarmaban temiendo el desarrollo de las intrigas riveristas á la sombra de esos gobernantes, y las medidas financieras de Don Joaquín Suárez despertaron en el pueblo algo así como la intuición de las futuras administraciones coloradas, más groseras que hábiles en el arte de abrumar á los pueblos con impuestos y exacciones.

La opinión se condensó en contra de ese gobierno. Pueblo, militares y los más altos jefes cargados de servicios y de gloria se reunieron en el Durazno y acordaron que don Juan Antonio Lavalleja Gobernador propietario y Capitán General de la provincia, reasumiese el mando, ordenase la cesación inmediata del Gobernador sustituto, é hiciera las reformas que el estado de guerra exigía; delegando el poder en las personas que eligiera, y dedicándose él á las operaciones militares que se le habían encargado.

Ese movimiento de opinión está reasumido en las patrióticas palabras pronunciadas en esa reunión por el patriota General Laguna, hombre de honor y militar de orden; y ante don Juan Antonio Lavalleja, cuya presencia fué solicitada al efecto. Entre otras cosas el General Laguna dijo así:

« Que á los publos habíales mostrado la experiencia que la
« provincia *no podrá arribar al verdadero goce de su libertad*
« *y derechos*, mientras mantenga en su seno y á la cabeza de
« sus negocios más importantes, á hombres corrompidos y
« viciados, que, por más de una vez han comprometido la
« existencia de ella; *hombres serviles y mercenarios que no ha*
« *mucho tiempo* FUERON AGENTES ACTIVOS DE LOS PORTU-

« GUESES, y que más recientemente traicionando la voluntad « de los pueblos, complotándose con los agentes del sistema « de unidad, que ha concluido, han reconocido una constitu- « ción en que, ni tuvieron parte los pueblos, *ni tres mil* « *ciudadanos más respetables que en aquella sazón* SE HALLABAN « COMBATIENDO POR LA LIBERTAD DEL PAÍS.»

(A las órdenes de Lavalleja y Oribe).

El General Laguna se extendió en este sentido y Lavalleja contestó conformándose con la voluntad manifestada por aquella antorizada y patriótica asamblea, y comprometiéndose á poner en seguida en ejecución sus soberanas resoluciones, convocando una nueva legislatura y delegando el mando en personas de reconocida probidad.

CAPÍTULO XXV

Los ganados vacunos y el orden público ante Rivera

Es necesario que retrocedamos y digamos ahora algo de lo que había estado haciendo Rivera fuera del país, desde que salió desterrado por traidor á la causa de la patria mucho antes de Ituzaingó, hasta que por desgracia vuelve á pisar el territorio de la República, trayendo nuevamente á ella la anarquía la ambición el desorden, la rapacidad y la secuela de males con que su personalidad abrumó á su país durante toda su carrera política.

Al hacerse cargo del gobierno, Dorrego pensó enviar un cuerpo de ejército al mando del gobernador de Santa Fé don Estanislao López para que invadiera Las Misiones atacando la frontera del Brasil mientras Lavalleja atacaba por el Sud á las fuerzas enemigas. Rivera se ofreció á López como jefe de Vanguardia y López lo aceptó, pero así que lo supo Dorrego conociendo la falsedad del caudillo oriental le prohibió terminantemente al gobernador López hacer lugar alguno en el

ejército á Rivera; y López se lo comunicó así á éste en una carta en que le decía:

« Que se le prevenía terminantemente que en la expedición « no haga lugar á Rivera por exigirlo las circunstancias pre- « sentes; y el interés de la provincia, que está ligado á la « buena armonía con los vecinos, y el interés público que se « expone como una razón de Estado, lo hacían ser deferente « á esa medida. »

Pero Rivera que ya había empezado sus preparativos, como siempre desobediente, indisciplinado y anarquista, pasó con varios oficiales y 60 soldados de Gualeguaychú á Soriano. En seguida se dirigió á Mercedes en donde se apoderó de todo el armamento que allí había y de bastantes caballos; se llevó algunos vecinos, á unos por voluntad y á otros por fuerza, y se dirigió al Durazno, haciéndose preceder de cartas para Lavalleja y para el gobernador Pérez, protestando sumisión al primero y manifestando que solo quería encontrarse entre sus paisanos y atacar Las Misiones como subalterno de Lavalleja; agregando que venía protejido por grandes amigos; que no eran otros que el gobernador López que lo había amparado y los negociantes que le habían adelantado fondos, y con quienes debía negociar los ganados que se proponía arrebatar nuevamente á los pueblos de las misiones.

Grande fué la alarma é inmenso el desagrado que la presencia de Rivera produjo en el territorio oriental y no fué tampoco menos alarmante la noticia en Buenos Aires donde el ministro de la Guerra general Balcarce ordenó al Comandante General de armas don Manuel Oribe que se encontraba sitiando á Montevideo, ocupado por los brasileros, que dejase el sitio á las órdenes de otro y se pusiese inmediatamente en persecución de Rivera, y agregaba en su orden:

« El Gobierno cree, que la destrucción de ese caudillo que, « según todas las noticias, está vendido á los enemigos, le « hará tanto honor al señor Comandante General de armas « *como el batir cualquier división enemiga;* puesto que la per-

« manencia de aquel en esa provincia, la envolvería en la « anarquía y tendría los más fatales resultados. »

Lavalleja le ordenó que se incorporase al ejército, pero Rivera después de haberle prometido sumisión le negó en seguida obediencia, contestándole que estaba dispuesto á servir á sus ordenes, pero en Las Misiones. El Ministro de la Guerra manifestaba: «que no debía creerse á un hombre que no podía « tener intenciones patrióticas y que había marchado deso- « bedeciendo órdenes expresas del Gobierno, y llevándose « una fuerza armada compuesta de criminales y desertores».

Don Manuel Oribe proclamó á sus compatriotas en el Durazno diciéndoles que: «un hombre desnaturalizado y aspiran- « te se había introducido en la provincia con el perverso « designio de turbar su reposo y *cruzar la marcha de nues- « tras armas*, que tan ventajosamente habían abierto una « nueva campaña contra el enemigo común,» y los invitaba á que: « se alistasen bajo la enseña del orden y de la decencia y « les recomendaba que: « no perdieran de vista los sacrificios « que costaba la libertad».

Rivera que entre tanto había reunido alguna gente y recibido los contingentes de desertores y bandidos que le habían proporcionado el dinero de sus socios y sus anticipados emisarios, faltando desvergonzadamente á sus promesas á Lavalleja, y traicionando á su protector López el gobernador de Santa Fé, de quien había obtenido la concesión de ser solamente jefe de vanguardia, se lanzó con su horda como general en jefe sobre las misiones, y á favor de la sorpresa y del abandono en que las tenía el emperador se apoderó de ellas y aumentó sus fuerzas. Rivera derrotó las guardias y algunas partidas y tomó fácilmente á las ciudades de San Francisco y San Borja, apoderándose de seis mil patacones que como botín repartió entre sus compañeros de anarquía y de desorden, á semejanza de los capitanes de bandas de aventureros.

Oribe recibió orden del ministro de la Guerra de suspender la persecución y retirarse al Sud; y: «desde entonces Rivera

« —dice un historiador,—quedó en el goce pacífico de sus con-
« quistas y no se ocupó de otra cosa que de afirmar su poder,
« expedir decretos de hacienda relativos al percibo de dere-
« chos y al movimiento de animales vacunos, y hacerse dueño
« absoluto de las rentas y de los ganados, de los cuales dispuso
« en grandes cantidades para sí y para sus amigos sin el me-
« nor escrúpulo».

Esos procederes eran los que constituían su sistema que él llamaba confidencialmente *entrampar*; y tales eran ya las condiciones de estadista, la moralidad pública y el procedimiento administrativo del futuro jefe del partido colorado.

Hecha la paz con el Brasil y consagrada la independencia oriental, Dorrego comunicó á Rivera que debía desocupar Las Misiones que sin orden legal había ocupado en son de guerra. Al ambicioso caudillo se le ocurrió al punto que podía trasladar el teatro de sus trapisondas á su propia patria, y se propuso trasladarse allí robando cuanto de valor había en Las Misiones y arriando con considerable cantidad de ganados. Pero queriendo revestir su personalidad de un prestigio de que carecía, para explotar sus violencias y atropellos en provecho de sus ambiciones, se le ocurrió á aquel malvado hacer una parodia inícua del gran éxodo oriental, obligando violentamente á las familias que poblaban Las Misiones á seguirlo á la República del Uruguay pretendiendo reproducir grotescamente con una iniquidad, algo de aquel gran episodio en que un pueblo huyendo de la tiranía y de las infamias de invasores y de traidores, seguía voluntariamente á su gran patriarca en busca de libertad para su conciencia, de garantías para su vida, y de amparo para sus derechos. El recordar que el gran prestigio de Artigas se había robustecido ante los pueblos por aquel hecho memorable que quería ridículamente parodiar, alentó su vanidad insensata, y creyó en su feroz soberbia que esa criminal arbitrariedad, inícua caricatura de un hecho patriótico, sería un nuevo escalón para sus innobles ambiciones.

En lugar pues de venir á sufrir la expiación pública que re-

clamaban sus delitos, dirigió á las autoridades protestas de arrepentimiento, sumisión y falta de aspiraciones; y mientras tanto manifestaba á los jefes de su confianza, que lo acompañaban en sus campañas *económicas*, que su propósito era ir á la Banda Oriental y suplantar sus autoridades.

En una carta reservadísima al comandante Caballero, uno de sus jefes predilectos que entendía sus geroglíficos económicos le decía textualmente:

« La paz está echa, y yo tengo horden para no moverme pero « yo ede entranpar del modo que me sea pocible y emos de « llegar asta Sta. Ma. por todo esto es preciso que Vd. tire ya á « sacar toda la ventaja que pueda pa. dejarnos vien conlos que « estamos comprometidos y ver si algo podems. mandar para « nuestras familias.—Nuestra Vanda Oriental espera que noso- « tros la saquemos de la esclavitud en que la tiene la alvitra- « riedad de algunos de sus ijos y aeste fin travajamos con « enpeño. »

Y en otra carta posterior le daba al mismo jefe las siguientes textuales instrucciones también bastante económicas:

« Le escribo en este momento para decirle que es preciso « que Vd. aga cuanto pueda aser seguir todo el ganado que le « sea pocible de esos rincones que le dice Chico Garrocho; de- « sentendiendose por ahora de los puntos donde devía Vd. « ir. . . . —Ya digo á Vd. no es pocible aga Vd. cuanto pueda « y traiga . . . . 40 mil reses.—ordene al comte. de Sn. Franco. « para que le dé vaquiano causa y los honvres que nesecite el « franses y digale que aga la angada y traiga cuanta madera « pueda. . . . --Despache á Sejas con la primera tropa la cual « que nó vaje de 3000 ress. y prevengale que me avise ala lle- « gada ala invernada para mandarla recivir. »

A pesar de lo conocidos que eran la mala fé y los procederes falsos de Rivera, el Gobernador D. Joaquín Suárez, sin esperar la llegada de Rondeau, que ya había sido elegido como luego diremos, tomó sobre sí una resolución tan grave como la de creer en la palabra del ambicioso anarquista, y haciendo ho-

nor á sus pacíficas intenciones declaró que era conveniente no rechazar al revoltoso y le abrió las puertas de la patria.

Rivera ordenó á los oficiales que concentrasen todo el ganado que quedaba en el territorio de las Misiones. Mandó saquear las iglesias arrancando de ellas hasta las campanas, y mandó arrebatar de los edificios públicos y particulares cuantos objetos hubiera en ellos de valor.

A pesar de sus ventas realizadas reunió todavía doscientas mil cabezas de ganado, y con las carretas cargadas de botín, las familias, los soldados indígenas, su horda aventurera y la autorización de don Joaquín Suárez emprendio la marcha hacia su patria que iba á tener la desgracia de tenerlo nuevamente en su seno.

Esta conducta produjo naturalmente un nuevo conflicto con las autoridades brasileras; pero Rivera les dijo: que las poblaciones lo seguían voluntariamente, lo que era un monstruoso absurdo, y que los bienes que conducía NO ERAN BOTÍN *sinó propiedad de los emigrantes que conducía*, los que jamás volvieron á tomar ni el olor á su antigua propiedad, de la cual en adelante sólo poseyeron el recuerdo. Rivera además remitió las autoridades brasileras al Gobierno, para que éste desenredara la infame madeja tegida por su maldad y sus ambiciones.

El hombre honrado descansa en la tranquilidad de su conciencia, pero el que no lo es lo espera todo de sus intrigas y arterías. La llegada de Rivera fué precedida de la propaganda de sus agentes y emisarios.

Estos aparentaban dar gran importancia al saqueo y malón permanente que llamaban campaña de Las Misiones, y trataban de darle las proporciones de una brillante operación militar ante la credulidad de las muchedumbres ignorantes.

La despoblación de un territorio, una tiranía brutal y desordenada en el gobierno y en el campamento, el robo de ganados y valores, y el sacrificio y las penurias de las pobres familias; éstos eran los laureles que adornaban al Barón de Taenerímbó al volver á su país; éstos los títulos en que aquel grotesco

personaje fundaba sus ambiciosas pretensiones, y sus malhadados deseos de escalar la presidencia de la República.

CAPÍTULO XXVI

Rivera pone trabas á la organización nacional

Una vez independientes, lo primero que preocupó á la asamblea constituyente fué la elección de gobernador. Don Nicolás Herrera el antiguo secretario de Lecor, Barón de la Laguna, tuvo el cinismo de aspirar á la gobernación, pero esto no pasó de una pretensión audaz desvergonzada y ridícula, y los planes oprobiosos de don Tomás García Zúñiga, también ennoblecido por el Brasil con el título de Barón de Villa-Bella, que dirigía esos trabajos, cayeron en el vacío del olvido, de la reprobación y del desprecio...

¡Oh colmo de las negras ambiciones!

Los que habían ayudado á los esclavizadores de la República eran los primeros el día de la victoria, y querían arrancar botín y sobreponerse á los patriotas llenos de desinterés, de servicios y de patriotismo.

No había para la gobernación más que una candidatura racional y merecida. El nombre del heróico libertador Lavalleja estaba en todos los labios, y todos estaban deseosos de depositar los destinos de la patria en manos del repúblico que había sabido libertarla.

Pero ante las ambiciones que manifestaba Rivera y los trabajos y las intrigas de los riveristas unidos á los imperialistas de don Nicolás Herrera y del Barón de Villa-Bella don Tomás García Zúñiga, todos comprendieron con dolor que el nombramiento de Lavalleja iba á producir la guerra civil por parte de Rivera en la que á más éste y sus imperialistas procurarían nueva y antipatrióticamente la ingerencia del Brasil en nuestras cuestiones internas.

Hubo que recurrir á un candidato de transacción, y se nombró al General Rondeau, cuya calidad de extranjero se salvó por medio de una ley especial haciendo con él una excepción en atención á sus servicios y á la necesidad del caso. Todo esto no era sinó la encarnación de la resistencia hacia Rivera, pues todo se hacía para evitar su elevación al poder. Error hay pues en recriminar al pueblo oriental por haber elegido más tarde á Rivera para Presidente, culpándole de haberle dado sus votos que jamás le dió, cuando al contrario mirólo siempre como una funestísima calamidad pública.

Rondeau nombró á don Juan Francisco Giró para desempeñar los cuatro ministerios; los de gobierno y relaciones exteriores en propiedad, y los de hacienda y guerra provisionalmente. Designó á don Manuel Oribe, como jefe de confianza, para el mando del regimiento 9 de caballería, y al General Laguna para jefe de milicias. Quiso nombrar á don Ignacio Oribe ministro de la guerra, pero se desistió de ese nombramiento que contaba con las simpatías populares, por consejo de su hermano don Manuel, nombrándose en su lugar al coronel Garzón.

Entre tanto don Francisco Magariños consejero de Rondeau y partidario dd Rivera y de su causa, en momentos en que Giró por enfermedad no asistía al despacho, obtuvo de Rondeau que suprimiese todos los comandantes militares de los departamentos, que en casi su totalidad eran partidarios de Lavalleja ayudando á preparar así el triunfo bastardo de las ambiciones de Rivera.

Este hecho que no podía ser más inoportuno ni más impolítico despertó un descontento general, á más del de los numerosos oficiales que eran así expulsados por patriotas. La gente imparcial, las personas de buen sentido, y los ciudadanos de perspicacia política, juzgaron que la revolución de Rondeau era un grave error, y un enorme disparate, pues privaba al país del apoyo sano de la fuerza legal puesta en manos de los patriotas, en momentos en que el caudillo desordenado regresaba

á él, al frente de hordas indisciplinadas compuestas de vagos, desertores y foragidos habituados al escándalo, al pillaje y á la insubordinación.

Los ministros Giró y Garzón, más delicados que los ministros de hoy en día, que como el doctor Carlos María Ramírez resisten en sus poltronas hasta sucesos criminales del calibre de los del 11 de Octubre de 1891, renunciaron en seguida las carteras que desempeñaban, considerando que no era digno para su respetabilidad sancionar semejantes desaciertos.

Es verdad que Giró y Garzón no eran Carlos María Ramírez, y también tal vez el criterio de los brasileros es distinto del oriental cuando se trata de juzgar atentados contra los blancos.

Desgraciadamente Rondeau era en el fondo unitario, y tras de ese desacierto se entregó á los riveristas elevando alternativamente á los ministerios á Ellauri, Lucas Obes, y otros que habían servido la causa del Brasil. En seguida por consejo de éstos quiso mandar á campaña la mitad de las fuerzas que guarnecían á Montevideo, y la asamblea nacional se opuso á ese nuevo desacierto; comprendió que lo que se quería era que esas fuerzas engrosasen las de Rivera, que se encontraba en campaña ya en abierta insurrección.

Inauguróse pues la lucha del parlamento contra un poder ejecutivo compuesto de ministros riveristas é imperialistas, que rodeaban á un gobernador argentino y unitario en el que si bien había bondadosas condiciones, no descollaban el talento ni la previsión política.

El poder ejecutivo ante la actitud de la asamblea creyó intimidarla con una renuncia de que quiso apelar después; pero el parlamento la aceptó sobre tablas, y nombró en seguida gobernador interino á D. Juan Antonio Lavalleja, y cuando los ministros ambiciosos quisieron volver sobre sus pasos, la asamblea declaró sediciosa y anárquica esa conducta, y confirmó la elección de Lavalleja quien nombró ministros á D. Juan Francisco Giró, D. Ignacio Oribe y D. Ramón de Acha.

Hermoso triunfo popular; gloriosa iniciación de nuestra vida

parlamentaria, digna de una verdadera representación nacional que sabía dignificar su investidura, y muy distinta á las Cámaras actuales, elaboradas por el fraude y la fuerza de las bayonetas, é incapaces de derrocar, no ya un gobierno, ni un ministro: pero ni siquiera un portero del palacio gubernamental.

CAPÍTULO XXVII

Rivera inicia la guerra civil

Rivera viendo desvanecerse sus planes ambiciosos y criminales ante la actitud patriótica de los representantes del pueblo, á los cuales la voluntad nacional, y el tratado de paz habían acordado conferirle el nombramiento del Gobierno y la guarda sagrada de las garantías del orden público consignadas en la convención, se declaró francamente rebelde y tomando por pretexto la caída de Rondeau promovió en los pueblos de campaña contra la asamblea y contra la capital reuniones de anarquistas, y manifestaciones públicas, en las que figuraban como principal elemento los contingentes que le proporcionaban sus hordas.

En seguida destituyó violentamente funcionarios públicos y los reemplazó por riveristas dándoles carta blanca y prometiéndoles una tolerancia ilimitada, iniciando así su escuela de corrupción y de desorden administrativo; se apoderó sin decoro alguno de todos los dineros de las cajas departamentales; impuso contribuciones; proclamó á sus soldados exigiéndoles la desobediencia á los poderes constituidos en Montevideo, y después de todos estos preparativos anárquicos que entrañan un verdadero crimen de lesa patria, abrió la era de las guerras civiles lanzándose á atacar las fuerzas fieles al gobierno.

La asamblea se preparó á la resistencia contra aquel alborotador insensato, sin más Dios que sus negras ambiciones, y acordó facultades extraordinarias á Lavalleja quien en consecuencia decretó la formación de nuevas fuerzas, disolvió los cuerpos ya

trabajados por los riveristas y que no le inspiraban confianza; prohibió la obediencia al rebelde Rivera; y delegando sus facultades en el ministerio, salió á campaña en defensa del orden público, de la libertad y de las nacientes instituciones nacionales.

La guerra civil nació aquí, enjendrada por Rivera, sus ambiciones y su círculo antipatriotico en los albores de la independencia de nuestra nacionalidad, iniciada por aquel mal hijo de su país y réprobo ciudadano, antes de la Jura de la Constitución; y no como han repetido muchos escritores que las luchas fratricidas se inauguraron cuando este mismo Rivera se alzó en armas contra la ley el año 36 durante la memorable presidencia de Don Manuel Oribe; no siendo tampoco exacto lo que decía Don Julio Herrera y Obes en el *Heraldo*: «las revo« luciones de Rivera á Oribe tenían por antecedente la que « habían hecho al primero en su período constitucional el « blanco Lavalleja». No, la guerra civil como dejamos dicho la inició Rivera en este momento solemne, cuando la República entregada á su independencia empezaba á radicar sus instituciones, y esa revolución injustificada, injustificable y criminal, tuvo por antecedentes todos los desórdenes, todas las infidencias, y todas las traiciones anteriores, del estrafalario Barón de Taenarímbo.

Pero estos sucesos escandalosos estaban afectados de una tremenda gravedad que si bien hacía la desesperación de los patriotas era precisamente la que inducía á esa política riverista á los entonces directores de ella don Nicolás Herrera, don Lucas Obes, don Francisco Magariños, don José Ellauri, el barón de Villa-Bella don Tomás García Zúñiga y otros, y esa gravedad consistía en la intervención imperial que solo podían ansiar los malos orientales que ya antes la habían servido.

El artículo 10 de la convención de 1828 obligaba á la República Argentina y al Brasil á intervenir hasta cinco años después de declarada la independencia, para restablecer la tranquilidad pública en caso de que ella fuera alterada; y e

intervención que querían evitar á todo trance los patriotas, era precisamente la que tenían en cuenta los riveristas para sus inmorales y condenables manejos. Véase pues cuán infame era la actitud de Rivera y de su círculo anteponiendo sus intereses personales á los respetables y sagrados interéses de la patria.

Orientales y argentinos anticipando el grito de: «ATRÁS EL IMPERIO», que había de exclamarse más tarde, mediaron particularmente haciendo gestiones pacíficas á fin de atraer al demonio del mal á un avenimiento, ante la perspectiva de nuevos dolores para la patria. Se consiguió arribar á un arreglo que por el momento apaciguaba el desorden y alejaba el peligro de la sacrílega intromisión extranjera. El 16 de Junio de 1830 se pactó que Rivera se obligaba á acatar las autoridades provisorias hasta la constitución definitiva de los poderes públicos, y el gobierno por su parte se obligaba á mantener á Rivera como comandante general de armas, y á no ejercer contra él ningún acto de hostilidad armada.

Es indudable que el insubordinado caudillo transigió confiando en que sus intenciones ocultas y las intrigas que se proponía poner en juego le darían la primera presidencia de la República, pues á más de sus hordas y de la corrupción que sembraba entre sus adictos, contaba con un círculo de personas competentes para la vida pública, como don Nicolás Herrera, don Lucas Obes, don José Ellauri, el barón de Villa Bella, don Tomás García Zúñiga, don Francisco Magariños y otros; unos, riveristas por afición á su sistema, ó porque esperaban poder convertir al caudillo en instrumento, y otros, vinculados á Rivera por sus servicios al Brasil, y como él igualmente sospechados para los pueblos, y rechazados por los patriotas, por la mancomunidad en una causa odiosa condenada y vencida.

Quede pues su lote de responsabilidad á cada uno en estos sucesos históricos narrados con la más estricta verdad; y descubriéndose imparcialmente sus revelaciones se encontrará con toda evidencia que la idea y la bandera de la patria estaban también

entonces como en tiempo de Artigas y de los Treinta y Tres en las manos honradas de Lavalleja y de Oribe; y no en las ya impuras de Rivera el ambicioso sin entrañas que no se detenía ante la perspectiva de las mayores angustias para la patria, ni en el círculo que lo acompañaba y que en consorcio con el caudillo estaba enjendrando al partido colorado que debía dividirse más tarde en colorado y conservador para á través de las revoluciones hijas de los precedentes de Rivera encaramarse por fin en el poder el año de 1865 á la sombra de la bandera extranjera para sembrar durante 28 años de intransigente y férrea dominación la miseria, el despilfarro y el crimen, cavando la fosa de la riqueza y del bienestar del país, y trabajando por hundir en el tiempo el honor y el orgullo nacional.

CAPÍTULO XXVIII

La primera presidencia constitucional ocupada por el General don Fructuoso Rivera—El desquicio.

Una vez jurada la constitución llegaba para el país la época constitucional de los comicios, en que nuestro pueblo iba á ejercer por primera vez bajo el amparo legal de una constitución, el acto augusto de elegir libre y conscientemente sus legítimos representantes.

Es indudable que si no hubiera existido Rivera, ese acto revestido de la más ámplia legalidad é inspirado por el más puro patriotismo que entonces guiaba á los orientales que componían el partido que podía llamarse nacional, hubiera dado los más fecundos resultados institucionales y habría consolidado la paz y asegurado la felicidad de la República. Pero el caudillo anarquista que había iniciado la rebelión y la guerra civil, debía tener también la triste gloria de iniciar el más abusivo fraude electoral, del cual ha hecho su partido después un uso tan atentatorio como escandaloso.

Rivera aspiraba al primer puesto desde donde pudiera disponer de todo y satisfacer sus desbordadas ambiciones, y ayudado por su círculo se puso á trabajar por la primera presidencia de la República, echando mano de cuanto medio le fuera posible sin escrúpulos de ningún género. «Es evidente—dice el historia-
« dor Saldías—que quien menos títulos tenía para ello era el que
« había sido uno de los corifeos de la ocupación y anexión
« portuguesa—Lavalleja el jefe de los Treinta y Tres, el cam-
« peón de la Independencia Oriental, el general en jefe del ejér-
« cito de operaciones sobre el Brasil, era el candidato impuesto
« por la fuerza de los hechos, y él reunía la mayoría de los sufra
« gios de sus compatriotas. » y luego agrega: « Pero Rivera
« *ayudado por manos hábiles*, pudo contrarrestar estas influenc[illegible]
« legítimas, haciendo elegir en algunos departamentos, y [illegible]
« *medios análogos á los que había usado para mantener l*[illegible]
« *quía*, una mayoría de representantes que le pertenec[illegible]
« lo nombró presidente de la República el 24 de [illegible]
« 1830, ENTRE PROTESTAS VIVÍSIMAS que diero[illegible]
« reacción que encabezó á poco el mismo genera[illegible]
« Lavalleja ».

Rivera hizo ocupar las mesas electorale[illegible] .dos soldados que componían sus regimientos [illegible] gauchage de que disponía, y por los element[illegible] corrompidos que le habían proporcionado sus agentes y esas *manos hábiles* de que habla el historiador citado, y que ahora le servían al caudillo como antes habían servido al imperio, ó tal vez pensando que continuaban sirviendo la misma causa.

El partido nacional, el partido de las abnegaciones patrióticas, ante el peligro de la guerra civil y de su consecuencia: la intromisión extranjera, acató de hecho los hechos consumados; pero no sin que la opinión pública protestase enérgicamente contra el fraude y la usurpación, cifrando sus esperanzas en el elemento sano del país, y en una minoría distinguida que el mismo Rivera no había impedido triunfase en algunos puntos y subiese á la cámara; pues á él sólo le interesaba contar con

el número que le aseguraba el voto de la mayoría, y el elemento que llevaba y que en esa forma entraba á representarlo á él, no representaba por cierto ni la ilustración ni el patriotismo.

El 23 de Octubre de 1830 se reunió la asamblea y el 24 la mayoría nombrada como dejamos dicho eligió primer presidente constitucional al Brigadier General don Fructuoso Rivera, quien se hallaba en campaña y vino en seguida á recibirse del mando.

A poco el gran jefe del partido liberal hizo sancionar por su mayoría legislativa una ley de imprenta que obligaba al Poder Ejecutivo: « A invitar á los escritores públicos por el « amor y la dignidad de la patria á respetarse á sí mismos, á « la República y las leyes ». Existía un tribunal bajo cuya jurisdicción caían los delitos de imprenta, pero esta amenaza brutal notificaba á los escritores que si continuaban denunciando y atacando las arbitrariedades del Gobierno, se anticiparían los empastelamientos de imprentas y destierros de la dictadura de Flores, las persecuciones del tiempo de Batlle, y las mazorcadas de Mayo de Máximo Santos.

El bárbaro exterminio de los charrúas es una pájina horrible y luctuosa que destila sangre é ignominia, escrita por Rivera en su administración, y que revela toda la calma y la sangre fría de esos escritores que bajo el manto de una propaganda partidista implacable, han pretendido darle fama de humano, esforzándose en ocultar las verdaderas condiciones del feroz caudillo.

Las guerras intestinas y las persecuciones de que habían sido objeto, habían reducido á los charrúas al número cuando más de 200 hombres de lanza, fuera del número correspondiente de sus familias, á que no sabemos con qué propiedad se las llama chusma, aunque sí sabemos que como tal las ha tratado la altanería y arbitrariedad de muchos jefes militares.

Sin alambrados las estancias y pobres los charrúas, aunque mudando constantemente su errante domicilio, carneaban un

vaquita hoy y otra mañana hasta que un hacendado inglés don Diego Noble concibió la idea de reunir entre sus colegas la cantidad de 30.000 pesos para que con ella el gobierno fletase un buque que los condujese á la Patagonia. El doctor don Lucas José Obes, ministro de Rivera, ricibió á Noble y aceptó la idea, pero el presidente Rivera creyó que no debían inv[illegible] tan mal los 30.000 mil pesos y recurrió á otro expedien[illegible]

Se propuso exterminarlos. Rivera había sido traidor [illegible] dición de Artigas, infidente con los orientales, con [illegible] leros y con los argentinos, y ahora quería serlo ta[illegible] los viejos dueños del territorio.—Les fingió una gra[illegible] les envió comisiones adecuadas, á invitarles á un[illegible] el Brasil, lo que ellos aceptaron con júbilo, pues [illegible] brasileros creyendo que era de allí de donde les v[illegible]

En seguida el primer magistrado de la Repú[illegible] desenvolver el sombrío plan que el historiador [illegible] ha calificado de *Vísperas Charrúas*. Dió orden [illegible] niesen mil hombres bien armados en la *Cu*[illegible] entretanto mandó una comisión á invitar [illegible] se le reuniesen. En seguida envió á [illegible] Rivera para que les sirviese de guía [illegible]oscada. El escuadrón del pardo Luna tenía [illegible]les las armas cuando los charrúas cam[illegible]nte de la República se reservó el dar personal[illegible] de la matanza.

Lo que llegaron, Rivera entretuvo al cacique Venao haciéndolo marchar á su lado mientras los charrúas echaban pié á tierra. Rivera le pidió al cacique el puñal con el pretexto de picar tabaco, y así que el confiado indio se lo entregó, el Presidente descerrajó sobre el charrúa un tiro de pistola que no dió en el blanco, y el cacique rugiendo huyó ileso hacia la indiada, que apercibida de lo que pasaba se precipitó sobre los caballos y pretendió emprender la fuga. El escuadrón de Luna se arrojó sobre las armas de los indios, y los mil y pico de soldados de Rivera los rodearon formando círculo, y al toque de degüello

cayeron repentinamente sobre los indígenas inermes, matándolos en casi su totalidad, pereciendo el cacique *Vencol* su principal jefe.

El cacique Perú aunque herido, acompañado de cuatro compañeros rompió la línea, y al pasar apostrofó á Rivera con estas palabras: *mira Frutos matando amigos*. Las fuerzas de éste hicieron prisionero á Perú y sus compañeros, y tres caciques fueron llevados á Montevideo para darles un destino innoble é infame, hecho indigno de ser cometido por un americano en el glorioso suelo de la América.

La presencia de aquellos desgraciados despertó la codicia de un francés canalla llamado Curel, seguramente de la raza de los negreros, y de aquellos viles mercaderes de carne humana que ha anatematizado la pluma de Chateaubriand en la epopeya de sus Natchez. Se propuso explotar la presencia de los indígenas en Europa y el Presidente Rivera representante de la civilización no tuvo escrúpulo en venderle aquellos tres caciques orientales, gefes descendientes de héroes ignorados, entregándolos á la más repugnante de las especulaciones criminales. El miserable especulador los transportó á Europa donde los exhibía como fieras, haciéndolos gesticular y accionar ridículamente, y obligándoles ante el público á comer carne cruda y á otras cosas igualmente infames. Bien se comprende que aquellos hijos de las selvas de nuestra patria no alimentarían mucho tiempo la avaricia de aquel ente ruin y despreciable, y murieron lamentando á su modo no haber podido hacerlo como sus hermanos, vendiendo caras sus vidas en la tierra que los vió nacer.

Veinte y cinco indios capitaneados por el cacique *Sepe*, únicos que salvaron de aquella horrenda carnicería, fueron los encargados de vengar á sus hermanos, y el centro donde se refugiaron los restos de las familias que salvaron milagrosamente. Emboscáronse los indígenas á su vez, y como el presidente había dividido su gente en partidas para que persiguiesen á los fugitivos como á fieras, algunas de éstas perecieron á manos de los indios y entre ellas la de Bernabé Rivera, quien pagó con su vida la

bárbara acción de su hermano, á la que según sus propias declaraciones había secundado de la más mala voluntad. Pereció también el teniente don Máximo Obes, hijo del Ministro de Hacienda y Gobierno don Lucas Obes, quienes se habían entusiasmado con el plan del Presidente, plan que por otra parte tiene una marcada analogía en sus medios con el del 11 de Octubre de 1891.

Entre tanto llegaba á justificar aquella resistencia que los elementos conservadores de la sociedad y los ciudadanos bien intencionados habían hecho á la candidatura de Rivera para la primera magistratura, un grave malestar interno que se venía produciendo y acentuando y un descontento general por aquellos hechos y por la marcha desacertada, anti-patriótica y desordenada que se imprimía á los negocios públicos.

La corrupción política, la inmoralidad administrativa y el escándalo público, que inauguró Rivera en su infausta administración han sido descritos con verdad como sigue por el actual diputado Ros en su novela *De Linage*:

« La viveza de Rivera y sobre todo su sagacidad, lo llevó al
« deseado puesto público, en el que por primera vez, dió el
« ejemplo de la malversación más descarada de las rentas na-
« cionales. Para acudir á las exigencias de dinero que hacía
« el general Rivera, fué necesario, hacer empréstitos y rematar
« algunas rentas públicas. Se enagenó la faena de las islas de
« lobos por diez años. Se estableció una barraca del Estado
« para el reconocimiento de las marcas de cueros gravándolas
« con medio real por pieza. Se concedió permiso para la in-
« troducción de negros africanos pretestando escasez de brazos,
« pero en realidad para obtener las sumas que por ellos dieron.
« Se vendían y se regalaban las tierras públicas y no se aten-
« día á empleo alguno que no fuera especialmente protegido.
« Se llegó al extremo, que un tal Elias de los Reyes, amigo de
« Rivera, vendía por la mitad de su valor fuertes sumas de
« créditos contra el Estado firmados por el último. En fin,
« fué el erario en aquella época, presa del general Rivera
y de unos pocos que gozaban su privanza.

« El uso que hacía el general Rivera de tan cuantiosas su-
« mas, se reducía á dádivas, compras de casas y estancias, cuyo
« usufructo entregaba á sus jefes y protejidos, y por fin, al jue-
« go y á otras prodigalidades tan sin objeto las más, como rui-
« nosas para su buen nombre y el crédito del Estado.

« Además: Rivera dejó la hacienda exhausta y llena de deu-
« das, quedando pendientes compromisos de honor, y sacrifi-
« cados los intereses de muchos que fiaron en su buena fé.»

El historiador Antonio Díaz con esa moderación que carac-
« [illegible]iza su libro cuando se ocupa de hechos del partido colorado,
« [illegible] con respecto á esa época oprobiosa: « El Gobierno era
« [illegible]ado *de haber invadido la propiedad particular para ad-*
« *[illegible]la á otros*; de haber dispuesto arbitrariamente de las
« p[illegible]as; de arrebatar y apropiarse el fruto del sudor de
« los [illegible]e faenaban con autorización suya, en los campos del
« Estado, impidiendo á la vez á los propietarios el uso de esas
« mismas faenas en tierras propias, y para hacer la prohibición
« más odiosa, se había privilegiado á sí mismo y á los suyos,
« estableciendo en diferentes campos de propiedad pública, lo
« mismo que había prohibido en la particular, arrebatándole los
« depósitos de cuerambre, y carneándole para sí las yeguadas.

« Se acusaba al Gobierno como autor y factor de la desmo-
« ralización é indisciplina que se notaba en las tropas de la
« frontera, tropa enviciada, mal vestida, y peor pagada, dispuesta
« siempre á asesinar y robar, habiendo llegado el caso de ser
« degollado un destacamento en calidad de ladrones.

« Se acusaba, en fin, al Gobierno, de haber malversado las
« rentas públicas, despreciando su destino legal y sobrecar-
« gando así al país de una deuda que conduciéndole á la ban-
« carrota, hacía imposible su consolidación. »

« Estando á la veracidad de estos cargos, la revolución que
« se preparaba tomaba el carácter de *una contra revolución*,
« quedando el Gobierno en el rol de primer revolucionario,
« desde que subvertía el orden desconociendo las instituciones.

A más Rivera importándosele poco de los intereses de la pa-

tria ni de las consecuencias que por lo impolítico de sus actos pudieran sobrevenir, se metió también en aventuras internacionales, estimulando á los unitarios y protegiendo abiertamente una revolución en Entre Ríos. Los unitarios habían creido consolidarse en el poder con el motín de Lavalle el 1° de Diciembre de 1828 y el asesinato de Dorrego y los demás que le siguieron, pero no fué así. Un grito de horror y una reprobación unánime se hicieron sentir en todos los ámbitos de la República Argentina contra ese doble crimen que inmolaba de un golpe al grán patriota y las instituciones; y como semejante crimen tenía que ser estéril á poco, satisfaciendo la aspiración popular los federales recuperaban el poder.

Rozas estaba ya en el gobierno y los unitarios residentes en Montevideo, de acuerdo con Rivera hicieron una revolución en Entre-Ríos encabezada por el General López Jordán al grito de: ¡Muera el partido federal!—Los principales jefes de Rivera tomaron parte en ella, y la revolución fracasó, siendo una de las causas del fracaso su propia anarquía, pues los revolucionarios argentinos querían colocar en el gobierno á don Ricardo López Jordán, que era su candidato, y Rivera y sus jefes querían á Barrenechea hechura de Rivera y socio suyo en negocios de vacas. Los unitarios desde Montevideo apoyados por Rivera trabajaban ardientemente por apoderarse de las provincias del litoral.

Así las cosas, desquiciado el orden interno del país y comprometida la paz exterior, la revolución se hacía indispensable, y su deseo era eminentemente popular. Lavalleja oyendo la voz del patriotismo se lanzó á ella. Cometió sin embargo el grave error de no asociar á su empresa á don Manuel Oribe y á su hermano don Ignacio. Indudablemente el ilustre libertador tenía muchos méritos y grandes condiciones, pero para propósitos de ese género le eran indispensables el contingente de la alta dirección política de don Manuel Oribe y sus consejos y conocimientos como militar de escuela, que le hubieran sido de gran utilidad. Nó lo hizo así, y los Oribes permanecieron por el momento meros espectadores de los sucesos.

Lavalleja y Oribe se completaban. Juntos habían servido á las órdenes de Artigas, juntos habían defendido á Montevideo contra los brasileros y Rivera, y siempre armonizados en sentimientos y en ideas, juntos habían llevado á cabo la epopeya de los Treinta y Tres. Ahora no estaban unidos y esta separación no era de buen augurio.

La revolución apareció sin embargo triunfante y si se perdió fué por falta de acertada dirección. Era popular, y la caída de Rivera era vivamente ansiada por todas las clases sociales. Lavalleja empezó á reunir bastante gente en el Yí, y el coronel Eugenio Garzón comandante general de armas, que se había declarado por el libertador con entusiasmo, dominaba á Montevideo contando con las fuerzas de la guarnición á su mando. Si Lavalleja hubiera obrado con rapidez y marchado sobre Montevideo con su ejército donde se le llamaba, el triunfo hubiera sido seguro. Quedó en su campamento, perdió tiempo y el coronel Garzón creyendo deber incorporársele con parte de sus fuerzas dejó la restante en Montevideo expuesta á las intrigas de los riveristas que consiguieron sublevar el batallón de cazadores, [illegible] pretexto de sostener la autoridad del vice-presidente de la República D. Luis Eduardo Perez. El teniente José Lazaeta que llevó á cabo ese hecho, mató de un tiro de pistola al mayor del cuerpo D. Julian Alvarez, asesinó á un capitán Chaves que se había declarado por Lavalleja, aumentó sus fuerzas con treinta y tantos presidiarios que incorporó á sus filas, y se apoderó en nombre del gobierno riverista de varios jefes que se habían declarado por el libertador revolucionario.

Después de estos asesinatos las autoridades hicieron desembarcar las fuerzas extranjeras de que disponían dos buques de guerra surtos en el puerto, uno inglés y otro norte-americano. Los ingleses se posesionaron de la Casa de Gobierno, y los norte-americanos de la colecturía general. Fué pues durante la primera presidencia de Rivera cuando por primera vez después de constituido el país se solicitó la intervención de fuerzas extranjeras para mantener el orden público, humillación que

debía repetirse hasta en la administración de Tajes cuando los inícuos asesinatos de Jacinto Carro y Domingo Aranda en la Colonia, donde auxiliados los victimarios por una guardia de cincuenta hombres de la jefatura armados á rémington, después de cometido el crimen, las autoridades solicitaron el desembarque de las fuerzas de la fragata norte-americana *Tallaposa* por temor de un linchamiento y para garantir el orden, como si aún en el año de 1887 debiéramos encontrarnos todavía en un estado salvaje, semejante á las cafrerías del Africa ó las tolderías de la pampa.

Rivera entre tanto andaba errante y fugitivo, porque en su campamento del Durazno se había visto en la necesidad de huir por una ventana para evitar el ser víctima de sus propios soldados que habían intentado asesinarlo.

Vuelto Rivera escaso de jefes y de oficiales, aceptó los servicios de don Juan Lavalle y de los demás jefes y oficiales argentinos que acompañaban á ese general y una vez acelerados los preparativos, equilibradas las fuerzas de ambos beligerantes, é indeciso el triunfo, don Manuel Oribe vino á ser el árbitro de la situación, y los riveristas comprendieron que la balanza se inclinaría al lado que él arrojase el peso de su importancia militar y política.

Don Santiago Vázquez político colorado fué el encargado de aproximarse á D. Manuel Oribe en nombre del Gobierno y de solicitar su apoyo para pacificar el país. El señor Vázquez le hizo ver á Oribe el peligro de la intervención extranjera á continuar las cosas por aquella vía; le aseguró la enmienda de Rivera y su deseo de cambiar de política en bien del país en vista de lo que pasaba y de los trabajos que en ese sentido iba á emprender la legislatura, le manifestó que reconocía que la popular personalidad de don Manuel Oribe se acentuaba día á día favorablemente en el concepto público, y le significó que la aspiración de la opinión pública de verlo al frente del país ocupando la primera magistratura, no encontraría oposición por parte de Rivera de la le-

gislatura, ni de los riveristas; asegurándole por el contrario su más decidida cooperación á una solución política, que la razón pública reconocía como la única capaz de regenerar el país, y de hacerle concebir fundadas esperanzas de felicidad y bienestar.

Don Manuel Oribe vaciló algún tiempo, pero amigo ante todo del orden y del respeto á la ley; viendo la amenaza de la intervención extranjera, deseando ver cuanto antes las fuerzas extrañas de los buques de guerra fuera de la ciudad, considerando que dado el giro que habían tomado las cosas la revolución tardaría mucho en lograr su objeto aún en el caso improbable ya de que triunfase habiendo perdido los momentos oportunos, y no estando muy lejana la época en que él en persona recibiría de sus conciudadanos el poder, pudiendo entonces reparar en lo posible los males causados por Rivera, é iniciar una nueva vida nacional, escandalizado al ver en Montevideo además de la fuerza extranjera el mayor desorden en el gobierno, pues los ciudadanos se habían visto en la nececidad de suspender de hecho al Vice-presidente don Luis Eduardo Pérez é improvisar Gobernador al Jefe Político don Luis Lamas, quien hizo volver á los ingleses y norte-americanos á sus buques; espantado don Manuel Oribe ante todos estos escándalos se resolvió á pacificar el país; y así que manifestó su actitud, la obra fué breve. Los jetes indecisos inmediatamente se le plegaron, las fuerzas de la autoridad se aumentaron, y Lavalleja empezó á sufrir serias deserciones de oficiales, jefes y soldados.

Rivera emprendió la persecución del jefe revolucionario; y así en malas condiciones y con los caballos cansados por las largas marchas fué Lavalleja alcanzado por Rivera con fuerzas mayores y caballos de refresco, y obligado á aceptar el combate, fué derrotado. Rivera indebidamente titulado humano, con la misma razón con que podría dársele este título al General Goyo Suarez ó á los coroneles Irigoyen y Máximo Pérez ó á Máximo Santos, manchó este triunfo que debía al prestigio y

á la autoridad moral de don Manuel Oribe con sangrientas venganzas é indignos asesinatos. A más de los muchos orientales que mataron sus partidas sueltas, el presidente constitucional de la República quiso darse el placer de hacer pasar por las armas al frente de su ejército á los siguientes oficiales y sargentos de las fuerzas de Lavalleja, prisioneros de guerra sustraidos bárbaramente al derecho de gentes de los pueblos civilizados: Capitán D. Ramón Bustamante— Tenientes: Don Casimiro Larrosa, Juan Gómez, Lucio Romero, Juan José Romero, Manuel Ximenez, Lino Campeón. Sargentos: Pedro Elías Romero, Lucas Gutierrez, y Pedro Medina. Este sangriento desenlace daba el General Rivera á una revolución justa en sí misma, al mismo tiempo que con su natural infidencia ofrecía á sus compatriotas revolucionarios, indulto á que aquellos se guardaban bien de acogerse; y con estos hechos siniestros provocaba la reacción expiatoria que había de producirse en el tiempo siendo los que actuaban guerreros valientes y hombres libres, que no podían reconocer en el ambicioso inhumano el derecho de disponer de las vidas agenas.

Después de todos los crímenes históricos que hemos mencionado de 1810 á la fecha; después del asesinato de Dorrego, del exterminio de los indígenas y de los homicidios que en este mismo capítulo acabamos de mencionar, parece imposible que pueda haber ciudadanos de talento, publicistas ilustrados, y hombres que se titulan de principios y que por lo tanto deberían tener alguna rectitud, que nos hablen de la escuela del Cerrito, como si allí hubiera nacido el sistema de inmolar á los prisioneros, cuando vé claramente cualquiera que estudie con imparcialidad los hechos, tal cual han pasado, que han sido los partidos unitario y colorado, los que en ese sentido han lanzado las primeras y más horrendas provocaciones.

Pero muchas de las más falsas y ridículas versiones partidistas nacen y corren porque las inventó Melchor, las dijo Manuel, las oyó José María, las creyó José Pedro, las repitió Carlos María, las publicó Alejandro, las confirmó Pedro, las aplaudió

Cándido, las reconoció Angel, y las ratificó Domingo, diciendo que ya antes las había afirmado así Juan Carlos; y los niños aprenden que todo eso es tradición santa y venerable de don Nicolás y de don Lucas; y de esa manera elaboran una afirmación histórica; que es ante la vida de los pueblos de la misma consistencia y duración de la tela de Penélope.

Otra especie farsaica de los publicistas colorados que con esas mentiras no han conseguido sinó perder la autoridad moral ante un pueblo que aún cuando calle entiende y discierne, es la de que Oribe fué protejido de Rivera y á él le debió la segunda presidencia constitucional de la República.

Protejido de Rivera—¿cuándo?—¿dónde?—¿cómo?

Oribe, y también Lavalleja se encontraron algunas veces á las órdenes de Rivera durante las guerras de Artigas, pero desde que el gran jefe se retiró el año 20 y Rivera entró al servicio del Brasil, jamás hubo nada de común entre ambos generales. Desde entonces Rivera representó siempre la ambición personal, el desorden, el despilfarro, la anarquía, la anexión al Brasil y la infidencia; Oribe el orden, el respeto á la ley, el honor de la palabra, la economía, la independencia, el patriotismo. Desde entonces estuvo siempre en lucha con Rivera. El año 23 luchó contra él. La revolución de los Treinta y Tres lo hizo prisionero como jefe brasilero. Luego la protección consistió en quc Oribe hubo de ser asesinado por la trama de Calderón. Cuando Rivera invadió la República para pasar á Las Misiones, el superior Gobierno comisionó á Oribe como soldado de honor y de orden para que lo persiguiese, y cuando Rivera inició en el país la guerra civil sublevándose contra el gobierno provisorio de Lavalleja, Oribe se puso en frente de él para combatirlo.

¿Cuándo pues lo protegió? Solo una vez durante sus intrigas imperialistas se atrevió á enviar á Oribe una comisión tratando de tentarlo; pero el digno patrióta le dió una contestación tal, y trató á los comisionados con tanta severidad y dureza, que el ambicioso caudillo quedó para siempre curado de hac

La elevación de don Manuel Oribe á la presidencia de la República fué el cumplimiento de una aspiración nacional que deseaba ver una persona decente en la primera magistratura, y entre las de esa cualidad ninguna reunía las condiciones ni contaba con los méritos y servicios de don Manuel Oribe. La única vez que estuvieron de acuerdo en política después del año 20 fué en el caso que hemos mencionado en este capítulo, cuando los mismos riveristas por intermedio de don Santiago Vazquez vinieron á solicitar de don Manuel Oribe su intervención pacificadora, ante las tremendas desgracias de la patria.

No sucedió sin embargo como don Manuel Oribe en su rectitud y en su patriotismo lo había esperado, y como don Santiago Vázquez se lo había prometido. Su esfuerzo fué inútil en el sentido de la enmienda, porque Rivera lejos de corregirse continuó de mal en peor conduciendo al país al abismo. Arrastró por los suelos el honor nacional, suscitando cuestiones con la República Argentina y permitiendo y autorizando con su conducta la falta de respeto á la nación, consintiendo que los brasileros en la frontera asesinasen á los emigrados orientales, dejando impunes sus atentatorias invasiones á nuestro territorio, y viendo impasible el sitio y la toma á mano armada de la Villa de Melo por los imperiales.

En seguida inauguró la más rapaz é innoble confiscación y se arrojó sobre los bienes del general Lavalleja, fruto del trabajo suyo y de sus progenitores y de los cuales Lavalleja había sacrificado parte en aras de la patria, á la par que le prodigaba su sangre; así arrebataba al gran libertador, al jefe de los Treinta y Tres héroes de su patria, su más legítima propiedad, mientras que él, Rivera, debía su fortuna á las dádivas del imperio brasilero, á sus robos de ganados, y ahora inauguraba las confiscaciones de la propiedad sagrada de sus compatriotas, y en seguida ba á llevar su avaricia y su cinismo al extremo de hacerse decretar por la legislatura una suma de dinero, abrumadora entonces en las circumstancias por que atravesaba el país, á pretexto de pago de sus servicios, que tasaba en la cantidad de cincuenta mil patacones.

La Sra. esposa del General don Juan Antonio Lavalleja invocaba los artículos 144 y 145 de nuestra Constitución tan atropellada por Rivera, para demostrar á la legislatura la arbitrariedad con que se había despojado á su esposo del fruto de sus afanes, de la manera más irritante é inícua; y luego agregaba:

« Es por todo esto H. A. que repito que el Gobierno no puede « hacer la confiscación de los bienes del General Lavalleja, *ni* « *distribuirlos entre quienes se le ha antojado*, Y APLICÁNDOSE « PARA SÍ UNA PARTE DE ELLOS, S. E. EL EXMO. SR. BRIGA- « DIER GENERAL, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA D. FRUC- « TUOSO RIVERA, como lo demuestra la copia adjunta de la carta « que solemnemente acompaño en la orden de dicho señor al « capitán don Francisco García, para que de la estancia que « tenía mi esposo en la Cruz, *le mandase quinientos novillos al* « *menos* PARA SU ESTANCIA DE LOS LAURELES.

« Este documento, cuyo original conservo para tiempo opor- « tuno, con otras pruebas *que demuestran haber hecho llevar á* « *su estancia el Sr. Presidente*, VARIOS MILES DE GANADO Y « OTROS BIENES DE MI ESPOSO, *patentizan cuáles han sido las* « *nobles miras del primer magistrado de la República Orien-* « *tal*, y abren un vasto camino á los SS. RR. para considerar « esta solicitud que tan respetuosamente hago á la Soberana « Representación Nacional.»

Indudablemente no existe ni ha existido jamás en ninguna parte del mundo ni en ninguna época de la historia, una administración tan funesta, tan criminal y tan censurable, que en el corto espacio de solo cuatro años haya acumulado sobre un desventurado país una multiplicidad tan grande de males, de desgracias, de calamidades, de corrupciones y de vergüenzas.

Parece que los que son partidarios y entusiastas de la memoria de Rivera, ó no deben conocer los verdaderos hechos y la conducta nefanda del personaje, ó tienen ofuscada la inteligencia de una manera lamentable al influjo de la pasión política. Porque solo la pasión ó la ignorancia de los hechos pueden explicar la adoración por un egoista y ambicioso semejante

sin más plan político que la satisfacción de las conveniencias y de las pasiones subjetivas. Por eso, que Máximo Santos fuese su partidario y tratase de imitarlo, santo y bueno, eso se explica y se comprende; pero que hombres de talento y de otras condiciones sociales y morales también lo disculpen, lo justifiquen y lo adoren, es una de esas aberraciones que se presentan á la inteligencia del observador imparcial, con todo el misterio asombroso de un enigma sociológico.

Don Fructuoso Rivera constitucionalista de nuevo cuño, había adoptado un sistema especial de gobernar administrativamente y de interpretar la Constitución—A dos por tres, por la menor ocurrencia, porque apareciese una partida, ó recibiese una comunicación, delegaba el mando y salía á campaña; no sin antes exigir una suma de dinero para los *gastos imprevistos*. Allí se ponía al frente de las milicias de la República, que no eran sinó un gauchaje especial, constituido así de hecho en ejército permanente de la nación. Semejantes procederes abiertamente contrarios á las disposiciones expresas del Código fundamental precipitaban el atraso de la propiedad, aumentaban la pobreza y causaban la ruina completa de la industria.

El tesoro nacional exhausto arrojaba un déficit permanente que día á día se aumentaba en aterradoras proporciones á impulsos de las exacciones que se hacían con el pretexto de los gastos extraordinarios de las campañas y de las exigencias de un ejército, ó más bien de unas hordas á las cuales Rivera había enseñado y garantido el medio de vivir á costa del Estado.

El poder ejecutivo exigía reiteradamente á las cámaras la creación de empréstitos y de nuevos impuestos; y aunque la legislatura era bastante complaciente, tuvo que significarle que era imposible crear nuevos empréstitos ni impuestos, porque ya se estaba viviendo debido á que se había obtenido una prórroga de dos años para el pago de las obligaciones existentes.

Al presentar el presidente Rivera el mensaje á las Cámaras, la pluma diestra de su ministro don Santiago Vázquez no pudo ocultar el fondo de aquella escandalosa administración, ni velar

la perspectiva desesperante de la decadencia y la más completa ruina. Para que se vea el trastorno económico y el desorden de las finanzas durante aquel gobierno infausto, basta recordar los siguientes datos y cifras: Los ingresos para atender á todas las reparticiones del presupuesto general no alcanzaban más que á pesos 542.288-14 con un déficit de caja de pesos 60.973-29 y solamente el presupuesto general de guerra ascendía á la entonces asombrosa suma de pesos 626.498-79. Es decir que una sola repartición, la del militarismo, absorbía más aún de las entradas totales del país, dejaba asimismo un déficit, y á más las otras reparticiones impagas. Para satisfacer estos dos puntos, no pudiendo recurrirse á los empréstitos; Rivera recurrió á las confiscaciones.

El 15 de Febrero de 1834 debido á las dilapidaciones y á los desórdenes de Rivera, la deuda pública se elevaba ya á $ m/n 879.825-26, casi un millón; suma enorme en los principios de la vida del Estado, compromiso ruinoso contraído en la cuna de la nacionalidad, á causa de Rivera y por él, y que inauguraba un funestísimo sistema de administración, que todavía en nuestros días había de realizar el Genera Tajes, y se había de empeñar en poder ponerlo en práctica por medio de Kubly don Julio Herrera y Obes.

Fué sin embargo en esas circunstancias tristes y oprobiosas, que don Antonino Vidal presidente de la Sala de Representantes, y que representaba para con Rivera el papel que más tarde su hijo don Francisco Antonino Vidal habia de representar con respecto al tiranuelo Máximo Santos, presentó un proyecto con el propósito de enriquecer á don Fructuoso Rivera, el que no tuvo la delicadeza de mirar que esa ignominia se consumaba en su presencia, ante la desgracia pública y ocupando él mismo la presidencia.

El proyecto consistió en que la asamblea reconociese los grandes servicios que el país debía al general Rivera, quien con desprendimiento generoso *había derramado una gran fortuna,* QUE EL PAÍS SE LA DEBÍA; y el hecho es que se con

sumó tal escándalo, y el Sr. Brigadier General don Fructuoso Rivera recibió en aquellas angustiosas circunstancias del tesoro de la Nación la cantidad de *cincuenta mil pesos fuertes.*

Con toda la razón del mundo había pues podido decir el honrado patriota General don Juan Antonio Lavalleja en su manifiesto de 1° de Febrero de 1833 lo siguiente:

. . . .

« *En el interior.* Una administración inmoral dilapidaba y « pasaba á sus manos y á las de su círculo la fortuna pública. « Distribuía los empleos, no al mérito y al patriotismo, sinó al « favor; á los servidores del imperio. Su codicia no dispensaba « ramo y con los más despreciables títulos, con los coloridos « menos capaces de engañar aún á la más cándida inocencia, « su avidez abrazaba desde las tierras de propiedad pública, « hasta los más valiosos contratos de pesca; descendiendo á « todos los demás ramos que podrían ser productivos al erario. « La deuda pública siempre aumentada, y cerrándosele por esos « medios la posibilidad de extinguirla, este camino solo bastaba « para conducir al Estado á su ruina.

« El patriotismo y los servicios prestados á la causa de la li- « bertad; mirados con desprecio, pisados, humillados, tratados « tal vez como crímenes.

« En vano en la tribuna, celosos representantes reclamaban « con energía contra tantos abusos; en vano se denunciaban « por la prensa; en vano la opinión pública lo marcaba con el « sello de la reprobación; el Ejecutivo era sordo y sistemático « en su idea de perpetuarlos. Si urgido por el clamor universal « variaba un ministerio, era siempre en la liga de la familia que « buscaba el sucesor, jamás en el patriotismo, jamás en los « intereses nacionales; y si últimamente llamó al Sr. Vázquez « al ministerio, que no pertenecía á ella, entonces no hizo sinó « variar de nombre sin variar de marcha ni de dirección; puso « en acción un recluta, que no pudiendo hallar colegas sinó « entre los cinco hermanos, tuvo que tomar sobre sí todos los « ministerios, porque aquellos conocían de tal modo su des-

« crédito, que ni á la sombra de este nuevo socio se atrevían
« á presentarse en la escena dirigiendo los negocios.

« Desde ese suceso, fácil fué ver que los intereses nacionales
« y el patriotismo nada tenían que esperar, que *la familia*
« resuelta á sostenerse con sus principios antipatriotas, y sus
« miras personales, nada perdonaría para sostener su imperio,
« y que bajo el nombre de un intrigante ó de un necio, se per-
« petuaría con su sistema. Este era el sentimiento universal;
« *todos conocían que el partido que sirvió al Emperador*, QUE
« LOS CINCO HERMANOS ERAN INCORREGIBLES: que jamás
« aceptarían el confundirse entre sus conciudadanos, por más
« que un descenso natural y suave les asegurase cuanto po-
« dían apetecer como ciudadanos, cuanto podían pretender
« por su capacidad personal.

. . . .

« Los cadalsos y la confiscación han formado la base del
« nuevo sistema del Gobierno de Montevideo, y mientras que
« aquellos profusamente derraman sangre, está destruyendo
« de raíz el principio constitucional que asegura la inviolabili-
« dad de la propiedad, dá el golpe más mortal á la riqueza
« pública y establece el antecedente más inmoral, más capaz
« de excitar la codicia, de perpetuar las convulsiones, de ha-
« cer interminables los odios y las venganzas y de concluir por
« arrasar al Estado.

« Hé aquí por despojo dirigido á solo una persona de la so-
« ciedad, *extinguida la riqueza de toda ella; destruida la fuen-*
« *te de la riqueza pública, la sociedad disuelta;* EL ESTADO CON-
« VERTIDO EN UNA HORDA DE SALTEADORES. Estas verdades
« no es necesario inculcarlas mucho á los orientales: *una ex-*
« *periencia harto dolorosa les hablará un lenguage más elo-*
« *cuente que cuanto pudiera decirles.* Ella basta para desvane-
« cer la importancia de esa mentida necesidad, aunque el
« General Rivera y su consejo han querido ante las cámaras,
« en su mensaje, *amparar sus expoliaciones y violencias.* Ella
« basta para poner en claro á los ojos de todos la tendenci-

« de un sistema que no manifiesta otro objeto que hacer re-
« trogradar el Estado á una época desgraciada, para darle otra
« vez un amo, (el Emperador) *para justificar lo que sostuvie-
« ron siempre:* NUESTRA INCAPACIDAD PARA SER LIBRES.

« En cuanto á lo que á mí toca en este momento, si no estu-
« viera tan convencido de la justicia de mi causa y de las de
« mis compañeros; de la rectitud de mi conducta y de mis in-
« tenciones; si alguna duda me quedase, *bastaría á desvane-
« cer el más pequeño escrúpulo, la conducta y las medidas
« del gobierno de Montevideo, después de su victoria*—ELLAS
« BASTAN POR SI SOLAS PARA JUSTIFICARME Á LOS OJOS DEL
« MUNDO. Los que las han adoptado, son los mismos hombres
« á quienes las circunstancias han quitado el velo, poniendo
« en transparencia su carácter y sus pretensiones.

«Buenos-Aires Febrero 1 de 1833.

JUAN ANTONIO LAVALLEJA»

El ilustre repúblico no pudiendo soportar el ver la patria que había libertado en semejantes condiciones, empezó á preparar nuevos elementos con el propósito de restablecer el orden, la decencia, la libertad y las instituciones, y el 7 de Febrero de 1833 apareció en Montevido una hoja suelta impresa, que concitaba á los ciudadanos á un nuevo esfuerzo cívico, é invitándolos á meditar sobre el Mensaje del presidente Rivera decía así:

«En él (mensage) está estampada la perversidad de su autor:
« ved ahí concluida de despedazar la constitución, *ved su ho-
« rrible absolutismo*, y conocereis que nuestros enemigos no
« están satisfechos. Querían más sangre, cuando aún humea la
« de Bustamante y sus compañeros, y pretenden arruinar las
« familias para saciar sus vicios, y enriquecer á Lavalle, Ola-
« varría, y demás asesinos del Gobernador Dorrego».

«En hora buena se sacrifiquen tan preciosos intereses; pero
« que no sea presentando vuestros cuellos con la humildad de
« los esclavos. Si los traidores triunfan, ya están señaladas las

« víctimas por los malvados Luis Pérez, Santiago Vázquez, el
« traidor Rivera, y sus compañeros, prostituidos sin ejemplo,
« pérfidos, y enemigos acérrimos de nuestra independencia.»

El coronel don Manuel Olazábal de acuerdo con Lavalleja invadió al Estado Oriental por Yaguarón con 350 hombres, trayendo como jefe de Estado Mayor al Coronel don Eugenio Garzón, que operaba de acuerdo y en compañía del padre Caldas. Rivera avanzó con el grueso de sus fuerzas á la frontera, y la expedición fracasó. El coronel Olazábal, el padre Caldas, el Coronel Eugenio Garzón, Calengo y otros fueron internados en el Brasil.

El general Lavalleja preparaba una tercera expedición y por su orden se fabricaban lanzas y se reclutaban hombres en San Isidro, y luego en Entre-Ríos. Pero antes de estar terminada su organización las repetidas órdenes del Gobierno Argentino de que se internasen los jefes Orientales y se disolviesen las reuniones, obligaron al General Lavalleja á precipitar prematuramente su plan de campaña y el 12 de Marzo de 1834 acompañado de 86 hombres desembarcó en *Punta Gorda* departamento de la Colonia y tomó en seguida el pueblo de Higueritas.

Lavalleja subdividió su pequeña fuerza en comisiones quedándose con cuarenta hombres. En estas condiciones fué tenazmente perseguido por una fuerza como de doscientos hombres que Rivera envió contra él al mando del coronel Anacleto Medina. Esta columna se iba engrosando en la marcha con nuevos contingentes que le enviaba Rivera, y al llegar al Río Negro alcanzó y derrotó al pequeño ejército de Lavalleja cuyos jefes diseminados en el país no tuvieron tiempo de plegársele. Entre los prisioneros que le tomaron á Lavalleja se encontraba el General ex-Gobernador de Misiones don Félix Aguirre, que había ayudado al primero en los preparativos de su expedición. El *humano* Rivera se manchó nuevamente con la sangre de aquel valiente, haciéndolo fusilar al frente de su ejército. El general don Juan Lavalle fué el que pasó regoci-

jado el parte de este combate fechado en Costa de Polanco Marzo 17 de 1834. Era Aguirre un soldado distinguido, de reconocida bravura y muy prestigioso entre los *guarantes* y *tapes* que Rivera había traido de las Misiones, y cuando el caudillo invadió esos territorios Aguirre servía en el ejército nacional. A esas causas atribuyó la opinión pública el asesinato del meritorio prisionero.

Con respecto á esta campaña dice el historiador Saldías lo siguiente: « En esta campaña como en las anteriores, Rivera se « entregó á excesos contra las personas y contra las propieda- « des. Se ha hecho proverbial, como lo demuestra el general « Paz, jefe militar del partido unitario, la desmoralización de « los ejércitos que ha mandado Rivera, y que éste mismo « fomentaba como que era él quien mayormente aprovechaba « de los despojos que cometía en las propiedades de campaña. « Los arreos de vacas ajenas eran para él asunto importante « en todos los comandos militares que ha tenido *desde cuan- « do fué nombrado por los Imperiales jefe de policía de campaña;* « y todas las cartas que le dirigían por esos años sus amigos « ó socios del Litoral Argentino, como ser Cullen, Barrenechea, « Crespo, Carriego, y las cuales tengo originales á la vista, « no se refieren sinó á esos negocios que facilitaban las pro- « pias operaciones militares de este caudillo. Menos extraño « era, pues, que Rivera hiciera suyas las propiedades de sus « adversarios políticos, provocando así las represalias ».

Una idea patriótica mantuvo sin embargo á Lavalleja en la frontera al frente de algunos parciales, hasta que terminó aquel desgobierno que se llamó primera presidencia constitucional de don Fructuoso Rivera. El jefe de los patriotas esperaba ver los procederes de Rivera al expirar su administración. Si pretendía reelegirse haría un llamado al patriotismo oriental y se lanzaría nuevamente en son de guerra. Si se elegía debidamente á un ciudadano aceptable para sucederle, colgaría su gloriosa espada hasta que volvieran á reclamarla las necesidades de la patria.

La elección presidencial del General don Manuel Oribe tranquilizó al noble patricio y le infundió fundadas esperanzas de mejor futuro.

CAPÍTULO XXIX

El Brigadier General D. Manuel Oribe es electo segundo Presidente Constitucional de la República.—La organización.

Hasta sus más ardientes opositores han reconocido que un júbilo inmenso se despertó en todo el país cuando se supo que don Manuel Oribe había sido elegido Presidente de la República. Todos tenían el doloroso convencimiento de que por el camino que había marchado Rivera, la patria estaba irremisiblemente perdida si no subía al poder un hombre honrado, un patriota de la talla del segundo jefe de los Treinta y Tres. Por eso el regocijo fué popular, el entusiasmo indescriptible y el aplauso general, al ver la dirección de los destinos del Estado confiados á las manos puras de un ciudadano á la vez de acción de elevada inteligencia, de notable cultura, de honorabilísimos antecedentes, de rectitud reconocida, de servicios relevantes, de un patriotismo ardiente y nobilísimo, de una austeridad recomendable y de una honradez acrisolada.

La administración de D. Fructuoso Rivera terminada el 24 de Octubre de 1834, día en que trasmitió el mando al vice-presidente D. Carlos Anaya, caía hundida en el más tremendo desprestigio ante las desgracias que había causado á la Nación, llevando consigo el anatema de la reprobación unánime del pueblo.

Ante la hermosa aurora que se levantaba con la nueva administración renació la confianza, se confortaron los espíritus, se despertó en todos los pechos la esperanza, y los ciudadanos

honrados y dignos se aprestaron gozosos á la obra de la regeneración nacional al ver aclararse de nuevo los bellos horizontes de la patria.

Es que fué la gran mayoría de la opinión, la que guiada por el acierto del buen sentido patriótico llevó á D. Manuel Oribe el 1º de Marzo de 1835 á la presidencia de la República. Y tan avasalladora fué la expresión manifiesta de ese vehemente deseo y de esa digna ansiedad por parte de la opinión, que hasta el mismo Rivera no pudo menos que aparentar acatarla, y enfundar por el momento sus criminales y decididos deseos y sus anárquicos proyectos para perpetuarse en el Gobierno.

La nueva administración entraba sin embargo á luchar con grandes dificultades: el estado espantoso en que Rivera y los riveristas habían dejado el país, la gran crísis económica y financiera, el tesoro exhausto, el Erario con grandes compromisos, y una oposición sistemática por parte de una mayoría de que Rivera disponía en la Cámara, pero que muy pronto lo abandonó al impulso de un sentimiento de necesidad pública y de justicia patriótica.

Pero la integridad, la honradez, la energía y la constancia de aquel Gobierno que se iniciaba, uno de los más honrados, morales y memorables que ha tenido nuestro país, lo fué venciendo todo, y á poco las dificultades no tenían ya aquel aspecto aterrador que alarmaba á los patriotas al tiempo de inaugurarse la segunda presidencia.

El General Oribe apoyó su gobierno en las legítimas bases de la opinión pública, asentó el crédito nacional gravemente comprometido, entró resueltamente en el terreno de las economías, y á pesar de serias resistencias por parte de los parásitos innumerables á quienes no convenía, llevó á cabo la reforma militar. Estableció la viudedad, restableció las relaciones de amistad entre la República Oriental y los países limítrofes, exigiendo el respeto debido á la nación, que el Brasil no había tenido durante el desgobierno de Rivera; y restableció debidamente las relaciones con el Gobierno Argentino que estaban

gravemente alteradas. En seguida dedicó una preferente atención á la Hacienda pública, que por cierto mucho la necesitaba: y en consecuencia encargó de esa cartera al respetable cuidadano don Juan María Pérez, encomendándole el desarrollo de un plán de Hacienda.

En contraposición á los procedimientos tenebrosos de Rivera y los riveristas en el manejo de la cosa pública; procediendo de una manera enteramente opuesta á esos títulados liberales, y á la mentira y al chascarrillo de don Julio Herrera y Obes, el General Oribe con toda verdad, reconociendo patrióticamente que la cosa pública es la cosa de todos, resolvió dar y dió la mayor publicidad á los actos de su gobierno y en consecuencia el Ministro de Hacienda don Juan María Pérez en un luminoso y extenso informe sobre el estado de la hacienda pública, pudo al dirigirse el Ejecutivo á las Cámaras, decirles lo siguiente:

« Desde el momento que el gobierno se ha encargado de la « dirección de los negocios del Estado en el segundo período « de la Administración Constitucional, ha reconocido el prin- « cipio de la publicidad, como la garantía más sólida del acierto « de sus medidas: quiere tener á la opinión ilustrada del pueblo « oriental por guía de sus operaciones, y aspira á conseguirlo « dando á aquel principio toda la extensión de que es susceptible. « ble. Fiel á esta máxima, el gobierno ha considerado como un « deber indispensable informaros del estado actual de la hacien- « da pública, con toda la exactitud y toda la brevedad que le « fuese posible, tanto porque los males de que se resiente hoy « el cuerpo político proceden inmediatamente de la confusión « y desorden en que se halla aquel ramo de la administración, « como porque esos males afectan directamente la vida del « Estado, y es urgentísimo aplicarles un remedio pronto y pro- « porcionado á la inminencia del riesgo con que ellos nos « amenazan. Para emprender esa difícil tarea, HH. RR., « para sostenerla con la dignidad y la energía que ella deman- « da; para salvar, en fin, á la Patria desfalleciente bajo el doble « peso de sus glorias y desastres, el Poder Ejecutivo cuenta

« confiadamente con la sabiduría de vuestros consejos, con la
« franca cooperación de vuestro ilustrado patriotismo y, sobre
« todo, con aquel auxilio poderoso del espíritu público, á cuya
« acción ceden instantáneamente todas las dificultades y se des-
« vanecen como por encanto los más imponentes peligros. »

... .

« *Los cofres del Erario Nacional se encuentran totalmente ex-
« haustos;* las rentas y los arbitrios que debían abastecerlos de
« caudales, HAN SIDO CONSUMIDOS DE ANTEMANO, *ó están em-
« peñados para el reembolso de anticipaciones* QUE TAMBIEN
« HAN SIDO YA INVERTIDAS: el crédito se ha extinguido por
« una consecuencia forzosa de la falta de cumplimiento de los
« compromisos contraidos en los momentos de conflicto, y
« UNA DEUDA DE 2.200,000 Y MÁS PESOS, ABRUMA con su
« enorme peso al tesoro público.»

El gobierno de don Manuel Oribe se había colocado en el terreno de la ley del orden y de las instituciones, y aunque estas medidas empezaban á ser combatidas por el partido de Rivera, el presidente abrió de par en par las puertas de la patria á los proscriptos por el caudillo, inclinándose así el Gobierno ante la libertad y ante el derecho.

Guiado por el mismo sentimiento constitucional dictó el siguiente decreto haciendo cesar el inícuo despojo de la confiscación de que por parte de Rivera había sido víctima el General Lavalleja.

«Ministerio de Gobierno.

«Montevideo, Abril 13 de 1835.

« Habiendo cesado las causas que dieron lugar á poner en
« administración los bienes de don Juan Antonio Lavalleja y
« deseando el Gobierno acreditar el respeto que le merece la
« propiedad particular, ha acordado y decreta:

«Art. 1º Queda sin efecto el decreto de 18 de Abril de 1834.

«Art. 2º Publíquese, comuníquese á quien corresponda é
« insértese en el Registro Nacional.

ORIBE.

FRANCISCO LLAMBÍ.»

Las jefaturas departamentales, punto administrativo que jamás ha descuidado el partido blanco, poniéndolas sus gobiernos bajo la salvaguardia de ciudadanos honrados y respetables, fueron atendidas por D. Manuel Oribe nombrando á funcionarios como D. José Palacios para la Colonia, D. Bernardino Arrúe para el Durazno, D. Bonifacio Gadea para Soriano, y otras personas no menos aceptables para los demás departamentos. No era entonces un capitanejo cualquiera señor de vidas y haciendas á título de partidario, ni porque hubiera recibido del Gobierno la investidura de su grado, como ha sucedido casi siempre durante los gobiernos colorados, para azote de la campaña, vergüenza de la civilizaeion y terror é indignación de los vecinos honrados.

El 26 de Marzo de 1835 fué decretada una amnistía por la cual fueron completamente amnistiados todos los ciudadanos que se encontraban emigrados á causa de los sucesos de 1832; quienes considerando que esta medida no tenía el carácter farsáico de la de Rivera, hicieron honor á la palabra del primer magistrado, y empezaron á regresar á sus hogares.

Luego tuvo lugar un detalle remarcable, ejemplo honroso que podrían imitar con provecho los gobernantes de hoy después de más de medio siglo de producido el hecho.—En Mayo del 35 le fué necesario al Gobierno apelar á las Cámaras para la aceptación de algunas medidas económicas, y habiendo encontrado en ellas una injusta y sistemática oposición la prensa gubernista oficial ú oficiosa empezó á censurar acremente la conducta injusta y antipatriótica de las Cámaras. La prensa que defendía á las Cámaras era riverista y estaba escrita por escritores argentinos del partido unitario con los cuales se entendía Rivera, señalándose *El Nacional* por su lenguaje poco culto y su carácter violento y anárquico.

Pues bien; asimismo, á pesar de ese conjunto de circunstancias, el Gobierno prohibió severamente á su prensa y á sus amigos que se atacase á la lejislatura ni á los argentinos, encareciendo el respeto que se debía á los representantes del pue-

blo, y manifestándoles la inconveniencia de atacar á los emigrados argentinos, dijesen lo que dijesen, porque perseguían asuntos de su país, con cuyas cuestiones políticas nada tenía que ver el Gobierno.

Alta política, propia de un gobierno serio que tiene confianza en su rectitud y en su fuerza moral, y á la que jamás se han elevado los gobiernos colorados, titulados liberales, frecuentemente alocados y siempre tiránicos en su política y resoluciones. Esta medida contrasta notablemente con la bárbara ley de imprenta del seudo liberal Rivera.

Al hacerse cargo del poder el general Oribe: «Una enorme « masa de deudas, (dice el historiador Díaz), gravitaba sobre el « Tesoro Nacional; las propiedades más valiosas habían sido « enajenadas á precio bajo; las rentas consumidas en casi su « totalidad y empeñados sus restos; y una Aduana, la única « que existía, tenía empeñadas sus rentas por enormes anti- « cipos».

Un año sólo de administración honrada é inteligente había bastado á D. Manuel Oribe para hacer cambiar en el país la faz de las cosas.—La anarquía había sido contenida; las deudas se amortizaron; se rescataron las principales propiedades del Estado que habían sido empeñadas; se suspendió la venta de otras que ya estaba decretada pero que Rivera no habia tenido tiempo de vender; la Aduana volvió á su estado normal y empezó á percibir decentemente sus ingresos y la administracion se moralizó debidamente. Estos hechos por sí solos tienen una elocuencia muy significativa; ellos hacen por sí mismos el juicio de esas dos administraciones, y dan también idea clara de la diferencia de los dos partidos que esos dos jefes más tarde encabezaron.

El Gobierno del General Oribe, cuidando de las relaciones internacionales, celebró un tratado de paz y de amistad con la Francia, que ya el año 30 había reconocido la independencia de la República. Los emigrados fueron llamados y volvieron á los hogares con el respeto debido á los ciudadanos. La con-

fianza en el exterior se consolidó como en el interior, y el crédito del Gobierno era tan evidente y fué reconocido de tal manera, que pudo realizar empréstitos económicos y acertados, con lo que salvó la propiedad pública, equilibró el presupuesto y restableció el crédito de la Nación.

Contrastan estos hechos con los de la administración de don Julio Herrera y Obes más de medio siglo después, que no encuentra quien le fíe un centésimo á pesar de haber golpeado todas las puertas de las naciones de Europa y hasta las del Brasil. Es verdaderamente chocante y fuerte á la vez que á la República en manos de don Julio Herrera y Obes le sean negados en todas partes del mundo cinco millones de pesos, que cuando él los pedía le hubieran sido concedidos á don Juan Jackson ó cualquier otro particular, mínima parte de la Nación entera, pero de palabra honrada y de integridad responsable.

El Gobierno de don Manuel Oribe estableció el servicio de policías disciplinándolo bajo una buena organización. Fundó líneas de correos que ligaban la capital con el interior de la República. Levantó la juventud invitándola á ejercer sus derechos, ayudándola á su preparación para la vida pública, y alentándola patrióticamente, pues como varias veces lo repitió, fundaba en ella grandes esperanzas de engrandecimiento futuro y de sólidos progresos para el porvenir.

Pero á lo que don Manuel Oribe dedicó preferentemente su atención después de la Hacienda fué á la Instrucción pública. Se fundaron escuelas primarias y se atendió y se pagó á los maestros; se establecieron estudios elementales y secundarios; se dividió la enseñanza en ramos y en grados, y se puso á cargo de profesores aventajados.

Se enviaron también jóvenes á estudiar á Europa, entre ellos á D. Clemente César á Roma. El Presidente tenia fé en ella y abrazaba con pasión la causa de la instrucción pública. Más tarde también entre el estrépito de las armas y en plena guerra, fundaba en la Unión un colegio célebre, bien organizado, donde iniciaron los cimientos de su carrera algunas ilustraciones y

muchos ciudadanos que después han figurado con ventaja en la vida pública, por más que haya habido algunos también que al menos han echado en olvido sinó es que han renegado de la gratitud debida al fundador de aquel templo del saber en una época azarosa, cuando solo el móvil honroso de servir la causa noble de la cultura de su patria pudo ser lo que lo impulsara y decidiera á fundarlo.

Durante su gobierno se estableció también la academia teórico-práctica de jurisprudencia, en la cual los jóvenes doctores debían practicar tres años. Esta institución fué el antecedente y el modelo sobre la cual se fundó más tarde la academia de Buenos Aires, cuya dirección se encargó al partidario de Oribe doctor Eduardo Acevedo después de la guerra grande. El tribunal de apelaciones fué el encargado de formar el reglamento de la academia que fundó Oribe, y era también regida por un miembro del mismo tribunal.

Al hacerse cargo don Manuel Oribe del gobierno, se encontró con que la deuda pública ascendía á la enorme suma, aterradora para esa época, de pesos 2.400.000 siendo un millon seiscientos mil pesos exigibles en el momento, y los ochocientos mil restantes deudas por préstamos á próximos vencimientos tomados al 18, 24 y 30 % de interés, para gastos inconfesables, á estilo de esos calaveras que comprometen y despilfarran el patrimonio de sus padres.

Las altas condiciones de estadista que adornaban á Oribe conjuraron la terrible crísis que aflijia dolorosamente al país: y no solo no aumentó la deuda sinó que la disminuyó notablemente y restableció el crédito de la Nación. Son notables por su exactitud y rectitud los principios económicos que profesaba y sus máximas de gobierno, que hizó carne durante su administración. Dirigiéndose á la Legislatura al año de ocupar la Presidencia le decía estas morales y memorables palabras: « El Gobierno « creyó que debía adoptar un sistema tanto más sencillo cuanto « más confusa y complicada era la senda que se abría ante sus « pasos; que un conocimiento exacto y preciso de los recur-

« sos de la Nación, del modo y naturaleza de su deuda, y
« *una severa y oportuna reforma en la administración de Ha-*
« *cienda, fundada en las bases de la justicia y de una riguro-*
« *sa economía*, eran las medidas que debían conducirle á la res-
« tauración del crédito: y CONVENCIDO DE QUE LA VERDADERA
« MÁXIMA DE LOS GOBIERNOS QUE BUSCAN EN LA OPINIÓN EL
« APOYO DE SU CONDUCTA, NO CONSISTE EN LO QUE DICEN
« SINÓ EN LO QUE EJECUTAN, se esforzó en merecer la con-
« fianza pública, demostrando que, sinó podía hacer milagros
« en un día sobre lo pasado, podía al menos cumplir con reli-
« giosa puntualidad sus nuevas promesas en lo venidero».

Moralizó el Resguardo que se hallaba en un grave estado de corrupción, contra el cual se hacía sentir á grito herido el clamor público. Era moneda corriente durante la administración Rivera el más escandaloso contrabando de acuerdo con las autoridades oficiales, burlando, castigando y abatiendo así el comercio legal y honrado. Don Manuel Oribe extirpó de raíz todos esos irritantes abusos, moralizando escrupulosamente esa repartición pública.

Profesando ideas politicamente liberales y adelantadas, y enemigo de los impuestos directos, abolió el derecho de Alcabala sobre la venta de fincas y otras propiedades, porque lo consideraba, decía: « fruto sin duda de la ignorancia de los
« tiempos en que fué creado, y contrario también á todos los prin-
« cipios que reglan hoy este ramo de la administración pú-
« blica». — Y con espíritu independiente, que en el deseo de realizar un progreso no se doblega ante los ejemplos de más autoridad, agregaba: « Verdad es que todavía subsiste en
« algunas naciones civilizadas, pero no por esto deja de ser
« absurdo y oneroso á los pueblos que sufren el peso de su
« yugo».

El derecho de Alcabala abolido el año 36 por don Manuel Oribe fué restablecido por don Andrés Lamas así como el impuesto sobre puertas y ventanas bajo un gobierno de escandalosa desmoralización el año de 1875.

El Presidente Oribe abolió también el impuesto directo sobre el pan, y organizó la administración de las tierras públicas. Son notables también sus opiniones sobre impuestos, por la verdad y el acierto que encierran, además del tino de la prudencia y de la sabia política de saber esperar sin impaciencia, el cumplimiento de las leyes morales y económicas. Decía así: —« Haced que la propiedad goce como todos los otros ra-« mos de la riqueza pública, de aquella sabia libertad que los « fomenta, y tendreis la satisfacción de ver bajo su influjo bien-« hechor demostrado el principio de que, LA SUPRESIÓN DE « LOS IMPUESTOS ONEROSOS, ASÍ COMO LA DISMINUCIÓN DE « LOS MÁS BIEN ESTABLECIDOS, ENGROSAN LOS RAUDALES « QUE ALIMENTAN EL TESORO PÚBLICO».

Doctrina adelantada y honesta; palabras que hechas carne como las hizo él en su gobierno, pidiendo á la Legislatura la supresión de unos impuestos y la disminución de otros, en otra parte harían por si solas la reputación de un hombre público—Así es que después de haber dado cuenta de sus reformas progresistas y moralizadoras llevadas á cabo en sólo un año y de la nueva vía en que entraba el país pudo decir con toda verdad á los representantes del pueblo:—«Tal es en resu-« men el cuadro que hoy presenta nuestra situación económica; « y tales los frutos del sistema de *ahorro*, de *imparcialidad* y « *justicia* que ha arreglado la conducta del Gobierno en el *pri-« mer año* de su administración».

Todo esto era patrióticamente cierto, pues los documentos de ese Presidente no eran como los mensajes proverbialmente farsáicos de algún Presidente de hoy en día; pero oigamos las ideas y los principios de D. Manuel Oribe acerca del crédito público, dignos de ser grabados en el corazón de la juventud como esperanza de mejor futuro:

Pensaba, y decía á la legislatura: « El crédito público es sin « duda alguna el gran recurso de las naciones modernas; pero « es el recurso de la necesidad, y es preciso economizarlo: no « tiene más fundamento que la opinión, ni reconoce otro prin-

« cipio que esa frágil base, expuesta siempre á destruirse con
« el más leve golpe de un abuso. Para evitar ese riesgo y
« poder conservarlo á cubierto de nuevos é imprevistos apuros,
« debemos fortificarlo *aumentando nuestros medios efectivos* y
« DISMINUYENDO NUESTRAS NECESIDADES. La confianza que
« inspira la posesión del crédito suele producir una funesta
« negligencia en el arreglo y manejo de aquellos, y las necesi-
« dades se crean y se multiplican fácilmente en un estado de
« infancia como el nuestro al lado de un recurso tan fecundo y
« seductor».

Grandes verdades dignas de un filósofo y de un prudente economista y dignas también de ser recordadas y aplicadas hoy, en medio de la desmoralización administrativa y de la errada marcha política que nos azota. Notables apotegmas propios de un estadista de talla como él lo era y de un patriota deseoso de la dignidad y del bienestar de su país. Bien comprendía aquel preclaro ingenio, buen conocedor del corazón humano, lo seductor que era para algunos elementos de su país el blando recurso del crédito, que él en un caso extremo aceptaba y en la generalidad de los casos combatía. Bien comprendía que los esfuerzos de una administraciós honrada y el fruto de sus desvelos, estaban expuestos al golpe aleve de un insensato, que por un irreflexivo cambio de opinión consiguiese asaltar el poder. Por eso quería que para una eventualidad semejante la patria no hubiese contraído compromisos que pudieran tornarse angustiosos. Previsión patriótica, digna de los varones de Plutarco—así procedía la administración de don Manuel Oribe que había hecho del orden, de la más extricta economía y de los deseos de progreso honrado, los objetos más preferentes y sagrados de su patriótico culto.

Pero este gobierno memorable merecedor de la veneración de la posteridad, así como el primer magistrado que lo representaba es digno del respeto y de la consideración de sus conciudadanos sensatos y honrados, iba á ser combatido por unos enemigos impulsados por las pasiones políticas; y lo que es

El General Rivera antes de descender de la presidencia hizo crear la Comandancia General de Campaña que entró á ejercer durante el interinato de don Carlos Anaya y antes de la elección de Don Manuel Oribe. Su objeto era no caer en la anulación absoluta en que forzosamente hubiera caído si al descender de la presidencia se hubiera retirado á la vida privada, dado el terrible y enorme desprestigio que lo acompañaba en su descenso. Quiso pues conservar un escudo oficial que lo amparase en parte contra la reprobación pública, y verse siempre al frente de un ejército ú horda, que era su elemento y su fuerza, para que le sirviese de base en sus combinaciones maquiavélicas, antipatrióticos proyectos y negras ambiciones.

Varias eran las causas distintas del titulado prestigio de Rivera, que no era verdadero prestigio moral, pues así sólo puede llamarse la atracción á sí, poseída por un hombre al que se vinculan las opiniones ó las personas de los demás para acompañarlo en la guerra á compartir con él sus ideas y sus doctrinas reconociéndole como la encarnación de una causa. Lo que verdaderamente poseía Rivera no eran estas condiciones sinó la posibilidad y hasta la facilidad de reunir gente ya por el temor de sus venganzas, ya por la vida de licencia ú otras ventajas que les prometía.

Las causas pues de ese pretendido prestigio de Rivera eran varias y en primer lugar el compadrazgo. El caudillo se esforzaba por conseguir innumerable número de ahijados entre los hacendados, los jefes prestigiosos y por último entre todo el mundo; lo que lo mantenía en relación y le atraía algunas vinculaciones, dado el respeto y la significación que la preocupación de la gente de campaña daba á tales vínculos.

Luego la licencia, la indisciplina y la desmoralización que permitía, alimentaba y autorizaba en sus hordas con su consentimiento y hasta con su ejemplo; las dádivas y el saqueo que les permitía, y el reparto del botín á que los acostumbraba.

En tercer lugar la gravísima medida económica del falseamiento de la *enfiteusis*, por medio de lo cual se procuraba sus

más entusiastas partidarios, puesto que reconocían éstos que su hacienda usurpada se la debían á él, y que su propiedad mal habida peligraba si su compadre don Frutos no se mantenía en el Gobierno. Las tierras públicas se daban en *enfiteusis* con ciertas condiciones que debían cumplir los solicitantes; poblar los campos, hacer construcciones y pagar en plazos dados determinadas sumas. De 936 concesiones de *enfiteusis* dadas desde 1831 á 1835 la cantidad de 792 eran fraudulentas concedidas de hecho como donación á sus parciales por don Fructuoso Rivera, ni que jamás los ocupantes ó especuladores que sólo esperaban la ocasión de vender sus usurpados derechos sobre leguas de tierras públicas, se preocupasen de cumplir en lo más mínimo con lo que prescribían las leyes del Estado.

La cuarta causa era la tolerancia desvergonzada del contrabando. Rivera había conseguido comprador, y había vendido la mitad de las rentas de todo el litoral del Uruguay por varios años; y luego burlando á los que se habían fiado de él permitía á las gavillas que se desprendían de sus hordas el contrabando más escandaloso, que nadie se ocupaba en reprimir. Este se ejercía por bandidos y titulados soldados en el Uruguay y sus riachos, arroyos y sinuosidades. Esas gavillas robaban cueros por todas partes donde podían, y luego los cambiaban á las goletas, balandras y demás embarcaciones de cabotaje, principalmente en manos de marineros y propietarios italianos, que les daban á cambio de los cueros; ponchos, armas, naipes, bebidas espirituosas y algo en dinero, fomentando así la licencia, el desorden, los vicios y la inmoralidad. Don Manuel Oribe hizo cesar ese escándalo, moralizó la costa, garantió sus derechos á los que habían comprado las rentas, y de ahí al verse privados de un comercio inmoral é ilícito aunque para ellos ventajoso, nació la simpatía de los italianos por Rivera y los colorados, que había de acentuarse más tarde al ver á naciones europeas amenazando la integridad nacional, y haciéndoles entrever quiméricas ilusiones de transformación de un país libre é independiente en una colonia ó un protectorado europeo.

Y por último, como causa general, el reparto, las dádivas y las donaciones que Rivera hacía del fruto de sus confiscaciones y disposición arbitraria de la propiedad particular y de los recursos del tesoro público.

Fué contando juntar gente y robustecer su ejército por medio del fruto de la larga aplicación de ese sistema especial de hacerse de prestigio, que se atrevió á levantar la bandera de la guerra civil y á provocar á la lucha al Gobierno Nacional.

Los gastos no autorizados, exagerados, y hasta imaginarios de la Comandancia General de armas recargaban considerablemente á la nación que los pagaba religiosamente y eran una rémora que imposibilitaba la completa organización de la hacienda. Si Rivero hubiera tenido un poco de patriotismo en esas circunstancias ya que tantos males había causado á su país, se hubiera contenido al menos temporalmente en el camino del desorden; pero no fué así, desatendió los repetidos apercibimientos que le hizo el gobierno acerca de su conducta y de lo inconsiderado de sus gastos, y persistiendo en sus procederes incorrectos y ruinosos que no podía admitir un gobierno patriota y reparador que no transigía con abusos y escándalos enteramente opuestos á la honradez de sus rectos procedimientos; don Manuel Oribe se vió en la necesidad de lanzar el siguiente decreto suprimiendo una repartición que no tenía más objeto que satisfacer los apetitos desordenados, y estimular las ambiciones del señor D. Fructuoso Rivera:

«Montevideo 19 de Febrero de 1836.

«No existiendo actualmente los motivos que impulsaron al
« gobierno á librar el decreto de 27 de Octubre de 1834 por
« el cual se creaba una Comandancia General de Campaña y
« no teniendo causa alguna que dé mèrito á dejar vigente
« aquella disposición, el gobierno ha acordado y decreta:

« Artículo 1°.—Queda suprimida la Comandancia General
« de Campaña.

« Art. 2°.—Comuníquese y dése al Registro Nacional.

ORIBE.

JOSE B. DEL PINO.»

El General Rivera se dirigió á Montevideo, pues por el momento no tenía objeto su permanencia en la campaña, y allí se puso nuevamente en contacto con los unitarios emigrados de Buenos Aires, que con algunos orientales desordenados componían una camarilla anárquica que ambicionaba subir al poder, rodeando al General Rivera. Dispusieron de los diarios *El Moderador*, *El Nacional* y *El Estandarte*, y hacían una política riverista y porteña á la vez, proclamando la rebelión contra el gobierno Oriental y predicando la anarquía contra el Estado de Buenos Aires.

Los unitarios habían solicitado el apoyo de Oribe para emprender aventuras contra la República Argentina, y éste lo había negado, porque no quería ni había razón para atacar á una nación amiga ni meterse en cuestiones internacionales, y solamente por favorecer á un bando al que después del asesinato de Dorrego no le quedaba nada de simpático. Rivera les ofreció ese concurso en cambio de su apoyo para lograr el objeto de sus ambiciones. Fué él, pues, quien inició la alianza con el extranjero.

Los unitarios haciendo la misma política que más tarde había de hacer Mitre, combatían á Oribe y ayudaban á Rivera en la creencia de que éste los ayudaría una vez en el poder; y Rivera combatía al gobierno creyendo así poder eludir la rendición de cuentas de su nefanda administración.

El examen que hizo la legislatura de las cuentas de la admición Rivera demostró que éste había dejado el país en estado de completa bancarrota, que no otra cosa significaba entonces una deuda pública de más de dos millones de pesos, contraída exclusivamente en esa administración, porque la deuda de la independencia había sido amortizada por Lavalleja el año de 1830.

Pero á más faltaba á Rivera rendir la cuenta particular de sus gastos en la Comandancia General de Campaña, y á pesar de las repetidas y apremiantes reclamaciones, que sucedieron á los consejos y pedidos amistosos, esto era lo que no se podía conseguir.

Por fin fueron presentadas las cuentas, pero eran de un carácter tan escandaloso, que por prudencia y decoro el Gobierno de acuerdo con la Comisión de la Cámara resolvió archivarlas; y no fueron publicadas hasta el 13 de Octubre de 1836, cuando ya Rivera en armas, se vió el Gobierno en la necesidad de manifestar al país los verdaderos móviles y las ocultas razones impulsivas de aquella antipatriótica revuelta.

Don Fructuoso Rivera, levantó pues de nuevo el pendón de la guerra civil preparando un movimiento anárquico que, dice « un historiador: « hasta hoy no ha tenido más justificación « que la que han logrado todos los actos de su carrera po- « lítica».

El General Rivera de acuerdo con D. Juan Lavalle había proclamado la revolución en el Durazno, mientras Lavalle aparecía capitaneando una partida en la Colonia, el imperialista Calderón debía apoderarse de Tacuarembó, y el brasilero Silva Tabares de San Servando

Rivera quiso comprometer á todo el mundo en su malhadada revolución y declaró que el departamento de Maldonado estaba con él. El vecindario se reunió y desmintió las afirmaciones de Rivera, presentándose en número de seiscientos á ofrecer sus servicios al gobierno de don Manuel Oribe, y haciendo en un documento público las declaraciones siguientes:

« Los que representan, consideran oportuno y de un deber « por honor propio de ciudadanos amigos del orden y del res- « peto á las leyes desmentir al General Rivera la impostura y « criminal causa que alude hacia nosotros como vecinos de « Maldonado para hacerse justicia de la rebelión que ha desen- « vuelto contra el gobierno y de que hace notoria publicidad en « todo el Estado Oriental...... A nadie le era oculto que « el General Rivera, desde que en 24 de Octubre de 1834, de- « positó el mando de presidente que le había confiado la Re- « pública quedó engreido de amor propio, (si antes no lo esta- « ba) por los inciensos que le tributaron en el periódico « *Revista* de aquel año, sin omitir los que en este mismo día

« le tributó servil y cortesanamente su ex-ministro de gobierno,
« don Lucas Obes. No tardaron cinco días en que se viese
« colocado en la Comandancia General de Campaña como
« campeón que no dejaba dudas en sus méritos, para poder
« imitar á los Doria, y los Washington, en la oponión del
« Sr. Obes; se viese también en pocos días, con una espada
« conteniendo en la guarnición la cifra de la patria, que se la
« daba *para que la emplease por su libertad y sus* instituciones,
« y se viese, en fin, CON UN DOTE DE 50.000 PESOS, todo en
« remuneración de sus servicios, prestados á la República (la
« que hasta allí no había servido sinó para alimentar los vicios
« del Sr. Rivera). Tampoco á nadie le era oculto que el Ge-
« neral Rivera, marchando en su política, haciendo desapare-
« cer las propiedades de sus manos, traspasándolas en figura
« ó realidad á las agenas, y alimentando con su prestigio á
« varios que le rodeaban la comandancia, sería el primer aven-
« turero en cualquier lance de una rebelión, que él mismo
« sembró, preparó é hizo estallar.»

Este documento lo firmaban;—El Cura Vicario, Rafael Cubas, José Pintos Gómez, Juez de Paz, Sebastían Rozo, Alejandro Cabrera, Juan Ceferino Díaz, Juan Antonio Inchauste, Rafael Antonio de la Fuente, Miguel Inchauste, Antonio Silveira, José Díaz, José Luciano Alvarez, Juan Ferrer, Vicente de León, Calixto Quincoces, Manuel D. Buna, José González, Luis Luzardo, Francisco Moraes, José Gregorio Corbo y quince ciudadanos más, « los que, dice un historiador, en aquella época
« importaban la completa representación de la Ciudad de Mal-
« donado, y sobre todo, la espontaneidad del paso.»

Luego Rivera se atrevió á invitar para su criminal empresa al Coronel don Manuel Britos quien en su contestación le decía lo siguiente:

« Compadre y amigo.............Quién creería que usted
« había de promover la anarquía en un país, *que á pasos agi-*
« *gantados marchaba á su prosperidad y engrandecimiento!*—
« Yo no lo creía, compadre, por más que me lo anunciaban, y

« con el dolor más profundo, me ví en la necesidad de de-
« senvainar la espada, contra un hombre á quien me unían
« las mejores relaciones: sería indigno de aparecer entre hom-
« bres decentes, si obrando de otro modo, traicionase la con-
« fianza del Gobierno, y *los sentimientos que me inspira la*
« *marcha honorable de la presente administración.* Yo no hice,
« compadre, más que cumplir con mi deber, como un oficial
« del Ejército: como amigo, voy á decirle lo que siento.—
« ¿Cómo puede decirse que es arbitrario y despótico el Gobier-
« no, *que por no atacar en lo más mínimo nuestras formas*
« *constitucionales ha consentido en que la imprenta provocase la*
« *rebelión,* Y QUE HA DISTRIBUIDO ARMAS Á LOS CIUDADANOS
« DE LA REPÚBLICA, que deben ser los más celosos defenso-
« res de sus derechos?»

«*Las mejoras en el ramo de hacienda* son constantes al género
« humano, y *á vista de los hechos,* NO SE PUEDE ALUCINAR
« SINÓ Á LOS INCAUTOS.

« Compadre querido: deponga las armas que prepara contra
« las autoridades constituidas; proclame á sus conciudadanos
« para evitar la efusión de sangre, y venga á nuestros brazos...

« Tenga lástima de su familia y *no haga desgraciados á sus*
« *paisanos.* De otro modo, usted se va á anular para siempre,
« y se verá perseguido por sus amigos— Benavides, Marques
« Colmán, todos están conmigo: LA REPÚBLICA EN MASA, ES-
« TÁ RESUELTA A DEFENDER SUS INSTITUCIONES ..... le
« desea acierto y salud su amigo,

Manuel Britos.»

Rivera no encontrando ni pretexto para hacer su revolución declaró que la hacía simplemente al ministerio, cuando precisamente con el unico ministro que había tenido él que ver, era con el de Hacienda, que lo era don Juan María Pérez; ministro que por su honradez y su respetabilidad reputadísimas, era invulnerable á los ataques emponzoñados de la oposición unitario-riverista.

El Brigadier General don Juan Antonio Lavalleja había

llegado el 31 de Octubre de 1836 á Montevideo, y ofreció su espada al presidente de la República. El Gobierno aceptó inmediatamente sus servicios, y le confió la organización de un segundo cuerpo de ejército.

La presencia y complicidad del General Lavalle y demás unitarios en la revolución de Rivera, alarmó al Gobierno de Buenos Aires, que veía en esa alianza una amenaza de repetición de la revolución que ya Lavalle apoyado por Rivera había hecho antes en Corrientes.—Buenos Aires y todas las provincias argentinas condenaron la revolución unitario-riverista, y así se siguieron acentuando las simpatías de los partidos orientales y argentinos, y empezaron á diseñarse las alianzas que se habían de realizar más tarde teniendo en cuenta los partidos y los pueblos; y prescindiendo de la personalidad de los gobernantes, y del sistema de los gobiernos.

El Gobierno dirigió la palabra á la Nación el 20 de Julio de 1836, en los siguientes términos:

« Orientales: Cuando después de 25 años de infortunios
« y de glorias, consagrados al grande objeto de elevar nuestra
« patria al rango de Nación independiente y constituida, nos
« ofrecemos á los ojos del mundo civilizado, viviendo felices
« bajo la protección de un código que fué el precio de esa
« libertad, una nueva rebelión de ciudadanos acaba de poner
« en problema, si nuestra existencia en el rol de los pueblos
« libres, és ó nó una realidad sellada con vuestra sangre, y que
« consagraron los sacrificios de toda una generación. Salvaros
« y libertar á la patria *del naufragio en que pretende hundirla*
« *la anarquía y las aspiraciones descarriadas*, es hoy el más
« sagrado de los deberes del Gobierno, en quien la Nación
« depositó la conservación de vuestras libertades y de vues-
« tras fortunas. El cuenta con el apoyo de la ley, de la razón
« y de la justicia y de elementos respetables que se desarro-
« llan con suceso y que robustecerán el patriotismo de sus
« conciudadanos. . . . .

MANUEL ORIBE.

Francisco Llambí.»

Más tarde, el 16 de Setiembre de 1836 el General don Manuel Oribe, como Presidente de la República dirigió la palabra al pueblo oriental en un extenso documento, y entre otras cosas refiriéndose á Rivera decía:

« Si nada interesa á ese hijo desnaturalizado la suerte futura « de nuestra patria si para establecer su dominación no ha « previsto ni los males á que la expone, ni los riesgos que la « amenazan; si para constituirse en jefe nada le importa su « ruina; si ningún medio encuentra reprobado para llegar á su « fin, *los que conservan aún restos de aquel fuego sagrado con « que en el año 11 arrostraron toda clase de peligros para al- « canzar su independencia, y el año 25 para recuperar su li- « bertad*, sabrán escudarla y salvarla también en el año 36.»

. . . .

. . . .

« Desde el año 29 que se presentó ese caudillo en el te- « rritorio de la República, hizo ya conocer que abrigaba en su « corazón el designio de dominarla. Con ese fin arrancó á « esos desgraciados indíjenas de sus hogares, (los misioneros) « *les despojó de euanto poseían*, y dejándoles reducidos á una « dependencia inmediata de los favores que pudieran recibir « de su mano, pretendió hacerlos instrumentos ciegos de su « ambición. De ellos formó una colonia militar; con ellos « reemplazó los cuerpos veteranos de la República; de ellos se « sirvió para dominar los consejos del gobierno en el año 30, « para fraguar en seguida un motín militar que debía derrocar « á la Asamblea Constituyente, y dió ocasión al sacrificio de « algunos desgraciados. Con ellos finalmente tomó el pre- « texto de la renuncia del gobierno provisorio (el de Rondeau) « para una sublevación contra las resoluciones del mismo Cuer- « po; y de esa posición se sirvió después para dominar los « comicios públicos y hacerse nombrar presidente.»

. . . .

« Sistemado por otra parte durante su administración un « pequeño círculo que se había enriquecido con el peculado,

« que influía en los negocios públicos de todo orden, distribuía « las gracias á su arbitrio, y hacía sentir los efectos de su « indignación al que no era instrumento ciego de su avaricia, « *se resintió también con un gobierno adonde su influencia no* « *podía alcanzar*, y de quien no obtuvo ni esperaba obtener « esa ciega deferencia que buscó siempre en las personas que « ocupasen aquel destino.............................

....

« Este caudillo sin embargo tiene la osadía de invocar la « Constitución, de recordar las leyes y su cumplimiento. El « que como particular ha disipado innumerables sumas, *ha* « *arrebatado á unos para dar á otros*: halaga al que necesita, « le desprecia después; toma, vende y dispone de lo ajeno, « sin pudor ni miramiento; y como hombre público *ha saquea-* « *do el tesoro de la Nación, se ha repartido las propiedades pú-* « *blicas y particulares, ha comprometido la dignidad nacional,* « LA SEGURIDAD DEL TERRITORIO CON QUIMERICOS PROYEC- « TOS, DEJANDO AL FIN AL PAÍS AL BORDE DEL PRECIPICIO, « CUANDO DESCENDIÓ DEL MANDO. Ese, de cuya administra- « ción *ha visto ya el pueblo una parte de sus desórdenes*, y llegará « el día en que vea otros mayores, se atreve á increpar á un « Gobierno en cuya época *no se han labrado las grandes for-* « *tunas* QUE SE HICIERON EN SU TIEMPO Á ESPENSAS DEL TE- « SORO PÚBLICO ....

....

MANUEL ORIBE.»

Dos meses después de levantar en el país el negro pendón de la revuelta tenía Rivera una fuerza de más de 1500 hombres con divisa colorada, sobre los cuales emprendió la persecución el General don Ignacio Oribe que se mantenía á su retaguardia ocupando el centro, mientras que el General Lavalleja operando sobre el flanco izquierdo lo hostilizaba seriamente. Rivera no pudo apelar á la táctica primitiva gauchesca y propia de la guerra de recursos de fraccionar sus fuerzas para re-

nirse quien sabe cuándo ni dónde, porque las divisiones del gobierno acertadamente distribuidas por D. Manuel Oribe en los departamentos vigilaban con fuertes partidas los movimientos de los revolucionarios; así fué que alcanzados por el ejército gubernamental en el arroyo Carpintería, Rivera y Lavalle no tuvieron más remedio que aceptar la batalla.

El 19 de Setiembre de 1836 fueron completamente derrotados, habiendo sido sangrienta la jornada. Rivera escapó por las puntas del Yi con sólo dos escuadrones, acompañado de un grupo que mandaba el General don Juan Lavalle. El General Lavalleja lo perseguía tan de cerca que lo tenía á la vista, y Rivera huía sin detenerse ni siquiera á cambiar caballos. Hubiera caído en poder de las fuerzas del gobierno, pero Lavalleja recibió orden de don Ignacio Oribe de suspender la persecución, y Rivera se internó en el Brasil, quedando con la victoria de Carpintería, terminada aquella criminal insurrección riverista, que había venido á turbar una época de organización salvadora, de paz fecunda, de regeneración administrativa y de progresos sólidos y evidentes.

Dividido el sud del Brasil en republicanos é imperialistas, Rivera quiso sacar ventaja de alguno de los dos partidos intrigándolos á ambos y ofreciéndoles á los dos sus servicios. Los dos partidos desconfiaron de él que era ya carta excesivamente conocida, y entonces comprendió que su salvación estaba en acelerar una nueva invasión al Estado Oriental; porque para aquel hombre no había causa ni patria ni consecuencia alguna, nada sinó el partido de sus ambiciones y sus conveniencias personales.

Reunió 300 hombres entre orientales é indios misioneros y 600 brasileros á quienes prometió saqueo y botín y se situó en la frontera con una columna de 900 hombres mientras algunas partidas, dirigidas por el pardo Luna se hacían sentir en los departamentos.

Don Manuel Oribe el 20 de Febrero de 1837 delegó el ndo en el presidente del Senado don Carlos Anaya y sa-

lió á campaña. Al aproximarse el general Oribe el 11 de Mayo á la frontera, Rivera retrocedió á Alegrete, y los brasileros que habían creído poder saciar su rapacidad impunemente y obtener botín á poca costa, se desertaron, quedándose Rivera sólo con los orientales y los indios misioneros.

Rivera esquivando una batalla apuró sus marchas y ocupó un potrero, colocando á la entrada sus infantes y tiradores y reservando escalonadas sus caballerías. Estaba pues perfectamente parapetado y sólo tenía que defender el paso. Los guardias nacionales de la vanguardia del ejército del general Oribe atacaron el potrero en desorden y comprometiendo la acción fueron sorprendidos por los fuegos de aquella especie de emboscada, que tomando aglomerados los cuerpos del ejército del gobierno causaron la consiguiente confusión tratando en seguida de retirarse, lo que se efectuó en completo desorden. En esas condiciones fueron perseguidos por dos ó tres escuadrones de rebeldes que después de una persecución de cuatro leguas regresaron al potrero. Esa fué la acción del Yucutujá.

A los cuatro días ya tenía el General Oribe reunido casi todo su ejército derrotado en Yucutujá y el 28 con la incorporación del 2° cuerpo se encontraba á la cabeza de 2000 hombres. El General Lavalleja estaba en Cerro-Largo con 500 hombres y el General Eugenio Garzón mandaba el 3er cuerpo de ejército.

El 21 de Noviembre de 1837 don Manuel Oribe alcanzó á Rivera en el Yi donde tuvo lugar otra batalla. El General Rivera dueño de un paso, provocado por Oribe dejó una reserva se movió con 1500 hombres sobre el ejército del Gobierno; Rivera fué completamente derrotado, tuvo muchos jefes y oficiales muertos, entre ellos su jefe de Estado Mayor, perdió todas sus caballadas y bagajes, y activamente perseguido por Oribe, perdió nuevamente en la persecución 150 hombres escapando él sólo con 200 revolucionarios. No por esto dejó el humano Rivera de mancharse en sangre. Se corrió hasta Mer-

cedes y allí se detuvo para mandar fusilar á don Mateo Guruchaga preceptor de la escuela pública que se había negado á seguirlo.

En Mercedes, derrotado y todo, impuso una contribución al comercio y se retiró con 200 ponchos, 100 recados, 100 piezas de bayeta y una exacción de 4.000 patacones.

El 16 de Diciembre el General Rivera apareció con su ejército revolucionario frente á Paysandú y llevó un ataque á la plaza. Hizo cargar á su izquierda que aunque arrolló una guerrilla de Guardias Nacionales fué rechazada por el escuadrón que mandaba el Mayor don Lucas Moreno. Atacó Rivera con el centro de sus fuerzas y fué rechazado por el Mayor Lucas Píriz. Mandó cargar á su derecha y fué rechazada por el coronel don Manuel Lavalleja. El ataque había sido frustrado dejando el jefe asaltante 63 muertos en el campo, entre ellos algunos oficiales y muchos heridos que no pudo llevar.

Por la noche el humano Rivera despechado y furioso ejerció una venganza innoble y cobarde, é indigna de la civilización. Hizo prender fuego á veinte y tantas casas donde se *asaron vivas* algunas criaturas.

« Al día siguiente—dice el historiador Díaz—se encontró un « hombre con los brazos atados, degollado y arrojado á las lla- « mas». Un italiano llamado Santiago Viancarlo tuvo igual fin. « Dos de sus hijas una de 13 años y otra de 15 fueron viola- « ladas y obligadas á seguir las fuerzas de Rivera.

Otro respetable comerciante, extranjero también, apellidado Salaberry, cuya casa había sido incendiada, salió á protestar en defensa de sus intereses, y fué lanceado por los riveristas y arrojado al fuego. El humano Rivera se retiró después de tres días inútiles de sangriento asedio, dejando en pos de sí una siniestra fama por sus nuevos excesos cometidos.

Estos hechos salvajes indujeron á los extranjeros á tomar las armas en defensa de Paysandú y de Montevideo; pero los agentes de Francia, Baradere y Roger, aliados de Rivera, por medio de una propaganda oculta primero y haciendo valer pública y

privadamente la autoridad que revestían, consiguieron sofocar en ellos las exigencias de la opinión y de la civilización, y los desarmaron; con la intención de armarlos oportunamente en favor de Rivera y de la Francia.

El Mayor gubernista Marcos Neira derrotó en seguida una fuerza riverista de 130 hombres que intentó sorprenderlo al mando de Santander, dejando éste en el campo 2 oficiales, 29 soldados muertos y 250 buenos caballos.

Rivera al frente de 900 hombres fraccionó sus fuerzas en los primeros días del año 38, y él se dirigió á San José con 400 hombres á imponer contribuciones para sacar dinero; mientras mandaba una división de 300 hombres á la Florida con el mismo objeto, arrancando así por la imposición de la violencia, una contribución de 6.000 patacones de ambos desgraciados pueblos, para alimentar los desórdenes del caudillo. El documento del alcalde ordinario de San José, don Benito Díaz, de fecha 2 de Febrero de 1838 atestigua que le fueron exigidos por Rivera de 4 á 6 mil patacones pudiendo arrancarle el caudillo la cantidad de 3000 y pico de patacones que recibió don Elías de los Reyes por cuenta de su jefe, solamente del alcalde la cantidad de 2 070 patacones, y lo restante, de otras personas. El Juez de Paz de la Florida don José Alvarez percibió á la vez de los comisionados riveristas un recibo que acredita la entrega por parte del vecindario de *tres mil patacones* en plata y efectos, cuya cantidad fué exijida por Rivera bajo bárbaras y arbitrarias amenazas de castigo y de venganza.

Haciendo Rivera la guerra de recursos, que era la única que podía hacer para evitar el encuentro con los ejércitos del Gobierno, el caudillo, que por donde quiera que pasaba con sus hordas indisciplinadas y vandálicas era como viento de muerte y desolación, hizo quemar los campos de su trayecto desde *Don Esteban* hasta el *Arroyo Grande*, y desde éste hasta las *Averías* y *Bueyes*; á fin de no dejar rastrillada, y extraviar la persecución de las tropas del Gobierno.

El 23 de Enero de 1838 Rivera ocupó Canelones, y arrancó dinero imponiendo arbitrarias contribuciones al vecindario.

Siguiendo en este sistema de arruinar y exasperar á los desgraciados pueblos con extorsiones dignas de un publicano avaro de los antiguos tiempos pasó luego á Tacuarembó, de donde sacó en Marzo del 38 *diez y nueve carretas* cargadas con toda clase de mercaderías quitadas al comercio y demás particulares. —A los pocos días llegaron al mismo pueblo, Aguiar, Elías de los Reyes, Santander y otros gefes riveristas al mando de una fuerza, y cargaron *cuarenta y una* carretas con efectos, arrancando además en dinero catorce mil patacones al vecindario. Algunos no pudiendo satisfacer en dinero la exacción de ese impuesto digno de Verres, lo pagaron en novillos que fueron vendidos á patacón. Las carretas de este escandaloso saqueo fueron encaminadas á la frontera del Brasil. De las listas que se han publicado de los contribuyentes á la contribución de Tacuarembó bajo la imposición de las fuerzas de Rivera, tomamos los siguientes datos:

« Don Antonio Vica, 2.500 patacones; D. Juan Escoto, « 1.500 id; D. Antonio de Matos 1.000 id; D. Juca Suárez, « 1.000 id; D. Salvador Camargo, 1.000 id; D. Mauricio Rodri- « guez, 500 id; total 7.500 patacones». Lo que da idea de cómo pesaba la mano larga y férrea del humano Rivera sobre los ciudadanos honrados de la República.

En Montevideo los unitarios, los restos de los imperialistas, los riveristas, los franceses y algunos conspiradores, formaban una camarilla y conspiraban sin suceso en contra del orden público y en favor de Rivera á favor de la moderación y liberalidad del Gobierno, é hicieron entender al caudillo anarquista que retemplaría mucho los trabajos y que tal vez tomaría la plaza si se aproximaba á ella.

En consecuencia del aviso de los conspiradores Rivera se aproximó á Montevideo al frente de unos mil hombres, y sus avanzadas llegaron hasta la Aguada y el Arroyo Seco, pero la plaza aunque guarnecida solo con cívicos, se puso en estado de defensa, se ocuparon los puntos extratégicos, y aquellos ciudadanos armados, impusieron al caudillo desordenado, que

temiendo encontrarse entre dos fuegos á la aproximación de fuerzas del Gobierno y cortada su retirada por la aproximación del ejército de D. Manuel Oribe, se vió obligado á retirarse á la campaña. Envió unas proposiciones de arreglo que es de suponerse fueran como todas sus audaces mistificaciones é intrigas, y las Cámaras tuvieron la dignidad de devolvérselas cerradas, envueltas en el merecido desprecio.

En vista de estos sucesos, dando poca importancia á las correrías devastadoras y rapaces del caudillo, que rehuía las batallas campales con las fuerzas del gobierno; pero en previsión de la política hipócrita, pérfida, traidora, abusiva, atentatoria, y absorbente que en alianza con Rivera y los riveristas de Montevideo, habían emprendido los unitarios argentinos y los franceses, el Presidente Oribe resolvió delegar el mando del ejército en campaña en su hermano el general don Ignacio, y asumir nuevamente el gobierno de la República quedándose en Montevideo.

La alianza con los agentes de la Francia no la hizo Rivera mismo, á quien probablemente dada su infidelidad reconocida no habrían atendido los francéses; pero la hicieron los hombres competentes de su círculo, los ex-imperialistas, las *manos hábiles* de que hablan algunos escritores, y los unitarios argentinos de don Juan Lavalle, que á su vez ofrecían también á los franceses el contingente de su partido pólítico, con inteligentes personalidades y los elementos que le proporcionaban sus amigos para el principio, contando así que hicieran pie en cualquier provincia, con el sistema de Rivera, inagotable para hacerse de recursos. A esta altura de los hechos la alianza unitario-riverista-francesa estaba ya perfectamente consolidada, con la más estrecha y química cohesión.

Rivera como no tenía escrúpulos sabía hacer la guerra de recursos, se proporcionaba arrebatándolas, las mejores caballadas, sus soldados tomaban vacas, caballos escogidos y botín donde quiera que todo eso encontraban y en cuanto á elementos de dinero la fortuna particular estaba á su entera disposición por

razón ó la fuerza por donde quiera que pasaba. Pero no podía á no ser emboscado en los montes ó parapetado en los potreros esperar al ejército de Oribe. Le era imposible dar una batalla campal, ni apartarse de la guerra de recursos.

El General don Juan Lavalle iba á proporcionarle con su persona y sus oficiales la competencia, y hasta donde era posible la organización que necesitaba. Rivera había tenido unas cuestiones con los brasileros por unos cañones y otras armas que les había sustraído, y que había escondido en los montes sin saber ni poder utilizarlos—tenía también muy poca infantería; pero con Lavalle ya el ejército del caudillo desordenado iba á ser otra cosa.

Desde Abril Rivera sólo se ocupa de evitar una batalla con las fuerzas de Oribe, y se preocupa al mismo tiempo por consejo del General Lavalle de organizar el ejército y prepararse para ello. Entra en juego la artillería brasilera, y pareciéndoles aún poco, envía al Coronel Martiniano Chilavert al Brasil en busca de elementos militares. La actividad con que realizó sus operaciones el General don Ignacio Oribe no le dió tiempo de hacer uso de esos recursos, que llegaron después del Palmar; pero en cambio á más de los consejos y dirección, había recibido el refuerzo de la división que le llevó organizada el General don Juan Lavalle. Fué en estas condiciones que pudo dar la batalla del *Palmar*.

El ejército de don Ignacio Oribe emprendió su movimiento sobre Rivera el 15 de Junio de 1838. La vanguardia blanca atravesó el Palmar y su choque contra la colorada fué tan violento que Rivera se vió envuelto por su caballería en dispersión, y los colorados sin jefe hubieran sido derrotados á no ser por don Juan Lavalle que comandaba la primera división del ejército riverista y que no se sabe si por inspiración propia ó por orden ó indicación de Rivera se puso á la cabeza del ejército colorado. El hecho es que tomó el mando en jefe de los colorados y que lo conservó durante toda la batalla, que fué una jornada ruda y sangrienta empezada por la mañana, donde se luchó con

mucho encarnizamiento, declarándose al fin la derrota á las 3 de la tarde por parte de las fuerzas de don Ignacio Oribe. El General don Juan Antonio Lavalleja había manifestado á don Manuel Oribe la conveniencia de que él se incorporara con su cuerpo de ejército á don Ignacio para asegurar la victoria y don Manuel aprobó el plan del ilustre patriota; pero don Ignacio creyéndole tal vez innecesario no le prestó la atención debida y nada se hizo por una incorporación que seguramente hubiera cambiado el resultado de la batalla.

Pocos fueron los prisioneros que hizo el General triunfante, pero corrió la sangre oriental, ensañóse con esos pocos desgraciados rendidos, y uno de ellos destinado á morir lanceado se abrazó de las rodillas del caudillo vencedor, y fué arrancado de allí para ser inmolado con sus compañeros de patriotismo y de infortunio, en aras de un odio injustificable y de una política de negra ambición y de amargos y sangrientos frutos, iniciada por aquella furia del desquicio, á quienes sus partidarios han pretendido pomposamente titular humano. Al día siguiente uno de los oficiales de la infantería del Coronel Miro que se había rendido con la garantía del General Lavalle, preguntó qué significaban unos tiros que se sentían, al Comandante brasilero Belarmino jefe de la infantería de Rivera, que sentado sobre un cadáver tocaba la guitarra y tomaba caña. El brasilero contestó que «*era el escuadrón que revisaba el campo acabando los heridos* á tiros de tercerola.» Algo así como el proverbial repase de los chilenos que tantos meetings de protesta y condenación produjeron aún entre nosotros, cuando los sucesos de Chorillos y Miraflores.

Franceses, unitarios y colorados, se dispusieron á sacar con ardiente actividad todo el partido posible del triunfo del Palmar, temiendo que cualquiera demora pudiera cambiar nuevamente el curso de los sucesos que ellos preparaban y ansiaban, y que ese hecho venía á facilitarles.

Rivera se preocupó de dominar la campaña, arrrancando dinero y exasperando al vecino pacífico para comprar al vago

al bandolero, al desertor ó al fugativo y disponiendo de la propiedad particular para asegurar el triunfo de sus propósitos, engrosando sus fuerzas y formando un ejército fuerte por el número. Con ese ejército por tierra mientras los franceses maniobraban por agua y los unitarios argentinos dirigían la política colorada, Rivera se dirigió á cambiar la situación política de todos los departamentos.

Rivera y sus colorados habían pues iniciado las alianzas extranjeras y las intervenciones profanas en nuestros derechos. Prescindiendo de los antecedentes de Rivera con el Brasil, acababan él y su partido de hacer alianza con un partido político argentino, cuyo caudillo militar había militado en sus filas y hasta había mandado la batalla que iba á contribuir á su poco envidiable triunfo.

Don Manuel Oribe quiso armar varios buques para formar una escuadrilla nacional con que defender las costas y atacar á los buques que le habían proporcionado á Rivera, y el Contra-Almirante francés declaró que si esos buques salían de Montevideo sería á luchar con la escuadra francesa que los atacaría en seguida y bloquearía la ciudad. Atentado infame contra el derecho internacional; prevalecimiento altanero é irritante de la fuerza; arbitrariedad y abuso condenables á que habían conducido al extranjero las ambiciones insanas del caudillo, y las intrigas nefandas de una camarilla sin patriotismo y sin conciencia.

La Isla de Martín García si se la ponía en pié de guerra podía ser un inconveniente serio, para franceses y colorados, pues los franceses bloqueaban los puertos argentinos; y allá fueron los agentes franceses con sus fuerzas y Rivera con su flotilla y gente de desembarco, á consumar otro atentado más contra la libertad, la independencia y el derecho de un pueblo hermano. Franceses y riveristas tomaron posesión de ella y enarbolaron la bandera francesa; pero pareciéndoles esto demasiado escandaloso ó prematuro, la arriaron luego y enarbolaron la oriental, que no representaba allí su nación sinó el bando rojo de Rivera y la alianza unitario-colorado-francesa.

La Francia continuó ayudando á Rivera de una manera más que eficaz, al extremo de que el caudillo á su sombra pudo empezar á desarrollar elementos poderosos. Este que jamás descuidaba su vanidad y su engrandecimiento personal, al que secundaba un partido tiránico que titulándose liberal ha engendrado en nuestro país la dictadura como sistema de gobierno, y ha levantado como dictadores figuras grotescas ó ridículas, siempre siniestras, erigiendo ídolos ante los que ha postrado las instituciones, resolvió hacer celebrar por su estado mayor una farsáica ceremonia declarándolo: *Padre de los pueblos y columna de la constitución*. Labróse acta de esto, que Rivera deseaba porque no dejaba de conservar afición á las ceremonias y farsas imperiales, cuyo gusto no había perdido. Lo de padre de los pueblos, después de saquearlos, era un sarcasmo irrisorio y brutal, y lo de columna de la constitución, en un hombre que era la encarnación de la inmoralidad administrativa, de la burla de la ley y del desorden, era una blasfemia atroz cuyos ecos desgraciadamente han seguido resonando en las páginas de la historia de su partido atormentando á la República. No puede hacerse una burla más sangrienta ante la faz de un pueblo, pero esta es roja, y las de ese color no son ignominias ni las ven los nuevos seudo-reformadores.

Al par de estos sucesos vergonzosos y ridículos se desenvolvieron al amparo de la Francia otros más graves y criminales. En casa de Serón, francés boticario, entendido con el jefe de la escuadra francesa y demás agentes de la Francia, se tramaba de acuerdo con el partido riverista una conjuración que debía dar por resultado el asesinato del General Oribe. Era ésta ya la segunda tentativa contra la pura y preciosa existencia del ilustre patriota; y una casualidad como sucede generalmente vino á descubrirla. Hasta aquí la vida de don Manuel Oribe no tenía un *pero* que ponerle. Sacrificios, servicios, heroicidades, y perseverancia en los esfuerzos patrióticos sostenidos durante 27 años, desde el año 11 al 38, constituían la gloriosa historia de su vida pública. Un grave germen de corrupci

y de inmoralidad existía pues en un partido que se ligaba al extranjero para consumar un atentado semejante.

Uno de los conjurados le reveló el siniestro plan á la madre, y ésta no pudiendo disuadir á su hijo de lo horrendo del crimen que se proyectaba, se lo manifestó á D. Manuel Oribe.

Serón tenía reunidos en su casa cuarenta hombres, franceses y carcamanes, armados con fusiles, pistolas y puñales. El plan consistía en que Serón con esa gente abriría el Portón del centro de la calle San Pedro (hoy 25 de Mayo) cuando el Coronel riverista Fortunato Silva trajese el ataque á la Plaza, mientras Domingo Fernández con alguna gente aseguraría á don Manuel Oribe, que concurría todas las noches á una casa frente á la de los conjurados, donde vivía uno de sus ministros.

El general Oribe se dirigió en seguida al cuartel de guardias nacionales, se hizo seguir por la guardia y tomó sus medidas. El ataque de Silva que traía 300 hombres al Portón fué rechazado por nueve guardias nacionales que componían la guardia de ese puesto mandada por el oficial don Javier Alvarez. Los asaltantes contaban con los conjurados, y habían creido poder entrar como Pedro por su casa. Pero no fué así; el ataque duró quince minutos, bastando para que dejasen ocho hombres muertos y 19 heridos; entre éstos un jefe. Se acercaron tanto que algunos pretendieron abrir el Portón y el centinela Domingo Piñeyro mató con la bayoneta á uno de los asaltantes que pretendía írsele encima. Esta conjuración tiene mucha semejanza con la llamada de los lombardos, que más tarde hicieron los colorados al presidente Pereira, con la intención también de atentar contra su vida.

Es evidente é indiscutible que la batalla del Palmar por sí sola no hubiera dado el triunfo de sus ambiciones á Rivera y sus colorados. El ejército de don Ignacio Oribe se había salvado en gran parte. El general Lavalleja tenía aún en Paysandú intacto el tercer cuerpo de ejército suficiente para someter á Rivera. Existía la guarnición de cívicos de Montevideo, don Manuel Oribe disponía del crédito de la Nación y de

muchísimos elementos dispersos en el país, á los que aún no había creido necesario tocar llamada. El gobierno no había recurrido todavía, porque no lo había necesitado, á los recursos extremos. A más se había hecho respetar de las naciones limítrofes, y ante la respetabilidad del gobierno de don Manuel Oribe, el Imperio del Brasil y la República Argentina, lejos de observar una política adversa para su ilustrado gobierno, guardaban á su respecto la más estricta neutralidad, mirándolo más bien con respetuosa y merecida simpatía. Fueron, pues, necesarios todo el poder, todos los recursos, y todas las infamias que los franceses de una manera escandalosa, abusiva, irritante, y deprimente para la Nación, pusieron á disposición de sus aliados, Rivera y el partido colorado de que era jefe. Sin los franceses y los unitarios, éstos no habrían consumado jamás la obra de derribar las instituciones, y hundir el progreso del país en aras de sus negras ambiciones y de sus pretensiones injustificables.

Es indudable y notorio que con un gobierno neutral como lo era indiscutiblemente el de Oribe en Montevideo, el bloqueo francés á Buenos Aires era difícil, incompleto y hasta ineficaz, y en todos los resultados que los franceses se proponían, imposible. Así es que en la necesidad de tener un gobierno aliado ó sumiso en Montevideo y dadas talvez sus miras ulteriores, protegieron á Rivera y á los colorados de una manera empeñosa y extraordinaria; y fué así que don Manuel Oribe se vió reducido á Montevideo defendido por él, como Presidente, y á Paysandú defendido por el General don Juan Antonio Lavalleja. Con este apoyo eficaz de los franceses, y á más el de los unitarios de don Juan Lavalle pudo Rivera sitiar á Montevideo, mientras los franceses ayudados por algunos riveristas residentes en la plaza urdían conspiraciones dentro de la misma ciudad hasta para asesinar á don Manuel Oribe como dejamos dicho.

A los franceses no pareciéndoles bastante el apoyo que habían dado á Rivera de cañones, otras armas, dinero, hom

bres y todo cuanto pudo necesitar, lo auxiliaron también de otra manera no menos eficaz é innoble. Pusieron á disposición de todos ellos como aliados, la más condenable, repugnante é infame conducta internacional, indigna de una nación grande y gloriosa como la Francia, y que si pudo tener tal vez la aprobación de Luis Felipe, aquel guardador de chanchos según lo llamaba D. Juan Manuel de Rozas y á quien derribó la grandiosa y popular revolución republicana de 1848, fué condenada por la oponión ilustrada de la Francia, y objeto de desaprobaciones como la del ilustre ministro señor Guizot, en el mismo seno del gabinete.

Las fuerzas navales francesas en el Río de la Plata compuestas de fragatas, corbetas y buques entonces formidables y de gran porte, eran poderosas é imponentes al extremo de que el almirante Leblanc pudo ejercitar su altanería no solo con la escuadrilla del Gobierno, sinó también con las demás escuadras extranjeras, á las que en repetidos casos impuso sus disposiciones.

Los agentes franceses se propusieron pues molestar con continuas é irritantes reclamaciones y hacer insorpotable la situación del Gobierno. Ya he hablado de las trabas puestas á la escuadrilla, de la toma escandalosa de Martín García, y prescindiendo del robo de «La Loba» y de otras majaderías que no caben en el plan de estos apuntes, recordaré sólo la pretensión extrafalaria de que se admitiesen en el puerto de Montevideo y se vendiesen en tierra las presas que la formidable escuadra francesa hacía á la República Argentina cuando el Presidente Oribe con todo el derecho del mundo quería hacer respetar la neutralidad de la nación de su mando. Con todo el aparato de fuerza desplegado por los franceses por medio de Rivera, los colorados, los unitarios y la escuadra, y con las maquinaciones infernales de una diplomacía sin escrúpulos, sin conciencia y sin respeto al derecho internacional, que es el amparo y la fuerza de las naciones débiles por lo cual la humanidad lo ha consagrado en sus códigos, después de una lucha de cuarenta siglos, consiguieron hacer in-

sostenible la situación del Presidente Oribe; se le hizo imposible dentro de las instituciones y de su dignidad de magistrado, y comprendiendo lo difícil de su posición antes que transigir con la imposición y la iniquidad prefirió caer envuelto en la bandera constitucional, y descendió del mando que indebidamente se le exigía renunciando á él ante las cámaras, pero no sin acompañar el documento de su renuncia con el de su digna y enérgica protesta contra uno de los actos de fuerza más execrables que extranjeros y partidos han cometido en Sud-América, en el ilustrado siglo diez y nueve llamado el siglo de las luces.

Este hecho correcto, digno, impregnado de rectitud y patriotismo como todos los pasos que hasta aquí había dado el ilustre patriota don Manuel Oribe, han pretendido tergiversarlo y falsearlo sus enemigos y los de su partido, empleando las mistificaciones de costumbre en ellos y los medios reprobados de una propaganda novelesca sistemática é intransigente, anhelando presentar á la posteridad más tarde como un ambicioso vulgar al gran ciudadano que había sido la encarnación de la ley, de las instituciones y del patriotismo.

A este efecto mientras ocultaban los documentos hacían correr una version tradicional partidista, diciendo: que don Manuel Oribe había renunciado por no ver su país en guerra, y que luego había venido á reclamar el orden constitucional y el imperio de las instituciones, habiendo prometido en su renuncia no hacerlo :

Por no ver su país en guerra—Desatino inadmisible desde que él no era el culpable de ella, y por el contrario como Presidente de la República la Constitución le ordenaba combatir la anarquía. Y desatino desmentido por los hechos, pues desde el año 36 en que se sublevó Rivera, el Presidente cumpliendo con su deber había hecho la guerra con suerte varia, generalmente triunfante, sucumbiendo al fin antes la imposición de la fuerza y las intrigas extranjeras, aliadas á un partido del país.

Que no reclamaría el imperio de la Constitución, que él encomiaba y sostenía; otra falsedad escandalosa que él no dijo

ni pudo decír estando como había estado durante 27 años de sacrificios por su patria, pronto siempre á su llamado como ciudadano, como soldado y como patriota.

Nada de eso es cierto. El manifiesto que dió don Manuel Oribe en Buenos Aires y que no podía escribirse en aquellos momentos, el día antes del embarque; había sido anunciado en su protesta el mismo día que renunció la Presidencia en Montevideo, y para que se vea la falsedad de esa versión, y la ocultación y mistificación de la verdad hecha por una propaganda partidista; damos en seguida el testo de ambos documentos, la renuncia y la protesta, que confirman la verdad histórica, y destruyen las versiones inconsistentes de partido, que sólo hacen camino á la sombra de la malignidad y de la ignorancia de los hechos.

«RENUNCIA

« Montevideo, octubre 24 de 1838.

« Convencido el Presidente de la República de que su per-
« manencia en el mando es el único obstáculo que se presenta
« para volver á la misma la quietud y tranquilidad de que tanto
« necesita, viene ante Vuestra Honorabilidad á resignar la
« autoridad que, como órgano de la Nación, le habíais con-
« fiado. NO ES EN ESTE INSTANTE ÚTIL Y DECOROSO ENTRAR
« EN LA EXPLICACIÓN DE LAS CAUSAS QUE OBLIGAN Á DAR
« ESTE PASO; y debe bastaros saber, como lo sabeis, que así
« lo exigen el sosiego del país y la consideración de que los
« sacrificios personales son un holocausto debido á la conve-
« niencia general. Dignaos, pues, Honorables Senadores y
« Representantes, admitir la irrevocable resignación que hago
« en este momento del puesto que he desempeñado, y conce-
« derme, además, como á los ministros que quieran seguirme,
« una licencia temporal para separarme por algún tiempo del
« país; *pues así lo aconseja nuestra posición.*—Honorable Asam-
« blea General.

MANUEL ORIBE.»

PROTESTA

« El Presidente Constitucional de la República, al descender « del puesto á que lo llevó el voto de sus conciudadanos, de- « clara ante los Representantes del Pueblo y para conocimien- « to de todas las naciones, *que en este acto solo cede á la « violencia de una facción armada,* CUYOS ESFUERZOS HUBIE- « RAN SIDO IMPOTENTES SINO HUBIERA ENCONTRADO SU PRIN- « CIPAL APOYO Y LA MÁS DECIDIDA COOPERACIÓN EN LA « MARINA MILITAR FRANCESA, que no ha desdeñado aliarse « á la anarquía para destruír el orden legal de esta República « que ninguna ofensa ha inferido á la Francia; Y MIENTRAS « PREPARA UN MANIFIESTO *que ponga en claro los sucesos que « han producido este desenlace,* PROTESTA DESDE AHORA DEL « MODO QUE PUEDE HACERLO, ante la Representación Nacional, « *contra la violencia de su renuncia* y HACE RESPONSABLES Á « LOS SEÑORES REPRESENTANTES DEL USO QUE HAGAN DE SU « AUTORIDAD PARA SANCIONAR Ó FAVORECER LAS MIRAS DE LA « USURPACIÓN.

« Protesta también en la misma forma ante el gobierno fran- « cés contra la conducta del almirante de la fuerza naval « francesa de esta estación, y la de los Agentes Consulares de « Francia actualmente en Montevideo, LOS CUALES HAN ABU- « SADO INDIGNA Y VERGONZOSAMENTE DE SU FUERZA Y DE SU « POSICIÓN para hostilizar y derrocar el Gobierno legal de un « pueblo amigo é independiente.

«Montevideo, Octubre 24 de 1838».

MANUEL ORIBE.»

Esta protesta presentada á la Asamblea Nacional junto con la renuncia del General Oribe, acompañada con el manifiesto que el ex-Presidente publicó en el extranjero fué enviada en copia al Gobernador encargado de las relaciones exteriores General Rozas y al Cuerpo Diplomático residente en la Capital de hecho de la República Argentina, para que el mundo entero se enterase del atropello de que había sido víctima una nación

independiente y pacífica, digna como todo hijo de vecino del amparo del derecho internacional.

Así descendió del sillón presidencial que había ocupado dignamente el eminente magistrado lleno de méritos y de servicios, que después de haber luchado durante 24 años por la independencia y libertad de su patria, había recibido de sus conciudadanos la honrosa misión de reorganizarla, tarea que llevó á cabo con competencia y con patriotismo, restableciendo el orden público, moralizando la administración, reorganizando la nación sobre sólidas bases, y haciendo cambiar en sólo un año de gobierno la faz de los sucesos y el aspecto de la nacionalidad, que la administración de Rivera había llevado á la ruina, á la bancarrota y colocado al borde del abismo.—A sus 24 años de guerrero y de héroe había agregado cuatro más de administrador, de organizador, de magistrado progresista y de celoso defensor en todos los terrenos, así en la paz como en la guerra, de la Constitución y de las leyes.—Honrado y serio, no se hizo discernir como Rivera título alguno por su estado mayor; pero la posteridad, la historia y la gratitud nacional reconocen al ilustre repúblico como fuerte columna de las instituciones nacionales.

Inteligente, ilustrado, laborioso, decente, culto, caballero honrado, austero, valiente, enérgico, activo, simpático, atento, bondadoso, repetuoso para con las grandes ideas y los sagrados sentimientos, celoso defensor de la integridad nacional, amigo de la juventud y de la ilustración pública, y animado de los más progresistas deseos; D. Manuel Oribe es el ciudadano oriental que con más títulos y más brillo ha ocupado la primera magistratura de nuestra patria, dejándonos el recuerdo de una administración moral y memorable cuyo derrumbe será siempre lamentado por los ciudadanos honrados y sensatos; y un grande ejemplo que seguramente no se perderá, mientras la rectitud encuentre asidero en algunos corazones orientales, y palpiten en la vida de los pueblos las gloriosas páginas de la historia nacional.

Después de él han ocupado ese puesto ciudadanos muy íntegros, y aunque algunos han hecho buenos gobiernos, ninguno ha reunido ese conjunto de condiciones que á no haber sido injustamente combatido y derrocado, hubieran podido ser tan útiles á la patria. D. Juan Francisco Giró ciudadano ilustre, prócer respetable y lleno de servicios, hizo un buen gobierno, ordenado, institucional, reparador y regenerador, pero tal vez por faltarle las condiciones de energía y la competencia militar de D. Manuel Oribe, fué derrumbado por aquel criminal motín militar de los jefes colorados, que escribieron una página de sangre el 18 de Julio haciendo sucumbir nuevemente las instituciones. Don Gabriel Antonio Pereira uno de los ciudadanos más eminentes que ha producido el país, prometió y cumplió su promesa de romper con los compadrazgos, ofreció un excelente programa, obra de alta política, de cuya paternidad, lo probaremos á su tiempo no es posible despojarle, y supo cumplirlo con energía y decisión respetando su palabra empeñada y sellándola con sangre, porque así se lo hicieron inevitable, según sus ideas con anticipación manifestadas, al declarar que no permitiría que una mitad del país fuese víctima de la otra mitad. Don Bernardo Prudencio Berro, gran repúblico, gran administrador, gran ciudadano, austero, honrado y patriota, que presidió una de las mejores administraciones que ha tenido el país. Durante su presidencia y á pesar de los disturbios anteriores, se consolidó nuevamente la organización nacional, y se aseguró el porvenir de la patria, que habría seguido de lleno en la senda del progreso, si una revolución injustificable no hubiera venido á detenerla. Fué un modelo de gobiernos y dejó un gran ejemplo y un gran recuerdo. Del último presidente blanco, aunque presidente de ocasión, don Atanasio Aguirre, así como del primer presidente colorado en la última larga dominación de este partido, don Tomás Villalba, también de ocasión, vale más no hablar, bastando decir del primero, que no evitó que subiese el segundo.

Veamos ahora si igualan al inolvidable Presidente don Ma-

nuel Oribe los presidentes colorados de la última tirada gubernativa de este partido político. Creemos que basta recordarlos y enunciarlos para que el lector haga el mismo juicio que nosotros al respecto. En primer lugar, no hay uno sólo de ellos que no haya subido, ó bien por la imposición de la fuerza, ó bien por el fraude electoral más escandaloso. Empecemos: Don Venancio Flores, caudillo de chuza ensangrentada, aliado de Mitre y del Brasil, fundador de la dictadura militar, representa en el poder la encarnación de la fuerza y de las complicaciones extranjeras. Don Lorenzo Batlle que á imitación de Mitre declaró que gobernaría con su partido y para su partido, atacado fuertemente como administrador y como gobernante por los conservadores en *El Siglo*, aherrojó las libertades públicas, ahogó la libertad de la prensa con destierros y persecuciones, entronizó la barbarie, ó más bien la desenfrenó, pues ya la encontró entronizada, y creó una situación intolerable combatida por los mismos colorados conservadores. Sus defensores, que no pueden desconocer la inmoralidad de ese gobierno, dicen para disculparlo que lo rodeó toda la chusma; ésto no es disculpa, y lo que históricamente consta es que fué un gobierno genuinamente colorado, que hasta los conservadores se le plegaron traicionando las doctrinas que acababan de proclamar, cuando el país se levantó en armas. Don Tomás Gomensoro, respetable anciano, con muchos servicios, pero que no resiste el parangón que procuramos encontrar. Don José Eduviges Ellauri, el hombre más impopular y el conservador más antipático que tiene el país; sólo á Don Julio Herrera y Obes ha podido ocurrírsele poner á su disposición los elementos oficiales para pretender inútilmente rehabilitarlo. Don Pedro Varela, cuyo gobierno desastroso fué calificado por los conservadores *de año terrible*, agregando que en vez de ir ante el Juez á dar cuenta de la quiebra del Banco de que era gerente, había ascendido por virtud del partido colorado á ocupar la presidencia de la República. Don Lorenzo Latorre que sacó al país del caos anterior

asumiendo la dictadura, emprendió algunas economías, hizo una llamada á los intereses conservadores; pero no resolviéndose á romper con los elementos que habían elaborado su personalidad pública, no consiguió inspirar confianza á la política sana del país, y continuó bajo su dictadura las arbitrariedades de los anteriores gobiernos. don José Antonino Vidal, caricatura de presidente destinada á autorizar y responsibilizarse por las consecuencias de las orgías vergonzosas de un tiranuelo de cuartel. Don Máximo Santos, imitador de Rivera, tiranuelo rapaz y sanguinario, manejaba la hacienda por medio de órdenes verbales á Carralón de la Rua y otros ayudantes, vivía en perpétua orgía de prostitutas y soldados, disponía de la vida de los ciudadanos, habiendo sido ya á este respeto el instrumento del coronel Latorre, y obligó á la indignación popular á estallar con toda justicia en los campos del Quebracho. Don Máximo Tajes, mucho le escuda su conducta para con los vencidos del Quebracho, pero ese escudo tiene también un límite que ha sobrepasado bastante en su administración. Don Julio Herrera y Obes ¡misericordia! dicen que el exceso del mal infunde á veces alguna esperanza de reacción, y así nos pasa con este gobierno infausto, que es el producto y el resumen de todos los malos gobiernos anteriores, y como los resúmenes suelen estar al fin, la consecuencia lógica sería de acuerdo con el deseo popular que esta administración fuera el fin de era tan ominosa.— El 11 de Octubre es el emblema de este gobierno.

En vano lo buscaremos; no encontraremos presidente que se iguale al gran ciudadano. Los de esta última era del 65 hasta hoy han sido todos gobiernos cortados por la misma tijera. Malos administradores todos, arbitrarios, fraudulentos en las elecciones el acto más augusto de la soberanía popular; aumentadores de la deuda pública; aumentadores de impuestos; aumentadores de exclusivismo y de intransigencia política; perseguidores de la libertad del pensamiento ya por sí mismos ó tolerándola en sus partidarios; gobiernos anti-progresistas y retrógrados, máquinas neumáticas para las libertades públicas.

En vano se buscará entre los que han representado esos gobiernos una figura completa; y para los ancianos que lo conocieron, y la juventud que estudie imparcialmente la historia, la figura del presidente constitucional don Manuel Oribe, se destacará siempre con los colores del patriotismo como un ejemplo y un modelo de magistrados y de patriotas, porque después de Artigas, él es sin disputa el más grande de nuestros grandes hombres.

CAPITULO XXX

Don Manuel Dorrego

> Hizo grandes servicios y fué deportado volvió, los hizo mayores, y fué fusilado. Lo perdonó todo, y ni su provincia, ni su Nación recuerdan su nombre para nada. *!Deportación, patíbulo y olvido!* ¡Esto le ha dado su patria en recompensa de sus servicios!
>
> DOMINGO DE ORO.

Los enemigos de don Manuel Oribe desnaturalizando los hechos, han pretendido afear y sacar partido de la circunstancia de que proscripto dicho general por Rivera, Lavalle, los unitarios y los franceses interviniera en la lucha sostenida por la República Argentina contra los franceses, los unitarios Lavalle y Rivera, diciendo que se puso al servicio de una tiranía lo que no se avenía con el lustre de su honrosa espada.

Para apreciar debidamente ese hecho es necesario remontarse por un momento al origen de esa situación argentina que por múltiples causas entró á servir el general Oribe, para averiguar con exactitud si efectivamente es tan feo el león como lo pintan.

El asesinato de Dorrego había sido como la cúspide del edificio que con errores, delitos, extravíos, y ambiciones de todo

género, habían levantado los oligarcas unitarias, en su afán de domeñar la libertad de los pueblos y las autonomías de las provincias, con monarquías extranjeras, pro-cónsules, abusos é imposiciones de todo género para ahogar la aspiración federal, que se hacía sentir con vehemencia hasta en el mismo pueblo de Buenos Aires que apoyaba calurosamente á Dorrego.

La excelencia del Gobierno de Dorrego y los grandes progresos que había realizado en poco tiempo, habían despechado aún más á los unitarios que desde su caida con Rivadavia y según el historiador Pelliza: « corrían á la venganza: el estigma de su « derrota en el Congreso y en la opinión que trajo su aleja- « miento del poder, querían lavarlo con sangre».

Con las tropas veteranas que regresaban del Estado Oriental después de la campaña de Ituzaingó y con don Juan Lavalle á la cabeza, los unitarios hicieron el motín militar del 1° de Diciembre de 1828 que derrumbó las instituciones al derribar al gobierno de Dorrego.

Cuando este cayó prisionero, Lavalle escribió al coronel don Juan Elías encargado de custodiarle, lo siguiente: « Elías, sé « que Dorrego tiene bastantes onzas de oro, recójalas usted y « dígale que no necesita de ellas, pues para todos sus gastos « Vd. le suministrará lo que necesite ». A la llegada de Dorrego al campamento, Lavalle le dijo al coronel Elías: « *Vaya usted é intímele que dentro de una hora será fusilado* ».—Dorrego murió como lo que había sido toda su vida, como un valiente, y manifestando el deseo de que su muerte no fuera causa de guerras en su patria.

Dorrego, que había sido un gobernante ejemplar y patriota, á nadie había fusilado, desterrado, ni perseguido. El fué fusilado: *por mi orden*, según declaración de don Juan Lavalle; fórmula peligrosa, injustificable y digna de las más condenables y bárbaras tiranías que han pesado sobre la humanidad. La nota en que esa fórmula fué consagrada por Lavalle no la reproducimos aquí, aunque el historiador Dr. Bilbao dice: «que « debe reproducirse siempre como el modelo del poder absoluto.

« y como el punto de arranque de las calamidades que envol-
« vieron á la República Argentina ».

Buenos Aires en masa, y con ella todas las demás provincias, se conmovieron profundamente horrorizadas á la noticia de este crimen, que repercutió también hondamente en la República Oriental, donde era con razón querido el gran estadista, que con tanto patriotismo había contribuído á la consagración de nuestra independencia en compañía del General Guido. Era la primera vez que estos países veían caer asesinado al jefe de la Nación; rodeada la ejecución de las formas más absolutas é inícuas, y de las circunstancias más agravantes, por los grandes méritos y servicios y la inocencia completa de la víctima. No hubo delito ni siquiera falsamente imputado, porque no existía; ni forma alguna legal, porque todas las leyes fueron holladas; y ese hecho fué como ha dicho un digno escritor: «el más censurable, impolítico y absurdo que pudo consumarse».

El historiador Bilbao dice á este respecto:

«Las palabras de Lavalle: *acaba de ser fusilado por mi orden*,
« helaron el entusiasmo de los mismos revolucionarios y llena-
« ron de indignación á todos los espíritus. Los defensores de
« este crímen en vano se esforzaron en justificarlo por medio de
« la prensa. Recurrieron á la calumnia, á calumniar la víctima
« inmolada, desde que no tenían cargos que autorizar en seme-
« jante atrocidad, y sin conseguir otro resultado, que ahondar
« más la fosa en que debía sepultarse el partido terrorista, que
« venía fusilando sin juicio y sin otra fórmula que *por mi*
« *orden* desde 1810.»

A este crimen siguió el del mayor D. Manuel Meza, y muchos otros. «El coronel Estomba—dice el historiador que hemos
« citado—recorría la campaña, dominado de un furor tal, que
« las ejecuciones las ordenaba á cañón, poniendo á las víctimas
« en la boca de las piezas y disparando con ellas. La sangre
« corría en toda la campaña de Buenos Aires». Este jefe unitario Estomba, se enloqueció en medio de esos excesos. Tal era el gobierno de D. Juan Lavalle y la guerra de exterminio que los unitarios provocaban.

Las provincias que á la voz prestigiosa de Dorrego habían depuesto las armas de la guerra civil y se habían reunido alrededor de la bandera nacional, inaugurando una era de paz y de reparación y encargando al Gobernador de Buenos Aires de las *relaciones exteriores* de la República, contestaron al crimen con su condenación su protesta y una declaración de guerra al gobierno del victimario. San Juan declaró la guerra el 22, Mendoza el 24 y la Rioja el 29 de Diciembre de 1828. El General Quiroga dirigió una comunicación al dictador Lavalle en que le decía: «el que habla no puede tolerar el ultraje que « V. E. ha hecho á los pueblos en general, sin hacerse indigno « del honroso título de hijo de la patria, si esta vez mirase « con frente serena la suerte de la República, en manos tan « destructoras, sin tomar por su parte la venganza que desde « ahora le protesta, *Juan Facundo Quiroga*».

El asesinato de Dorrego fué la obra de un partido político y como tal calificado por el venerable doctor Juan María Gutiérrez como borrón de su partido. Antes de cometerlo Lavalle recibió consejos en pró y en contra de ese hecho; y el pueblo sabe bien quiénes fueron sus consejeros.

El cuerpo diplomático se interesó inútilmente en salvar á la víctima, prueba del aprecio que les merecía á sus miembros, la persona del infortunado gobernador. El gran libertador San Martín condenó esa iniquidad de la manera que correspondía á su alta personalidad patriótica y política. Encargado por Dorrego por quien tenía alto aprecio para hacerse cargo del ejército y de la dirección de la guerra contra el Brasil en 1827 el gran capitán volvió con ese objeto á la patria que había libertado. Al llegar al puerto ya se había hecho la paz; tuvo noticia del asesinato cometido por Lavalle y de la espantosa anarquía subsiguiente, y sin querer desembarcar, se volvió á Francia para no regresar jamás.

A pesar de todo, los unitarios creyeron poder sacar ventaja política de semejantes sucesos, y á su vuelta de Navarro los prohombres de ese partido tuvieron una conferencia con Lavalle

en el Fuerte de gobierno á la que asistieron Rivadavia y Agüero. El general Lavalle valiente, pero ignorante y ambicioso, estaba ya excesivamente engreido, y una petulancia extrema se reflejaba en sus palabras. Haciendo resonar sus espuelas, que nunca se quitaba, daba largos paseos por el gran salón del Fuerte en presencia de los personajes unitarios. En una de sus vueltas el doctor Agüero le interrogó diciéndole:—General: ¿qué piensa Vd. de la actitud de las provincias?—¡Oh!!—¡¡Las provincias!!—contestó Lavalle—para eso soy yo bastante!! con mi lanza y mi asistente me recorro hasta el último rincón! y continuó pasenádose.

Ante semejante respuesta Rivadavia comprendió que el gefe del motín del 1º de Diciembre estaba más dispuesto á consolidar su dictadura, que á ser instrumento suyo y de su partido y á restaurar su presidencia; y le hizo á su amigo Agüero señal de retirarse. Al bajar las escaleras le dijo:—¡Pero, señor Agüero, este hombre es un loco de atar! Este episodio, con designación de su fuente, ha sido ya publicado sin contradicción.

La posteridad no ha repartido por igual su justicia con la víctima y el victimario. Este último ha dado su nombre á un pueblo en Corrientes, á una calle centralísima en la ciudad de Buenos Aires y su memoria ha sido objeto de otros recuerdos públicos. Una de las principales plazas de la capital de la Nación, lleva también su nombre y en el centro se levanta una estátua con su figura esculpida en mármol.—El día de la inauguración de esa estátua su pedestal apareció manchado de sangre. La Municipalidad de Buenos Aires mandó lavarla.

En cuanto á la ilustre víctima, lleva su nombre una calleja que nadie transita, ni conoce, ni sabe donde está situada, y un partido en la provincia de Buenos Aires, por donde el diablo perdió el poncho—Creemos que existe una ley que aunque costó mucho arrancarla dispuso al fin que se le erigiese una estatua al inmortal Dorrego—Si esa ley existe, es muy posible que algún día se cumpla; pero es muy probable también que la estátua al gran tribuno le sea erigida en la Patagonia ó en la Pam-

pa, que tal es la justicia de los partidos intransigentes, y tal la acción de los gobiernos, cuando se dejan imponer en su espíritu por una propaganda exclusivista é implacable.

Por mi parte creo cumplir con un deber de imparcialidad como oriental, agregando el siguiente humilde granito de bronce, á los lingotes que escritores más autorizados han acumulado para la estátua del gran argentino:

SONETO

A DON MANUEL DORREGO

In memoriam

Deshecho el Virreynato á sangre y fuego
Por revolucionario meteoro,
La anarquía rugiente, con desdoro,
Conspira contra el público sosiego.

A la voz prestigiosa de Dorrego,
Se unen los pueblos en solemne coro;
Y en columna inmortal, de unión tesoro,
Derecho y libertad, inscriben luego.

Mientras la patria en júbilo celebra
Ver á sus hijos en fraternos lazos;
Odio y rencores ruin envidia enhebra;

Ambicioso el motín iergue sus brazos,
Sangrienta tromba la columna quiebra:
Y rueda la República en pedazos.

1893 GUILLERMO MELIÁN LAFINUR.



CAPÍTULO XXXI

Aparición espectable de Rozas

El sistema federal aunque aplicado de la manera imperfecta, única en que podía serlo en los primeros momentos, se habían hecho carne en los pueblos de la República; pues como lo ha reconocido Sarmiento, y lo ha dicho el general Paz, esa decision por ese sistema «era el fruto de una convicción pro« funda y arraigada en la masa de la población».

La indignación patriótica causada por el motín del 1° de Diciembre y el asesinato de Dorrego, fué general; y la Constituyente que Dorrego y los demás gobernadores habían convenido en reunir, y que funcionaba en Santa Fé, protestó de esos crímenes con un grito de guerra que resonó en todos los ámbitos de la República y llamó á los pueblos á defender sus ideas, y á castigar á los que habían creído inmolarlas inmolando á su digno representante en el poder.

Los unitarios que tanto habían de explotar y abusar de ello después, fueron los primeros en desconocer y olvidar esta gran verdad: *que las ideas no mueren.* Las de ellos han muerto, el unitarismo se asila sólo en alguno que otro raro cerebro enfermizo; y el sistema federal, la idea proclamada por Artigas y hecha gobierno por Dorrego, que es la que domina hoy en la constitución, es aclamada de uno á otro extremo de la República Argentina.

La constituyente ordenó la formación de un ejército y confió su mando como General en jefe al caudillo gobernador de Santa-Fé D. Estanislao López. Este General nombró á Rozas Mayor General del Ejército y General de las fuerzas de Buenos Aires.

Los unitarios hicieron los últimos esfuerzos. No contando con el apoyo de los pueblos, Lavalle remontó sus tropas veteranas de línea con extranjeros. ¡Siempre el extranjero para imponer á la

voluntad nacional!—¡Siempre sangre europea ó brasilera para secar la sangre americana!

Lavalle no contaba sin embargo más que con el terreno que pisaba su ejército, diezmado en sus veteranos y desmoralizado en sus mercenarios; y sólo le ayudaban sus consejeros y los gritones que no salían de la ciudad.

Rozas ocupaba todo el territorio de la Provincia, contaba con el apoyo en masa de su pueblo, y podía disponer de todos sus recursos.

Después de la batalla del Puente de Márquez de Abril de 1829 librada por Lavalle contra el ejército de la constituyente y que fué favorable á los federales, Lavalle tuvo que retirarse abandonando el campo. Viéndose perdido pactó privadamente con Rozas y convinieron en restablecer la Sala de Representantes que existía durante el Gobierno del Coronel Dorrego, pero dando á ese acto las apariencias de una elección.

Los unitarios, sin embargo, animados por la noticia del triunfo de Paz en la Tablada sobre las fuerzas de Quiroga, quisieron ir más allá, y sacar merced á la mala fé y el fraude, magníficas ventajas partidistas del pacto de su jefe militar.

Recurrieron nuevamente al extranjero. ¡Siempre el extranjero para ayudar á imponer la voluntad tiránica de un partido antinacional, en vez de emplearlo como coadyuvador del progreso público, y asociarlo á la explotación de las riquezas del patrio suelo! Los unitarios, pretextando la elección convenida, dieron voto á los extranjeros y procedieron de modo que en vez de restablecer la Sala que ya había existido y que había derrocado el motín de Lavalle, que era lo que se había convenido, las maniobras de los unitarios, con el voto de los extranjeros, dieron por resultado que saliese una Sala compuesta de unitarios.

Esta nueva infidencia, después de todo lo anterior, rebasó nuevamente la medida tantas veces colmada. La efervescencia y la indignación que tal conducta produjo fué tremenda, no solo en las provincias, sinó en la misma capital. La irritación popular se despertó de tal manera que los ministros y consejeros

de Lavalle consideraron prudente asilarse en los buques de guerra extranjeros. Rozas declaró roto el pacto tan cínicamente violado, y la guerra principió de nuevo. Lavalle delegó el mando en el General Viamont y se embarcó para la República Oriental.

El ejército de línea fué licenciado. La Sala de Representantes derrocada por Lavalle por medio de la fuerza, fué restablecida, y había llegado el momento de elegir Gobernador legal. La legislatura designó para ocupar ese puesto al General Don Juan Manuel de Rozas y el pueblo que había visto en él un defensor de sus derechos, aplaudió ese nombramiento con sincero entusiasmo.

Poco después, prisionero Paz, el motín militar de Lavalle desaparecía en el hecho, dejando muchísimas víctimas, interrumpida la organizacion nacional, y gran agitación en los espíritus, grandes enconos en el pueblo, y la semilla de gravísimos males.

El historiador Dr. Bilbao dice al respecto las siguientes compendiodas é imparciales palabras llenas de concisión de exactitud y de verdad:

«Rosas había recogido la bandera de la legalidad y con ella
« se había lanzado al combate. La causa que defendía en
« aquellos días era la causa más santa que pueda encontrar un
« hombre para servir.

«Un motín militar para subyugar por el terror á los pueblos
« que no querían el unitarismo, era el enemigo de un lado.
« Del otro, los pueblos defendiéndose de esa imposición y lidian-
« do por restablecer el poder legal, el imperio de la federación.
« Lavalle al frente de los primeros—Rozas al frente de los
« segundos.»

Tal fué la lucha, y la razón de entusiasmo, de necesidad y de justicia popular que llevó al poder el 8 de Diciembre de 1829 al futuro poderoso aliado del General don Manuel Oribe.

CAPÍTULO XXXII

Rozas jefe del partido popular. — Bárbaros y salvajes

A los pocos días llegó el primer aniversario del asesinato de Dorrego y la prensa, y sobre todo la opinión pública, demostraron la indignación que les causaba el recuerdo de ese atentado y el encono que les inspiraban sus autores y adversarios políticos; y pedían hasta medidas represivas á que el gobierno no accedió, limitándose la Legislatura á condenar la propaganda unitaria en que se calumniaba á las personas de Dorrego, Rozas y demás gobernadores.

Que los unitarios y colorados nos contasen que después de 5, de 10, de 15 ó de 20 años de gobierno, Rozas disponía del pueblo y que las manifestaciones de éste eran una farsa, que le era impuesta; podría eso parecernos creible si no abriésemos las páginas de la historia y averiguáramos las cosas y nos dejásemos imponer por la autoridad partidista que tanto ha pesado sobre la propaganda de estos pueblos.

Pero decirnos: «que el mando robó», como dice un poeta unitario, en una composición poética llena de mentiras y hastá de ofensas al honor nacional, y que según el constitucionalista Dr. Juan Carlos Blanco: «es un canto que á él singularmente lo apasiona» eso no es de ninguna manera admisible. En cuatro días de gobierno del 9 de Diciembre al 13 no podía Rozas hacer esos prodigios de prestidigitación de meterse en el bolsillo un pueblo heróico y menos en tan poco tiempo. Nó. Su elección, eso es indisputable, había sido libre y entusiasta. Las facultades extraordinarias no fueron de su creación, las encontró existentes cuando se hizo cargo del Gobierno. Facultades extraordinarias tuvieron los poderes ejecutivos de 1811 y 1812, y con ellas gobernó D. Manuel de Sarratea en 1820 y con facultades extraordinarias fué investido el General Paz con el *Supremo Poder Militar* de las 9 provincias del Interior en 1830, y con

facultades extraordinarias gobernó también el General Ferré en Corrientes el año 25, y la legislatura de Buenos Aires días antes de la elección de Rozas había restablecido esa monstruosidad, que fué un error de la época y no una invención de Rozas, que sus enemigos calumniosamente le han atribuído, para que paso á paso sus patrañas hicieran camino en el pueblo, presentándolo como un ambicioso vulgar; y sin estudiar los hechos y desconociéndolos con prevención, buscando á título de erudición histórica comparaciones forzadas con el emperador Augusto, y otros farsantes que llevaban el cinismo político al extremo, pero con pueblos que contaban ya, no por años sinó por siglos su corrupción.

Igual cosa sucedió con el título de *restaurador de las leyes*, *de brigadier* y con la *condecoración de un sable y una medalla de honor*. Todo esto fué espontáneo, y á raíz de su gobierno; antes de que hubiera tenido tiempo de corromper á nadie. Rozas no aceptó, y no fué esto una farsa que no era posible entonces, pues él no había hecho la legislatura. Por más que lo deseara sinceramente no aceptó, y en su memorable contestación decía estas palabras más memorables todavía; después de hacer honor á los respetables móviles de los representantes; decía: *es un paso peligroso para la libertad* del pueblo . . . *porque no es la primera vez que la prodigalidad de los honores ha empujado á los hombres públicos hasta el asiento de los tiranos.*

La Legislatura, compuesta como dice Saldías, de los hombres más espectables y conspícuos de Buenos Aires, insistió, aceptando Rozas solamente el título de *Restaurador de las leyes*, como efectivamente lo era en aquel momento, y el grado de Brigadier, á condición de recibirlo cuando descendiese del mando.

En seguida vino la recepción de los restos del infortunado Dorrego que una comisión había ido á buscar á Navarro, y con este motivo fué extraordinaria la sobreexcitación que agitó al pueblo con motivo de esta fúnebre y solemne ceremonia. Un

pueblo inmenso acudió excitado á Flores, al Fuerte y á la Catedral, aparte de las corporaciones, ejército y gobierno; cuarenta mil ciudadanos condujeron la urna al cementerio. Oigamos á este respecto al historiador Saldías que dice: «El común de las « gentes quería algo más que represiones, cuyo solo efecto era « el de hacer callar á sus enemigos. Quería vidas en cambio « de otras vidas; y *ni Carlos IX, ni Felipe II contaron para « sus masacres con pueblo más fanático* que el que se levantaba « terrible en Buenos Aires, dispuesto á precipitarse desde lue- « go en el camino de las represalias tremendas, en esa lucha « espantosa que dividió después á la República en dos campos « donde no se dió cuartel».

Es cierto, y la verdad es que en los primeros momentos Rozas no solo no arrastró al pueblo á excesos, pero ni siquiera lo siguió en ese terreno. Más aun: puede decirse que en sus principios trató de contener y contuvo una terrible efervescencia popular, que se manifestaba de la manera más evidente, y que hubiera sancionado y justificado las más terribles medidas contra sus enemigos. Rozas las reservaba para cuando estos se aliasen al extranjero ó se alzasen en armas; pero no quería ejercitar venganzas mientras se mantuvieran en plena paz.

Al ser depositados los restos de Dorrego, el Sr. Rozas pronunció las siguientes palabras llenas de altura, moderación y dignidad; alocución que ha sido muy reproducida, acompañada siempre de grandes elogios. En medio de un recogimiento general, dijo así:

« Dorrego, víctima ilustre de las disenciones civiles, descan- « sa en paz! La Patria, el honor y la religión han sido satisfechos « hoy, tributando los últimos honores *al primer magistrado « de la República*. La mancha más negra en la historia de « los argentinos, ha sido ya lavada con las lágrimas de un « pueblo justo, agradecido y sensible. Vuestra tumba rodeada « en este momento de los representantes de la Provincia, de « la magistratura, de los venerables sacerdotes, de los gue- « rreros de la Independencia y de vuestros compatriotas valien-

« tes, forman el monumento glorioso que el Gobierno de
« Buenos Aires os ha consagrado ante el mundo civilizado...
« monumento que advertirá hasta las últimas generaciones que
« el pueblo porteño no ha sido cómplice en vuestro infortu-
« nio.... Allí ante el Eterno árbitro del mundo, vuestras ac-
« ciones han sido ya juzgadas: lo será también la de vuestros
« jueces, y la inocencia y el crimen no serán confundidos....
« Descansa en paz entre los justos.... á Dios, Dorrego, á
« Dios para siempre!....»

Ese pueblo inmenso esos ciudadanos numerosos que acompañaban los restos de Dorrego y que hacían á Rozas dueño de la opinión que lo rodeaba no eran las:

Bandas mercenarias de viles esclavos
Por calles y plazas discurriendo van.

del canto que tanto y tan singularmente apasiona al Dr. Juan Carlos Blanco.

Por lo demás nosotros los blancos si hablamos con esa vehemencia que nos critican los seudos reformadores y que explicaremos á su tiempo, lo hacemos en nuestros clubs políticos, anunciadas las reuniones y sabiendo los concurrentes de la opinión política de qué se trata; pero no cometemos el acto abusivo y descortés del Dr. Juan Carlos Blanco aprovechando la falta de libertad de la tribuna de una velada literaria, donde no hay discusión ni réplica posible, para ir á lanzar ante un público selecto compuesto de damas y de ciudadanos tan distinguidos como puede serlo él, pertenecientes á todos los matices políticos y dignos de respeto, apreciaciones históricas incrustadas en una política injustificable é hiriente, á título de que se trataba de una época ya juzgada por la historia. ¿Tan ignorante quiere hacerse el Doctor Blanco, ó hacer á los que lo oyen, que no sabe que la historia del Río de la Plata, sobre todo la de la época de los partidos está aún por escribirse y por hacerse? Esos juicios suyos lo llevarán á un ministerio de Santos y á las conclusiones del partido constitucionalista, pero no podrán

darle al doctor Juan Carlos Blanco fuerza bastante para convertir en juicio s de la historia, los apasionamientos de la diatriba y de la novela.

Si llega el día venturoso en que se levanten las tribunas libres del pueblo, allí podrá acudir el doctor Blanco á discutir sus singulares ideas dentro de la cultura y del derecho del pensamiento libre; pero entre tanto, cuando se trate de veladas literarias no olvide que esos medios de propaganda pasaron de moda, y que la historia recoje todo lo que encierre una enseñanza y una aclaración, aunque sea una descortesía inconveniente estimulada por el halago y escudada tras el poder de las bayonetas.

Y se atreve todavía el Dr. Juan Carlos Blanco á decir que: « es nota musical, y expresión del sentimiento de estos pueblos » una composición que dice que los buques del Brasil jamás abrumaron el Plata como enemigos? Así será para los sucesores de los imperialistas que recibían regocijados y serviles las dominaciones brasilera y portuguesa; pero no para los admiradores de los Treinta y Tres que supieron borrar con sangre y heroicidades tanta ignominia, ni para los que les rendimos á esos héroes inmortales el tributo de la gratitud y del patriotismo.

¡Expresión del sentimiento de estos pueblos una poesía que vé FLAMEAR SUBLIME en el Plata la tricolor bandera francesa ! ! !

La bandera francesa es sublime en la gloriosa historia de Francia en las manos piadosas de San Luis, en las gloriosas de Napoleón, y más aún en las populares de aquellos republicanos melenudos y sin zapatos que lanzaron á los cuatro vientos la coalición de los reyes, animados del fuego de la libertad y de la fuerza del patriotismo.

¡Pero en el Plata ! En manos de unos agentes consulares, funcionarios ambiciosos que abatieron el pabellón francés, y que al fin fueron desaprobados hasta por su gobierno; y en manos de un jefe de estación altanero y ambicioso también, apasionado de la fuerza y engreído de los cañones de sus naves, que des-

pués de esa intervención arbitraria no ilustró de ninguna manera su nombre. ¡Válganos Dios! Solo círculos casi extranjeros pueden pensar y exhibirse así de manera tan triste y antipatriótica. Precisamente la resistencia á la Francia fué lo que acabó de elevar á Rozas á una altura que nunca se imaginaron sus enemigos. ¡Nó! en América no son sublimes los nombres europeos de los atropelladores del derecho. Sobre ellos están los de los defensores de la independencia americana: Rozas, Oribe, Benito Juárez y Leandro Gómez.

Pero siguiendo el orden de estos apuntes y volviendo á Rozas hay que reconocer que su popularidad, su poder, su elevación y su fuerza, no está en los arbitrios de los tiranos vulgares sobre pueblos postrados, abatidos ó gastados por el tiempo. Todo lo contrario, bravo y joven era el pueblo y grande y resuelto el jefe que elijiera. La razón de esto está en estas dos líneas del Dr. Bilbao cuyas ampliaciones sabrá hacer el lector que sepa leer entre las líneas. Dice así:

El partido unitario había sido condenado á no volver al poder y Rozas el encargado de ejecutar esa sentencia popular.

En ese orden de ideas, « la decisión y el entusiasmo debían « llegar hasta el fanatismo» dice el historiador argentino Saldías, y agrega: « Hoy lo negamos porque á todos nos alcanzan « los extravios tremendos de una sociedad conmovida en sus « cimientos y nos alcanza porque aquella era carne de la nues- « tra». Y hace notar este absurdo: « Para negarlo suponemos « que la voluntad de un hombre pudo más que la voluntad de « un pueblo que luchó contra todo el poder de la España y « y que dió cinco Repúblicas al mundo.»

Eso es cierto, y dígase lo que se quiera, Rozas fué gefe por la voluntad del pueblo, que veía en él la encarnación de sus ideas, de sus propósitos y de sus aspiraciones y ese entusiasmo no decayó jamás, siendo su fórmula el juramento que á continuación reproducimos y que señala el punto de partida; así como las declaraciones del General César Díaz son su punto de término reconociendo las pruebas de adhesión y de entusiasmo

popular de que Rozas fué objeto antes de la batalla de Caseros.

Los unitarios en sus tendencias monárquicas y sus pretenciones de superioridad y de cultura, habían dado en llamar bárbaros á los federales, y á todos los habitantes de las provincias. Bárbaros arriba y bárbaros abajo. La provincia de Entre-Ríos nos opondrá tantos miles de bárbaros; la de Corrientes cuenta con tantos bárbaros, la Banda Oriental tantos bárbaros, tal era el lenguaje oficial de las comunicaciones de sus prohombres. Aún más tarde para Juan Cárlos Gomez, Artigas y Rozas habían sido *bárbaros de gran talla*; y todavía hoy mismo don Bartolomé Mitre y aún el doctor López no tienen en las puntas de la pluma sinó la palabra bárbaros, cuando se refieren á Artigas ó á los orientales que lo acompañaban.

Muy bien. El asesinato de Dorrego aconteció cuando ya los pueblos estaban más que exasperados con los abusos de los unitarios; y la expresión *atentado salvaje* subió á todos los labios. La opinión de los federales sóo tuvo un criterio reflexionando de esta manera: Si nosotros somos bárbaros porque aspiramos á la organización federal de los pueblos, y reunimos alrededor de nuestra bandera esas muchedumbres llenas de abnegación y de patriotismo que han salvado la democracia y la República, pero para las cuales no hay hogar ni descanso, sinó desnudez, hambre, correrías, fatiga, pobreza, y el plomo de los soldados de línea de los unitarios si no se someten á sus imposiciones; si nosotros somos bárbaros por encarnar causa tan patriótica, ellos son salvajes porque buscan en el crimen interno y en la alianza con el extranjero, el triunfo de sus inícuos propósitos, y reyes que los gobiernen declarándonos incapaces de gobernarnos, como las tribus del Africa ó del Canadá.

Y así en frente de la palabra bárbaro nació la palabra salvaje como represalia, y se usaron ambas con todos sus inconvenientes consecuencias.

Puesta ya en uso esa palabra y condensada la opinión er

contra de los unitarios como dejamos explicado sumariamente, el General don Juan Manuel de Rozas pronuució ante la Legislatura este tremendo juramento que es como el programa de toda una época provocada y mantenida por los errores del enemigo y los excesos de ambos partidos.

Dijo así: « Juremos ante el Dios Eterno que preside « los destinos del universo; juremos ante los hombres to- « dos del mundo á quienes ponemos por testigos de nues- « tros votos, que no abandonaremos las armas, ni volve- » remos á descansar un instante en el hogar doméstico, « si antes no vemos triunfante de sus enemigos á nues- « tra amada patria, y reedificado el templo de las leyes « que sacrílegamente han derribado los traidores salvajes « unitarios. ¡Que el mundo, cuyos respetos han hollado estos « aborrecibles demagogos, nos vea vengar la causa santa de la « libertad, de la razón, de la justicia! ¡Que caiga la execración « del cielo sobre aquellos que, mostrándose fríos espectadores « de esta sagrada lucha, no se decidan á morir con gloria en « los campos del honor, antes que ver su patria esclavizada! « ¡Que nuestros sacrificios no hallen término, mientras exista « cerca de nosotros un solo individuo que lleve en su frente « el oprobioso lema del salvaje unitario! ¡Que sepamos en fin « cumplir nuestros votos, y que á nuestros heróicos esfuerzos « deba la causa santa de la Federación verse triunfante de « sus enemigos, asegurada la paz interna, y gozando nuestra « patria, bajo las garantías de la victoria, los frutos abundan- « tes de su libertad é independencia nacional! »

La guerra á muerte fué pues aceptada y declarada con ruda franqueza. A un gobernante que así procede parece que no se pudiera atribuirle hechos misteriosos, desde que empieza por declarar ante Dios, la legislatura y el mundo entero, como representante de un pueblo ó al menos de un gran partido, que acepta una lucha sin cuartel y la responsabilidad de sus actos. Sin embargo, la propaganda partidista no ha procedido así, y ha creído que la historia jamás desbarataría las mistificaciones

que acumulase sobre la vida y la memoria de un hombre, que á pesar de sus glorias, tendría sin embargo bastante con el lote de sus errores, los de su partido y los de su época, que no es de seres humanos la infalibilidad.

Para dar una muestra de la falsedad de esa propaganda que se refuta por sí misma basta recordar un libro que hace el encanto del Dr. Juan Carlos Blanco y que éste ha recomendado á la juventud. En el Facundo de Sarmiento se leen invenciones históricas tan asombrosas como esta:

« El antiguo partido unitario en medio de sus desaciertos, y « sus ilusiones fantásticas, tenía tanto de noble y de grande, que « la generación que le sucede le debe los más pomposos hono- « res fúnebres.... Estos unitarios del año 25, FORMAN UN TIPO « SEPARADO, *que nosotros sabemos distinguir por la figura, por* « *los modales, por el tono de la voz y por las ideas.* Me pa- « rece que entre cien argentinos reunidos, yo diría: éste es « *unitario.*

« El unitario tipo marcha derecho, *la cabeza alta:* NO DA « VUELTA, *aunque sienta desplomarse un edificio; habla con* « *arrogancia;* completa la frase *con gestos desdeñosos y adema-* « *nes concluyentes*; tiene ideas fijas, invariables; y á la víspera « de una batalla se ocupará todavía de discutir en toda forma « un reglamento, ó de establecer *una nueva formalidad legal*; « porque las fórmulas legales son el culto exterior que rinde á « sus ídolos, *la Constitución,* LAS GARANTÍAS INDIVIDUALES.»

Francamente en ese párrafo está encerrado el colmo del fanatismo político. Hay cierta contradicción en esas garantías individuales, y las garantías contra las miserias y penalidades de este mundo, de que fué objeto el Coronel Dorrego. Por lo demás solo la más calenturienta ofuscación política puede hacer atribuir por un autor á los miembros de su partido superioridad sobre sus compatriotas al extremo de constituirlos en una raza aparte, mitológica, de olímpica belleza y desdeñoso ademán; condiciones desmentidas ante el sentido común por las figuras y fisonomías más darwinianas que olímpicas, del

gran escritor unitario Sarmiento, y del gran jefe de los unitarios Don Bernardino Rivadavia, encarnaciones ambas de su partido.

Estos personajes se fueron con sus extravíos y sus ideas tal vez haciéndose la ilusión de que eran como se pintaban y si era explicable en ellos y en la época de sus pasiones la mistificación de la historia, es lamentable en las nuevas generaciónes que tienen otra misión, la tendencia á la pretensión de continuar un falseamiento histórico que ya hizo su época. Un escritor contemporáneo el Dr. Ramos Megía, haciendo intervenir á la medicina en auxilio de la política y de la historia, persiste en ese propósito, y según sus neurosis Rozas no es un gobernante ni un hombre, sinó un mónstruo; su gobierno no ha sido tal gobierno sinó una máquina de matar gente; y su época no ha sido una época sucesiva de la historia, sinó algo que no cae bajo el análisis de la crítica histórica, y es solo suceptible de las inducciones de la ciencia médica. Rozas vuelve á ser una monstruosidad inconsciente, devorado por una sed de sangre que lo impele á cometer crímenes con ó sin su propia voluntad. La ciencia del autor de esa opinión, más que en auxilio de la historia, parece venir en auxilio de la novela terrorífica y de los folletines de los Gutierrez.

El juicio público no está con esas afirmaciones, y permitiéndose sus dudas pregunta á esa ciencia aplicada á la historia. ¿Si Rozas no tenía libre albedrío, cómo no mataba cuando no le hacían la guerra?—¿Si estaba impulsado por una fuerza neurótica para él incontrarrestable, cómo no lo dominaba esa fuerza en su retiro de Southampton, donde llevaba una ejemplar vida pacífica?

Quién sabe no resulte que la medicina aplicada á la política dé el mismo resultado que da aplicada á la jurisprudencia; ó la que dió cuando encarnada en el Dr. Don Francisco Antonino Vidal se sentó para desquicio y vergüenza de nuestra patria en la presidencia de la República.

XXXIII

La alianza de los generales don Manuel Oribe y don Juan Manuel de Rozas

La verdadera razón de las injustas y atentatorias agresiones de la Francia á las naciones del Plata la dió el ilustre Ministro Mr. Guizot cuando levantándose de su banco ministerial y dirigiéndose á las Cámaras de su país les dijo: que el verdadero origen de las complicaciones de la Francia con los pueblos del Plata, estaba en la tendencia imprudente de los franceses, que siempre gustaban de entrometerse en los asuntos de otros países.

La misma explicación de la causa injustificable de esos atentados dió en las mismas Cámaras francesas, el diputado Dupin, distinguido hombre público y orador de talla á cuya ilustración y elocuencia hizo honor y justicia Cormenin colocándolo en su galería de oradores. Dupin dijo así en 1841 á sus compatriotas lejisladores: « Y vosotros quereis que un almi-
« rante francés que llega con una bandera gloriosa eche sus
« marinos en tierra para hacerlos auxiliares de algunos hom-
« bres aventureros de que haceis un partido para excitarlos
« á la guerra contra gobiernos establecidos, tan bien estable-
« cidos que es con ellos con quienes habeis tratado y uno de
« los cuales subsiste ahora con el consentimiento del país á
« que pertenece? »

Era la misma doctrina encerrada en el consejo que dió Washington á sus conciudadanos al retirarse de los negocios públicos; la misma que proclamó Glover Cleveland al asumir por la primera vez la presidencia de su gran patria. Los grandes hombres de todas las épocas se parecen en su defensa imparcial por las verdaderas conveniencias, la justicia y el derecho.

Los unitarios y colorados no procedían así. No atendí

tan honrosas lecciones ni tan saludables advertencias. Grave antipatriótico y criminal era en Rivera insurreccionarse y tratar de derrocar un Gobierno ejemplar como el de don Manuel Oribe, tanto más, después de la escandalosa administración que él había hecho; pero más grave, más antipatriótico y más criminal todavía era llevar á cabo ese error y ese crimen de lesa patria y de gravísimas consecuencias, aliado al poder extranjero y abusivo de los franceses. Injustificable era el proceder de los unitarios después de sus procedimientos y de sus propósitos mil veces condenados por los pueblos, al pretender derrocar el gobierno de Rozas, reparador en sus principios, para reemplazarlo con el unitarismo que no tenía título alguno á la dominación de la República; pero más injustificable todavía era esa conducta buscando su fuerza en la alianza con el extranjero, y apoyándose en el poder agresivo y atentatorio de los franceses.

El historiador Saldías dice: « llaman desde luego la « atención dos hechos: la injusticia de las medidas, y de las « agresiones de la Francia contra la República Argentina y la « firmeza inconmovible y sin ejemplo en nuestros anales his- « tóricos con que el gobierno de Rozas resistió á esas agresiones « en nombre de un derecho que no han podido desnaturali- « zar sus adversarios políticos sinó á condición de aliarse con « el extranjero que atropellaba los principios fundamentales de « la soberanía Argentina.

Estamos en todo de acuerdo, menos en que esa bizarra actitud americana no hubiese tenido ejemplo en los anales históricos de estos pueblos. La resistencia heróica resuelta por Artigas en contra de la invasión portuguesa al verse traicionado por el gobierno central y abandonado de todo apoyo; averiguando solo dónde estaban los enemigos, sin preocuparse de contar cuántos eran, es un precedente oriental y americano, del que en buena justicia histórica no puede prescindirse.

La soberanía de los pueblos del Plata conquistada á fuerza sangre y de sacrificios de todo género, se hallaba gravemente

comprometida. La Francia quería anticipar de 20 años los imperios maximiliánicos y establecer el régimen que en sus factorias de Asia y de Africa impone con la fuerza bruta de sus cañones. Dos partidos internos el unitario y el colorado no solo presenciaban impasibles el atentado, sinó que se aliaban á los agresores y se convertían en los instrumentos de las ambiciones y provechos propios y agenos. En cambio los dos partidos de ambos países que representaban el orden la resistencias y el patriotismo, defendían la causa americana y se oponían tenazmente á los avances criminales del invasor en países de republicanos y de libres.

Entretanto bueno sería ver cuáles eran los títulos de los unitarios para disponer de la patria y aliarse al extranjero, y si no era digno de un patriota asociarse como lo hizo Don Manuel Oribe á la causa de la defensa de la independencia americana hallándose como él se encontraba injustamente proscripto de su patria. No haremos nosotros ese resumen desde la muerte de Dorrego, pero hoy que no existen las pasiones candentes de la época en que esos sucesos se produjeron y que dados los adelantos de la razón pública se pueden leer todos los documentos de esas épocas en medio de la imparcialidad y de la calma que ilustran cualesquiera que sean sus palabras y sus formas, reproduciremos el compendio que de ellos hizo el periodista Mariño en la Gaceta, con vehemencia partidista pero con verdad histórica, y que ha sido citado por algunos escritores; decía así: « Los salvajes unitarios se sublevaron el 1° de « Diciembre de 1828, asesinaron al Supremo Magistrado de « la República, y lancearon y sablearon la población de la « campaña de Buenos Aires. Vencidos en 1829, fueron « indultados en sus crímenes. En la administración de « 1830 fueron considerados sin la menor excepción odio- « sa con ser que prosiguieron la guerra en las provincias, « ensangrentaron el Entre-Ríos, diezmaron la población « en los departamentos de la Sierra de Córdoba, asesi- « naron á los coroneles Cáceres, Lira, Molina, degollaron

« los prisioneros de guerra y á los parlamentarios Aldao y
« Bustos, lancearon en los llanos de la Rioja en un día 200
« paisanos inermes... lo que no impidió que cuando Paz cayó
« prisionero, fuese respetado en su persona y puesto después
« en libertad por el General Rozas. En 1833 hostilizaron la
« expedición al desierto, mandaron asesinar al General Rozas,
« invadieron á puñaladas la Sala de Representantes de Buenos
« Aires y saquearon la Tesorería. En 1835 iniciaron guerra á
« muerte en las provincias del Interior, y hasta 1838 asesina-
« ron, entre otros funcionarios y argentinos distinguidos, al
« General Villafañe, al General Quiroga, y á su secretario don
« José S. Ortiz, al Gobernador Latorre, al Gobernador don
« Alejandro Heredia, al Gobernador Corvalán y sus ministros.
« El General Rozas en la cuestión nacional que sostuvo con
« la Francia en 1838, 39 y 40 les presentó ocasión de reu-
« nirse á la familia argentina. Los salvajes unitarios contes-
« taroncon su alianza con el extranjero, con la sublevación del
« Sud en 1839, con la rebelión de Corrientes, con la in-
« vasión al territorio argentino. Después de Yungay y pro-
« nunciamiento de Bolivia en contra de Santa Cruz, el General
« Rozas les allanó el camino al hogar patrio por un decreto de
« amnistía. Los salvajes unitarios le respondieron con las
« desoladoras incursiones de Lavalle sobre el Entre Ríos y
« en seguida sobre Buenos Aires. Terminadas las diferencias
« con la Francia de un modo honroso, el General Rozas en
« Noviembre de 1840 puso en libertad á los prisioneros de
« guerra y marchó la comisión Franco-Argentina para llevar-
« les el indulto y perdón á los salvajes unitarios en armas...
« Los salvajes unitarios contestaron con la prosecución atroz
« de la guerra y con las siguientes máximas: *Es necesario*
« *emplear el terror para triunfar en la guerra. Debe darse*
« *muerte á todos los prisioneros y enemigos. Debe tra-*
« *tarse sin consideración de ninguna especie á los capitalistas*
« *que no presten dinero. Todos los medios de obrar son buenos*
« y *deben emplearse sin vacilaciones.* Arrojados del territorio

« Argentino después de las victorias de Tucumán y Rodeo del « Medio, invadieron nuevamente, saquearon y enrojecieron en « sangre el Entre-Ríos en 1842. Vencidos en el Arroyo « Grande, el General Rozas expidió una ilimitada amnistía, « Los salvajes unitarios contestaron en *El Nacional* con es- « tas máximas: *Será obra santa* y *grandiosa matar á Rozas.* « *Se matará sin conmiseración á los Rosines. Pedimos una* « *expiación, grande, tremenda, memorable.*»

Hasta aquí esa página histórica á través de cuya fraseología propia de aquella remota época, se descubre sin embargo la verdad, y los graves errores de un partido político que solo veía defectos y extravíos en su enemigo.

Rozas mantuvo en alto la bandera de la justicia internacional, defendió el derecho de su patria con fiereza verdaderamente americana, y apeló al juicio de las naciones civilizadas. La Francia y la Europa se convencieron de que las costas de la América no eran las del Africa y á la larga acabaron por hacer justicia y reconocer que para ponerse en relación con los pueblos de América, debían valerse de los mismos medios que indica el derecho internacional para las relaciones de los pueblos europeos.

Pero mientras duraba la lucha, Rivera constituido en dictador del Estado Oriental, que no otra cosa significaba su Presidencia á título de jefe del ejército, declaró la guerra á la República Argentina el 10 de Marzo de 1839 como aliado de la Francia y del partido unitario de don Juan Lavalle, y fué entonces que don Manuel Oribe al ver su patria en manos de Rivera, anarquizada, despotizada, y arruinada, sirviendo de instrumento á propósitos europeos en una alianza sacrílega con los franceses, resolvió poner su espada al servicio de la causa americana, proponiéndose alejar á los extranjeros y derrotar á sus aliados, á fin de salvar á la República Argentina de extrañas agresiones, para salvar luego á la República Oriental de una administración desordenada y anti-patriótica, que había prosternado su soberanía ante el extranjero, y ponía en peligro su integridad é independencia.

« Bárbaro, salvaje, ó como haya querido llamársele, dice el
« historiador Saldías, Rozas sostuvo dignamente los derechos
« de la patria agredida á la vez por la **Francia** y por sus adver-
« sarios políticos aliados de ésta; con esta particularidad, que
« dejó triunfantes, del punto de vista del derecho político, los
« principios que consagraran los Estados-Unidos como regla
« invariable respecto de los extranjeros domiciliados, que con-
« sagró después nuestra Constitución de 1853-1860, y que hoy
« están incorporados á la legislación de casi todo el mundo
« civilizado. »

Es la verdad. Dorrego proclama ideas que medio siglo después son admitidas sin excepción por griegos y troyanos, y lo matan. Rozas aleja las imposiciones y reduce los derechos del extranjero á los verdaderos límites de la civilización y del derecho público, y lo insultan. Don Manuel Oribe hace alianza con los defensores de la independencia americana, y lo lapidan. ¡Nó! esos hombres dejaron algo más que una ciudad pintada de rojo y un pueblo de chaqueta, como dicen los unitarios en su ciega pasión; y raspando un poco en la historia verdadera de los progresos y de la respetabilidad de estos pueblos, se encontrará, buscando con imparcialidad, mucho de bénefico en la obra grandiosa de su libertad, de su organización y de sus instituciones.

La actitud de don Manuel Oribe buscando alianzas naturales ante la actitud irritante de Rivera de los unitarios y de los franceses que á una lo habían combatido y derrocado, fué pues lógica y razonable, como eran fundadísimos sus temores acerca del porvenir de la patria cuya independencia tantos sacrificios le costaban á él y al pueblo oriental.

A este respecto era muy difícil equivocarse y cuanto más se profundice en este punto, y cuanto más se estudien sus detalles, más se arraiga también la convicción de que eran justificadísimas las dudas, las desconfianzas y las desesperaciones del patriotismo acerca del porvenir, y que obligaban á procurar medios extremos y á asumir una actitud resuelta, porque entonces

hubiera sido menos que nunca justificable el cruzarse de brazos y observar la conducta que condenó Martínez de la Rosa en el siguiente epitafio:

Aquí yace un egoista
Que no hizo mal ni hizo bien....
Requiescat in pace, amen.

El historiador que hemos citado dice con respecto á este asunto: « Era necesario ser muy ciego para no ver el carácter « de estas agresiones; muy incapaz para no saber medir las « consecuencias funestas que deberían traer para las nacientes « repúblicas de Sud América; y muy indigno, sobre todo, para « no proclamar sobre el derecho brutal de la fuerza que soste- « nía la Francia contra los débiles, el derecho supremo á la « vida libre é independiente que aquellas habían jurado soste « ner después de haberle solemnemente reconocido por las gran- « des potencias, de la Europa».

El ilustrado Diputado D. Nicolás Anchorena colocando en su verdadero terreno la cuestión, é inspirándose en las universales ideas de justicia y en los principios de derecho internacional consagrados por la civilización, dijo en el seno de la Legislatura estas verídicas y memorables palabras: «La causa que actual- « mente sostenemos es la de toda la Confederación, es de todas « las Repúblicas Americanas, porque en ella nos proponemos « repeler una nueva colonización que se trata de hacer en los « modernos Estados Americanos, que ya se ha tentado en « algunos, y en el día se quiere llevar adelante en el nuestro « esta colonización de nuevo género, más irritante é ignomi- « niosa que la Española. Los Españoles eran nuestros padres, « nos trasmitieron su idioma, su religión, sus costumbres, y « aún conservamos sus mismas leyes. Pero después que hemos « conquistado la libertad é independencia á costa de todo « género de sacrificios, se pretende que renunciemos á los « derechos que habíamos adquirido por la misma independencia « que han reconocido las Naciones Europeas, y se exije de

« nosotros, bajo el pretexto de condiciones, esa renuncia con « las armas al pecho, del modo más ultrajante, POR LOS MISMOS « CON QUIENES COMPARTIMOS EL FRUTO DE NUESTROS SA- « CRIFICIOS. Tal correspondencia irrita, y si nos sometiésemos « á ella, echaríamos un borrón indeleble en nuestra historia».

Los detalles que á la distancia de los tiempos aparecen unas veces cómicos y otras ridículos, y que una propaganda partidista ha querido hacer pasar como simples caprichos de un tirano estravagante, no solo no son de la invención de Rozas sinó que tienen su exacta y clara explicación histórica.

Cuando en los primeros tiempos de la influencia del Sr. Rozas en los negocios públicos y en época de una relativa moderación el partido político que inmoló á Dorrego se levantó en armas para reconquistar violentamente un poder que había ejercido también con violencia, el gobierno hizo esta declaración política á la que se dió publicidad en transparentes y de distintas maneras y que encierran una rigurosa verdad histórica:

UNITARIOS MANCHARON LA HISTORIA.

Pero cuando esa ambición de mando y de anarquizarlo todo llegó al extremo de apelar francamente al extranjero, teniendo esos procederes la significación terrible y gravísima que con verdad le atribuyen las palabras del Sr. Anchorena, entonces el gobierno dió publicidad por los mismos medios de la anterior á la declaración siguiente:

LOS SALVAJES UNITARIOS SON ENEMIGOS DE DIOS Y DE LOS HOMBRES.

El periodista Mariño con la autoridad de la palabra oficial explicaba sin embargo que esas palabras, espresaban solo el voto nacional, la justicia y la necesidad de que desapareciese de la dirección de los negocios públicos el bando enemigo; pero afirmaba que de ninguna manera envolvían una condenación personal, al extremo de que si, cualquiera hiciera esas exclamaciones designando persona, sería inmediatamente reprimido por la autoridad.

Mucho de verdad había en eso, cuando hasta don Pedro

Feliciano Cavia que reclamaba un inmenso cementerio para todos los federales, pudo volver á Buenos Aires sin ocultarse, á la par de muchos otros, y hasta solicitar un puesto en la Gaceta. Así como volvieron en los últimos tiempos del gobierno de Rozas muchísimos emigrados, quedando principalmente fuera del país los conspiradores que buscaban el triunfo de su partido en una solución internacional.

Lo que es indudable es que Rivera, los unitarios y los franceses no representaban la causa de la civilización, porque no hay tal civilización, sin la base moral de la justicia del derecho del patriotismo y de las aspiraciones nobles del progreso. Y en ellos solo estaba encarnada la agresión, la ambición, la injusticia y la arbitrariedad, por más que pretendiesen dorar las cadenas, tal vez después imposibles de romper, que preparaban á los pueblos.

Esto que lo reconocieron muchos americanos que, como don Manuel Oribe, pusieron su espada al servicio de la noble causa de la defensa del derecho, es desconocido hoy mismo por los enemigos de ese general, que se titulan hombres de principios; pero en cambio no solo hoy los espíritus imparciales lo reconocen, sinó que entonces mismo la justicia de la causa defendida por Rozas y Oribe fué reconocida y mirada con simpatía y con respeto hasta en la misma Europa, por las naciones que observaban esa lucha con el interés, la imparcialidad y el anhelo que despiertan el honor, el patriotismo y la debilidad unidos al valor y á la gloria.

La prensa de casi todas las naciones de Europa y América, hablando imparcialmente y sin motivo de complacencia para Rozas, hicieron declaraciones como las siguientes:

El Nacional de Lisboa de 4 de Enero de 1840 decía: « Admiramos la firme decisión con que el Gobierno de la Con- « federación Argentina resiste á las injustas pretensiones del « orgulloso Gabinete de las Tullerías, y esperamos ver el día « en que todas las Repúblicas del Continente Americano formen « entre sí una liga cerrando sus puertas á los buques de la Na- « ción que pretende oprimirlas. »

La Liga Americana de Río Janeiro de 30 de Enero de 1840 decía: « Estamos viendo á los franceses atacar la libertad é in-« dependencia de nuestros vecinos los Argentinos, y lo que es « más, ir á Montevideo á dar auxilio á un partido político, para « tener aliados que los ayuden en la empresa contra el heróico « General Rozas, que no hace más que defenderse de una in-« justa invasión reconocida como tal por todas las naciones».

La hidalguía española y el grito de la sangre fueron más allá, y *El Nacional* de Madrid en su número 1487 decía: « No es « con poca admiración que observamos los heróicos y felices « esfuerzos que está haciendo la Confederación Argentina con-« tra las injustas pretensiones de Luis Felipe, y OJALÁ QUE NUES-« TRA POSICIÓN NOS PERMITIESE AYUDARLOS CON OTRA COSA « MÁS QUE NUESTROS DESEOS.

Causa que tan lejos resonaba y que tan de cerca tocaba el corazón de los patriotas, no era extraño que contase con el apoyo de los americanos previsores, y con el concurso de los políticos de largas vistas. El General Don Manuel Oribe, el primer soldado del Plata después de San Martín, se puso al servicio de esa patriótica y fecunda resistencia, que más tarde había de aprobar el mismo gran libertador, enviando á Rozas su espada en señal de aprobación y de aplauso ya que la distancia y los achaques no le permitían al gran capitán poner nuevamente su brazo al servicio de los pueblos que en otro tiempo libertara.

Mientras los milicianos federales humillaban el orgullo de los arbitrarios agresores franceses rechazándolos á balazos cuando intentaban desembarcos como en Zárate, en la Magdalena, y en el Arroyo del Sauce, donde se reembarcaron dejando muerto á su jefe el Teniente de marina Rendón, y dejando reducida la omnipotencia francesa á desahogar su despecho en actos vandálicos como el asalto cobarde y el incendio de inermes buques de cabotaje; y mientras el General Rozas, detrás del cual estaba un pueblo viril, con su diplomacía hábil, firme y patriótica arribaba á la paz con Francia por medio de la convención Mackau-Arana; hacía ya tiempo que el general

Don Manuel Oribe con su distinguido Estado Mayor y su cuadro de oficiales orientales se había puesto como General en Jefe al frente de los ejércitos de la República Argentina y como aliado de esta nación en su carácter de Presidente legal de la República Oriental, siendo considerado como el primer soldado que los pueblos del Plata podían oponer á la liga de Rivera los unitarios y los franceses mandados en sus ejércitos fuertes por el distinguido General Don Juan Lavalle, caudillo prestigioso de los unitarios y el mejor jefe militar que podían poner á su cabeza.

El genio militar de don Manuel Oribe y su indisputable competencia científica convirtieron á pesar de todo, esta campaña azarosa en una triunfal marcha militar que se cumplió casi exactamente con arreglo al plan que como soldado de escuela y de extenso cálculo había meditado de antemano, y que le dió las brillantes y decisivas victorias del Quebracho Herrado, de San Cala, de Famaillá y del Arroyo Grande, obteniendo como resultado el desarme de las sublevaciones, la pacificación del país, la muerte del general Lavalle y la derrota completa de Rivera, que ayudado por los franceses había invadido con un ejército oriental la provincia de Corrientes, en alianza con su gobernador Ferré, y que apenas con un grupo pudo repasar el Uruguay, después de dejar en el campo de batalla del Arroyo Grande dos mil muertos y mil quinientos prisioneros.

Esta batalla que ha sido llamada de los *diez Generales* porque fué la que contó con mayor número de ellos en esa época, ha sido tal vez la más encarnizada y sangrienta de las guerras y de los partidos del Plata. Rivera había llevado un gran contingente oriental y los recursos de los franceses; el Gobernador de Corrientes Ferré le dió cuanto pudo proporcionarle en la provincia; y los demás unitarios echaron el resto. Rivera presentó un ejército próximamente de nueve mil hombres, con buena artillería mandada por el coronel Chilavert, uno de los mejores artilleros del Plata. Sus divisiones estaban á cargo de los Generales Aguiar, Avalos, Ramírez y Galván. Rivera man-

Don Manuel Oribe tenía un número de soldados más ó menos igual. Su hermano don Ignacio lo acompañaba mandando una división. Don Manuel Oribe dispuso y mandó admirablemente esta batalla y no solo la ganó, sinó que la decidió con una disposición personalmente suya, y tuvo lo que hasta Mitre echa de menos en Belgrano y todo el mundo en Mitre, la suprema inspiración del campo de batalla. Hubo un momento indeciso; la lucha se mantenía firme, y la derecha de Rivera cargando impetuosamente empezaba á doblar algunos escuadrones de la izquierda de Oribe y parecía vencer en esa parte. Un general atolondrado hubiera auxiliado talvez solo ese punto, dejando que Rivera pudiera triunfar también en la derecha. Oribe no procedió así. Lanzó simultáneamente y con ímpetu sus reservas sobre la izquierda, y la derecha de Rivera, y á la media hora de aquella lucha cuerpo á cuerpo, solo quedaban en pie las filas raleadas de los vencedores. La pelea se concentró en el centro de Rivera, y nuevas disposiciones de Oribe terminaron la batalla con un completo triunfo.

Rivera huyó del campo arrojando su chaquetilla galoneada, su espada y sus pistolas, que se exhibieron durante mucho tiempo en el Museo de Buenos Aires.

El General César Díaz, cuyo testimonio no será sospechoso en este punto, y que, según el Dr. José Pedro Ramírez se cuenta en el número de los primeros militares del país, ha juzgado severamente á Rivera por su conducta, y en sus memorias dice así: «Todo se perdió en ese día, para siempre memorable, sin « que se pudiera decir, como lo ha pensado el autor de los « apuntes históricos, ni aún lo que Francisco I escribía á su « madre después de la batalla de Pavia: «*todo se ha perdido* « *menos el honor*». «Allí el monarca cayendo prisionero, había « acreditado que si la fortuna no favoreció sus armas, el valor « había hecho su oficio. Aquí el general temiendo más el « riesgo de su vida que la tremenda responsabilidad de las de « los soldados puestos á su cargo, se separó de su ejército « cuando estaba todavia indecisa la victoria, dejando en el

« campo de batalla, masas enteras que con menos cobardía,
« alguna serenidad y algunas ideas estratégicas, hubieran podido
« salvar ó impedir, cuando menos, que fuesen impunemente
« acuchilladas; y haciéndose seguir de una docena de oficiales
« y soldados pasó el mismo día el Uruguay».

Yo quiero ser más justo con Rivera que César Díaz, y creo que las acusaciones de éste tienen alguna semejanza con la pretendida traición de Bazaine, de que echaron mano los franceses para explicar la derrota de su ejército por los pueblos confederados de la Alemania. La verdad es que lo que verdaderamente resalta es la talla militar del General don Manuel Oribe, contra el cual nada pudieron ni los talentos militares ni la bravura proverbial del General Lavalle, ni las artimañas gauchescas del caudillo Rivera; que con su astucia el uno y sus conocimientos el otro, ambos se estrellaron contra el talento militar de Oribe. César Díaz era el primero en reconocerlo á pesar suyo y admiraba tan profundamente la actitud de Oribe en esa batalla, que en esas páginas que legó al examen imparcial de la posteridad llama á D. Manuel Oribe: EL GIGANTE DEL ARROYO GRANDE.

Esta victoria fué de mucha importancia y de gran transcendencia para los orientales. Ella abrió las puertas de la patria al partido blanco, en su mayor parte perseguido y proscripto, aunque empujándolas naturalmente con la punta de la espada de su ilustre jefe, de quien dice lo siguiente el historiador Sal días: «Rondeau y Alvear fueron testigos en 1811 del heroismo
« de Oribe en el Cerrito de la Victoria, y Lavalle lo vió en
« sus mismas filas arrojar sus charreteras sobre el enemigo, y
« lanzarse con los suyos á buscarlas en el campo glorioso de
« Ituzaingó».

CAPÍTULO XXXIV

La autoridad de la implacable propaganda partidísta

Refiriéndose á la época en que Don Fructuoso Rivera se hizo cargo del gobierno á la caída de D. Manuel Oribe y no teniendo el documento á la vista, recurrimos á la autoridad histórica de don Antonio Díaz, quien dice en su libro con respecto al jefe del partido de la libertad lo siguiente:

« El General Rivera había dicho en un documento público: « *Por mi voluntad, yo soy todo y los demás, incluso los representantes del pueblo, son nada.*»

« Tanto valía decir: «El Estado soy yo».

« Por otra parte, ya había puesto en práctica la gran frase de Luis XIV:—*El que no está conmigo es mi enemigo.*»

Hasta aquí el historiador Díaz.

Es indudable que dado ese programa que se encierra en esas palabras del primer jefe del partido de la libertad, hubo un gran progreso en aquel otro célebre programa de Don Lorenzo Batlle, prócer de la defensa y jefe también, aunque de ocasión, del mismo partido liberal: *Gobernaré con mi partido y para mi partido.*

Ninguno de los dos toma en cuenta el país. Pero el primero es más absoluto y proclama el gobierno personal; el segundo da más espansión á sus sentimientos generosos y proclama el gobierno de partido. Debe ser por eso que el partido colorado se titula partido de la libertad, porque adopta el sistema político inglés, realiza la libertad en el orden, y va efectuando sus reformas progresistas paulatinamente, pero con seguridad; como la monarquía constitucional británica. De Rivera á Batlle hay un gran paso dado. Don Julio Herrera y Obes es pues doblemente delincuente porque continuando en la intransigencia ha roto esa cadena progresista de los gobiernos del partido liberal encarnación de las libertades del Plata. Es verdad que el Dr.

Herrera hizo también un programa pomposo y más extenso que el de sus antecesores; pero con la diferencia de que Rivera y Batlle cumplieron los suyos al pie de la letra como hombres de palabra; mientras Don Julio Herrera y Obes ha faltado de la manera más descarada al suyo, que según dijo oportunamente en un momento de entusiasmo anglo-oriental Mr. Mullhal, era digno de Gladstone, bien que si lo era el programa no lo es por cierto su gobierno.

A la caída de don Manuel Oribe, al asumir la dictadura con el título de Presidencia á nombre del ejército don Fructuoso Rivera, creyó que la medida más urgente para consolidar las libertades públicas era proporcionarse dinero. En consecuencia al señor Vidal le fué vendida en 40.000 pesos, que adelantó, la renta de papel sellado correspondiente al año cuarenta. A don Samuel Lafone le fué vendida la renta de mercados. En seguida volvieron á ponerse en venta las propiedades nacionales que había rescatado, salvado ó desempeñado la administración de don Manuel Oribe. A continuación se vendió el Parque y el edificio del Consulado.

El texto del aviso de esas ventas tiene una doble significación económica y política; uno decía así:

«Su Excelencia el señor General en Jefe del Ejército Constitucional, oye propuestas por la Secretaria de Hacienda para el remate del edificio del Consulado, del terreno en que está edificado y del adyacente á él pertenecientes al Estado etc., etc.—Julio 4 de 1839.»

El general en jefe del ejército era pues el que se constituía vendedor de los bienes del Estado. La casa que habitaba el Consulado inglés, propiedad nacional, la compró éste; y el edificio del Consulado, dice el historiador Díaz, «lo adjudicó el señor Rivera á la viuda del señor Castro, por una cuenta atrasada que este general debía á su esposo.

La propaganda partidista de esa época ha tergiversado la verdad histórica; pero para que se vea la autoridad de esa propaganda intransigente bastará una muestra referente á las dos

personalidades y los dos talentos que más la caracterizaron: Don Andrés Lamas y don José Rivera Indarte.

Don Fructuoso Rivera había sido sincero imperialista. Después de la ausencia de Artigas de cuyas tradiciones claudicó, entró de lleno al servició del Imperio y de la causa de la anexión al Brasil. No fué, pues, de los que conservaron el amor á la patria libre, y solo esperaron el momento de derramar su sangre por tan santa causa á la cual entró á servir Rivera una vez caído prisionero y de la manera que ya hemos dicho.

El año de 1822 en el mes de Octubre suscribió é hizo circular profusamente entre soldados y habitantes de la República la siguiente proclama que la historia encuentra indigna de un oriental:

« Soldados: Doze annos de desastrosa guerra para nossa
« regeneraçao política, nos fixeron tocar ó infausto termo da
« nossa total ruina com tanta rapides quanto maior foi ó nosso
» empenho para conseguir aquelle fim louvavel; este desastre
« era consecuente á nossa pequenhez á falta de recursos, é
« mais causas que por desgraça debeis ter bem presentes, é
« que mais de una vez haviam feito verter o vosso sangue
« infructuosamente.

« O remedio de tantos travalhos, desgraças é miserias de-
« masiadamente ó tem insinado e descoberto a experenáa, pois
« que nâo é outro que appoiar-nos em um poder forte é in-
« mediato para ser respeitavel entre os ambiciosos e anarchis-
« tas, que nâo perdem momento para alcanzar fortuna e ex-
« plendor a custa de vossos intereses, e de vosso sosego e
« tranquilidade; ultimamente das nossas vidas mil vezes mais
« apreciaveis, que as daquelles fratercidas. Se elhes se desve-
« lam por seus interesses particolares e mommentaneos, ¿com
« quanta maior raçao devemo-nos desvelarnos em fixar para
« sempre os destinos do nosso amado payz?

« Assin, soldados, en significaçao dos deseios que ha doze
« annos manifestaes, dizei conmigo: ¡Viva á nossa santa Re-

« ligion! ¡Viva a independencia do Brasil e do Estado Cispla-
« tino! ¡Viva á Assamblea Geral Constituente do Imperio do
« Brazil e Estado Cisplatino! ¡Viva o Imperador Constitucio-
« nal do Imperio do Brazil e Estado Cisplatino, o Sr. D.
« Pedro I! ¡Viva a Imperatriz do Imperio do Brazil e Estado
« Cisplatino, e a dinastía de Braganza, imperante no Brazil e
« Estado Cisplatino! ¡Viva a incorporaçao do Estado Cispla-
« tino a o grande Imperio do Brazil!»

«FRUCTUOSO RIVERA».

Semejante conducta está muy lejos de ser la de un patriota y la de un republicano, y es indudable que muchas personas humildes pero honorables que han pertenecido al partido colorado y han sido partidarios entusiastas de la memoria de Rivera han ignorado ese y muchos otros hechos que una propaganda mistificadora y partidista se ha ocupado de ocultar.

A los que con conocimiento de causa nos quieren hacer pasar á Rivera por defensor de la libertad sin decirnos dónde ni cuándo, á esos el pueblo los considera continuadores de la política imperialista de don Nicolás Herrera y don Lucas Obes, interesados en los mismos propósitos de Rivera, y les niega derecho á la intervención en los partidos con títulos á la existencia pública, y los considera sin autoridad para disolverlos y crear caprichosamente nuevas agrupaciones políticas.

Esa actitud anti-patriótica de Rivera lo había conducido á Jefe del Regimiento de Dragones de la Unión del Imperio y luego al título de Barón de Taenarimbó; y tan celoso estaba de sus ventajas imperiales y de su librea de cortesano, que habiéndose divulgado en el Imperio que Rivera trataba con don Alvaro da Costa al mismo tiempo que sitiaba la plaza de Montevideo por cuenta del emperador del Brasil, D. Fructuoso Rivera, lanzó este documento tan indigno como el anterior en el cual: « *Testemunha do cuanto se passara, e nao querendo nesse* « *tempo deixar em duvida sua honradez e lealtade, publicoa a* « *seguinte peça:*—« Tendho-se propagado en Montevideu a « voz de que eu com o meu regimento estava tractando con d...

« Alvaro passar-me á praça e como semelhante voz reflue di-
« rectamente em deshonra minha o dos meus officiaes, e do
« meu devere declarare ao povo de Montevideu que *jamais*
« *abandonarei* o sistema que abracei de pertenecer do modo
« que está declarado ao Imperio do Brasil, e que eu e meus
« soldados sustentaremos sempre a autoridade do Excmo. Sr.
« Barao da Laguna, Capitan Geral deste Estado, *com tanta*
« *mais energia, quanto mais desgraçados formos.*

« Habitantes de Montevideu! Soldados da Divisao de Vo-
« luntarios Reaes del Rei! Taes notizias sao espalhadas por
« aquelhes que querem levar adiante o sistema de allucinar os
« primeiros e os segundos con lisogeiras porem vanas esperan-
« ças. Nao sejaes tao credulos, e ficae seguros que o meu
« systema fundado en affianzar a tranquilidade do payz de-
« baixo da direcçao do seu' dimno general, nao retrogradará
« e da misma sorte deveis despreçar os imaginarios recursos
« com que os vossos seductores querem comprotter-vos. Sirva
« este pequenho manifesto para mostrare a falsidade de quanto
« se dizer relativo a minha pessoa e regimento.—Posto avanza-
« do das Pedras, 16 de Freveiro de 1823.

FRUCTUOSO RIVERA.»

Ese documento servil se comenta por sí mismo. Sin embargo, esas más que afinidades de Rivera con el Brasil explican las simpatías y las alianzas que se han verificado entre brasileros y colorados. Para ser jefe y fundador de un partido serio podrá tenerse todos los defectos del mundo, pero al menos es indispensable la virtud política. Rivera no la tenía, por eso el partido á que dió nacimiento y vida, no ha podido hacer jamás la felicidad de la patria.

Don Juan Andrés Gelly y Obes que fué secretario y ministro de Rivera hizo de éste el siguiente resumen de sus primeras épocas, que se publicó en *El Duende* y se transcribió en *La Gaceta*: Gelly decía así: « 1º El General Rivera siendo oficial
« del ejército que sitiaba á Montevideo en 1813 abandonó el
sitio.—2º Al fin del reinado del patriarca Artigas, abandonó

« al patriarca y se hizo patriarca por sí mismo.—3º Abdicó el « patriarcado para servir al rey don Juan.—4º Abjuró el vasa- « llaje de don Juan VI y se hizo vasallo de don Pedro 1º.— « 5º Después de preso prometió perseguir á don Pedro 1º y « se pasó á las divisiones orientales.—6º De éstas se pasó al « Ejército Nacional.—7º De nacional pasó ahora á ser fasci- « neroso. ¡Honorable término de una carrera honorable! »

Con razón dice el refrán que no hay mejor cuña que la de la misma madera. Ese significativo juicio del colorado don Juan Andrés Gelly y Obes fué tenido por muy exacto en su época por más que tal vez á título de correligionario de Rivera nada dice de que cuando tenían lugar esos vasallajes había orientales que esperaban y confiaban en la redención de su patria, y preparaban el día ansiado de la regeneración gloriosa. Tal vez ese silencio se explica por el hecho reconocido por el Dr. Carlos María Ramírez, de que la empresa de los Treinta y Tres acaudillada por Oribe y Lavalleja es principalmente una tradición blanca, porque este partido fué el que más de cerca recogió las tradiciones patrióticas de Artigas y á él perteneció el mayor número de los Treinta y Tres.

Pero ya que hemos dado considerándola de peso la opinión de un correligionario y ex-amigo del general Rivera, hagamos que se exhiba por sí mismo, para que pueda él mostrar el respeto que tenía á los hombres públicos de su propio partido, y el aprecio que hacía de sus talentos ese liberal, jefe organizador del partido de la libertad. La siguiente carta dará alguna luz á este respecto:

Señor don Martiniano Chilavert.

Campo de Toledo, Setiembre 22 de 1840.

«Amigo de mi aprecio:

« Ya vd. sabrá que una locura de un muchacho ignorante, « editor del Constitucional, con un viejo loco el perro del tío « Luis Lamas, me han puesto ayer en el caso de ocuparme « de ellos, y también del muchacho Andrés Lamas, que si r

« es traidor es ingrato al menos, pues se le ha tratado bien y
« ha pagado como Judas á Cristo. En fin, por todo resulta-
« do tengo aquí al viejo y al muchacho, mañana al primero lo
« voy á hacer ir á Maldonado y de allí para fuera del país, y
« al segundo lo llevaré en el ejército para que haga odas
« (pues según me dicen le dá por ser poeta), y tendremos otro
« Roso que nos dibuje con sus musas la frondosidad de nues-
« tro caudaloso Uruguay. Ya sabrá Vd. que yo he perdido
« el hilo. El *Eco del Pueblo* tuvo el comedimiento de in-
« gerir al traidor ingrato Núñez y ponerlo al frente y yo por
« *amor das dividas* lo metí en el *Pereira* y de allí saldrá muy
« breve para fuera de *Cavas*. Y si me andan con vueltas otros
« más han de seguir la misma suerte.

« Hoy irá el coronel Gomensoro con mis órdenes para po-
« nerse á la cabeza de los oficiales argentinos que se han pre-
« sentado al Ministerio á virtud de lo resuelto por el general y á
« quienes haré facilitar lo necesario para proveerse de monturas
« y reunirse á este cuartel general por estos cuatro días.

« Lo saluda su amigo y servidor.

Q. B. S. M.

Fructuoso Rivera.»

Una asamblea compuesta de miembros de todos los partidos declaró á Rivera *genio maléfico.* Este inició la guerra civil levantándose en armas contra la constituyente, hizo una administración desastrosa, y luego se levantó en armas contra don Manuel Oribe apoyado por los unitarios y los franceses. Pues bien, á pesar de todo, al asumir de nuevo el mando á título de Gefe del ejército, don Andrés Lamas celebrando con ardiente y liberal entusiasmo la vuelta del general Rivera al poder, hizo la publicación siguiente:

« General rivera: Hoy podemos pronunciar este nom-
« bre. Cuando la sociedad lo lloraba proscripto, cuando los
« buenos ciudadanos gemían agobiados bajo el cetro de la más
« brutal tiranía, cuando tenían que sepultar en lo más profundo
« del corazón los sentimientos sagrados de Libertad, de Patria,

« de Instituciones, este nombre se ofrecía á nuestras esperanzas « como el EMBLEMA DE LA VIRTUD, DE LA PROSPERIDAD « NACIONAL. La tiranía ha descargado sobre esa ALMA AUGUSTA « todas las maldiciones de que es capaz, pero la justicia del « pueblo lo ha vengado.—El pueblo que desprecia los nombres « que la maldad inventa, el pueblo QUE NO ADULA, que no « teme, QUE DESCONOCE LAS AUTORIDADES ILEGÍTIMAS lo « colocó á su frente y venció con él.

« Bella es la vida del hombre que puede ofrecer en su sola « individualidad la historia de toda una Nación; nosotros re- « corremos las épocas tempestuosas de nuestros primeros es- « fuerzos por ser libres, por ser hombres, y el General Rivera « (que se encontraba sirviendo al Brasil) se nos presenta SIEM- « PRE A LA CABEZA DE ESA CRUZADA DE VALIENTES que desti- « nados por Dios nos dieron Libertad é Independencia. La « Patria le ha estrechado muchas veces entre sus brazos mater- « nales; le ha llamado SU HIJO QUERIDO, SU AMPARO, SU PRO- « TECTOR, y el HA LLENADO sus deberes. Destinado á la « grande y difícil misión de darle Libertad y sostenerla en los « conflictos de la guerra, en las inícuas maquinaciones de la « paz nos hemos dirigido al VIRTUOSO CAPITÁN y nos ha sal- « vado.

« Colocado en la más digna posición que el hombre puede « ambicionar en la tierra: PADRE Y CONSUELO DE SU PATRIA « APOYO Y PROTECTOR DE LOS MÁRTIRES DE LA LIBERTAD, « el mundo le aplaude, los buenos le aman, los malvados, los « tiranos le tiemblan. ¡Oh! él es digno de ocupar ese puesto.

« Gloria mil veces al REPUBLICANO EMINENTE (Barón de « Taenarimbó) al hombre de corazón que nos ha RESTITUIDO « AL SENO DE LAS DICHAS, al goce de nuestros derechos!

« No importa que los imbéciles se liguen para oprimir á sus « hermanos, que pactos de destrucción y de sangre hayan re- « cibido la sanción de los verdugos: nosotros tenemos un poder « á que ellos no alcanzarán jamás, tenemos el auxilio de Dios, « la fuerza del pueblo y el ANGEL DE SANTA ANA. Pu-

« den los impíos teger sus tramas horrorosas, aguzar los puña-
« les en las tinieblas de la noche, la República en masa com-
« batirá á la faz del Cielo, en pleno día, bajo la dirección del
« HOMBRE COLOSAL que está habituado á herir en el corazón
« á los malvados y á presentarse como el IDOLO DE LOS LI-
« BRES, de los patriotas, de los buenos.

«El General Rivera acaba de abrir una NUEVA ÉPOCA á su
« patria y esta época es fecunda. La América entera gime
« bajo el yugo de crueles y funestas preocupaciones; los
« restos de un mal extinto despotismo pesan sobre toda ella y
« como si cada uno de esos fragmentos aislados fuese un
« elemento de destrucción ó de muerte, los hombres se con-
« cluyen, las cosas se chocan, las instituciones vacilan y solo
« un GENIO SOBERANAMENTE LIBRE y SANO como el suyo,
« puede dar á estos países enlutados la felicidad que tanto me-
« recen. Sus calidades porsonales, su posición social, su poder
« JUSTA Y LEGITIMAMENTE ADQUIRIDO, lo colocan al frente de
« ese ESPIRITU REGENERADOR é independiente que se ha apo-
« derado de nuestras sociedades. El será sin duda, el ÓRGANO
« de la más grande obra que haya visto la América; el FUN-
« DADOR de la nueva sociabilidad americana, el hombre que
« en las remotas edades del porvenir SE OFRECERÁ COMO
« UNA ESTATUA GIGANTÉSCA en medio de esta atmósfera te-
« nebrosa que nos ahoga. ¡Quiera el cielo escuchar nuestros
« votos y conservarle á la patria su MEJOR HIJO, SU MÁS
« GRATA ESPERANZA!

ANDRÉS LAMAS.»

En materia de bajas mistificaciones no se puede dar nada mas característico que los conceptos serviles que encierra esa repugnante literatura política, obra de una de las figuras prominentes de la defensa. Tal es la justicia y la verdad histórica que en la defensa del partidarismo y en el ataque al adversario político ha guiado la pluma de los más distinguidos publicistas del partido colorado como lo era el Dr. Lamas. Así han

convertido al imperialista Rivera, en republicano eminente; al administrador más que desordenado, en emblema de la virtud y de la prosperidad nacional; al hombre insensible ante las desgracias de la patria, en alma augusta; llaman á eso no adular, y llegan á atribuir la cruzada de los Treinta y Tres al que á la sazón servía al Imperio como Barón de Taenarimbó; virtuoso capitán, al caudillo anarquista; hombre colosal, ídolo, genio soberano, estátua gigantesca y hasta ángel; en fin, mejor es no seguir y dejar que respondan por él los hechos. Así como han pretendido transformar al hombre ante la credulidad de las gentes, han pretendido también transformar su partido en partido de la libertad; y una defensa extranjera sostenida principalmente por franceses, ingleses, argentinos y negros, en gloria nacional y gloriosas tradiciones. Lástima es que los hechos no correspondan á las palabras.

Pero si lo dicho dá idea de la imparcialidad, y del descaro con que esos eminentes publicistas faltaban al más mínimo respeto por la verdad histórica, la misma pluma del doctor don Andrés Lamas nos va á dar idea de la firme consecuencia que presidía á esa propaganda exclusivista.

Después de lo anterior, y ya en 1846, Lamas se expresaba así: « Si la actual situación del General Rivera nos permite « decir que hicimos con conciencia los elogios suyos que pu- « blicamos, ella nos ata—nos ata completamente—para expli- « car con la historia política y militar de los diez años, más ó « menos, que nos separan de los actos que narramos en la « obra, los que han cambiado,—en nuestro sentir con sobrada « justicia y necesidad, la posición que ocupaba en el país.

« El General—nos causa pena decirlo,—no ha comprendido « esta reserva ó ha abusado de los respetos y miramientos « que nos impone su estado actual, PARA HERIR LA MORALI- « DAD DEL PAÍS, á cuya mayoría de hombres públicos acusa « de inconsecuencia y de deslealtad;—y esto nos obliga, en el « interés común, á hacer breves indicaciones que, sin la míni- « ma ofensa de su carácter, bastarán, á nuestro ver, para que « se aprecie nuestra conducta.

« El Dictador Rozas ha verificado un cambio profundo en « la guerra de estos países; él ha comprendido la superioridad, « incontestable, de las tropas regladas y de la guerra regular; « y aunque incapaz de hacerla por sí mismo, ha tenido el « buen sentido de intentarlo por todos los medios que han es- « tado á su alcance.

«El general Rivera, que ha sido el primer caudillo del país « durante la guerra *irregular* en la que es habilísimo y á la que « debe la alta influencia de que ha gozado, carece de instruc- « ción para la organización y las maniobras de un ejército re- « gular;—es enteramente extraño al manejo y á las aplicaciones « de la caballería reglada, de la infantería y de la artillería. « De ahí, que sus últimas campañas son una serie, no inte- « rrumpida, de pasmosos desastres. Todo cuanto ha llevado á los « campos de batalla, se ha perdido en ellos; y se ha perdido « totalmente como en el *Arroyo Grande* y en la *India Muerta*.

« En ese convencimiento, resistimos el mando en Jefe de « las armas de la República que se obstinaba en conservar el « General Rivera. Su aspiración á ese mando, después de los « desengaños prácticos de la guerra actual, nos parece un « acto de ceguera, inconsistente con los intereses y la salvación « del país.

«Estamos convencidos, además, de que la política del gene- « ral en los últimos años, hace inconciliable la influencia su- « prema que pretende, con RELACIONES EXTERNAS á que hoy « ESTÁ LIBRADO LO MEJOR DE NUESTROS DESTINOS.

«ANDRÉS LAMAS.»

Como se vé el protector de la Patria, el amparo, el hombre colosal, y el ÁNGEL, del año 38; era ya solo un ángel caído digno del infierno en 1846.

Parece imposible que un hombre como el Dr. Lamas atribuya á Rozas la creación de las tropas regulares y de la guerra de escuela; olvidando que ya antes había existido la ciencia militar con San Martín, Alvear, Guido, Dorrego y otros, y que don Manuel Oribe era un excelente general hecho, y ya glorioso,

de la escuela de San Martín, cuando se puso como general en jefe al frente de los ejércitos de la República Argentina en su carácter de Presidente aliado.

Pero aparte de esto, que no tiene importancia, habrá podido notarse en la comparación de esos dos documentos, la lógica de fierro y la austeridad consecuente que distingue á esos publicistas del partido de la libertad, que ahora declaran á Rivera *estátua gigantesca del porvenir* y luego lo arrojan en el abismo; que ahora combaten rudamente la anarquía, el desorden, el exclusivismo y la inmoralidad administrativa del gobierno de don Lorenzo Batlle, y luego lo sostienen al amenazarlo el pueblo armado; que atacan rudamente al tiranuelo Santos, y hacen causa común con la altanería del almirante italiano Amezaga, cuando los sucesos escandalosos de Volpi y Patroni, y luego estrechan á ese tiranuelo en sus brazos, le forman ministerio, lo acompañan al teatro, y lo empujan á la barandilla del palco, para que reciba los aplausos populacheros, de un público mistificado con su propaganda.

Pasemos ahora á la autoridad histórica y política de la propaganda de D. José Rivera Indarte, brillante escritor unitario, fogoso defensor de las libertades del Plata, y merecedor de otros epítetos no menos ardientes según los partidarios de las llamadas gloriosas tradiciones; que dicen que consumió su vida en servicio de una causa; cuando en realidad la consumió en servicio de dos, pues con la misma fé, el mismo empeño, y el mismo entusiasmo defendió la causa federal que la causa unitaria.

D. José Rivera Indarte fué ante todo un tránsfuga. Y la verdad es que como ha dicho un escritor célebre: no hay nada peor que un tránsfuga.

Aunque ya había escrito algo sin importancia, cuando entró de lleno en la política militante fué al redactar *El Imparcial*, diario federal de don Bernardo Velez, en el cual juzgó Rivera Indarte acerbamente al partido unitario, é hizo un inventario de los errores y crímenes cometidos por ese partido hasta el año 28. Luego redactó también en Buenos Aires «La Lanza Federal» donde exhibió como programa este verso de Milton

«Venganza, amigos, sin piedad, venganza,
«Con el autor de nuestros tristes males,
«Ni treguas ni amistad: nada de engaños.
«Los desconoce el fuerte de Mavorte.
«Lidiemos en el campo.»

Luego se lanzó con toda vehemencia á defender la *suma del poder público* en el gobierno de Rozas, lo que sostuvo con osadía, pidiendo al mismo tiempo fuertes medios de represión contra los unitarios. Su *diario de anuncios* y *publicaciones* que empezó á publicar en 1835 abiertamente federal y exaltadísimo en su propaganda, ha sido comparado con *El Amigo del Pueblo* de Marat, si bien Rivera Indarte que vendió su pluma, careció siempre del patriótico desinterés que caracterizó al siniestro patriota francés, que viviendo en la miseria decía: Me calumnian, y me bastaría vender mi silencio para ser más poderoso que todos mis detractores.

Rivera Indarte invocando la *Salud del Estado* emprendió una campaña ardiente, exaltando á Rozas como héroe, y clamando por la urgente necesidad de concentrar en sus manos la *suma del poder público.*

Explicó las responsabilidades que pesaban sobre el partido unitario en el asesinato del General Quiroga; escribió la *Biografía del Brigadier General don Juan Manuel de Rozas*, y los *Apuntes* para la historia de la expedición al desierto: « Inspi-
« rados—decía Rivera Indarte—en el deseo de ilustrar á los
« extranjeros sobre la importancia y resultados de esa campaña
« emprendida por el General Rozas, cuyas relevantes cualida-
« des físicas y morales jamás se han atrevido á negarle sus más
« encarnizados detractores ».

Puso á la disposición del partido federal hasta donde le daban sus fuerzas, la política y la literatura, el periódico y el panfleto, la prosa y el verso, aunque no era poeta sinó apenas mediano versificador.

En celebración de un triunfo sobre un alzamiento unitario se celebró en honor de Rozas la tragedia *Bruto ó Roma libre.*

Rivera Indarte subió á la escena y leyó un *Himno de los Restauradores* que fué repartido en hoja suelta y que en alusión á los unitarios contenía estrofas como esta:

Esa horda de infames ¿qué quiere?
sangre y luto pretende, ¡qué horror!
empañar nuestras nobles hazañas
y cubrirnos de eterno baldón!
Ah! cobardes, temblad: es en vano
agoteis vuestra saña y rencor,
que el Gran Rozas preside á su pueblo
y el destino obedece á su voz.

Rivera Indarte, ese publicista famoso del partido titulado de la libertad, fué el autor del HIMNO FEDERAL en que condenaba á los unitarios en defensa de los federales en los siguientes términos:

« Ese bando traidor parricida
« que en Diciembre mostró su furor,
« sobre ruinas y sangre de hermanos
« tremoló su rebelde pendón.

* * *

« Transportaos, Federales, al tiempo
« de anarquía, de luto y horror,
« en que el buen campesino moría
« por ser fiel á su patria y honor.

* * *

« Y vereis el infante, el anciano,
« degollados con zaña brutal,
« con sus tristes despojos sangrientos
« de los viles la rabia saciar.

* * *

« Vuelve, pues, Adalid valeroso
« á regir á este pueblo fiel;

« Y si acaso la artera calumnia
« tus virtudes quisiese empañar,
« tus leales, en sangre de inícuos
« tal agravio sabrán castigar. »

A este himno acompañó Rivera Indarte su entusiasta profesión de fé federal.

Podríanse multiplicar ejemplos más signaficativos que éstos, pero lo expuesto basta para que se comprenda cuál podía y puede ser para nosotros la autoridad política de ese escritor argentino aliado del partido colorado, y qué mérito puede tener una propaganda á que lo decidió el ilustre don Santiago Vázquez, el mejor chalán de conciencias que tenía entonces el partido titulado de la libertad, y que habiendo ido de Ministro á Buenos Aires, consiguió con su relación hacerlo sospechoso primero, y atraérselo completamente después por medio de halagos y ventajas que le ofreciera.

Rivera Indarte de aspecto enfermizo, con cara de mujer febricitante, sucio y desaliñado en su persona, era fundadamente sospechado en su moralidad, y fué expulsado de la Universidad de Buenos Aires por sustraer los libros de la biblioteca. Luego pretextando relación con el ministro D. Santiago Vázquez se presentó con cartas falsas al Coronel Zufriategui á título de agente de Lavalleja exigiéndole una cantidad de onzas. Zufriategui que recibió aviso á tiempo no cayó en el lazo. La cabeza del proceso de este asunto la formaron las cartas falsificadas por Rivera Indarte. Este convicto y confeso de la acusación sufrió la pena de un año de destierro. A más se le acusó, sin su negación, de haberse sustraído las alhajas de un Templo. Tal era el hombre, las convicciones y la propaganda, con que quería arrojar lodo y lapidar á los patriotas que derramaban su sangre en la creencia patriótica de que lo hacían por la libertad de la patria y por la independencia americana.

Creo que tiene importancia el observar imparcialmente la autoridad que verdaderamente tiene Rivera Indarte, porque don Bartolomé Mitre escribió la biografía de este servidor de Rivera,

y sus partidarios han coleccionado sus escritos queriéndolos arrancar al olvido con la mira partidista de presentarlos á la juventud como verdades históricas, y mantener las mistificaciones y las ideas erradas de otras épocas que ya no tienen razón de ser, por medio de lo cual pretenden probar que el partido colorado es el partido de una libertad que á pesar de lo largo de su dominación no hemos visto lucir aún en el horizonte durante sus repetidos y desastrosos gobiernos.

CAPÍTULO XXXV

La guerra grande

Hasta en las escuelas se comete el crimen histórico de enseñar á las inocentes inteligencias de los niños, como verdad demostrada, las mentiras que los publicistas partidistas é intransigentes han lanzado en pró de sus esclusivismos al fragor insano de la pasión. La guerra grande no tiene más explicación según ellos que la de una invasión de Rozas. Ese clamor público contra las depredaciones y los saqueos de Rivera y ese grito patriótico de todo un pueblo contra el extravío de un partido y la reconquista anglo-francesa, no son sinó sometimiento á Rozas; y don Manuel Oribe, el magistrado modelo, el soldado de la libertad contra el coloniaje contra el Brasil y contra la anarquía, no es más que el teniente de un tirano.

Y eso se enseña á la niñez de un pueblo con la autoridad oficial apoyada por miles de bayonetas, y la complacencia de maestros extranjeros mercenarios, titulados historiadores, que descienden llenos de gozo á bañarse en pasiones innobles que ni les corresponden ni comprenden; así se envenena la inteligencia de la juventud; y así se mantiene la guerra ó la hipocresía en las generaciones de nuestra patria.

Pasan las diversas escuelas filosóficas, pero para ese parti

clarismo intransigente no hay teoría que explique los hechos sinó de esa misma manera, con la misma eterna fraseología, que ya rompe el tímpano: una ola de sangre enviada por un tirano y acaudillada por uno de sus tenientes.

Leyenda falsa y tiránica, que pretende arrojar y arroja en nombre de la fuerza á la mayoría del país al ostracismo político, porque es la fórmula sacrílega de la mentira con que un partido á la vez anárquico y despótico, pretende cubrirse con la máscara farsáica de la libertad, para perpetuarse en el poder con que ultraja arruina y tiraniza.

Mucho evolucionismo, mucho positivismo; pero tratándose de lapidar al adversario derrocado por las armas extranjeras, ¡adios *sociología moderna!* ¡Adios Darwin, Spencer, Littré, Compte, Bain, Heckel, Bückner, y demás miembros de la material familia! ¡Adios medio ambiente de Montesquieu! ¡Adios! *filosofía histórica* de Bagehot y de Buckle! El tirano y su teniente no hay más. Ya no hay *psicología científica* para sondear el corazón de ese pueblo y de su jefe, ofendidos por la absorbente alianza extranjera; desesperados de una administración rapaz despótica y ruinosa; ultrajados en su moralidad; profundamente alarmados ante la fundada creencia de la posibilidad de una nueva conquista. Ya no hay *etnología* que explique el grito de la sangre y las justas afinidades de la raza. Ya no hay *leyes evolutivas* que presidan la actitud de los pueblos, y *épocas sociológicas* que prescriban su conducta á los individuos. Las personalidades no son nada ante los sucesos, cuando se predica la titulada *ciencia moderna;* las personalidades lo son todo, dos personalidades lo son todo, disponen de pueblos de ejércitos, de naciones, de la opinión, se meten en el bolsillo los derechos y las libertades, tuercen solos el giro de los acontecimientos, cuando se trata de responsabilizar al enemigo. ¡Adios *evolución superorgánica*, cuando se trata de disfrazar con la careta de la libertad á un partido sin respetabilidad y usurpador! ¡Adios *factores de los fenómenos sociales*, cuando se trata de aferrarse en el poder por medio de la lapidación del adversario!

Si no bastara la luz que se desprende de los mismos hechos históricos, existen miles de testimonios de los mismos colorados, que es inoficioso reproducir, y que prueban acabadamente lo que fué el saqueo administrativo de Rivera, su descorazonador gobierno y la desesperación que agitaba á los pueblos, y el deseo que los dominaba de que se produjese un cambio, y que don Manuel Oribe y el partido de la legalidad tomasen la dirección de la cosa pública.

Los sucesores de los que gozaron á la sombra de los abusos de aquel caudillo funesto, los descendientes de los que hicieron con él grandes fortunas, y que han conservado esos bienes mal adquiridos; por patriotismo y por decoro propio debieran silenciar esas épocas, y no proporcionar los elementos que así obtuvieron, para atacar á los miembros de un partido que se ha distinguido siempre por su honradez.

Ante las provocaciones imprudentes é impolíticas de la diatriba insensata de una nueva propaganda seudo-reformadora, que á pretexto de regeneración recoje el lodo inmundo acumulado por un poder engendrado, conservado y perpetuado por la fuerza de las bayonetas, para arrojarlo sobre una agrupación política que desde el llano y desde el campo de la derrota, solo se exhibe haciendo esfuerzos supremos por la libertad y el advenimiento del régimen institucional de la patria, hemos creido deber contestar tan injustos, falsos y anacrónicos ataques, mostrando dónde estuvo la traición y dónde la bandera de la patria; dónde el espíritu de peligrosas aventuras, y dónde el reposo y la seriedad del patriotismo; dónde se jugaba, se empeñaba y hasta se vendía el porvenir, y dónde se derramaba sangre generosa, se pensaba con cordura y con patriotismo, y se hacía toda clase de sacrificios por asegurar el porvenir de la República.

Proscripto el partido blanco y su distinguido jefe el Presidente legal D. Manuel Oribe, perseguidos los hombres de ese partido como lo fué Monterroso el célebre y patriota secretario de Artigas, un grave malestar se había ido acentuando en el país

y todas las clases sociales clamaban por un cambio de gobierno. Ya puede calcularse cómo sería deseada la vuelta de don Manuel Oribe al Gobierno, el magistrado que tan gratos recuerdos había dejado de su administración.

Los colorados comprendieron que les era imposible la resistencia aún con el apoyo de los unitarios argentinos, y éstos comprendieron á su vez que no podrían resistir solo en compañía de los colorados á la invasión de D. Manuel Oribe con un ejército de orientales y argentinos, al cual se plegarían además los restos del partido blanco, existentes en el país. Unitarios y colorados se entregaron pues con anticipación á la obra de conseguir el apoyo decidido del extranjero, y de ahí la intervención anglo-francesa primero, y la guerra anglo-francesa después.

Las novelas y las leyendas partidistas han propalado y mantenido en los partidarios ignorantes el enorme disparate de que la intervención anglo francesa se debió á los procedimientos anti-civilizados del Gobierno de Buenos Aires y del ejército invasor al mando de Oribe; y que aquellos soldados y marinos europeos de pecho de bronce, que imponen su dura ley con sus cañones y exterminan pueblos á nombre de la civilización, colonizando en Asia y en Africa, se habían compadecido aquí de horrores imaginarios, se enternecían humanamente y tomaban en contra de dos pueblos la defensa armada de dos círculos, á quienes el ilustre Dupin en Francia trataba de aventureros, diciendo que la impremeditación del carácter francés, quería convertirlos en partidos políticos á costa de la Francia.

Ese tremendo desatino, que como tantos otros admirará en el futuro de que haya podido pasar por verdad, si se ignora cómo ha sido comprimida la libertad de defensa y del pensamiento, está refutado por la simple cronología histórica.

Todavía no había invadido don Manuel Oribe; más aún, no había mandado ejércitos argentinos; más aún, estaba todavía en su país ejerciendo la Presidencia, cuando unitarios y colorados como simples revolucionarios y con promesas antipatrió-

ticas, consiguieron arrastrar á los franceses á la intervención. No había, pues, entonces errores que alegar, y sin embargo entró la Francia en la jarana colorada-unitaria-riverista.

Pues por los mismos medios realizaron la segunda coalisión que fué anglo-francesa; y á más hicieron esfuerzos inauditos por agregarle el Brasil, á cuyo efecto fué á Río Janeiro don Andrés Lamas.

La defensa asumió, pues, desde su origen y mucho antes de presentarse don Manuel Oribe, un carácter eminentemente extranjero. Otro detalle acentuó más este cosmopolitismo. Aún contando los colorados con los unitarios y ambos con los extranjeros, creyeron que á pesar de que la defensa se haría detrás de los parapetos, no estaría de más acumular el mayor número posible de soldados, y entonces decidieron armar los negros esclavos á los cuales se les declararía libres encerrándolos en los cuarteles, á fin, sin duda, de despertar en ellos el entusiasmo por la libertad. La mayoría de estos morenos era de africanos, de manera que á la Francia, á la Inglaterra y á la Italia, que también contribuyó, agregaban el Africa los liberales unitarios y colorados.

Las tan decantadas libertades del Plata quedaban pues entregadas á la custodia de los esclavos africanos, y de los ingleses, franceses é italianos, presididos por una dirección unitario-riverista. Ese era el pueblo CONSCIENTE Y APASIONADO POR LA LIBERTAD que se levantaba ARROGANTE ante el aviso del avance de los tiranos.

Don Manuel Oribe guardó la mayor consideración con los morenos prisioneros, y en las primeras escaramuzas en que se presentaron se vió al General Oribe en persona recorrer las filas recomendando á sus soldados: « *A los negritos no me los maten.* » Todos ellos sirvieron á Oribe después con decisión, lealtad y entusiasmo. El Africa había adoptado ya los hábitos de América, y no se reconciliaba con la invasora Europa.

Se ha ensalzado en todos tonos el entusiasmo, la decisión, la generosidad y el deseo de la resistencia de los habitantes de

Montevideo, y eso es tan incierto, que á no ser por los extranjeros no solo los habitantes de Montevideo no hubieran tomado las armas, sinó que tampoco se las hubieran hecho tomar á sus esclavos en defensa de esa pretendida libertad.

El general César Díaz actor en la defensa, en esas páginas saturadas de odio y de ofuscación política que legó á la posteridad, se queja de la falta de decisión en la población de la ciudad en contra de la invasión de don Manual Oribe: y declara que existiendo en Montevideo tres mil morenos esclavos, solo setecientos pudo arrancar el gobierno á la ocultación que de ellos hacían las familias; y ésto á pesar de la policía y de las patrullas italianas, inglesas y francesas en una plaza regida por la dura ley militar. Poco á poco naturalmente fueron dando con el refugio de los que no se pasaron á Oribe.

Ya que he citado el libro de César Díaz bueno es hacer una observación sobre él. Es ese escrito un libro de polémica política y de mistificación partidista; pero así como los publicistas civiles de los colorados son más diplomáticos, éste como soldado es rudo y feroz. Su libro es una proclamación de la venganza; injusta, porque la muerte de los prisioneros en una guerra sin cuartel fué error de ambos partidos y más aún de la época. En la guerra civil de España en esos mismos tiempos tuvieron que intervenir las otras naciones para moderar la crueldad de los dos bandos. Del modo cómo había hecho la guerra Napoleón no hay para que recordar. Estaban frescos los recuerdos de la revolución francesa. Desgraciadamente la inútil y lamentable crueldad en la guerra había sido la enseñanza que nos habían legado las guerras de nuestra independencia y las de la independencia de la República Argentina. Pero la injusticia de Cesar Díaz estriba precisamente en que en las guerras civiles del Río de la Plata los unitarios y los colorados habían sido los iniciadores de esas crueldades. Rivera inició la guerra civil, ahogó en sangre las revoluciones de Lavalleja, y durante la Presidencia moderada de D. Manuel Oribe y rebelado él, cometió muchos fusilamientos de algunos de los

cuales hemos dado cuenta en estas páginas. Sus partidarios hicieron dos tentativas de asesinato en la persona de D. Manuel Oribe, una sitiando á Montevideo y otra la del francés Seron siendo Oribe Presidente; los unitarios asesinaron á Dorrego, hicieron dos tentativas para matar á Rozas, proclamaron con los hechos y la doctrina el asesinato político, y Rivera Indarte proclamaba á voz en cuello, como toda su prensa, que era accion santa matar á Rozas y no solo á Rozas, sinó á todos sus partidarios.

Pero hay que reconocer que los federales ejercieron esos hechos como represalias y D. Manuel Oribe si como jefe oriental y blanco cometió el error de ser implacable, fué siguiendo en eso á sus enemigos, y á título de represalias. El moderado historiador D. Antonio Díaz dice con respecto á Rozas: «Justo es « decirlo; ¡no hay sin embargo un acto de terror ó un crimen, « que él no fundase en una provocación más ó menos grave de « sus enemigos».

Pero César Diaz va más allá, y sin fijarse en los excesos de los campos de batalla en que sus correligionarios han sido victoriosos; dice que es necesario acudir á aquellos en que han sido vencidos para recoger una bandera de venganza y lanzarse nuevamente al combate y á las represalias sangrientas. ¡Misericordia! No puede darse un error más funesto. Debe acudirse á los campos de batalla, sí, pero para enterrar en ellos con igual piedad los muertos y los odios insanos que en esos campos se han agitado con violencia. Por mi parte pido á la Providencia que aparte á la juventud civil y militar de mi patria de tan negro pensamiento. ¿Qué sería de nosotros, cuándo terminaría la guerra civil, si en lugar de humanizarla como hizo la revolución de Aparicio, ó de tratar de evitarla como hace la generación actual, enterrando piadosamente los odios del pasado, fuésemos á buscar inspiraciones y á recoger banderas de venganza en el Palmar, en la reconquista del poder por Rivera, en sus incendios de pueblos, en el 18 de Julio, en Paysandú, en La Florida, en la

entrada de Flores á Montevideo, en el 19 de Febrero, en el Sauce, en el 10 de Enero, en Guayabos, en el 11 de Octubre, y en tantos otros hechos sangrientos, lamentables y dolorosos, en los cuales el partido colorado ha realizado horribles masacres con nuestros correligionarios, sus propios compatriotas. No son las luchas sangrientas con bandera de venganza las que han de salvar al país, y mejor sería que César Díaz hubiera prescripto á sus conciudadanos y á sus correligionarios en el Gobierno, el respeto á la Constitución y á las leyes, y campo y luz para la lucha en el terreno del derecho, de la libertad y de las instituciones.

La convención Mackau-Arana había alejado á la Francia después de varios años de pretensiones inútiles por su parte y la de sus aliados, que se estrellaron contra la firme resistencia de Rozas y la resolución patriótica de Oribe. Ahora esos mismos manejos de los unitarios y los colorados, introducían nuevamente la mediación de Inglaterra y Francia primero, y su intervención armada después. El papel petulante que había desempeñado el cónsul Roger lo iban á representar ahora el ministro inglés Mandeville y el francés conde Delurde

Don Manuel Oribe invadió el año 43, pero desde antes unitarios y colorados hacían esfuerzos inauditos por traer al país la intervención extranjera. Esta no fué causada por la invasión, sinó al contrario. Oribe que hubiera invadido sólo con los orientales, pues le eran suficientes para dominar el país después de su victoria del Arroyo-Grande, sí sólo se hubiera tratado de combatir el poder de Rivera, invadió con un ejército argentino-oriental por estar de por medio la intervención anglo-francesa, el armamento de los extranjeros solicitado por las autoridades coloradas, y la perspectiva de la alianza con el Brasil.

Los unitarios exigían al Ministro Inglés Mandeville que impusiese á Rozas intimándole con los cañones de la Inglaterra, y á más le pedían, un año antes de la invasión de Oribe, que guarneciera á Montevideo con fuerzas inglesas. Mandeville vacilaba ante estos atentados; y como uno de tantos documentos

que corroboran esta conducta anti-patriótica véanse estos párrafos de una nota pasada por el Gobierno Oriental á Mandeville con el objeto de decidirlo.

Particular.

Montevideo, Agosto 24 de 1842.

Mi querido Sr. Mandeville.

. . . .

Esta declaración en mi concepto no ha de ser vana; la orden « que Lord Aberdeen dice haber dado de hacer cesar la guerra, « se ha de cumplir.

« Sobre estos datos y poniéndome en el caso de negarse obsti« nadamente el Gobernador de Buenos Aires á todo acomodo, es « que pedí á usted y al Sr. Conde Delurde se le hiciese la declara« ción, de que *los mediadores guarnecerían la capital* de Montevi« deo, y *permitirían el armamento de la población extranjera.* « Tal declaración no sería sinó una consecuencia forzosa de la « que Vd.. en cumplimiento de sus instrucciones y en su « caso, debe hacer al General Rozas, de que S. M. B. *no sería* « *indiferente* á la continuación de la guerra. Creo que tal « declaración *como amenaza* en el caso hipotético en que la « pido, tendría muchos y muy recientes ejemplos en qué apo« yarse, y no podría considerarse inusitada; sería solo preparar « la ejecución de la declaración de que el Gobierno Británico « no sería indiferente en la guerra actual; pero sería sobre todo, « en mi concepto, conforme *á las órdenes y deseo de su Go*« *bierno* que no puedo creer que HAYA OFRECIDO Y HECHO « ESPERAR COSAS QUE NO QUISIERA CUMPLIR

. . . .

«FRANCISCO A. VIDAL.

»Es conforme—

Juan A. Gelly».

Unitarios y colorados querían á todo trance meter á los ministros, á los jefes de escuadra y á las naciones europeas en un conflicto del que después solo pudieran salir á cañonazos, des-

garrando sus respectivas patrias, pero dejándoles á ellos algunos girones, satisfaciendo sus odios y rencores y saciando la pasión estúpida de la venganza.

Con este objeto apremiaban al Ministro inglés para que desembarcase fuerzas en Montevideo, y habiendo dicho éste que el almirante se reiría de él por pretender que diese un paso tan grave sin órdenes terminantes de su gobierno; el Gobierno colorado para precipitarlo le decía en la misma nota el año 1842.

« Por lo que hace á la otra objección que opone á mi pre-
« tensión, de que el oficial comandante de la Estación Naval
« Inglesa, se reiría de V. si le pidiese *que pusiese sus hombres*
« *en tierra y guarneciese á Montevideo* sin mostrarle órdenes
« terminantes de su gobierno, tampoco ha sido mi ánimo po-
« nerlo á V. en este conflicto; ni he creido que aparecería V.
« en ridículo ante ese gobernador (Rozas) por hacer una decla-
« ción que por falta de medios *no pudiese V. ejecutar inmedia-*
« *tamente:* Vd. querido Sr. Mandeville, tiene el honor y la
« fortuna de pertenecer y servir á una Nación *demasiado pode-*
« *rosa y grande* para poderse nunca poner en ridículo: El gene-
« ral Rozas y todo el mundo sabe que Inglaterra *tiene sobrados*
« *medios de cumplir lo que dice y exija* y no puede Vd. temer
« que después de haber dicho su Gobierno que *había mandado*
« *cesar esta guerra*, y de quererlo eficazmente, como yo lo creo,
« DEJASE Á VD. SIN LOS MEDIOS DE SOSTENER SU DECLARA-
« CIÓN.

FRANCISCO A. VIDAL.

«Es conforme—

Juan A. Gelly.»

Dígase si se puede expresar de una manera más clara la entrega de los destinos del Plata á las poderosas potencias extranjeras. A dónde hubiéramos ido á parar por ese camino sin la resistencia de Rozas y la patriótica actitud de Oribe.

Pero los hombres del gobierno de Montevideo no cejan, y en el deseo partidista y en la ansiedad de inmiscuir á las na-

ciones extranjeras con arreglo á sus miras ambiciosas, insisten con el Ministro Inglés, y en la misma nota tratan de empujarlo con el ejemplo de su colega, el Ministro Francés, en el siguiente párrafo de ella:

« En lo que yo he pedido á Vd. y al señor Conde Delurde,
« no he *buscado tanto el apoyo de la fuerza física* como el
« efecto moral que tal declaración creo que produciría sobre
« la obstinación del General Rozas: dos ó trescientos ingleses
« y franceses, ó igual número de unos ú otros, no harían ines-
« pugnable á Montevideo, pero *mostrarían que la protección*
« que los mediadores le dispensan era FORMAL y SERIA: si
« Vd. se considera sin medios, porque no puede, sin órdenes
« expresas de su Gobierno requerir que el comandante de la
« Estación Naval Inglesa en el Río de la Plata desembarque
« hombres en Montevideo, el señor Conde Delurde no está
« en el mismo caso que Vd. porque tiene á su disposición lo
« bastante *para poner en tierra 200 hombres* MIENTRAS USTED
« Y EL AUMENTAN SUS MEDIOS DE ACCIÓN.

«FRANCISLO A. VIDAL.

«Es conforme— «*Juan A. Gelly*.

Esto era decretar la disolución política de los pueblos del Plata, presidida por la fuerza de las potencias europeas.

Rivera después de su derrota del Arroyo Grande al saber la aproximación de Oribe al Uruguay incendió el pueblo del Salto, y luego hizo otro tanto en Tacuarembó. Este sistema bárbaro desenvuelto en su propia patria considerando á los habitantes, á la propiedad particulur y á la tranquilidad de las familias como cosa propia, con derecho á inmolarla á sus insanas pasiones, era uno de los medios estratégicos de esa *columna de las libertades públicas*, y de las *garantías individuales;* esa era la táctica de ese general que más aún que hacer la guerra con ejércitos contra ejércitos la hacía con caballadas contra caballadas. A él más que tener superioridad sobre el enemigo en armas ó en soldados, le interesaba tenerla en los caballos. Sus golpes eran a-

rrebatar al enemigo sus caballadas, y sus reservas consistían en tener buenas invernadas de caballos. Si las caballadas del enemigo equilibraban á las suyas no apelaba á golpes estratégicos ni á combinaciones militares, toda su preocupación era entonces tratar de cansarle las caballadas al enemigo por medio de vueltas dejándose perseguir, y empleando sus medios devastadores y gauchescos. Por eso su brazo derecho, su teniente, su especial jefe de Estado Mayor, su hombre de confianza, y su todo, era el pardo Luna. El pardo Luna era á la vez la vanguardia y la reserva del *Angel de Santa Ana* según don Andrés Lamas. Por eso fué derrotado en todas partes donde tuvo á su disposición un ejército organizado que no sabía manejar; así fué deshecho en Carpintería, en el Yí, en el Arroyo Grande, en India Muerta, en el Sauce, en el Paso de las Piedras donde huyó casi desnudo, en Pan de Azúcar; y según don Andrés Lamas y el general Paz en todas partes donde tuvo á sus órdenes un ejército, para cuyo mando no tenía aptitudes ni conocimientos militares; porque según el general César Díaz: «Rivera « no conocía la guerra regular, y nunca había hecho más que « acaudillar montoneras».

Por eso la gran victoria de la larga vida de correrías de Rivera es la del Rincón de las Gallinas, que á la vez caracteriza su género guerrero. El Rincón de las Gallinas fué una operación contra las caballadas y por casualidad se tornó en sorpresa. Rivera fué á robar los caballos que los brasileros tenían invernados en el Rincón, y al saber que venía una columna descuidada á descansar allí, salió y la sorprendió. El y sus parciales invocaban siempre con toda audacia ésto, como un gran triunfo en sus bombásticas proclamas.

Ante la aproximación de D. Manuel Oribe y después de incendiar Rivera los pueblos del Salto y Tacuarembó ordenó una medida no menos atentatoria y cruel; y encargó de su cumplimiento al pardo Luna y demás jefes de las fuerzas que se ocupaba en reunir. Dispuso arbitrariamente ese defensor de la libertad, arrancar á las familias de sus hogares, y arbitra-

riamente les intimó que montasen en carretas y marchasen á encerrarse en Montevideo, llevándose toda su hacienda. Preparó así un convoy de 200 carretas. Ahora trataba á su pueblo ese jefe del partido de la libertad como á los pobres pueblos de las Misiones, víctimas antes de sus infamias; y ese era el pueblo que se proponían mostrar á la faz del mundo levantándose espontáneo en nombre de la libertad y amparándose en la capital por terror de la tiranía! Pero todo el mundo sabe que el país entero tenía confianza y manifiestas simpatías por D. Manuel Oribe, y que ese hecho vandálico del caudillo no fué más que un nuevo gran atentado agregado á la larga lista de los suyos.

Rivera escribía al coronel Chilavert dándole cuenta de lo que había hecho, y ordenándole hiciera lo mismo en el Santa Lucía Chico, á donde lo destinaba. Le decía: « He puesto un « *desierto desde el Uruguay al Río Negro:* Yo voy á situarme en « el paso, si algunas de las familias que han pasado del Norte « del Río Negro se encontrasen por esos destinos ya sabe Vd. « que deben marchar al punto que indico».

¡Pobre libertad en semejantes manos! Eso es algo más que tiranía, eso es algo más que ahogar los derechos políticos de ciudadano, en lo que Rivera era ducho; y que es lo común en los tiranos; pero esa cruel farsa política para aparentar espontaneidad popular, era invadir el santuario de la familia que hasta los tiranos respetan, y entregar el sagrado del hogar doméstico á merced de bárbaros sayones y de indignos esbirros. Sin embargo un partido político reconoció á ese hombre por su jefe, y ese partido se titula de la libertad!

El Gobierno colorado unitario de Montevideo pensó y confió desde un principio para la resistencia, en la defensa extrangera; pero algunos militares y otros partidarios previsores creyeron desde un principio que no estaría demás organizar algún contingente nacional, por la poca seguridad con que podía contarse con los extravíos de Rivera, incapaz de preparar la defensa de una plaza y al mismo tiempo para animar más y resolver por

completo á los extranjeros á la lucha. Uno de esos previsores fué el general César Díaz quien á este respecto se expresa así acerca del Gobierno colorado: « Creía ciegamente en las men-
« tidas promesas del ministro inglés en Buenos Aires, Mr.
« Mandeville; y en lugar de *vestir en armas* la República, como
« decía *El Nacional* de aquella época y encomendar su salva-
« ción á su propio esfuerzo, SOÑABA CON ESCUADRAS INGLESAS
« que veía venir hacia el Río de la Plata á darnos amparo y
« protección ».

Hasta aquí César Díaz, y como generalmente, injusto; porque ese *amparo y protección* que esperaba el Gobierno colorado, lo obtuvo efectivamente; y al apoyo decidido de las escuadras y de los recursos de los ingleses, franceses é italianos se debió la defensa de Montevideo, contra el partido blanco con don Manuel Oribe á la cabeza, y aliado al Gobierno de la República Argentina.

Ahora, si como es muy natural que lo reserve el General César Díaz, y como se desprende de la conducta de los unitarios y los colorados, y de los antecedentes históricos del Río de la Plata, el Gobierno de Montevideo trató y esperó una nueva invasión de tropas inglesas como la de los seis mil hombres al mando del general Sir Samuel Auchmuty en el Buceo el año 1807, ó la del general Sir John Whitelocke desembarcando al frente de diez mil soldados ingléses en Buenos Aires el mismo año de 1807, entonces si, si eso fué lo reservadamente convenido y eso lo que esperaron, entonces sí tiene razón el general César Díaz; las promesas de los extranjeros fueron mentidas porque solo se las cumplieron en parte.

Pero hay que tener también en cuenta que si esos extranjeros no se animaron á exponerse á las derrotas de 1807 fué en vista de la actitud de resistencia heróica de Rozas y Oribe que se disponían á morir peleando con sus pueblos ó á renovar las hazañas de Don Martín de Alzaga y de Liniers. Las lecciones de 1807 y la de 1806 á Berresford habían sido rudas; y solo su recuerdo y el aspecto de la nueva resistencia, pudo hacerles

andar con tiento en unas pretensiones de conquista á las que antes se habían lanzado solos, y para lo cual podían contar ahora con la alianza de dos partidos internos de los dos países.

Esta es precisamente la gran gloria de Rozas y Oribe que nadie podrá arrebatarles y á la que seguramente hará justicia grande y merecida la posteridad. Los dos son iguales en firmeza, pero Rozas tomó á su cargo la diplomacia, y Oribe á más de los asuntos de su patria, echó sobre sus hombros gloriosos las operaciones militares de esa gran causa americana. Los mismos colorados lo reconocieron cuando al hacerse la paz, firmaron un tratado que decía en su primer artículo:

« Se reconoce que la resistencia que han hecho los militares « y ciudadanos á la intervención anglo-francesa, ha sido en la « creencia de que *con ello defendían la independencia de la República*.»

El estado á que había reducido el riverismo al país lo ha compendiado el mismo general César Díaz en las siguientes líneas:

«No tenía dinero porque el genio dilapidador de Rivera tenía constantemente EXHAUSTAS LAS ARCAS DEL ESTADO y era « un *obstáculo permanente* para todo sistema de administración « regular y económico.»

«No tenía tampoco crédito porque la misma RAPACIDAD IN« SACIABLE que absorbía el tesoro nacional, había extendido « su maléfico influjo sobre las fortunas particulares.

Fué en medio de todas esas dolorosas circunstancias que el general don Manuel Oribe invadió el país como un salvador; y el 16 de Febrero de 1843 clavó la bandera nacional en la cumbre del Cerrito de la Victoria, ya testigo de su patriotismo y sus hazañas, y anunció su llegada con una salva de 21 cañonazos, como cartel avisador de resistencia á muerte á la atentatoria intromisión extranjera.

La índole defensiva de estos apuntes y la necesidad y urgencia de abreviar, no nos permite entrar en los detalles de esa guerra; llamada guerra *grande* por su duración, en un país habi-

tuado ya entonces al estado casi perpétuo de guerra; y que tan fecunda es en pormenores favorables á nuestro partido, como fecunda también en responsabilidades para un adversario que ha adulterado y falseado la verdad histórica, á la sombra de una propaganda sistemática y tiránica, que en ciertas épocas ha constituido su única fuerza.

Relata Rivera Indarte: que el ministro inglés Mandeville impulsado por los unitarios y colorados pasó una nota á Rozas intimándole el cese de la guerra, y al mismo tiempo remitió copia al Gobierno colorado de Montevideo anunciándole: que esperaba una escuadra poderosa anglo-francesa, que debía llegar por momentos, y que *con que resistiese la República quince días más estaría salvada.* Como los días se pasaban, el Ministro de Rivera Sr. Vidal, impaciente y ansioso, urgía al señor Mandeville, y éste le contestaba: Me tiene sorprendido la demora de la escuadra y aún más que el Comodoro Purvis no haya venido ya de Río Janeiro, *como se lo tengo indicado.*

Purvis llegó al fin al Plata. La primera agresión á los derechos de los pueblos del Plata había sido exclusivamente francesa; Purvis inició la anglo-francesa estando en plena paz con la República Argentina y efectuando sin embargo el acto de piratería de atacar la escuadra argentina al mando de Brown dentro del puerto de Montevideo, y hacerle fuego de artillería porque el heróico almirante resistió á obedecer sus extranjeras, profanas y atentatorias órdenes. Con ese acto de piratería se inició la intervención británica, que fué luego tan decantada por sus partidarios en nombre de la libertad y la civilización.

Con la ayuda de las escuadras inglesa y francesa el general argentino Paz organizó la defensa; y tres batallones de Guardia Nacional y uno de Extramuros se pasaron enteros á D. Manuel Oribe. La gran mayoría de los defensores quedó compuesta de los extranjeros y los libertos africanos. En sus manos ponía el partido colorado la libertad y el depósito de lo que más tarde había de llamar *sus gloriosas tradiciones.*

Don Manuel Oribe protestó contra la mistificación que se

hacía, y contra los propósitos sangrientos que falsa é indebidamente se le atribuían; y pudo decir con toda la razón del mundo lo siguiente, según refiere un historiador: « Que eran los « extranjeros emigrados, descontentos, aventureros, desocupa« dos y más ó menos mal avenidos en las revueltas de Europa « y América, los que defendían á Montevideo, *ejercitando por « sí y ante sí la personería de un partido político* que lo había « derrocado á él del Poder que legalmente invistió; y *dando por « pretexto á esta manifiesta violación* de los principios interna« cionales relativos á los deberes de los residentes ó domicilia« dos en país extranjero, el de que otro partido político iba á « pasarlos á todos á cuchillo sin dejar ni á los hijos para re« cuerdo de esta monstruosidad ».

Don Bartolomé Mitre falto de vehemencia pero dominado siempre por la pasión partidista que conserva, tratando de aparentar que no ataca al adversario y deseando en el fondo postrarlo, dice apartándose de ese estilo difuso que lo caracteriza, resultado de la lucha de la hipocresía de la forma superficial, con la intransigencia de las pasiones de su espíritu, dice lo siguiente en su *Episodio Troyano:*

« Al tiempo de ser sitiada Montevideo por el ejército del « tirano Rozas, al mando del degollador Manuel Oribe, de si« niestra celebridad, su población se componía de poco más « de 31.000 habitantes. De estos solo ONCE MIL ERAN NACIO« NALES DE TODOS SEXOS Y EDADES, *incluyendo en el nú« mero* CASI UNA MITAD *de negros emancipados, criollos los unos « africanos los más. Los veinte mil restantes casi en su totalidad « hombres de armas llevar*, eran emigrados argentinos, france« ses, españoles, italianos, etc., etc. De estos veinte mil hom« bres, *las tres cuartas partes* (15.488 según el censo) corres« pondían á las nacionalidades argentina, francesa, italiana y « española. *Los proscriptos* argentinos.... formaron una le« gión en número de más de 500 hombres.... *Los franceses « se organizaron en batallones* en número de más de 2.000 « hombres.... Los españoles en número como de 700 hom

« bres acudieron á las trincheras.... Los italianos mandados
« por Giuseppe Garibaldi formaron una legión de más de 600
« hombres.... *El núcleo del ejército de la defensa lo compo-*
« *nían cinco batallones de infantería y un regimiento de artillería*
« *formados de negros libertos mandados en su mayor parte por*
« *oficiales argentinos. El resto* hasta el complemento *de*
« *7.000 hombres* lo formaban tres batallones y algunos escua-
« drones de guardia nacional que en gran parte *se pasaron á*
« *Oribe por pertenecer al partido blanco.*»

Mitre, artillero de Montevideo, no puede, pues, menos que declarar á pesar suyo que la defensa fué eminentemente extranjera, y que no estaba por consiguiente allí el entusiasmo y el sentimiento nacional. Con extranjeros, escuadras extranjeras, y promesas inconfesables: una docena de oficiales y otra de hombres civiles se hace partido político en cualquier parte. Pero lo que desde luego choca en don Bartolo es el lenguaje procaz al juzgar á hombres ilustres que han valido más que él. La palabra degollador está mal en boca del victimario de Villa Mayor y Laguna de Cardoso; que pasa por humano porque toda su vida ha sido derrotado en todas partes, hasta por los indios, después de garantir pomposamente que respondía hasta de la última cola de vaca. Jamás ha visto la espalda al enemigo, sinó una vez como excepción de la regla, y esa única vez que hizo prisioneros todos fueron sacrificados.

Hasta en las vidas populares que expenden los muchachos callejeros se han leído al respecto dísticos como éste, que se ha hecho proverbial:

La única vez que venció
ruín venganza ejercitó.

La sangre de Bustos, de Benítez y del General Costa, debería ahogarle la voz en la garganta al héroe de Sierra Chica, cuando trata con vituperios á personajes ilustres y respetables á los cuales nunca caracterizó la zoncera.

Es notable la desproporción del número de los franceses entre los defensores, pues hoy mismo no es en Montevideo la

inmigración más numerosa, y esa desproporción unida á la iniciativa tomada por los franceses, demuestra un interés para ellos nacional y hace transcender algo de los misterios inconfesables que hasta ahora continúan ocultos para la historia.

Hay, sin embargo, en todas las épocas y en todas partes, espíritus eminentes que saben elevarse más allá de una ventaja. Uno de ellos fué el célebre abogado francés Mr. Chaix-D'est-Ange, que decía en la Cour de Assises de París al General Melchor Pacheco y Obes: «Os concedo todo, no regatearé « nada de vuestros combates, de vuestras victorias, de « vuestra generosidad, ilustre defensor de la República del « Uruguay; desde que traeis la prueba de todo esto en « certificados suscritos por una docena de generales, jefes « de ese ejército compuesto de negros, de franceses, de « italianos, de naturales de todos los países.... bandas de pros- « criptos, escoria de todas las naciones .. aventureros de todas « partes, médicos sin enfermos, artesanos disipados, enemigos de « todas las sociedades modernas, que en París, como en Mon- « tevido, como en Roma, tienen siempre un brazo, una pluma « al servicio del desorden ... mandados por generales como « ese Garibaldi á quien por lo demás conoceis muy bien....»

Mientras hasta en la aliada Francia se juzgaba, se analizaba, y se hacía así la autopsia de la defensa, en nuestra patria nuestros compatriotas han continuado matando blancos y cerrándoles el acceso á la vida pùblica en nombre de *las gloriosas tradiciones*.

Los españoles simpatizaban con la causa de Don Manuel Oribe y muchos se trasladaron al Cerrito. Habrá podido notarse en esa explicación de Mitre que dice: *Los españoles acudieron á las trincheras*. Efectivamente algunos acudieron, pero en general acudieron como el médico á palos acudía á hacer visitas.

Los extranjeros no tomaron las armas espontáneamente para defenderse de un poder que temían, como contaba la falsa leyenda partidista; porque al contrario personas dedicadas al

trabajo y al comercio deseaban que entrase don Manuel Oribe y normalizase el país. Pero el gobierno colorado obligó á los extranjeros á tomar las armas, y más aún obligó á los Ministros y jefes de escuadras extranjeras á que obligasen á sus compatriotas á defender la ciudad. Para esto á más de la calidad de aliados y los arreglos secretos, declaró el gobierno que serían arrojados de la ciudad sitiada los *residentes inútiles*; y por el contrario ofrecía larguísimos y generosos premios para después del triunfo, á los que prestasen el servicio militar. Los residentes entre tener que salir con una mano atrás y otra adelante, pues la hacienda no salía, con sus familias ó solos y sin saber adonde ir, ó prestar el servicio militar recibiendo la ración del soldado, que garantían las escuadras extranjeras para los que sirviesen y para sus familias los que la tuvieran, obtaban naturalmente por lo último, quedándose los indiferentes, y acechando la ocasión de pasarse aquellos cuyas simpatías los empujaban vehementemente al campo de los sitiadores.

En esas condiciones y así forzados fué que algunos españoles acudieron á la línea, donde fueron víctimas de muchos atropellos por parte de los italianos; así como nosotros hemos oido de boca de ancianos españoles, respetables comerciantes en aquella época, las exacciones de que fueron objeto en dinero y provisiones por parte del General Melchor Pacheco y Obes.

Otro elemento que resultó un personaje nacional fué el marino italiano señor don Giuseppe Garibaldi, que acababa de servir al Bey de Tunez, uno de los reyezuelos de uno de los países clásicos del despotismo, y á quien había abandonado por disgustos con sus superiores, dirigiéndose á la América del Sud.

El gobierno de Rivera confió á don Giuseppe Garibaldi el mando de su escuadra, y éste inició sus servicios con un acto de piratería en las aguas de Martín García. El historiador Saldías describe así el acto del forzamiento de ese paso. «El 26 de
« Junio, dice, se avistaron de la Isla de Martín García tres bu-
« ques tripulados al parecer por marinos de la Confederación,
y sin duda pertenecientes á esta, puesto que ENARBOLABAN

« LA BANDERA ARGENTINA. Eran los tres buques de Rivera.—
« Garibaldi los había disfrazado de esa manera para engañar á su
« enemigo; y este *manejo desleal que rechaza el decoro militar,*
« dióle á la prensa y al partido federal un nuevo motivo para ca-
« lificará Garibaldi *de pirata*, como lo había calificado el Gobier-
« nodel Brazil. Al favor de tal manejo pudo efectuar su pasaje
« casi sin combatir; pues cuando las dos baterías de la Isla
« rompieron sus fuegos, ya habían pasado dos buques y no
« quedaba más que el «Constitución» que sirvió de blanco á al-
« gunas balas».

Don Giusseppe Garibaldi hizo algunas presas poniendo á contribución la propiedad particular y se apoderó de dos buques que armó en guerra y los agregó á su escuadra.—Tenía pues, don Giuseppe cinco buques cuando lo alcanzó Brown en el paraje llamado Costa Brava. Don Giuseppe Garibaldi acoderó sus cinco buques, desembarcó y atrincheró infantería y en esas condiciones esperó á Brown. El heróico almirante desembarcó á su vez infantería al mando de don Mariano Cordero y atacó por agua y por tierra á Garibaldi. Don Giusseppe lanzó un brulote cuya mecha fué arrancada por la heroicidad del guarda-marina don Bartolomé Cordero, su infantería fué derrotada, y después de dos días de combate, Garibaldi prendió fuego á sus cinco buques acribillados por los cañones de Brown y huyó por tierra con un grupo que le quedaba.

El parte verídico del vencedor Brown contrasta con el farsaico y pretensioso del vencido Garibaldi. Decía la palabra honrada y lacónica del héroe dando cuenta á Rozas de la victoria:
« La conducta de estos hombres, Exm. Señor, ha sido más bien
« de piratas, pues que han saqueado y destruido cuanta cosa ó
« criatura caía en su poder, sin recordar que hay un Poder
« Supremo que todo lo vé y que tarde ó temprano nos premia
« ó castiga según nuestras acciones.»

Garibaldi comunicaba así su desastrosa derrota en que perdió toda su escuadra, á Ferré el gobernador de Corrientes: « El
« enemigo se nos presentó con *siete* buques mayores y *tres lan-*

« *chones* (lo que no era cierto): aunque con fuerzas superiores, « solo se resolvió á atacarnos á cañonazos. Tanto en el com- « bate, como en la destrucción de los buques Orientales los « esclavos del déspota han recibido una lección terrible ».

Por lo visto ya en ese tiempo estaba en juego la mentira y el chascarrillo que ha puesto nuevamente en uso como medio político don Julio Herrera y Obes. El glorioso Brown, los Corderos y demás valientes que los acompañaban, *esclavos del déspota*; Don Giuseppe que se había quedado sin un sólo buque y había perdido toda una escuadra en un solo combate, había dado á los vencedores *una leción terrible.* Con verdades de ese calibre es que está levantado todo el sólido edificio *de las gloriosas tradiciones.*

Más tarde el año 45 Garibaldi tomó parte con sus legionarios en la expedición anglo-francesa-oriental que remontó el Uruguay; y deslizándose sigilosamente se apoderó por sorpresa del pacífico pueblo de Gualeguaychú, aprehendiendo en cama á su comandante militar don Eduardo Villagra. La ciudad fué saqueada, con cuyo motivo escribía un jefe de la expedición: «En cuanto á presas es tan crecido el número de ellas, « que ya no lo tengo presente».

Para nosotros Garibaldi tiene dos indisputables méritos: su regeneración en Europa, y su raro desinterés tratándose de un italiano venido á América en busca de aventuras. El gobierno de Rivera lo nombró Coronel de golpe y zumbido al darle el mando de la escuadra; y creemos que la juventud de nuestra patria debe enterarse de la siguiente página imparcial del distinguido escritor doctor Angel Justiniano Carranza á su respecto, por tratarse de un hombre á quien algunos parciales quieren convertir en un semi-dios, sustrayendo su personalidad pública á la crítica histórica y hasta promoviendo manifestaciones á las que quieren asociar á la juventud nacional, y que solo pueden tener razón aceptable de ser ó entre sus compatriotas ó en su patria. Dice así el doctor Carranza en sus *Campañas navales*: «Don José Garibaldi que *después se hizo céle-*

« *bre en su patria* y *en Europa*, concurriendo en primera lí-
« nea á la unificación de la Italia, nació en Niza el 4 de
« Julio de 1807. Muy joven todavía tomó servicio en la mari-
« na Sarda, navegando hasta 1832 en que ingresó en la *Joven*
» *Italia* fundada por Mazzini. Perseguidos los miembros de esta
« asociación, Garibaldi se embarcó nuevamente, pero como no
« fuera comprendido entre los conspiradores, ó por no ser cono-
« cido, ó porque su rol fué muy secundario, no pudo ingresar en
« la marina de guerra. Su carácter emprendedor y más que todo
« aventurero, lo llevó á Marsella. Allí se colocó como capitan
« de un buque mercante francés. A poco se dirigió á Túnez
« con su buque, y ofreció sus servicios militares al Bey, el cual
« se los aceptó incorporándolo á su marina de guerra. Mal
« avenido con sus superiores, y estos con èl, se embarcó para
« América llegando á Río Janeiro en 1837. Aquí se hizo de
« una embarcación que destinó al cabotaje entre esa ciudad
« y Cabo frío. Insurreccionada la Provincia de Río Grande,
« Garibaldi encontró medio de armar en guerra su buque y
« apareció como corsario de la Provincia insurreccionada. De-
« clarado *pirata* por las autoridades del Imperio, después de
« haber apresado buques brasileros, *vendiendo de su cuenta las*
« *presas*, siguió rumbo á Montevideo. A solicitud del Agente
« diplomático del Brazil salió de ese puerto un lanchón para darle
« caza como á *tal pirata*. Garibaldi hizo frente al lanchón, pero re-
« chazado y herido se dirigió á Gualeguay; y allí fue aprehen-
» dido juntamente con su socio ó agente don Juan B. Cúneo,
« igualmente á petición del Agente Diplomático del Brasil.
« Puesto en libertad volvió á Río Grande, y el Gobierno revo-
« lucionario lo nombró comandante de una escuadrilla que fué
« destruida por la flota del Imperio. No pudiendo permanecer
« en Río Grande volvió á Montevideo, y ofreció sus ser-
« vicios militares al Gobierno que dirigía Rivera, con el mismo
« acomodamiento con que los había ofrecido al Bey de Tú-
« nez y á los revolucionarios de Río Grande. Poco después
« se le dió el mando de la escuadra Oriental que fué aniquilada

« por Brown en el combate de Costa Brava. Llamado á or-
« ganizar una legión italiana en Montevideo, permaneció en
« esa ciudad hasta que fué destinado al Salto donde libró el
« combate de San Antonio contra fuerzas del general Servan-
« do Gómez. Esto sucedía en 1846. En 1847 se embarcó
« para Italia donde fermentaba la revolución, y FUE ALLÍ,
« batallando por la libertad y unificación de su patria, sacrifi-
« cándolo todo á este voto enérgico de su alma, DONDE AD-
« QUIRIÓ la justa celebridad y el derecho al agradecimiento de
« sus compatriotas. Estos títulos valen para Garibaldi lo que
« vale para los italianos la unidad de la Italia. Por lo que
« respecta á los hechos de Garibaldi en el Río de la Plata, tal
« como quedan consignados, sus correligionarios los unitarios
« argentinos y los orientales riveristas, LOS EXALTARON FABU-
« LOSAMENTE, *convirtiéndolo á él en un héroe de romance*, es-
« pecie de argonauta empujado por la gloria, que contribuyó á
« encontrar en las aguas argentinas el vellocino de oro de la
« libertad. De aquí el renombre de *héroe de ambos mundos* con
« que lo designan todavía los que sobreviven de esos partida-
« rios apegados á su tradición política, como las telarañas á las
« ruinas que vá desmoronando el tiempo..... »

Se ha hablado mucho de la crueldad que caracterizó á esa guerra sin cuartel, donde los dos bandos procedían por los mismos medios de guerra, y profesaban el exterminio del enemigo armado. Los de la defensa no niegan que hacían lo mismo, y que hasta excedían las crueldades de los sitiadores; siendo tanto más irritante ésto cuanto que esos crímenes eran cometidos en nuestra propia patria principalmente por extranjeros, que eran los que constituían la mayoría de los defensores, y que por consiguiente intervenían indebidamente en cuestiones internas y se proponían exterminar á los nacionales que les habían dado hospitalidad, ultrajando á la vez á la humanidad el derecho de gentes y la bandera de la patria.

Los publicistas del partido político que recibía apoyo y beneficio de esos extranjeros, han maniobrado de modo que han

conseguido mistificar á los ignorantes y á los pobres de espíritu, haciéndoles creer que es á los sitiadores á los que les cabe la responsabilidad de esos errores.

Prescindiendo de las provocaciones históricas anteriores que prueban lo contrario, lo que ya es de mucho prescindir; puede demostrarse que eso no es cierto, con la actitud y las mismas provocaciones oficiales del momento; y creo conviene decir dos palabras acerca de un punto alrededor del cual en ciertas épocas de terror, nuestros adversarios han pretendido hacer girar todos los sucesos de la guerra grande.

El 12 de Febrero de 1843 antes que D. Manuel Oribe hubiera lanzado su circular, más aún, antes que hubiese llegado al Cerrito, el Gobierno colorado de Montevideo consiguió de los Ministros Inglés y Francés el que desembarcasen para la defensa de la plaza la infantería de marina de sus respectivos buques surtos en el puerto, y cañones en número tan suficiente que desde un principio contó la defensa con cincuenta piezas de artillería. Oribe á su llegada tenía solo treinta. El gobierno de Montevideo organizó un tribunal militar para que entendiese en *juicio verbal* y *sumario* de los delitos de *traición* sujetando á su jurisdicción á todos los habitantes del Estado; *declaró traidores á la patria*, á todos los *orientales ó vecinos de la República* que perteneciesen al ejército sitiador ó fuesen tomados con las armas en la mano, agregando que quedarían sujetos á la pena de ser FUSILADOS POR LA ESPALDA; declaró que reconocería como *buenos amigos del pueblo* oriental á todos los oficiales y soldados argentinos que desertasen del ejército sitiador y se presentasen á las autoridades del Estado, y confiando en la ayuda de los Ministros de las potencias extranjeras esperó el desarrollo de los sucesos.

Se nota ante todo en esa bárbara declaración, que prometía matar por la espalda á los que se tomasen por defender sus convicciones, la seguridad que tenía el Gobierno de Montevideo de que ningún oriental se le pasaría, pues en su invitación á pasarse en nada se refiere á ellos. En cuanto á los argenti-

nos creía el Gobierno colorado que la presencia del partido unitario y de jefes argentinos en la defensa influiría para que los soldados argentinos que se encontrasen sirviendo por la fuerza abandonasen las filas de Oribe. Pero se equivocaban, porque los soldados de ese ejército eran voluntarios y leales. Don Manuel Oribe no confiaba la defensa de los destinos de su país á un ejército de forzados y de desertores. Los enemigos se habían dispersado ó habían muerto en los campos de batalla; no estaban en su ejército. Sarmiento que tanto aparato ha hecho con el poder de las convicciones y tanta bulla ha metido con la fuerza de la idea, no se la explicaba en sus enemigos y al ver las tropas de Rozas, y al admirar su constancia, su decisión y sus sacrificios, apelaba para explicárselos á la fantasmagoría, y legaba á la posteridad esta pregunta: «¿Qué es Rozas para estos hombres? ¿ó son hombres estos seres? La contestación es muy sencilla: Eran hombres si, eran los sucesores de Artigas, inspirados por el sagrado amor de la patria, inflamados por el santo odio á la dominación extranjera.

Además de ese sangriento decreto, veamos cuál fué la actitud del argentino don Melchor Pacheco y Obes, soldado improvisado, literato convertido en general, que como empleado de Rivera se encontraba á la sazón de Comandante Militar del Departamento de Mercedes, y que se retiró á Montevideo á la aproximación del General Oribe. Pacheco no quiso ir solo y con la fuerza de que disponía obligó á que lo siguiese una columna de 500 vecinos, casi todos hombre de familia ó con familia, que aterrados ante las medidas de represión seguían á aquel tiranuelo ya ambicioso, que quería hacerse valer y penetrar capitaneando hombres, aunque fueran forzados, á Montevideo. En los anales nefandos del despotismo se cuenta que Dario, gran rey persa y para la historia abominable tirano, recorría su despotizado país en marcha para la guerra arrastrando en pos de sí á cuanto individuo podía llevar las armas. Llegado á una cabaña donde tres hijos sostenían á su anciano padre valetudinario, Dario se dispuso á llevar los tres hombres jóvenes á la guerra. El padre

le pidió que le dejase al menos uno para sostén de su vida y apoyo de su vejez. El cruel tirano le contestó que le dejaría los tres, y mandándolos degollar dejó al pobre anciano sucumbir al dolor de la presencia de los tres cadáveres queridos. Pacheco, miembro del partido de la libertad, quiso renovar las prácticas de los más negros tiempos del despotismo, y ante los pedidos y las súplicas de aquellas familias que quedaban arrasadas en lágrimas al ver arrancar de su seno contra sus convicciones á sus seres queridos, contestaba con la promesa de *pegarles cuatro tiros* á sus recomendados, si continuaban en sus solicitudes hijas del amor y del cariño.

« Pacheco se mostró inexorable », dice el historiador Antonio Díaz, y agrega: « El pueblo de Mercedes fué objeto de escenas « indescriptibles, y un cortejo de familias desfallecientes por la « desolación y las lágrimas, le acompañó al alejarse del hogar « que dejaba huérfano de todas las más caras afecciones. Pa« checo necesitaba soldados y no podía detenerse á oir súplicas». Seguramente el historiador ha considerado inútil agregar que con lo que también lo acompañaron esas familias fué con sus más tremendas maldiciones.—Sin embargo más de 200 hombres se le volvieron del camino como era consiguiente, y esperaron el apoyo que contra tales desmanes daría á la campaña Don Manuel Oribe.

Don Julio Herrera y Obes tenía la desfachatez de decir en *El Heraldo* que: « el pueblo oriental había heredado el espíri« tu ardiente y entusiasta de Melchor Pacheco y Obes. » Ese entusiasmo de Pacheco lo habrán heredado Máximo Santos y el mismo Sr. Herrera y Obes, que lo que es el pueblo oriental solo ha heredado los sentimientos de las familias de Mercedes.

El general argentino Paz estaba organizando la defensa; don Joaquín Suárez ejercía una sombra de autoridad á título de Vice-presidente; pero así que entró Pacheco y Obes se convirtió en Dictador de hecho una vez que fué nombrado Ministro de la Guerra y: « tomaba la iniciativa en todas las delibera« ciones del Gobierno, dice el historiador Antonio Díaz, á lo

« que se prestaba, *no la debilidad,* como se ha creído, sinó el
« *carácter pacífico* del señor Suarez».

El 16 de Febrero de 1843 también antes por consiguiente de la circular de Oribe, Pacheco lanzó un decreto que tenía el siguiente considerando:

« El Gobierno cuenta con *el patriotismo* DE LOS HABITANTES:
« reposa en él, y espera en la victoria; pero está resuelto Á
« HACER SENTIR EL RIGOR DE LA LEY; á los cobardes que
« permanezcan sordos á sus deberes, y á los peligros de la
« patria. »

« Art. 3.° Los que se encuentren sin la papeleta, *serán con-*
« *ducidos ante una comisión militar, que les aplicará* las penas
« que establezca la ordenanza, dentro del perentorio término
« de 24 horas después de su aprehensión.

« Art. 4.° Partidas de caballerías *dependientes* DEL MINISTE-
« RIO DE LA GUERRA, recorrerán las calles de esta ciudad, y
« *harán cumplir* este decreto.

« Art. 5.° Los Guardias Nacionales, y Milicias de esta capital
« *quedan sujetos* á la ordenanza militar, y el SEÑOR COMANDAN-
« TE GENERAL DE ARMAS del departamento autorizado para
« para castigar SIN APELACIÓN todas las faltas que se cometan
« en el servicio.»

« Art. 6.° Comuníquese, publíquese por bando, y en los
« diarios, insertándose en la orden general por ocho días
« consecutivos.»

SUAREZ.

MELCHOR PACHECO Y OBES.»

Por intentar pasar al campo del General Oribe fué desterrado el teniente de G. N. D. F. Méndez, á quien Pacheco se empeñaba en fusilar, y que se desterró debido á empeños poderosos. Por el mismo deseo de pasar al Cerrito fueron enviados á la fortaleza del Cerro y destinados á *soldados rasos* y tratados como tales personas tan respetables como el señor don

Plácido de Lara, don Juan Manuel Canaveris, don Antonio Bonilla y muchos otros no menos apreciables vecinos.

El 21 de Febrero de 1843 le fué remitido al Comandante General de Armas de la capital, el sargento de guardias nacionales Zacarías Díaz, que había caído prisionero de guerra y el mismo día 21 fué fusilado por la espalda. El 11 de Marzo cayó prisionero de guerra el joven oriental Eulogio Martínez, cadete, y por orden del Ministro de la Guerra fué ejecutado por la espalda. El 18 de Marzo se instaló un tribunal de sangre, titulado: «Tribunal de Guerra para procedimientos verbales « para JUZGAR EJECUTIVAMENTE los delitos de traición; infi- « dencia rebelión, deserción, cobardía y demás que afectasen « la seguridad de la defensa.» Como se ve, los defensores más que en el entusiasmo por la libertad, fiaban en el terror de los suplicios. Los señores don Juan Domingo García Sienra y don Gorgonio Platero, por haberse ocultado en la quinta de un extranjero, fueron remitidos por el Ministro de la Guerra á la Comandancia General de Armas, para que los emplease en servicio de la fortaleza en construcción, de donde deberían pasar al Escuadrón Nº 1 de línea en campaña, al que habían sido CONDENADOS POR SEIS AÑOS en calidad de soldados rasos, por el delito de ser *seres infames*.

El ministro Pacheco y Obes, suscribió otro decreto declarando *salteadores armados, infames robadores públicos*, y sujetos á la pena de muerte, una vez verificada la identidad de la persona, á todos los que estuviesen bajo el poder del ejército invasor y perteneciesen á las comisiones clasificadoras de campaña.

Dió otra orden mandando perseguir á los ciudadanos que no habían querido embanderarse con Rivera; y en caso de que no fueran aprehendidos en 48 horas, que fuesen retiradas al pueblo sus familias y «luego QUE SE PEGASE FUEGO Á SUS CASAS, clavándose en ellas un palo con un letrero que diga: *Era la casa de un cobarde y la* JUSTICIA NACIONAL *la ha arrasado.* Igual conducta se observará, dice la órden, con cualquier otro que deserte en lo sucesivo.

Por su parte Rivera se asociaba á esas medidas declarando por intermedio del coronel Baez; « Confiscados todos los bienes « de los habitantes de la campaña que se hayan prestado á « formar parte de los salvajes enemigos de la humanidad, y « reemplazados los bienes que hayan sufrido perjuicio de los « defensores de la República con los de los enemigos y *en ma- « yor número* que los que poseían ».

Mientras el extranjero Pacheco como Ministro de la Guerra y verdadero dictador de hecho perseguía de la manera vista á sus enemigos políticos, é inauguraba así el reinado del terror que dominó con la tiranía y la arbitrariedad durante toda la defensa; don Andrés Lamas como Jefe Político de la Capital se encargaba de medidas económicas; no menos abusivas y atentatorias.

Por la policía se impuso una contribución sobre todas las casas de comercio, colocándola en las leyes de contribución; se impuso también *una licencia* para tener ABIERTAS LAS PUERTAS de los establecimientos, de cuya papeleta había que proveerse en la policía pagando el correspondiente impuesto. Se estableció una contribución sobre el pan, un real por peso que se vendiese ó repartiese, impuesto que debía abonarse en la *caja colectora*. Se citaba por la policía á los propietarios para que pagasen contribuciones; si comparecían tenían que pagarlas, ó de lo contrario eran considerados traidores y se les fusilaba por la espalda. Si no comparecían se les declaraba *prófugos*, y un decreto había advertido que los bienes de los prófugos serían confiscados, como lo fueron.

A más de estas medidas económicas don Andrés Lamas, uno de los defensores *de la libertad* y propagandista *de las gloriosas tradiciones*, estableció otras que llamó de seguridad. Estas consistieron en las visitas domiciliarias, aunque menos patrióticas y más graves qua las de Danton, porque las de éste investigaban políticamente, pero no llegaban á la propiedad particular. Otra de esas medidas de seguridad era la prohibición de reuniones de más de tres personas; por lo visto los

héreos de la defensa temían el contagio peligroso del entusiasmo de la libertad, y á pesar de ser ellos el escudo de las garantías individuales, y la fraternidad el ambiente libre de esa plaza, no consideraban conveniente que se reuniesen más de tres personas, aunque en esa población no reinaba más que un solo sentimiento: el odio á los invasores y el apego á la europea civilización, todo dentro de un amor sin límites á la libertad.

El 21 de Febrero de 1843 don Andrés Lamas como jefe de Policía llamó con 24 horas de plazo con el objeto de sacar dinero, á los arrendatarios, ocupantes, poseedores ó administradores por cualquier título sin admitir excepción alguna, de los bienes de don José Antuña, Elias Gil, Cristóbal Salvañach, Manuel Cifuentes, Vicente V. Vázquez, Joaquín Errazquín, Francisco Salazar, Juan G. Sienra, José Espina, Dionisio Espina, Nicasio Balparda, Jaime Illa y Viamonte, Juan Manuel Areta, Modesto Díaz, Andrés Lemus, Gregorio Lecocq, Jorge Liñan, Juan Susviela, Francisco Lecocq, Luis Baena, Agustín Viana, Pedro Bruno, Manuel Cué, Ramon Vidal, Pedro Piñeyrúa, Diego Martinez y Juan P. Salvañach. Todos estos señores ciudadanos debían comparecer al día siguiente al despacho de Lamas y bajo apercibimiento de que el que no compareciese á la hora señalada sería considerado prófugo y declarado traidor á la patria y castigado como tal. Así decía la prevención. Lo de prófugo significaba que se confiscarían sus bienes; y lo de traidor á la patria que se les fusilaría en cuanto se les encontrase. La mayor parte de las personas nombradas asistieron por si ó por medio de representantes, y Lamas les arrancó una contribución de treinta mil pesos, exacción enorme en aquellos tiempos y en aquellas circunstancias. Todos ellos habían pagado la contribución directa, y á ese saqueo lo tituló don Andrés Lamas: «*inscripciones sobre contribución directa*.

El Ministro de la Guerra don Melchor Pacheco y Obes quiso también intervenir económicamente; y por disposición de su Ministerio de 9 de Marzo de 1843 se citó á su despacho á los

señores don Manuel Marenco, José Baena, Manuel Tresar, Francisco Rozo, Simón S. González y treinta personas más casi todos propietarios, bajo las mismas prevenciones de ser castigados como prófugos y traidores á la patria; y por esos medios se les arrancó también una fuerte contribución pecuniaria.

En seguida y también por el Ministerio de la Guerra se llamó bajo el mismo apercibimiento de ser tratados como traidores á la patria y prófugos, á los poseedores ocupantes ó administradores de los bienes de los señores don Doroteo García, Cesáreo Villegas, Juan José Soto, José María Rey, Federico Nin, Manuel Cué, Tomás Cué, Antonio Castro, Ramón Liñán, Pedro P. Olave, Antonio R. Facio, Joaquín Requena, Manuel Dumia, Francisco Icerias, Bernardo Balles, Tomás G. de la Sienra, Román J. García, Santiago Sierra, Angel Leonés, Carlos Calvo, Nicolás Calvo, Mariano Melendez y Mariano Sienra. Por medio del terror se les arrancó también una fuerte contribución. El no asistir era sufrir la confiscación como *prófugo; las excusas no valían para Pacheco*; y el dejarse esquilmar era el único medio de salvación.

Luego Lamas y Pacheco impusieron una medida que hizo llegar al colmo la indignación de las familias y de los habitantes de la ciudad sitiada. Se impuso una contribución en objetos de oro y plata labrada; con destino, se dijo, á acuñar moneda nacional. Era el impuesto atentatorio en su más directa y odiosa forma. Las listas de los contribuyentes hechas de antemano eran extensísimas, y el valor recogido en objetos valiosos fué de verdadera importancia. Las familias se vieron despojadas de sus prendas metálicas, y hasta de sus mates y bombillas de repuesto. Sin embargo el numerario acuñado solo ascendió á *sesenta* patacones, que casi nadie ha visto, porque todos fueron á parar á manos de los numismáticos. Nos han dicho que en el museo del señor Lamas, se exhibían algunas de esas monedas que ese señor había conseguido recoger con ese objeto.

Estos hechos sublevaron la reprobación en los ciudadanos

que permanecían honrados é incorruptibles, y esa fué la opinión que condensó don Venancio Flores en la carta que transcribimos más abajo, y que hizo saltar á don Andrés Lamas del Ministerio de Hacienda.

Después de explotar así á los que tenían dinero y echar mano de cuanto hombre exclavo ó libre pudieron agarrar para convertir en soldado, quedaban las familias; y éstas ni proporcionaban dinero ni tomaban las armas. Don Andrés Lamas el 1º. de Marzo de 1843 mandó expulsar de la ciudad todas las familias pertenecientes á los *prófugos* que se habían ausentado de Montevideo por rehuir el servicio de las armas dentro de la plaza ó por haberse presentado al General Oribe.

Lamas y Pacheco, esas dos *columnas de las libertades del Plata* coronaron la arbitrariedad y barbarie de sus medidas, que reñían abiertamente con la proclamación que aparentaban de las ideas de libertad y de civilización, con otra resolución no menos odiosa: declararon *traidores á la patria* á don Pedro Casaravilla, Eulogio Mentaste, Gabriel Lases, Evaristo Abollo, Antonio Fariña, José Requena, y Manuel Méndez por haberse alejado de Montevideo sustrayéndose al régimen tiránico é inícuo que allí imperaba.

Estos dos hombres tiranizaron á la población de Montevideo y dejaron nefastos recuerdos de su administración. A don Melchor Pacheco y Obes solo el Dr. Julio Herrera y Obes lo recuerda complacido; y en cuanto á don Andrés Lamas veamos como algo después lo juzgaba el entonces coronel don Venancio Flores, testimonio que no será sospechoso en este asunto:

« *Señor D. Andrés Lamas.*

« Señor mío:

«Me es imposible mirar con indiferencia las desgracias del « País: un enemigo fuerte y poderoso que tenemos al frente « no me horroriza ni me infunde terror, *pero me lo infunde* « *su conducta presente;* V. se ha constituído el árbitro de l

« fortuna de este honrado Pueblo: LO ROBA, LO INSULTA, LO
« HUMILLA y se complace en abatirlo y por desgracia *se cree*
« *el único hombre á quien los demás deben rendirle homenaje;*
« por puro patriotismo se le ha sufrido hasta hoy y no se ha
« querido dar un paso violento, porque el enemigo no tuviese
« motivos para alucinarse y mejorar de situación; pero hoy que
« sin embargo cansado este heróico Pueblo de hacer sacrificios
« infructuosos y verter á torrentes la sangre de sus hijos y que
« todo se mira con indiferencia, estoy resuelto si necesario fuese
« Á QUE LLEGUE EL DIA DE CLAVAR UN PUÑAL EN EL MÓNS-
« TRUO QUE TODO LO DEVORA Y ESTE ES VD. Vea como mar-
« cha de hoy en adelante. El pueblo pide satisfacción y es
« preciso dársela, VD. SE HA CONSIDERADO ÁRBITRO DE LA
« FORTUNA DE ESTE BENEMÉRITO PUEBLO, HA DISPUESTO DE
« ELLA Á SU ANTOJO, LA HA PRODIGADO ENTRE MEDIA DOCENA
« DE HOMBRES. No ha dado al Pueblo *un manifiesto de la in-*
« *versión de este caudal*; hoy llegó el momento en que debe
« darlo y de no ha de estar alerta. Ya basta de sufrimientos,
« *no crea que el pueblo que ha insultado es un rebaño de ovejas.*
« Es un pueblo compuesto de patriotas y este patriotismo lo ha
« hecho callar hasta este momento en que uno de sus hijos no
« ha podido soportar su ATREVIMIENTO SIN LÍMITES.

« A ésta, su contestación será satisfacer al pueblo y cambiar
« de marcha.

« De Vd. S. S. S.

« *Venancio Flores.*

«Vanguardia, Sep. 16 de 1844».

Fué pues ante la declaración del Gobierno de Montevideo de fecha 12 de Febrero de 1843 y ante sus actos subsiguientes, que D. Manuel Oribe lanzó el decreto del 17 de Marzo y la circular del 1° de Abril de 1843. Los documentos de Oribe fueron explotados y calumniados, haciendo ver en ellos amenazas para los extranjeros; y sin embargo son documentos serios, de época de guerra sí, y de guerra sin cuartel

como fué esa, pero que distan mucho de la barbarie y de la iniquidad de las medidas del gobierno de Montevideo de que hemos dado cuenta.

Aquí está el decreto; examínese y júzguese con imparcialidad ante el derecho de la guerra.

«El Presidente legal del Estado Oriental del Uruguay;

Considerando:

« 1º Que es preciso usar de todos los medios de hostilidad « QUE EL DERECHO DE LA GUERRA permite, y las circunstan- « cias especiales en que se halla el país aconsejan, contra « los rebeldes que se hayan abrigado en la plaza de Monte- « video;

« 2º Que el desenvolver en todo su vigor esos medios, es « no sólo un recurso militar, sinó también el medio para lle- « gar al término de las calamidades que trae consigo el estado « de guerra.

« 3º Que la resistencia inútil que ensayan sin esperanza los « expresados rebeldes, vierte sobre ellos las consecuencias de « todos los males que sufre el país y los hace indignos de « ninguna clase de consideraciones, ha acordado y decreta:

« 1º Queda absolutamente prohibida desde esta fecha toda « comunicación por tierra, entre los demás nabitantes de la « República, y la plaza de Montevideo.

« 2º Lo queda igualmente toda introducción de víverès á « dicha plaza, sea de la clase que fuesen por agua y tierra.

« 3º Esta disposición se hará efectiva por los medios pú- « blicos que están á mi disposición.

« 4º Los contraventores quedarán sugetos á las penas esta- « blecidas.

« 5º Comuníquese á quienes corresponda.

« ORIBE.

« *Carlos G. Villademoros.* »

El general más culto y bondadoso del mundo no dejaría de

firmar ese decreto al sitiar una plaza. Entre tanto Rivera Indarte y don Andrés Lamas, para quienes Brown era un *condottieri*, ponían el grito en el cielo contra ese decreto, mientras la República en masa acudía á rodear á don Manuel Oribe y á robustecer el partido blanco.

Veamos ahora la circular lanzada también por don Manuel Oribe después de los decretos sangrientos del Gobierno de la defensa y de muchas de sus resoluciones arbitrarias; y que también á pesar de estar dentro del derecho, fué materia de escándalo para Rivera Indarte y demás partidarios de la libertad de don Melchor Pacheco y Obes y don Andrés Lamas.

Decía así:

CIRCULAR

« El Presidente de la República.

Cuartel general, Abril, 1° de 1843.

« Al señor Cónsul de ....

« El que firma ha sido informado, con disgusto, que varios « extranjeros de los residentes en Montevideo, emplean unos « su influencia para atraer partidarios y otros toman las armas « en favor de los mismos rebeldes.

« Notorio es el respeto que el que firma ha dispensado á « las propiedades de los súbditos de otras naciones, porque así « lo han aconsejado la civilización, la justicia y sus propios « sentimientos, mientras aquellos SE CONSERVASEN EN LA ESFE- « RA QUE LES CORRESPONDE, pero éstos y aquellos le aconsejan « obrar en sentido enteramente contrario y vigoroso, contra « LOS QUE OLVIDANDO SU POSICIÓN, LA PIERDAN, tomando « parte en negocios que no les pertenecen, *ya sean llevados del* « *interés ó por cualquier otro estímulo.*

« Por consiguiente, el que firma se vé obligado á declarar, « que no respetará la calidad de extranjeros, ni en los bienes, « ni las personas de los súbditos de otras naciones, QUE TOMA- « REN PARTIDO CON LOS INFAMES REBELDES salvajes unitarios, « contra la causa de las leyes, que el infrasquito y las fuerzas

« que le obedecen sostienen, sinó que serán considerados tam-
« bién EN TAL CASO, como rebeldes salvajes unitarios y trata-
« dos sin ninguna consideración.

« Con este motivo el que firma, se complace en saludar al....
« con estima y consideración.

MANUEL ORIBE.

Carlos G. Villademoros.»

« Esta circular del 1º de Abril, dice con todo acierto el his-
« toriador Saldías, no tiene mayor importancia que la que
« *estudiadamente* quisieron darla los emigrados argentinos en
« Montevideo, *explotándola en todos los tonos* de su prensa de
« combate con el objeto de que tomasen las armas en su favor
« *los extranjeros que no lo habían hecho todavía.*»

Por lo demás don Manuel Oribe en esa circular estaba perfectamente dentro del derecho de gentes, pues él no consideraba á los extranjeros como enemigos sinó *en el caso de que faltasen á los deberes de la neutralidad tomando las armas* contra él y su partido político y haciendo la guerra á una nación con la cual estaba en paz su soberano. Todas las naciones civilizadas han reconocido y reconocen como enemigos á los súbditos de las naciones neutrales que sin embargo toman las armas contra su causa. Era esa la doctrina admitida entonces y admitida hoy; era la que proclamaban Wolff, Vattel, Martens, Klüber, Reynebal, Wheaton y los demás publicistas que eran autoridades científicas en esa época. Y en la práctica así lo reconocieron é hicieron manifestaciones de aprobación á don Manuel Oribe los representantes de los Estados-Unidos, del Portugal y del Brasil.

Esa manifestación imparcial autorizada é importante que les contradecía y desautorizaba para el presente y para el porvenir su farsa de que los extranjeros se armaban por necesidad y en defensa de la civilización, contrarió mucho á los unitarios y colorados. Con el ministro de los Estados-Unidos no se metieron porque hubiera sido una imprudencia inútil, desde que en Monte-

video no había casi norte-americanos y por consiguiente los escasos habitantes de esa nacionalidad no podían proporcionarles soldados. Al Ministro del Brasil tampoco lo atacaron, pues entonces el Gobierno colorado andaba en tocamientos é intrigas diplomáticas con el Ministro Sinimbú, y hubiera sido echar á perder todas las negociaciones. Pero al Cónsul General de Portugal don Leonardo de Souza Leite Acevedo, el Gobierno de Montevideo le casó el exequatur el 8 de Octubre de 1843, porque viendo la justicia y la razón de la circular de Oribe, no permitía que se armasen sus connacionales y formasen *legión portuguesa*. El Gobierno de Montevideo expulsó al agente portugués por su conducta elevada é imparcial, y le concedió 6 días de término para trasladarse al punto que eligiese. Su actitud digna será siempre una elocuente y formidable protesta contra la enorme mentira de que D. Manuel Oribe comprometía la civilización en nuestra patria.

A más las ideas de derecho que el General Oribe sostuvo en su circular de 1° de Abril de 1843, las corroboró la avanzada Inglaterra en 1882, demostrando así que aún eran ante el derecho internacional moderno, justas y razonables las doctrinas que D. Manuel Oribe había sustentado casi medio siglo antes. Cuando la guerra de la Gran Bretaña con el Egipto, se hizo público en Italia el proyecto que querían llevar adelante algunos exaltados, aventureros, negociantes, redentores, ó lo que fuesen, de apelar á los hijos de Garibaldi y á sus compañeros y pedirles que organizasen una legión garibaldina para ir á defender al Egipto contra la Inglaterra. El gobierno Británico imitando la conducta de D. Manuel Oribe, se dirigió al Gobierno italiano y le declaró que no permitiría el desembarque de hombre alguno en el Egipto sin que estuviese munido del correspondiente pasasaporte legalizado por autoridades inglesas; y que á pesar de esa circunstancia, *cualquier Europeo que fuese tomado en las filas de los enemigos* SERIA INMEDIATAMENTE PASADO POR LAS ARMAS, pues tales eran las órdenes que habían recibido los generales ingleses. Ahora bien, si la Inglate-

rra tenía ese derecho el año de 1882 en el Egipto. ¿No lo tenía el general Oribe medio siglo antes en su patria?

Los soldados extranjeros de la defensa hacían grandes manifestaciones en Montevideo á los gritos de muerte contra los generales Oribe y Rozas, y haciendo flamear sus respectivos pabellones dando á la defensa un aspecto variado y pintoresco. Las reuniones de soldados franceses encabezadas generalmente por sus agentes diplomáticos, paseaban por las calles de la ciudad la tricolor bandera francesa y la escarapela republicana, y Pacheco los proclamaba llamándolos *hijos de los vencedores de Austerlitz* y *de Marengo.*

El Cónsul francés que en el fondo encontraba muy bien tratándose del Plata el que la bandera francesa se agitase de aquella manera y en aquellas manos, creyó sin embargo que en la actitud de los *voluntarios* había algún desdoro para la Francia, y reclamó del hecho ante el Ministro de Relaciones Exteriores don Santiago Vázquez diciendo: «que ningún individuo tenía el derecho de llevar el pabellon de la Francia». Al parecer ni la causa de *la libertad*, autorizaba el hecho. El Ministro Vázquez creyó que la mistificación empleada contra el enemigo podía alcanzar también al extranjero aliado, y le dió esta original y cómica contestación: «que, después de un minucio-
« so examen, había sido instruído de que la bandera que se pa-
« seaba por las calles encerraba los tres colores, pero que no
« era el pabellón francés»!....

Insistió naturalmente el Cónsul Pichon ante la repetición de lo que consideraba un abuso, y Vázquez volvió á darle esta estrafalaria y ridícula contestación, que excede por sí misma á todo comentario: «Que el pabellón de los voluntarios franceses
« tenga colores que son *evidentemente* los colores nacionales de
« la Francia, nadie lo desconoce: pero *de que tenga colores*
« *iguales, no se sigue que el* pabellón sea el mismo». Ante este escándalo el Rey Luis Felipe ordenó ó aparentó ordenar el licenciamiento de los franceses; y el resultado fué que éstos abandonaron la cucarda tricolor y adoptaron la bandera oriental:

el comandante Mr. Thiebaut continuó al frente de la legión francesa, y en seguida recibió nuevos refuerzos de hombres de la escuadra, de manera que de uno se formaron tres batallones de franceses.

« Este raro acontecimiento, dice don José Luis Bustamante,
« secretario del General Rivera, dió nueva vida á la defensa,
« prolongó su existencia, porque era necesario esperar seis me-
« ses para recibir nuevas órdenes de Europa.»

Entre tanto los hombres dirigentes unitarios y colorados trabajaban activa y ardientemente por traer al Plata por mar y por tierra la intervención armada del Brasil. El Imperio quería intervenir, pero quería sacar provecho y dominar en el Plata á costa de las dos potencias interventoras Francia é Inglaterra. La diplomacía brasilera por más hábil que fuese, no alcanzó á *fumarse* á Lord Aberdeen, que comprendiendo sus intenciones con penetración británica, admitió la intervención del Brasil, pero bajo la inconmovible base de: «*La perfecta Independencia del Estado Oriental*». Las pretensiones del Brasil á pretexto de sustraer á la República de la alianza con Rozas, en lo que él nada tenía que ver, se redujeron entonces á reducir á nuestro país á un simple Estado Comercial, ejerciendo él el protectorado y quitándole toda influencia política. Esta idea sacrílega, este crimen de lesa patria, fué alimentado por los hombres de la defensa, pero semejantes nefandos propósitos se estrellaron contra la firmeza, la resistencia heróica y el patriotismo de don Manuel Oribe que salvó entonces como la había salvado antes, con su alianza y con su actitud la independencia y el porvenir de nuestra patria.

Los trabajos sombríos estaban ya muy adelantados con el ministro Sinimbú, en Montevideo, y en la Corte de Río Janeiro, por el ministro Oriental, y con el vizconde de Abantes enviado á Inglaterra; y ya la prensa brasilera se expresaba en los términos del siguiente párrafo de *El Grito del Amazonas*: «Es
« más que probable que en un futuro no muy distante seamos
« forzados por el bien de la paz y seguridad de nuestras pro-

« vincias de Río Grande y Santa Catalina á *ocupar la*
« *Cisplatina y sujetarla á una especie de protectorado nues-*
« *tro* que le quite todos los medios de perturbar nues-
« tra prosperidad — y esta medida debe ser consecuencia
« de cualquiera intervención que nosotros ejerciésemos en
« la lucha contra Rozas y la Cisplatina. Sí: un *protectorado por*
« *el cual* el Brasil obligándose á mantener *la independencia de la*
« *Cisplatina*, y á resguardarla de sus vecinos de Buenos Aires,
« la redujese á un estado puramente comercial, señalándosele
« la fuerza que debería mantener para el servicio de policía, é
« *imprimiéndosele todas las demás condiciones* que exigiesen las
« conveniencias del Imperio....» (Esto era en fecha 25 de
Abril de 1845.)

Tal era efectivamente el plan del Brasil, y hubo orientales que lo secundaron, como habían apoyado antes la anexión al Brasil, como Nicolás Herrera había acompañado las tropas invasoras de Lecor, y como lo había servido antes Rivera obteniendo en premio el título de Barón de Tacuarimbó.

Esto se hizo público; y mientras en la República Oribe resistía las intervenciones y á sus aliados, la prensa de Buenos Aires subía de tono su arrogancia, y le lanzaba al Imperio las más altivas provocaciones—Este se guardó bien de recogerlas y continuó trabajando de acuerdo con el Gobierno de Montevideo y las potencias interventoras.

En medio de esas miserias inícuas de una diplomacía ambiciosa é intrigante, dos nombres ilustres franceses merecen de nosotros una mención y un recuerdo. Uno es el del almirante *Mackau* que después de haber estado en el Plata y celebrar la convención Mackau-Arana volvió á Europa conociendo estos pueblos, sabiendo hasta donde agotarían la heroicidad de su resistencia y se opuso tenazmente á la interyerción —El otro es el del eminente periodista EMILIO DE GIRARDIN que emitía su opinión caracterizada é imparcial condenando la intervención francesa como una injusticia, y decía:

« La cuestión de justicia y de derecho político no es diferent

« por ser la República Argentina menos fuerte que la Francia y « la Inglaterra. » Y atacando como una iniquidad la intervención inglesa, moviéndose naturalmente su espíritu con más libertad, y dando paso á su indignación con más amplitud, dice: « Hemos sostenido que nuestros compatriotas, tomando las « armas en Montevideo, servían para encubrir el agiotaje « tenebroso que con la ayuda del Comodoro Purvis hacía una « casa inglesa de Montevideo, la casa de Lafone, dueña de los « bienes públicos de ese Estado y de islas adyacentes. ¿No « predigimos que la Inglaterra validaría por medio de una « intervención esas adquisiciones y se colocaría en lugar de « sus nacionales propietarios......? Desde 1808 la Inglaterra « se figuró á Montevideo como otro Cabo de Buena Esperanza « con respecto al Pacífico. Ya había ocupado esa ciudad pero « se vió obligada á evacuarla; y para quien conoce su persis- « tencia y tenacidad, es corriente que su intervención actual en « esos parajes oculta sus miras ambiciosas. Esto se hace más « evidente cuanto que la intervención *fué concertada con el « Brasil*, la única potencia interesada en auxiliar las mismas « ambiciones de Inglaterra en el Río de la Plata, porque solo « con ella tiene provecho en su reparto. »

Y luego agregaba Emilio de Girardín con su palabra autorizada, lo siguiente que efectivamente hubiera tenido lugar sin la resistencia heróica de Rozas y Oribe. Dice Girardín: « La « Francia y la América sabrán en breve á su costa que si el « Brasil se ha empeñado en sostener en el Interior los proyec- « tos de la Inglaterra sobre el litoral, es porque la Inglaterra « se obligó á sostener por el lado del mar los proyectos del « Brasil en el Interior. En seguida de esta mediación, preten- « dida pacífica, se dará al Brasil la provincia de Corrientes « que domina el curso del Paraná para el Paraguay; mientras « que la Inglaterra ocupará, con el cómodo pretexto de asegu- « rar la navegación de los ríos, ó Martín García ó cualquier « otro punto de la costa que dejará á su discreción las relacio- « nes con la América del Sud. »

Lo que comprendía el genio de Girardín lo había precavido ya el patriotismo de Oribe y de Rozas, dispuestos á acaudillar á sus pueblos hasta el último sacrificio, antes que permitir semejantes ignominias en América, y tan irritantes ultrajes á sus respectivas y aliadas banderas nacionales.

La tremenda derrota de Rivera en India Muerta al mando de un ejército de cuatro mil hombres, deshecho por tres mil al mando del general Urquiza detuvo el brazo del Brasil que no quería comprometerse en vista del desastre de Rivera; pero que había estado dispuesto á hacerlo para el caso de que éste hubiera salido victorioso. Bustamante el secretario de Rivera escribía al caudillo: «El desastre del 27 llegó á la corte de un « modo aterrante. Inmediatamente el gobierno *mandó de-* « *sembarcar cien hombres* y *una gran cantidad de bombas de in-* « *cendio* y otros artículos de guerra QUE DEBÍAN SALIR PARA « MONTEVIDEO ....El gobierno de la capital, en medio del « conflicto en que se hallaba, ha pedido al gabinete Imperial, « por medio del señor Magariños, una contestación terminan- « te sobre *la política que se propone guardar en estos momen-* « *tos*, pidiéndole que declare qué partido tomará en el CASO « ESTREMO *de que se entregase la República* á un *poder extran-* « *jero antes que sucumbir bajo la cuchilla de Rozas*, porque en « aquel extremado apuro *el gobierno de la República se echaría* « *con preferencia* EN LOS BRAZOS DE UN PODER AMERICANO».

Por lo que se vé imperaba nuevamente en Montevideo la política de Rivera, de don Nicolás Herrera, de don Lucas Obes, de don Manuel José García, y del Barón de Villa-Bella Garcia Zúñiga, que dió por resultado la anexión al Brasil del año 1823. Esas son *las gloriosas tradiciones* de la defensa, valerse de los extranjeros para llevar el odio y la intransigencia de partido hasta la traición y el sacrificio de la nacionalidad. Véase, pues, dónde era que flameaba la verdadera bandera de la patria.

Rivera con lo poco que salvó del desastre de *India Muerta* se refugió en el Brasil declarando que tenía negociaciones pen-

dientes con el Conde de Caxias. Este ratificó lo dicho por Rivera y le aseguró la tranquilidad de las fuerzas del caudillo en donde las había situado. El emperador aprobó la conducta de Caxias y ordenó que se racionasen las fuerzas de Rivera y que á éste se le proporcionase todo lo necesario para bajar á Río Janeiro si así lo deseaba.

La prensa brasilera hizo manifestaciones á este respecto. *El Mercantil* de Río de 18 de Mayo de 1845 dijo: «Se atribuye « la venida del ilustre general al deseo que nutre de que el « gobierno brasilero intervenga en los negocios del Río de la « Plata!»

El Centinela de la Monarquía decía: «Se dice que el general « don Fructuoso Rivera va á entablar con el gobierno un trata- « do de alianza con el fin de recobrar las riendas de la Presiden- « cia de la Provincia Oriental.—Consta que hoy tendrá él una « conferencia con el señor Ministro de la Guerra».—Era el 19 de Mayo de 1845.

El Grito del Amazonas de Río Janeiro decía con respecto á Rivera: « ¿Qué viene á hacer aquí este personaje?—¿Vendrá á « representar el mismo papel que representó el general Paz?— « ¿Vendrá á prepararse para entrar de nuevo en el territorio « Cisplatino, provisto con socorros de armas y otras municio- « nes?.... Frutos, cuyo deslealtad al Brasil pasa ya como pro- « verbio, sentado al hogar del pueblo Brasilero!....»

El Gobierno unitario-colorado de Montevideo por un lado, y Rivera asumiendo su representación por otra, ofrecían á un mismo tiempo al Brasil una coyuntura favorable de intervención armada; pero el Brasil no se animaba después de la derrota de *India Muerta,* y además la previsión de Lord Aberdeen en el gabinete de Londres con su cláusula: « SOBRE LA BASE DE LA INDEPENDENCIA DEL ESTADO ORIENTAL » reducía las ambiciones del Brasil á un simple protectorado, por el cual no se decidía á emprender sacrificios y arriesgar tal vez graves consecuencias. A decidirlo en ese sentido fué allá más tarde don Andrés Lamas.

Los riveristas lamentaban profundamente el que el Brasil no interviniese resueltamente y el Sr. José Luis Bustamente, secretario de Rivera, en su libro: *Los cinco errores capitales de la intervención anglo-francesa en el Plata* dice con respecto á haber sido separado el Brasil de la intervención lo siguiente: «Error « lamentable que ha costado mucha sangre, muchos sacrificios, « muchos desengaños. Si el Brasil hubiese entrado á cooperar « en la intervención propuesta, *con todo su poder terrestre y « marítimo* COMO ERA LA MENTE DEL GOBIERNO la cuestión « pudo resolverse en seis meses...... y esas potencias *habrían « conquistado* todo el RIQUÍSIMO PRESENTE Y PORVENIR que « las Repúblicas del Plata conservan aún vírgenes y envi- « diables ».

En Mayo de 1845 D. Manuel Oribe propuso á la plaza una rendición honorable; lo que es una prueba más de la falsedad y ridiculez de la especie absurda y calumniosa de que el General Oribe no tomaba la plaza por cálculo, cuyo objeto no se comprende, y se desmiente por el hecho de que al mismo tiempo trataba de hacer prosperar la campaña hasta donde le era posible. La propuesta no fué aceptada porque los defensores confiaban con seguridad en el apoyo decidido, más ó menos tardío del Brasil.

Las escuadras extranjeras proporcionaron nuevamente gran cantidad de balas de cañón y de fusil, pólvora, víveres frescos y otros auxilios que necesitaba la plaza; y el secretario de Rivera D. José Luis Bustamante al dar cuenta de estos asuntos le decía: «Principiamos una nueva situación, y el Gobierno « después de mucho tiempo principia á restablecer su moral *apoyado por los poderes extranjeros* QUE NOS HAN LEVANTADO « DE LA TUMBA .... no es posible ni político precipi- « tar los sucesos.»

Luego escribió la siguiente carta de la cual tomamos los párrafos más importantes:

« *Exmo. Señor General D. Fructuoso Rivera.*

«Montevideo, Agosto 29 de 1845.

«Mi estimado General y amigo:

....

«No perdemos un momento de trabajar en el sentido conveni-
« do con los Ministros extranjeros, para que se comprenda bien
« los hombres y las cosas y lo que conviene hacer en estos
momentos.

« Lo que más importa por ahora es que V. E. venga al Río
« Grande, que oportunamente le instruiré de mis trabajos
« practicados aquí.

«Oribe aún permanece á nuestro frente, y no veo cómo se
« pueda luchar por ahora.

«Garibaldi ha salido para el Uruguay con una escuadrilla y
« con 600 hombres: van también algunos ingleses y franceses.

«*Por momentos esperamos* EL PRONUNCIAMIENTO DE LOS
« BRASILEROS.

«Me repito de V. E. muy obediente servidor Q. B. S. M.

«*José Luis Bustamante.*»

Semejante conducta escandalosa; una nueva Troya tan eminentemente cosmopolita; empezó á levantar desaprobaciones y resistencias en los mismos que hasta entonces eran sus defensores; y el distinguido unitario D. Manuel Eguía deseando dignificar la prensa, inmunda y repugnante en manos de Rivera Indarte, con sus hipérboles monstruosas y calumniando el sagrado de los sentimientos y la vida privada de sus enemigos; y entregada en cuerpo y alma al extranjerismo en las de don Florencio Varela; escribió empeñosamente al célebre poeta y publicista D. Esteban Echeverría, encareciéndole la necesidad de que se pusiese al frente de la prensa redactando un diario que proclamase ideas dignas, americanas y patrióticas; y en carta que le dirigía decía así:

«Pelotas, Febrero 12 de 1846.»

«*Sr. D. Esteban Echeverría.*»

«Mi querido Esteban:

....

Para la prensa de Montevideo, la Francia y la Inglaterra

« tienen todos los derechos, toda la justicia! aún más, pueden « dar una puñalada de atrás, un tajo de pillo, arrebatar una « escuadra, quemar buques mercantes, entrar en los Ríos, « asesinar á cañonazos, destruir nuestro cabotaje, todo eso y « mucho más que *aún falta* ES PERMITIDO Á LOS CIVILIZADO« RES.

«Para esta prensa el francés maquinista que cae atravesado « por una bala es digno de su compasión y duelo: lo llama des« graciado y ve rodar 400 cabezas argentinas, (se refería al « combate de Obligado) y no derrama una lágrima, no mues« tra el menor sentimiento por su propia sangre: no hay un « pensamiento de nacionalidad, una palabra de dolor sobre la « tumba de 400 hermanos.

« La prensa de Montevideo es completamente Franco-Inglesa, « y *el Pueblo Argentino quiere y siente la necesidad de una que « sea suya*, teniendo elementos americanos que bastan ellos « solos sin mezcla extranjera para triunfar de Rozas: pero al « poder material que avance sobre él debe asociarse el poder « moral, porque esa empresa no es solo del sable: éste, solo « ha conseguido la mitad del triunfo, y más de una vez ha sido « nuestra ruina el empleo de un solo medio.—Queremos, pues, « un escritor que llene este deber, que ilustre las masas sobre « todo punto político; que dispuesto siempre á decir la verdad « *no se reduzca á elogiarlo todo.*—Un escritor que eche sobre « su alma la grave responsabilidad de ser el órgano fiel *de la « exigencia del Pueblo Argentino*, y colocado en la altura de su « misión, *desnudo de las influencias* de un partido ciego.—Que « no deprima á Rozas sin motivo, ni alabe á Paz sin mere« cerlo.—Que esté constantemente en la libertad de decir lo « justo y lo bueno y armado de la palabra de Dios enseñe al « pueblo cuál es su dignidad y conveniencia.

« Este escritor, ésta cabeza, éste hombre, eres tu, Esteban.... « Aquí no hay entre nosotros quien sea capaz de dar el pro« grama de los principios que debe desarrollar nuestra prensa: « lo dejamos á tu conciencia ...»

« Esta carta la repetiré hasta obtener la contestación....

« Te desea salud tu amigo.

« *Manuel Eguía.* »

Escusado es decir que este hombre honrado y bien inspirado, se equivocaba porsupuesto grandemente al creer que con los elementos de la defensa y los anexionistas de 1823 podía hacer una política pura, patriótica y de principios.

Muchos de los defensores tomaron la resolución de abandonar la defensa, los orientales en su mayor parte se pasaron al general Oribe, y los de las otras nacionalidades emigraron á Buenos Aires y al Brasil. De esta manera de 8.000 defensores que tenía en su principio la defensa, este número quedó reducido á 4.000. Bien es verdad que siempre que se necesitasen defensores ahí estaban las escuadras para proporcionarlos. Pero á la plaza de Montevideo bien fortificada y *sostenida por una escuadra* le basta para su defensa una pequeña guarnición.

La brevedad de estos apuntes nos impide citar muchos casos, pero lo haremos como ejemplo de tantos otros con el del coronel don Martiniano Chilavert, que pasó á la autoridad competente del Gobierno de Montevideo, la siguiente nota:

«San Lorenzo, Abril 15 de 1846.

« Exmo. Señor:

« Don Martiniano Chilavert, de nación argentina, coronel de « artillería de la República, ante V. E. con el mayor respeto « expone:—que ha servido nueve años á la república sin que « ni los más amargos sinsabores, ni las más atroces calumnias, « ni injustas proscripciones hayan disminuido su ardiente celo, « y su constante adhesión á la causa que sostenía, porque con- « sideraba en ella envuelta la dicha de su patria; objeto de todos « sus conatos y el más enérgico sentimiento de su corazón. « Mas ahora, E. S. esa misma querida patria á quien sirve desde « la edad de quince años *se ve hostilizada por dos formida- « bles potencias* y, á su juicio, AMENAZADO EN SUS MÁS ALTOS « INTERESES, EN SU DIGNIDAD, EN SU GLORIA Y EN SU FUTURA « PROSPERIDAD. Estas razones, y ser opuesto á sus principios

« combatir contra su país unido á fuerzas extranjeras, *sea cual*
« *sea la naturaleza del Gobierno que lo rije* lo han decidido á re-
« tirarse á la vida privada, á cuyo efecto á V. E. suplica se digne
« concederle *su absoluta separación* del servicio.

«*Martiniano Chilavert.*»

Algo más tarde Chilavert se dirigió á Oribe pidiéndole que como Presidente oriental y aliado de la República Argentina, mediase con el gobierno de Buenos Aires para que se le permitiese pasar allí y ponerse al servicio de la resistencia de su patria al extranjero. En esa nota le decía:

« *Exmo. Sr. Presidente de la República Oriental del Uruguay*
« *Brigadier General D. Manuel Oribe.*

«San Lorenzo, (Río Grande del Sud), Mayo 14 de 1846.

« Mi General:. . . . .
. . . .

« Conducido por estas convicciones me reputé desligado del
« partido á quien servía, tan luego como la intervención bina-
« ria de la Inglaterra y de la Francia se realizó en los nego-
« cios del Plata; y decidí retirarme á la vida privada á cuyo
« efecto pedí al gobierno de Montevideo mi absoluta separa-
« ción del servicio como se impondrá V. E. por la copia de la
« solicitud que tengo el honor de acompañar. Esta era mi in-
« tención cuando llegaron á mis manos en el retiro en que
« me hallo, algunos periódicos que me impusieron de *las ultra-*
« *jantes condiciones* á que pretenden sujetar á mi país los pode-
« res interventores, y del modo inícuo como se había tomado su
« escuadra—hecho digno de registrarse en los anales de Bor-
« gia. Ví también propagadas doctrinas que tienden á con-
« vertir el interés mercantil de la Inglaterra en un centro de
« atracción al que deben subordinarse los más caros de mi
« país y al que deben sacrificar su honor y su porvenir. *La di-*
« *solución misma de la nacionalidad* se establece como prin-
« cipio. »

«El cañón de Obligado contestó á tan insolentes provocacio-
« nes. Su estruendo resonó en mi corazón. Desde ese instan-
« te un solo deseo me anima: el de servir á mi patria en esta
« lucha de JUSTICIA Y DE GLORIA PARA ELLA.

« Irritada ahora por injustas ofensas, pero generosa, acre-
« dita que podrá quizás ser vencida, pero que dejará por tro-
« feos una tumba flotando en un oceano de sangre, alumbrada
« por las llamas de sus lares incendiados.

....

« Al ofrecer al gobierno de mi país mis débiles servicios
« por la benévola mediación de V. E. nada me reservo; y ele-
« vo mis sinceros votos por su dicha, seguro de que nunca ten-
« drá V. E. que arrepentirse de haber dado este paso.

«*Martiniano Chilavert.*»

Don Manuel Oribe contestó felicitando al Coronel Chilavert en los siguientes términos:

¡Vivan los Defensores de las Leyes!

Diciembre, 19 de 1846

Señor don Martiniano Chilavert.

« Mi muy estimado amigo: después de la exposición que ha
« hechos V. y que he recibido, creo que no debe permanecer en
« ese punto con seguridad: véngase V. pues al Cerro Largo á
« donde he dirigido ya mis órdenes para que sea V. recibido y
« servido en lo que desee.

« Ese paso tan elevado, tan noble, tan americano, que ha
« dado usted,—lo ha colocado en una posición brillante para
« el porvenir. No habrá un americano digno de este nombre,
« que no lea con placer aquel documento y que no haga el
« justo elogio de su firmeza, energía y patriotismo.

« Yo seré uno de los primeros como lo soy, en asegurar á
« Vd. que he de probarle la amistad con que tengo el gusto
« de ser su affmo. amigo Q. B. S. M.

MANUEL ORIBE.»

En cuanto á la nota más antipatrióticamente escandalosa de la defensa, se la reservaba para sí don Andrés Lamas.—Era él el que ambicionaba seguir las huellas de Rivera cuando les decía á sus soldados: «*dizei conmigo: ¡Viva á incorporaçao do Estado Cisplatino a o grande Imperio do Brasil!*—Escribió bajo el título: « Agresiones de Rozas al Estado Oriental, » y era él mismo quien lo agredía como se lo dijo el General don Venancio Flores, quien le ofreció clavarle un puñal; y era él el que estimulaba al Brasil á atacar nuestra Independencia y á desgarrar la convención de 1828 como vá á verse.

La derrota de la *India Muerta* paralizó aquellos trabajos con el Brasil de que daba cuenta el Ministro Oriental en Río Janeiro don Francisco Magariños, al Ministro don Santiago Vázquez en Montevideo comunicándole reservadamente la forma de la intervención, y asegurándole que el Brasil entraría si convenía con lo acordado entre Francia é Inglaterra; y agregaba con franqueza: «*que estaba contentísimo del buen re-*
« *sultado de la misión de Abrantes* QUE DEBIA ESTIMULAR EL
« APETITO DE LOS HIJOS DE ALBIÓN, QUE MOVIERON Á LOS
« DEL SENA!!» Esto aunque reservado se hizo público aún entonces, por haber sido interceptada la correspondencia de don Francisco Magariños á don Santiago Vázquez y haberse publicado en *El Archivo Americano.*

Paralizados estos trabajos con el Brasil por el antedicho desastre de Rivera se redoblaron con más fuerza en 1847. El gobierno de Montevideo ofrecía toda clase de concesiones á trueque de protección y de un empréstito, y hasta había llegado á manifestarle que en último caso se entregaría de lleno en brazos de *un poder americano*, que no era otro que el Brasil. Pero éste, aunque dándole recursos importantes pero no decisivos, entretenía al gobierno de la plaza temiendo entrar ostensiblemente en la cuestión y encontrarse solo en la guerra con Oribe que dominaba todo el país y su aliado Rozas que no lo abandonaría, pues se trataba de los intereses súd-americanos que sostenían juntos.—El gobierno de Montevideo lo estimuló entonces con

la renuncia para siempre por parte de la República Oriental á los derechos que le consagraba la demarcación del tratado de San Ildefonso de 1º de Octubre de 1877, y se comprometía á reconocer la demarcación de límites fijada por el Cabildo de 1819. Tan anti-patriótica resolución estimuló fuertemente y despertó las ambiciones voraces del Imperio; y ya iba á firmar el tratado, cuando de pronto se detuvo.—

¿Qué sucedia?

El agente del gobierno oriental en Río Janeiro don Andrés Lamas, procuró averiguarlo, y entonces se convenció de que si el Brasil estaba dispuesto á la guerra acompañado de Francia y de Inglaterra, no se hallaba en la misma disposición encontrándose solo; y la Francia manifestaba deseos de retirarse. El tratado era indudablemente la guerra. Con este motivo el 31 de Marzo de 1849 escribía á su gobierno de Montevideo: «Recién el 15 supe que el motivo del cambio que había experimentado el Gabinete era la seguridad dada, supongo por el general don Tomás Guido (Ministro Argentino) de que M. Lepredour iba á concluir un ajuste, *que importaba el abandono de la Francia.* Este gabinete entendió entonces que nada eficaz *podría hacerse para salvar á Montevideo*; y que intentándolo, sólo lograría empeñarse, *en mala oportunidad* en una guerra con Rozas».

Es verdad, es un hecho histórico que el Brasil jamás ha declarado solo la guerra á nadie. Siempre ha creído deber contar con aliados. O la ha hecho contando con otras naciones ó con la alianza de los partidos internos de un país. Así fué que para destruir el equilibrio sud-americano en la nacionalidad del Paraguay, le fué necesario apelar al partido colorado, y á la candidez y al patriotismo acomodaticio, original y elástico de don Bartolomé Mitre.

Eso fué lo que sucedió entonces, pero don Andrés Lamas en nombre de su gobierno no cejó, y consiguió arribar con el ministro brasilero Vizconde d'Olinda á un arreglo bajo la base de la mayor reserva; lo que se creía salvar con la supercheria

de que en lugar de ser el Brasil el que tratase aparecería que lo era el Sr. Irineo Evangelista de Souza. Lamas entonces obtuvo para su Gobierno un ansiado anticipo de un millón doscientos veinte mil francos, por medio de un crédito que se abrió al Gobierno de Montevideo, el cual además recibió del Brasil doce cañones, dos mil quinientos fusiles, algunos miles de balas, muchos quintales de pólvora y otros pertrechos para la defensa de la plaza.

Con toda la razón del mundo pudo, pues, decir más tarde don Andrés Lamas, y *con convencimiento* según los nuevos reformadores, lo siguiente: « En el libro del pasado *todos tenemos* « *culpas y algunos de nosotros* GRANDES CULPAS. Si conti- « nuamos leyendo en ese libro, no nos entenderemos jamás, « estamos irremisiblemente perdidos; perdidos nosotros, perdi- « dos nuestros hijos que de nosotros heredan esa herencia de « perdición.»

Tenía muchísima razón; desgraciado del que herede sus procedimientos de funcionario arbitrario, y diplomático desleal á su patria, durante la guerra grande. Ese indudablemente está irremisiblemente perdido; si no en el poder actual á lo menos ante la conciencia pública. Es indudable también que si hay sucesores de la política y de la conducta de don Andrés Lamas, tampoco con ellos podremos entendernos. No sería de patriotas entenderse con ellos mientras no se corrigiesen y se regenerasen.

Por otra parte; desgraciado del pueblo que no puede escribir su historia; desgraciado del partido que tiene que ocultar sus anales; y desgraciado del hombre y del ciudadano que tiene que cubrir con un velo impenetrable su vida pública.— Ese pueblo, ese partido y ese hombre *están irremisiblemente perdidos*.

Véanse ahora las siguientes notas de don Andrés Lamas, Agente del Gobierno de Montevideo, al Gobierno del Imperio del Brasil; y al de Montevideo; que confirman lo que dejamos dicho y arrojan nueva luz sobre sus acciones:

Confidencial.

«Señor Vizconde--Cumpliendo lo que tuve el honor de ofrecer á V. E. en la conferencia á que hoy me hizo el favor de admitirme, incluyo el proyecto de arreglo de límites, tal cual en mi sentir podía celebrarse sin dar motivo á justo reproche á la dignidad de ninguno de los dos países.

«Por el art 6º del proyecto se establece que la compensación se pagaría á plazos; *ni un peso por el momento* lo que quita la idea de un socorro directo dado por el Brasil, porque el conflicto de Montevideo es de hoy; si lo domina tres meses ó más, es claro que entonces lo dominaría mayor tiempo. El uso que haría la República del derecho que adquiriese por el contrato sería un acto suyo, de que el Brasil no puede ser responsable.

«Adjunto al proyecto una variante del art. 6º. Esta variante reduce la compensación á una *nueva garantía*, y aunque ésta es por mayor cantidad **abraza el caso de la cesión de los riquísimos terrenos que poseemos y están comprendidos en el Convenio de 1819.**

«Escuso decir á V. E. que esos proyectos pueden modificarse, alterarse, *cambiarse del modo que crea más conveniente.*

«V. E. me permitirá agregar que todas las objeciones que pudieran hacerse á un arreglo de este género se desvanecen.

«1º Por el hecho de que el Gobierno de Montevideo es *hasta* hoy, el único que todas las Potencias, sin excepción, reconocen como Gobierno de la República. 2º Porque para pretender la nulidad de cualquier tratado *celebrado* por él, se debe pretender la de *todos* los que ha celebrado, y estos son con Francia, Inglaterra, Cerdeña y España. 3º Por el hecho del proyecto del señor Ernesto Ferreira Franca que siendo honrosísimo para la República le fué ofrecido en momento de extremo conflicto. 4º Porque cualquiera cosa que se pacte puede *ser secreta.*

«Este secreto, como ya espliqué á V. E. es un *interés* del Gobierno Oriental, durante la lucha. En los *intereses* se puede fiar.

«**Me permitiré observar que, si al fin, es vencida la República y el Brasil sacrifica lo que adquiere por el tratado á la conservación de la paz** con Rozas, habrá comprado con dinero una *diversión* necesaria á su política en los momentos actuales y mientras pacificado el interior puede prepararse con desahogo para las enventualidades del exterior.

«*Si esa paz es imposible desde que Rozas triunfe, como lo creo firmísimamente, y en la guerra le disputa el Brasil como le disputará los límites de 1777, el Brasil podría usar entonces de ese tratado para justificar sus motivos de derecho.*

«El otro medio de que hablé á V. E. sería facilitar en dinero, ó por una garantía para negociarlo, un subsidio por diez ó doce meses que apareciese otorgado por el Paraguay, cuya guerra con Rozas es inevitable y sin duda funestísima luego que ocupe el estado Oriental. Nosotros recibiríamos ese subsidio en dinero ó garantía del *Paraguay* y el secreto de esta operación se establecería con todas las condiciones que la prudencia humana puede sujerir.

«El otro medio, de que también hablé á V. E. consistiría en otorgarnos una garantía en común con el Paraguay por cantidades iguales.

«Si el Brasil lo hace por su parte, estoy seguro de que el Paraguay lo haría por la suya.

«Sobre todos estos proyectos haré unas explicaciones. Yo puedo negociar un empréstito por el que no recibamos mensualmente más que la cantidad necesaria para la conservación de la Plaza y para ocasionar alguna diversión sobre el litoral del Uruguay que aparte á las fuerzas de Rozas de la frontera del Imperio ahora que se debilita el ejército que la guarda; de manera que como la garantía no sería efectiva *sinó por lo que recibiéramos*, ella quedaría de hecho reducida á muy poca cosa si nuestra resistencia no se prolonga lo bastante, para dar lugar á que pacificado el interior del Imperio, pueda tomar su Gobierno la actitud que le parezca mejor en nuestros negocios.

«Como el objeto de *todos* hoy, es impedir que Rozas complete su triunfo mientras el Brasil no tenga alguna seguridad, sobre la conservación de la independencia Oriental, sobre el modo en que resolverán las reclamaciones que Rozas aumenta cada día con el Brasil; sobre el modo en que tratará con él la cuestión territorial, sobre el destino que tendrá la independencia del Paraguay y todos los grandes intereses políticos y comerciales, vinculados á esos diversos objetos, V. E. me permitirá recordarle que los momentos son urgentísimos: á cada momento peligra todo porque si Rozas absorbe ahora de facto al Estado Oriental, bajo el pretexto de la Presidencia de Oribe, irá rápidamente á absorber de facto el Paraguay, que no tiene todavía verdadera organización militar bajo el pretexto de la isla del Apipé y vendrá sobre las fronteras del Brasil robustecido de todos modos, dentro de pocos meses, tal vez antes que el Gobierno de S. M. se haya desembarazado de sus atenciones interiores.

«V. E. me permitirá también que le repita que hoy ó el día en que el Brasil esté preparado para negociar con mejores probabilidades de suceso, nosotros nos obligamos á pasar por todas las condiciones que sean conciliables con la independencia Oriental. Si un arreglo entre el Brasil y Rozas es posible, si el Río de la Plata puede pacificarse diplomáticamente sin comprometer los intereses del Brasil, de nosotros no vendrá la dificultad.

«*Hoy, ó después nos obligaremos á lo que el Brasil juzgue necesario á ese fin, si no le parece bastante el proyecto que presenté al doctor Pimenta Bueno el 19 de Febrero dcl año de 1848.*

«Suplico á V. E. que la resolución sea sobre todo pronto: la demora puede inutilizarla, si es favorable: si es adversa, si el Brasil es indiferente á que Rozas ocupe ya á Montevideo, la demora puede ser inhumana.

«He escrito á V. E. con la franqueza que V. E. me permitió en la conferencia y que tanto agradezco á su bondad; con la

franqueza de un hombre leal para todos, aunque muy sinceramente dedicado al interés de su país y á los deberes de su angustioso puesto en estos momentos solemnes.

«Tengo el honor de ser, señor Vizconde, de V. E. muy humilde servidor.»

(Firmado)—*Andrés Lamas.*

Febrero 4 de 1849.

«*A S. E. el señor Vizconde de Olinda, etc., etc., etc.*»

Art. 1° Las dos partes contratantes convienen en que se tengan y consideren como límites de la República Oriental del Uruguay, y sin perjuicio del derecho que pretende el Brasil y más adelante se declarará, los mismos establecidos en la condición 2ª de la acta de 31 de Julio de 1821; cuyos límites son: Por el este, el Océano; Por el Sud el Río de la Plata: Por el Oeste, el Uruguay: Por el Norte el Rio Cuareim hasta la cuchilla Santa Ana, que divide el río de Santa María, y por esta parte el Arroyo Tacuarembó Grande, siguiendo hasta la punta del Yaguarón y la laguna Merín pasando por el puntal de San Miguel á tomar el Chuy que entra en el Océano.

«Art. 2° Para terminar la larga y complicada controversia del derecho que pretende la República Oriental del Uruguay á la demarcación del tratado celebrado en el real sitio de San Ildefonso entre las Cortes de España y Portugal el 1° de Octubre de 1777, y que fué expresamente reservado al final de la condición 2ª de la ya enunciada acta del Congreso cisplatino de 31 de Julio de 1821, la República Oriental del Uruguay renuncia á ese derecho, desde ahora para siempre, y declara nula y de ningún efecto, de hoy en adelante, la expresada reserva.

«Art. 3° **Pretendiendo el Imperio del Brasil derecho á los límites fijados en el convenio celebrado por el cabildo Gobernador en el año 1819 y deseando la República que la discusión de ese derecho, que contradice, no sea ocasión de desinteligencias futuras, se obliga:**

«1° A que esa cuestión se debata *aislada y diplomáticamente entre los dos países.*

«2° A que en el caso de no llegar á un acuerdo, la cuestión se decida y arregle, sin más diferencia ni apelación, por dos poderes árbitros que nombre S. M. el Emperador del Brasil y el gobierno de la República Oriental del Uruguay; y en discordancia de los respectivos árbitros que se esté y pase por lo que resuelva un tercero que elijan los mismos árbitros, y si también discordasen en la elección del tercero, que se esté por el que designe la suerte entre los dos que señalen los referidos poderes arbitradores, y lo que así se decida y concluya se tendrá por firme y valedero para siempre jamás.

«Art. 4° Tanto respecto á la línea designada en el art. 1° como á la que resultará del convenio de 1819, decidida que fuera su validez, las dos partes contratantes convienen en que tan pronto como se pacifique la República Oriental nombrará los respectivos comisarios para que procedan á demarcarla sobre el terreno y á fijarse las marcas que señalen, con toda precisión, los límites estipulados.

«Art. 5° Si en esta operación ocurriesen algunas dudas y dificultades y las partes no se acordasen sobre ellas amistosa y brevemente, se sujetarán á la decisión de árbitros siguiendo el método establecido en el art. 3°.

«Art. 6° **En compensación de la renuncia que hace la República Oriental del Uruguay por el artículo 2° y del método de arreglo á que se somete por el 3°** el gobierno de S. M. el Emperador del Brasil se obliga á pagarle la suma de *un millón* de pesos fuertes en los plazos siguientes: 250.000 pesos á tres meses de la fecha de este convenio, 250.000 á tres meses de la primera entrega y 500.000 á los seis meses de la segunda.

«Art. 7° El presente tratado será ratificado por S. M. el Emperador del Brasil y por S. E. el Presidente de la República Oriental del Uruguay, y las ratificaciones canjeadas en esta corte á los cuarenta días de esta fecha, ó antes si fuera posible.

«En fé de lo cual, nos etc.

«Artículo adicional—Si la Asamblea General Lejislativa del Imperio del Brasil no aprobase la compensación acordada por el art. 6°, la expresada suma se considerará como empréstito, y la República Oriental del Uruguay hará su devolución en plazos y por cantidades iguales á los acordados para las entregas.

«Variante al art. 6° del Proyecto.—

«Art. 6° **En compensación á la renuncia que hace la República Oriental del Uruguay por el art. 2° y al método de arreglo estipulado en el 3°**, S. M. el Emperador del Brasil *le otorga su garantía* para la negociación de un empréstito de la cantidad de *tres millones de pesos fuertes.*

«Ar. 7.° **Si la República Oriental del Uruguay no cumpliese el contrato que celebrase por la suma garantida por el Brasil y éste se encontrase en el caso de hacer efectivo el reembolso, por el hecho se entiende reconocido en favor del Brasil el derecho á la demarcación fijada en la Convención del cabildo gobernador de 1819;** y la República Oriental del Uruguay hace, desde ahora, y para aquel caso, *formal é irrevocable cesión de todos los terrenos comprendidos en la expresada demarcación:* **de la cual cesión** *será este mismo artículo* **bastante título y documento.**

«Está conforme.

«El Secretario de la Legación.—*Andrés Somellera.*»

«Confidencial—Febrero 5 de 1849—Señor Vizconde—Tengo el honor de incluir copia tomada por mí del proyecto pasado por el señor Ernesto Ferreira Franca á esta Legación, con la cual queda cumplida la promesa que hice ayer á V. E.

«Como el secreto puede ser una basa, V. E. me permitirá observarle que el de ese proyecto que fué rechazado *in limine* por la República se ha guardado inviolable hasta hoy. Mucho agradecería que V. E. se sirviera oirme sobre cualquiera objeción ó duda que le ocurra. Estoy seguro de que discutiendo habíamos de entendernos siempre. Todo puede hacerse en el interés legítimo de todos. Yo estoy á la disposición de V. E.

é iré á verlo en todo momento en que se sirva recibirme. Tengo el honor de ser de V. E., señor Vizconde, muy humilde servidor.

(Firmado)—*Andrés Lamas.*»

Está conforme—

El Secretario de la Legación—*Andrés Somellera.*»

«Confidencial—Señor Vizconde—Tengo el honor de enviar á V. E. la nota oficial que le anuncié en la conferencia del 4.

«Puedo asegurar á V. E. *que mi gobierno admitirá la interposición que solicita* **en los términos en que quiera ejercerla el Brasil.**

«Dado este antecedente, no puedo concebir que el gobierno Imperial rehuse su interposición. La única cuestión que me ocurre es si querrá ejercerla, ahora, ó después; si formulará ya su política definitiva en el Plata; ó si esperará hacerlo más adelante, después de la reunión de las Cámaras; ó de pacificado el Norte, por ejemplo.

«Si la formula y quiere obrar *ya,* todo está decidido con eso—Si la formula y quiere postergar su ejecución para una época, ó un evento dado, entonces puede celebrarse el ajuste sobre la base que propongo, ú otra, y, *así comprometida la República,* reservarse para su tiempo.—Pero en esta última hipótesis, lo mismo que en la de no querer formular ahora la política definitiva del Brasil en el Plata para hacerlo según corran los eventos interiores, V. E. no puede dejar de convenir en que urge decidir sobre la conservación de Montevideo.

«Lo que para esto se requiere es muy poco en sí mismo, y casi nada, nada, en relación con el objeto.

«Si se decide salvar á Montevideo, ahora ó algo más tarde, entonces su conservación no le costará al Brasil, positivamente nada. El contrato se hará de manera que la República podrá, y no dejará de cumplir.

«Si ahora no se decide salvarlo, y se reserva la cuestión para resolverla dentro de pocos meses, según las circunastancias ocurrentes, y, al fin, se decide después la entrega de Montevi-

deo, el Brasil tendrá que cubrir su garantía por el subsidio de algunos meses, pero esa cantidad que nunca puede ser crecida, le asegurará mantener el Statuquo y con él:—1º La libertad de adoptar una política que salve á Montevideo y que mejore, quizá, la situación en **que dejó al Brasil la embrionaria convención de 1828.**

«2º El tiempo necesario para prepararse *con desahogo* para *la ejecución segura de esa política.*

«3º El apartamiento de sus fronteras del Ejército desocupado de Rozas, mientras tiene el Brasil atenciones interiores.

«4º La conservación del Paraguay que no será eficazmente atacado mientras se luche en el Estado Oriental; y con la conservación del Paraguay la seguridad de una extensísima frontera de difícil defensa, aunque no sea más que por lo despoblado y lejano, y por la cual quedaría flanqueada otra frontera de más de cien leguas.

«5º Bajo todos aspectos, la tranquilidad del Río Grande del Sud, que es como se sabe, profundamente antipático al triunfo de Rozas y Oribe.

«Estas últimas consideraciones, justifican, como simple gasto de seguridad y conservación, *la pequeñísima cantidad que sería necesaria para mantener á Montevideo mientras que se formula* y *pone en práctica* **la política final del Brasil.**

«*Si es una responsabilidad el* **puñado de dinero que solicito;** *¡qué responsabilidad no puede venir de no entretener las fuerzas de Rozas en estos momentos, y robustecerlo, aunque sea solo dándole todos los puertos del Plata y el material y personal que encierra Montevideo* cuando, tal vez, sea necesario combatirlo dentro de pocos meses!

«Suplico á V. E. no olvide que en estos tres ó cuatro días, saldrá el paquete para Montevideo.

«*Si no le mando, siquiera una esperanza fundada, quizá le mando la muerte.*

«V. E. me perdonará si soy, por tanta necesidad, *exigente.*

«Tengo el honor de ser de V. E., señor Vizconde, muy humilde servidor.

(Firmado)—*Andrés Lamas.*

Febreio 4 de 1849.

«*A S. E. el señor Vizconde de Olinda, etc., etc.*»

Está conforme—

El Secretario de la Legación—*Andrés Somellera.*»

«*Legación de la Repúbliba Oriental del Uruguay en el Brasil*

Río Janeiro, Marzo 31 de 1849.

«Señor Ministro:

«Después de algunas conferencias y de haber tomado las órdenes de S. M. el señor Vizconde de Olinda me declaró de la manera más formal, que el gobierno Imperial rehusaba decidida é irrevocablemente, la garantía que había solicitado esta Legación por el contrato celebrado en París, con el señor Buschenthal.

«Al darme esta negativa el señor Vizconde, *me hizo entender que ello no escluía el que nos ocupáramos de alguna otra operación sobre la base del pendiente arreglo de límites.*

«En ese concepto y después de recibidas las órdenes que Vuecencia se sirvió comunicarme en 19 de Enero último, solicité una conferencia que tuvo lugar el domingo 4 de Febrero.

«En esta conferencia, que fué muy detenida, establecí mentalmente la cuestión, *de si era, ó no, indiferente para el gobierno del Brasil, la caída de Montevideo en los momentos actuales;* y resuelta en mi sentido, entré á ocuparme de los medios de detener ese suceso, *sin comprometer al Imperio en una lucha abierta con Rozas,* mientras estaba absorbido por los conflictos interiores.

«El señor Vizconde me pidió le comunicase *en el* día, por escrito aunque en forma confidencial, los diferentes medios que acababa de indicarle.

«Lo ofrecí, y lo cumplí, pasando, pocas horas después, la

comunicación que lleva el N° 10 y que dará conocimiento á Vuecencia de los medios propuestos.

«*Las bases del proyecto de límites son las mismas que en 1845 presentó la República y de la que no era dado separarse sin renunciar virtualmente á todo resultado favorable.*

«Previendo que si el Brasil declinaba el arreglo de esa cuestión, lo haría fundándose en el deseo de que no pudiera acusársele de querer sacar partido de la situación de la República, me anticipé á vedarle la evasiva, refiriéndome al proyecto presentado por este gabinete en 27 de Abril de 1845; y como el Vizconde me dijera que no le conocía, le ofrecí enviarle copia y lo hice con la confid. núm. 2.

«Teniendo noticia segura de que *la cuestión del subsidio*, bajo cualquier forma, se subordinaba á la adopción *de una política definitiva en el Plata* y á la discusión del título con que se presentarían á tomar parte activa en las cuestiones de ese Río, creí conveniente solicitar de nuevo la interposición del Imperio, en los términos que muestra la copia núm. 3.

«Esa nota fué acompañada de la confid. copia núm. 4, y cuento que las ideas, y el tono de esas notas confid. darán justo conocimiento de lo favorablemente adelantado que se presentaba este negocio.

«Con gabinete menos incierto, podría haberse anticipado, con seguridad, una solución breve y afortunada *para los bien comprendidos interéses de ambos países.*

«El día 11 de Febrero debió tener lugar esa solución; y ya avanzada la noche, más que supe adiviné, que nos había sido contraria.

«A las 10 de la mañana del 12 estuve con el Sr. Vizconde, y desde luego, me confirmé en que la resolución había sido desfavorable porque V. E. se empeñaba en persuadirme, contra sus anteriores convicciones, que el peligro de Montevideo no era tan grave y urgente como se figuraba, &a.

«Mientras le oía calculé si sería conveniente recibir la negativa que iba á arrancar mi insistencia, y pareciéndome que no,

me aproveché del mismo camino que tomaba el Vizconde para llegar á que quedásemos, como quedamos, en esperarse nuevas noticias de Europa y Montevideo, para con arreglo á ellas, ver lo que convendría hacer.

«Así evitamos la influencia que podría ejercer una negativa precisa y oficial, no atábamos á ella á este gabinete, ni establecíamos un antecedente que embarazase á cualquiera otro que pudiera reemplazarle.

«Recién el 15 supe que el motivo del cambio que había experimentado era la seguridad dada, supongo que por don Tomás Guido, de que M. Le Predour iba á concluir un ajuste que importaba el abandono de la Francia.

«*Este gabinete entendió, entonces, que nada eficaz podría hacerse para salvar á Montevideo, y que intentándolo, solo lograría empeñarse, en mala oportunidad, en una guerra con Rozas. En consecuencia resolvió hacer todo para evitar ese conflicto y dar á mis pretensiones una negativa absoluta, si yo insistía en ellas.*

«Creí haber hecho, evitándola, todo cuanto estaba en mi posibilidad.

Someto mi conducta al juicio del Gobierno.

Ofrezco á V. E. las protestas de mi respecto.

Andrés Lamas,

A. S. E. el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de la República etc. etc.»

De acuerdo con la política de esas notas invadió el país en son de guerra el Barón de Jacuhy, coronel brasilero llamado Francisco Pedro de Abreu, y robó algunos ganados; pero fué derrotado y lanzado al Brasil por el Coronel D. Diego Lamas de las fuerzas del General Servando Gómez. El Barón de Jacuhy volvió con nuevas fuerzas y fué definitivamente derrotado por el Coronel D. Diego Lamas quien lo dispersó completamente en la batalla de *Tacumbú*.

Colorados y brasileros se acusaban recíprocamente de las causas de este desastre. El *Barón de Jacuhy* se quejaba de que no

había encontrado el apoyo que se le había prometido; y el Gobierno de Montevideo le decía que el Brasil no había enviado fuerzas suficientes.

El Comercio del Plata se ridiculizó en esa ocasión, pues había puesto por las nubes los supuestos triunfos militares del Barón de Jacuhy sobre las fuerzas orientales al mando del Coronel Diego Lamas; y que resultaron completas derrotas.

Los nuevos pseudo-reformadores buscando con ansia ciega é iracunda en la larga existencia de D. Manuel Oribe continuamente dedicada á su patria, puntos vulnerables por donde poder atacar con ventaja su personalidad patriótica, y echar lodo sobre su memoria respetable, han creído que en la mistificación de la misión de sir Roberto Gore y del Barón Gros encontrarían los medios de acusarlo ante la posteridad, teniendo así base para dirigirle anticipadamente los más injustificables é indignos vituperios. Pero tampoco en este caso la pasión insana, el ataque inmotivado, y la detracción gratuita, han salido airosos en su pobre y poco noble y envidiable pretensión; y la opinión ilustrada ha dejado caer en el vacío esos denuestos, y ese falseamiento de los hechos de sus causas, sus efectos y su filosofía; mirándolos con la mayor indiferencia; y dejando á las almas bajas, principalmente extranjeras, que se halagasen y se gozasen en lo que creían la destrucción y el manoseo de un nombre que está muy por arriba y á la altura á que no han llegado sus detractores; ya aventureros extranjeros ó extraviados nacionales.

No basta rebuscar las apariencias superficiales que faciliten la mistificación histórica y la subversión de los hechos. Es necesario investigar sus causas, sus medios de desarrollo; y estudiar profundamente lo que esos hechos verdaderamente fueron

Una mirada honda, dirigida á esos sucesos, demuestra acabadamente que á lo más que puede llegarse es á tachar á don Carlos Villademoros de exceso de buena voluntad, y á consecuencia de esto, de alguna imprevisión; pero nada más; y q...

la conducta de don Manuel Oribe fué perfectamente correcta y patriótica en el asunto Gore-Gros.

El hecho es este: Estaba existente en el Plata la intervención armada de la Francia y la Inglaterra que apoyaban en Montevideo á una guarnición en tierra de 8.000 hombres primero, y 4.000 después de las deserciones y los pasados á Oribe; y que á más de la guarnición de tierra, tenían abordo con los buques brasileros 4.700 soldados y marinos veteranos de línea, y 562 piezas de artillería. A pesar de esas fuerzas colosales, la alianza de Oribe como Presidente legal de la República Oriental del Uruguay y del Gobernador Rozas como encargado de los negocios exteriores de la República Argentina, habían hecho infructuosos los esfuerzos de los extranjeros aliados con los partidos internos unitario y colorado, y todos juntos se habían estrellado contra el patriotismo y la firmeza de las causas y los pueblos que representaban y acaudillaban Rozas y Oribe. En esas condiciones, en las postrimerías de una lucha larga y penosa, y después del fracaso y también de la suspensión de negociaciones anteriores existentes, se presentan aún en plena guerra los señores Roberto Gore por la Inglaterra y el Barón Gros por la Francia como mediadores para pacificar exclusivamente el Estado Oriental.

La primera dificultad que se ofreció para esa empresa fué que los mediadores Gore y Gros no sabían qué tratamiento oficial darían á don Manuel Oribe, pues la Francia y la Inglaterra habían reconocido y sostenido al gobierno de Rivera, y continuaban reconociendo y sosteniendo al gobierno de Montevideo, su delegado, como el del país; no siendo posible reconocer dos Presidentes. Don Manuel Oribe en su alto patriotismo le dijo á Villademoros que si era posible hacer un arreglo honroso que de ese punto no hiciera cuestión; y que para facilitar el asunto se tratase solamente á nombre del Brigadier General Oribe y lo encomendó por completo de la cuestión. Allanado ese detalle por la seriedad de don Manuel Oribe, que no daba á la cosa más importancia que la que verdaderamente tenía;

Don Carlos Villademoros incurriendo en el error de imprevisión, arribó con los mediadores á un proyecto de arreglo por el cual la plaza reconocía la autoridad de don Manuel Oribe y lo acataba como Presidente de la República, comprometiéndose éste á dar una amnistía ámplia para todos los extranjeros y nacionales que habían tomado las armas.

Hemos dicho que cuando más puede acusarse á Villademoros de imprevisión, pero si quisiéramos ser verdaderamente justos tendríamos que observar que su imprevisión no fué absoluta, pues si él no se fijó á fondo en las consecuencias del asunto, en cambio estableció la cláusula de que el Gobierno de la Confederacion Argentina, como aliado del Presidente Oribe tenía necesariamente que tener conocimiento y manifestar su opinión en este asunto y tal vez por eso mismo no se fijó más en él, y en esto estaba Villademoros en lo correcto, pues jamás se ha visto que aliándose dos ó más potencias serias con facultades iguales, una sola se abrogue la facultad de resolver por sí misma los negocios que afectan á todas en común; salvo los casos en que así se estipula expresamente, confiando á una la representación de las demás; pero en este caso no se encontraba la República Oriental que no había hecho semejante estipulación.

Al contrario; desde antes de pasar don Manuel Oribe á la república Oriental, Rozas le había entregado por completo la dirección de la guerra en el carácter de Presidente aliado y con las condiciones de permitirle llevar las fuerzas argentinas agregadas á las orientales, cuando llegase el caso de invadir su propio país. Rozas lo reconoció á Oribe, como todos sus contemporáneos, como el primer general de su época, y le encomendaba sus ejércitos aunque el tenía generales como Urquiza, Alvear, Pacheco, Guido, Mansilla, Echagüe y otros de no menos importancia y nombradía, varios de los cuales puso á sus ordenes. El ejército mientras actuó en la República Argentina se tituló: «*ejército de la Confederacion Argentina* y ORIENTALES LIBRES como verdaderos aliados. En cambio Rozas al confiar por completo á Oribe la dirección de la guerra contra las coalisiones

se había reservado él para su dirección, la diplomacía. En lo que fué eximio. Hoy mismo hay hasta mitristas que lo consideran superior á don Eduardo Costa, y que creen que la resistencia á la intervención anglo-francesa, está por arriba de la actitud del doctor Costa en los asuntos con Chile, que tuvieron por epílogo el suicidio del dictador Balmaceda en la Legación Argentina.

Desde luego se nota que esta negociación de Gore Gros fué mal encaminada desde un principio, y la imprevisión de Villademoros en su buen deseo de pacificación no paró mientes en ello. La prescindencia del Gobierno Argentino en este negociado, el olvido ó el aislamiento que se hacía de Rozas, el encargado de la diplomacía, no era justificable ni racional. Oribe como aliado no podía admitirlo, ni menos exigirlo, y de ahí que Villademoros establesiese de antemano en el proyecto, y á pesar de su imprevisión, que debía mediar la opinión y el asentimiento del gobierno de Buenos Aires para su consumación.

Además existía para Oribe una razón de delicadeza. Rozas había sido leal aliado para él, y él quería serlo igualmente. Cada vez que las coaliciones le habían propuesto á Rozas solo, la paz, había contestado como buen americano: «*bajo la base de que quede en la Presidencia legal del Estado Oriental el general don Manuel Oribe*». Así contestó varias veces. Bien podía haber hecho él la paz, retirar las tropas argentinas de la República Oriental, y abandonar al Presidente Oribe y á su país á su propia suerte con las tropas orientalas. Pero Rozas comprendía la solidaridad de los pueblos del Plata, y apoyó á la República Oriental, respetó sus hombres legales, y no autorizó de ninguna manera una deslealtad.

Así contestó á Rivera cuando le propuso la paz; que solo la aceptaría bajo la condición de la presidencia Oribe. ¿Por què este era su teniente, como se ha dicho calumniosamente? No, porque sabía que con la lealtad de Rivera no se podía contar, que no tenía seriedad ni fijeza de miras, y que sería una perpétua anarquía para los pueblos del Plata. Lo mismo contestó

á los extranjeros repetidas veces, porque comprendía que era inútil el arreglo de paz sin la base de un gobierno serio en el Estado Oriental.

Sin embargo se quiere hacer un cargo á don Manuel Oribe de lo que no fué más que el procedimiento más racional del mundo entre buenos aliados. Pero no se hace el mismo cargo por ejemplo á don Bartolomé Mitre cuando le dijo al doctor Lamas como Ministro, que la política del Plata debía someterse á las decisiones del Emperador del Brasil, Don Pedro II. Ni son tampoco una ignominia los derechos que concedió Rivera el año 38 á los franceses para que lo ayudasen eficazmente á derrocar la autoridad legal de don Manuel Oribe; ni la ingerencia que con el mismo motivo les dió en el gobierno del país, ni los derechos de consulado y todos los privilegios que les concedió. Esas no son ignominias, porque esos hechos no los permitió jamás don Manuel Oribe, que á haberlos permitido no hubiera sido derrocado como lo fué, y hubiera seguido ocupando la presidencia como otros muchos, pero en condiciones en que él no era capaz de ocuparla.

Cuando le fué comunicada á Rozas la misión Gore-Gros la estudió á fondo y luego consultó con su Ministro de Relaciones Exteriores Dr. Arana. El Dr. Felipe Arana era experto y habilísimo diplomático, pero que no llegaba ni mucho menos á imponer á Rozas sus ideas. Rozas era también perspicaz y concienzudo en asuntos diplomáticos, pero estaba muy lejos de contar con el Dr. Arana como simple intérprete de sus ideas. Eran amigos políticos, apasionados por una misma causa y en reserva discutían patrióticamente con la altura de los grandes asuntos y de los grandes magistrados.

El Dr. Arana opinó que el Gobierno debía prescindir del olvido anti-diplomático que de él se había hecho, y tomar en cuenta solamente las ventajas que reportaría á los pueblos del Plata la consumación del arreglo Gore Gros. Rozas declaró que desde luego prescindía de esa irregularidad, tanto más evidente cuanto que se trataba de aliados que tan ostensiblemente man-

festaban la comunidad de sus esfuerzos y la identidad de su causa; y que de ello no hacía cuestión; pero que notaba otras razones que hacían esa mediación inadmisible.

Ante todo el Gobierno argentino no podía contradecirse, puesto que por los hechos que se habían producido en una misión anterior, la Francia y la Inglaterra se habían reconocido como beligerantes. ¿Cómo, decía Rozas, como podemos los aliados, admitir con seriedad y sin desdoro á las partes interesadas, á los mismos beligerantes cómo mediadores? Tenía razón, eso era ridículo y su política no había sido ni fué jamás juguete de los extranjeros. Eso, decía Rozas, de reconocer á los beligerantes como mediadores, sería sancionar la intervención europea en las cuestiones de los Estados Americanos, y fué precisamente en guarda de este peligro que el Gobierno argentino DECLARÓ antes á los Ministros Howden-Walewki que no podía reconocer á las mismas partes interesadas y beligerantes capacidad alguna para ser mediadoras.

Este fué el punto de partida y la manera como el Gobierno de Buenos Aires encaró la negociación Gore-Gros; que de ninguna manera fué ni pudo ser una absurda imposición á Oribe, como dicen calumniosamente y con lijereza sus detractores.

Al contrario, el Gobierno argentino reconoció entre los graves inconvenientes de la misión Gore-Gros la forma inusitada desconociendo no solo al Gobierno argentino aliado sinó también el carácter presidencial del general Oribe, y hacía constar la necesidad de que en toda negociación que se consumase debía figurar el general Oribe como autoridad legal del Estado Oriental, el de la Confederación, y la Francia y la Gran Bretaña como beligerantes; y el Dr. Arana decía oficialmente en su nota: « Si los plenipotenciarios no vienen autori-
« zados para concluir definitivamente las cuestiones pendientes
« con ambas Repúblicas del Plata bajo las bases existentes y
« modificaciones con que fueron anteriormente aceptadas, es
« una consecuencia se les declare la imposibilidad de todo
« arreglo »

Lo importante según pensaba Rozas acertadamente, hiriendo la cuestión con criterio americano, era que la autoridad presidencial del general Oribe fuese reconocida en Montevideo no por mediaciones, que ni siquiera querían reconocerla, sinó por las mismas potencias que se habían arrogado el derecho de desconocer y derrocar en Sud-América los gobiernos que no se prestasen servilmente á sus ambiciones de absorción y á sus preparativos de conquista. Quería que las potencias extranjeras reconociesen con hechos la arbitrariedad y la injusticia de su intervención en el derrocamiento del Presidente Oribe el año 38. Y quería que las naves capitanas de las armadas de la Francia y la Inglaterra enarbolasen en lo alto de su mástil la bandera argentina, y la saludasen con 21 cañonazos en el puerto de Buenos Aires, como efectivamente al fin de fiesta la enarbolaron y la saludaron.

Todas estas razones eran de peso y bastarían para justificar el rechazo por parte de Rozas de la irregular misión Gore-Gros; pero aún hay más todavía, hay otros detalles poderosos que no podían escapar á aquella inteligencia perspicaz y profunda.

El Dr. Arana hombre inteligentísimo y de recursos, animado por la idea simpática de la pacificación del país aliado y del principio del fin de la contienda por la extinción de una parte del incendio general, le dijo á Rozas que reconocía toda la razón que lo asistía en su modo de pensar; y que dentro del derecho, de los principios y de los precedentes americanos que convenía dejar sentados, la cuestión estaba perfectamente bien encarada y resuelta del modo que la encaraba y la resolvía Rozas; pero que creía que por el momento talvez fuese conveniente la inmolación de la cuestión de principios á las ventajas que reportaría la entrada de Oribe á Montevideo.

Ese es el error, le contestó Rozas, la entrada de nuestro aliado Oribe á Montevideo nos conviene, y es lo que vamos persiguiendo con el sitio y el contingente de tropas argentinas; pero no en las condiciones del arreglo militar de la mediaci-

Gore-Gros, que deja subsistente y armada en nuestras aguas, y aún en las de Montevideo, la intervención anglo-francesa.

Es claro, bien comprendía aquella inteligencia clara que lo que se venía encima con la entrada de Oribe á Montevideo en esas condiciones, era la situación de 1838. Retiradas las tropas argentinas, licenciadas parte de las orientales de Oribe y actuando el Gobierno en Montevideo; era Rivera nuevamente en las cuchillas con el auxilio del Brasil, y el gobierno coartado nuevamente por los 4.700 soldados de línea de las escuadras las 562 piezas de artillería, y la amenaza de un bombardeo. En una palabra: 1838.

Pero aún quitando á la mediación Gore-Gros la hipocresía y la intención solapada que indudablemente tuvo, y suponiendo que no hubiera sido su propósito atacar absolutamente ni inmizcuirse en la marcha del Gobierno Oriental que hubiera hecho Oribe, es indudable que continuando la intervención y el bloqueo anglo-francés en Bs. Aires, el Estado Oriental directa ó indirectamente había de ayudar en lo posible á la República Argentina y no es necesario ser un lince para comprender que eso no más iba á ser una fuente de inconvenientes y disturbios que acelerarían nuevamente la situación de 1838.

Lo racional era pues lo que se hizo: ó hacían la paz como beligerantes y con los dos países aliados, ó no se les admitía mediaciones irregulares y clandestinas.

Todas estas ideas se cambiaron entre las cancillerías de Buenos Aires y el Cerrito, y al barullo que se hizo sobre esto, don Manuel Oribe tomó los datos del negocio de manos del doctor Villademoros, estudió el asunto, y asintió con completa convicción á las conclusiones de su aliado el Gobierno de la Confederación Argentina, burlando así la división que se quería introducir en la alianza.

Lo de que «Oribe no hacía la paz porque Rozas se lo prohibía» es pues una enorme y desvergonzada mentira, digna de gentes que no saben tener el debido respeto á nuestros más ilustres héroes y patriotas, ni la más mínima consideración

á la filosofía de los hechos y al buen sentido, y para quienes es atendible el dicho de Lamas de no leer en el libro de la historia, y la viveza de Chucarro aconsejando que no se escribiese, para que no se leyesen las firmas de aquellos cabildos entre las cuales estaba la suya, y para quienes es una eminencia nacional don Joaquín Suárez, que ejercía la Presidencia en presencia de los excesos de Pacheco y Obes, y á quien ha levantado un monumento la literatura, la poesía y el partidismo, de lo cual me parece que habrá que decir con Manrique:

Dejo las invocaciones
De los famosos poetas
Y oradores:
No curo de *sus ficciones*,
Que traen *yerbas secretas*
Sus sabores.

Hubo, sí, ignominias con motivo de la misión Gore-Gros, hubo tres ignominias tremendas; pero éstas no llegaron al campo del Cerrito, sinó que se quedaron dentro de los muros de la defensa, para amenguar en parte el afamado brillo de *las gloriosas tradiciones*.

La primera fué la aceptación del arreglo con Oribe, que le fué impuesta al Gobierno de Montevideo por los mediadores extranjeros Gore-Gros, que al mismo tiempo que se titulaban *mediadores* amenazaban con disponer de las escuadras á su voluntad. Declaraban que negarían su ayuda, levantarían el bloqueo y retirarían sus fuerzas que defendían la plaza, si el Gobierno de Montevideo no aceptaba *lo que ellos* estaban tratando con el General Oribe.

El Gobierno de Montevideo, pues, no gobernaba, cedía á las imposiciones de los enviados extranjeros que Rozas y Oribe resistían. Para el Gobierno colorado tratar con Oribe en esas condiciones era entregarle la plaza. No lo quería hacer, pero lo hacía porque *el extranjero se lo imponía*. Así como lo veía el Gobierno lo veian también sus escritores, partidarios de la in

tervención anglo-francesa, pero cedían. Bustamante el secretario de Rivera dice en su libro: «TODOS LOS PACTOS VENIAN « POR TIERRA: *todas las declaraciones quedaban rotas: todas « las esperanzas burladas*... por el hecho los mediadores se « convertían en auxiliares de Rozas para facilitar á Oribe la « entrada en la Capital de Montevideo haciéndola rendir por « medio *de una forzada capitulación*».

Habían aceptado la autoridad de los agentes de Francia é Inglaterra, y de hecho el protectorado de la Francia, precisamente por no reconocer la legalidad de D. Manuel Oribe, y ahora éstos obligaban al Gobierno de Montevideo á que la reconociese. Mármol decía que eso era equivalente: « á tomar « á Oribe de la mano y conducirlo á la ciudad de Montevideo « *bajo la misma influencia* que le había estorbado su entrada « en ella ». Y Bustamante agregaba: « No se hiciera más con « Rozas. Si no haceis la paz, se le decía en 1845, y retiráis « las tropas de la República Oriental, intervendremos á mano « armada, tomaremos vuestra escuadra, bloquearemos vuestros « puertos y ocuparemos los ríos.... ahora se le dice al Gobier- « no de Montevideo: si no tratais con Oribe y admitís las con- « diciones de su triunfo reconociéndolo como Presidente legal, « *os abandonamos completamente, no obstante nuestros compro- « misos y los sacrificios que habeis hecho por nuestra culpa.* Y « todo esto ¿por qué?... porque Rozas despreciaba los ca- « ñones de Trafalgar, de Aboukir y de Navarino».

Lección severa repetida con harta frecuencia en la historia— Por mi parte estoy con el doctor don Ambrosio Velazco que nos decía: « Jóvenes; no digo tiranos, ni demonios que se le- « vanten en un país, autorizan á que se llame la intervención « extranjera. »

La segunda humillación fué la negativa humillante de Gore-Gros cuando el Gobierno de Montevideo se dirigió á ellos después del fracaso de su misión y les expuso en un alegato la situación penosa de la plaza y la necesidad de que ellos vigorizaran nuevamente la resistencia, hicieran efectivo el bloqueo, y

emplearan todos los medios que había dejado subsistente el Conde Walewski—Ambos se negaron diciendo que había terminado su misión y que se volvían á Europa—El Barón de Gros agravó su actitud política concediendo una limosna acerca de la cual decía entre otras cosas lo siguiente *La Presse* diario independiente de Francia: «Cuando se supo en Montevideo que « Mr. Gros iba á volver á Francia, los jefes de la insurrección, « los miembros del Gobierno, y todos los interesados en la « prolongación de la guerra, le expusieron su extrema miseria, y « la imposibilidad absoluta en que estaban de sostenerse un solo « día sin el apoyo y el dinero de la Francia. M. Gros, á pesar « de la repugnancia que sentía en empeñar su responsabilidad, « consintió en prometer una suma mensual de 200.000 francos, « pero él hubiera querido que este dinero fuese aplicado sola- « mente á las necesidades de los franceses—No era esto lo que « convenía al pretendido gobierno de Montevideo y á los usu- « reros que especulaban con su pobreza. Insistieron, pues, en « que estos 200.000 francos fueran dados á toda la guarnición: « á los alemanes, á los italianos, á los españoles, á los ingleses, « lo mismo que á los franceses—M. Gros cedió también y el « Gobierno de Montevideo pudo descontar el subsidio prometi- « do—Desde esta época ha girado letras de cambio que no han « sido aceptadas: cada buque que llega del Plata trae una nueva, « y como los hombres de Montevideo ó sus agentes, invocan la « promesa que se les ha hecho, la cuestión empieza á hacerse « embarazosa. El Gobierno ha querido conocer la opinión de la « Asamblea sobre la cuestión, antes de pedirle la autorización « para pagar las letras de cambio vencidas, es decir poco más ó « menos de 1.200,000 á 1.500,000 francos.

«Es, pues, á la Asamblea á quien conviene ver si la Francia « está en posición de dar cada mes 200.000 francos para en- « riquecer á usureros ingleses, y para mantener aventureros de « todos los países, cuyas hazañas han tenido hasta aquí por « único resultado comprometer el nombre de la Francia y « arruinar su comercio con las poblaciones de las márgenes

« del Plata. Nos parece que tenemos bastante con *nuestros* « *pobres* y se debería poner por condición que el dinero sir« viese exclusivamente para nuestros nacionales. En cuanto á « los que prefieren vivir de la guerra civil más bien que de « un trabajo honroso, la Francia no tiene que ocuparse más de « ellos; y la falta inexcusable que ha cometido el Gobierno ha « sido ocuparse tanto tiempo de ellos. *Le Courrier de la Plata*, « fundado en el interés del Gobierno de Montevideo, y sobre « todo de los usureros que lo explotan, sintiendo que llegaba el « fin de sus patrones, y el suyo de rechazo, echa la culpa á las « autoridades francesas, como si la Francia no hubiese hecho « bastante, y como si ella fuese responsable *de la miseria y* « *del aislamiento de un partido sin raíces en el país*, y que su« cumbe bajo el peso de SUS YERROS Y SU DESCREDITO. M. « Devoize (el cónsul francés en Montevideo) se ha irritado de « tanta impertinencia é ingratitud; ha tenido razón. Pero no era « menester desahogarse con un diario. Basta cortar los víve« res á esas gentes honradas que nos agradecen ocho ó diez « años de sacrificios diciéndonos injurias.»

Esa actitud de la Francia, ese cansancio, y esa resignación á la imposibilidad de sus pretensiones de conquista en el Plata, que demostraban á la vez su gobierno, sus agentes y su prensa, se debían á la resistencia firme y resuelta que se había hecho á la intervención. ¿Dónde están pues las verdaderas gloriosas tradiciones?

La tercera vergüenza de la defensa con motivo de la mediación Gore-Gros fué la manera atentatoria y vergonzosa como fué sofocada la revolución que hicieron los últimos orientales existentes en Montevideo, para abrir las puertas de la plaza á D. Manuel Oribe. Comprendían los Ministros extranjeros que al fin tendría que caer la plaza, y que esto sucedería en cuanto ellos retirasen sus fuerzas, de lo que ya estaban muy deseosos, pues les había sobrevenido el cansancio con el tiempo transcurrido, la imposibilidad de su triunfo que en sus principios creyeron fácil, y con la resistencia firme que no se habían

esperado y habían creído cosa sencilla dominar, prometiéndose en el Plata una nueva Argelia, Guayana, Madagascar, ó Senegal. Con este motivo cada vez que los plenipotenciarios extranjeros entraban en comunicaciones con el General Oribe, le pedían prometiese una amnistía amplia para la guarnición de Montevideo el día qne tomara la plaza. D. Manuel Oribe no tenía inconveniente en prometerlo así, y reiteró varias veces en ese sentido su palabra. Aquí incurren los detractores y calumniadores de Oribe en una contradicción palpable. Si Rozas, como dicen, era un *mónstruo sanguinario* y Oribe su teniente,—¿cómo se atrevía éste libre, espontánea, brevemente, á reiterar repetidas veces la humanitaria promesa? La ridiculez y estupidez ó maldad de la calumnia, el desconocimiento ó falseamiento de las condiciones del homhre, caen por su propio peso. Es que si Oribe como aliado estaba en el deber de atender la opinión de su aliado en las cuestiones internacionales, y de un aliado competentísimo que había tomado sobre sí la diplomacía, como General en su patria y como Presidente legal, estaba muy lejos de atender órdenes de nadie.

Y sabido es como cumplía don Manuel Oribe su caballeresca palabra. En sus momentos de mayor irritación, cuando ni sus principales generales y jefes se hubieran atrevido á irle con observación alguna, bastaba con que un oficial subalterno al acercársele contestase á su «¿Qué quiere V.?: *Vengo á recordar á V. E. una promesa empeñada*, para que fuese inmediatamente atendido, como en el caso del capitán Otondo. En ese caso la promesa empeñada, era el perdón de un gran número de prisioneros correntinos que fueron salvados.

La misión Gore-Gros pudo después ser falseada por la propaganda unitaria-colorada de Montevideo, pero la verdad de las cosas es que levantó aún más la personalidad política de don Mannel Oribe en el concepto público; y esta opinión se tradujo inmeditamente en hechos. La promesa de amnistía general y amplia que Oribe acababa de reiterar á Gore-Gros y la confianza que merecía la palabra del ilustre patriota, deci

dieron á los últimos orientales que quedaban en Montevideo á aprovechar la oportunidad de hacer estallar un movimiento que diese por resultado la entrada de don Manuel Oribe á la plaza. Se hace necesario aquí evocar algunos antecedentes. El año 1846 Rivera había recobrado el poder en Montevideo por medio de una revolución hecha al grito de ¡Viva el General Rivera! ¡Mueran los porteños! ¡Muera Pacheco! Y triunfando por medio de violencias y de crímenes, que se iniciaron con la muerte del mayor Vedia y del coronel Estivao; llenaron la ciudad de cadáveres, y hubiera sido exterminada la Legión Argentina si no hubiera sido por el regimiento 75° inglés que protegió su paso á la aduana y su embarque. Esa revolución puso en libertad al general Enrique Martínez, á Pérez, Barreiro y á otros riveristas á quienes habían encarcelado los conservadores, así como libertaron también á Bustamante, secretario de Rivera, á quienes los mismos habían destinado á soldado raso.

Los almirantes francés Lainé, é inglés Inglefield, asumieron por algún tiempo el mando de la ciudad, y desembarcaron nuevas fuerzas para cubrir las trincheras. De manera que el año 48 cuando la misión Gore-Gros, la fracción conservadora anti-riverista que dirigía el Dr. Varela era un esqueleto, que alejados César Díaz y Tajes por los riveristas no contaba ni siquiera con un jefe militar; ya el año 1847 había confiado el mando de la plaza á don José Garibaldi. Siendo esto demasiado escandaloso y la exhibición más evidente del extranjerismo dominante en una plaza que no tenía un militar que la mandase, las tropas se resistieron á obedecerle al jefe legionario italiano y el batallón 2 de línea se sublevó; Garibaldi renunció á los doce días, y el Gobierno pidió al almirante Lepredour: « que tomase las disposiciones que son consiguientes á la segu- « ridad general. » Rivera comprendiendo que en la campaña le era imposible triunfar, no satisfaciéndole con arreglo á sus hábitos y sus medios la posesión única de la ciudad y mucho menos puede decirse estando en manos de los extranjeros,

empezó á abrigar deseos de paz y de avenimiento con Oribe. Rivera creía con razón que nadie podía disputarle á él con buenos títulos la representación del partido colorado que él había fundado, que lo había acompañado á derrocar é imponer gobiernos, que lo había aclamado cuando bajaba á Montevideo á cambiar funcionarios y se retiraba en medio de los aplausos de los colorados al tranco de su parejero, y que había sancionado siempre todos sus excesos.

La verdad era que el poco grueso que existía del partido colorado lo constituían los riveristas, y que los conservadores que lo combatían, eran apenas un círculo pequeño, sin jefes sin soldados y sin opinión, y entregados por completo al extranjero, en el cual fundaban sus esperanzas, sembrando la discordia entre los dos partidos tradicionale s del país. Fué animados de estos sentimientos que á continuación de la misión Gore-Gros y estando Rivera en campaña, los riveristas decidieron lanzarse á la revolución en las calles de Montevideo en favor de don Manuel Oribe. El General Enrique Martínez, colorado, aunque argentino, era reconocido como ultra-riverista, había sido arrumbado y vejado por los conservadores, y él fué el jefe del movimiento. Era guerrero de la independencia, y lo adornaba el combate de *Guardia Vieja*, que ganó á la bayoneta en los Andes contra los realistas, siendo sargento mayor. Lo secundaban los oficiales de la revolución riverista del año 46 y reunidos con los coroneles Bernardo Dupuy, Juan P. Rebollo, comandante José M. Carbajal y teniente Ramírez se dirigieron á la plaza Constitución y tomaron el Cabildo y la Sala de Representantes á los gritos de ¡Viva la unión de los Orientales! ¡Vivan los Generales Oribe y Rivera!

Se les incorporó mucha gente en la confusión de los primeros momentos. El gobierno al ver lo que pasaba se dirigió á los agentes extranjeros. D. Joaquín Suárez había presidido el gobierno de Melchor Pacheco y Obes; cuando la revolución de Rivera, el 46, acató los sucesos y continuó como riverista; al ser vencida la revolución riverista del 48, se puso en contra

de Rivera al lado de los conservadores. La base de la revolución había sido el batallón 1º de línea que en parte llevó el teniente Ramírez á la plaza Constitución.

A la solicitud del Gobierno EL AGENTE FRANCÉS y LOS JEFES ITALIANOS se dirigieron á los cuarteles de las legiones extranjeras, pusieron á éstas en acción, y ahogaron en sangre el movimiento matando al teniente Ramírez y á muchos otros. Los jefes principales se ocultaron en consulados y otros puntos. El general Martínez aprehendido en la Sala de Representantes dijo que había acudido allí, sin saber de lo que se trataba. El movimiento fracasó por haberse anticipado de un día sin prevenirlo á las fuerzas del Cerrito, que les habrían dado protección y habrían asegurado el éxito operando simultáneamente. De esa manera el deseo de fraternidad de los últimos orientales de la defensa, era defraudado por los extranjeros guiados por el círculo conservador que apoyado y contando solo con el extranjero había ido á su vez alejando de la defensa todo lo que era oriental, todo lo que en un principio pudo darle una sombra de partido, de beligerancia y de nacionalidad.

Así disponían los extranjeros de la voluntad de los hijos de la patria y así se consumó la tercera ignominia de la defensa cuando la misión Gore-Gros imponiendo la voluntad extranjera dentro de la plaza sobre los restos de la nacional colorada; por medio del agente francés, de los jefes italianos y de las legiones extranjeras.

Aquí se manifiesta ya el error de siempre del partido conservador, del constitucionalista, y de los nuevos pseudo-reformadores. Lo racional es hacer fraternizar á los partidos blanco y colorado uniéndolos ó aliándolos, ó educándolos para la paz permanente primero y la fraternidad después; eso es lo racional para extinguir los caracteres de los partidos; pero no desconocerlos cuando son un hecho; no atacarlos á pretexto de que se suiciden; no pretender disolverlos para formar nuevos, porque existen; é insultarlos á pretexto de fraternizar, y pinchar-

los con objeto de calmar las pasiones, es hacer como los muchachos zonzos que se tapan la cara, y creen que porque ellos no miran nadie los vé. Podrán por esos medios falsos, y empleando esa manzana de la discordia, conducirnos á la disolución social, como en parte lo han hecho; pero no á la disolución de los partidos, á lo menos del blanco-nacional, que no está gastado por el ejercicio del poder como su adversario, que se empeña en cerrarle el acceso á la dirección de la cosa pública.

Otro hecho del cual se cree poder arrancar un cargo que arrojar á don Manuel Oribe es la asonada al doctor Eduardo Acevedo, en la cual el primero no tuvo absolutamente participación alguna. Para hacer esa original imputación los nuevos reformadores se llevan de unos escritos del doctor Alberto Palomeque, porque parece que la delicadeza política moderna encuentra muy natural que los colorados hagan la biografía de los blancos; y hay también quien crea que los blancos deben aceptar y asentir á las biografías que de sus prohombres hagan los colorados. Del enemigo el consejo, del enemigo el ataque, todo eso es muy aceptable; pero del enemigo el elogio; no. Porque lo que resulta es lo que ha resultado en este caso: á pretexto de elogiar y engrandecer la figura política del doctor Acevedo, se ataca al partido y al jefe del partido á quien el doctor Acevedo sirvió; se traiciona, pues, al mismo doctor Acevedo que le vinculó varios años de su vida permaneciendo en el Cerrito, elaborando pacíficamente sus notables proyectos de Códigos, y redactando con fé y convicción *El Defensor de las Leyes*.

El doctor Acevedo fué blanco y bien blanco; sus convicciones lo llevaron al Cerrito, é hizo sus profesiones de fé y sus buenas manifestaciones partidistas, como cualquier hijo de vecino. Hoy, gastadas ya las autoridades coloradas, casi agotados la mistificación y el sofisma, se hace menester dar una nueva forma á la propaganda destinada á auxiliar los procedimientos del 11 de Octubre, y es preciso proceder por empezar á transformar á l

blancos de nuestra historia poco menos que en colorados. De repente vá á resultar que no ha existido en nuestra historia má blanco que don Manuel Oribe, y que los demás eran todos personas que estaban en el Cerrito á la fuerza, deseando pasarse á recibir las delicias de la guarnición extranjera de Montevideo y las dulzuras de la dictadura de Pacheco.

Se hace intervenir en la aserción á la digna esposa del Dr. Acevedo, señora de la cual hacemos referencia llenos del más profundo respeto; pero persuadidos de la creencia de que el Dr. Acevedo sería el primero en protestar del sentido que quiere darse á ese suceso, nos permitimos creer que tal vez se ha modificado en algo en su digna esposa ese recuerdo, en razón de que el hecho tuvo lugar hace casi más de medio siglo, de que su esposo hace más de treinta años que desgraciadamente se ausentó de entre nosotros, y que tal vez ha influído algo también en su ánimo el afecto á sus hijos políticos de los cuales varios son colorados. Por lo demás, y es preciso observarlo bien, en la narración que se atribuye á la distinguida dama hay solo la crónica del hecho, según se ha publicado; y en esa crónica no existen las conclusiones á que ha arribado el biógrafo; la filosofía del hecho le fué encomendada á una pluma colorada, y si tenemos confianza en esas plumas para el ataque á nuestro partido, no la tenemos igualmente para la apología de nuestros hombres, y cuando éstas se producen creemos á los blancos en el caso y en el deber de estudiar los hechos y la filosofía de los hechos.

El doctor Eduardo Acevedo gran ilustración, gran figura de su época, codificador, periodista, magistrado, y el primer jurisconsulto del Río de la Plata, gloria de su partido y de su patria, no está sin embargo como político á la altura del jurisconsulto; y el detalle que motivó la asonada de que fué objeto fué un dezliz impropio de un hombre de su talla. Se trataba de una época de guerra y de sacrificios, y el valor y el esfuerzo de los soldados sitiados habían estrechado la defensa de manera que solo se sostenía por el contingente extranjero dominando á la

vez á la plaza la extranjera influencia. Dos periodistas argentinos habían caracterizado su prensa y ambos entregados á los extranjeros.

Rivera Indarte el periodista de combate y don Florencio Varela el periodista doctrinario que era el que á la sazón se mantenía en la lucha haciendo una prensa completamente anglo francesa, como lo reconocía el unitario Sr. Eguía, cuya carta he insertado más arriba. En esas condiciones, prescindiendo de la causa á que se debía, en una época de guerra, frente á un enemigo europeo, y sin preocuparse de los sentimientos del pueblo y del partido para quien escribía, se lanza el Dr. Acevedo á dar satisfacciones al Dr. Varela, declarándole por sí y ante sí, si el Presidente legal, y el General en Jefe del ejército sitiador sería ó no candidato del pueblo oriental para la Presidencia de la República.

Era muy natural que aquellos hombres de guerra quedasen descontentos con su periodista, que tan mal interpretaba sus opiniones; y no es necesario ser profundo psicólogo para poder interpretar el estado de sus ánimos, y comprender que aquellos guerreros y patriotas querían más un periodista de combate por el estilo de Rivera Indarte, que un doctrinario con tendencias á convertir el Cerrito en una academia; y que más les habría complacido ver flamear el estandarte de sus opiniones, que ver convertido el cuartel general en aula de derecho. Querían más un tribuno que un maestro, se consideraban más soldados que estudiantes, y ansiaban más un defensor que un catedrático.

Además, la indiscreción del Dr. Acevedo pudo muy bien llevarlo á hacer sospechosa su lealtad ante gentes de acción y de lucha, que seguramente se alarmaron viendo en esa actitud del Dr. Acevedo la iniciación de un cambio de propaganda, pasiva, que se lanzaría en el camino de las concesiones, y que dadas aquellas circunstancias hoy mismo no podría justificarse.

Se insinuó en ellos la desaprobación, luego la reprobación luego la condenación de semejante paso, y entonces resolvieron darle forma yendo á manifestar al Dr. Acevedo por me

dio de una asonada el desagrado que les causaba su actitud y su conducta. Pero no puede negarse, que la cosa no pasó de ahí, de una desautorización ostensible de la complacencia de Acevedo para con el enemigo, pero fué sin embargo una asonada respetuosa, de simples oficiales, que se detuvo á cierta distancia de la casa del Dr. Acevedo, y que no profirió ningún término desdoroso que pudiera ofender los oídos ni faltar al respeto debido á su familia. Lo de: «¡Muera el salvaje unitario Acevedo! ¡Muera el redactor de *El Defensor!*» fué la fórmula con que los manifestantes manifestaron su pensamiento y condensaron su reprobación, sin que tuvieran intención de atacarlo. Ojalá todas las manifestaciones coloradas, las de Flores, las del 68, y las del 20 de Mayo, se hubieran limitado á una manifestación de palabra inofensiva á media cuadra de distancia de las imprentas. Pero hay una gran diferencia; estos empastelamientos fueron oficiales, ordenados por los gobiernos, sin más móvil que ahogar la libertad de la palabra escrita, mientras que la asonada de Acevedo fué completamente espontánea en los oficiales, que no fueron más allá de manifestar su descontento é indignación.

Ahora veamos á qué título puede culparse de ese hecho á don Manuel Oribe, ni donde está ese crimen inmenso suyo en la asonada de Acevedo, que lo hace acreedor á los más inmundos epítetos. Todo lo que dice el biógrafo revela la caballerosidad de Don Manuel Oribe, su consideración por las personas ilustradas, lo que era en él un rasgo característico, y su tolerancia para las opiniones contrarias á su persona. Lo de que el Dr. Acevedo fué á sofrenar su caballo en la misma puerta de la tienda del General Oribe, revela la liberalidad de un General que ni siquiera tenía guardias que detuviesen á un ciudadano tan recluta. Oribe no tenía necesidad de mentir, lo que no era su costumbre, y al decirle al Dr. Acevedo que nada sabía, debía ciertamente ser así, según se desprende de los hechos. Si no puso mayor empeño en averiguar y castigar una falta de los servidores de la patria, por otra parte bien explicable y disculpable, fué porque seguramente no le dió á la cosa

la importancia que quieren darle el biógrafo del Dr. Acevedo y los pseudo-reformadores. Lo que dijo el Dr. Acevedo: «si esos miserables no me han muerto es porque no tienen orden de hacerlo» revela precisamente la espontaneidad de la manifestación. Lo de miserables se explica perfectamente en una persona que es objeto de una desaprobación semejante, y en un hombre de las pretensiones del Dr. Acevedo. Si Don Manuel Oribe la hubiera ordenado, con mucha más razón se hubiera repetido la manifestación y de una manera más grave cuando el Dr. Acevedo resolvió separarse de la redacción de *El Defensor*. Nada le observó Oribe con respecto á su determinación, respetó su voluntad cívica, y ni lo forzó á que escribiese ni á que dejase de escribir. Le dió sí toda clase de garantías, y nadie lo molestó en lo más mínimo.

Por lo demás, lo que chocó á los oficiales fué el hecho de dar satisfacciones al enemigo y no lo referente á si sería ó no candidato á la presidencia don Manuel Oribe, porque eso antes que Acevedo lo había dicho Oribe mismo. Cuando los mediadores le hablaron repetidas veces á Rozas de la necesidad de nuevas elecciones en caso de pacificarse el Estado Oriental, Rozas repetidas veces repitió que con eso él no tenía nada que ver, que la República Oriental era un país independiente, y que él lo que exigía de los interventores era que se reconociese la presidencia legal del general Oribe porque en ese carácter era su aliado. Oribe declaró varias veces que una vez pacificado el país y no encontrándose él al frente de un ejército se sometería al voto de sus conciudadanos los que quedarían libres y dueños de elegir Presidente á quien mejor les pareciese. ¿Era porque confiaba en su prestigio y creía poder contar con el voto de sus compatriotas? Aún así era sin embargo acatar la soberanía popular y someterse á la Constitución y á las leyes, y al menos se confiaba á una opinión fundada en sus propios méritos. Por otra parte, en un caso igual, jefe de partido y al frente de un ejército, que le hubieran ido á decir á Melchor Pacheco y Obes, á Flores, á César Díaz, que decía en Buenos

Aires que iba á colgar al Dr. Joaquín Requena de la cruz de la torre de la Matriz; á Goyo Suárez; al coronel Ordoñez que exigiendo al Cónsul norte-americano de la Colonia Mr. Mantón, unos jóvenes blancos refugiados allí á quienes quería sacrificar á sus sanguinarias pasiones cuando la revolución de Aparicio, y observándole Mr. Mantón que esa reclamación era de competencia del Gobierno, contestaba soberbiamente *que él era el gobierno;* á Latorre; ó á Máximo Santos; que les hubiera ido á decir que no serían presidentes en tal ó cual momento! Podría decir el Dr. Carlos María Ramírez, que conocía al general Suárez por haber sido su secretario, cuál hubiese sido su contestación. Pero aún hay más; cuando Rivera quiso reconciliar los dos partidos, trabajos que cruzaron los conservadores, lanzando además sobre Rivera un decreto de destierro, éste le había propuesto á Oribe la paz bajo la base de la Presidencia Oribe, y éste le contestó que no aceptaba en esas condiciones, sinó con un candidato de transacción para *conciliar* NO EXTINGUIR, los partidos; y por último arribaron á la base de que por parte de de don Manuel Oribe el candidato como prenda de imparcialidad sería don Gabriel Pereira, dejando por lo demás la cuestión librada al sufragio popular. Los conservadores se opusieron y fiaron sus esperanzas al apoyo de los poderes extranjeros.

El biógrafo de Acevedo le atribuye también participación en una conspiración contra don Manuel Oribe, que nadie conoce, y de la cual la historia hasta ahora está completamente en ayunas. No estaría demás que el biógrafo adujese algunas pruebas de su novedoso, tenebroso y novelesco aserto; porque si bien en la defensa hubo mucha anarquía iniciada con las rivalidades de Rivera y Paz, muchos desórdenes que las fuerzas extranjeras sofocaron, y revoluciones sangrientas como la de Rivera el 46 triunfando con sangre y violencia, y la de los riveristas del Gral. Enrique Martínez el 48, ahogada en sangre por el estileto de los italianos y la bayoneta de los franceses; en el Cerrito no se conocieron semejantes disturbios, el ejército demostró ese respeto y esa disciplina que durante 20

y 40 años han demostrado á los grandes capitanes como Aníbal y Napoleón sin insurreccionarse jamás; y el pueblo oriental dirigido por un partido político culto y de orden, supo respetar las autoridades constituídas en las que por otra parte figuraban las primeras ilustraciones y las primeras fortunas del país. Pero para la propaganda partidista que se quiere restablecer, después de haber caído de puro explotada: los escándalos de la defensa son signo de libertad; y el patriotismo, el orden y el respeto institucional de la totalidad de la República á excepción de la ciudad de Montevideo, es signo de retrogradación y de un servilismo mágico que está por explicarse. Tocante al doctor Acevedo, en las postrimerías de la guerra grande ejercía el cargo de miembro del tribunal de justicia en el Cerrito y no era el doctor Acevedo hombre para aceptar un puesto en la administración de don Manuel Oribe, y conspirar al mismo tiempo contra él. Y en cuanto al señor don Avelino Lerena, de su misma boca y en presencia de testigos respetables, le he oido decir que se había formado al lado de don Manuel Oribe, y pude notar en las palabras del respetable anciano, el aprecio que aún guardaba por aquel general, semejante al que le conservan casi todos los ciudadanos que tuvieron ocasión de tratar de cerca al gran patriota, á excepción de los tránsfugas y de los ingratos.

Otra versión partidista, malévola calumniosa y falsa, y que el partidismo colorado ha explotado *à piacere* en sus masas ignorantes, es la de que el general Oribe pudo tomar á Montevideo, y que no quiso hacerlo por cálculo deliberado de su voluntad. Para recargar aún más los colores de esa calumnia insensata, desmentida por los hechos históricos y por mil pruebas, han hecho creer á sus parciales que la voluntad de Rozas influía en esa determinación. Levantando la bandera del odio, de la intransigencia y del exclusivismo político qne caracteriza al partido colorado, sus propagandistas han dado la siguiente calumniosa fórmula á sus correligionarios menos instruídos y fanáticos: « El general Oribe fué un mal hijo de su país, que vino á arr

« narlo, comiéndose las vacas, y que no hizo la paz hasta que « no se concluyeron los ganados ». Vulgaridad política de mal género, estupidez sin nombre, falsedad malevolente, que el que estas líneas escribe ha oído hasta de boca de un jefe colorado de alta graduación, pero de esos que no tienen por hábito hojear con imparcialidad las páginas de la historia. Es público y notorio que ese juicio monstruoso, que ha influído tanto en *esa bestialidad* que notan los nuevos reformadores en muchos de los que se titulan *colorados como sangre de toro,* ha sido el falso resumen y la criminal fórmula con que todo un partido político ha creído poder lapidar á su adversario.

Pues bien, eso es mentira.

Y es una mentira desmentida desde un principio por los mismos sucesos que se fueron desarrollando en ese largo lapso de tiempo, desgraciadamente perdido para Montevideo, no para la campaña; que se llamó la Guerra Grande.

No creía tampoco en ella el general César Díaz, que si como partidario pudo explotar esa maligna especie, como militar y como político se guardó bien de ligar su nombre á semejante despropósito. Le hacía sí uno de los dos cargos militares igualmente inconsistentes que á ese respecto se han hecho al general Oribe; pero en lo relativo á la versión partidista disparatada y ridícula, él mismo se encargaba de destruirla diciendo: « no pasó el Uruguay hasta el día 27, cuando ya el general « Rivera, había logrado reunir un nuevo ejército, y *preparádose « todo el país* Á UNA RESISTENCIA FORMAL ». Y luego agrega: « Oribe que creía cosa muy fácil dominar la campaña á pe- « sar de los esfuerzos que pudiera oponerle el general Rivera, « DETERMINÓ APODERARSE ANTES QUE TODO de la Capital, « *que era el objetivo de sus operaciones,* y á ella se encaminó « con todas sus fuerzas concentradas ».

El cargo militar que le hacía á Oribe, César Díaz, era el de que había tardado VEINTE DIAS en invadir el país después de su victoria del *Arroyo Grande.* Este cargo inconsistente, por no decir ridículo dada la competencia de César Díaz amen-

guada sin embargo por su partidismo, se basaba en que no había seguido la huella de los vencidos. ¡La huella de los vencidos que en número de una docena habían vadeado el Uruguay con Rivera á la cabeza!—¡Que por consiguiente no había impedido que Rivera reuniese ejército!—¡Que Rivera reuniese ejército!—¡Que Oribe en su plan de campaña no hubiese tenido en cuenta el *ejército* que pudiera formar Rivera y que en este sentido no hubiese temido su resistencia y hubiera perdido VEINTE DIAS!!—Esto solo lo explica la necesidad ó el deseo de decir algo, la ansiedad de encontrar errores donde no los hay.—¡Veinte días concedidos á Rivera!—Pero si Rivera, *montonero perpétuo* era igualmente temible, en cuanto tuviera verdaderamente de temible, nó á los veinte dias, al día siguiente, á los dos días, á los veinte, á los cuarenta, á los ochenta, todo eso era igual, é inmerecido de tomarse en cuenta en el plan de campaña de un general verdaderamente militar.

Al contrario si César Díaz cree que los *veinte días* que tardó Oribe en pasar son una gran demora de trascendentales consecuencias, otros militares no menos competentes dicen que esos veinte días revelan una gran actividad, tratándose de todo un ejército que aún después de una gran victoria tenía que congregar á sus dispersos, organizar á los que voluntariamente querían pasar á servir en él, preparar á algunos parciales en el país que lo recibiesen á su paso, y organizar y disponer todo lo necesario para la invasión á otro país, de un gran ejército destinado casi á duplicarse á su entrada en la República. Había que refrescar municiones, armas, organización, todo lo que se había destruído en la batalla, y es evidente que VEINTE DIAS para eso en aquellos tiempos, y aún hoy, no pueden encerrar el cargo de negligencia que á Oribe inútilmente ha pretendido hacerle César Díaz.

Si se hubiera lanzado inmediatamente, sin ton ni son, como tantos generales atolondrados que han destruído y perdido triunfantes magníficos ejércitos, entonces seguramente la oración

se hubiera vuelto por pasiva, y habrían dicho: véase que estupidez, victorioso, en seguida de una gran victoria, habiendo pasado el general enemigo con una docena de oficiales ¿qué podía temer? El país lo esperaba, un ejército no se forma tan fácilmente, y un general derrotado mucho menos puede formarlo tan pronto, ¿á qué precipitarse? Solo la jactancia y la vanidad, su ignorancia y su ciencia infusa lo condujeron al fracaso. Tal hubiera sido entonces el lenguaje de los críticos militares; pero don Manuel Oribe que sabía lo que hacía, y no se llevaba ni de elogios ni de vituperios, se tomó el tiempo que debía tomarse, que fué bien poco, y empleó esos VEINTE DIAS en preparar su gran expedición, su vuelta á su patria, que fué una marcha triunfal militar, y que digan lo que quieran sus enemigos, revela elocuentemente la seguridad de su plan militar, la posesión del asunto, y la certeza con que don Manuel Oribe llevaba adelante sus patrióticos designios.

El otro cargo militar que se le ha hecho con motivo de la pretendida posibilidad de la toma de Montevideo, es el siguiente: Después de la batalla del *Arroyo Grande* especie de *Cannas* para los colorados, al invadir Oribe el país y después de deshacer la vanguardia de Rivera, al mando de Medina en el Canelón Chico, el General Angel Pacheco, argentino, le pidió á don Manuel Oribe mil hombres, comprometiéndose á apoderarse de Montevideo, donde indudablemente hubiera perecido sacrificando su gente; que una cosa es emprender operaciones militares por dimes y diretes, y otra llevarlas á cabo por los datos exactos, y los cálculos fundados de un verdadero general en jefe. Don Manuel Oribe no aceptó la generosa y valiente proposición del general Pacheco, que una cosa son los arranques resueltos de los generales á justo precio, y otra los planes sensatos y las largas vistas de los grandes capitanes. Ese es el segundo cargo militar hecho al general Oribe, el no haber aceptado la proposición enérgica y arriesgada, pero poco acertada de Pacheco. Existe en la historia un caso que tiene más de una analogía con éste. Cuando Aníbal exterminó por

completo el gran ejército de Roma en la batalla de *Cannas*, especie de *Arroyo Grande* para los romanos, el valiente Maharbal le decía: *Si me dejas que me adelante con la caballería, dentro de cinco días cenarás en el Capitolio.* A semejanza de Oribe, Aníbal no aceptó, de lo que se pretendió hacerle un cargo. El gran capitán, dice Teodoro Mommsen: «Conocía á « Roma mucho mejor que todos los necios de los tiempos « antiguos y modernos, que han creído que le hubiera bastado « una marcha sobre la metrópoli para acabar de un solo golpe » la lucha». A semejanza de él, nuestro gran soldado, sabía que aunque aún las fortificaciones de la plaza no estuvieran terminadas y la guarnición no hubiera recibido todo su perfeccionamiento; hacía mucho ya que más de mil obreros trabajaban activamente en los preparativos de defensa, que después de la batalla se les había enviado para ayudarlos cuarenta hombres de cada batallón, sabía que buena ó mala existía una guarnición, sabía que los extranjeros se habían dispuesto á tomar las armas, sabía que defendían la plaza cincuenta piezas de artillería; teniendo él entonces treinta; y sabía por último que prontos á la defensa de la ciudad estaban á bordo de las escuadras 4.700 soldados y marinos veteranos de línea con 562 piezas de artillería. Véase pues la consistencia del plan de Pacheco con mil hombres, y lo fundado del segundo cargo militar que quiere hacerse. Delante de las fortificaciones había á más una extensa estacada de puntas para hacer rodar la caballería. Por lo demás el ilustre general que había sido sitiado en Montevideo por Rivera al mando de brasileros el año 23, y á su vez sitiador contra los brasileros cuando la revolución de los Treinta y Tres, conocía perfectamente las condiciones militares de la ciudad, y sabía que Montevideo con una pequeña guarnición, es intomable, *siempre que la sostenga una escuadra.*

Descartados esos dos cargos militares, existen muchísimas pruebas que no caben en estos apuntes que demuestran acabadamente lo absurdo de la pretendida posibilidad de la toma de Montevideo en cualquier momento y del plan preconcebido

del contingente argentino de no tomarlo. Ante todo está la misma actitud del general Angel Pacheco y los demás jefes argentinos, que una vez llegados al Cerrito fueron los más empeñados en un asalto general, que Oribe no quiso aceptar comprendiendo su imposibilidad mientras se mantuviesen en las aguas las bloqueadoras fuerzas extranjeras. Otra prueba evidente del deseo de Oribe de tomar la plaza y de su imposibilidad es la conspiración llamada *Alderete*, en la cual el general Paz y otros aparentaron estar de acuerdo con él en abrirle las puertas de la ciudad, con intención de ultimarlo á cañonazos así que se aproximara á la línea. La noche convenida avanzó hasta cierto punto con el grueso de su fuerza; pero militar prudente, habituado á no precipitarse y comprometer sus soldados sinó ante el éxito seguro, ordenó un avanze de guerrillas para cerciorarse de la buena fé del enemigo reconciliado, y á poco el cañón traidor le hizo conocer toda la perfidia de sus adversarios, con cuyo motivo se retiró tranquilamente con sus fuerzas, dejando así una prueba más desde principios del sitio, de su deseo de tomar la ciudad, y de la falsedad de la versión que dice lo contrario, con una buena fé igual á la de los conspiradores que dirigía el general Paz. Esto tenía lugar el 11 de Marzo de 1843. Por lo visto la fecha del 11 es predilecta en los gobiernos colorados para los actos de buena fé.

Otra prueba es el reconocimiento que de los propósitos de Oribe hacían siempre los ministros extranjeros solicitando con interés é insistencia una amnistía amplia en caso de triunfo, amnistía que Oribe siempre les prometió. Y pasando por sobre muchas, es por último otra prueba evidente la revolución riverista del general Enrique Martínez, demostrando acabadamente que no era Oribe el maniatado, pues él estaba siempre dispuesto á entrar, y en todo el tiempo del sitio no desperdició jamás ningún medio decoroso militar ó político que pudiera conducirlo á ese resultado, y dispuesto siempre á fraternizar con los orientales de la plaza. Fueron éstos los maniatados, y cuando quisieron á su vez fraternizar con sus hermanos, la bala y

el puñal de los extranjeros les demostró que les estaba prohibido hacerlo.

Muchos escritores se han sometido al yugo de una propaganda tiránica exclusivista é intransigente, teniendo la complacencia de seguir la còrriente en el acatamiento de mentiras é invenciones que nuestros adversarios se empeñan en imponer como verdades demostradas, al extremo de que luego causa asombro si cualquier espíritu independiente se presenta rompiendo con semejantes absurdos. Eso fué lo que le pasó al historiador don Antonio Díaz al sostener según la versión partidista propalada y sostenida, que la muerte del doctor Florencio Varela fué un asesinato político, habiéndose sabido después que fué cometido por Cabrera á impulsos de los celos con motivos de las visitas que el desgraciado doctor hacía à la hermosísima esposa del asesino. Desmentido el señor Díaz y comprometida su autoridad de historiador, ofreció presentar el original autógrafo de una carta que decía tener en su poder, y que jamás presentó: «Ni presentará—dice el historiador Sal-
« días—por la sencilla razón de que jamás ha sido escrita, como
« también se lo dije por la prensa, presentándole la oportunidad
« de confundir con la verdad á todos los que SIN VACILAR AFIR-
« MAMOS que ha sido sorprendido en su buena fé».

Por nuestra parte, en nuestra insignificancia disculpamos pero no justificamos al historiador don Antonio Díaz. No lo justificamos porque jamás justificaremos la inmolación y el sacrificio de la verdad ante ninguna tiranía intelectual, y porque creemos que antes que tergiversar la verdad es mejor hacer lo que se hacía antes del Sr. Díaz: no escribir la historia de nuestra patria. Guiados por ese criterio habrá podido notar cualquiera que haya leído con atención estas páginas, que es muchísimo más lo que callo que lo que digo, porque creo que es mejor que decir las cosas disfrazándolas, silenciarlas; y que lo poco que se diga debe ir al menos ataviado, solo con la desnudez de la verdad. Pero si no lo justifico, lo disculpo al historiador Díaz; porque sé que nuestra patria durante la dominación

colorada ha pasado por épocas vergonzosas y terribles para la palabra escrita, y para la libre manifestación del pensamiento; épocas sombrías y tremendas, en las que no digo tener prensa, ni formar clubs, ni ejercitar el derecho de reunión para lo que no fuera el color situacionista; más aún, ni siquiera llamarse blanco en alta voz era posible sin peligro de la vida; y más aún, no podían cuatro ciudadanos del partido blanco reunirse pacíficamente ó tomar té alrededor de la mesa de un café, porque á poco les era necesario ponerse á la defensiva, pues empezaban á llover sobre sus cabezas los botellazos, silletazos, y teterazos, que convertían las salas de los cafés en un campo de Agramante. Épocas terribles fueron esas, en que ciudadanos como el señor Barbat eran inmolados á palos por comisarios de policía. De esas escenas ha sido testigo Montevideo; por eso, sin justificar disculpo las complacencias del historiador Díaz al publicar su libro—porque considero la clase de garantías individuales de que el país viene gozando hace mucho tiempo.

Una página luctuosa y siniestra de los anales de la defensa fué el asesinato jurídico-militar del apreciado y respetable ciudadano Sr. D. Luis Baena, acaudalado comerciante y vecino honorable de Montevideo. Su delito fué ser blanco, aunque era muy moderado en sus opiniones, y la causa de su suplicio la necesidad de retemplar los espíritus de los defensores, según confesión de personajes prominentes de la defensa, y la conveniencia de probar que las amenazas que encerraban los decretos sangrientos de Melchor Pacheco y Obes, se cumplirían inexorablemente en cualquier cabeza por más inaccesible que la hicieran sus méritos, su inocencia y su respetabilidad.

El juicio rapidísimo revistió las formas más odiosas del asesinato legal, y los instrumentos de prueba reducidos á cinco, consistían en dos tarjetas sin importancia alguna, una carta á una señorita de Furriol también sin significación política y una carta del Sr. Furriol puramente amistosa, el quinto documento que constituia el cuerpo del delito consistía en una carta evi-

dentemente apócrifa que decían había escrito el Sr. Baena á D. Francisco Lasala. Negó Baena la autenticidad de semejante carta que no había escrito, los peritos calígrafos aún bajo la presión del tribunal militar y de la voluntad manifiesta del Gobierno no pudieron llegar más que á decir: que la letra de esa carta *parecía ser la misma* de la de las tarjetas. La carta estaba escrita en un estilo marcial que no era ni podía ser el del Sr. Baena, y hasta manifestaba algunos conocimientos militares que él no poseía. Para colmo de iniquidad le fueron negados al acusado los medios de defensa. Baena apeló al testimonio del Sr. Thiébaud jefe de la Legión Francesa y del Sr. Escher que se sentaban á su mesa, lo oían y conocían sus opiniones. El Tribunal se negó á llamarlos y á oirlos, alegando que la carta, apócrifa, era prueba suficiente y que no había para qué perder tiempo.

Veámos ahora parte de algunos documentos relativos á ese asesinato legal en el cual tomaron parte tan importante actuando en primera línea don Melchor Pacheco y Obes y don Andrés Lamas:

« Montevideo, Mayo 10 de 1843.

« Departamento de Policía.

« Al Exmo. señor Ministro de Gobierno don Santiago
« Vazquez.

....

« Comprendo las consideraciones que el Gobierno tributa
« al comercio extranjero y las exigencias de los comerciantes
« que tienen á cargo de Baena cuantiosos intereses. Pero
« prescindiendo de QUE UN ACTO DE JUSTICIA no se puede
« embarazar jamás por consideraciones de esta clase, ruego á
« V. E. se sirva *parar su atención*, en que siendo conocido de
« Baena ese apoyo, eso mismo lo empuja y le dá más ánimo
« para seguir en sus extravíos. El *egoismo comercial* que se
« esfuerza para que no se separe de Montevideo por algunos
« meses á don Luis Baena, *tal vez lo lleve al banco de los trai*

« *dores* y ENTREGUE SU CABEZA AL BRAZO DE LA JUSTICIA
« NACIONAL, que puede llegar á ser *inflexible.*

« Dios guarde á V. E. muchos años.

« *Andrés Lamas.* »

La policía encargó á Garibaldi como más á propósito por sus antecedentes marítimos para apresar una lancha, y Garibaldi dió cima á su comisión de la siguiente manera:

«Montevideo, Octubre 14 de 1843.

«*Exmo. Señor Ministro de Guerra y Marina, D. Melchor Pacheco y Obes.*

« Doy parte á V. E. que habiendo sido informado por un
« amigo de la causa, que en un pailebot expedido para Mal-
« donado, marchaban comunicaciones para el enemigo en el
« Buceo; *yo mismo fuí á bordo de dicho buque*, y ENCONTRE
« EN EL ACTO LO QUE PROCURABA, con el mero hecho de
« amenazar á un muchacho, que *único* se encontraba á bordo.
« Remito á V. E. las comunicaciones, y entrego al cuidado de
« la Capitanía del Puerto, el pailebot con carga y el mu-
« chacho.

« Dios guarde á V. E. muchos años.

« *José Garibaldi*».

Con motivo de las gravísimas comunicaciones políticas encontradas por Garibaldi en un lanchón confiado á un muchacho conocedor de aquel tesoro político secreto y que descubrió la incógnita puesta á su custodia ante las amenazas del legionario, el Gobierno lanzó el mismo día el siguiente decreto:

«Ministerio de Guerra y Marina.

«Montevideo, Octubre 14 de 1843.

«*Exmo. Señor General de las Armas de la Capital y su De-*
« *partamento.*

« El gobierno ha dispuesto que don Luis Baena de quien se han sorprendido comunicaciones dirigidas al ejército enemi-

« go, sea puesto á disposición de V. E. para que entregado
« inmediatamente al Tribunal Militar *se proceda como corresponde;* y en su consecuencia el ayudante de este ministerio,
« capitán don José Fernández conduce *á ese criminal.*

« Los documentos comprobantes *del crimen* van adjuntos á
« esta nota numerados del uno al cinco, y rubricados por mí.

« El gobierno *espera* que comprendiendo el tribunal *las*
« *exigencias de la justicia* y *de la* CONVENIENCIA PÚBLICA, des-
« plegará la actividad que es indispensable, y hará que *no haya*
« *demora* en la aplicación de la ley.

« Dios guarde á V. E. muchos años.

«*Melchor Pacheco y Obes.*

«Línea, Octubre 14 de 1843.
á las 6 de la tarde.

« Al Tribunal Militar *con recomendación urgentísima*».

«PAZ.

«*Santiago Derqui,*
«Secretario».

Al día siguiente, el 15, el Sr. Baena fué condenado á muerte á las seis de la tarde, y fusilado á las 7 de la mañana del siguiente día 16. En la conciencia pública estaba la seguridad de la inocencia del acusado; pero vanos fueron los empeños para hacer desistir á los que habían resuelto su muerte. El comercio ofreció grandes sumas, y hubo un momento en que llegó á creerse que una cantidad de dinero disiparía inmediatamente los imaginarios delitos de Baena. Así era en efecto, según se desprende del estudio de este atentado los victimarios estaban dispuestos á optar entre una bolsa ó un ejemplo atemorizador. Se buscaba á todo trance una ventaja. La bolsa no fué presentada á tiempo, y la víctima fué sacrificada.

Después del juicio farsaico faltaba la nota sarcástica y ésta la dió Rivera Indarte en un artículo sosteniendo la conveniencia de la ejecución. «Artículo,—dice el historiador Díaz,—en el
« cual habían hecho repugnante consorcio la hipocresía y la

« desvergüenza, entre Andrés Lamas y Rivera Indarte, para « llenar de imputaciones improbables la memoria de un hom« bre que no podía ya defenderse de los nuevos cargos fulmi« nados por Indarte y Lamas, cargos *que conservaron en el* « *silencio* durante el juicio y mientras Baena tuvo vida, para « entregarse después de muerto éste: *á las inspiraciones de la* « *sensibilidad* del Sr. Indarte!!! (según sus palabras) y *al pro*« *fundo pesar del Sr. Lamas*».

De ese artículo de Rivera Indarte voy á transcribir sólo el siguiente párrafo, que hará, sin duda alguna, profundas revelaciones al lector inteligente:

« Tan arraigada ha estado hasta ayer la convicción de la « impunidad, de la insignificancia de los decretos de la auto« ridad, de su resolución de castigar el crimen, *que sólo el* « *cadáver sangriento de Baena* HA PODIDO DISIPARLA ALGÚN « TANTO. El mismo creyó hasta en sus últimos momentos que « todo lo que lo rodeaba, era vano aparato, y eso quizá con« tribuyó á perderlo enteramente.

Trás del sarcasmo la mentira. Baena se dió cuenta de su situación desde que cayó en poder de aquellas autoridades, y murió con serenidad y valor, no permitiendo que se le atase al banquillo ni se le vendase, y obteniendo con exigencia enérgica el que se le fusilase de frente.

Hechos como ese, que tuvo lugar en los principios del sitio, fueron el punto de arranque para las muchas arbitrariedades y desórdenes que tuvieron lugar durante una defensa fiada principalmente á manos extranjeras y que al llegar á su término podía considerarse casi en tal carácter pues los pocos orientales, tras de serlo en tan escaso número, eran coartados en su voluntad por la influencia y la fuerza extranjera, como en el caso de la revolución del general riverista Enrique Martínez.

Todo partido, toda agrupación de defensores se propone el triunfo de su causa, el triunfo completo con la eliminación ó la anulación del enemigo. Las transacciones, el logro á medias de las aspiraciones de los bandos beligerantes, son el cumpli-

miento de los designios de la Providencia que guía los sucesos á través de las pasiones humanas; el cumplimiento de las leyes á que están sujetos los fenómenos sociales; la efectividad de las evoluciones fatalistas á que están sujetos los fenómenos físicos y morales según los materialistas; el cumplimiento de las leyes morales según otros; y en fin la imposición del resorte oculto que cada cual se explica según la escuela de filosofía histórica á que pertenece. Esas causas son las que traen los arreglos y los acomodamientos á que la fuerza de las cosas obliga á someterse; pero cada asociación beligerante desea y lucha por el triunfo exclusivo y absoluto de sus ideas.

Ahora bien, siendo así, dése por sentado hipotéticamente el triunfo absoluto del partido de la defensa, anulado el partido blanco ó exterminado su ejército y su pueblo en una ó más grandes batallas—¿Qué hubiera podido hacer entonces el partido colorado?—Medítese con reflexión y obsérvese con imparcialidad—¿Tenía acaso elementos para organizar el país?—¿Podía por sí solo hacer una administración nacional?—¿Podía hacer un gobierno acatado dentro del país, y respetado en el extranjero?—Póngase la mano sobre la conciencia y examínese con patriotismo—Eso era imposible—Una facción diminuta en su elemento nacional, que ni libertad tenía siquiera dentro de la plaza para fraternizar con sus compatriotas; dividida además en dos pequeños bandos conservadores y riveristas, sometidos ambos á la influencia anglo-franco-italiana, pero representando los riveristas el poco elemento nacional que quedaba, y los conservadores el elemento unitario argentino, es indudable que los defensores de esa defensa cosmopolita no podían pretender otra cosa que constituir un protectorado; idea por otra parte que no les era antipática, porque de hecho habían admitido el protectorado francés, y oficialmente habían hecho serios trabajos para conseguir el protectorado brasilero, que el gobierno de la defensa solicitó, y don Andrés Lamas se esforzó por asegurar en Río Janeiro—Por eso y no por pasión ni partidismo creemos que son una fábula las gloriosas tradiciones de la defensa; por

eso creemos que era en el campo del partido blanco encabezado por don Manuel Oribe donde flameaba la verdadera bandera nacional, y por eso lo creemos así, abrigando á la vez la convicción de que los que eso creemos; no somos: *farsantes políticos*.

Véanse las fuerzas permanentes á bordo de las escuadras con las reposiciones de las bajas, y sin perjuicio de los extranjeros de línea desembarcados en diversas ocasiones. Estas fuerzas navales fueron el nervio, el alimento y el sostén de la resistencia hecha á don Manuel Oribe, que rodeado por el partido blanco y dominando todo el país, se proponía en vano reducir la ciudad por los rigores del sitio, dada la imposibilidad del asalto; y lo que indudablemente hubiera sobrevenido en seguida, á retirarse de nuestras aguas, las siguientes fuerzas existentes:

INGLATERRA:

		Cañones	Plazas
Fragata	«Curacoa»..................	28	240
«	«Satélite»..................	18	180
Vapor	«Firebrand»..................	11	160
«	«Gordon»..................	6	160
Fragata	«Comus»..................	20	140
Bergantin	«Frolic»..................	16	110
«	«Acorn»..................	14	100
«	«Philomel»..................	14	100
«	«Dolphin»..................	3	80
«	«Spider»..................	4	40
		134	1310

FRANCIA

		Cañones	Plazas
Fragata	«Africaine»..................	60	500
«	«Atalanta»..................	60	500
«	«Erigone»..................	60	500
Bergantín	«Dassas»..................	22	130

Bergantin	«Ducousdic»	20	130
«	«Pandour»	16	120
Corbeta	«Coquette»	20	120
«	«Expeditive»	18	100
Vapor	«Fulton»	3	100
«	«Eylau»	3	30
		282	2.230

BRAZIL

		Cañones	Plazas
Corbeta	«2 de Julio»	24	200
«	«7 de Abril»	22	180
«	«Éuterpe»	20	180
«	«Bertioga»	22	160
«	«Unido»	18	140
Bergantín	«Capiribirih»	18	110
Goleta	«Olinda»	12	100
Patacho	«Argos»	10	80
		146	1150

Total: 562 cañones y 4.690 soldados.

En tierra las fuerzas de la defensa á mediados de la guerra grande eran las siguientes:

3º Batallón de infantería de línea (negros esclavos	240
4º id. id. id. id. id. id. id.	200
5º id. id. id. id. id. id. id.	250
1º Batallón Guardias Nacionales	140
2º id. id. id.	100
3º id. id. id.	100
Legión Argentina	400
División Venancio Flores (en el Cerro)	200
Batallón Extranjeros	300
1º Batallón de la Legión Francesa	350
2º id. id. id.	200
3º id. id. id.	400
1º Batallón de la Legión Italiana	450

Artillería de plaza—Españoles	115
Id. rodante—Franceses	100
Id. id. —Italianos	50
1º Batallón Pasivo de Franceses	300
2º id. id. id.	200
Total....	4.095

Estas fuerzas se descomponían así:

Orientales.	540
Negros esclavos	690
Extranjeros, Franceses, Argentinos unitarios, Italianos, Españoles, Brasileros, &, &	2.865
Total....	4.095

Como se vé los extranjeros estaban en una inmensísima mayoría entre los defensores, é indudablemente 340 guardias nacionales, y 200 gauchos de Flores; ó sean quinientos cuarenta orientales, no eran la República Oriental; ni en aquella masa de 8.245 extranjeros, 4.690 de abordo y 3.555 de tierra; nó, en esa mayoría estaba la semilla de un protectorado, ó de un anticipado imperio maximiliánico, pero no la bandera pura de la patria, no la bandera de la República Oriental. ¡Nó! porque como ha dicho el poeta Aurelio Berro:

Esa es, la que el viento á sus embates
hoy, rota y sin color, hace flotar ...
Ya dió sombra al valor en los combates
Y de humo heróico se miró zahumar.

Blanca era ella, por su origen puro,
celeste, por la noble aspiración ....
¡Salve al emblema de mejor futuro!
¡Honor al polvoroso pabellon!

En el campo de don Manuel Oribe, al rededor de la bandera del poder legal, se agruparon las masas populares de la República sin distinción de clases sociales, para mantener contra

todo desconocimiento y representar con toda evidencia la verdadera nacionalidad Oriental.

Aunque General en jefe al frente de un ejército, D. Manuel Oribe ejerció la Presidencia asesorado por el consejo de un Ministerio, funcionaba la administración de justicia, y fué restablecida la legislatura que existía cuando la derrocó la injustificable revolución de Rivera el año 38, y renovada después en el Cerrito por medio de elecciones.

Hé aquí la composición de la Asamblea General Legislativa de la República Oriental que celebraba sus sesiones en el Miguelete: Carlos Anaya, Presidente, Senador por Soriano; Juan Francisco Giró, Senador por Montevideo; Juan Susviela, Senador por Paysandú; Luís B. Cavia, Senador por Montevideo; Antonio D. Costa, Senador por Canelones; Juan B. Callorda, Senador por San José; Francisco Lecocq, Senador por la Colonia; Vicente V. Vazquez, Vice-Presidente, Diputado por Montevideo; José Mostos, por Soriano; Javier Alvarez, por Durazno; José A. Anavitarte, por Maldonado; Cristóbal Salvañach, por Montevideo; Tomás Diago, por Cerro-Largo; Domingo L. Costa, por la Colonia; Gregorio Dañobeitia, por la Colonia; Francisco Farías, por la Colonia; Eulogio Mentasti, por la Colonia; Francisco Sotelo, por Canelones; Tomás Viana, por Montevideo; Juan Blanco, por Soriano; Antonio Ruiz, por Maldonado; Doroteo García, por Montevideo; Salvador Mandiá, por Paysandú; Marcelino Santurio, por Canelones; Bernardo P. Berro, por Maldonado; Basilio Pereyra de la Luz, por Cerro-Largo; Jnan García de la Sierra, por San José.

Rodeaban ese gobierno militares y ciudadanos ilustrados y dirigentes como el general D. Juan Antonio Lavalleja, general D. Ignacio Oribe, D. Juan F. Giró, Francisco S. de Antuña, Carlos Anaya, José M. Platero, Juan J. Núñez, Juan Susviela, Cristóbal Salvañach, Bernardo P. Berro, Javier Alvarez, Javier de Viana, Eduardo Acevedo, Ambrosio Velazco, Jaime Estrázulas, Francisco X. de Viana, los Espina, los Baena, los Lenguas, los Lerena, Jaime Illa y Viamonte, José M. de Roo, Pedr

Pablo Olave, Carlos Juanicó, los Sienra, los Barreiro, los Aramburú, los de la Puente, Manuel M. Erausquin, Ingnacio y Andrés Vázquez, Luis Maturana, los Pereyra, los Moratorio, los Díaz, los Reissig, los Pérez, los García, los Tomé, los Gadea, los Areta, los Reyes, los Larrañaga, los Arrúe, los Balparda, Norberto Larravide, los Camusso, los Aréchaga, Diago, Blanco, Santurio, Villademoros, Juan María Pérez, Enrique de Arrascaeta, los Caravia, los Carreras, Nin Reyes, los Zipitria, Goldaraz, Manuel J. Errasquín, Doroteo García, Joaquín Requena, José Gregorio Palacios, Jackson, Luis Herrera, Pedro Fuentes, los Baesa, Lapido, Juan José Brid, Carlos Rodriguez, Soto, García, general Diego Lamas, general Brito del Pino, Leandro Gómez, Coriolano Márquez, Pedro Pablo Bermúdez y tantísimos apellidos como éstos que revelan que allí estaba lo más conspícuo de la sociedad oriental por su inteligencia, su fortuna, su posición social y sus servicios patrióticos. D. Manuel Oribe, de ilustre descendencia, y ya personalidad histórica formada en las guerras de la independencia contra el coloniaje, los portugueses y los brasileros, estaba bien al frente de un partido que tan genuinamente representaba y formaba la nacionadad oriental.

Como dice un historiador: «es cierto que el general Rivera « tenía bajo sus banderas á los Magariños, Ellauri, Herrera y « Obes, Aguiar, Lamas y otros; pero no es menos cierto que « estos ciudadanos principales comenzaban, por decirlo así, su « carrera política y que la participación que tomaron en los « sucesos del sitio de Montevideo y de la intervención Anglo- « Francesa, fué lo que les dió el nombre y la reputación con « que los hemos conocido.

A este respecto tuvo lugar un hecho durante la guerra grande de gran significación. Habiendo declarado el contra-almirante inglés que quería *proteger* á Montevideo se produjo una protesta en favor de don Manuel Oribe que fué suscrita por 1664 orientales *vecinos todos y propietarios de la ciudad de Montevideo*, cuyos nombres se encuentran en la *Gaceta Mer-*

cantil de 8 de Octubre de 1845. Es significativa esa protesta, y el número de los que la firman, pues 1664 vecinos respetables, es un número más de tres veces mayor que el de los soldados orientales que existían en la defensa.

No estará de más echar una ojeada acerca de cómo estaba constituido el ejército de don Manuel Oribe que sostenía ese gobierno y defendía los derechos del país contra las agresiones de los extranjeros:

Batallón Libertad Oriental - Comandante Lasala....	900
» Defensores de la Independencia Oriental — Comandante Rincón.....	500
» Defensores de Oribe (compuesto de orientales y canarios) comandante Francisco Oribe..	300
1er. Batallón de Guardia Nacional, comandante Sienra.	280
2º » « » id. Areta....... ...	250
3º » » » Balparda	300
4º » » » Aréchaga...... ...	250
2 Escuadrones de caballería, orientales.............	200
Escuadrón Escolta, id.........	150
Batallón Voluntarios de Oribe (vascos), comandante Artagaveytia.	500
» Libertad (argentinos), comandante Maza....	600
» Independencia (id), comandante Costa	700
» Libres de Buenos Aires (id), id Ramos.....	500
» Rebajados (id), id Ramiro...............	500
Artillería de Buenos Aires, 25 piezas.	250
Escuadrones de caballería al mando de J. M. Flores..	300
» » » » de Sosa........	250
» » » » de Serrano......	250
» » » » de Alvarez......	200
División del general Gómez (orientales)......	1.500
» » » Ignacio Oribe (id).......	1.000
» de Cerro Largo (id)	500
» de Paysandú (id).........................	500

División de la Colonia, Lucas Moreno (id)..........	400
» de Soriano y Mercedes (id)......	800
	11.880
A más las fuerzas orientales que formaban parte del ejército al mando del general Urquiza y que pueden estimarse en (orientales).	2.400
Total	14.280

Que se descomponen así:

Ciudadanos orientales	10.100
Vascos	500
Argentinos	3.550
Canarios	130
Total........	14.280

Era tal el entusiasmo y la decisión de ese ejército, que unos 60 ó 70 guardias nacionales emboscados en el camino de las Tres Cruces, pusieron en dispersión una columna de 1.000 franceses, que dieron vuelta cara en cuanto los guardias nacionales les cortaron las dos primeras mitades de la 1ª compañía del 1er. batallón, y huyeron dejando varios muertos y el camino sembrado de fusiles. Esta retirada fué una de las más desastrosas que hicieron los sitiados durante la guerra grande.

Después de nueve años de guerra llegó por fin el momento de la pacificación. La conducta del jefe de la Nación Argentina, General Rozas, y la justificación de la alianza de la República Oriental representada por el partido blanco, teniendo por jefe á don Manuel Oribe, se encierran en aquella cláusula del gran capitán y eximio patriota don José de San Martín que consideraba la resistencia á la Intervención Anglo Francesa, tan justa para los pueblos del Plata como la guerra de la Independencia Americana; y que textó de la siguiente manera:

« En el nombre de Dios Todo-Poderoso, á quien reconozco « como Hacedor del Universo, digo yo, José de San Martín, « Generalísimo de la República del Perú y Fundador de su Libertad, Capitán General de la de Chile, y Brigadier Ge-

« neral de la Confederación Argentina, que visto el mal estado « de mi salud, declaro por el presente testamento lo siguiente:

. . . .

« 3º El sable que me ha acompañado en toda la guerra de » la Independencia de la América del Sud, le será entregado « al General de la República Argentina Don Juan Manuel de « Rozas, como una prueba de la satisfacción, que como Ar- « gentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el « honor de la República contra las injustas pretensiones de los « Extranjeros que trataban de humillarla».

. . . .

«*José de San Martín.*»

En cuanto á la República Oriental, la invasión de Oribe y el levantamiento en masa del país que rodeó su bandera y su Gobierno salvaron la patria de una situación desastrosa, que la conducía inevitablemente al abismo de la bancarrota, de la ruina y de la perdición. Por eso sólo sería exacta y justa la aseveración de Don Andrés Lamas si culpase á un sólo partido de: « *la vergüenza*, como el decía, *de haber andado pordio- « seando en dos hemisferios, la necesidad de las intervenciones « extranjeras*, el descrédito del país, la bancarrota *con todas « sus amargas humillaciones, odios, pasiones miserias persona- « les*». Muy bien, ¿cómo puede culparse por igual á los dos partidos? ¿Quién sinó Rivera, que fué el que tiró la primera piedra, tiene la culpa y fué el primero que desplegó la fatídica bandera de los *odios, pasiones y miserias* personales?

¿Cómo puede culparse al Gobierno constitucional y popular de Oribe el resistir semejante avalancha anárquica y antipatriótica, y defender seriamente el orden, el verdadero orden público, la constitución y las leyes? ¿Han probado los colorados de cuándo acá es igual el procedimiento anárquico y antipatriótico que el cumplimiento de un deber sagrado?

Pero habla don Andrés Lamas *del descrédito del país y de la bancarrota*. ¿Tiene también el partido blanco responsabilidad

en esto? El partido blanco, que regularizó la hacienda, que salvó al país de la situación ruinosa en que lo puso Rivera y en que luego volvió á ponerlo, que desempeñó las propiedades públicas empeñadas por el desgobierno de Rivera; ¿El que puso el honrado remedio, tiene también culpa en el torpe delito?—Señores, ¡por Dios! mejor es decir á la imparcialidad que se cubra el rostro. Y en cuanto á *amargas humillaciones de la bancarrota* ¿Quién las conoció mejor que el señor Lamas, que después de recibir las limosnas de los extranjeros del puerto, había ido él mismo á solicitar del Brasil empréstitos que la remediasen á cambio de peligrosísimas condiciones? ¿Hizo esto el partido blanco, concedió algunas ventajas á los extranjeros intrusos, las concedió á su aliado en mengua de la patria? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo? Pero don Andrés Lamas agrega: *haber andado pordioseando en dos hemisferios, la necesidad de las intervenciones extranjeras.* Pero quién las anduvo pordioseando; ¿el partido que las llamó y se cobijó á su sombra; ó el partido que las resistió enérgicamente demostrando el propósito de vivir con arreglo á sus leyes, ó de morir por ellas? El partido colorado armaba á los italianos, y buscaba en el hemisferio Boreal la intervención de la Francia y de la Inglaterra; y en el hemisferio Austral enviaba á don Andrés Lamas al Brasil buscando dinero, intervención y coaliciones; mientras el partido blanco resistía esos errores, defendía el sentimiento de la nacionalidad, y á la sombra de la bandera del americanismo, luchaba por el emblema de su divisa: « LIBERTAD, PATRIA Y LEYES».

Por lo demás, lo que aún no saben muchos de nuestros compatriotas de hoy en día, lo sabían ya en Europa hace casi medio siglo; y cuando los colorados de Montevideo dominados entonces con ayuda de los ministros extranjeros por la fracción anti-riverista, rechazaron la fraternidad que les ofrecía el armisticio propuesto por Lord Howden y aceptado por la generosidad del General Oribe; Lamartine en Francia, siendo diputado, en carta dirigida á *La Presse* sobre la cuestión del Plata

le decía: « Que la guerra que hace el Gobierno es por me« dio de letras de cambio giradas contra el tesoro *por los « empresarios de guerra civil de Montevideo* y aceptadas por el « Gobierno Francés, y que *pediría á éste cuentas* del empleo de « los CUATRO MILLONES de fondos secretos diplomáticos». Por su parte Lord Howden ante el rechazo del armisticio por parte del Gobierno colorado, le escribía en nota al Comodoro Sir Thomas Herbert lo siguiente el 15 de Julio de 1847: « El « Gobierno de Montevideo ha renunciado este armisticio que, « no necesito decir, *era ventajoso á sus intereses*, como que « está SIN DINERO, SIN CREDITO Y SIN TROPAS DE NATURALES. Y continúa Lord Howden: « Como considero en primer lugar « que los *Orientales de Montevideo no son en este momento* « AGENTES LIBRES, sinó enteramente dominados por una guar« nición extranjera; en segundo, que *este bloqueo*, habiendo « perdido *enteramente* su carácter original de una medida coer« citiva contra el general Rozas, *ha venido á ser exclusivamente « un modo de proveer con dinero al Gobierno de Montevideo, « y parte á ciertos individuos extranjeros con detrimento conti« nuo del extenso y valioso comercio de la Inglaterra en estas « aguas*,—os ruego, Señor, por la presente levanteis el bloqueo « en ambas orillas del Plata, y toméis las medidas necesarias « para hacer cesar toda ulterior intervención en estas aguas». Lord Howden se dirigió en seguida al General Oribe y comunicándole lo acaecido le decía: « El Gobierno provisional de « Montevideo ha rehusado asentir al armisticio que yo consi« dero razonable, justo y muy de desear en el sentido de la « humanidad». D. Manuel Oribe contestó é hizo pública su contestación en « *El Defensor de la Independencia* ». Lord Howden indignado con el proceder de los colorados, y con una consecuencia verdaderamente británica, ordenó que se embarcasen en la escuadra los soldados de infantería de la marina inglesa, que servían en las trincheras de la ciudad é igualmente que se le arrancase la artillería inglesa existente en la batería llamada *Comodoro* (que también tenía la excelencia de esto

nombres la defensa), y que se llevase á bordo todo el material de guerra perteneciente á la Inglaterra, que había sido empleado hasta entonces en la defensa de la plaza.

Cuando en Francia el ministro Thiers, impidiéndole echarse atrás su tenacidad y su vanidad, insistía en llevar adelante la guerra á Rozas pretendiendo presentar á los federales como expresión de barbarie y á los unitarios como apóstoles de la civilización; se levantó la caballeresca figura de Lamartine, conocedor por su talento de la política y conocedor de los resortes de los partidos por su ilustración histórica, y observando profundamente ambos partidos argentinos declaró que el federal representaba la *nacionalidad* y que al unitario lo caracterizaban alianzas, sometimientos y combinaciones con los extranjeros, en cuya ayuda fiaba sus esperanzas de reconquistar el gobierno y el territorio argentino, del que no poseía un solo palmo. Tales fueron los dos partidos, aliado el uno, y enemigo el otro, del general don Manuel Oribe.

La prensa de los Estados-Unidos fijó sus miradas en el Río de la Plata, aplaudió á los que así se anticipaban á Benito Juárez, y declaró que los pueblos del Plata tenían ante sí un gran porvenir, y que la República Argentina llegaría á ser una rival de los Estados-Unidos.

Estas ideas selladas con la sangre y los sacrificios de orientales y argentinos, alarmaron los celos del Brasil, que temía ver levantarse en sus fronteras una nación excesivamente grande y fuerte; y de ahí su resolución y su acentuación en su política, y la coalisión Urquiza-unitaria-colorada-brasilera, que cambió la situación política del Río de la Plata.

Para dar punto á este ya largo capítulo reproduciré el siguiente soneto que dediqué el año de 1889 al bravo jefe oriental que representó y defendió en nuestra patria las ideas de independencia, de instituciones, y de respeto á las leyes, y que echó las bases patrióticas de la organización de una nacionalidad gloriosa.—Decía así:

FRATERNIDAD

A la memoria del heróico segundo jefe de los Treinta y Tres, el esclarecido patriota brigadier General D. Manuel Oribe.— En el 38' aniversario de la paz del 8 de Octubre de 1851.

Se reconoce que la resistencia que han hecho los militares y ciudadanos á la intervención anglo-francesa, ha sido en la creencia de que con ello defendían la Independencia de la República.

(Artículo 1° del Convenio de Paz del 8 de Octubre de 1851).

SONETO

Une de Ituzaingó con los cordones
Bella administración republicana,
A ejemplos de honradez, fibra espartana;
Y proscríbenlo ciegas ambiciones.
Mira que italos, francos y albiones,
Persiguen protección maximiliana;
Y afirma la bandera americana,
Del altivo Cerrito en los torreones.
Pero entre hermanos no, la hora es propicia:
No más sangre, derrota, ni victoria;
Abrazo fraternal ya se acodicia;
Sella el pacto de paz: hermosa gloria,
La calumnia desprecia; que hay justicia:
Y es estrella que al fin brilla en la historia.

GUILLERMO MELIÁN LAFINUR.

Buenos Aires, Octubre de 1889.

CAPÍTULO XXXVI

La pacificación

Que es cosa árdua escribir sobre puntos históricos, es un axioma. Pero uno de los mayores inconvenientes que eso tiene, es que al tomar la pluma el escritor, vé que se ensanchan inmensamente los horizontes del asunto, y que si no hace esfuerzos por compendiar, un solo capítulo se hara de más extensión que la que se proponía conceder á la totalidad de su propósito.

Es teniendo en cuenta esa consideración que dejaré ahora para el día que tenga tiempo de refundir estos apuntes en una obra de más aliento, la investigación, el relato de las causas, y el desarrollo de esa coalicion urquizista-unitaria-colorada brasilera, dirigida por la artera diplomacía del Brasil, y en gran parte por su oro, y cuyo estudio imparcial y profundo oprime el corazón, al ver desarmar y lanzar á la ruina y á la anarquía de las guerras civiles, dos pueblos jóvenes y valientes que habían asombrado al mundo con su heroismo, que habían vencido las más fuertes dificultades, que se iban á las nubes consolidando y haciendo respetar su organización nacional á cuyo perfeccionamiento se encaminaban; y que ahora se veían detenidos en su marcha á su próximo engrandecimiento, por la defección y la intriga política dirigidas y consumadas en provecho del Imperio del Brasil, que de amenazado vino por esa evolución á convertirse en amenazador, sustrayéndose así á la actitud pasiva en que lo colocaron la derrota de Ituzaingó y las convulsiones de Río Grande.

La pacificación se hizo bajo la base de la justificación de la conducta y de las ideas políticas del General Oribe y del partido que lo sostenía; procederes vinculados al hecho de la soberanía y de la Independencia de nuestra patria, en defensa de cuyo éxito se habían buscado alianzas naturales é inócuas, en frente de alianzas bastardas y absorbentes, que anularon la soberanía en Montevideo y pusieron en peligro la nacionalidad

Las cláusulas de ese pacto establecían:—*Que los servicios prestados por todos los militares y ciudadanos bajo las órdenes del General Oribe eran hechos á la República Oriental del Uruguay; y que la resistencia de los mismos á la Intervención-Anglo-Francesa fué con el propósito de defender la Independencia de la República Oriental.*

Que eran legales todos los actos gubernativos y judiciales ejercidos en el territorio que habían ocupado las armas del General Oribe: que iguales derechos, iguales servicios y méritos é igual opción á los empleos políticos tenían todos los ciudadanos orientales, sin distinción de opiniones; que el ejército oriental que obedecía las órdenes del general Oribe reconocería y obedecería al general don Eugenio Garzón hasta la elección constitucional de Presidente de la República, como así mismo todos los departamentos que obedecían al general Oribe: que se procedería oportunamente á elecciones de Senadores y Diputados en todos los departamentos, los cuales nombrarían el Presidente y que el general Oribe podría disponer libremente de su persona. Y se declaraba: que entre todas las diferentes opiniones en que habían estado divididos los orientales, **no habría vencidos ni vencedores,** *pues todos debían reunirse bajo el estandarte nacional para el bien de la patria y* **para defender sus leyes é independencia.**

Los nuevos pseudo-reformadores quieren hacer una entidad mitológica del general Eugenio Garzón, que en resumidas cuentas no fué más que un teniente del general Urquiza. Llegan á atribuirle el plan de Ituzaingó *concebido con mirada de águila,* pretendiendo así arrebatar con audacia y ligereza su mejor gloria al General Alvear. La elección del terreno en ciertos casos, y sobre todo en éste, no es todo el plan de batalla. Lo único que hizo Garzón, y lo que ha dado margen á ese abultamiento de los hechos, es que Garzón opinó que sería mejor dar la batalla en el paraje que se iba persiguiendo y donde se dió, y no en el valle de Santa María, cosa evidente que nadie contradijo, fácil de alcanzar dada la actividad de Alvear, y para l-

cual no se necesitaban condiciones extraordinarias; como no se necesita ser muy militar para asegurar que una altura es mejor posición que un pantano. Es de notar en primer término que el general Garzón en toda su vida militar, jamás ganó una sola batalla, porque la de *Vences*, cuya victoria se le quiere atribuir fué ganada por el General Urquiza. Garzón cumplió con su deber y habrá contribuído cuanto se quiera al triunfo; pero al ejército lo mandaba Urquiza, él lo condujo al campo de batalla, y él lo lanzó contra las posiciones del enemigo. Otro triunfo se atribuyó Garzón, pero como el combate lo terminó la oscuridad de la noche, también se atribuyó la victoria el enemigo. Por lo demás el plan de Ituzaingó en lo que tiene de ostensible revela precisamente las condiciones militares que distinguían al General Alvear. A este jefe, militar de talento y soldado de buena escuela, se le puede observar que á veces aprovechaba elementos y preparativos acumulados por otros, de los que él se valía para obtener la victoria; pero también es indudable que una vez esos elementos en sus manos, no se sometía á inteligencia ni á voluntad alguna ajena, ni compartía con nadie el cumplimiento de su deber. El plan de Ituzaingó consistía en la actividad y rapidez con que se trataba de impedir la reconcentración de lo 20.000 soldados del imperio, llegando á tiempo de batir aislado el cuerpo fuerte de ejército que fué derrotado en Ituzaingó; y precisamente la resolución, la actividad y la rapidez de las marchas eran detalles que caracterizaban el talento militar de Alvear. Algunos escritores patriotas teniendo en cuenta la actitud del General Lavalleja en esa batalla, donde como jefe de vanguardia inició el combate, y luego contribuyó grandemente al triunfo desplegando una actividad extraordinaria, y acudiendo á todos los puntos donde las circunstancias de la pelea debilitaban las fuerzas republicanas, han dado al héroe de Sarandí la importancia que en esa gran victoria verdaderamente tuvo, pero sin llegar al extremo de amenguar la gran gloria del General en Jefe. Por otra parte el General Alvear tenía en Ituzaingó oficiales de graduación muy

superiores al entonces Coronel Garzón, que hasta esa época no solo no había ganado batallas porque se murió sin ganarlas, sinó que no había tampoco mandado ejército alguno; en cambio, cuando lo encargaron de la defensa de Santa-Fé, capituló entregando la ciudad al General Tomás de Iriarte. Por el contrario estaban en Ituzaingó al lado del General Alvear militares de servicios, de experiencia y de consejo muy superiores á Garzón; como el General Juan Antonio Lavalleja que mandaba la vanguardia; D. Manuel Oribe cuya conducta en esa jornada fué heróica y extraordinaria; D. Ignacio Oribe, de quien se hizo mención en el parte; el General Lavalle á quien destacó para que venciese en Bacacay; el General Lucio Mansilla á quien destacó para que venciese en el Ombú; Brandzen que murió como un héroe, y otros oficiales superiores, no menos distinguidos, todos los cuales valían mucho más que el después General Garzón, que jamás alcanzó la independencia del general y murió como teniente de otro jefe.

Se le atribuye también aquello de que: *no hay vencidos ni vencedores*, palabras que todo el mundo ha atribuído siempre al general Urquiza, que fueron de él, que fué quien las dijo, palabras inspiradas por la diplomacía del Brasil que dirigía la coalición, y que poco le importaba la cuestión de *vencidos ni vencedores* sinó la cuestión de límites con la República Oriental según la preparación Lamas, y el debilitamiento de la República Argentina cuyo engrandecimiento y poder temía; palabras que además ni ser podían siquiera del general Garzón, porque eran también extensivas á la República Argentina; pero palabras desmentidas por los hechos, porque las matanzas de Palermo y el martirio del noble Chilavert, y la mazorca celeste paseada con sus embargos y persecuciones por toda la República Argentina por los señores unitarios reconquistadores del poder por la influencia extranjera, se encargaron de probar elocuentemente que había *vencedores*, y vencedores crueles.

El siguiente caso, como muchos otros, dá una idea de la pureza del partido vencedor y de la justicia de sus sentencias.

Cuando la revolución del 11 de Setiembre contra el general Urquiza, se presentaron al gobierno de Buenos Aires con alguna gente á caballo y le ofrecieron sus servicios los miembros de la mazorca Troncoso y Badía. Fueron aceptados al servicio de los organizadores y ocuparon un puesto en el ejército. Cuando una salida que hicieron las fuerzas de Buenos Aires contra el general Galán, el Gobierno á su regreso decretó un premio pecuniario á los expedicionarios, á cuyo efecto los hicieron desfilar en la Plaza de la Victoria ante las autoridades instaladas al frente de la Policía. El comandante don Manuel Troncoso y su segundo don Silverio Badía recibieron el premio acordado en presencia del pueblo de Buenos Aires. Muy bien: algo más tarde el coronel Lagos puso sitio á Buenos Aires; y Troncoso y Badía se pasaron á su campo. Hechos prisioneros en unas escaramuzas fueron sentenciados y fusilados *por haber sido degolladores*, « Así, pues, dice un historiador, cuando « estos criminales estaban á su servicio, fueron dignos de los « honores de un premio público; se encontraban purificados y « fueron santificados con el noble calificativo de buenos pa- « triotas. Extraño criterio el de los hombres de partido, cuyas « pasiones les ciegan: que solo encuentran en sus amigos virtu- « des cívicas y en sus enemigos crímenes y sangre; porque solo « *ven la paja* en el ojo ajeno » ....

Volviendo á Garzón hay que ver una falsedad tantas veces repetida, cuantas se le llama *general blanco*. No señor. El General Garzón no fué propiamente *general* blanco, fué *general federal* á las órdenes de Rosas primero, y de Urquiza después, bajo cuyas órdenes estuvo hasta la hora de su muerte. El General Garzón fué por ingratitud enemigo acérrimo de Oribe y en esa enemistad hay que encontrar la razón de los elogios exageradamente desmedidos que se le tributan. Debió su elevación en el ejército federal á Don Manuel Oribe, cuando éste mandaba el «EJERCITO DE LA CONFEDERACIÓN ARGENTINA Y ORIENTALES LIBRES, y habiendo cometido faltas de desobediencia, Oribe, con una conducta caballeresca, lejos de aplicar

le las ordenanzas, se limitó á separarlo del ejército al llegar al *Cle*.

La siguiente carta de Rozas al General Echagüe demuestra cómo Don Manuel Oribe le abrió á Garzón la entrada en el ejército federal indicándolo para el É. M. de Echagüe donde continuó su carrera hasta volver á su patria á las órdenes de Urquiza.

Decía Rozas á Echagüe: «El General Oribe me ha hecho de-
« cir que el coronel Don Eugenio Garzon es bueno para esto,
« ó para mandar infantería; si Vd. lo quiere puedo mandárselo
« cuando llegue, pues estando en Montevideo, le he mandado
« decir que se venga en un buque inglés.

Juan Manuel de Rozas».

Un historiador dice: « El general Oribe negaba que Garzón
« tuviese una capacidad militar como la que se le había atri-
« buído hasta entonces, la que había tenido una gran merma
« en la famosa revolución de 1832, concediéndole solo una
« gran locuacidad y exterioridades ». El general Oribe era voto en la materia. La ingratitud y la rivalidad lo llevaron á Garzón á romper con Oribe, pero la experiencia le enseñó que no tenía talla militar para emanciparse, y cayó bajo la influencia del general Urquiza por el resto de sus días.

El papel que vino á desempeñar el General Garzón cuando la pacificación de Montevideo es bien evidente, y su muerte prematura le impidió ó consumarlo ó esforzarse por consumarlo, lo que probablemente hubiera dado lugar á una resistencia popular. El tratado de la coalición entre Urquiza, el Brasil y el Gobierno de Montevideo estaba hecho y firmado sin intervención alguna y tal vez sin conocimiento de Garzón, entonces á las órdenes de Urquiza. El envío de Garzón para refundir los restos del ejército de Oribe y los pequeños restos de la defensa é imponer al país un gobierno bajo la influencia de Urquiza, fué una cosa convenida entre éste y el Gobierno de Montevideo. El Brasil por su parte debía poner en la coalición 20.000

soldados de línea, que los puso, siendo la caballería de Río Grande, y la infantería compuesta principalmente de soldados alemanes; á más buen armamento, y oro abundante.

La carta de Melchor Pacheco y Obes á D. Francisco X. de Acha, también ausente, de Julio de 1851, desde París comprueba esto que nadie desconocía; y en ella Pacheco le revelaba á Acha el siguiente párrafo de carta del Ministro de la Guerra á él, y que decía así: « Al efecto deberá pasar Garzón con todos « los orientales que existen en Entre Ríos y á quien se reunirán « *todos los jefes que están convenidos. Que él y el Brasil man-* « *tendrán sus fuerzas en la frontera,* por si fuese necesario; « que al pasar Garzón, reconocerá al Gobierno de Montevideo, « como al único legal que existe en la República, poniéndose « á su disposición sin restricción alguna; y *qne espera sea* « *nombrado* GENERAL EN GEFE DEL EJÉRCITO EN CAMPAÑA, « *dando órdenes para que se le incorporen todos nuestros emi-* « *grados en Río Grande.* V. vé, que si *el plan* se desenvuelve así, « ello es todo para mayor gloria de la defensa, que *vendrá á ser* « *reconocida por justa,* por todos esos jefes que la han com- « batido por tanto tiempo».

No fué así sin embargo; la defensa no fué reconocida por justa; nada se dijo de ella al respecto. En cambio se reconoció como justa la conducta de los que la combatieron, resistiendo la intervención anglo-francesa; y así se consagró en su primer artículo, y en el cuerpo todo del tratado.

En la misma carta de Pacheco á Acha el primero se muestra enamorado del Brasil, que es indudablemente quien lo levanta, junto con Urquiza, revela la confianza que tiene en él, y sus decididas simpatías, y dice así, advirtiéndole á su amigo que « *es el secreto de sus pensamientos, íntimos:* « La resolución de Urquiza lo ha cambiado todo. Después de « ella, *la opinión que en el Brasil quieren la guerra* es incontesta- « ble; lo que importa que Rozas está en el suelo, y que en « la nueva era que ha de abrirse *la influencia predominante en* « *los destinos de esos pueblos* no será la de algún caudillo de

« poder ficticio, de mezquinas ideas, de bárbaras concepciones,
« y sí la de un Gobierno poderoso, ilustrado, liberal, civiliza-
« dor, *porque todo eso y más que eso es, amigv mío, el Gobierno*
« *del Brasil,* Á QUIEN PERTENECE EN LA AMÉRICA DEL SUD
« LA ALTÍSIMA MISIÓN DE SALVAR Y CONSUMAR LA OBRA DEL
« GENIO DE COLÓN. »

Crimen de lesa patria. ¡Y ese hombre ha dominado absoluto en la capital de nuestra República, ha arreado las familias de campaña como animales bajo su férula, encerrándolas en la ciudad; y ha tratado y gobernado á los orientales hasta donde ha alcanzado el brazo de su poder usurpador, con la dura ley de la tiranía de sus pasiones!! Su doctrina es falsa. Cuando un país está atrasado, dado que esté, el deber del patriota es tratar de elevarlo á la altura de los pueblos más civilizados; y la conducta del traidor someterlo á la influencia ó al poder del extranjero, á título de que es más adelantado. Precisamente un cargo atendible que se le hizo al General Urquiza fué el de haber llevado la bandera brasilera á pasearse triunfante en la plaza de la Victoria, cuando contando con Entre Ríos y con otras provincias debió limitarse á los elementos nacionales para exigir de Rozas la constitución que ya prometía, ó las demás modificaciones que decía Urquiza le servían de bandera.

Pero continuemos oyendo á Melchor Pacheco y Obes. Decía á Acha: «Nada pues, podía suceder de más importante y
« de más feliz para nuestra patria, que el pronunciamiento del
« general Urquiza. Él me ha halagado tanto más, cuanto
« menos lo esperaba, cuanto más imposible me parecía. La
« reacción poderosísima que contra el caudillaje, la barbarie y
« el despotismo va á producirse, tendrá además de la volun-
« tad y el interés de todos, *el apoyo tan fuerte como benéfico*
« *del Gobierno del Brasil,* que habrá por fin comprendido, que
« su i· terés, como el interés de toda la América del Sud, exi-
« jen que en la América del Sud *tenga él política Exterior;*
« que en los negocios de la América del Sud PESE DE UN
« MODO DIGNO DE SU PODER Y DE SU IMPORTANCIA.»

En cuanto á Garzón, Pacheco comprendió perfectamente lo que significaba, pero confiaba en la intriga, en los medios extremos, en lo imprevisto y talvez pensó también en un anticipado 18 de Julio: Con respecto á Garzón le decía lo siguiente á Acha en la misma carta:

« Aquí también las consecuencias de la resolución de Ur-
« quiza serán más favorables *que lo que quiere su* PENSAMIENTO ÍNTIMO.

« Dándonos á Garzón, QUE LE DEBERÁ TODA SU IMPORTAN-
« CIA, el general Urquiza *supone que ejercerá en nuestras cosas*
« *la influencia* que Rozas pretendía ejercer. SE ENGAÑA. Gar-
« zón aceptado por todos, como DEBE SERLO, tiene para el mo-
« mento de la lucha *el valer de la fuerza material de Urquiza*,
« para después de la lucha no tiene otro poder que el que le
« darán las instituciones desde que ocupe la primera magistra-
« tura. Entonces la fuerza material de Urquiza habrá repasado
« el Uruguay, y de cierto que no ha de repetirse por Entre-
« Ríos y Corrientes la invasión que ha quebrado al poder de
« Rozas. No ha de repetirse porque EL BRASIL NO HA DE CONSENTIRLO.

El error ó el extravío de Pacheco es el mismo de los nuevos pseudo-reformadores,pero con la diferencia de que Pacheco estaba persuadido de la imposibilidad del gobierno de Garzón, y confiaba en la intriga, la anarquía y las convulsiones internas y externas, mientras que los nuevos reformadores creen cándidamente que Garzón hubiera podido ser una solución patriótica.

A poco que se observe se comprende la debilidad de esa suposición. Garzón impuesto por Urquiza hubiera podido gobernar provisoriamente hasta las elecciones; y llegado ese momento se abrían ante él dos caminos: ó las hacía libres, ó coartaba la libertad de sufragio. Si las hacía libres tenía que suceder lo que sucedió, salir electo Presidente D. Juan Francisco Giró; porque Garzón sin prestigio, sin popularidad, sin vinculaciones en el país, y sin más valer, como lo reconoce Pacheco, que el que le daba el extranjero Urquiza, no hubiera sido

electo Presidente. La mayoría inmensamente blanca de los elementos nacionales que votaban, hubiera llevado á la Presidencia como lo hizo al benemérito ciudadano D. Juan Francisco Giró, dado la exclusión de circunstancias de la candidatura de D. Manuel Oribe.

Si Garzón coartaba la libertad de sufragio, se habría hecho odioso, habría falseado la índole del tratado de paz, y haciendo un gobierno de fuerza impuesto por el extranjero, hubiera desencadenado la indignación popular, abriendo nuevamente la era de la revolución y de la anarquía. Es indudable. La consecuencia es lógica. O no habría sido elegido para la primera magistratura ó habría sido impuesto; y por el origen de su elevación habría sido un mal presidente. Más cuenta le tuvo morir á tiempo, antes que: ó condenarse ó anularse. El resumen y el emblema de los procederes de Garzón están comprendidos en el hecho que por disposición de Urquiza y del Gobierno de Montevideo llevó á cabo el 18 de Octubre de 1851 ENARBOLANDO LA BANDERA DEL BRASIL entre la Oriental y la Argentina en el Cerrito de la Victoria. Dos días después el ejército brasilero campaba en la margen izquierda del Santa Lucía.

Ahora relativamente á la autoridad de las palabras despotismo, tiranía, patriotismo, independencia, etc., en boca de don Melchor Pacheco y Obes, así como la sinceridad de sus deseos de unión y fraternidad pronunciados por el futuro jefe de la revolución del 18 de Julio, basta saber que ellos provenían de un hombre que ha merecido de su correligionario el General César Díaz, (también conservador y anti-Riverista) el siguiente juicio: « El General Pacheco y Obes, hizo pesar sobre el gobierno de « que hacía parte, *una grave responsabilidad*, y atrajo sobre su « propio carácter la nota de ARBITRARIO Y CRUEL que le ha « acompañado *hasta el sepulcro.*» A pesar de eso pueden los señores reformadores invocar la autoridad de Pacheco como ardiendo en sincero entusiasmo por la confraternidad nacional. El país los conoce: á él y á los reformadores, y sabe á que atenerse.

La acertada elección del distinguido ciudadano don Juan Francisco Giró, eminente patricio y hombre público de reconocida ilustración y honradez, cargado de servicios á la patria que veía en él uno de sus hijos más preclaros, era prenda de esperanza, de concordia y de regeneración para la República. Los nuevos pseudo-reformadores combaten esa elección. ¿Por qué? ¿Se pretenderá con eso justificar el injustificable y criminal motín militar del 18 de Julio? ¡Misericordia! ¡Pobre imparcialidad y pobre independencia de la idea!

Pero dicen que ese prócer, uno de los ciudadanos más excelentes y uno de esos pocos en quienes los países pueden confiar: « No tenía en aquellos momentos la espectabilidad política de su « influencia directa en los sucesos. » ¿Y quién la tenía? ¿Garzón, instrumento de Urquiza? ¿Don Manuel Herrera y Obes, á quien también se cita, hombre entonces nuevo, aunque de talento, sin prestigio en el país, y que no hizo sinó suscribir lo que le aconsejó y exigió la diplomacía brasilera que lo dirijía, contra lo cual se sublevó después la opinión pública del país entero, condensándose su indignación en la Legislatura? Para decir eso vale más tirar los anales históricos y agarrarse la cabeza.

¡Pobres hombres de principios! Con Garzón se quiere hacer de él lo que no es, y se vuelve á la teoría de los hombres providenciales ó indispensables. Era enemigo de Oribe. Con don Manuel Herrera y Obes se quiere establecer una teoría no menos rara é insensata. El pueblo debía premiar en él el haber recibido: «las invectivas más crueles de Rivera y sus secuases,» Era colorado conservador.

¿Dónde está entonces esa fuerza de la ley tan pregonada? ¿dónde el poder del régimen institucional ante el cual desaparece el hombre? ¿Dónde esa fuerza de la opinión que lo es todo? ¿Dónde esa fuerte opinión que había impuesto la pacificación y ante la cual los magistrados no eran nada? ¿Dónde ese espíritu popular con opinión formada ante los sucesos, que convierte al Presidente y demás magistrados en simples mandatarios del

pueblo con arreglo á las leyes? ¿Por qué no acatar á don Juan Francisco Giró? ¿Dónde esa fuerza de la idea que todo lo avasalla? ¿Dónde esa concordia sincera que dominaba á todos y principalmente á Melchor Pacheco y Obes? ¡Pobres hombres de principios! Es que don Juan Francisco Giró era blanco, y por más reparador y conciliador que fuera su gobierno, era imposible contener la sed de poder y de mando que ha dominado siempre á conservadores y colorados. ¡Pobres hombres de principios! Y: ¡pobres principios en manos de semejantes hombres!

¡Insensatez la elección del señor Giró! ¿De cuándo acá es insensatez confiar la dirección de un país á sus más honrados y exclarecidos ciudadanos? ¿Era D. Juan Francisco Giró gobernante ladrón, asesino, mal administrador, intransigente ó incompetente? ¿Se dejaba imponer por la diplomacía extranjera? Nada de eso, tenía todas las condiciones opuestas á eso, y todas las cualidades necesarias para el Gobierno de un país. De lo único que pudo reprochársele fué de falta de severidad en la represión y el castigo, al asomo del crimen subversivo. En cambio, del 65 acá hemos echado de menos los magistrados como D. Juan Francisco Giró, y más de una vez nos hubiéramos conformado con cualquier gobernante que aunque no tuviese el conjunto de condiciones brillantes de Giró, no fuese al menos, ladrón tiránico y asesino.

La revolución del 18 de Julio de 1853 no puede justificarse. Ella es la expresión de ese espíritu anárquico del partido colorado que en su ambición de mando y del sensualismo de las ventajas indebidas del poder, lo ha lanzado siempre á turbar la organización y la estabilidad nacional cada vez que los orientales sin distinción de partidos, ó el partido blanco, han tomado sobre sí la tarea de reorganizar el país, y de hacer algo serio por el engrandecimiento institucional de la República.

Así se levantó Rivera en armas contra la constituyente; así se levantó luego contra la Presidencia ejemplar de don Manuel Oribe; así verificó las alianzas con los extranjeros; así se pro-

dujo la revolución del 18 de Julio; así acontecieron las de Agosto de 1855 de D. José María Muñoz, y la de Noviembre; así tuvo lugar más tarde la de César Díaz; así se realizó luego la invasión de la triple-alianza al mando de Flores; y así tuvieron lugar el 10 y el 15 de Enero de 1875; porque la historia del partido colorado está ligada á la de todos los motines y escándalos que se han producido en el país para dar en tierra con el imperio de las leyes y las instituciones; retrasando en largos lapsos de tiempo el progreso de la reorganización nacional.

Lo que caracteriza á todas las revoluciones coloradas es la falta de popularidad. Todas ellas han sido hechas sin base en la opinión nacional; y unas han perecido por su exigüidad, otras han sido criminales motines militares y otras se han desarrollado con el apoyo impuro del extranjero; pero rebeliones, motines y revoluciones, todos ellos han merecido la más elocuente reprobación pública y la más terminante condenación de la historia.

En cambio las pocas revoluciones del partido blanco han sido una exigencia de la opinión, y en medío de la mayor popularidad y del mayor entusiasmo han paseado sus banderas como la que acaudilló el general Aparicio, desde las fronteras hasta las trincheras de la Capital, en medio de los aplausos de la unanimidad nacional; y por parte del país, de un deseo de triunfo, evidente é indescriptible. Así también fué justificada la revolución tricolor, cuya base fundamental era esencialmente blanca, porque blanca era la mayoría de sus miembros; y otro tanto sucedió con la revolución justísima que terminó en el Quebracho, y en la cual doscientos colorados, con el beneplácito de dos ó tres blancos especiales se consideraban con derecho á imponer á la revolución un General en jefe colorado, encargándose así de antemano de su fracaso, la intriga y la falta de seriedad

Las revoluciones blancas han sido espontáneos levantamientos populares, las revoluciones coloradas, si es que así pueden llamarse, han sido siempre el fruto de las intrigas de camari-

llas de unos pocos ambiciosos, políticos y soldados. Esta es la verdad histórica; y de lo contrario, que se nos cite UNA SOLA REVOLUCIÓN COLORADA que la historia pueda justificar.

CAPÍTULO XXXVII

Preliminares de Quinteros

Cinco revoluciones, en un corto espacio de tiempo son un escándalo. Pero cuando esas revoluciones vienen á echar por tierra la pacificación y el ideal de fraternidad de todo un pueblo, entonces esas revoluciones son un verdadero crimen de lesa patria. Y cuando esas revoluciones no son tales revoluciones, porque no las vivifica el aliento popular, ni las acompaña la opinión pública, ni la justifica su negra bandera; cuando esas revoluciones son rebeliones, de anarquistas, de ambiciosos, y motines militares de batallones de negros y soldados de línea, veteranos inconscientes, convertidos en instrumentos de destrucción y de sangre en manos de gefes que faltan al honor y á los deberes militares para herir de muerte las instituciones nacionales, mantener en perpetua zozobra al país conspirar contra sus bases y sus elementes de vida, y labrar su ruina, su deshonra y su pérdida; entonces esas revoluciones son más que un crimen de lesa patria, son un crimen monstruoso sin calificativo que condense toda la inmensidad de sus maldades y que merece la más imparcial, justiciera y tremenda condenación de la historia.

El partido conservador respondió á la pacificación de la *guerra grande* y al pacto del 8 de Octubre de 1851 con cinco revoluciones insensatas y criminales. Rompió el pacto de la fraternidad y se lanzó en una senda de furia, de odio abierto al partido blanco, de odio también al partido colorado; pero al fin como rama de éste aprovechándolo ó despreciándolo é insultándolo según sus conveniencias del momento. Aquellos hombr

tenían talla; dicen los nuevos pseudo-reformadores; aludiendo á Garzón, á don Manuel Herrera y Obes y á don Andrés Lamas. ¿Si?—¿donde la demostraron? Es decir, talla cívica, porque talla intelectual á los dos últimos nadie les niega. ¿Aceptando el tratado del Brasil y de Urquiza, ó violando después lo pactado en la pacificación, con el atentado del 18 de Julio?—¿Ó, talvez, derrocan- do á Giró para instituir una dictadura de hecho y llamar á los brasileros?—¿Dónde es que está la talla?

La pacificación del país, la unión de los orientales, y la confraternidad de los partidos blanco y colorado habían tenido sus antecedentes en los trabajos de paz de los riveristas aceptados por los blancos; en los deseos de fraternidad manifestados en sus últimos años por Rivera, y aceptados con patriotismo y abnegación por Oribe. Pues bien, esos trabajos fueron cruzados por el círculo conservador, que esperándolo todo del Brasil, fué siempre desde su origen la manzana de la discordia entre los partidos orientales.

Por eso la política del círculo conservador ha sido siempre en nuestro país una política insensata como política nacional. Escasos en número, quieren matar los dos partidos tradicionales que no pueden contrarrestar; ambiciosos intransigentes y exclusivistas, quieren gobernar solos y á su antojo, y siendo esto imposible, á pesar de todo, su política de siempre tiende á eso; y no contando con elementos nacionales creen poderlos reemplazar con el elemento extranjero. Por lo demás á ellos no los asombran, ni los retraen, ni los horrorizan, ni los arredran las consecuencias fatales de su política: Juan Carlos Gómez predicaba abiertamente la anexión á la República Argentina y don Nicolás Herrera, Don Lucas Obes, y el barón de Villa Bella arrastrando á ello á Rivera entregaron el país al Brasil, y sellaron la anexión al mismo contra la voluntad nacional que acababa de caer vencida heroicamente con Artigas. Hasta hace poco el conservador don Pedro Bustamante sintetizaba esa política diciéndonos ó «argentinos ó brasileros».

Mientras el partido colorado con los conservadores á la cabe-

za respondían al pacto de Octubre con revoluciones, crímenes desórdenes, y ambiciones anárquicas y desenfrenadas; el partido blanco cumplía el pacto con palabra honrada, manteniendo en alto la bandera de la fraternidad, y se conservaba dentro del orden, prescindiendo ó apoyando los gobiernos constituídos según tendiesen ó no á respetar las instituciones.

El 18 de Julio conmemoración de la Jura de la constitución era día de júbilo nacional y de expansiones patrióticas y el pueblo se mostraba satisfecho bajo un gobierno ilustrado, imparcial y progresista como el de Don Juan Francisco Giró que no necesitaba como los gobiernos de hoy apoyarse en las bayonetas. La fuerza de ese gobierno popular como la de todos los del partido blanco era la guardia nacional, la fuerza de los ciudadanos armados para salvaguardia de las instituciones; era el pueblo en el que esos gobiernos no temían apoyarse, buscando por el contrario y encontrando en él su sostén y su fuerza.

La población tranquila y rebosando alegría se había congregado en la Catedral en acción de gracias á la Divinidad para dirigirle sus preces al Todo-Poderoso, y los guardias nacionales sin más munición que un ramo de flores en la boca de sus fusiles esperaban la presencia del Gobierno constitucional en su tránsito al Templo, para saludarlo militarmente presentando las armas. Las familias cruzaban la plaza en dirección á la iglesia y el contento era general. De repente se oyó la voz criminal de ¡fuego! á los batallones de negros veteranos abundantemente municionados con cartuchos á bala, y sus descargas cerradas dispersan al pueblo, luego á los guardias nacionales que se ven traidoramente fusilados á mansalva, Así que se produce la dispersión los soldados de línea instigados por sus jefes calan la bayoneta, y como foragidos ébrios de sangre se arrojan por las calles próximas tras los grupos dispersos de guardias nacionales hiriendo y matando cuanto no consigue quitarse de su alcance sanguinario. El día de gloria, el día de regocijo patriótico, el día sagrado de la patria, quedó convertido

en día de luto. En la misma escalinata de la iglesia cayeron asesinados á sablazos los desgraciados Dubroca, Barboza, Pozo, Núñez, etc. A la alegría sucedió la desolación, y el llanto en el seno de las familias. La patria tenía también que contar como día de dolor el de la nueva era de anarquía que con ese acto vandálico se iniciaba.

Esa revolución que derrocó á Giró nombró el triunvirato que dejó á Flores dueño del Gobierno. El general Lavalleja murió de repente de enfermedad misteriosa, y Rivera falleció de sus males apenas llegó á Cerro-Largo. Flores entonces acentuó el partidismo conservador-colorado de su gobierno nombrando ministro á don Juan Carlos Gómez, don Lorenzo Batlle y don Santiago Sayago; quedando asi roto el pacto de Octubre, desgarrada la bandera de la fraternidad, excluído el partido blanco; y colorados y conservadores dueños absolutos del poder—por obra de ese motín militar que había dirijido Juan Carlos Gómez y encabezado Melchor Pacheco y Obes y César Díaz.

Aquella vorágine de ambiciones y de delirios colorados, aquella era de desórdenes y de atropellos nuevamente abierta por los conservadores, llevó al poder á César Díaz y entonces el gobierno nacido del crimen del motín militar, se señaló por todo género de violencias, los destierros se pusieron á la orden del día, cayendo envueltos en ellos diputados y personas de la oposición cuya presencia no agradaba al gobierno; la opresión fué el sistema político adoptado, y el espionage el medio auxiliar de ese sistema; y para colmo de arbitrariedad y de abuso el gobierno expidió un decreto que lleva la firma del general Cérar Díaz ordenando el asesinato del respetable ciudadano don Bernardo Prudencio Berro, quedando por ese decreto *facultadas todas las autoridades de la República, tanto superiores como subalternas, para prenderle en cualquier parte que se encontrase y* Y PASARLE POR LAS ARMAS, *sin otro requisito*, QUE LA JUSTIFICACIÓN DE LA IDENTIDAD DE SU PERSONA.

No había pues formación de causa, ni jueces naturales, ni miramientos ni consideraciones de ningún género. Esa era la

libertad que hacían práctica el partido conservador y el gobierno de César Díaz. Otros escándalos inauditos tuvieron también lugar, y en varios puntos de la campaña se derramó sangre de los defensores del gobierno legal que había derrocado la revolución. Esa era la garantía que se daba á las libertades públicas.

Pero tras de la situación irregular, tras de la violencia y la angustia en que se colocaba al país, tras de la tiranía y la sangre debía venir la afrenta á la República; y entonces el partido que tantas veces había llamado y traído la intervención extranjera, llamó á los brasileros cuyo concurso había rechazado el Sr. Giró, pues acababa de ofrecérselo el Brasil para sostenerlo en el Gobierno. Empeñado estaba el partidismo colorado y más aún el conservador en proscribir al partido blanco sin razón alguna, pues su gobierno había dado participación plena á los colorados y respetado el pacto de Octubre con sinceridad y honradez; pero en el deseo de contrarrestar el poder del partido blanco á quien temía, y al que sin embargo bastaba el cumplimiento de la Constitución aunque fuera en parte para tranquilizarlo; creyó más positivo equilibrar las fuerzas de ese partido oriental apelando al Brasil, y entonces 5.000 soldados del ejército imperial penetraron en el territorio de la República y se acuartelaron en Montevideo.

Mientras el partido blanco, después de haber abrazado con sinceridad, y de haber hecho carne con fé, el pacto de la fraternidad, se mantenía dispuesto á sostener á cualquier gobierno de instituciones sin reparar en su color partidista; la pasión, el odio de partido, y el enceguecimiento de la ambición de poder y de mando de conservadores y colorados, nos iba dando esos frutos de maldición, esa anarquía, esa intervención extranjera y ese cúmulo de crímenes y de vergüenzas. Lo que entonces se estableció fué el juguete del país, y el arrojo de su suerte al negro abismo de la anarquía y de la ambición de partidarios obcecados y enceguecidos, sin freno, sin ley y sin ningún género de consideraciones.

Así fué que después de la revolución del 18 de Julio de 1853 la cancillería del Gobierno colorado oriental pasaba al Gobierno del Brasil el 8 de Febrero de 1854 una nota en que se decía lo siguiente:

« El infrascripto Ministro y Secretario de Estado, etc., recibió « orden de S. E. el señor Gobernador Provisorio para manifes- « tar al Exmo. señor Comendador D. José María do Amaral, « Enviado Extraordinario, etc., que *reconociendo como de la « mayor importancia*, en las actuales circunstancias, la entra- « da en el territorio de la República de una fuerza del ejército « Imperial CONFORME Á LAS VISTAS *elevadas* y *generosas* de « S. M., porque está cierto de que esto importaría la más « eficaz garantía para los intereses generales de la República « que *tan alta* y *dignamente apoya*, es de su deseo y *confor- « midad* que una división de cuatro mil hombres del ejército « Imperial venga al territorio de la República, y entre en él el « día 30 de Marzo próximo futuro. »

El Gobierno del Brasil siempre en asechanza de ocasiones para inmiscuirse en los asuntos de nuestro país no se hizo esperar, y el Gabinete imperial para justificar su conducta atentatoria interviniendo en un país independiente en apoyo de un bando tiránico y revolucionario que se consideraba débil no ya para triunfar, sinó aún con el poder en la mano, dió publicidad á la circular que pasó al Cuerpo Diplomático en la cual hacía este triste retrato de la situación á que habían conducido á la República en breve tiempo los gobiernos surgidos del motín del 18 de Julio; decía así:

«La población ya tan diminuta sufrió una pérdida que exce- « de de 15.000 personas útiles. Los emigrados que venían para « la República tomaron otro destino. Los capitales que empe- « zaban á aparecer, se recogieron de nuevo. El comercio se pa- « ralizó. *Las rentas ya escasas*, SE CONSUMIERON POR ANTICIPA- « CIONES ONEROSAS. *La deuda pública se aumentó*. Los acree- « dores del Estado en cuyo número se encuentran extranjeros « de diversas naciones vieron aplazada la esperanza de ser pa-

« gados. Y lo que es peor que todo, las pasiones y los odios « civiles se enfurecieron más, *por la proscripción de los hom-* « *bres, por el secuestro de los bienes*, y por violencias de toda « especie.»

El Brasil ocultaba que todos esos males se debían precisamente al partido conservador y al colorado que el venía á sostener, y que venían disponiendo absolutamente del poder desde el 18 de Julio; pero decía la verdad completa é imparcial en ese doloroso retrato de la situación á que el derrocamiento de Giró había traído á la República. Ninguno de esos destierros, ninguna de esas violencias, ninguno de esos robos al tesoro público podía atribuirse á los blancos; el coloradismo conservador dominaba en absoluto, y era á los blancos proscriptos entonces á los que estaba reservado y confiado en el futuro infundir nuevas esperanzas de regeneración, á la patria.

Pero las calamidades posteriores al 18 de Julio que he mencionado hasta aquí, no eran suficientes para aleccionar ni contener la ambición frenética de los conservadores, ni el espíritu anárquico y barullero de los hijos del turbulento Rivera; y mientras el país vivía en perpetua agitación presa del malestar y de la desconfianza que lo encaminaba á su ruina, ellos conspiraban y trataban de derribar el Gobierno de Flores que ellos mismos habían creado y amamantado después de la revolución del 18 de Julio.

¿ Emplearon acaso la propaganda de que tanto hablan, exigieron el cumplimiento de la Constitución y de las leyes, propusieron modificaciones ó transacciones honestas, moderadas y decorosas? Nada de eso; eso les importaba poco; querían derrocar el Gobierno, hijo de sus obras, y de sus malas obras; querían mandar en absoluto; y sin considerar lo mucho que ya había sufrido el país, no contaron más que un fin y un medio: El fin, el derrocamiento del Gobierno para sustituirlo; el medio *nuevamente* la revolución.

Vino entonces la revolución de Agosto de 1855 con el objeto de repetir el hecho mitológico de Saturno comiéndose sus

autores á su hija: la administración de don Venancio Flores. Don José María Muñoz se había puesto al frente de ese desorden que se prolongó varios días, hizo tomar las armas á muchos ciudadanos, y fué vencido; pero á consecuencia de esos sucesos Flores renunció entrando á ejercer la presidencia, el presidente del Senado don Manuel Basilio Bustamante. Era de esperarse que después de tanta revuelta acatasen por fin una autoridad legal que ellos habían cotribuido á que se crease derrocando el Gobierno existente; era de esperarse que diesen alguna tregua á la tranquilidad pública; pero no fué así; su ambición desmedida, su zaña contra fantasmas imaginarios, su partidismo ciego, y su sed insaciable de mando, de rebelión y de trastorno los llevó de nuevo al propósito revolucionario no desdeñando para ello los más negros y siniestros medios; entre ellos el asesinato de don Manuel Oribe, no por lo que había hecho, pues se mantenía abnegadamente apartado, sinó por lo que podía hacer con su extraordinario prestigio, su autoridad y su competencia el ilustre patriota.

Fracasó el asesinato de don Manuel Oribe, que la noche designada para efectuar ese nuevo crimen abandonó el carruage en que iba á subir, y montando á caballo se dirigió á su quinta seguido de un grupo de oficiales, no atreviéndose á atacarlo los asesinos preparados al efecto. Fracasó también el plan de asesinato contra el presidente don Manuel Basilio Bustamante; y entonces los mismos exaltados, los mismos conservadores y colorados de las revueltas y de los gabiernos tiránicos anteriores, se lanzaron nuevamente á la rebelión por cuarta vez después de la pacificación, y entonces tuvo lugar la revolución llamaba de Noviembre de 1855.

Los coroneles, que habían sido anti-Riveristas, Batlle, Muñoz y Solsona impulsaban el movimiento. Solicitado el general Medina, soldado de orden, serio y patriota, se negó rotundamente á tomar parte en aquella nueva impertinencia. Y el 25 don José María Muñoz y don Fernando Torres á la cabeza de algunos hombres armados ocuparon la casa de Go-

bierno. Esa cuarta revolución tuvo un tinte enteramente conservador, y comprendiendo que ese partido no tenía, como no ha tenido nunca, ni antes ni después, elementos nacionales suficientes, apeló á los extranjeros. Estos no le respondieron; pero los revolucionarios contaban con armar algunos con los bandidos siempre dispuestos á vender su brazo, los restos de los legionarios de la defensa, y demás elementos de ese género siempre dispuestos al desorden, que se albergaban en las célebres guaridas del Mercado-Viejo, antro de los diez mil vicios, y teatro de todo género de crímenes. El mismo reclutamiento se procuraba en las inmundas tabernas inmediatas á los muelles y demás barrios bajos de la ciudad, mientras un oficial Susini, que luego mandó en Buenos Aires una legión extranjera, recorría los bajos fondos de Montevideo con el mismo propósito.

Los Ministros y cónsules extranjeros condenaron la revolución y retrajeron á sus compatriotas honrados, de tomar las armas. El Ministro de Francia Mr. Maillefer, el de Inglaterra Mr. Thornton y el Cónsul de Cerdeña dirijieron á sus conciudadanos una manifestación con objeto de que se abstuviesen de tomar participación en semejante lucha insensata. En ella pintando la situación y condenando la tentativa de los alborotadores decían los Ministros:

« Os decidireis, amigos, á descender de esa altura tan reco-
« mendable para entregaros á los horrores de la guerra civil?
« por cuestiones locales que son y deben seros extrañas, dispa-
« rareis tiros los unos contra los otros? Vosotros tendreis tam-
« bién vuestras viudas y vuestros huérfanos?... Siniestras pro-
» vocaciones, gritos de odio, y de mueras os llaman á las ar-
« mas, á las armas; y contra quién? contra ciudadanos de la
« República Oriental, contra vuestros hermanos de Francia, de
« Inglaterra, y de Italia, tal vez? No, no las tomareis esas armas
« fratricidas; quedareis en vuestros hogares para protejerlos, si
« es necesario, predicareis por el ejemplo el respeto á las leyes,
« la concordia y la humanidad! Dejad pasar esa tempestad, ello

« durará tanto menos cuanto que los combatientes indígenas,
« reducidos á sus propios recursos, podrán menos contar con
« el concurso de los extranjeros. Depués de haber hecho va-
« nos esfuerzos para conseguir la conservación de la paz públi-
« ca, *hemos al menos conseguido el poner la Aduana*, este tesoro
« común de los particulares y del Estado, *bajo la custodia de*
« *una fuerza que han suministrado todas las fuerzas navales*
« *extranjeras en este puerto.* Este es otro ejemplo de buena
« armonía dado á los desgraciados Orientales.»

Como se vé, ese documento que reprobaba el delirio insano de los motineros, daba á la vez cuenta de una nueva ignominia, con la cual los gobiernos y los revolucionarios emanados de la revolución de Julio rebajaban el país á la categoría de una tribu de bárbaros ó de zulús, necesitada del contingente armado de los extranjeros para garantir la propiedad y el orden público. No bastaba la presencia de la *división auxiliar* brasilera; era menester á más la nueva afrenta del desembarco de las fuerzas navales extranjeras.

Los revolucionarios á pesar de todo estaban irremisiblemente perdidos. Comprendiéndolo así manifestaron á los comisionados del Gobierno D. Tomás Villalba y D. Florentino Castellanos que depondrían las armas si se modificaba el Ministerio y entraba á formarlo el Sr. Castellanos. El Presidente Bustamante en el deseo de asegurar la tranquilidad pública, y de desarmar cuanto antes una revolución descabellada que no conducía más que al sacrificio de muchas vidas y al inútil derramamiento de sangre, tuvo la debilidad, patriótica sin embargo, de aceptar las condiciones de los revolucionarios y modificó el Ministerio nombrando á D. Florentino Castellanos Ministro General encargándolo de la formación del Gabinete.

Creeríase, por consiguiente, que los revolucionarios haciendo honor á su propia palabra, cejarían en su propósito insano— Pues, no señor.—La concesión pusilánime, aunque generosa, del Gobierno, sólo sirvió para estimular sus ambiciones, infundirles esperanzas de nuevas complicaciones, y hacerles confiar

en la debilidad de la autoridad que había tenido con ellos una inmerecida deferencia. En vez de proceder al desarme, presentaron nuevas exigencias que el Gobierno no pudo decorosamente aceptar, y entonces los revolucionarios redoblaron sus fuegos y dispararon hasta tiros de cañón sobre las casas que servían de cantones á las fuerzas del Gobierno; cañonazos que alarmaron á las familias, pusieron en peligro la ciudad é hicieron que los Agentes extranjeros les intimasen á los revolucionarios que debían cesar en el empleo de un medio tan bárbaro é injustificable dentro de una ciudad poblada.

El plan de los conservadores era ganar tiempo á todo trance por medio de proposiciones de avenimientos que no pensaban cumplir, y por medio de la continuación de la resistencia; mientras sus comisionados reclutaban extranjeros en la ciudad, principalmente entre los antiguos legionarios de la defensa, con cuyo objeto lanzaron una próclama, y dando así tiempo á que varios de los jefes que después perecieron en Quinteros, reunieran en la campaña alguna gente con que venir á engrosar sus filas; lo que solo hubiera hecho mayor la pérdida de vidas y hubiera prolongado algo más la lucha, sin dar lugar sin embargo á un triunfo imposible por parte de los revolucionarios, que en el caso hipotético de que se hubiese verificado, hubiera sido terrible por lo inícuo y sombrío de sus planes.

En vista de todo esto el gobierno se resolvió á abandonar su estéril sistema de contemporizaciones y de contemplaciones inútiles con los revolucionarios, y el 28 de Noviembre mandó estrechar el cerco de los amotinados redoblando los esfuerzos para vencerlos. Los motineros mandaron un parlamentario con nuevas exígencias de cambio de ministerio, convirtiendo en juguete la ansiedad del país; y faltando á la seriedad que la gravedad y la trascendencia de esos desórdenes políticos imponían. El Gobierno se negó á oir nuevos propósitos de infidencia, y manifestó á los revolucionarios que si deponían las armas se echaría un velo sobre lo pasado, y que los rendidos entrarían al goce de todas las garantías que consagra la Cons-

titución; siendo esta declaración valedera solo hasta las doce de la noche. En la mañana siguiente sin que nadie los incomodase, los motineros se embarcaron tranquilamente por los muelles de la ciudad; y el Gobierno tuvo nuevamente la generosidad de enviarles á bordo la promesa de que podían desembarcar y permanecer en el país al amparo de las leyes sin ser molestados por nadie. Las mismas fuerzas del Gobierno se encargaron de escoltar muchos grupos de revolucionarios hasta los embarcaderos. Así quedó terminado ese cuarto escándalo revolucionario después del derrocamiento de Giró, sucesos que habían derramado sangre oriental, traído su contingente de desmoralización, de paralización, y de retroceso, y que habían traído la intervención militar brasilera, y el desembarco de fuerzas navales extranjeras para garantir la propiedad y el orden público.

Los nuevos pseudo-reformadores en su afán de igualar á los dos partidos tradicionales y de negar las circunstancias que los distinguen, sin escrúpulo alguno para falsear la historia, quieren asombrosamente atribuir al partido blanco participación en la intervención brasilera, obra exclusiva de sus aliados los conservadores y colorados, que tuvo su momento de aparición con motivo de los bochinches, motines y revueltas por esos mismos partidos verificados.

Ya hemos hablado de la alianza de los colorados con el Brasil durante la guerra grande, y de la participación decisiva de los brasileros en la pacificación como aliados de Urquiza y los colorados. Desde la Presidencia de Giró el partido blanco venía combatiendo las pretensiones absorbentes del Brasil que los colorados apoyaban. El Imperio ofreció á Giró su concurso armado para sostenerlo en la Presidencia y el Sr. Giró lo rechazó. Verificados luego los escándalos de que hemos dado cuenta, los gobiernos colorados llamaron al Brasil como ya hemos dicho, y cinco mil hombres por voluntad de ellos se acuartelaron en Montevideo. Aquí la calumnia, el ansia insensata de atribuir al partido blanco participación en

lo que no tuvo; cuando por el contrario era el partido que siempre había combatido semejante igmominia. La base en que se fundan los pseudo-reformadores es á la vez un fundamento irrisorio y ridículo. El pedestal de esa grotesca impostura que quiere atribuir participación á un partido proscripto del Gobierno, entonces como hoy, está en unas palabras de D. Andrés Lamas emitidas con la *buena fé* que lo caracterizaba, y repetidas con pasmosa *candidez* por los nuevos propagandistas: Hélas aquí: « La existencia pacífica de esos cuatro « mil soldados (eran cinco) en Montevideo, prueba que están « allí en efecto, con la adquiescencia de la Nación. Todos los « que conocen la historia y el temple de los orientales saben, « que esos cuatro mil hombres no estarían tranquilos en Mon- « tevideo si no estuvieran allí por la voluntad de la inmensa « mayoría de la Nación ». ¡Sincero sofista! –¡Qué verdad y qué patriotismo en D. Andrés Lamas! - –¡Y qué profundidad y qué imparcialidad en los modernos pseudo-reformadores!

¡No! Esos soldados extranjeros no estaban allí por la voluntad de la Nación; estaban por la voluntad de los partidos conservador y colorado que por medio de sus gobiernos los habían llamado. Estaban contra la voluntad y la política del partido blanco, el que *á pesar del temple de los orientales* debía y tenía que dejarlos tranquilos, porque en primer lugar: el partido blanco no era reponsable de semejante presencia espúrea; y porque los directores de ese partido no eran entonces insensatos imprudentes ni partidarios enceguecidos, á quienes importara poco poner en peligro la nacionalidad.

El partido blanco era el único que hubiera podido turbar la tranquilidad de los soldados alemanes del ejército del Imperio del Brasil, pero eso era la guerra con el Imperio para lo cual la República Oriental no estaba preparada, y mucho menos el partido blanco que no estando en el Gobierno no disponía ni siquiera de los recursos del poder para concentrarlos en el Estado. El partido blanco lanzándose á la revolución popular con un caudillo como don Manuel Oribe como entonces tenía, po-

sefa elementos suficientes para vencer á los círculos que se adueñaban del poder con los batallones de línea y los motines, y para reducir también al contingente de soldados brasileros, pero, á más de haberse propuesto respetar la paz, era una aventura peligrosa lo que vendría después, que no era otra cosa que una guerra nacional con el imperio, que dado el estado á que habían reducido al país las situaciones que se habían sucedido al derrocamiento de Giró, era en extremo arriesgada y peligrosa, máxime dada la situación dominante en Buenos Aires y en la Confederación Argentina. Esa, y no la pérfida de Lamas, era la razón porque torturando el patriotismo del partido blanco, estaban ahí tranquilos esos cinco mil soldados brasileros, llamados para su sostén por conservadores y colorados.

CAPÍTULO XXXVIII

Renovación del pacto fraternal

Después de tantos escándalos cruentos empezados el 18 de Julio de 1853 y de que rápidamente hemos hecho mención, después de esos sucesos dolorosos que ningún país constituído se ha visto obligado á soportar en tan corto tiempo; después de ese desenfreno bárbaro y feroz de la idea extraviada y del hecho brutal, contra el adversario, contra la ley, contra la constitución y contra la estabilidad de la patria; después de todos esos acontecimientos pasmosos originales y sangrientos, que solo puede revelarnos con claridad la historia á los que más tarde hemos presenciado y sufrido de los continuadores de los autores de aquellos sucesos, hechos semejantes por lo violatorio, por lo inesperado y por lo vandálico; después de todo eso se hacía sentir en el país la necesidad imprescindible de cerrar eficazmente la era de las revoluciones y de extinguir los odios de partido que con tanta intransigencia se manifestaban en el gobierno y en el llano por parte de conservadores y colorados.

El pacto de la fraternidad había sido roto por ellos, pero un nuevo y fuerte deseo de reconciliación de todos los orientales y de hacer de blancos y colorados una sola asociación política se hacía sentir de uno á otro extremo de la República; y se deseaba darle forma á esa idea en la elevación de un Gobierno reparador compuesto de ambos partidos y que tuviese por norma y por propósito la sincera unión de los orientales, estirpando así los ódios de partido, y quitando á los conservadores, que eran los que más uso habían hecho, el pretexto de las revoluciones y de las intervenciones extranjeras.

Muchos se apoderaron de la idea dominante, pero naturalmente la propaganda de esos muchos cayó en la indiferencia, en la desconfianza y en el vacío—Si Melchor Pacheco y Obes, ó César Díaz se hubieran presentado con un programa de violencias y de sangre todo el mundo les hubiera creído, porque sus antecedentes abonaban esas ideas; y así sucedió efectivamente cuando ese hecho se produjo. Pero cuando D. José María Muñoz se lanzó á la revolución proclamando la fusión, nadie hizo caso; si se hubiera presentado proclamando la discordia que representaba de hecho, entonces seguramente habría sido creído.

La única tentativa seria de conciliación fué la que adquirió forma ostensible en el pacto de los generales Oribe y Flores, en el cual Oribe dió una nueva prueba de su abnegación y de su patriotismo, y Flores demostró bastante buen sentido patriótico, reaccionando contra el partidismo que lo había dominado durante su gobierno. Oribe fué abnegado porque su influencia, su importancia, y el extenso número de sus amigos políticos le aseguraban el triunfo en la elección presidencial; pero fué patriota porque supo comprender la conveniencia del sacrificio de las ambiciones propias ante la obra grandiosa de la unión de los orientales que por ese medio se proponía consolidar. Flores tuvo también el sano juicio de saber interpretar el sentimiento nacional en aquel momento, y ponerse á su servicio. De acuerdo con don Manuel Oribe los dos renunciaron

á la candidatura de la presidencia de la República, como base para facilitar la aceptación del pacto, cuyo programa patriótico fué firmado por casi todos los hombres de significación de ambos partidos, exceptuándose naturalmente los conservadores.

Estos habían cruzado antes, los trabajos de paz de Rivera y Oribe, y eternos enemigos de la unión de los orientales habían derrocado á Giró, y ahora nuevamente trataban inutilmente de poner obstáculos al pacto de unión iniciado por Oribe y Flores, que era el único medio eficaz porque tenía el asentimiento de las masas de los dos partidos tradicionales; era lo único práctico y hacedero, porque los demás trabajos se reducían á papeles y programas sin autoridad ni transcendencia, pues las fusiones proclamadas por don José María Muñoz, don Andrés Lamas y Melchor Pacheco Obes, tenían tanta autoridad como los programas de moralidad administrativa, de estrictas economías, y de imparcialidad política de don Julio Herrera y Obes.

Los partidos buscaron entonces un candidato de transacción que levantar para la próxima elección de Presidente, aspiraban á la elevación á ese puesto de un ciudadano imparcial recto y de significación política y lo encontraron en don Gabriel Antonio Pereira, colorado pero sin exaltación partidista, patriota probado y antiguo servidor del país; hombre independiente, de posición y de fortuna, de honradez reconocida y de carácter enérgico y firme, era el hombre de las circunstancias, el ciudadano á propósito para empuñar con mano firme el timón de la nave del Estado y llevarla á seguro puerto salvándola de los peligros en que aún se hallaba, combatida todavía por un círculo implacable.

Los conservadores levantaron la candidatura presidencial del General César Díaz, partidario exaltadísimo intransigente y exclusivista de todo lo que no fuera su partido conservador. Era el mismo fanático que después de ayudar á Pacheco á hacer la revolución del 18 de Julio, no contento con haber roto la armonía de los elementos nacionales y de haber des-

garrado el pacto de la alianza de los orientales, no quería dejar ni recuerdo de él, ni posibilidad de su renovación en el futuro, y daba forma á ese anhelo frenético de su alma airada en un decreto que lanzó cuando quedó hecho cargo del Gobierno. Las onzas del tesoro porteño facilitadas por el Gobierno de Buenos Aires alimentaron los trabajos electorales de la candidatura presidencial de César Díaz, que fué vencida por la opinión y por la inmensa mayoría del país, que el 1º de Marzo de 1856 llevó á Don Gabriel Antonio Pereyra á la Presidencia de la República.

Ese fué el resultado del pacto de Oribe y Flores, de la alianza de los partidos blanco y colorado, de la forma ostensible dada á los propósitos prácticos de unión de los orientales, y de la inauguración de una nueva era con la institución de un Gobierno serio imparcial y reparador que debía asegurar una política nacional á todos los ciudadanos y á todos los habitantes de la República. Nuevos y risueños horizontes se abrían para la patria atribulada, y era de esperarse que todos sus hijos, aún los más desencaminados, reaccionarían contra los errores los desórdenes y las vergüenzas aflictivas del pasado.

CAPÍTULO XXXIX

El Presidente D. Gabriel Antonio Pereyra

D. Gabriel Antonio Pereira, el candidato popular, subió pues á la Presidencia con el beneplácito de la opinión pública, robustecida por el contingente que á esa candidatura ofrecieron los generales Oribe y Flores. Los dos partidos tradicionales habían elaborado ese Gobierno, y los dos habían contraído el compromíso de sostener la autoridad constituída, mientras no se apartase sensiblemente de la Constitución y de su propio programa de Gobierno.

La elección no había podido ser ni más acertada, ni más

aceptable, ni más aceptada. El mismo Dr. Juan Carlos Gómez que con tanta iracundia lo combatió, estampó en una ocasión en su diario lo siguiente á su respecto:

« Sí, nos queda esa fé, porque el Presidente de la República
« fué el joven que, indignado en 1823 de la usurpación brasi-
« lera, pasó á Buenos Aires, á levantar elementos para com-
« batirla.

« Sí, nos queda esa fé, porque el Presidente de la República,
« hoy con la cabeza cubierta de canas; es aquel mismo joven
« que se hizo militar para desenvainar una espada contra la
« dominación brasilera.

« Sí, nos queda esa fé, porque el Presidente de la República
« es el miembro del Gobierno Provisorio de 1825, que firmó el
« *Acta de Independencia*, declarando írritos nulos y de ningún
« valor todos los actos de incorporación al Brasil. »

Efectivamente, en ese esfuerzo de 1823, fué que estrecharon relación Pereira y Oribe; juntos pasaron á Buenos Aires, después de la defensa de Montevideo que acababa de hacer Oribe, y Pereira secundó patrióticamente los trabajos en que estaba empeñado D. Manuel Oribe al frente de la sociedad *Caballeros Orientales;* á fines del 55 hacía 17 años que no se habían visto ambos patriotas.

Ciudadano austero y político serio, de género muy distinto al de esos mercachifles políticos de hoy en día, siempre dispuestos á alquilarse ó á venderse para las mascaradas de los mandones, y que se consideran por otra parte de talla gigantesca con méritos relevantes y con derecho á tomar su parte de botín en todas las victorias, sucias ó limpias, ya las alcance el sacrificio del pueblo ó las selle el crimen de los usurpadores; Pereira, decimos, ciudadano austero y serio, había rechazado terminantemente el nombramiento de senador con que intentó atraérselo y corromperlo la administración revolucionaria de Flores.

Republicano sincero, ilustrado, desapasionado y experimentado; y aunque colorado, convencido de la infamia de la impo-

sición de un bando sobre otro, porque hace imposible toda política nacional; basó su política en un nuevo orden de cosas, echó á un lado las miserias de partido, supo elevarse sobre la vulgaridad de los gobernantes, y proclamó abiertamente como fundamento de su marcha la ámplia unión de los orientales.

¿Podía realizarse esa unión con sinceridad excluyendo al partido blanco? ¿No podía y debía el Gobierno abandonar la idea condenable y tiránica del exclusivismo colorado, de considerar á los blancos párias en su propia pátria? Para hacer efectiva esa unión, no debía darles participación en el Gobierno?

Ese fué para los conservadores el crimen de Pereira, porque la unión de blancos y colorados bajo un gobierno imparcial, les impedía el triunfo nefando de sus absorbentes, exclusivistas y negras ambiciones.

Don Gabriel Pereira, uno de los políticos más eminentes que ha producido el país, ha sido *el único presidente colorado* que ha cumplido su programa de gobierno.

Ese notable programa debería reproducirse siempre por su altura y deseos patrióticos, y por la excepción de ser el único programa presidencial colorado que ha sido cumplido en sus promesas patrióticas.

Transcribiré solamente algunos párrafos con el objeto de recordar sus nobles propósitos, y el patriótico ejemplo del cumplimiento de las cívicas promesas con el cual se propuso el Presidente Pereira coronar dignamente la terminación de su vida pública.

....

« Público y notorio es que ahora ni nunca aspiré á ocupar « posiciones elevadas en mi país y también es notorio que las « he desempeñado siempre sin solicitarlas, y con toda la digni- « dad, con toda la independencia y con toda la honradez y « civismo que ellas requerían ».

« En el presente caso,—lo saben hasta aquellos que presu- « men ignorarlo—no he dado un paso ni el más mínimo para « optar á la Presidencia de la República ».

« Mi candidatura ha sido iniciada por algunas personas que « antes tenía el derecho de considerar más bien como adver« sarios políticos que como amigos ».

« Al punto *á que han llegado los hechos* y planteada la cues« tión como está—he debido inclinar mi frente *al voto unánime* « de los que ven en mi candidatura *una prenda de paz, de* « *unión, de estabilidad* y de mejor porvenir para la Repú« blica ... está por medio la salud de la Patria y no seré yo « quien le vuelva jamás las espaldas en la hora suprema del « infortunio ».

« Téngase entendido, no obstante, que *ni aún hipotética*« *mente he aceptado compromisos que hicieran nula la autori*« *dad* una vez instalada en el poder.... No; es preciso que el « brazo del Gobierno libre y desembarazado en su acción, « llegue hasta donde pueda alcanzar, pues nada ni nadie puede « servir *de pretexto ni de obstáculo para realizar el bien* y EVI« TAR EL MAL ».

« El solemne juramento hecho ante la H. A. General *de* « *observar* y HACER OBSERVAR el Código fundamental del Es« tado, me colocará en el camino del que no podría ni que« rría salir ni aún desviarme ni como jefe del Gobierno ni « como ciudadano.

« En el franco y leal cumplimiento de la Constitución, bus« caré la fuerza y la sanción de todos mis actos gubernativos. « Colocado en esa posición, *si el hombre privado conservaba al*« *gunas simpatías por tal ó cual partido;* el Jefe del Estado, « padre de la gran familia oriental, *no tendría más colores que* « *los puros colores de la bandera de la Patria.*

« Bajo su sombra *cabemos todos:* esos colores simbolizan « glorias y recuerdos sin mancha, y son quizás el único vínculo « *que podrá todavía unirnos.*

« Ellos me impondrían el deber de iniciar mi Gobierno, pro« clamando la unión, la concordia, el olvido de nuestras malas « pasiones, haciendo prácticos *los eternos principios de morali*« *dad y justicia,* sin los cuales *no hay sociedad regularmente*

« *constituída* y sin los cuales la democracia y el sistema Re-
« presentativo que nos rige NO EXISTE SINÓ EN EL NOMBRE.

« *Mande quien mande, la mitad del pueblo Oriental* NO
« PUEDE NI DEBE *tener ni conservar* EN ETERNA TUTELA *á la*
« *otra mitad.*

« En el arreglo de nuestra *desquiciada hacienda*, trataría de
« hacer lo que un buen padre de familia que se limita única-
« mente á sus propios recursos, aunque ellos apenas alcancen
« á satisfacer sus más perentorias necesidades, hasta que á
« fuerza de laboriosidad y de desvelos acierta á proporcionarse
« estos recursos. Nuestra *inmensa deuda* exije también un estu-
« dio especial y detenido:—cuidaría de someter oportunamente
« al C. L. varios proyectos relativos á ella, que contribuyesen
« á *restablecer el crédito público* y *á levantarlo de* LA POSTRA-
« CIÓN EN QUE YACE».

« Diré para concluir que tratándose de abnegación y sacri-
« ficios personales, el gefe del Estado y sus ministros con el
« precepto darían el ejemplo».

« Tales son mis principios y la bandera con que me pre-
« sento á mis conciudadanos. Si hay otra más alta y más digna;
« que se levante y flamée ufana. *Seré el primero en plegar la*
« *mía delante del que la tremole*, y sabe el cielo cuánto me ale-
« graría si con esa nueva enseña, habría de lucir una nueva
« era de paz y ventura para nuestra infortunada Patria».

« No se me ocultan las dificultades de la empresa, pero al
« considerar que sólo con proponérmela se me dispensa un
« señalado honor, que salvando el país puedo coronar mi vida
« pública, que el porvenir y felicidad de mi País y de mis hijos,
« mi nombre y los más caros intereses de la sociedad á que
« pertenezco, están empeñados en que yo ú otra persona de
« mis antecedentes y circunstancias acepte dicho cargo: lo
« aceptaré entonces con fé y entereza, y me parece que á pesar
« de todos los peligros y eventualidades que pueden sobrevenir,
« *sobrará energía en el corazón y altura en la mente*, para no
« desmayar ante la *mal-querencia*, *el desvío ó la injusticia* d·

« *los hombres,* y *voluntad firme* para empuñar el timón de la
« nave del Estado, *para sacarla ilesa,* al través de las rocas
« y de la tormenta que amenaza desplomarse sobre nosotros.
« Para eso contaría en primer lugar con que al fin la miseri-
« cordia Divina ha de lanzarnos una mirada de piedad. *Hemos*
« *sido tan desgraciados!!!......*

« Contaria con el franco y general apoyo de los primeros
« jefes militares de la República. Tengo el profundo conven-
« cimiento *que si por desgracia,* y LO QUE NO ES DE ESPE-
« RARSE—se repitiesen las deplorables excenas de otras épocas
« ellos fiel antes á la Constitución, serían el más poderoso ba-
« luarte de las instituciones y de la autoridad emanada de la
» ley. »

« Contaría con la gran masa de extranjeros laboriosos y pa-
« cíficos que solo anhelan la paz y garantías para la prosperi-
« dad de sus intereses materiales y la extensión de su comer-
« cio—Contaría con la protección y auxilio de la prensa na-
« cional.... Por mi parte estoy dispuesto á olvidar hasta las
« ofensas gratuitas que se me han inferido.»

« Con estos elementos contaría con mis buenos deseos, con
« mi voluntad decidida para obrar el bien y propósito firme é
« irrevocable de contribuir hasta donde mis fuerzas alcancen
« á labrar la ventura de la patria y desempeñar la grande
« misión que se me confía.»

« *Vencedor ó vencido habré cumplido siempre con mis deberes*
« Á DESPECHO DE TODOS Y DE TODO. »

« *Mi divisa es la paz, la unión, el progreso y la libertad:—*
« *si con ella sucumbo, hay derrotas que honran más que una*
« *expléndida victoria.*»

En este bello programa político, eco de los sentimientos y de las ideas dominantes en aquellos momentos en todo el país, resaltan ante todo: el más firme convencimiento de la necesidad imprescindible de la unión sincera y sólida de los partidos tradicionales; la convicción de la necesidad urgentísima de medidas supremas y salvadoras que salvasen la Repú-

blica de una disolución inminente; y la medida reclamada de un brazo fuerte que conjurase la anarquía y permitiese hacer prácticos los propósitos de ese programa, consolidando y haciendo respetar la autoridad, y cerrando la era de los escándalos; costase lo que costase. Por eso la síntesis del Gobierno de Pereira fué: recibirse de un caos, atravesar grandes borrascas, y entregar una situación hecha, sólida y respetada.

CAPÍTULO XL

Los autores eficientes de Quinteros

Los conservadores llenos de ira y de despecho por el fracaso de la insensata candidatura presidencial de César Díaz, rompieron el fuego por todas sus troneras contra el Gobierno de Pereira. Los conservadores le han conservado siempre al Gobierno de Pereira el odio insano de la intransigencia y de la pasión. El Dr. D. Pedro Bustamante desde la tribuna del Ateneo, donde estaban prohibidas terminantemente las apreciaciones sobre política nacional desde el año 30 en adelante, lanzaba ataques embozados *al infausto Gobierno de D. Gabriel Pereira*, sin observar ni recordar que quienes hicieron *infausto* á ese Gobierno de concordia y de patrióticos propósitos, fueron los mismos conservadores, que con una conducta injustificable lo arrastraron precisamente á lo que él se proponía evitar. La indignación se nos entraba á muchos por los oídos ante aquella violación flagrante del reglamento, y aquella insinuación cobarde é insidiosa en una tribuna donde no se permitía la libre discusión de esas cuestiones, y verificado todo á vista y paciencia del Presidente de la sesión, que á buen seguro hubiera sentido inmediatamente asaltada su memoria por los artículos de los Estatutos del Ateneo, si se hubiera tratado de la más mínima alusión que se hubiera permitido un

tribuno blanco. Acostumbrados á ver disimular abusos mayores que ese, la cultura no nos permitió á muchos protestar contra hechos semejantes como no hubiera dejado de ser justo. Hoy los nuevos reformadores nos echan en cara la vehemencia de los oradores blancos; pero olvidando que ella se ejercita solamente en sus propios clubs y reuniones, y que jamás cometen la infidencia de sosprender la bueua fé de un auditorio misto; ni actos como el que hemos recordado del conservador don Pedro Bustamante. Ya que se nos ataca, justo es que en la defensa hagamos resaltar una lección, que puede ser de mucha utilidad á lo que aún tienen bastante que aprender en materia de mútuo respeto político.

Al iniciar su gobierno el señor Pereyra nombró á Don José Ellauri, colorado, Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores; á Don Doroteo Ga cía, blanco, Ministro de Hacienda; y al General Don Carlos de San Vicente, colorado. Ministro de la Guerra y Marina y emprendió la realización de sus ideales patrióticos,

A poco empezaron los trabajos subversivos del círculo conservador con el objeto de turbar la paz pública. Los conservadores le habían hecho la revolución á Rivera y lo habían desterrado, se la habían hecno á Giró, á Flores, á Bustamante y ahora se proponían hacérsela á Pereira. Con este objeto tuvieron lugar algunas intentonas de revuelta. Con motivo de un baile de gente de color intentaron una vez una asonada armada; y fracasado eso, reunieron más tarde gente armada en una barraca, la que estaba tan persuadida de su éxito, que fué necesario rendirla á balazos.

Mientras en Montevideo tenían lugar estos hechos antipatrióticos é inícuos en Buenos Aires Juan Carlos Gómez se ocupaba de trabajos diplomáticos, ofreciendo arreglos internacionales que consistían en la entrega de nuestra Patria á la provincia de Buenos-Aires por medio de la anexión, á cambio del apoyo y los elementos necesarios para derrocar al gobierno de Pereira, y hacer triunfar el partido conservador con el proconsulado de ...ar Díaz.

En Mayo de 1857 el Dr. Juan Carlos Gómez dejó la redacción de *La Tribuna* que desempeñaba en Buenos-Aires, y vino á Montevideo á redactar *El Nacional*, coincidiendo su llegada con la aparición de *la fiebre amarilla* que azotó entonces al país. Un escritor de aquella época decía:

«Dió principio Gómez á su propaganda en los momentos en « que el flagelo de la fiebre amarilla diezmaba la infeliz Mon- « tevideo. Y á fé, á fé que *si examináramos cual de las dos* « *plagas* ha sido más fatal á la República le daríamos la inmen- « sa supremacía á la del funesto Gómez.»

El historiador Díaz dice á este respecto: « Un escritor inteli- « gente, pero extranjero en su propia patria, que había aban- « donado en sus momentos de conflicto, el doctor don Juan « Carlos Gómez, que se encontraba entonces en Buenos Aires, « y cuyas ideas le habían desorientado completamente de los » verdaderos intereses de su país, por el cual ha mostrado « después EL MAYOR DESAFECTO, llegó á Montevideo buscando « un puesto en la prensa de combate, pero enarbolando una « bandera tan bastarda como imposible, supuesto que en ella « venía escrito un propósito absolutamente argentino. »

El propósito de Gómez no era propiamente argentino, era únicamente porteño; como lo reconoce el mismo Díaz en el siguiente párrafo: « El señor Gómez trabajaba por la anexión de « la República Oriental á la Provincia de Buenos Aires LA QUE, « desde luego que aquello fuese una realidad debía tomar el « nombre de *Estados Unidos del Plata*, utopía alegre y hasta « cierto punto inofensiva, porque además que venía á romper « los más serios compromisos internacionales, los vínculos « más caros de una familia, al ponerse en planta *habría sido* « *sofocada por el Brasil y* LAS MISMAS PROVINCIAS ARGEN- « TINAS. »

El que esa utopía fuera de imposible realización no quiere decir que hubiera sido inofensiva, como supone el historiador: porque cuando el Brasil y las provincias argentinas acudieran á sofocarla, ya se habría producido la revolución

preparatoria de la anexión en el Estado Oriental, lo que no hubiera sido innofensivo; y luego la misma sofocación á que se refiere el historiador, hubiera sido también una nueva fuente de dolores, de sangre, y de desgracias.

Los mismos nuevos pseudo-reformadores en la vanguardia de la propaganda que inician, aseguran que fueron: «Las agita« ciones del año 1857, provocadas en gran parte por las im« paciencias de Juan Carlos Gómez». Y luego no pueden menos que reconocer que aquellas impaciencias demagógicas, anárquicas y anti-patrióticas: «Dieron por resultado la necesidad « de dictar medidas arbitrarias y antipáticas por punto gene« ral; pero que *en momentos solemnes* SE EXPLICAN *por la res« ponsabilidad de los mandatarios*, ANTE LA EXIGENCIA *de « garantir el orden público*».

Juan Carlos Gómez que había llegado al país con planes ocultos é ideas preconcebidas, empezó en su diario y en los clubs una propaganda de oposición sistemática, extremadamente partidista; pero á más exacerbada, intransigente é incendiaria. Su pluma semejaba una furia del averno agitando en todos sentidos la tea encendida de la discordia, demostrando qne algo anormal pasaba en el espíritu desequilibrado de aquel hombre furibundo. Como Rivera Indarte, con quién tiene más de un punto de analogía, el Dr. Juan Carlos Gómez fué un tránsfuga. Su fogosidad insultante como escritores, y la identidad del origen de su inconsecuencia política, los asemeja. En sus principios Juan Carlos Gómez fué blanco, y en sus principios José Rivera Indarte fué federal. En ambos, la misma causa, el amor contrariado, los llevó á la traición de sus primitivas convicciones, y como si los partidos á que pertenecían las respectivas damas de sus pensamientos hubieran tenido la culpa de sus desdichas amorosas, la emprendieron contra ellos con ira, con encono, con frenesí, se hicieron sus enemigos implacables, y de ahí ese rencor delirante que nada aplacaba, ese deseo ardiente é insano de venganza, de exclusivismo, de exterminio, que llevaba á Rivera Indarte á procla-

mar que era *obra santa matar á Rozas y á todos los rosines,* todo un partido político que era la mayoría del país; y que arrastraba ciego á Juan Carlos Gómez á proclamar el exterminio de los blancos *hasta la quinta generación.* Exaltación monstruosa, tremenda devoradora sed de venganza imaginaria, que los devoraba como un suplicio de Tántalo, y que dirigían con injusticia y con delirio contra partidos políticos que no habían sido la causa de los males y dolores que atormentaban sus almas envenenadas.

Rivera Indarte federal exaltado, autor de himnos y de defensas federales, solicitante entusiasta de la suma del poder público, pero mirado con suma indiferencia por Rozas, se había enamorado de la hija de éste, la señorita Manuelita de Rozas; pero suficientemente inteligente para comprender de antemano el seguro fracaso de sus pretensiones amorosas, aceptó las proposiciones seductoras de don Santiago Vázquez, renegó de su credo político, recibió la paga que se le ofrecía; y de ahí su desesperación y malquerencia, que lo llevó á estampar torpes calumnias y á emplear ese lenguaje cínico y brutal, dice el historiador Saldías, « que traspira algo como el furioso despe-
« cho de una pasión jamás correspondida, si es que Rivera
« Indarte pudo amar realmente á una mujer, y si es que alguna
« vez pudo llegar á noticia de Manuela de Rozas que ella era
« tan abandonada de la suerte como para inspirar una pasión
« tan solo al sucio, al repugnante, al antipático D. José Rive-
« ra Indarte. »

Juan Carlos Gómez, joven blanco, que por la elevación de su inteligencia comprendía perfectamente toda la grandeza y el patriotismo de ese partido; se enamoró perdidamente de la señorita Elisa Maturana, á la que festejaba en el Miguelete; y su despecho, su desesperación y su rabia, no tuvieron límites cuando dicha señorita contrajo matrimonio con el Dr. D. Carlos G. Villademoros, ministro del Presidente don Manuel Oribe. Sin fundamento alguno para su celosa pasión, atribuyó esa boda á la amistad del Dr. Villademoros y del General D. Man-

Oribe con la familia Maturana; y de ahí ese odio delirante á Villademoros, al partido blanco, á la humanidad entera, y sobre todo á D. Manuel Oribe; encono que lo acompañó hasta la tumba, después de haber cerrado su corazón al patriotismo, y á todas las grandes y nobles emociones. Desde entonces la lira de su corazón no tuvo más que una cuerda: la del odio ciego; y su voz no tuvo más que una nota: la de la venganza. A esas deidades infernales sacrificó las víctimas que envió á espiar su crimen de lesa patria en el día de luto de Quinteros.

Juan Carlos Gómez, de origen blanco, é inteligente, no pudo amoldarse á las prácticas, á los medios y á los fines del partido colorado; y el fué el que inventó con respecto á la composición y procederes del partido colorado, los términos de *candombe*, de *tripotage* y demás símbolos pintorescos que, según él, han caracterizado á ese partido desde los tiempos de Rivera—Enemigo de blancos y colorados, dominado por una pasión insana, vió sólo en el partido conservador un medio y un refugio; y se entregó á él y se puso á su servicio como medio de destrucción y de discordia. No podía él creer que el círculo conservador pudiese anonadar á la vez á blancos y á colorados; pero para eso contaba él con las mistificaciones de *la defensa*, que le atraerían los colorados, y sobre todo con la reserva de la provincia de Buenos Aires, donde había dejado las cosas arregladas, y donde había encontrado la cuna de sus estrafalarios propósitos de anexión provincial.

Antes de entrar de lleno en esa falsa senda, Juan Carlos Gómez sintió una vez en su conciencia la voz del patriotismo, y tuvo nuevamente veleidades blancas - Cuando fué diputado el 52 antes de embanderarse quiso volver al partido blanco, y se lo manifestó asi al doctor Eduardo Acevedo.—Este conociendo su carácter desleal, sus ambiciones, sus pretensiones y el estado de su ánimo, comprendió la necesidad de asegurarlo, si es que quería ser partidario, por medio de una prueba eficaz, y le manifestó que desde que se había separado del partido blanco no tenía títulos para pretender merecer la confianza de éste

y figurar en él en primera línea: que hiciera méritos al respecto, y que entonces podría obtener la confianza de sus antiguos correligionarios, que al efecto le ofrecía la redacción de su diario *La Constitución*, donde podría con su conduta sincerarse con sus ex-correligionarios—Las pretensiones de Juan Carlos Gómez eran ya muy crecidas para aceptar esas condiciones, la voz de sus pasiones irritadas habló nuevamente á su turbado espíritu; y Juan Carlos Gómez, enemigo de blancos y colorados, se entregó de lleno á los conservadores.

Su propaganda partidista fué acerba, despiadada y sin entrañas el año de 1857—Despiadada para aquella patria que tanto había sufrido, principalmente por los errores del partido que él representaba, y cuando entraba recién con la presidencia de Pereira en la curación de sus heridas y en la reparación de sus desgracias.

El Gobierno de Pereira se había mostrado conciliador, pero al mismo tiempo muy dueño de sí mismo, y no había admitido sugestiones, ni imposiciones ni de blancos ni de colorados. El General Flores á nombre del partido colorado exigió de Pereira el nombramiento de gefes políticos exclusivamente colorados, y un cambió de política exclusivista é intransigente que entregase por completo el Gobierno al partido colorado. El presidente Pereira no accedió, manifestándole que la mayor parte de los miembros de la administración pertenecían á ese partido, y que su política era de imparcialidad y de concordia, Flores se retiró á Buenos Aires. Don Manuel Oribe le exigió plena libertad de sufragio con motivo de una elección de Senadores, pero Pereira comprendiendo que eso daría un triunfo electoral absoluto al partido blanco, por la mayoría con que este contaba, temió que no podría realizar en el hecho su política de conciliación, y se resolvió á no acceder al justo reclamo del General Oribe, prefiriendo apoyar una lista oficial mixta y aceptable compuesta de don Juan Miguel Martínez y don Ambrosio Velazco. Don Manuel Oribe se retiró entonces á su quinta, sin intervenir absolutamente desde entonces en la política oficial.

Tan equidistante de uno y otro partido estaba el Gobierno de

Pereira que algunos blancos exaltados le propusieron á don Manuel Oribe la revolución, y á poco se la exigieron. Pero el distinguido general que desde que colgó su divisa de guerra con el pacto de pacificación prometiendo sostener las instituciones y hacer respetar la autoridad constituída, se había propuesto cumplir su palabra como siempre; se negó á encabezar propósitos revolucionarios, conteniendo la impaciencia de sus correligionarios y dándoles el ejemplo de esperar el trascurso del tiempo que faltase para la lucha legal de los comicios. Pereira desterró á algunos ciudadanos del partido blanco que persistían en sus. propósitos revolucionarios. Oribe se disgustó mucho con esa medida, pero no se dejó arrastrar á la revolución que en momentos tan solemnes para la patria consideraba un crimen peligrosísimo.

Marchando así las cosas á poco murió el general don Manuel Oribe obteniendo de sus compatriotas una apoteósis casi regia, debida á su larga carrera militar y política. El Gobierno cumplió con el deber de decretar los honores fúnebres que correspondían á su elevado rango militar y á su gran figura histórica y estos se verificaron con la correspondiente y debida pompa.

El general D. Venancio Flores vino expresamente de Buenos Aires para asistir á la ceremonia, lo que efectuó acompañando el féretro. Según unos, lo hizo por patriótica y merecida consecuencia; según otros, con el objeto de buscar simpatías en el partido blanco. Poco después se volvió á la República Argentina,

Con motivo de esas exéquias Juan Carlos Gómez dejando salir nuevamente por la válvula de *El Nacional* toda la ira, el odio y el rencor que sus pasiones enconadas reconcentraban y revolvían en sus entrañas, desbordó la prensa conservadora pretendiendo incendiar los ánimos con ataques violentísimos y artículos virulentos que llevaban hasta el extremo de la exageración el abuso ilimitado de la prensa. El afán de Gómez era resucitar los extinguidos odios y rencores de los partidos, hacer

aparecer otros nuevos, convertir el país en un sangriento campo de agramante, anarquizar, revolver, incendiar, dividir para reinar; á fin de preparar el terreno para una revuelta que diese por resultado la imposición de un procónsul de la Provincia de Buenos Aires, que realizase á sangre y fuego la anexión, como punto de partida de sus funestos propósitos ulteriores.

Y sin embargo los honores tributados al Brigadier General don Manuel Oribe no podían ser más justos, merecidos é imprescindibles. Su alta gerarquía militar y sus relevantes servicios á la patria así lo exigían de cualquier gobierno imparcial. Desde que se inició en la vida pública desenvainando una espada el año 11 hasta su muerte, no dejó de dedicar á su patria un solo día de su existencia, y mantuvo la perseverancia de su patriotismo durante casi medio siglo perpetuamente en acción. Ni Artigas, ni Lavalleja, ni Rivera, ni nadie antes ni después de él, han tenido la suerte de prestar una dedicación tan absoluta y tan larga á los asuntos públicos de su patria. Grande es Artigas en esos 10 años de heroicidades de lucha desigual y admirable, siempre con el caballo de la rienda, y en la cual tomó parte Oribe· pero al fin eso concluyó el año 20 aunque con la derrota gloriosa y la herencia patriótica encomendada á Lavalleja y Oribe. River a jamás dominó ni impulsó los sucesos dejándose casi siempre arrastrar por ellos, tuvo muchos paréntesis de paz y tranquilidad; y los tuvo peores sirviendo á todas las dominaciones extranjeras, portugueses y brasileros, y luego aliándose con los unitarios y con lá Francia. A pesar de todo eso su carrera fué así mismo más corta que la de Oribe. Después de la independencia del coloniage y de las guerras de Artigas en que Don Manuel Oribe tomó una parte importante, este se presenta desde entonces dominando é impulsando los sucesos con austeridad con energía con decisión y con patriotismo. La defensa de Montevideo el año 23 contra Rivera y los brasileros fué obra suya, la revolución de los Treinta y Tres se debió en gran parte á su inspiración, á su organización á su autoridad y á su esfuerzo. La organización constitucional de la República lo contó en-

tre sus principales colaboradores, y cuando á él le tocó ocupar la primera Magistratura de su patria hizo un modelo de Gobiernos, y dejó un recuerdo grato de Gobernante serio y honrado.—Derrocado sin terminar su período constitucional por el espíritu anárquico de Rivera con el apoyo intruso de la Francia, nuestro partido sin gefe se habría disuelto ó perdido, y nuestro país habría sido sacrificado viéndose obligado á aceptar por fin definitivamente el protectorado que la Francia ejerció de hecho con Rivera y durante la guerra grande en Montevideo; y nuestra nación habría sido convertida en una otra Guayana ó Senegambia. Pero existía ese oriental extraordinario como esperanza de salvación. Sus raros talentos militares hicieron valer y respetar nuestra patria en tierra extranjera, y allá fué principalmente á rodearlo la parte militar de nuestro partido, mientras el Gobernante de la Confederación Argentina le confiaba un importante contingente de ejército con el cual se formó el llamado DE LA CONFEDERACIÓN Y ORIENTALES LIBRES. El inteligente gobernante de la República Argentina le confiaba la estabilidad de su gobierno y la salvación de los pueblos del Plata, á pesar de tener á su disposición generales como Alvear, Guido, Mansilla, Urquiza, Echagüe, Pacheco y otros no menos exclarecidos, porque sabía que D. Manuel Oribe era el primer general de su tiempo; y después de San Martín, el primer soldado de escuela que produjo la revolución de la independencia en los pueblos del Río de la Plata.

Después de terminada la *guerra grande* estuvo siempre sin odios ni rencores de parte de los gobiernos legales, defendió legalmente todo lo que pudo ser un punto de partida para una regeneración institucional, se negó á encabezar revoluciones á que lo impulsaba la impaciencia y el partidismo de sus correligionarios, y levantó con sinceridad, con abnegación y con patriotismo una bandera de fusión, de orden y de olvido de odios partidistas. El pacto Oribe-Flores que significaba la alianza de los partidos blanco y colorado fué su último acto político ostensible; y su época más reposada, los tres años que pasó de

quintero en su quinta, durante los gobiernos de Bustamante y don Gabriel Pereira. Pero no por eso dejó de dedicar esos mismos últimos días de su vida á su patria. En su quinta fué todavía el oráculo del partido que él había fundado, y en el que indiscutiblemente estaba afiliada la mayoría del país, que iba allí á recibir de la experiencia y del patriotismo del gran ciudadano, consejos cívicos y normas de conducta política. Mientras él vivió ningún fantasmón ridículo traficaba con su partido respetable titulándose su jefe y su representante para satisfacer miserables ambiciones; mientras él vivió jamás su gran partido se vió dividido en grandes masas de ciudadanos abnegados en el llano, y en pequeños grupos de asequibles traficando con la política, sancionando con su pretendida representación la criminal usurpación del voto popular, y claudicando vergonsozamente en el hecho, de los ideales elevados y del credo del partido al que calumnian y dicen pertenecer. Mientras el vivió su partido cuando no dominó por completo en el país, tuvo una influencia importante y decisiva en los negocios públicos de nuestra pátria; lo animó siempre el más puro patriotismo; y no careció jamás de esa unión, de esa cohesión y esa fé, que hace grandes, fuertes y respetadas á las colectividades políticas. Mientras él vivió nuestro partido ni en la más mínima parte fué jamás juguete de gobiernos inmorales usurpadores y tiránicos, que levantan bandera de enganche de asequibles, para pretender hacer pasar grotescamente la forma escandalosa de una burlesca y pretendida política nacional; burla irrisoria y sangrienta que deshonra y desacredita á los gobiernos que la ejecutan, y señala á la reprobación popular la frente descarada de sus cómplices. Al morir don Manuel Oribe no dejaba á su partido en el poder; pero sn previsión, su talento político, y su autoridad, le habían dado una unión, una moderación, una austeridad, una fuerza y un ejemplo, que hacía indispensable y evidente que más tarde ó más temprano el gobierno y el país habían de ir á la tienda de ese partido á solicitar su concurso para defender

y consolidar las instituciones, y para salvar y regenerar la patria. Así sucedió en efecto; y si don Manuel Oribe con su autoridad y su consejo había puesto á su partido en condiciones de ser solicitado para realizar la salvación nacional, había también contribuído á infundirle el suficiente patriótismo para no negarse jamás al llamado doliente de la patria, siguiendo su ejemplo de medio siglo dedicado constantemente á la República.

La hidrofobia de la prensa de oposición acaudillada por Juan Carlos Gómez no podía dar sinó los más pésimos amargos y funestos frutos. Pero su mayor gravedad y peligro no consistía solamente en su injusticia, virulencia é incitación al desorden en un país anarquizado por los motines militares ocurridos después de la pacificación, y en el cual un gobierno mixto é imparcial solicitaba el concurso de todos para la realización de la nueva política de *unión de todos los orientales*. La maldad de la actitud de Gomez y de los conservadores consistía en los siniestros planes que se proponían realizar, y que habían urdido en la sombra del misterio, de acuerdo con los hombres que se habían apoderado del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires. La idea de la reconstrucción del Vireynato del Río de la Plata, cuyo examen y crítica no es del caso hacer aquí, fué bastardeada y prostituída mezquinamente por Juan Carlos Gómez cuyas intenciones no respondieron jamás á esa idea, buena ó mala, y cuya propaganda incendiaria y antipatriótica tenía, por cierto, fines mucho más estrechos, mezquinos y egoístas todavía que la simple anulación de nuestra nacionalidad. El propósito de Juan Carlos Gómez era solamente un cálculo tenebroso de partido, por el cual sacrificando su propia patria se proponía dar á un bando político preponderancia sobre otro en ambas orillas del Plata. La anexión de Juan Carlos Gómez no fué jamás de nuestro país á la República Argentina, sinó de nuestro país á la Provincia de Buenos Aires, donde predominaban entonces los unitarios intransigentes, á cuya Provincia quería anexionar nuestra República por medio

de un pro-consul cuyo papel le reservaban los conservadores y unitarios al General César Díaz; esperando hacer de él un Sandes, que por medio del terror les preparase y dispusiese para esa anexión bastarda la República, así como el tiranuelo sanguinario que hemos nombrado, como viento de muerte doblaba y sometía las provincias al Gobierno central de Mitre en Buenos Aires.

Juan Carlos Gómez á fin de aparentar consecuencia, cuando se le provocaba salía siempre más ó menos débilmente á la defensa de sus proyectos de anexión, por lo general de una manera deprimente, ofensiva é injuriosa para nuestro país. Pero con verdadero empeño, con esfuerzo, con deseo de hacer carne su idea y manifestando esperanzas de éxito, Juan Carlos Gómez solo se exhibió dos veces: Una el año de 1857 cuando la Provincia de Buenos Aires estaba separada de la Confederación Argentina y dominada por los unitarios, creyendo poder someter lo restante del país contando con la República Oriental, formando así ésta y la Provincia de Buenos Aires por lo pronto una nación suficientemente fuerte, que en caso de no poder triunfar del resto de la Confederación, se haría al menos respetar y salvaría á todo trance la supremacía de unitarios y conservadores en el Río de la Plata. Para obtener esa pasividad en nuestro país tenían ellos las doctrinas de César Díaz, las de *El Nacional*, y las de los conservadores, que decían: « *La fusión es una mentira, la fusión es imposible,* EL TOLE« RANTISMO ES UN CRIMEN DE LESA PATRIA, *y los soldados de* « *la libertad deben preferir* QUE SE ACABE LA ESPECIE HUMANA, antes *que se pierda la campaña.* » Como complemento y reserva de estas doctrinas proclamaban el exterminio de los blancos hasta la quinta generación. Por medio de estas liberales medidas quedaría el país suficientemente amansado para aceptar la anexión unitaria á la Provincia. Tal era el plan *conservador* de Juan Carlos Gómez. La segunda vez que éste manifestó también empeño por la anexión, encontrando en Montevideo el eco partidista de don Pedro Bustamante y otros,

fué en las aproximaciones del año de 1880, cuando Buenos Aires sintió nuevamente veleidades de separación; lo que probablemente hubiera verificado si hubiera podido contar con el éxito de los planes antipatrióticos del Dr. Gómez.

Las dos veces, pues, que ha manifestado Juan Carlos Gómez ansiedad por la realización de su idea, ha demostrado claramente que sólo ha tratado de realizar una menguada aspiración partidista; una obra estrecha, inicua y tiránica de partido; sin más objeto que la satisfacción de sus malas pasiones esclusivistas, y de sus estrechas miras de partidario fanático é intransigente. Al servicio de sentimientos tan innobles ha pretendido poner con frialdad cruel la suerte de la patria y las vidas de sus compatriotas, no elevándose mas allá de las utopías ridículas de un Elizalde, ni de las pasiones feroces de un Goyo Suárez. Jamás fué su preocupación sincera la idea de la reconstrucción del Vireynato, la que al fin errada ó nó, hubiera podido merecer la atención reflexiva de un imparcial y verdadero hombre de Estado.

El fondo, pues, del plan de los revolucionarios consistía: en vender la patria á trueque de la satisfacción y el predominio de las ambiciones de un círculo disolvente; en coartar la nueva era de concordia y de progreso que se iniciaba; en echar por tierra las instituciones nacionales, instituyéndolas con el filo y la punta del sable de un procónsul vengativo, iracundo y delirante; en convertir el país en cosa, por medio del terror, y hacerlo desaparecer en el fondo de una anexión bastarda, para mejor domeñarlo, y lanzarlo en cualquier dirección voluntariosa al impulso de innobles, fanáticas, partidistas y esclusivistas pasiones; negras, criminales, injustificables.

De ahí esos procederes sangrientos desordenados y criminales, que caracterizaron los primeros pasos de los revolucionarios, cuyos soldados eran en su mayor parte mercenarios extranjeros; procederes que revelaban desde un principio que los anarquistas venían animados hacia nuestro país y hacia nuestros compatriotas de las ideas y de las intenciones que

siempre manifestaron á su respecto con sus hechos los Manuel José García, los Pueyrredón, los Rivadavia y los Mitre; que en su *augusto* desprecio por nuestro país, llegaron siempre á imaginarse que nosotros no merecíamos más que la traición, el látigo y el vasallage;—haciendo recordar aquellos versos del ibérico poeta:

« *Nada aquí será mancilla,*
« *Que al fin es patria Castilla*
« *De vándalos y de godos.*
« *Aquí no lo han de tachar,*
« *Porque ese pueblo insensato*
« *Tomará sobre barato*
« *Lo que le querramos dar.*
« *No hacen falta aquí decoros,*
« *Ni lealtad, ni nobleza;*
« *Cualquier traición es proeza*
« *En esta tierra de moros* ».
Mas olvidaistes, señores,
Que en el pueblo castellano
Nunca faltará un villano
Para llamaros traidores.

CAPÍTULO XLI

Brindis anexionistas y armamentos revolucionarios

Al dejar Juan Carlos Gómez á Buenos Aires para trasladarse á Montevideo é iniciar la obra nefanda que se solucionó tristemente en Quinteros, fué despedido con un banquete que le ofrecieron sus cómplices, en el cual se pronunciaron entre otros los siguientes fatídicos brindis, respondiendo todos al estrafalario plan de anexión que hemos mencionado ligeramente, aunque reservándose en ellos el verdadero carácter del plan

su fondo odioso, su colorido local y partidista y los medios que pensaban emplearse; disfrazando todo eso con el entusiasmo propio de un banquete, y la vaguedad y libertad ilimitada de los brindis.

Don Bartolomé Mitre ese colaborador inevitable de todo desatino porteño, pronunció el siguiente brindis-zoncera que no tiene absolutamente fondo alguno:

« Señores:

« Nuestro amigo Dr. Juan Carlos Gómez, no se extraviará « jamás en esta hermosa tierra de América del Sud, que él ha « recorrido como el infatigable peregrino de la libertad y de la « inteligencia.

« Así como algunos viageros para no perderse marcan su ca- « mino con *gajos floridos*, que arrancan de los árboles ó con *pie-* « *dras inanimadas* que arrojan á lo largo de la ruta, él ha se- « ñalado su itinerario con ideas vivaces y luminosas donde « quiera que ha puesto su planta. »

« En todo tiempo, podrá nuestro amigo D. Juan C. Gómez, « reconocer los sitios donde vertió con mano generosa la fe- « cunda simiente de los principios como el labrador puede re- « conocer por sus espigas el surco que trazó».

El Dr. Vélez también brindó diciendo:

Señores:

« Nuestro amigo el Dr. Gómez que con su fuerte palabra ha « hecho revivir los dormidos fuegos del más noble pensamien- « to en el pueblo de Buenos Aires, para obtener la victoria de « los sanos principios sociales y consolidar las grandes insti- « tuciones que había creado; en el momento del triunfo, y « cuando su nombre era elevado hasta los cielos, abandona su « nueva patria, sus amigos, cuanto un hombre podía ambicio- « nar, y marcha á sacrificios oscuros, á trabajos sin término, « cuyos resultados y consecuencias él mismo no podrá prever. « *Que sea feliz en todos sus pasos* que alce *su antigua patria* de la postración y desgracia que sobre ella pesa, que el cielo

« y los hombres le ayuden á hacer de *sus dos patrias* una sola,
« como antes lo fueron; *que á el se deba la unión en una sola*
« *República del Estado Oriental y de los Estados del Plata.*»

El advenimiento al poder de los unitarios exaltados en Buenos Aires era lo que había dado base á Juan Carlos Gómez para su negra empresa, y aludiendo á él decía en su brindis.

El Sr. Sarmiento:

....

« Pero hay otro aspecto por donde esta escena es interesante « para nosotros. NO ES UN ACASO que el Sr. Gómez haya traido « el contingente de sus luces al sosten de los principios que « han triunfado en las elecciones! ¿Que importa las elecciones « de Marzo? ¿Suprimir treinta años de vacilaciones ó errores y « *ligar el año de 1857 al de 1827*, en que Rivadavia renunció « el poder, dejando á los pueblos que se ensangrentaran por- « que en todas partes le pedían la libertad de degollarse que « necesitaban para aprender á ser libres. Entonces Gómez era « argentino, *como lo es hoy*, por las tradiciones, por la historia, « por los intereses de los pueblos que componen la gran familia « argentina, de que Buenos Aires fué siempre el corazón y la « cabeza. *Gómez creía, y así nos lo dijo desde su llegada, que* « *la salvación de la libertad dependía* DE SU TRIUNFO EN BUENOS « AIRES. Así Buenos Aires recoge hoy la semilla que sembró « en otro tiempo, y de los extremos del antiguo vireinato, acu- « den los patriotas argentinos de este ó del otro lado del río, « á vigorizar en el centro los principios que han de defenderse « más tarde por todo el continente; porque, señores para el « nombre argentino, es estrecha la patria, si las nieves de los « Andes no la limitan al Oeste, el trópico al Norte, y las re- « giones polares al Sud ».

«Que Montevideo re restablezca de los males del cuerpo y « del alma que lo afligen, que recupere su bienestar y su salud « y el pueblo volverá los ojos á donde tiene sus amigos, sus « compatriotas de sangre, de raza, de idioma, y *un día busca-* « *rán en los Estados-Unidos del Plata* remedio á todos su

«Nosotros somos muy pequeños ante la tarea que nos impo-
« nen los sucesos, pero para animarnos á su desempeño, no
« olvidemos que *lo que hemos presenciado estos días, ha sobre-*
« *pasado* no solo á la espectación pública sinó á la capacidad y
« esfuerzo de los animosos patriotas que prepararon el ca-
« mino.

«Que nuestra simpatía y nuestra gratitud acompañen siempre
« al Dr. Gómez.»

Todos estos brindis, parte ensueño y parte disimulo, revelan evidentemente la misión que vino á desempeñar á Montevideo Juan Carlos Gómez; y si bien se prometían dominar toda la República Argentina era como obra de partido, anexando primero al Estado Oriental á la Provincia de Buenos-Aires para convertidas ambas en brazo de hierro extenderlo por toda la confederación, sellando así el triunfo exclusivista de un partido político, obtenido por medio de la fuerza bruta.

El Dr. Juan Carlos Gómez contestó así:

Señores:

«La *bella imaginación* de nuestro amigo D. Bartolomé Mitre
« me ha pintado en una ruta creyendo ver en ello vestigios
« de mi paso.»

« No quedan vestigios, no hay ruta señores, en el Océano,
« y atravesamos un mar proceloso nadando fatigosamente
« para llegar á la orilla.»

« Ha de llegar el día, en que se serenen las olas enfurecidas
« al omnipotente *quos ego* de la voluntad soberana del pue-
« blo.»

« No han faltado intérpretes á esa voluntad. Ya en los muros
« de Montevideo, como el coronel Mitre, don José M. Muñoz,
« el comandante Rivas, que vemos en esta mesa, se hicieron
« sus órganos, diciendo á la tormenta desencadenada, de aquí
« no pasarás. Ya el brillante tribuno de los *Debates*, la ex-
« presaba conteniendo los embates con que nos amenazan los
« brutales desbordes del caudillaje. Ya un orador, *que la an-*
tigüedad nos hubiera envidiado, ponía á raya sus furores, cla-

« mando hasta aquí, con aquellas memorables palabras, *los « pueblos no pueden ser semi-libres y semi-esclavos.* Ya con la « ley agraria en la mano, Sarmiento, *nuevo Graco* de nuestra « democracia, dispersaba esa aristocracia de ladrones de la « tierra de nuestros padres y de nuestros hijos. »

« *Vuestras manifestaciones* me persuaden que tal vez me ha « cabido á mi también un instante de ser *eco del sentimiento del « pueblo.* »

« Pero instrumentos del pueblo; cualquiera que haya sido su- « cesivamente nuestro rol en sucesos parciales, la obra ha sido « siempre del pueblo, siempre los resultados conseguidos, aquí « ó allá, han sido triunfos del pueblo. »

« *El día está cercano* en que poniéndose de pié toda la Re- « pública á la vez, aterre su voz á los caudillos, á las explota- « ciones, á las farsas que agitan el Oceano, y enarbolando con « su brazo robusto la bandera de la Nación, podamos todos « reunidos á su sombra, *ciudadanos de una poderosa República,* « brindar por EL GRAN PUEBLO DE LOS ESTADOS UNIDOS DEL « SUD. »

Como se vé en todos estos brindis no se escatimaba mucho la admiración mutua; todo ello, por supuesto, sin la más mínima pizca de exageración. La voz que debía ponerse de pié y aterrar al Oceano y á los caudillos, gefes genuinos de las masas populares que acaudillaban, era el sable de César Díaz, continuador de Melchor Pacheco y Obes, y los enganchados mercenarios que debían acompañarlo en su redentora cruzada.

Desde que Juan Carlos Gómez llegó á Montevideo la revolución estaba pues premeditada, resuelta y decretada, y ella no se debió en manera alguna á los actos buenos ó malos del gobierno de Pereira, sinó á la combinaciones más ó menos estrafalarias y criminales, que los gefes del partido conservador habían convenido con los unitarios dominantes en Buenos Aires.

Los conservadores y los unitarios de Buenos Aires habían cuidado de conservar recíprocamente las relaciones políticas que los habian ligado durante *la defensa,* y que á los intereses de ambos

convenía mantener. Así continuaron cultivándolas hasta que desbarató sus planes la derrota definitiva del partido conservador en Quinteros, no volviendo á renovarse las combinaciones del partido unitario con los anarquistas orientales hasta la alianza Mitre-Flores.

El año de 1853 el norte americano Coé, que mandaba como almirante la escuadra de la Confederación que bloqueaba á Buenos Aires se la entregó al Gobierno de esa provincia y su traición hizo levantar el sitio de Lagos que correspondía al bloqueo. Los conservadores comprendieron que con el triunfo alcanzado por los unitarios en Buenos Aires, ya tenían un apoyo con que contar, y á los pocos días se pronunciaron á balazos consumando el motín escandaloso del 18 de Julio de ese año.

Desde entonces contaron allí con recursos para sus planes anarquistas, y dispusieron en Buenos Aires de elementos, armas y diner , y hasta de una prensa mercenaria ú oficiosa, pero siempre virulenta, que apoyaba á través del Río todos sus propósitos y desmanes. El tesoro porteño facilitó 3000 onzas para el triunfo de la candidatura presidencial de César Díaz, ó para la compra de antiguos legionarios italianos en caso de que fuera inminente el fracaso de esa impopular candidatura.

El triunfo electoral que por todos los medios imaginables obtuvieron en Marzo del 57 los unitarios los decidió á emprender resueltamente la anexión del Estado Oriental á la Provincia de Buenos Aires, y de ahí la llegada á Montevideo de Juan Carlos Gómez. A poco empezaron á introducir clandestinamente en el país armas y municiones, luego tramaron una sublevación en un escuadrón de artillería que descubierta por algunos soldados leales fué perdonada por el Gobierno. Tal ear el estado de agitación y de alarma en que mantenían al país los conservadores en una época en que con un poco de patriotismo debían haber contribuido á su tranquilidad y al afianzamiento de sus instituciones.

Entre tanto el general César Díaz enganchaba mercenarios en

Buenos Aires á la clara luz del medio día, y compraba armas con el propio dinero de la Provincia, trabajando ardientemente con tanta publicidad, que tenía bandera de enganche en su propio domicilio, cuya calle estaba obstruida con la afluencia y el tumulto de sus enganchados.

Bien comprendían los conservadores que careciendo de prestigio en el país el gete revolucionario, no arrastraría un solo hombre, pero en su obcecación impaciencia y furor, lo esperaban todo de sus amigos de Buenos Aires, y del planteamiento de medios de todo género, que sublevando los intereses y los sentimientos verdaderamente conservadores de la sociedad y alarmando al país entero, no podían dar otro resultado que el que inevitablemente dieron por desgracia.

CAPÍTULO XLII

La revolución de César Díaz terminada en Quinteros

La dirección de los trabajos revolucionarios en Montevideo estaba confiada al llamado Club de la Defensa, que se componía de todos los conservadores, algunos colorados exaltados, y muchos legionarios extranjeros. Ese club trató de extender sus ramificaciones á campaña, donde solo consiguió arrastrar al coronel Brígido Silveira del departamento de Minas, al cual debido á los trabajos de los directores revolucionarios, se le plegaron algunos oficiales y jefes sin prestigio ni reputación popular.

La revolución debía surgir de una reunión del teatro de San Felipe al cual debía asistir armado todo el Club de la Defensa, mientras Brígido Silveira con los elementos que tenía preparados en Minas debería dirigirse á marchas forzadas sobre la Capital en sostén de sus amigos, y una conspiración de bandidos contratados, entre los que se contaban algunos legion-

rios italianos de los que en Bahía Blanca habían asesinado á su coronel el conde Olivieri, y muchos de los legionarios que el Gobierno inglés había enganchado para la guerra de Crimea, gente insubordinada, inmoral y vandálica que luego se apresuró á dispersar por todo el mundo haciéndola salir cuanto antes de Inglaterra. Una conspiración semejante era la encargada de atacar la casa del Presidente constitucional, armados los conjurados de escopetas y puñales envenenados, debiendo asesinar al Presidente, á sus ministros y á los principales jefes de la Guardia Nacional.

El Gobierno casi exclusivamente colorado, desbarató ese horrible plan prohibiendo la reunión del teatro San Felipe por medio de un Acuerdo que después de varios acertados y oportunos considerandos terminaba así:

« Aconsejando los deberes imprescindibles de la autoridad « responsable del sosiego público la adopción de medidas *que « puedan prevenir el mal* y LA PENOSA NECESIDAD DE REPRI- « MIRLO, evitando al mismo tiempo que ciudadanos bien inten- « cionados sean envueltos en las consecuencias funestas de « aquel abuso.

« El Presidente de la República acuerda y resuelve: que se « prohiba por la Policía la reunión pública anunciada para hoy « en el teatro de San Felipe y Santiago y *toda otra reunión « en que se levante* la bandera de CUALQUIERA de los antiguos « partidos.

« Circúlese á los jefes políticos esta resolución para su más « severo cumplimiento, y póngase en noticia de la H. Comisión « Permanente.

« GABRIEL A. PEREYRA.
« JOAQUÍN REQUENA.
« CARLOS DE SAN VICENTE.
« LORENZO BATLLE. »

De propósitos y medios como los que se propusieron desenvolver los revolucionarios solo puede hacerse uso cuando se defiende una causa semi-extranjera como era la de la anexión provincial, cuando se cree contar con una reserva que se considera segura en país extranjero y que lleva hasta el desprecio del paíspropio, y cuando la esperanza, la ilusión y el deseo del triunfo, por injusto que sea, ofusca la mente y endurece el corazón al extremo de convertir á los revolucionarios en furias destructoras y sanguinarias, sin ningún género de consideraciones, y sin respeto alguno por las leyes, por la tranquilidad, por las instituciones, por la patria.

No; la política no tiene ni debe tener por objeto destruir, saquear, destrozar, talar las naciones, esclavizar las familias y las generaciones, derrribar las instituciones, desconocer los derechos de los ciudadanos, y ensangrentar los países, sembrando el espanto, la desesperación, el sufrimiento y el terror, bajo los pasos de los que se titulan regeneradores. No; el ideal de los partidos políticos no puede ni debe ser el siniestro plan de derribar los templos, las creencias y las instituciones populares para reemplazarlos con la imposición glacial y la desnudez muda del desierto. La aprobación de los actos públicos que se anhele de los contemporáneos y de la posteridad no debe procurarse dejando todo reducido al hálito helado de los pueblos conquistados; sinó procurando que los vientos del progreso al agitarse, levanten los emblemas de la libertad de la concordia, de la fraternidad y del derecho, grabados en las banderas del pueblo; dejando caer en el polvo del olvido el pendón negro de la venganza del odio de la desolación y de la discordia, que sin que lo anime soplo alguno de vida, cae á lo largo de su asta para sepultarse entre los sepulcros las ruinas y los escombros del pasado.

La complicidad del gobierno de la Provincia de Buenos Aires con los conservadores revolucionarios era tan evidente que «La Prensa» diario independiente é imparcial de Buenos Aires decía aún bajo la amenaza de los procederes arbitrarios de

aquel gobierno cuando tuvo lugar la espedición de César Díaz, lo siguiente:

« La revolución se ha hecho, y ella se cimenta con la sangre
« oriental que corre á torrentes.»

« Esa revolución ha sido un presente griego hecho por nues-
« tros hombres de acá á los genios insubordinados de allá á
« quienes se ha incitado diariamente con la prédica incendiaria
« que lanzaba *El Nacional* redactado por su hombre de confian-
« za, el Dr. Gómez.»

« En la Banda Oriental *no había elementos* para formar una
« revolución *que pudiese causar serios temores* al gobierno legal.
« Había tres ó cuatro descontentos que no reunían suficiente
« prestigio para empujar á las armas las masas de la campaña,
« y que nunca podrían haber hecho otra cosa que reunir peque-
« ñas montoneras que no se habrían hecho sentir fuera de sus
« respectivos departamentos.»

« La organización, la dirección, el apoyo moral y material,
« que son el alma de esos movimientos desastrosos, TODO HA
« PARTIDO DE BUENOS AIRES, cuartel general de la funesta
« campaña que se ha abierto contra la paz y el progreso en que
« marchaba la República Oriental.»

« Pero los hombres que han soltado y asuzado sobre aquel
« país las fieras de la guerra civil, *deben tener y tienen alguna*
« *mira ulterior, algún gran propósito* que así los induce á con-
« vulsionar y asolar un país, exánime ya con anteriores luchas,
« *con tal de hacer triunfar* SU ABOMINABLE ASPIRACIÓN.»

Brígido Silveira levantó en Minas el estandarte de la rebelión sin poder invocar un principio, sin causa alguna que la justificase, sin bandera nacional que levantar en aquella circunstancias en que la consolidación de las instituciones era el bien supremo de la patria. No teniendo razón alguna, tomó por pretexto de su actitud desordenada la exigencia de un cambio de Ministerio; como si el nombramiento de Ministros estuviera confiado por la constitución á los caudillejos, y no á los Presidentes constitucionales de la República.

La rebelión avanzó hasta las puertas de la capital para favorecer el desembarco de los enganchados del General César Díaz el cual debía ponerse al frente del movimiento y proceder entonces de acuerdo con la conspiración de lombardos que quedó aplazada cuando la prohibición de la reunión de San Felipe.

La conspiración fué descubierta el 2 de Enero, y los conspiradores mataron al ciudadano Angel Vidal, sobrino del Presidente, que iba entre las fuerzas de Guardias Nacionales que los sorprendieron. Se les encontró gran cantidad de puñales de tres filos envenenados, con los que debían iniciar una horrenda carnicería que á no haber sido descubierta á tiempo hubiera horrorizado y conmovido angustiosamente la sociedad, haciéndole á más sufrir dolorosas é irreparables pérdidas.

El espíritu de partido en odio al adversario ha pretendido deificar como hacían los romanos con sus monstruosos emperadores, á hombres que no pueden ser disculpados por el juicio imparcial de la historia. Los unitarios de Buenos Aires, aliados de los conservadores, habían intentado asesinar al General Urquiza, que les había abierto las puertas de la patria, eximiéndolos de pedir perdón á Rozas en caso de que hubieran querido regresar para tomar parte en la vida pública; ó eximiéndolos de la resignación consiguiente en caso de que hubieran resuelto volver á permanecer oscuros y tranquilos después de haber pretendido muchos, como Rivera Indarte y muchos insignificantes, hacerse pasar por perseguidos políticos La muerte de Urquiza fué decretada por la sociedad secreta llamada *Juan-Juan,* y el asesinato que quedó frustrado debió verificarse en el Club del Progreso adonde aquel general debía ser invitado. Conservadores y colorados habían intentado TRES VECES el asesinato de D. Manuel Oribe, una durante la guerra de los *Treinta y Tres; otra cuando fué Presidente* y la tercera *después de la pacificación*, durante la Presidencia de D. Manuel Basilio Bustamante.

Ahora se intentaba el asesinato del Presidente Pereira, valiéndose de los anuncios y de la ayuda que debía proporcio-

narles el mayor Lezama, *el ayudante incorruptible* del Presidente, por quien había sido ascendido y tratado con las mayores consideraciones. Era él quien debía facilitar la entrada á una horda de bandidos extranjeros que se proponían asesinar al Presidente y á todas las personas que lo rodeaban. Esta conspiración reviste los caracteres más negros y más odiosos, y revela la falta de escrúpulos y de principios sólidos de rectitud y de moralidad en los autores de semejantes planes horrendos y siniestros. Esa conjuración no sólo no tiene precedentes en nuestra historia, sinó que no los tiene tampoco en la historia de ninguna de las naciones de América. Para encontrar algo semejante es necesario remontarse al siglo trece y encontrar en una isla de Italia en 1282, algo parecido, en aquel crimen tremendo que se llamó *las Vísperas Sicilianas*, y que llenó de consternación de horror y de indignación al mundo entero por los siglos de los siglos.

El premio que se les había prometido á aquellos aventureros mercenarios, muchos de ellos criminales famosos, sedientos de sangre y ávidos de rapiña y de pillage, era nada menos que el saqueo de la ciudad de Montevideo; uno de los crímenes más grandes que pueden cometerse, y uno de los castigos más horribles que pueden imponerse á una ciudad vencida. Antipático se hace un general, un conquistador, que marque el paso de sus campañas con el saqueo de las ciudades; pero ¿qué diremos de un ciudadano que entrega al saqueo la propia capital de su misma patria?

¿Qué pensaremos de orientales que pagan el precio de sus criminales mercenarios con las lágrimas, la sangre, los horrores y la desolación de un saqueo en la misma querida Capital de la República?

La señal para la consumación de este plan nefando é infernal, era el embanderamiento de las casas de los revolucionarios; pues inútil é imposible era hacerlo con las covachas y barracas de los asesinos conjurados. Quedaban así señaladas las casas que no debían ser atacadas. Muchas de las indicadas eran ya

conocidas de antemano por los asaltantes, pero para el día del crimen, llegado el momento del saco general, quedaban en un momento señaladas las de los que debían ser innumerables víctimas del atroz y criminal desborde sangriento.

El cuerpo de serenos descubrió en diversos puntos de la ciudad reuniones sospechosas, de las cuales algunas resistieron á la Guardia Nacional, pero vencidos y hechos prisioneros muchos de los conjurados, por ellos vino á saberse con precisión toda la extensión de aquel vasto plan de asesinato. Se descubrieron también muchos depósitos de armas y municiones introducidas en su mayor parte de Buenos Aires. Y el Gobierno mandó bajar las banderas, que confiando en el secreto de los conjurados, los revolucionarios ostentaban ya con el mayor escándalo, como señal é incentivo de la matanza á que debían entregarse los conspiradores.

Como se vé, hay un plan una idea dominante y consecuente en el fondo de todos los actos de los revolucionarios, y sería estudiando á fondo este punto cómo se explicarían los brindis que se pronunciaron en la comida habida en la quinta de César Díaz, en la cual brindó él por el exterminio de los blancos hasta la quinta generación; cómo se explicaría el furor y frenesí que dominó á los revolucionarios; y cómo quedaría demostrado su programa de sometimiento tiránico del país; sin que dé disculpa á esa revolución ningún principio justo, ninguna razón patriótica, ningún pretexto recomendable.

El fracaso de ese inicuo complot pulverizó una de las tres piedras angulares de la revolución de César Diaz. Le quedaban los enganchados que él traía de Buenos Aires, y el contingente de lo que había podido reunir en campaña Brígido Silveira, Este caudillejo se dirigió á las cercanías de la capital con el objeto de incorporarse al General Diaz, y su fuerza reclutada entre los peores elementos sociales y en la que se habían reunido todos los seides del desorden, señaló su paso hasta los extramuros de Montevideo estampando las huellas del pillaje y del terror propios de la iniciación de una bárbara guerra

de exterminio. Esa gente practicó en su tránsito todo género de desórdenes y saqueos en los pueblos y poblaciones aisladas por donde pasaron; manifestaron en todas partes su peligrosa composición y el desenfreno de las pasiones iracundas sanguinarias y feroces que dominaban á los hombres de la revuelta. De semejante gente no puede decirse que se mancharon, pero si que se distinguieron por execrables asesinatos cometidos en distinguidos funcionarios públicos, y en ciudadanos pacíficos, miembros apreciados de la sociedad que consideró, con razón irreparable su violenta pérdida. Al llegar al Colorado sorprendieron algunos policías, hicieron merced á eso porción de muertos, y se cebaron en los cadáveres con un júbilo, una saña y una ferocidad verdaderamente dignos de las hordas de *Catriel* ó de *Calfucurá*. Se ensañaron particularmente con el Comisario don Luis Pedro Herrera, apreciable ciudadano á quien bárbaramente destrozaron y mutilaron con inaudita ferocidad; y sabe Dios hasta dónde hubieran llegado en esa ocasión los excesos de aquellos desalmados sin ley y sin freno, si el Mayor Lacalle con un puñado de valientes no se hubiera sostenido en esa acción, rechazando el ataque de las hordas feroces capitaneadas por Brígido Silveira. Al llegar á las cercanías de Montevideo ejercieron toda clase de arbitrariedades y atropellos, haciendo víctimas de crueles venganzas á las personas que no se prestaban á engrosar las filas de aquella banda sangrienta, convertida en desordenada montonera.

Todos estos hechos perfectamente conocidos, contrarios á la moral y á las más rudimentarias nociones del derecho de gentes, que sublevan la indignación de toda persona imparcial y no pueden menos que atraerse el juicio condenatorio de la historia, no debieron jamás haber sido silenciados y disimulados por los escritores públicos, por que el crimen en semejante forma no es delito político, es crímen vulgar, sujeto á la general condenación de lo inmoral y de lo horrendo; y ni el temor de la exaltación partidista colorada, ni una versión de partido impuesta por su propaganda y por sus gobiernos con aspiración á una tiránica

consagración, ni la falta de resolución para romper con las mistificaciones que empiezan por la moda y se perpetúan por el esfuerzo tiránico de una propaganda exclusivista; nada de eso ha podido disculpar, ni menos justificar, á los escritores públicos que pretenden arrojar todo el peso de la condenación histórica sobre el resultado que esos hechos engendraron y produjeron; más graves y más condenables mil veces que el hecho mismo que quiere aparatosamente condenarse—Esa conducta demostrará siempre que esos escritores ó parciales, ó cortesanos de hecho de los gobiernos colorados; no rinden verdadero culto á la moral, ni á la imparcialidad, ni á la verdad, ni á la justicia.

El General César Díaz llegó al Cerro el 6 en la GOLETA DE GUERRA MAIPÚ, *de la armada del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires,* como una prueba más de los proyectos de anexión-provincial, y de la connivencia de aquel Gobierno con los anarquistas. Desembarcó á la luz del día sus enganchados, gentes pagadas con el oro de la tesorería de Buenos Aires, y criollos la mayor parte de la bella Italia, domiciliados casi todos en la Boca del Riachuelo. Con ese contingente buscó la incorporación de los elementos no menos puros de Brígido Silveira, y se puso á la cabeza de esa horda convertida en ejército dispuesto á emprender operaciones, pero con la esperanza siempre de nuevos refuerzos del Gobierno de Buenos Aires.

Semejante proceder de parte de un gobierno que estaba en paz con la República, llamó la atención internacional del Gobierno de don Gabriel Pereira y de los gobiernos de la Confederación Argentina y del Brasil; los cuales alarmados por el propósito de hundimiento de nuestra nacionalidad, por la amenaza que eso entrañaba para la Confederación Argentina, y por la irregularidad que significaba para el Brasil tan escancandalosa violación del tratado de 1828, haciendo desaparecer un Estado intermedio que mantenía el equilibrio, la paz y las buenas relaciones entre las tres naciones limítrofes, ofrecieron al gobierno Oriental su concurso como aliados naturales para salvar la nacionalidad y mantener nuestra independencia

según la convención de 1828; pero contingente que se redujo únicamente á su efecto moral, pues el Gobierno Oriental no lo aceptó; siéndole sobradamente suficientes los elementos nacionales para triunfar de los extraviados revolucionarios. Por su parte el gobierno de Pereira casó el exequatur al agente del Gobierno de Buenos Aires acreditado en la República, y rompió toda relación política con aquella Provincia. Las relaciones de la Confederación no eran cordiales con el gobierno de Buenos Aires. Y el Gobierno del Brasil intimó á esa Provincia por intermedio de su cónsul señor Pintos el impedimento de ayudar con socorros, armas ú hombres á los revolucionarios; quedando estos así reducidos á sus solas y exclusivas fuerzas.

Tan luego como César Díaz estuvo al frente de todas las fuerzas revolucionarias, estas iniciaron algunos ataques á la plaza, que fueron rechazados por los guardias nacionales, entre los cuales figuraban el inolvidable filántropo don Juan D. Jackson, Ernesto de las Carreras, Vazquez Sagastume, doctor Juan J. de Herrera, doctor Lapido, señores Berro, Artagaveitia, Manuel Larravide, Salvañach y muchas otras personas distinguidas.

En uno de esos ataques se pasó á los revolucionarios, con los cuales estaba de acuerdo, el cuerpo de Artillería, con el oficial Freire á la cabeza, á quién esos días había el Gobierno ascendido á Sargento Mayor. En esos momentos una comisión de amigos políticos de los revolucionarios solicitó del Gobierno bases de arreglo. El Gobierno se felicitó de ello, demostró los mejores deseos, y les manifestó á los intermediarios que bastaba que los revolucionarios acatasen la autoridad nacional y abandonasen su actitud hostil deponiendo las armas, para que el Gobierno los respetase y no los responsabilizara por los males que habían causado, comprometiéndose á echar un velo sobre lo pasado. Los revolucionarios contestaron : *que no habían venido á recibir mercedes sinó á otorgarlas*—NO ESTANDO EN EL CASO DE PACTAR SINÓ DE IMPONER.

Mucho se equivocaron si creyeron que la deserción indecorosa del Cuerpo de artillería iba á llevar el desaliento á los dignos

Guardias Nacionales sostenedores de la plaza y del orden constitucional; pues ese contingente de fuerza llevada por medio de la traición á aquella horda vandálica, no hizo sinó retemplar el ánimo patriótico de aquellos ciudadanos armados, hombres decentes y de honor, conscientes y de firmes convicciones; que comprendían que en aquellos momentos les estaba confiada la misión de la salvación, no solo de un principio político, sinó también la salvación de la nacionalidad, y de las bases fundamentales en que reposa la tranquilidad social, puesta en peligro por un género de revolucionarios que contaba entre sus medios el saqueo, el robo y el asesinato, y que hacían uso entre sus instrumentos, de conjuraciones de mercenarios y de puñales envenenados. Firmes en sus puestos los guardias nacionales se decidieron á no omitir sacrificio alguno para salvar el país de las garras de una revolución que condenaban por sus ideas, por sus propósitos, por sus fines y por sus medios, considerándola un peligro de tremenda gravedad para la República.

Sin poder esperar ya recursos de Buenos Aires, y fracasada como hemos dicho la siniestra conspiración con que los revolucionarios contaban dentro de la ciudad, César Díaz comprendió la urgencia de resolver, ó la posibilidad de la toma de la plaza ó la necesidad de retirarse á hacer la guerra en campaña; pues ya le inquietaban las fuerzas que se levantaban á su retaguardia al llamado autorizado del general Moreno, el general Egaña, el coronel D. Dionisio Coronel, los comandantes Bernardino Olid y Timoteo Aparicio y de otros jefes prestigiosos, que lo ponían en peligro de encontrar cortada su retirada y de verse rodeado por un círculo de fierro y vencido seguramente sin remedio por las divisiones departamentales.

En vista de la situación que los amenazaba, los revolucionarios decidieron llevar un ataque decisivo á la plaza en la madrugada del día 9 de Enero. Al afecto pretendieron llamar la atención de la guarnición por los flancos, mientras el grueso de las fuerzas revolucionarias cargaba por el centro al mando de los mayores Farías y Patiño. El combate duró seis horas, durante

las cuales los valientes guardias nacionales sostuvieron un nutrido fuego, acabando por derrotar completamente á los revolucionarios muriendo el mayor Farías en el ataque y quedando gravemente herido el mayor Patiño. Rechazados los atacadores huyeron despavoridos y en completa desorganización: y si el Gobierno hubiera dispuesto ese día de fuerzas de caballería con que emprender la persecución, la revolución hubiera terminado allí mismo, evitándose así los excesos que continuó cometiendo.

En completa desmoralización fueron los revolucionarios á rehacerse en San José, donde bajo pena de muerte impusieron una fuerte contribución al pacífico vecindario de aquel pueblo, practicando el saqueo de muchas casas; para obtener así oro ageno con que contentar á la chusma mercenaria y vandálica que acaudillaban. Los anarquistas habían palpado el horror con que habían sido mirados por los habitantes de la capital, nacionales y extranjeros honestos, indignados y horrorizados por los actos repugnantes que habían cometido en la campaña y en los mismos extramuros de la capital; asesinatos, sequeos, violaciones, descuartizamiento de hombres rendidos, y estupro de infelices jóvenes; hechos de que habían sido víctimas personas de todas nacionalidades, edades, y sexos. Actos semejantes eran las consecuencias lógicas del programa de sangre y exterminio que habían proclamado los revolucionarios en su satánica propaganda. Juan Carlos Gómez había amenazado con que *habían de ser colgados en la plaza pública* los vencidos de la revolución; y *La Tribuna* de Buenos Aires á la sombra de César Díaz lanzaba este grito salvaje de matanza, que parece forjado por un tigre en el instante más agudo de su hambre carnicera:

« Corra sangre en los desiertos
« Por los pueblos y cabañas
« Sangre corra en las montañas
« Griten sangre hasta los muertos ».

Consecuentes con semejantes principios los revolucionarios marcaron los pasos de su sangrienta empresa con el saqueo á título de contribución de guerra de los pueblos de Minas, San Carlos, Santa Lucía, Piedras, Canelones, San José, Florida; con el asesinato de honorables y pacíficos vecinos como don Jorge de las Carreras que se encontraba tranquilo en su estancia de la Florida y al que sacrificaron sin más causa que el ser hermano de don Antonio, el ministro de Gobierno. Calcúlese, pues, la suerte que le estaría reservada al ministro mismo, en el caso del triunfo de los anarquistas. Don Pablo García fué igualmente sacrificado á la luz del día en el pueblo de Las Piedras; D. Agustín Castillo asesinado en el Paso del Molino; el comandante Torres, comisionado del resguardo de la pólvora también cruelmente inmolado como otros más, y como complemento inicuo de todos estos delitos de criminal barbarie, los atentados ignominiosos contra indefensas mujeres como en los casos de las familias del Sr. Casas y de Tudurí. Semejantes hechos bárbaros y siniestros tienen todavía un apéndice luctuoso en el saqueo é incendio de la casa y quinta del comandante don Juan Angel Alvarez muerto en la acción de Cagancha sosteniendo las instituciones. Ese hecho infame fué verificado en presencia de la esposa é hijos del desgraciedo patriota á quienes se obligó á presenciar la quemazón sin permitirles salvar ni un solo artículo de vestido, ni sus papeles, ni cosa alguna, dejando así sin hogar á la infeliz esposa y á sus desamparados hijos huérfanos de padre, en venganza por haber cumplido éste con su deber y con su conciencia.

Estos crímenes inauditos, estos procedimientos bárbaros de los revolucionarios, lejos de atenuar venían á aumentar y á agravar sus delitos políticos, ya de por sí gravísimos, desde que atentaban contra la nacionalidad, contra las instituciones, contra el Gobierno constituído y contra la era de concordia y de regeneración en que había entrado la República, y que el patriotismo indicaba debía ayudarse, respetarse y sostenerse, dadas las infinitas desgracias que habían pesado sobre el país.

Tales sucesos sin nombre conmovieron profundamente al país entero, que si hubiera sido necesario se hubiera levantado como un solo hombre para ahogar una revolución semejante; lo que no sucedió por haber sido suficiente la vanguardia de seis mil hombres que se levantó en pocos días, para concluir con una revolución tan criminal y escandalosa, que sólo en un mes y días había verificado semejante relativa enormidad de crímenes.

¿Cuándo jamás una revolución blanca aunque haya estado meses y años en campaña ha cometido hechos semejantes? Es que las revoluciones blancas han sido revoluciones cívicas compuestas de ciudadanos y no de mercenarios; y han tenido un propósito noble y patriótico, y no ha sido jamás su bandera el crimen de lesa patria de suicidar la nacionalidad por medio de una anexión—provincial al extranjero.

Después de haber sido rechazados los revolucionarios en los muros de Montevideo y de haberse rehecho en San José, fueron alcanzados por el general Moreno, que aunque tenía orden del gobierno de no aventurar un ataque hasta que se le incorporasen las demás fuerzas, libró con los caballos cansados la batalla de Cagancha, que aunque fué bastante reñida no dió un triunfo completo al gobierno, como lo hubiera dado si el general Moreno hubiera esperado la incorporación de otras divisiones. La caballería de César Díaz fué derrotada, y su infantería superior en número á la de Moreno, se vió precisada á formar cuadro para resistir los ataques de la caballería, sosteniendo el fuego durante algunas horas. Moreno quedó dueño del campo y los revolucionarios sumamente reducidos emprendieron la retirada á marchas forzadas dispuestos á eludir nuevos encuentros con las tropas del Gobierno, á las que en seguida se le incorporaron las fuerzas de don Dionisio Coronel.

Los revolucionarios, sin dejar de comprender que estaban irremisiblemente perdidos, continuaron en sus vandálicos excesos, ultrajando el honor y la moral con una iniquidad de proceders atentatorios á la civilización; y se esforzaban en pasar

el Río Negro con alguna esperanza aún de poder rehacerse en los departamentos del Norte, procurándose á sangre y fuego elementos con que continuar el desorden y la revuelta.

Al dar principio la revolución con sus violencias, el Gobierno había expedido el siguiente decreto:

« Ministerio de Guerra y Marina.

« Montevideo, Enero 1º de 1858.

« Considerando que la paz pública es una de las primeras
« necesidades del Estado, y que ella no puede conservarse sinó
« teniendo por base el respeto y la obediencia á las autorida-
« des constituídas; que ese respeto y obediencia es un deber
« en todos los ciudadanos indistintamente y un deber impres-
« cindible en los jefes y oficiales y demás empleados de la
« República; que habiéndose alzado en abierta rebelión con-
« tra el gobierno, varios jefes capitaneados por los traidores
« Brígido Silveira, Farías y otros, el gobierno se encuentra
« en la indispensable necesidad de castigar con todo el rigor
« de la ley esa rebelión injustificable, á menos de abdicar los
« derechos y deberes que le competen por las leyes fundamen-
« tales del Estado, ha acordado y decreta:

«Artículo 1º Declaránse reos de lesa patria á los traidores
« Brígido Silveira y demás jefes y oficiales que se hayan pres-
« tado ó se prestaren á apoyar la rebelión contra el gobierno.

«Art. 2º Ordénase á las autoridades civiles y militares de la
« República, que en caso de ser aprehendidos los autores de
« la rebelión, procedan á juzgarlos con brevedad y pronta
« aplicación de la ley.

«Art. 3º Comuníquese, publíquese, & &.

PEREIRA.
ANDRES A. GÓMEZ.



Después de la retirada de César Díaz en Cagancha y ante los nuevos actos vandálicos ejecutados por los revolucionarios el Gobierno ordenó la reunión de todas las fuerzas que lo sostenían que contaban seis mil hombres; nombró general en gefe para mandarlas al Brigadier general don Anacleto Medina, y le ordenó que activando sus marchas marchase inmediatamente sobre los sediciosos y terminase la revolución dando cumplimiento al decreto del 1° de Enero.

El ejército de los revolucionarios había quedado reducido á trescientos y pico de hombres desmoralizados, pues su caballería había huído á Minas con Brígido Silveira después del combate de Cagancha. Ahora huía al Norte César Díaz perseguido por el ejército del Gobierno, y gastando sus últimas municiones cubriendo su retirada hostilizada por las guerrillas de la vanguardia del ejército constitucional.

Al llegar al Paso de Quinteros en el Río Negro creyó el General Díaz que ya se encontraba en el Norte y podría ganar algún espacio mientras pasaba el paso el ejército de Medina. Pero el viejo soldado de las guerras de la Independencia, más extratégico que su enemigo, había hecho pasar de antemano el Río Negro por el paso de Baigorria y por picadas falsas; y antes que César Díaz pasara el Río por el Paso de Quinteros lo habían pasado ya por otros puntos el Gefe de vanguardia Coronel don Dionisio Coronel, quien destacó con el mismo objeto al Comandante don Gervasio Burgueño, el Comandante don Timoteo Aparicio con la división de la Florida, el Comandante don Bernardino Olid con la división de Maldonado, el Comandante don Agustín Muñoz con la de Cerro Largo; todas estas fuerzas arrollaron cuanto encontraron á su paso y cortaron la marcha á César Díaz, formando un semi-círculo de hierro, mientras que á su retaguardia el General Medina dueño ya del Paso de Quinteros les cortaba la retirada haciendo el círculo completo, y dejando á los revolucionarios encerrados en un anillo de hierro imposible así ni de intentar siquiera de romper. En las fuerzas del lado de Medina estaba su gefe de

Estado Mayor Coronel Lasala, el Coronel Jeremías Olivera, la artillería al mando del distinguido oficial don Manuel Perea, la infantería al mando del bravo Teniente Coronel don Lesmes Basterrica, que por sí solo hubiera concluído con la infantería del enemigo; una fuerza de caballería al mando del mayor don Ignacio Madriaga, la escolta del general Medina al mando del comandante don León Mendoza, y á más fuertes masas de caballería mandadas por el coronel don Basilio Muñoz con la división del Durazno, y por el comandante don Rafael Rodríguez con la división de San José.

Verdaderamente, todos estos gefes valientes y veteranos, con un ejército entusiasta y poderoso de seis mil hombres, en una magnífica posición extratégica, con el primer general del país á su cabeza habiendo arrollado cuanto habían encontrado por delante, rodeando á un enemigo vencido, desmoralizado, sin fé, sin entusiasmo y sin municiones, reducido á trescientos y pico de hombres; francamente, esos bravos y aguerridos gefes orientales, no merecerían ni el nombre de militares, si en semejantes circunstancias se hubieran dejado imponer condiciones por un puñado de mercenarios y anarquistas que no pudieron hacer otra cosa más que rendirse á discreción.

Por eso lo de la capilulación pudo forjarse en el Consulado de los Estados-Unidos por el suegro de César Díaz, General Enrique Martínez, y pudo ser aceptado y revestido de colorido por la imaginación de Juan Carlos Gómez; como medio de deslustrar el triunfo del gobierno, de dar salida al despecho de la derrota, de tratar de hacer olvidar las iniquidades de los revolucionarios, y de pretender con el ruido hacer olvidar el error y la ridiculez de un estrafalario plan político; pero no pudo ser jamás aceptado fuera de la exaltación partidista; ni mucho menos pasar por una verdad que pueda ser admitida por la historia.



CAPÍTULO XLIII

Documentos relativos á Quinteros

Para mayor abundamiento y aclaración consideramos conveniente la reproducción de algunos documentos históricos, que aunque repetidas veces han visto la luz pública, son comprobantes pertinentes al caso, y siempre útiles auxiliares para la interpretación filosófica de los hechos. He aquí algunos:

PROPAGANDA DE LA CONSPIRACIÓN CONTRA EL ORDEN Y LA POLÍTICA DEL GOBIERNO

«Los defensores de la libertad del Estado Oriental deben extender la vista al pasado y comprender, que el bando de infames asesinos que hoy rodean al Presidente Pereira es el mismo de ayer, y que si él ha renegado de sus principios y se ha ligado á esa horda de bandidos, debe ser considerado y tratado como á tal. Deben estudiar con cuidado el pasado para recordar la guerra que ellos saben hacer y tener presente que serán robados y asesinados uno á uno en el caso de sufrir contraste; entonces, nada más justo que igualar la guerra. Guerra de confiscación y muerte saben hacer ellos, *con guerra de confiscación y muerte se les debe responder*. ¿A qué consideraciones con quien no las comprende ni las agradece? Contra los tigres no hay otras doctrinas que la lanza, porque ellos siguiendo su instinto solo saben devorar.

Ya que el señor Pereira ha querido hacerse desgraciado que lo sea, las generaciones que le sucedan en su familia sabrán maldecir su memoria. Los bienes de este, de los que lo rodean y de todo el bando rosín oribista, deben responder á los gastos de guerra y perjuicios.

El valiente coronel Tajes debe tener muy presente el asesinato de su hijo y el de los ilustres patriotas que perecieron en

el Fuerte, *y á quien guerra á muerte sabe hacer, con guerra á muerte se le debe responder.*

Dios le ha permitido al hombre destruir todas las plantas y reptiles venenosos: le ha permitido destruir todo lo que daña al hombre ¿y qué vívora hay más venenosa que esos hombres? Acabar con ellos, sus hijos y nietos es un principio de religión de humanidad y de virtud. Destruir esa generación es un principio que está santificado por Dios, que lo exije con imperio la razón: lo demanda á gritos la justicia, y lo persuade la conciencia de todos los hombres honrados, pensadores y prudentes: es una necesidad urgente que nos demanda el porvenir de los pueblos, porque si no se hace este ejemplar dejamos una escuela de fatales resultados para el porvenir.

Preciso es que los hombres de la defensa recuerden lo que han sufrido, y lo que sufrirían en caso de tener algún contraste las armas de la libertad. Preciso es recordar los quebrantos que ha sufrido la República ocasionados por hombres que vendieron su patria á un tirano, y con arreglo á eso marchar con firmeza dando principio al EXTERMINIO y CONFISCACIÓN en todos los puntos que dominen las armas DE LA LIBERTAD; de lo contrario, la guerra es desigual y viendo los soldados de la libertad que no se adopta una marcha enérgica y firme pronto entrará el desaliento; faltarán los recursos, y ellos con su antigua táctica, tomarán vuelo y llevarán la ventaja que siempre han llevado.

La experiencia nos ha mostrado ya que sin esa medida, es imposible que se acabe la guerra civil en las dos márgenes del Paraná y del Plata, y siendo esta una necesidad imprescindible, es preciso endurecer el corazón y adoptarla — *á quien guerra á muerte sabe hacer, con guerra á muerte se le debe responder* —Si ellos abrieron la escuela para destruir todo lo bueno, para degollar á todo hombre de honor, y si son los verdaderos autores de los males que han sufrido las dos Repúblicas del Plata, abran de nuevo la misma escuela de Rozas y Oribe, y si ellos la establecieron para acabar con todo lo bueno, y para asesi-

nar lo más notable de nuestra patria, ¿qué cosa más llana y sencilla lavar con sangre, las manchas de sangre?....

La fusión es una mentira, la fusión es imposible, el tolerantismo, un crimen de lesa patria, y los soldados de la libertad deben preferir que se acabe la especie humana, antes que se pierda la campaña.

Con el terrorismo, el robo y el pillage alentó Rozas y Oribe á sus tropas de bandidos, con el terrorismo se les debe contestar; *y á quienes son tan amaestrados en la guerra á muerte, con guerra de incendio, desolación y muerte se les debe responder.*

No hay remedio—la necesidad es urgente, y ya se debe declarar por traidores á todos los que no se presenten á engrosar las filas *de la libertad.*

Cerraremos nuestros escritos con unas cuantas palabras. « Desde el Cerrito hasta Catamarca se levantan 25 mil sombras pidiendo *venganza, venganza,* cuyos gritos hieren mis oídos repitiendo *venganza*—miles espectros de víctimas ilustres se me presentan en las altas horas de la noche, y sacudiéndome de un brazo, me dicen—levanta y corre á las armas que tus mayores pedimos *venganza!!!* . . . . entonces no hay otro remedio que escuchar estas palabras:

¡¡Corra sangre en los desiertos...
En los llanos y cabañas...
Sangre corra en las montañas...
Griten sangre... hasta los muertos!!!

CORRESPONDENCIA DE MONTEVIDEO ESCRITA Á LA «TRIBUNA» DE BUENOS AIRES, EN QUE SE REVELA EL PLAN DE LOS ANARQUISTAS

Montevideo, Diciembre 17 de 1857.

«La paciencia acabó. Estamos en plena revolución. Toda la campaña se ha puesto en armas de un extremo á otro, y marchan fuerzas numerosas sobre la capital.

El Departamento de Paisandú tomó las armas, nombró su gefe político á Mundell y fué destacada una fuerza á las órdenes de los coroneles Fausto y Sandes para caer sobre Lamas en el Salto. El general Flores se apoderó de todo el armamento que había en San José, y reunió los colorados de este Departamento. El Comandante Caballero puso en armas el Durazno. Bríjido Silveira se enseñoreó de los Departamentos de Minas y Maldonado, y todas estas fuerzas marchan sobre la Capital, formando la vanguardia el valiente coronel Tajes con las fuerzas del Departamento de la Florida, de las cuales re cibimos noticias que se hallan en Canelones, á nueve leguas de distancia, quedando Flores en Santa Lucía á doce leguas, y Bríjido al Sud á once.

La aparición de estas fuerzas frente á Montevideo, será la señal de la disolución de la mazorca de Pereira y Requena, pues empiezan ya á abandonarlo todos los que estaban al lado de ellos por creerlos el sol que más calienta.

Ante el peligro todos los hombres del actual gobierno han perdido la cabeza, andan sin sombra, y no se les ocurre cosa mejor que destierros sobre destierros.

Ahí les van trece ó catorce, y cuentan que llega á ochenta la lista.

¿Les darán tiempo los sucesos para expatriar á los demás? Para que vds. comprendan el estado de disolución en que queda este gobierno, me bastará decirles que el embarque de los desterrados ha sido una ovación, que un gran concurso de pueblo los acompañaba, y hasta los soldados del batallón de artillería, formados sobre la muralla del cuartel, les daban vivas y los saludaban con las gorras y pañuelos al pasar el vapor frente al Fuerte de San José.

Para conjurar la tormenta el gobierno ha dividido la República en cuatro secciones, confiando al general Medina el mando militar de la 1ª, en que entran los departamentos de Canelones, Florida y San José dominados por la revolución, el mando de la segunda al general Costa, que bien se guardará

de meterse en honduras y de asomar las narices por los departamentos de Paysandú, Soriano y Durazno, de los cuales ha desaparecido el partido *blanco*; el mando de la tercera á Lamas, que á esta hora huirá de Fausto y de Sandes á todo escape, y el mando de la cuarta, Maldonado y Minas, al coronel Villagran, que ya entregó sus armas y gente á Brijido.

Se dice que se vá á promulgar la ley marcial y á declarar á Montevideo en estado de sitio.

Herrera corre por las calles de lanza. No le bastan ya las pistolas que no lo abandonan.

Se llama á toda prisa la guardia nacional, que oye como quien oye llover los decretos declarándola en Asamblea.

Todas las fuerzas de los alrededores se reconcentrarán á la Capital, y se acantonarán. La policía del Cerro ha tirado las armas, y ha dejado solo al Comisario. La de Peñarol se ha venído á escape, al saber la aproximación de Tajes. La plaza es un campamento de caballería, que viene á refugiarse al amparo de los cantones.

Tal vez el «Menay» les lleve la solución, y en vez de nuevos desterrados, alguna barcada de emigrados *blancos*, inclusos los que forman la *guardia de salvación pública*.

Los Ministros y Palomeque no duermen ya en sus casas. Sin embargo, Palomeque pide fusilamientos, un pasaje tomado ya en un buque y su petate abordo.

La convicción general es que el cambio se operará radicalmente sin disparar ni un tiro ni derramar una gota de sangre. Veremos lo que dan de si estas veinte y cuatro horas».

DOCTRINAS DE CÉSAR DÍAZ

(CARTA)

« *Sr. D. Tomás Gomenzoro.*

Pintado, Enero 20 de 1858.

Estimado amigo:

Nada sabemos de Vdes. y eso nos tiene disgustados. Es tiempo de obrar y de obrar enérgicamente, porque de otro mo-

do nos lleva el diablo á todos; á todos sin excepción, porque si caemos créalo—esos bandidos que rodean á Pereira, no han de dejar en el país un solo colorado.

Es necesario pués, poner el hombro y dar la cara de frente sin perder un solo instante, si no queremos que la causa de la libertad arrée bandera ante los degolladores y ladrones.

No quiero creer que Vds. flaquéen en la empresa, pero vemos con pesar que se desvanecen las seguridades que nos dió Tajes.—Esa demora nos vá á hacer un daño terrible: porque aunque la tropa está entusiasmada y decidida, puede desmoralizarse si su pronunciamiento no encuentra eco en esos departamentos, con los cuales han contado tanto.

¿Qué hacen Sandes, Caraballo y Fausto que no se mueven?

¿Por qué Vds. los de ahí no se pronuncian?

No admito sus escusas. -Nadie más apropósito que Vd. para encabezar el movimiento porque tiene prestigio entre nuestros amigos; porque ha mandado yá ese departamento; en una palabra porque es usted uno de nuestros prohombres.

Sé que algo cuesta abandonar las comodidades de la familia; pero yo he sido el primero en hacerlo, y he corrido á poner mi espada al servicio de la patria, que hoy más que nunca necesita los buenos colorados.

La falta de recursos no es un motivo, pues yo me he lanzado á campaña con muy poca cosa, contando nada más que con el concurso de los amigos y con los que la suerte de las armas pudiera proporcionarme. Por eso no puedo mandarle nada por ahora; pero creo que bien pronto estaremos en el caso de premiar como corresponde los servicios de nuestros amigos:—esto es, si los viejos defensores de la República contra la invasión de los tiranos Rozas y Oribe, no han renegado de su causa.

Animo, amigo mio y á la obra, colecte Vd. entre los amigos, un empréstito secreto, que ya lo pagaremos; é inmediatamente que Vd. se haya apoderado de ese pueblo, imponga una contribución á Lamas, Trillo, Alcain, Leguillos, al transfuga Cabal, Claveri, Sañudo, el boticario Arenillas, al capitán Bravo, Ber-

dún, Cherife y otros cuyos nombres he olvidado; pero que Vd. conoce mejor que yo; en una palabra, ya sean nacionales ó extranjeros, á todos los blancos sin exceptuar uno solo; á todos esos ladrones que se han enriquecido con las desgracias de la patria; con la ruina de los colorados. No tenga escrúpulo, porque esas fortunas son nuestras, de nuestros amigos á quienes las han robado:—*No tenga Vd. escrúpulo, no! porque esas fortunas cuando menos, deben volver al Estado, porque es necesario moralizar la sociedad, castigando los crímenes que con ultraje de Dios han estado impunes hasta ahora; y disponiendo V. de ellas para el servicio de la cosa pública, no hace V. mas que hacer uso legal de los dineros del Tesoro Nacional.*

Yo marcharé á marchas forzadas y estaré en el departamento de Paysandú del 30 al 31. En Tacuarembó deben haberse movido ya nuestros valientes y decididos compañeros los comandantes Suárez, Ordoñez y Ledesma, con los cuales deberán Vds. ponerse de acuerdo para que se me incorpore toda la caballería que sea posible, en el acto de pasar el Río Negro.

Actividad y energía, mi querido amigo. Es preciso que el partido colorado, el partido de las tradiciones gloriosas de la República, se levante como un solo hombre para gritar ¡atrás! á esa canalla que prostituye los destinos públicos. *Es preciso extirpar esa raza maldita, que más de una vez ha entregado el país al extranjero, y que si han tenido y tienen patria la deben á nosotros.* Es preciso usar de rigor con los enemigos y con los indiferentes, porque éstos han hecho siempre en nuestras filas tanta brecha como aquellos. *Es preciso que corra sangre, porque ella es necesaria para sellar la revolución, y hasta es moral que no se demore el castigo de los criminales.* No haya lástima, no, con esos bandidos, que nos degollarían á todos si pudieran;—severidad, amigo mío y mano de fierro con esa canalla—*fusile V. á todo el que no quiera plegarse á nuestras ideas*; á todo el que no quiera aceptar las tradiciones gloriosas de la defensa—derribe Vd. de una vez los obstáculos que se nos presentan ahora y los que puedan presentársenos más

adelante. *Yo acepto la responsabilidad de todo.* Para *todo lo* autorizo. Puede dar ascensos hasta la clase de Teniente Coronel QUE SERÁN RECONOCIDOS POR MÍ.

Espero que muy pronto podré darle un apretòn de manos y un abrazo de corazón.

Con expresiones para todos los amigos, le saluda muy afectuosamente su amigo y compañero—

César Díaz».

PRINCIPIOS Y PROPÓSITOS DE LOS REVOLUCIONARIOS

«Contando con el triunfo de la expedición de César Díaz *La Tribuna* diario oficial del Gobierno revolucionario de la Provincia de Buenos-Aires publicaba y recomendaba las siguientes iniquidades, que coinciden en un todo con la carta, los brindis y doctrinas del jefe de los revolucionarios que hemos ya transcrito. Decía así:

«Ahora solo falta el remedio, y un remedio que cure ra-
« dicalmente la enfermedad. No es necesario acabarlos aún
« cuando sería lo más conveniente y acertado, pero procedien-
« do con humanidad y siguiendo la marcha del siglo, que se
« publique el siguiente decreto:

«El Presidente de la República considerando, etc.»

«Art. 1.º Retírase la ciudadanía á todos los que han per-
« tenecido al partido Rozas y Oribe.

«2.° El anterior artículo comprende hasta la quinta genera-
« ción.

«3.° Queda prohibido el qué estos individuos puedan obtener
« destino civil ni militar, y solo podrán ser empleados en clase
« de verdugos, pregoneros ó carceleros.

«4º Queda prohibido el que puedan aprender á leer hasta
« la quinta generación.

« 5° Ninguno podrá tener más capital que el de diez pesos
« en fincas, negocios, amueblado y equipaje.

« 6° LA INFRACCIÓN AL PRESENTE DECRETO SE CASTIGARÁ
« CON PENA DE MUERTE.

« 7° Publíquese, etc.»

« Esas y otras semejantes, decía un escritor de la época, eran y serán las máximas que llevan al poder, cuando por desgracia del pueblo, se valen de la ganzúa de una rebelión para apoderarse de él.»

Asesinatos, robos, forzamientos y demás crímenes cometidos por las hordas de César Díaz, Tajes, Caballero, Islas, Silveira y demás.

El saqueo de Minas.

El saqueo de San Carlos.

El saqueo de la Villa de los Treinta y Tres.

El saqueo de Santa Lucía.

El saqueo de las Piedras.

El saqueo de Canelones.

El saqueo de San José.

El saqueo de la Florida.

El asesinato de Pablo García en las calles del pueblo de las Piedras á medio día.

El asesinato de D. Agustin Castilla en el Paso del Molino y su mutilación hasta arrancarle el corazón.

El asesinato de un español en las calles de Minas, al medio día, dejando atravesado su cuerpo en el umbral de la casa del Escribano, como por vía de aviso.

El atropellamiento inaudito de la hija del señor Tudurí, joven y apreciada criatura á quien se le rajó la cabeza de un culatazo.

El degüello de dos individuos que se encontraron en el pajonal del otro lado del Pantanoso, que se supone ser Torres el comandante de la pólvora, y un argentino por sospechas de ser *bomberos*.

El asesinato del joven D. Jorje de las Carreras en la estancia de la Florida.

El degüello del comisario de la Aguada don Luis P. Herrera con circunstancias agravantes y mutilaciones horribles.

El saqueo de la casa del súbdito español señor Tudurí en el Miguelete.

El saqueo y quemazón de la casa quinta del comandante D. Juan Angel Alvarez en Santa Lucía á vista y paciencia de toda la población, sin dejar á su esposa é hijos sacar un sólo artículo de vestidos, sus papeles ni cosa alguna, y obligándoles á presenciar el incendio, de cuyas resultas ha quedado sin hogar la infeliz esposa, y desamparados sus hijos, huérfanos de padre, que murió por sostener al Gobierno y el orden constitucional en los campos de Cagancha.

El forzamiento y perdición de dos jóvenes é interesantes niñas, hijas de familia en las inmediaciones del Miguelete, que no se nombran por razones que se comprenden.

El nuevo saqueo de Minas y atropellamiento de la Sra. del Sr. Casas y sus dos hijas, el día 19 de Enero, cometido por un oficial y 17 á 20 soldados dispersos de la tropa de Brígido.

Todos estos saqueos están sancionados del modo más neto y más sencillo del mundo; hé aquí como habla el caudillo César Díaz sobre esto.

En una carta escrita á su esposa á Buenos Aires, fechada el 16 de Enero en San José, que ha publicado la *Tribuna* del 22, dice estas textuales palabras:

« He venido hasta San José que es el centro de los recur-
« sos del partido blanco en la campaña, *para proveerme de lo*
« *que yo necesito.*

« Comunica á los amigos esta carta para que se publique
« y circule.

« Adios, mi Pepa, etc.

« *César Díaz.* »



«LISTA DE LOS INDIVIDUOS QUE HAN PAGADO LA CONTRIBUCIÓN IMPUESTA POR LAS FUERZAS DEL EX-COMANDANTE CABALLERO EN LA VILLA DE LAS PIEDRAS EL 1º DE ENERO.

«Español, Joaquín Bosch, 200 patacones; id, Nicasio del Castillo, 200 id; id, Domingo Arce, 50 id; id, Valentín Esteves, 50 id; id, Juan Alayon, 100 id; id, Juan Cardona, 100 id; di, José Plane, 50 id; id, José Domingo Cabrera, 100 id; id, José Cuadra, 50 id; id, Cirilo Viñoly, 50 id; id, Alejos Rivera, 50 id; id, Avelino Rocamora, 50 id; id, Sebastián Lusardo, 25 id; id, Agustín Medina, 200 id; id. Julián Viñoly, 100 id; id, Joaquín H. Moreno, 50 id; id, Marcial Vega, 44 id; id, Fernando Esteves, 50 id; oriental, Felipe de los Campos, 150 id; francés, Juan Lug, 100 id; italiano, Esteban Lombardo, 50 id. Suman patacones: 1.819».

LISTA DE LOS QUE PARA SALVAR Á SAN JOSÉ DEL SAQUEO, VIOLACIONES Y FUEGO, CON QUE FUERON AMENAZADOS POR CÉSAR DÍAZ Y SUS VÁNDALOS TUVIERON QUE CONTRIBUIR CON DINERO Y EFECTOS EN LOS DÍAS 16 Y 17 DE ENERO DE 1858.

«Españoles, Juan Clen, José Martín Ríos, Santiago Caprario por 2 casas, Lorenzo Caprario por 2 id, Ignacio Ríos, Agustín Carbié, Félix Ramón Blanco, Benito López, José Mirazo y hermanos, José Vázquez, Francisco J. Castillo, Angel Santuntún, Matías Dañobeitía, Agustín Arrue, Isidro del Valle; portugués, Ignacio Ferreira; orientales, Tomás Sienra, Estevan García, Juan Cames, Amaro Sienra, Vicente Vázquez por dos casas, Eduardo Perera, José Espina, Manuel Sienra, Muñoz y Real, Luis Pérez; italianos, Mario Isola, boticario, Pedro Palias».

«*Nota*—Además de estos individuos hay otros más cuyos nombres no recordamos, pero todo el comercio contribuyó y demás todas las familias del pueblo también contribuyeron

por habérseles amenazado que si no lo hacían darían el saqueo libre de todo el pueblo, y que después le pegarían fuego. Los que hacían esta amenaza á la comisión compuesta del Alcalde ordinario y otros vecinos eran: Bernabé Magariños y un Espinosa, en presencia de César Díaz, quien aprobaba la medida y decía que el que no cumpliese se le llevaría al campamento y sería lanceado».

LISTA DE LOS INDIVIDUOS QUE ADEMÁS DE HABER DADO PARA LA CONTRIBUCIÓN FUERON SAQUEADAS SUS CASAS.

«*Español*—Santiago Caprario, le pegaron de balazos en las puertas de la tienda y se la saquearon.

Oriental—Vicente Vázquez, saquearon las dos tiendas,

Español—Benito López, fué saqueada su tienda.

Oriental—Amaro Sienra, id. id. id.

Italiano—Un zapatero que había en la casa de D. Santiago Ortuño fué saqueado.

Idem—El panadero Duhuo fué atropellado en la calle, saqueado el pan, y el dinero que llevaba en el bolsillo.

Oriental—Estéban García, fué saqueado dos veces.

Francés—Un vasco francés zapatero que vive en casa de don Pedro Crosa, le llevaron cuarenta pares de botas.

Idem—Pedro Lachachuri, vasco-francés, zapatero, fué saqueada su casa.

Español—Isidro de Valle, saqueado.

Portugués—Ignacio Ferreira, id.

Oriental—La señora de don José Ramela que tuvo zapatería fué violentada para que abriese la puerta de su casa y amenazada de muerte. Fué defendida por don José A. del Pino, quien les hizo ver que allí no había calzado ninguno.

Oriental—Las dos casas de don Juan Cames fueron saqueadas, principalmente la de Carreta Quemada, que saquearon todo. Estas dos casas son representadas por sus yernos que son españoles».

LISTA DE LOS SAQUEADOS EN LA VILLA DE LA FLORIDA EL 21 DE ENERO DE 1858.

«Señor Aramburo Español.
« Pérez id.
« Portillo id.
« Sampera id.
—Estos individuos fueron unos más, otros menos saqueados por los vándalos, á pesar de estar ostentando sus pabellones nacionales frente de sus casas de negocio.

La Villa se salvó de una contribución que les quería imponer Goyo Castro (para lo cual tenía reunido el vecindario en la plaza en la mañana del 22) debido á la oportuna llegada de las fuerzas del gobierno constitucional.

—Oportunamente publicaremos la lista de los saqueados de Canelones, donde nos dicen que nadie escapó».

EFECTOS SACADOS POR LA MISMA FUERZA, DE LAS CASAS DE NEGOCIO.

«Juan Doneta, 54 varas bayeta á 5 1|4 reales, 35$ 350 rs.
Avelino Rocamora, 6 varas id, 3$ 750 reis.
Esteban Lombardo, 12 1/2 á id. 8 ps. 162 reis.
Id. id., 8 frenos á 3 rls. 3 ps., 6 jergas, 3 ps. 480 rs.
José D. Cabrera, 35 lbs. piola, á 9 1/2 rls. 13 ps.
Id. id., 10 frenos á 3 rls. 3 ps. 600 reis.
Alejos Rivera, 8 id. á id., 3 ps.

José Planes, 26 varas bayeta á 5 1/4 rls. 17 ps. 50 reis; 8 jergas á id. 4 ps., 9 frenos á 3 rs. 300 reis.

José Carambola, 2 arrb. 2 lib. piola 19 ps. 608 reis; 10 frenos 3 ps. 600 reis.

Castillo, 4 arrobas yerba 19 pesos, 2 id. tabaco 17 pesos papel 320 reis.

Arce. (Domingo) 7 frenos 2 pesos 500 reis, 14 caballos de pesebre.

NOTA—Según lo que se asegura, un tal don Damaso Correa, vecino del pueblo de Piedras y casado con una exelente señora

que todos aprecian—fué el que se encargó de la elección de los que habían de ser saqueados é hizo de comisario general en la operación de la cobranza».

SUCESO DE ARMAS EN EL PASO DE QUINTEROS DEL RÍO NEGRO EL 28 DE ENERO, Y SUS CONSECUENCIAS.

PRIMERA NOTICIA

Exmo. Señor Presidente de la República don Gabriel A. Pereira.

Cuartel General, Paso de Quinteros en el Río Negro, Enero 28 de 1858.

«Mi querido Presidente:

Hemos triunfado completamente, pues el Ejército rebelde que logramos alcanzar, todo se ha sometido y ha entregado sus armas, caballos y bagajes.

Señor Presidente, mañana le daré una noticia detallada de todo lo ocurrido en este suceso tan feliz para la tranquilidad de la República.

Los generales Díaz, Freire, el coronel Tajes, y catorce jefes más están prisioneros en nuestro poder.

Felicito á V. E. por este expléndido triunfo.

De V. E. afectísimo amigo».

«*Anacleto Medina*».

PARTE DETALLADO

«*El General en Jefe del Ejército de Operaciones.*

Señor Ministro:

Después de haber comunicado á S. E. el señor Presidente de la República el triunfo y *sometimiento completo* del Ejército de los rebeldes, paso á detallar á V. E. lo ocurrido en esta jornada.

El día 28 por la mañana tuve aviso de mi jefe de vanguardia el señor coronel don Dionisio Coronel que el Ejército de los re-

beldes ocupaba á la margen derecha del Río Negro, el Paso de Quinteros. Así que llegué con el cuerpo del Ejército mandé que churrasquease y en seguida ordené á mi jefe de Estado Mayor, Coronel don Francisco Lasala, marchase sobre dicho paso con las fuerzas y las situase del modo siguiente:

Las dos piezas de artillería sobre el mismo paso al mando de su capitán don Manuel Perea con una guerrilla de caballería dejando despejado su frente, á la izquierda de las piezas el segundo batallón de Guardias Nacionales, las compañías del primero y de Policía agregadas á éste, todas al mando del teniente Coronel don Lesmes Basterrica.

A la derecha de la artillería se colocó *escalonado* el Escuadrón 1° de línea al mando de su comandante el Mayor don Ignacio Madriaga, y mi escolta al de su comandante don León Mendoza.

A la izquierda del batallón de infantería formaban escalonados cinco escuadrones, que lo componían:--Los guardias nacionales de los Departamentos Durazno y San José, los tres primeros al mando del señor coronel don Basilio Muñoz y los dos restantes al de su comandante don Rafael Rodríguez, destacando medio escuadrón á cubrir una picada que se hallaba como á veinte cuadras arriba del Paso de Quinteros.

Al mismo tiempo que se establecía esta línea ordené á mi jefe de vanguardia que se pusiese á gran galope con ella y pasase el paso de Baigorri que se halla legua y media, río abajo, y que cargase y derrotase cuanto se pusiese á su frente, para tomar la retaguardia de los rebeldes. Efectivamente dicho jefe destacó al Sr. Comandante D. Gervasio Burgueño, quien forzó este paso acuchillando y derrotando cuanto encontró delante. Al Comandante D. Timoteo Aparicio del Departamento de la Florida, se le ordenó que con su escuadrón pasase también el Río por una picada falsa; en seguida pasaron los Escuadrones de los guardias nacionales de los Departamentos de Maldonado y Cerro Largo; los primeros á las órdenes de Comandante el teniente coronel D. Bernardino Olid, y

los segundos á las del comandante teniente coronel D. Agustín Muñoz. Seguían estas fuerzas por la margen derecha del Río á gran galope, arrollando cuanto se presentaba á su frente, y al remontar las cuchillas y disponer mi ataque simultáneo con dichas fuerzas, apareció en el paso un parlamento de los rebeldes; le mandé recibir por el teniente coronel Don Jeremías Olivera, segundo jefe de Estado Mayor, cuyo parlamento ofrecía el *sometimiento completo de los rebeldes* y la rendición de sus armas, lo que acepté por evitar la efusión de sangre, quedando de este modo demostrado el poder irresistible del Ejército de la República, que sostiene tan dignamente su Gobierno y sus instituciones.

Han quedado en nuestro poder y á DISPOSICIÓN DEL EXCMO. GOBIERNO prisioneros, los ex-generales D. César Díaz y D. Manuel Freire, siendo el primero el general en jefe del ejército, y el segundo su jefe de Estado Mayor; á más nueve jefes, sesenta y tres oficiales y *trescientos quince* individuos de tropa, habiendo muerto una porción de los rebeldes que se fugaban del campo y no se rendían. También están en nuestro poder el armamento y demás pertrechos de guerra que expresa la relación adjunta, y todas sus caballadas que han sido distribuidas á los cuerpos.

Exmo. señor: el ejército que tengo el honor de mandar se compone todo de valientes y virtuosos orientales, de manera que no se puede calificar con esta calidad á uno sólo sin comprender á los demás.

Con la íntima expresión de mi corazón, recomiendo á la consideración del Exmo. Gobierno á mi jefe de estado mayor el señor coronel don Francisco Lasala, que ha llenado cumplida y militarmente sus deberes, al segundo jefe de estado mayor teniente coronel don Jeremías Olivera, á todos mis ayudantes de campo y á los jefes y oficiales del estado mayor, al sargento mayor jefe del parque don Joaquín Espina, al capitán don Manuel Perea, de artillería, sus oficiales y tropa, al teniente coronel don Lesmes Basterrica del segundo de Guardias Nacionales,

á su mayor don Carlos Lacalle, sus oficiales y tropa; al señor coronel don Dionisio Coronel, sus oficiales y tropa; al señor coronel don Basilio Muñoz, jefe de los Guardias Nacionales del departamento del Durazno, con sus jefes, oficiales y tropa; al teniente coronel don Bernardino Olid y comandante don Gervasio Burgueño del departamento de Maldonado con sus jefes, oficiales y tropa; al teniente coronel del departamento de San José don Rafael Rodríguez, sus jefes, oficiales y tropa; al comandante don Timoteo Aparicio del departamento de la Florida con sus oficiales y tropa; al sargento mayor don Ignacio Madriaga del escuadrón primero de línea con sus oficiales y tropa; al teniente de mi escolta don León Mendoza; y por último á mi ayudante de órdenes y secretario, ayudante mayor don Manuel M. Taladriz, que ha llenado y llena cumplidamente sus deberes.

Tengo también la grata satisfacción de recomendar á la consideración de V. E. el buen desempeño del cirujano del ejército Dr. don Pedro Capdehourat.

Dios guarde á V. E. muchos años».

«ANACLETO MEDINA».

Villasboas, Enero 30 de 1858.

Al Exmo. Sr. Ministro de la Guerra, coronel don Andrés A. Gómez.

SOBRE LA PRETENDIDA CAPITULACIÓN

« Con motivo del sometimiento completo de los rebeldes en
« el Paso de Quinteros, en donde quedaron en poder del Gene-
« ral Medina á disposición del Exmo. Gobierno, los adictos á
« la rebelión hicieron circular rumores sobre la autenticidad de
« ese hecho á que querían darle otro carácter con el objeto de
« desprestigiar la política del Gobierno.

« En el artículo en que se dá cuenta de la ejecución de los
« cabezas de la rebelión, se desvirtuan esos rumores, que han
« despertado naturalmente la indignación de los sostenedores
del Gobierno. La siguiente carta contribuirá á exclarecer los
hechos.—Dice así:

Exmo. Sr. D. Gabriel A. Pereira, Presidente de la República.

Cuartel Generel, Florida Febrero 4 de 1858.

Mi respetado señor Presidente:

....

....

« El coronel Lasala dijo se empeñaban todos los jefes del Ejército para que se les permitiese escribir á los rebeldes, y yo, como siempre se les permite escribir á los reos antes de ser ejecutados, no trepidé en dar mi consentimiento para ello.

« Respecto á lo que digan á V. E. de pasaporte y demás,—no son sinó absurdos, pues yo no estaba autorizado para ello. Lo que hay, señor Presidente, es que los hombres se vieron en una situación dificilísima, rodeados por todas partes por las fuerzas del Gobierno, que ansiaban por caerles encima y exterminarlos.

« En ese momento se arrojaron como desesperados sobre el Paso con un parlamento, pidiendo garantías. Yo les contesté que tenían media hora de plazo para rendirse, lo que efectuaron y no hice más sinó buscar el medio de tomarlos, á fin de evitar el que corriese tanta sangre, pero sin contraer ningún compromiso para con ellos.

« V. E. puede estar tranquilo y no hacer caso de lo que digan, pues bien pueden si quieren, calumniar al General y jefes de este benemérito cuerpo del Ejército Nacional.

Saluda á V. E. su afectísimo amigo Q. B. S. M.

ANACLETO MEDINA.»

El General en Jefe del Ejército de Operaciones.

Miguelete, 8 de Febrero de 1858.

EXMO. SEÑOR:

«No debiendo tolerar por más tiempo que los enemigos del orden continuen con la pretensión de oscurecer el triunfo de las armas del Gobierno, propalando que la rendición de los *rebeldes* en el Paso de Quinteros ha sido hecha bajo capitulación, y que á esa capitulación se ha faltado, es de mi imprescindible deber, como General en jefe del Ejército, el desmentir

tura, figurando condiciones y hasta circulando cartas apócrifas con la copia de un supuesto pasaporte dado por mí á César Díaz y demás rebeldes.

V. E. que por mis despachos oficiales conoce como yo mismo, la falsedad de tan injuriosas aserciones, y la necesidad que hay de desmentirlas, me ha de permitir que rectifique los hechos, para que publicada esta nota en hoja suelta, llegue á noticia de todos:—

—«Que después de derrotados completamente los rebeldes por la vanguardia del Ejército Constitucional, quedaron reducidos en el Paso de Quinteros con su infantería y tres escuadrones de caballería, donde el grueso del ejército que había tomado la retaguardia del enemigo, los enbistió circunvalándolos para cargarlos: entonces fué cuando tentaron la capitulación por primera y segunda vez que no quise oir, hasta que habiéndola propuesto por tercera vez, les intimé que se rindieran á discreción y sin condiciones en el término de media hora, so pena de ser inmediatamente acuchillados por el ejército. Se rindieron efectivamente y considerándolos como realmente eran, traidores tomados con las armas en la mano, los puse á disposicion del Gobierno.

Por lo demás, esto que está consignado en documentos oficiales que han sido publicados, lo repito para todos aquellos que desconociendo la justicia en las resoluciones del Gobierno, han querido á la vez poner en duda la lealtad de mis procedimientos respecto de los rebeldes César Díaz y otros, que fueron ejecutados en cumplimiento del decreto del 1° de Enero que los declaró reos de lesa patria.

Esto me parece suficiente, Exmo. señor cuando el que habla tiene la conciencia de ser creído, porque siempre debe tenerla el veterano que desde la Independencia sirve á su pátria sin haber manchado jamás su larga carrera por un solo acto de deslealtad.

Dios guarde á V. E. muchos años».

«ANACLETO MEDINA».

Exmo. Señor ministro de Guerra y Marina, Coronel don Andrés A. Gómez.

CAPITULO XLIV

Quinteros ante la imparcialidad de la historia

La derrota de Quinteros salvó á la población de la República de la pérdida de la nacionalidad, de la gran San Bartolomé que hubiera empezado por señalar el triunfo de los revolucionarios según sus doctrinas y propósitos; y de la tiranía á lo Sandes que se hubiera seguido bajo el proconsulado del extraviado César Díaz, á fin de consumar la anexión á la provincia de Buenos Aires.

Esa fué la razón del júbilo inmenso que la victoria del Gobierno despertó en todos los habitantes del país, pues todos á la par habían visto amenazadas sus vidas, sus familias y sus intereses; á más del convencimiento de que el Gobierno sangriento y tiránico que inauguraría la revolución triunfante, hubiera sido de inmenso retroceso para la República.

El hecho de Quinteros ha sido exageradamente adulterado por la pasión y mucho más aún por el interés político, que ha modificado y aumentado con extrema exageración ese hecho de guerra, suceso brutal, y que por lamentable que sea, como todo hecho sangriento, ha sido por desgracia bastante común en nuestras guerras civiles, siendo precisamente en el partido blanco donde más ha elegido sus víctimas la brutalidad y la intransigencia de las pasiones políticas.

Las razones de esa adulteración son evidentes. El odio político tenía que estallar de todas maneras y traducirse en críticas acerbas y calumnias para el Gobierno triunfante. El triunfo ambicionado convertido en derrota y en escarmiento, tenía que producir un despecho indefinible tratándose de personas como las que habían elaborado la revolución. La circunstancia de disponer los vencidos de la pluma acerada y sin escrúpulos de Juan Carlos Gómez, y de disponer éste á su vez de la prensa de Buenos Aires, dieron aún mayores proporcio-

nes al asunto. El Gobierno de Buenos Aires que en sus pretenciones había sido también vencido en Quinteros, puso á disposición de los vencidos toda su influencia y toda su prensa; y no pareciéndole esto suficiente, facilitó recursos para costear una propaganda que falsease y adulterase el hecho de Quinteros en Europa. Se quería hacer y se quería conservar á la vez un arma de partido con arreglo á la escuela de los unitarios, pues estos en su sistema de tenacidad sabían que con la calumnía y la perseverancia y la alianza con el extranjero, habían conseguido al fin encontrar un Urquiza con quien realizar la coalición con el Brasil y modificar la situación del Río de la Plata. Afeando la conducta del Gobierno que declaraba creer haber hecho un acto de justicia nacional, creían hacer olvidar ó al menos atenuar los crímenes y los condenables procederes de los vencidos revolucionarios. Pero hay otra razón para pretender sustraer el hecho de Quinteros de la lista de tantos hechos sangrientos de nuestras guerras civiles, y que son tan graves y aún más graves que él. Es que Quinteros fué la derrota y la condenación de todo un partido político, y á la vez el castigo histórico de un sistema de desorden y de falta de respeto á las instituciones y al orden público que iba á acabar por conducir al abismo á la República. Además la solución de Quinteros había reducido á su verdadera talla política á Juan Carlos Gómez y á don Bartolomé Mitre que demostraron su falta completa de sentido práctico, y quedaron en ridículo por sus planes absolutamente absurdos y descabellados; teniendo su vanidad y sus ambiciones que buscar salida por la válvula de la propaganda, de la injuria y del despecho; viéndose reducidos á pigmeos políticos, hombres que se creían en sus incurables pretensiones con talla de gigantescos estadistas y que consideraban fácil hacer juguete suyo una nación pequeña pero heróica.

Por lo demás, los que menos autorizados estaban para hablar de ese hecho y falsearlo eran Mitre y los demás hombres del Gobierno de Buenos Aires y su partido, que poco antes, en 1856, habían ejecutado las horribles matanzas de Villa Mayor

y Laguna de Cardoso, donde hicieron inmediatamente una hecatombe de prisioneros, y reservaron algunos días otros, que fueron asesinados por orden terminante del Gobierno. Entre ellos se cuenta el General don Gerónimo Costa, el héroe de Martín García en 1838, respetado por el extranjero y asesinado por las fuerzas de don Bartolomé Mitre, por orden del Gobernador don Pastor Obligado.

El círculo conservador fué el partido interno del país que fué vencido en Quinteros, por más que los conservadores hayan pretendido después vincular á ese hecho al partido colorado, así como atribuir su perpetración exclusivamente al partido blanco. Nada de esas mistificaciones es cierto. Lo que hay de verdad es que el partido conservador quedó aleccionado desde Quinteros, y desde entonces no se ha atrevido á hacer solo, ni revoluciones como las del 55 ni cruzadas como la del 58. Desde entonces acá ha tenido buen cuidado de tratar de dividir al partido blanco primero y de asociarse con una fracción de él después; y doloroso es decirlo, por las funestas consecuencias que eso ha producido, el partido blanco ha tenido la...... debilidad de caer en las redes que le ha tendido el partido conservador, y de ahí el resultado de la revolución tricolor, de la del Quebracho y otros muchos esfuerzos malogrados. Solos, apenas si se han atrevido á hacer la mina de Beltrán con que intentaron hacer volar al General Flores, con el plan de culpar después á los blancos para los efectos consiguientes.

El suceso de Quinteros fué obra de blancos y colorados porque fué el país entero el que se levantó con su opinión y con su brazo para sostoner el Gobierno constitucional y el orden público, amenazado por una horda revolucionaria que no respetaba ni las bases fundamentales sobre que descansan la civilización y las sociedades. Colorado era el Gobierno, aunque luego se modificara en algunos de sus miembros, colorado era el Presidente, colorado el General en Jefe, y colorados muchas otras personas de la administración. La política presidencial era de unión y de fraternidad, pero es claro que si los emplea-

dos públicos empezaban á traicionarla, tenía que ocupar sus vacantes con ciudadanos que fueran una garantía de orden, de respeto á las instituciones y de lealtad.

El partido blanco proporcionó elementos poderosos para triunfar en Quinteros, pero no fué el partido blanco el que decidió de la suerte de los prisioneros, que por otra parte es indudable que se habían hecho acreedores á un severo castigo; no lo decimos por sus procederes políticos por errados que fuesen, sinó por sus crímenes comunes. De la suerte de los revolucionarios decidió el Presidente de la República, colorado; y el encargado de cumplir sus disposiciones fué el General en jefe, General Medina, colorado también. Lo de la camarilla de que ha hablado un historiador, repetidas veces y por distintas personas desautorizado, es un absurdo inadmisible tratándose de un ciudadano de la eminencia y del carácter de don Gabriel Pereira, que se había distinguido siempre por su firmeza en un país donde no es una rareza la energía, y tanto más ridículo es pretender hacerlo aparecer sugestionado por una camarilla encabezada por el pacífico é inofensivo doctor don Cándido Joanicó, cuanto que se trata de un ciudadano y de un magistrado sobre el cual no habían podido ejercer influencia alguna, hombres del calibre de don Manuel Oribe y de don Venancio Flores. Con razón, pues, pudo decir un escritor en uno de los libros de la época: «Quinteros no ha sido el re-
« sultado de una orden expedida por un tirano sangriento y
« receloso. No los hay en la República Oriental,—(los ha ha-
« bido después de 1865)—y la índole liberal de sus institucio-
« nes los excluye. Fué una resolución acordada, después de un
« examen riguroso y desapasionado de la crisis que atravesa-
« ba el país, por el Presidente de la República en consejo con
« sus tres Ministros, personas de honorables antecedentes, y de
« una posición espectabilísima en el país por su patriotismo,
« por su integridad y por su inteligencia. Y don Antonio N.
« Pereira en las memorias de esa administración ha podido
« agregar: «Jamás dejó el camino que se prometió seguir—y

« que aún en las épocas que más arreciaba la tempestad—no « se apartó de él. Y aunque la revolución lo llevó á tener « que reprimir y castigar, siempre *lo hizo ageno á torpes pa-* « *siones y á menguadas sujestiones*, y sí con la severidad del « magistrado que tiene el deber de cumplir la ley para salvar « al pueblo y con toda la rectitud del juez imparcial».

En cuanto al Ministro Dr. don Antonio de las Carreras, ciudadano patriota y de antecedentes recomendables, se limitó á dar su opinión concorde con la del Presidente, sin que tal vez influyera en lo más mínimo en su ánimo, ni el asesinato de su hermano Jorge por los revolucionarios, ni la suerte que á él le tenían reservada. Manifestó en todos los casos haber procedido con convicción y con conciencia. Y en público y en privado, en la prensa y en los juris de imprenta á que fué provocado y cuyas aclaraciones dando un alto ejemplo jamás rehusó, sostuvo siempre esa resolución, como un acto de justicia nacional, indispensable para terminar con las revoluciones en un país que desde su independencia no había gozado jamás de paz durante un período mayor de cuatro años; considerando que la perpetuación de semejantes desórdenes acabaría por poner en peligro la misma nacionalidad. Remitió su actitud al juicio imparcial y justiciero de la posteridad y de la historia; ¡qué vergüenza es decirlo, al paso que vamos, sabe Dios cuándo irá á manifestarse, pues todos guardándose sus convicciones en el bolsillo se remiten á su vez *al historiador futuro*, quedando de esa manera cómoda, perfectamente en paz con griegos y troyanos! Víctimas como somos de la mistificación de la cortesanía y de la bajeza política, acertado ó errado, honremos en el Dr. Carreras el carácter cívico.

No fué tampoco la venganza de un partido, y mucho menos del partido blanco, que con sinceridad y patriotismo venía trabajando ardientemente por la fraternidad y la unión; ni fué un acto que tuviera por objeto satisfacer la ambición de mando, porque á poco algunos de esos Ministros, y entre ellos el Dr. Carreras, abandonaron espontáneamente sus puestos, una ve-

que consideraron pasada la crisis que había colocado en peligro la existencia de la sociedad y de la República. Hubo, sí, en la generalidad de la población un deseo pronunciado de que se evitase y escarmentase la amenaza que había encerrado y encerraba el programa estrafalariamente sanguinario y destructor de César Díaz.

Los revolucionarios habían declarado de antemano que harían la guerra á costa de los bienes de los blancos, y que una vez triunfantes procederían á verificar rigurosamente las confiscaciones de las fortunas de los particulares. Los propósitos y medios de esa revolución en su delirio no tenían precedente en nuestra patria. Pues bien, triunfante el Gobierno y cumplida la voluntad del Presidente de la República, no se siguió á ese triunfo ni un solo destierro, ni una sola confiscación, aunque hubiera podido responsabilizarse en sus bienes á los revolucionarios de los despojos que habían cometido; ni se efectuó persecución alguna contra sus cómplices; y la ausencia de los abusos y de los desórdenes que caracterizan en todas partes en la victoria las causas inmorales, prueba que esta era una causa justa y seria y que no hubo desborde de pasiones, ni saña partidista, ni satisfacción de un bando político, sinó el cumplimiento de una resolución reflexiva del Presidente de la República, y el cese de la alarma del peligro y de la amenaza que habían alarmado y aterrorizado á la Nación.

No debe tompoco echarse en olvido la circunstancia de que si el Presidente Pereira al tener conocimiento del triunfo ordenó á su General en Jefe que se cumpliera el decreto de 1º de Enero que decidía de la suerte de los anarquistas, poniéndolos fuera de la ley, así que le fué solicitado concedió el perdón el cual le fué confiado á una comisión de amigos de los revolucionarios para que lo hicieran llegar con la mayor presteza al campamento del General Medina, el que desgraciadamente llegó tarde y que á haber llegado á tiempo hubiera evitado el pretexto para la pirámide de mentiras, de exageraciones y de mistificaciones políticas que han abultado el suceso de Quinte-

ros, dándole proporciones falsas para pretender arrancarlo á lo común de los lamentables hechos de guerra de nuestras luchas civiles.

Al ver los desgobiernos ya tiránicos ya anárquicos, ya siniestros ó ya burlescos, que se han venido sucediendo desde 1865 á acá, continuamente hemos oído resonar en nuestro país este clamor: ¡Cuando aparecerá un gobernante imparcial que rompa con estos indignos compadrazgos! ¡Cuando aparecerá un hombre de carácter que prescinda de influencias y aplique la ley con igualdad y con rigor! ¡Cuando se elevará un Presidente que sin preocuparse de partidos concluya con los escándalos, la prepotencia y las esplotaciones de los que quieren hacer del país el patrimonio de personas, de familias, ó de círculos.

Pues ese Presidente, ese hombre de carácter, y ese gobernante imparcial, lo fué don Gabriel Antonio Pereira, á quien después ha querido anatematizarse. Tomó á lo serio su misión de Magistrado; creyó en su patriotismo que era indispensable detener á todo trance el carro lanzado del desorden; se trazó un plan político de unión de sus compatriotas, que no puede menos que merecer la aprobación de la posteridad como la mereció de sus contemporáneos; y ofreció cumplir un programa sensato patriótico y de elevada política, al que quiso y supo ser fiel; sellándolo con un acto que consideró de justicia nacional, y que probablemente le fué doloroso, dadas sus condiciones, sus antecedentes, y sus tendencias. Si la revolución se la hubieran hecho los blancos, procediendo de la manera que procedieron esos revolucionarios, probablemente habría sido aún mucho mas severo, pues ante una actitud semejante, talvez no hubiera podido contener la influencia de sus antiguas pasiones de partidario colorado.

Abolicionista convencido del cadalso político, por antipatía, por sentimientos, por teoria y por convicción, de ninguna manera apruebo ni justifico el hecho de que vengo tratando; pero ya que tanto se ha mistificado á este respecto y ya que tanto se han falseado las cosas, he querido explicar en parte las caus

y las razones graves que influyeron en aquel suceso, y expresar lo que creo la verdad, como la sé, la conozco y la entiendo; llevando mi grano de arena á las justicieras aclaraciones del porvenir; llamando la atención reflexiva é imparcial de la juventud que tiene que buscar en la instrucción y no en la tradición partidista el conocimiento del pasado; y dejando á los que ya se van con sus ideas, el provecho partidista que pueda haberles proporcionado el haber convertido las mistificaciones en instrumentos de partido y en arma para lapidar al adversario.

CAPÍTULO XLV

Quinteros como hecho de guerra

La juventud del partido colorado deberá buscar en el futuro la razón de ser de su partido en donde pueda encontrarla; pero si sólo la busca en la mistificación del hecho de Quinteros, á más de levantar erróneamente una bandera innoble y absurda, como es la de la venganza, sólo demostrará fanatismo político, ignorancia histórica, y apego á la mistificación, al falseamiento y al desconocimiento de la verdad y de la justicia que deben regir los actos de los políticos rectos é imparciales.

Quinteros no es más que uno de tantos hechos de guerra de nuestra historia, con las circunstancias más atenuantes para el proceder del Gobierno que lo ordenó, y con las circunstancias más agravantes para la conducta de los revolucionarios que fueron víctimas ante todo de sus propios y gravísimos errores y de sus asombrosas doctrinas.

Los nuevos pseudo-reformadores en una propaganda que tiende á exaltar las pasiones á pretexto de calmarlas, y que se propone hacer la unión declarando disueltos á los partidos, y realizar la fraternidad injuriándolos y cubriéndolos de lodo, reconocen que no es la figura historica de César Díaz la más propósito para hacer con ella una bandera de acusación, y

tratan de exaltar con ese objeto la personalidad del Coronel D. Francisco Tajes. Perfectamente: no negaremos las condiciones que quieran atribuirse á Tajes, por más que su participación en la revolución lo hacían solidario, como gefe, de la marcha vandálica que ella siguió. ¿Pero tenía acaso condiciones menos recomendables el Mayor Párraga asesinado después de la ensangrentada toma de la Florida?

La causa que este defendía era una causa nacional, y su guarnición no se había manchado con los crímenes y los excesos que caracterizaron la revolución de César Díaz. Militar de profesión y soldado de honor, Párraga defendió heroicamente el puesto que le había fiado el Gobierno constitucional, hasta que habiéndosele acabado las municiones pudieron los sitiadores con fuerzas relativamente considerables tomar el pueblo á viva fuerza. ¿Cual era pues su delito? ¿El cumplimiento de su deber? ¿Su resistencia valerosa? ¿Ó no ser partidario de *la triple alianza?* Con razón pues pudo el valiente y desgraciado Párraga contestar á Eduardo Beltrán cuando entre burlas le comunicó la sentencia de Flores: « Está bien, señor; supuesto que « trae usted esa orden, puede darle cumplimento, á pesar de « que *yo creo no haber cometido un crimen, defendiendo el puesto* « *que el Gobierno me había confiado* ».

Sería muy recomendable Tajes, pero ¿lo era menos el teniente coronel D. Dámaso Silva, asesinado junto con Párraga á pesar de los esfuerzos supremos de su esposa, que había logrado juntarse con él, y que de rodillas le suplicaba á Beltrán por su vida? Serían también muy recomendables los demás gefes que perecieron en Quinteros, pero ¿lo eran menos los oficiales Bosh, Ibarra, Sotelo, Castro, Castillo, y demás víctimas de la horrenda toma de la Florida?—¿Por qué pues esa enorme diferencia entre ambos hechos de guerra? ¿Por qué no se hace alrededor de los actos sangrientos de la Florida la atmósfera que pretende mantenerse alrededor del hecho de Quinteros? Hay diferencia, sí, y es que la conducta de esos soldados de la ley y de esos ciudadanos patriotas había sido el cumplimiento del deb

mientras que la conducta de los revolucionarios de César Díaz no tiene en manera alguna justificación.

Ese hecho sangriento de la Florida, no más, con todos los complementos que le siguieron, bastaría para hacer contra el partido colorado un arma aún más contundente que la que este partido ha hecho injustamente de Quinteros contra el partido blanco, si la fuerza del partido blanco consistiera como la de los conservadores en la propaganda exaltada, en la publicidad de las mistificaciones, en la exajeración de los hechos y en el abultamiento de los detalles; pero á más, desgraciadamente no es el siniestro y horrible episodio de la Florida el unico que puede oponerse al suceso de Quinteros, y hay para eterno lamento en nuestra historia, otras páginas luctuosas escritas por el partido colorado, y que se leerán siempre por las conciencias rectas con horror; con la opresión en el alma, palpitaciones en el corazón y lágrimas en los ojos.

La bandera pura de la patria, zahumada por la gloria en mil combates, flameaba serena sobre las almenas de Paysandú; cuando un ejército poderoso agitando un pabellón extranjero se adelantó pretendiendo abatirla. Este hecho no más, debía encerrar una eterna gloria para sus defensores, y un eterno baldón para los asaltantes. El 6 de Diciembre de 1864 el ejército brasilero-colorado-florista fuerte de cuatro mil y pico de hombres entre los cuales había mil infantes escogidos entre los mejores soldados del ejército imperial, ponía sitio á Paysandú; mientras por el lado del río se disponía á bombardear la ciudad de acuerdo con el ejército sitiador una formidable escuadra brasilera, compuesta del *Recife*, poderosa nave de guerra que montaba el almirante, y las no menos entonces poderosas cañoneras *Belmonte*, *Paraguary*, *Araguay* é *Ivahí*. Estos buques fuertes en sus cañones, desembarcaron 600 hombres de infantería de línea que incorporaron al ejército sitiador.

Todo era poco á los sitiadores contra aquel puñado de valientes orientales casi sin municiones y sin armas. El 7 la escuadra brasilera rompió el fuego sobre la heróica ciudad, mien-

tras el ejército sitiador llevaba un fuerte ataque sobre las trincheras. Toda aquella barbarie, todo aquel aparato de fuerza, toda aquella saña traidora contra la bandera de la patria, todo es inútil, toda aquella lluvia de hierro, de fuego y de metralla, se estrella contra el heroismo de un puñado de bravos, que levantan en alto la idolatrada bandera de la patria. El sol alumbra el combate al aparecer en el Oriente, y se pone sin que haya terminado la pelea, y así pasan los días consagrando la bravura de aquellos valientes, y cubriendo de oprobio á los sitiadores y á aquella escuadra Imperial que lanzaba por día sobre la plaza hasta 960 balas de gran calibre. Cuando Flores inició el sitio con su ejército mixto, algunos extranjeros del pueblo se le presentaron voluntarios para su toma, guiados por el aliciente del saqueo. Se pasaban los días en lucha heróica sin que los invasores pudieran abatir la bandera nacional que flameaba altiva, valiente, y gloriosa. El 14 del mismo mes se le incorporó á Flores el general brasilero Netto con una fuerza de 1.500 brasileros. Todo es inútil, la bandera de Sarandí flamea indignada entre el fuego y la metralla. La escuadra brasilera había agotado sus municiones, las mandó buscar al Salto y á Concordia, pero el valor de los hijos de Artigas no se abate, y la resistencia heróica, la resistencia única, la resistencia admirable, no decae.

El espíritu de nuestros héroes tradicionales revive en los defensores de Paysandú, haciendo la desesperación y acrecentando la rabia de los enemigos de la patria. ¡Oh mengua! ¡tanta fuerza y tanta impotencia! ¡Gloria eterna á los bizarros defensores de la patria! La escuadra brasilera vé nuevamente que se le agotan las municiones, y el almirante Tamandaré manda por ellas á Buenos Aires, confiando la actividad de su envío á su digno aliado D. Bartolomé Mitre. Éste teniente de D. Pedro II se apresura á satisfacer el pedido de Tamandaré, quiere enviarle pólvora, municiones, el parque entero, quiere enviarle el derribo de la plaza sitiada, y en su apuro por mandar pertrechos hace volar el cuartel del Retiro causando numero-

víctimas. Ya está nueva y abundantemente provista la escuadra brasilera, vomitando hierro y fuego sobre la heróica plaza que le contesta con sus débiles y escasos cañones y con la execración profunda de su desprecio. Es inútil, todo es inútil para domeñar el valor de aquellos bravos. Es necesario recurrir á una nueva cobardía. El estrago de la gruesa artillería brasilera no había hecho mella en el patriotismo de aquellos valientes; y sin avergonzarse de su actitud y de su conducta los sitiadores resolvieron poner fuego á la ciudad cuyos suburbios alcanzaban. El 9 consiguieron que la ciudad ardiese por sus cuatro costados; pero todo fué inútil; solo consiguieron que la luz rojiza del incendio, alumbrara la magestad de la bizarra figura de Leandro Gómez y el heroismo inmortal de la defensa.—¡Oh vergüenza!—El 20 el enemigo impotente en medio de su fuerza, y humillado ante la serenidad del valor, del patriotismo y de la gloria, levantó el sitio vergonzosamente en completa derrota moral, demostrando que le era indispensable el contingente de un nuevo ejército brasilero y aún así mismo el auxilio de la traición, para llevar á cabo sus negros designios. Reembarcó la gruesa artillería brasilera que se había bajado para el asedío, y emprendió la retirada, pero no sin dejar de llevar una nueva prueba de la decisión de los sitiados. Estos emprendieron tras los enemigos una salida y les hicieron sufrir un verdadero descalabro á las fuerzas que cubrían la retaguardia de los imperiales. La conducta de Leandro Gómez y de su heróica guarnición, no había podido ser más meritoria ni más conmovedora para toda persona de sentimientos dignos y elevados, que respete y admire el valor y el patriotismo donde quiera que los encuentre, y que condene y execre la injusticia, la traición y la barbarie, provengan de donde provengan. Fué así que el Comandante de la cañonera francesa, deseoso de ver á Leandro Gómez, tan luego como tuvo ocasión bajó á tierra y fué á la plaza, y dándole un abrazo al héroe de los héroes, con los ojos humedecidos por las lágrimas le dijo: «Coronel, os felicito por la defensa que estais hacien-

« do, y siento en mi alma no poder ayudaros. Sin embargo « he querido hacerlo, en colaboración con el Comandante de la « cañonera española que como yo también se encuentra indig- « nado. Entre ambos íbamos á batir la escuadra brasilera, pero « nos lo impidió el cuerpo diplomático que está en la Isla. » El cumplimiento inflexible del deber, y la exaltación patriótica de los héroes, fundía el indiferentismo de los extranjeros dignos, y el brillo del heroismo y de la gloria deslumbraba su admiración, despertando en ellos las más vivas simpatías por la causa noble de la justicia, de la libertad y del derecho.

Habiendo sabido Flores la disolución del ejército de Saá, volvió á poner sitio á Paysandú; pero con el propósito de pasar el tiempo en aprestos y preparativos y no volver á medirse inutilmente con aquellos valientes, á pesar de su ejército mixto y de su escuadra, hasta que no se le incorporase el grueso ejército brasilero que esperaba. Ese tiempo intermedio lo empleó en establecer baterías con las gruesas piezas de artillería de abordo de los buques brasileros; haciendo volver á tierra no solo las que habían sido reembarcadas al levantarse el primer sitio, sinó muchas más. La cañonera brasilera *Ivahí* como mas rápida fué enviada á Buenos-Aires para traer facilitado por el Presidente Mitre un gran acopio de municiones. Por fin el 30 los valientes defensores vieron llegar gruesas columnas de infanteria; era el ejército brasilero que esperaba Flores al mando de Menna Barreto, consistente en 8.000 soldados de linea con 39 piezas de artillería. Con este contingente las fuerzas sitiadoras de Paysandú se elevaron á más de 13.000 soldados con la poderosa escuadra brasilera por el Río, que habiendo agotado dos veces sus municiones en el cobarde bombardeo tenía siempre el parque de Buenos Aires á su disposición para reponerlas. A todo eso se agregó todavía la cañonera *Paranahiba* cargada con municiones para la escuadra. Con esas fuerzas y por esos medios fué que se intentó inútilmente por segunda vez la rendición de Paysandú, como hazaña que debía cubrir de eterno baldón á sus autores y sus complices.

Entonces empezó de nuevo aquella lucha homérica, aquel duelo á muerte entre la idea sublime y la fuerza bruta, entre el patriotismo y la arbitrariedad, entre la libertad y la usurpación, entre la independencia y la intromisión extranjera, entre los libres y los esclavos, entre el deber y la ambición, entre la gloria y la ignominia. Entonces empezó aquella lucha inmortal entre una débil guarnición con fósforos por fulminantes, y un poder colosal con flamante armamento y todos los recursos y elementos de la traición y de la conquista. Entonces tuvo lugar aquella grandiosa epopeya que llenó de admiración al mundo, é hizo conocer la República Oriental de los que aún no la conocían, por la repercusión y la resonancia que tuvo en los pueblos civilizados, el valor, la abnegación y el patriotismo de los inmortales héroes de Paysandú.

Solo cuatro piezas de artillería de á 8 bastaban á aquellos valientes para lanzar su protesta patriótica contra la intromisión usurpadora al rostro de la vil mesnada, que tenía en sus baterías sitiadoras cincuenta piezas de gran calibre, y á más la escuadra de seis buques que cañoneaban la plaza con metralla y bala rasa de á 64 y de á 80. Suspendíase solo el bombardeo del fuego bárbaro de cañon para llevar á la plaza fuertes ataques á las trincheras con inmensas masas de infantería, que eran rechazadas por los heróicos defensores y hasta perseguidas fuera de la línea. En las postrimerías de la defensa tuvieron lugar heroicidades sobre el mismo heroismo, como la del General Píriz que incomodándole un cantón que tenía á su frente, tomado por los sitiadores, lo cargó con un puñado de valientes á punta de lanza y de bayoneta, haciendo huir al enemigo representado allí por el batallon 3º de línea, uno de los mejores batallones del Imperio, y salvando al mismo tiempo una familia que estaba siendo víctima de los más infames excesos.

Por fin llegó el momento supremo para una guarnición que batiéndose contra fuerzas excesivamente superiores, no tenía como reponer sus armas, sus municiones, ni sus defensores; mientras su colosal enemigo se había visto necesitado á reponer

tres veces sus pertrechos, lo que había realizado gracias á su aliado el Gobierno mitrista de Buenos Aires. No quedaba para asistir á los heridos más que el doctor Mongrell á quien las balas de cañón le habían muerto todos los ayudantes; los defensores habían disminuido considerablemente ultimados por el plomo y la metralla; las casas ardían haciendo general el incendio, porque el enemigo impotente contra aquellos bravos aún con sus inmensos elementos, había adoptado cobardemente como medio de guerra ese sistema de destrucción de la propiedad particular y del hogar de las familias; las emanaciones pútridas de los cadáveres, se hacían insoportables en medio de aquella atmósfera de fuego y los muertos permanecían insepultos. En medio de aquel cuadro de horror, de desolación y de heroismo, se destacaba la imponente figura de Leandro Gómez envuelto en la bandera de la patria, animando todavía el espíritu indomable de los inmortales defensores de la libertad, de la independencia y del derecho. Pero era indispensable una suspensión de armas para sepultar los muertos y atender á las necesidades más urgentes de aquel resto glorioso de valientes. Negociábase el armisticio, y ese fué el momento acechado por la traición para introducirse el enemigo en la plaza por las trincheras que el cañón, la suspension y la muerte habían dejado indefensas y destruidas.

Tan grande como había sido la defensa así fué de inmenso el crimen infame que la siguió. Tan glorioso como había sido el proceder heróico de los libres, así fué de nefanda é ignominiosa la conducta siniestra de los vencedores. Aquellos héroes habían cumplido con su deber, habían defendido su patria y su bandera, habían admirado al mundo con su heroismo; y después de garantidas sus vidas fueron cobardemente asesinados. Después de asesinados mutilados. ¿Qué es Quinteros al lado de esto? Ni sus mismos partidarios se han atrevido á defender la actitud de los revolucionarios de Quinteros, limitándose á atacar con mentiras y con mistificaciones la actitud del Gobierno que los castigó. Paysandú fué más que una heca-

tombe horrenda. En Quinteros, de un ejécito prisionero de trescientos y pico de hombres de una revolución culpable, sin honor, sin gloria y sin resistencia, perecieron quince entre jefes y oficiales, y con los mercenarios enganchados el número de muertos llegó á cincuenta y dos: habiendo sido puestos en libertad por el Gobierno cuatro jefes, veinte y seis oficiales y doscientos ochenta y tres hombres de tropa, cuyos nombres han visto la publicidad repetidas veces. En Paysandú fué inmensamente mayor el número de jefes y oficiales traidoramente sacrificados. A nadie se puso en libertad, solo se salvaron los que pudieron esconderse ó escaparse á favor del inolvidable almirante Murature y otros marinos extranjeros. Los restos de los defensores después de desarmados y rendidos fueron quintados en la plaza, Los pocos soldados de linea que quedaban de aquellos bravos los incorporó Flores á sus batallones. Los asesinatos parciales y las venganzas sangrientas no tuvieron límites; ¿qué es, pues, Quinteros al lado de estos atroces y cobardes horrores contra los que defendieron su patria contra el extranjero? De un hecho de guerra como es Quinteros se ha querido hacer un arma de partido; que el partido blanco más generoso no ha hecho de una gran gloria al lado de un gran crimen, cuya doble significación encierra la inmortal epopeya de Paysandú. Pobre partido el que no tiene más bandera que una torpe venganza, ni más palabra de orden que el recuerdo de Quinteros, bien mirado, mas deshonroso para él mismo, que para su adversario.

Pero los orientales defensores de Paysandú á más de su bravura, de su actitud militar y de su heroismo, asombraron al mundo con el dominio de sus más íntimos sentimientos, en aras de la salud de la patria; de esos sentimientos que forman la savia de la vida del hombre, y que el poeta antiguo no pudo menos que tener en cuenta recomendándolos al respeto de la posteridad en su despedida de Héctor á Andrómaca. El señor Ernesto de las Carreras secretario de Leandro Gómez en la defensa, en su carta pública ha dicho á ese respecto

lo siguiente: « El 10 por pedido de los comandantes de los bu-
« ques de guerra extranjeros, se arregló un armisticio para dejar
« salir las familias que aún permanecían en la plaza, y *que con-*
« *taban ocho víctimas del inhumano cañoneo.* Serían indescrip-
« tibles las escenas de ese día. LOS QUE LAS PRESENCIARON
« CONSERVAN TODAVÍA SU IMPRESIÓN. El llanto de las ma-
« dres y esposas al dar el adiós á sus hijos y esposos, *contras-*
« *taba con la resolución del soldado pintada en el rostro,* DE
« CUMPLIR CON SU DEBER. » El señor Mariano de Espina
cónsul de la República en Buenos Aires, en carta al digno
argentino señor Carlos Guido y Spano que tan noble actitud
asumió cuando esos sucesos, dice al respecto: « Cuantos han
« escrito hasta hoy sobre la gloriosa defensa de la Numancia
« oriental, han pasado en silencio uno de sus más terribles y
« heróicos episodios. Sagunto, Numancia, Zaragoza, Ge-
« rona, todos los pueblos, en fin que han legado á la his-
« toria un nombre de imperecedera gloria, encerraban dentro
« de sus muros á los defensores y sus familias. En el seno de
« éstas, en los halagos del hogar, hallaban aquellos, sin duda,
« poderosos lenitivos á sus fatigas y privaciones, y nuevos mo-
« tivos de redoblar sus esfuerzos, con que, á la vez que soste-
« nían sus libertades é independencia, protegían el honor y la
« vida de los objetos caros á su corazón. Estaba reservado á
« los mil veces desgraciados héroes de Paysandú pasar por el
« más cruel de los tormentos que afligen el corazón del hom-
« bre:—el eterno adiós, dado á los objetos de su cariño. Empe-
« ñados aquellos bravos en una lucha á muerte, combatiendo
« uno contra quince, consumaron el más terrible de los sacrifi-
« cios, mandando sus familias á una isla desierta, sin más
« techo que la boveda del cielo, ni otros recursos de subsisten-
« cia que la caridad pública de un pueblo vecino y hermano.
« Este hecho que revela la más completa abnegación por la
« causa que se defiende y un temple de alma á toda prueba,
« se realizó por un puñado de valientes, en su mayor parte
« guardias nacionales .... He hablado con varios indi-

« viduos de los que componían la heróica guarnición, y « todos me han dicho que el día en que tuvo lugar aque- « lla dolorosa despedida, fué el más terrible que han pasado « en aquel recinto de desolación. Fácilmente comprende uno « lo horrible del cuadro que en tales momentos presentaría « Paysandú, y las amarguras y sinsabores que tan magnánima « resolución iba á ocasionar á sus titánicos defensores. Es pre- « ciso que una voz autorizada y elocuente se alce para arrancar « del olvido tan sublime rasgo de heroismo, trasmitiéndolo á « la posteridad que, mejor que nosotros, ha de contemplarlo « asombrada, *como único en la historia hasta nuestros días;* y « ÚNICO ACASO TAMBIÉN EN MUCHOS SIGLOS VENIDEROS. Em- « prenda usted esa tarea caballero Guido».............. ..

El Sr. Carlos Guido y Spano en ese su original lenguage mezcla de fuerza y de belleza que lo distingue, decía: « Sin « embargo, no es la actitud guerrera de los defensores de la « nueva Sagunto lo que más nos asombra .....Un estóico « habría pagado el tributo de su admiración á la conducta de « esos hombres que se inmolaban al deber. Gloria adquirida, « fortuna, juventud, viriles esperanzas, afecciones íntimas, amo- « res del alma, todo fué pospuesto, todo fué sofocado en el « empeño de presentar el pecho al invasor insolente, á la « traición cobarde. Estaba en la convicción de los patriotas « que sus cadáveres debían ser baluarte á la independencia « oriental, y cayeron como buenos en la tierra sagrada de que « eran los impertérritos custodios».

Y refiriéndose á los victimarios decía: «La sangre del « Cordero Inmaculado está fresca todavía sobre el Gól- « gota, y el espíritu que animó esa sangre domina el universo....

....

« Y descendiendo hasta el último extremo la escala de las « pasiones iracundas, el facón de los asesinos de Leandro Gó- « mez, sirviendo á sacrificar un glorioso enemigo, HA PENETRA- « DO HASTA EL CORAZÓN DE LA PATRIA, cuya savia alimentaba « su alma ardiente, y que hoy toma por escudo el nombre del fogoso adalid».

Las familias de aquellos bravos se refugiaron en la Isla entrerriana frente á Paysandú que por esa razón se llamó de la *Caridad*, no llevaban sinó lo puesto y el 11 se desencadenó una lluvia torrencial que sufrieron teniendo solo la arena por pavimento y los árboles por techo. Desde allí veían con la indignación en el alma y las lágrimas en los ojos la cobarde lluvia de hierro y de fuego que arrojaban los cañones brasileros sobre la plaza, y que iba á cortar las vidas de las prendas queridas de su corazón. Aquellas familias orientales degraciadas, dignas de consideración y de respeto en situación tan angustiosa, fueron aún objeto de la saña, del rencor, y de los instintos feroces de los sitiadores, como lo prueba la siguiente carta del almirante argentino don José Murature, indignado ante un proceder tan atentatorio, abusivo, mezquino y bárbaro. Decía así:

« El Jefe de la Escuadra Nacional—A bordo de la Capi-
« tana, frente á Paysandú,

«Diciembre, 29 de 1864.

« *Al Señor Secretario de la Jefatura Política de la Capital*
« *de Entre-Ríos, D. Pascual Calventos:*

« Habiendo por persona caracterizada sabido de un modo
« positivo que en el día de ayer, ha tenido Vd. un altercado
« con oficiales del ejército colorado á las órdenes del señor
« General Flores, en esa isla Argentina, originado por querer
« Vd. cumplir extrictamente los deberes que le impone su po-
« sición de *encargado de velar por la seguridad y bienestar*
« *posible de las familias emigradas de Paysandú y asiladas en*
« *el territorio argentino neutral*, el infrascripto, aprobando com-
« pletamente su proceder, cree es su deber apresurarse á ofrecer
« á usted (para el caso en que lo crea usted necesario) una em-
« barcación armada y tripulada, la que deberá estar á la orden
« de usted á fin de que con su cooperación pueda usted más fá-
« cilmente mantener el orden en esa isla á su cargo, pudiendo

« usted además disponer previo aviso, de otros medios que el
« que suscribe tiene á sus órdenes.

« Dios guarde á usted.

«José Muraturе».

La significación de esa carta, y las razones que la hicieron escribir no necesitan comentarios; y revelan acabadamente en los atentadores, unos procederes, unos medios, y unos instintos dignos del vandalismo de Atila ó de Alarico.

Montevideo envió en socorro de aquellas desvalidas familias una comisión á cuya cebeza iba el inolvidable Obispo don Jacinto Vera, y compuesta de monseñor don Martín Pérez, el doctor en medicina García Wich, varios sacerdotes, hermanas, practicantes y otras personas. Debían también anxiliar á los sitiados, pero les fué prohibida la entrada en la plaza por los sitiadores y entonces pasaron todos á la isla á mitigar dolores y consolar aquellas víctimas del patriotismo y del infortunio. Buenos Aires se vió forzada á olvidar sus altísimas y generosas tradiciones, su fraternidad con nuestra patria, porque gemía entonces bajo la bota estúpida de don Bartolomé Mitre y sus proveedores, sugestionados por la política brasilera y dirigidos por la diplomacía del Brasil. Pero latía siempre en el corazón del pueblo la antigua alianza republicana, y se erguía el grito de la sangre y de la raza, y ya un grupo de ciudadanos, de verdaderos repúblicos, se aprestaba á combatir la política del Gobierno y la intromisión brasilera. Se hacía oir la voz autorizada del Dr. Alberdi, el inolvidable Dr. Miguel Navarro Viola lanzaba su patriótico y estridente grito de: « ATRÁS EL IMPERIO »; y el ilustre Carlos Guido Spano decía:
« Va á estallar la tormenta. Va á estallar sobre un puñado de
« héroes que defienden sus hogares y el honor de su bandera
« ultrajada. *Los más nobles hijos de la tierra de San Martín,*
« *de Alvear y de Moreno,* CLAMAN POR LA ESPADA DE ITU-
« ZAINGÓ ».

Y condenando la política indigna de Mitre agregaba: «¡Y
« sin embargo, hay almas degradadas que se agitan en frenético

« júbilo á la sola idea del sacrificio próximo! Dejemos á los « de Tarento sus dioses irritados. Su cólera inflamada aumenta, « LEANDRO, el brillo de tu gloria. ¿Qué huracán podrá apa- « garla? Si caes en la demanda, LA REPÚBLICA ALZARÁ TU « CADÁVER sobre su invulnerable pavés. Si triunfas.... ¡Oh, « libertad, cúbrele con tu escudo! »

Después de tanta lucha, de tanto heroismo y de tanta gloria por parte de los defensores, y de tantas angustias, de tantos dolores y de tantos sufrimientos para sus atribuladas familias, éstas debían pasar aún por una prueba de nuevas infamias y vejámenes. El libro «*La Defensa de Paysandú*» dá cuenta del siguiente suceso indigno, sin calificativo y sin nombre. Tamandaré invitó á las familias que estaban en la isla á que pasasen á lo que había sido Paysandú, garantiéndoles la tranquilidad y el respeto. En el deseo de encontrar los restos de los seres amados, algunas aceptaron la garantía del almirante brasilero. Sólo se encontraron con ruinas en cuyos escombros buscaban los restos queridos; en cuanto á edificios apenas quedaba uno que otro cuarto en pié, y allí se refugiaron al llegar la noche. Pero no bien cerró ésta, los hombres de Tamandaré, Flores y Menna Barreto se lanzaron sobre ellas y LAS SAQUEARON, LAS VIOLARON ¡y, horror! DEGOLLARON Á LOS NIÑOS; y al llegar el día el sol alumbró la más espantosa de las escenas. Las familias desgarradas por la desesperación y el duelo, en medio de dolorosos gemidos volvieron á trasladarse á la isla del Uruguay— ¿Qué es Quinteros al lado de esto? ¿Y es posible que la opinión sea eternamente mistificada, y que un partido político que se asocia al extranjero para cometer estos hechos, pretenda lapidar al adversario con el acto de guerra de Quinteros? Quinteros fué estúpido é impolítico dicen; pero el aliarse con el extranjero, el asesinato de los héroes de Paysandú, la mutilación de aquellos valientes, el saqueo, el robo y las violaciones ¿no son hechos estúpidos é impolíticos? ¿ó serán clarovidentes y políticos? ¡Misericordia! Cómo ofusca el espíritu del partido, que cree tapar el cielo con un arnero; pero cómo ofuscan también la cortesanía, y el espíritu de mistificación y de sofisma

No; ya es tiempo de reaccionar contra tan tremendos errores. La política colorada erróneamente inspirada en Quinteros es la política de la venganza, de la venganza innoble y del odio ciego, y de ahí la opresión, la intransigencia, la tiranía y el exclusivismo, que desde el 65 hasta acá viene caracterizando su política. De ahí sus dictadores sangrientos y sus orgías de anarquía y desmoralización. De ahí la proscripción del partido blanco, y la selección de un puñado de pseudo-partidarios que secundan sus fines, y á los que dan puestos para disfrazar y ocultar su política de bandería, de intransigencia y de retroceso, que abruma y arruina el país abatiéndolo más cada día.

No; es preciso reaccionar porque César Díaz es la venganza injusta; Leandro Gómez es el patriotismo. Véanse las doctrinas predicadas por César Díaz á sus amigos políticos: «*Es preciso*
« *extirpar esa raza maldita.* Es preciso *usar de rigor con los*
« *enemigos y con los indiferentes. Es preciso que corra sangre,*
« *porque ella es necesaria para sellar la revolución; y hasta es*
« *moral que no se demore el castigo de los criminales. Severidad*
« *amigo mío,* y *mano de fierro con esa canalla. Fusile V. á todo*
« *el que no quiera plegarse á nuestras ideas. Yo acepto la respon-*
« *sabilidad de todo. Para todo lo autorizo*». Horrible política matar al que no participa de las mismas ideas de un círculo exaltado; y grave extravío el de un partido, inspirarse en semejante fuente. Oigamos ahora á Leandro Gómez; es la voz de la abnegación y del patriotismo. En carta al Presidente de la República le decía:
« Si la pólvora se nos acaba, las lanzas y las bayonetas están agu-
« zadas, las espadas y facones cortan, y entonces el combate será
« cuerpo á cuerpo, tal es mi voluntad y la de todos estos orgu-
« llosos y bravos orientales que me rodean, cuyo valor se rea-
« nima mil veces más, contemplando el pabellón de la Patria
« que tremola en los edificios más altos de esta ciudad.... Ya
« sabe la República que los defensores de Paysandú son dig-
« nos del nombre de orientales, que lo han de legar á sus hi-
« jos puro y glorioso.»

Y en carta á su hermano le decía: «Desde el día 6 estamos
« combatiendo con tropas del cobarde gobierno brasilero, de-
« sembarcadas de su escuadra, la que está bombardeando la
« ciudad desde ese día. Paysandú está convertido en ruinas
« pero sobre ellas está tu hermano Leandro rodeado de sus
« valientes compañeros, defendiéndola á muerte.....He sido
« herido levemente en la cabeza; se bañó mi frente de san-
« gre....»

Bajo la capa de acero del guerrero patriota, latía el corazón del padre, y enterneciéndose al recuerdo de los suyos termina así: « Visita á Carmen; dales mil besos á mis hijos, y dile á Leandrito « que se acuerde siempre cuando sea hombre de pelear por su « patria como lo hago yo». Tal es el lenguaje de Leandro Gómez; la patria es su norte, su preocupación, su fé, su todo. Justo es honrar esa tradición, y venerar su memoria. El recuerdo político de los que perecieron en Quinteros sin virtud y sin gloria, sólo vive en la intransigencia de los partidistas fanáticos; el recuerdo de los héroes de Paysandú, se guardará siempre en el pecho de los republicanos y de los libres, para ser perpétuamente transmitido de generación en generación, como una de las glorias más puras y más grandes de la patria.

Me he visto en la necesidad de recordar páginas luctuosas, porque los nuevos pseudo-reformadores que reparten á su gusto la sinceridad y la sospecha, buscando la primera en la más extravagante é ilógica inconsecuencia, y atribuyendo la falsedad á miles de miembros del partido nacional que se mantienen fieles á convicciones racionales, han hablado del hecho de Quinteros de una manera indebida, sin la altura y la imparcialidad con que corresponde tratar un hecho que cae ya bajo el tribunal justiciero é inflexible de la historia. El resultado propuesto es el mismo, la perpetuación de la mistificación y de la adulteración histórica, y la injustificable exaltación partidista en contra del partido blanco. Antes eran los avisos de Santos que hacía anunciar en sus diarios que Irazuzta celebraría una misa con moña colorada en el aniversario de Quin-

teros, como si la religión pudiera estar al servicio de semejantes pasiones, y ahora son los reformadores que con su propaganda infecunda, y enteramente estéril para el bien, les dicen á los partidarios extraviados, ved: nosotros *los que no somos colorados* gustamos de mojar también la pluma en la hiel partidista, y os ofrecemos nuestro contingente. Semejante propaganda aplaudida por la prensa italiana, no dejó de llevar su grano de arena á este último aniversario de Quinteros, en el cual se quiso aumentar el acostumbrado aparato, é hicieron sus primeras armas oratorias para injuriar al adversario, jóvenes que debían levantar la frente y mirar al porvenir, y dejar esas pasiones á los que ya no son suceptibles de modificar sus ideas, estando en el caso de recordar estas inspiradas estrofas del ilustre bardo que acabamos de perder:

« Opresos ú opresores, más nunca ciudadanos
« De su deber esclavos, modelos de civismo,
« Que el sacrificio hagan de sus rencores vanos,
« Y hasta de sus agravios con noble patriotismo,
« Antes que armar el brazo de hermanos contra hermanos.

« No acuso á nadie ...Lloro la inútil experiencia,
« De la que no aprendemos ni escarmentamos nada!
« Lo que sanciona el crimen y usurpa la violencia,
« La sangre derramada, la mísera existencia,
« *Que á todos nos reserva* la ley atropellada!

« No acuso á nadie. .. todos, y yo como el primero,
« En días lamentables *de vértigo* y *delirio*,
« Sañudos esgrimiendo la pluma ó el acero,
« El seno de la Patria rasgamos lastimero,
« Hiel á su hiel mezclando, martirio á su martirio!

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES. »

Noviembre 20 de 1855.

Las propagandas á lo Juan Carlos Gómez conducen más ...nto de lo que se cree á los frenesíes sangrientos á lo César

Díaz; y no estaría de más que esa juventud que quiere levantar erróneamente como bandera girones arrancados al pasado, recordase el siguiente consejo del mismo poeta que acabamos de citar:

« Juventud de mi patria! nunca vuelvas
« A buscar en los campos de matanza,
« Con el hierro sangriento de la lanza,
« Al rayo fratricida del cañón,
« La grave solución de tus problemas....
« No se desata el nudo con un tajo:
« Lo desata el estudio y el trabajo,
« La fé en la libertad y en la razón. »

Hace treinta y cinco años que tuvo lugar el hecho de Quinteros, y aunque ya está formada á su respecto la conciencia pública, todavía el favor oficial y las ceremonias anuales se esfuerzan por mantener á favor de la ignorancia de las masas, y del fanatismo político de los partidarios exaltados, la mistificación que pretende sustraer ese suceso histórico á la generalidad de los hechos de guerra.—El juicio severo, justiciero é imparcial de la historia no puede asentir á las pretensiones de los gobiernos colorados, que pretenden continuar haciendo de ese hecho de armas una fórmula de unión y una bandera vengativa de combate, harto vengada ya con creces repetidas veces, en caso de que efectivamente y con justicia ella hubiera podido autorizar un proceder de represalia.

Si el partido contrario procediera de la misma manera, y fuera á recoger en la historia los hechos sangrientos de que ha sido víctima, la guerra civil no terminaría jamás, y la República quedaría convertida en un eterno y siniestro campo de Agramante en el cual el vencedor definitivo, extremadamente reducido, sólo acabaría por tener á su alrededor tumbas de orientales por testigos de su cruenta victoria. Sería algo como aquella lucha de dos tigres, de la cual no quedaron más que las colas.

No desconocemos á sus amigos políticos el derecho de recordar á sus correligionarios que perecieron allí donde los condujeron sus errores, pero negamos que sea razonable adulterar la verdad y atribuir al partido blanco una resolución exclusivamente colorada y un hecho que aunque realizado por los dos partidos se debe principalmente al colorado, pues á él pertenecían el Presidente que lo ordenó y el General que lo ejecutó. Por lo demás, Quinteros no es un hecho de las condiciones sangrientas del Palmar, en el cual las innumerables víctimas allí sacrificadas en esa verdadera hecatombe, lo fueron por haber cumplido con su deber observando buena conducta y sosteniendo la autoridad constituída, representada por uno de los gobiernos más morales, honrados é ilustrados que ha tenido el país. Durante la defensa los excesos que en ella se cometieron y los fusilamientos por la espalda ordenados por Melchor Pacheco y Obes atraen con mucha más razón que Quinteros la reprobación recta de la historia. Los asesinatos de guardias nacionales el 18 de Julio, agravados por el derrocamiento de la autoridad constituida, y por las vías inciertas á que fué lanzado el país no tienen disculpa ni atenuación alguna. La anarquía y las repetidas revoluciones que hacían del desórden y de la irregularidad el estado normal del país no pueden menos que ser enérgicamente condenadas. Las doctrinas y la conducta de los revolucionarios de Quinteros no pueden merecer la aprobación ni la disculpa de ninguna conciencia honrada. De Paysandú y de la Florida hemos dicho ya lo suficiente para demostrar su magnitud, y demostrar á su lado la pequeña proporción relativa á que comparado con ellos queda reducido Quinteros. La toma de Montevideo el 65 no pudo justificar de ninguna manera los escándalos y los excesos de que fué objeto la Capital de la República. Quinteros se ejerció contra rebeldes en armas que se habían señalado por sus delitos, pero sucesos como el del 19 de Febrero de 1868, á más de ser mucho más sangrientos que Quinteros por su extensión, hacían un mito del derecho á la vida que todo hombre tiene

por la Constitución y por derecho natural, derecho que estaba amenazado aún en los ciudadanos más pacíficos, inofensivos é inocentes, según la venganza, la odiosidad ó el capricho de de los victimarios. Los orientales que en inmenso número sufrieron los horrores del Sauce para satisfacción de las pasiones feroces de un Goyo Suárez, habían levantado la bandera de la revolución nacional inspirados por el clamor del patriotismo, pero con un programa de libertad y de orden que los revolucionarios cumplieron con una conducta humana digna y ejemplar. En medio de la sangre de las víctimas del 10 de Enero fué ahogada la libertad de sufragio y gravemente comprometidos los derechos del ciudadano. Los asesinatos clandestinos, y las desapariciones misteriosas de las dictaduras de Latorre y Santos son responsabilidades serias para el partido que suministró los elementos de esos crímenes y produjo semejantes dictadores. El 11 de Octubre de 1891, urdido por el Presidente de la República para inmolar villanamente á sus enemigos y la inmolación de algunos ilusos é inocentes que nada sabían, fusilados por la fuerza de línea de la nación por orden del mismo Presidente de la República, son un crimen nefando, sombrío y siniestro que no es ya de este siglo, y que por donde quiera que se le mire solo se le encuentran circunstancias agravantes, que lo hacen más condenable y repugnante, marcando con una justiciera execración á sus inmorales autores.

Nó. Los gobiernos que tales atrocidades y escándalos cometen en plena paz, disponiendo del poder y de una inmensa fuerza, no tienen autoridad moral para invocar el hecho de Quinteros, y no la tienen ni ellos ni nadie para adulterarlo, falsearlo y mistificarlo, y hacer de él lo que no es, en el afán y la necesidad de desplegar alguna bandera de combate. Jamás los gobiernos blancos cometieron hechos semejantes; y si en épocas de guerra nuestro partido pagó su tributo á los errores de la época, haciendo la guerra sin cuartel como la habían iniciado sus enemigos, en tiempo de paz y gobernando, jamás usó ni abusó de

la fuerza pública para ultimar á sus conciudadanos. Jamás los gobiernos de Lavalleja, de Oribe, de Giró, de Pereira, y de Berro, que organizaron el país y consolidaron el porvenir, jamás se mancharon con semejantes hechos.

CUARTA PARTE

La monarquía militar

CAPÍTULO XLVI

Fundación de la monarquía militar

El plan de estas páginas nos impide extendernos acerca de aquella infernal y maquiávelica trama forjada por el Emperador del Brasil y don Bartolomé Mitre, que se llamó la triple alianza, y que vino á manchar nuevamente la tradición republicana de los pueblos libres de Sud América. El partido colorado escaló el poder merced á la criminal intervención brasilera, y su caudillo asumió debido á esa intervención la dictadura, sin ni siquiera dignarse como Napoleón III consultar aparentemente á su pueblo para obtener una fingida delegación por medio de un aparatoso plebiscito. Todavía calzadas las ensangrentadas espuelas trepó las gradas del capitolio, hasta que la voluntad popular manifestó en la inmolación de su persona, su protesta hacia ese género de erección y mantenimiento de poderes pùblicos.

La administración de don Bernardo Prudencio Berro había sido un modelo de gobiernos. El país había entrado de lleno en la senda del progreso material y moral, y nuestro partido daba nuevamente las muestras de acatamiento y de respet

que había dado siempre á las instituciones nacionales. El porvenir de la República estaba asegurado, y la revolución sangrienta que vino á turbar el bienestar de la nación, inoportuna, impolítica, é injustificable; podrá ser bendecida por los que han vivido y viven á la sombra de los abusos que ella engendró, pero será siempre anatematizada por todas las conciencias honradas, como ha sido ya condenada por el augusto tribunal de la historia.

Si el General Flores en vez de entrar al menguado servicio de D. Bartolomé Mitre, razón por la cuál fué borrado del escalafón del ejército oriental, hubiese como representante del partido colorado, solicitado y aceptado un puesto de colaboración en el Gobierno de D. Bernardo Berro; si hubiera repetido la actitud que á la par del General D. Manuel Oribe había asumido cuando la Presidencia de D. Gabriel Pereira, el General Flores hubiera contribuido al acercamiento de los dos partidos tradicionales, hubiera sido otra su figura histórica y habría facilitado grandemente la tarea que llevaba adelante D. Bernardo Berro, haciendo una política eminentemente nacional.

La intransigencia partidista lo contuvo, y la diplomacía imperial hizo lo demás; ayudándola en tan púnica tarea la zoncera incurable de D. Bartolomé Mitre, que servía de útil instrumento en manos de la hábil diplomacía del Brasil. El Gobierno de Berro había dado una amnistía para los orientales que se encontrasen fuera del país; y más tarde el año 62 habiéndole pedido el General Flores que facilitara el regreso de los emigrados militares, el Presidente Berro lo atendió, y de acuerdo con la ley de amnistía existente, dió un decreto reincorporando al ejército todos los jefes y oficiales dados de baja por causas políticas en los años de 1857 y 1858, y ordenando que se le liquidasen sus haberes devengados. Si es que Flores había esperado una negativa para hacer de ella la bandera de sus propósitos ulteriores, esa intención aviesa quedó frustrada, pues se estrelló contra la rectitud, la imparcialidad y la liberalidad de aquel memorable Gobierno, que en su afán patriótico de cica-

trizar las heridas de la patria ponía el mayor cuidado en no vulnerar ningún derecho adquirido, fuese de quien fuese, legando así un alto ejemplo de tolerancia política.

Flores quedó pues sin bandera, y algunos de sus partidarios dijeron que el objeto de la revolución era vengar Quinteros. A más de ser una bandera estúpida, injustificable é innoble la de la venganza, ¿cómo era eso posible, desde que lo que se quería vengar era un hecho que un Presidente colorado lo había creído un acto de justicia nacional, castigando á sublevados que se habían hecho reos de graves delitos comunes? A más, en ese caso hubiera sido al partido conservador al que le hubiese correspondido tomar la palabra. Flores mismo había apuntalado al Gobierno de Pereyra, y se había retirado del país voluntariamente, por no poder ejercer la influencia de su sistema de caudillaje, dado el programa de imparcialidad política que se había trazado el Presidente Pereyra. No; todas esas mistificaciones no alcanzaron ni siquiera á elaborar una mala disculpa imposible; la verdad es que la triple alianza hacía ya mucho que estaba convenida y firmada; y la destrucción del Paraguay y la ruina de nuestra patria, habían ya sido resueltas por el Gobierno funesto de Mitre, y por las ambiciones constantes del esclavócrata Imperio del Brasil. Si no escribiera urgido por el tiempo, me sería fácil demostrar que todos los actos de las Repúblicas sacrificadas que sirvieron de pretexto para la impopular guerra del Paraguay, habían sido elaborados y preparados por una diplomacía púnica, que guiada por las negras intrigas del Brasil, hacía de la ciudad asiento del Gobierno de Mitre una nueva República florentina.

Desde entonces datan todas nuestras mayores desgracias. El año de 1865, la intervención extranjera inauguró en nuestro país la fundación de la monarquía militar; y desde esa fecha dolorosa nos ha sido por distintas razones imposible sacudir su yugo. Rodaron por el suelo las instituciones ante una dictadura sangrienta, y el pueblo oriental, nuevo Prometeo atado por la fuerza bruta á la roca de la opresión, de la inmoralidad y de

la injusticia, ha forcejeado en vano por romper sus cadenas y restablecer el altar derribado de la ley.

De todo ha habido desde la inauguración de esa época nefanda que colocó al país en una situación tan irregular y violenta, que podrían recordarse muchas altas funciones oficiales convertidas en excenas cómicas, si en ellas no se hubiera jugado con los más caros intereses de la patria, y con el respeto debido á la vida de los ciudadanos. La culta Montevideo recuerda haberse acostado tranquila bajo aquella férrea dominación, para despertarse alarmada ante el ruido de las músicas marciales, y los batallones de la guarnición lanzados por las calles de la ciudad á paso de trote en son de revuelta. Más tarde le llegaba la noticia de los desórdenes promovidos en los cafés por los favoritos del poder, por haber concurrido á ellos ciudadanos de opinión política distinta de la del Gobierno. Medio país solo encontraba refugio en la emigración; y así como la capital, la campaña era víctima de los más abusivos excesos. Mientras se empastelaban imprentas, y se desterraban periodi tas, y se arrancaba al país sus últimos hijos para llevarlos á morir en beneficio de los intereses brasileros en los esteros del Paraguay, en materia de administración no podía ser mayor aquella inmoralidad, aquel derroche y aquel favoritismo que había empezado por abrir un crédito en los bancos á costa de la Nación, á los jefes que habían acompañado al dictador en su funesta cruzada. Esa situación tremenda se despidió ahogando en sangre la revolución de don Bernardo Berro, y bañándola el 19 de Febrero con la sangre inocente de indefensos y pacíficos ciudadanos, que ninguna participación habían tenido en el asunto; y á los cuales no se les encontraba otro delito que ser blancos. Esa situación terrible se agravó aún más bajo la administración de don Lorenzo Batlle, que no sintiendo el peso de una mano fuerte que repartiese á capricho los privilegios de desorden y de escándalo, desbordó el partidismo, la intransigencia y la anarquía, é hizo brotar un sinnúmero de caciquillos y tiranuelos que se atribuían en sus respectivas localidades la investidura suprema

del Gobierno. La inmoralidad administrativa fué tan grande y se hizo tan inmenso comercio de los negocios sucios, que voces coloradas declararon que: «*el Fuerte de Gobierno se había convertido en una cueva de ladrones.*» El crédito rodó por los suelos. Los bancos de emisión quebraron en gran número. La situación económica se hizo insoportable, y la financiera recurrió al medio ruinoso y gastado de los empréstitos, único que encontraba la sabiduría de aquel infausto desgobierno. El Presidente cumplía al pie de la letra su programa de: *gobernaré con mi partido y para mi partido*: pero la anarquía devoraba las propias filas coloradas, haciendo un caos de la política en el país—Los conservadores combatían ardientemente al Gobierno y sus ataques y sus tendencias revolucionarias eran reprimidas con destierros y otros excesos—El mismo caudillaje colorado, dominante, pero insaciable en sus exigencias, tuvo sus explosiones anarquistas y revolucionarias, y Máximo Perez en Soriano, Tolosa en la Colonia y Caraballo en Mazangano levantaron el pendón de la revuelta contra aquel gobernante inepto y aquel gobierno hechura de sus manos—Epoca tremenda fué esa, de la cual podría decir con razón el Dr. Juan Carlos Blanco que ya está juzgada por la historia—Ahí no caben mistificaciones, porque los que somos de ayer hemos visto y presenciado esos escándalos, y aún conservamos fresca la impresión dolorosa de esos vergonzosos sucesos—Fué entonces, ante la anarquía que amenazaba concluir con el país, que el partido nacional acudiendo á una exigencia patriótica, se vió en la necesidad de tomar las armas y de agitar su bandera de combate, llamando al pueblo á cobijarse bajo su sombra, para imponer á aquel gobernante inepto, exclusivista y despótico, la salvación de la patria, en nombre de la Constitución, de la justicia y del derecho.

CAPÍTULO XLVII

Consolidación de la monarquía militar

El pueblo viril acudió al llamado patriótico de la revolución de Aparicio que reunió hasta nueve mil ciudadanos bajo sus banderas gloriosas. Ese cívico movimiento de opinión ha sido el más justo, más santo, más popular y más entusiastamente aplaudido por el país entero, y fué al mismo tiempo una protesta digna con las armas en la mano, contra un poder usurpador y corrompido que degradaba nuestra nación y afrentaba la dignidad de nuestra patria. La protesta era digna é indispensable, y esa revolución grandiosa tuvo ocasión de triunfar repetidas veces, no habiéndose realizado los anhelos del pueblo á causa de la incapacidad de su caudillo militar; pero sin embargo, después de muchos triunfos parciales que demostraron al Gobierno su impotencia para vencer la revolución popular, y después de las alternativas de una larga lucha, se llegó al fin, debido á esos esfuerzos, á un arreglo que á haber habido buena fé en el adversario, hubiera podido ser, á pesar de todo, el punto de partida para la regeneración definitiva de la República.

Los conservadores que habían condenado enérgicamente en la prensa el Gobierno de Batlle, faltaron á la cita del honor; y en vez de buscar un puesto en las filas del pueblo armado, cuyos derechos habían enaltecido condenando la usurpación de un poder bastardo, desconocieron la grandeza de la causa revolucionaria, se dejaron dominar por su vieja intransigencia de partido, y se unieron á los tiranos del pueblo, á título de colorados; y allí pudieron conocer nuevamente el respeto de sus correligionarios á los derechos individuales, en hechos como aquel en que el Dr. D. José Pedro Ramírez tuvo que hacer uso de su revólver, para impedir que Ordóñez cumpliera la amenaza de cruzarle la cara con el látigo.

La paz se hizo bajo la más solemne promesa por parte del Gobierno de respetar la libertad de sufragio, pues la revolución al desarmarse, consecuente con sus principios y con su bandera no había exigido en el fondo otra cosa que el respeto á la soberanía popular, y la garantía de que se dejaría al país libertad completa de consultarla, ámplia é imparcialmente. Creían los hombres del partido blanco que ansiaban la pacificación y la felicidad del país, que los hombres del partido colorado por patriotismo y por decoro propio, no faltarían con escándalo de la nación á sus solemnes compromisos, en vista de las promesas de su palabra solemnemente empeñada, y en presencia de las desgracias que con una conducta infidente se perpetuarían sin remedio labrando la ruina de la patria. Mucho se equivocaron sin embargo. Aquellos hombres no solo habían de faltar á sus solemnes compromisos haciendo una burla sangrienta de la libertad electoral en muchos departamentos incluso el de Montevideo, sinó que el partido colorado que hasta entonces se había hecho representar bien ó mal por las personalidades que en su colectividad tenían significación política y servicios á su causa, había de ir descendiendo en lo sucesivo á entregar sus destinos y los de la patria á advenedizos salidos de los escritorios del fuerte, de los bancos quebrados, de las imprentas demagógicas del caudillaje, del fondo de los cuarteles, de los círculos de las pillerías políticas, de cualquier parte, en fin, sin más necesidad, sin más título, y sin más exigencia por parte de su partido para entregarle la continuación de la dirección de la ruína de la patria, que un partidismo exclusivista é intransigente, contorneado con un odio estúpido é injustificable al adversario; y una parcialidad por los suyos á toda prueba, realzada por una tolerancia inmoral, garantida contra todo género de control.

Los cuatro departamentos de la República entregados por el pacto de Abril á autoridades del partido blanco como garantía de la libertad electoral solemnemente pactada, dieron un resultado fecundo, pues merced á esa circunstancia el partido blanco-nacional tuvo representación en la legislatura; y aunque

solo pudo llevar una minoría al cuerpo legislativo, porque solo en los cuatro departamentos donde existían autoridades blancas se hizo efectiva la libertad de sufragio; esa minoría fué benéfica, y la época breve en que actuó, constituye uno de los escasos relámpagos que han lucido en el horizonte político de nuestro país durante las administraciones coloradas que se han venido sucediendo desde 1865.

Esa situación política que por influencia del militarismo le tocó presidir á don José Eduviges Ellauri, el más inepto de los políticos y el más obcecado de los partidarios, á pesar de los elementos de ilustración y de civismo que el partido blanco-nacional le proporcionó, no reaccionó contra el sistema de la monarquía militar, impuesta por las armas extranjeras. A Flores, monarca á lo Mahomet, le había sucedido Batlle, monarca á lo Carlos IV, y á éste después del interinato del Sr. Gomensoro le sucedía don José Eduviges Ellauri, monarca á lo Claudio, que debiendo su elevación á los soldados, solo se ocupó de la satisfacción de sus pretorianos, y así día á día les aumentaba sus favores y sus concesiones, y renegando del apoyo del pueblo, les proporcionaba el robustecimiento de los elementos con que esos mismos pretorianos habían de poner patas arriba su intransigente sillón presidencial.

Aunque los hechos posteriores los desmienten, los nuevos pseudo-reformadores se atreven á asegurar, con motivo de las divisiones de detalle que se efectuaron en las Cámaras de esa época, que Don José Pedro Ramírez y don Pedro Bustamante habían perdido su abolengo partidista, lo que difícilmente se concilia con aquel estupendo abrazo del primero con Santos, á que se dió el nombre más asombroso aún de conciliación; y con la virulencia de la propaganda del segundo, cuando de las asambleas en que á mansalva se insultaba al partido blanco con la garantía del gobierno, pasó á Presidente del Banco Nacional.

El que indudablemente no perdió su abolengo partidista fué don José Eduviges Ellauri, que cuando el partido colorado pro-

porcionaba en la imprenta de *El Uruguay* jefes á una gavilla de asesinos para que la llevasen el 10 de Enero á ahogar la libertad de sufragio en la sangre generosa de don Francisco Lavandeira y demás compañeros de inmolación y de civismo, lanzaba para su eterna vergüenza un manifiesto cínico atribuyendo aquellos asesinatos: *á la exaltación de las pasiones políticas.*

El comandante Latorre, su hombre de confianza, el jefe de aquellos pretorianos que él había aumentado y agasajado creyendo así poder llegar á oprimir, á burlarse, y á mentir descaradamente al pueblo como el 10 de Enero; Latorre, el verdadero poder ejecutivo, porque era el que disponía en realidad de la fuerza pública; al ver la candidez en medio de maldad tan cínica, largó su más chavacana carcajada; comprendió que no había que temer nada de la simpleza inepta y partidista de su Presidente; y á los cinco días el ejército de línea vivaqueando en parte en la plaza Constitución proclamaba Presidente de la patria de Artigas y de los Treinta y Tres, á don Pedro Varela, para que ocupase el sillón que habían ocupado dignamente patriotas de la talla de don Manuel Oribe y don Bernardo Berro.

Todavía debía ir más allá la intransigencia insensata de aquel Claudio funesto. Cualesquiera que sean los alcances que dén los nuevos pseudo-reformadores á las inconvenientes divisiones de las Cámaras de D. José Eduviges Ellauri, interpretaciones forzadas que es muy posible que alcancen á convencer á los que no vean más allá de sus narices; el hecho es que á pesar de la actitud de D. Juan José de Herrera y Lapido, de D. José P. Ramirez y D. Pedro Bustamante, de Tezanos y Silva y de Soto y D. Narciso del Castillo, que los reformadores nombran, el hecho es que prescindiendo de la actitud de todos esos ciudadanos, el General Aparicio oyendo solo la voz del patriotismo hizo una llamada á los ciudadanos armados del partido blanco-nacional, y agitó en lo más alto de las cuchillas de nuestra patria la bandera de las instituciones y de la autoridad constitucional del Presidente de la República.

Un número considerable de ciudadanos sostenía ya la bandera del orden, y en todos los puntos de la República se aprestaban los soldados del derecho, para ir á rodear al viejo caudillo que se levantaba para defender las instituciones nuevamente derrocadas por un escandaloso motín militar de una exagerada guarnición, robustecida y ensoberbecida por la misma imbecilidad del Presidente, que había creido encontrar en ella el apoyo y el sostén que buscan todos los poderes divorciados del pueblo y que quieren gobernar en contra de la opinión pública. Don José Eduviges Ellauri, que por lo visto á pesar de su elevada posición oficial no había divisado el cambio radical que según los reformadores se había operado en un año radicalmente en el país, y que según ellos mismos se había demostrado en las cámaras en cuatro detalles tergiversados, de irresistible evidencia; Don José Eduviges Ellauri ese nuevo Claudio derrocado por intrigas de sus propios palaciegos, no aceptó el contingente popular para restablecer el orden público y la autoridad constitucional, á pretexto de que no quería que los blancos tuviesen participación alguna en la salvación de la patria. Esa conducta impolítica, estúpida y criminal que hizo desencadenar de nuevo la tormenta que por un momento se había creído conjurada será un eterno baldón para el Gobernante obcecado y exclusivista, y una eterna gloria para el partido nacional y patriota, dispuesto siempre á ser la columna de las instituciones cualquiera que fuese la opinión política del magistrado que encarnase legalmente la investidura constitucional.

Si es cierto lo que dicen los reformadores, que en esas Cámaras se había elaborado en cuatro días la extinción de los partidos tradicionales, grande es la responsabilidad de Ellauri que se negó á que á favor del pueblo fueran restablecidas á la par de su Presidencia, unas Cámaras que marchaban en tan buenas vías. Si no es cierto lo que dicen, y los partidos tradicionales existían íntegros, mayor aún es la responsabilidad de Ellauri, porque suponiendo que el partido colorado no era únicamente la guarnición que se sublevó, ni el círculo que la

dirigió; perdió Ellauri una magnífica ocasión de acercar á los partidos tradicionales, de aliarlos bajo una presidencia colorada en la obra de la reconstrucción nacional, y de renovar el pacto de la fraternidad; dando así, al fin, una prueba de ese liberalismo nunca visto y de que tanto blasona su partido.

El hecho es que Ellauri no fué capaz de elevarse más allá de sus estrechas miras de partidario exclusivista, no oyó la voz de la patria sinó la de sus absurdas pasiones; no supo ser magistrado imparcial y apenas fué un mal fanático intransigente, y principalmente él y luego sus consejeros, tienen un inmenso y criminal lote de responsabilidad en las tremendas desgracias que afligen á nuestra patria.

Ellauri vió pues á sus piés rodar nuevamente las instituciones. Don Pedro Varela, su sucesor, no duró mucho en el poder. Latorre el antiguo comandante de los pretorianos ellauristas, acabó por arrojar por la ventana á aquel nuevo Vitelio, que no se ocupaba en el Gobierno más que de devorar y dejar devorar las rentas del Estado, y asumió resueltamente el papel de Tiberio, en medio de las esperanzas de los principistas que en un principio creyeron influenciarlo, á cuyo fin le ofrecieron inútilmente su concurso, que el astuto dictador rechazó dejándolos con un palmo de narices. El abrazo con Santos había de devolverles sus esperanzas.

CAPÍTULO XLVIII

El Coronel Latorre

El coronel don Lorenzo Latorre está dado de baja; pero así mismo yo le llamo coronel, no sólo por las razones y circunstancias en que esa baja fué dada, sinó por que á pesar de ella considero que Latorre es más coronel que muchos que ostentan los entorchados de general sin haber mandado jamás ni un

compañía en frente del enemigo; como le acontecía á Máximo Santos, á quien unas Cámaras degradadas, llamadas por el pueblo *el 6º de línea*, y que como las cocottes soupeuses de París se entregaban al tiranuelo por una cena, le confiaron para su eterna ignomia el fantástico grado de capitán general.

Se puede arrebatar el sueldo á un militar, pero no se le puede cubiletear la historia y la verdad de los grados ganados en los campos de batalla, ni se le puede arrancar á un jefe la competencia militar adquirida en sus servicios y en su carrera, cualesquiera que hayan sido las causas á que haya servido. Considero además á Latorre el primer soldado del partido colorado, y á pesar de sus graves errores, con condiciones de autoridad y de mando como no las tiene ninguno de los que por temor ó conveniencia han decretado su ostracismo.

Los que tiemblan ante la idea de la restauración del poder de Latorre, están haciendo á su respecto las más escandalosas mistificaciones; y no sería lo peor que desarrollaran esas farsas, ó esas comedias del miedo, dentro del partido colorado á que aquel pertenece, del cual salió, con el cual actuó; y que sería el único que podría elevarlo nuevamente sobre el pavés de sus pretorianos. No; lo grave de la cosa es que de la manera más absurda, estúpida ó maligna pretenden vincular su personalidad al partido blanco, que nada tiene que ver con él; por el hecho de que mientras gobernó con el partido colorado en masa, algunas individualidades del partido blanco tomaron parte en su administración, que prometía respetar todos los partidos, y que tuvo el buen sentido de prescindir de la fábula ridícula y de las consecuencias desordenadas, y sangrientas á que conducían siempre *las gloriosas tradiciones*.

Nada absolutamente tengo que ver con el asunto Latorre, jamás he cambiado con él ni una sola palabra ni un saludo; pero como blanco-nacionalista hablo de esta nueva intriga calumniosa, que aspira á convertirse en moneda corriente, tratándola con la más estricta imparcialidad, como vá á verse.

El año de 1879 estaba Latorre en todo el apogeo de su poder.

Muchos de los que hoy lo destierran, lo condenan ó lo combaten, comían á uno, á dos, y á tres carrillos; y no tenían en la boca más que don Lorenzo arriba y don Lorenzo abajo. Muchos de los que se manifestaban desagradados, habían forcejeado en vano por abrirse las puertas de esa administración. Los periodistas insultadores y gritones de antes, habían enmudecido; no había prensa libre. Las tribunas donde se proclamaba guerra á muerte al partido blanco y se salmodiaban las gloriosas tradiciones, habían enviado sus oráculos á que rodeasen al dictador. En esas circunstancias el que estas líneas escribe aprovechó un acto oficial, una colación de grados, y al recibir el grado de Bachiller en ciencias y letras pronuncié ante un distinguido y numeroso público la proposición siguiente:

«Los pueblos esclavizados solo pueden esperar el renacimien-
« to de las libertades públicas, de la práctica de las virtudes cí-
« vicas, y no de la transigencia cobarde con la tiranía.»

Fué en ese acto la única proposición de carácter de oposición política; pues las otras proposiciones políticas que hubieron, fueron halagadoras para el Gobierno; una se desató contra los caudillos, que ningún mal hacían entonces, otra reclamó la entrada de los militares al Cuerpo Legislativo condenando la prohibición constitucional.

Cuando yo pronuncié esa proposición, aunque joven, hacía ya años que profesaba esas ideas; hoy me separan catorce años de ese acto, y continúo pensando y creyendo lo mismo; y si ese día se reprodujera, volvería á reproducir mis ideas en la misma forma de esa proposición. También es muy posible que si por esas anomalías tan naturales en la vida irregular y violenta del partido colorado, los sucesos trajeran otra vez al poder al Coronel Latorre, muchos de los que hoy lo acusan y le niegan el agua y el fuego, habían de ser los primeros en saludar la omnipotencia de su poder dictatorial, ayudados por los que antes lo hicieron, y por otros que como cortesanos de todos los gobiernos, estarían también hoy dispuestos á hacerlo.

Me he visto en la necesidad de manifestar lo que dejo dic

para que se vea la ligereza con que se procede al pretender tachar de latorristas á los partidos ó á los individuos que se conducen y juzgan con imparcialidad; y he querido demostrar cuán ridícula es esa indignación moderna en los que se arrastraron servilmente á las plantas del dictador y en los que emplean como medio de vida, ó marcan su carrera política batiendo palmas incondicionalmente á todos los gobiernos.

A la verdad, no deja de ser cómico el anatema que todas esas gentes, griegos y troyanos, creen dirigir al partido blanco y á sus ciudadanos austeros, á título de improvisados latorristas. Pero por cierto no extrañará esas mistificaciones, cualquiera que esté al corriente de la subversion de las ideas y de la moral de que son presa los pueblos despotizados, y más aún las entidades de cartón, sin base y sin fundamento, que se forjan la cándida ilusión de que hacen política y dirigen los susesos, en una escena dominada por un presidente elector desde la comandancia de los cuarteles.

El Coronel Latorre está proscripto. ¿Por qué? Por sus crímenes, se dice. Muy bien; pero ¿qué juez lo ha juzgado? Latorre es un ciudadano que como cualquier otro está sujeto á las leyes de un país constituído. La Cámara que lo proscribió no vale más, ni por su origen ni por su composición, que la que aprobó los actos públicos de su gobierno. Tal vez vale menos. La verdad es que se teme su presencia porque un gobierno sin autoridad moral, sin prestigio, y sin más fuerza que la de la fuerza bruta del ejército de línea, teme que ese hombre le arrebate su pedestal de pretorianos que es en la monarquía militar existente, la única soberanía popular, el único poder consultivo, la única base de ese sultán de nuevo cuño, en cuyo gobierno, el Cuerpo Legislativo nombrado *ad hoc*, representa el papel pasivo del Gran Consejo.

Para no juzgar al Coronel Latorre se proclama la ley de la fuerza, y se le proscribe por un procedimiento demagógico, pero perteneciente á esa demagogía cobarde que prescinde de las yes é impone su voluntad arbitraria, cuando se encuentra

apoyada en la fuerza y escudada por las bayonetas; demagogía repugnante y peligrosa, antipática en su forma despótica y tiránica, que no es otra cosa que la tiranía de muchos concertada en un caso dado, para imponer una despótica resolución; muy distinta á la demagogía popular, aún simpática en sus generosos errores, cuando surge valerosamente del pueblo para desafiar y anatematizar las iras de los tiranos. Y es tanto más condenable esa demagogía cuando talvez esa resolución de muchos, es apenas la interpretación de los temores de uno solo, porque este se llama Presidente de la República. Si lo primero tiene que ser irremisiblemente condenado como doctrina ante el buen derecho constitucional, lo segundo tiene que ser severamente anatematizado ante la moral, en nombre de los derechos del ciudadano y de la dignidad humana.

Yo tengo confianza plena en las leyes de mi país. Creo que no fueron hechas para tiempos borrascosos ni para tiempos serenos, sinó para todos los tiempos, épocas y circunstancias, mientras la voluntad nacional por sus órganos legítimos no las reforme. Creo que de su respeto y aplicación depende la felicidad de la patria. Se trata de una época de paz, el Gobierno descansa en un ejército poderoso, se dice que el funcionamiento de las instituciones no está suspendido; ¿por qué se proscribe, pues, y no se juzga á un ciudadano, llámese Juan, Pedro, Diego ó Latorre? ¿Es ser latorrista pedir la aplicación de las leyes nacionales? ¿O es ser herrerista votar una proscripción arbitraria desde que no la precede un juicio?

¡Ah! la verdad que encierra todo esto es amarga. Se le proscribe porque se le teme. Y no se le juzga porque se dice que tiene muchos crímenes; pero es que á cada uno de esos crímenes están ligados numerosos cómplices pertenecientes al partido dominante, muchos de ellos son miembros de primera fila en el partido colorado, y se cuentan entre ellos funcionarios, generales y ex-Presidentes de la República. Esa es la razón porque no se juzga al coronel Latorre, porque la acusación al coronel Latorre es una acusación á todo el partido colorado que en masa

acompañó en su gobierno, y que fué el que le proporcionó los instrumentos para la consumación de esos crímenes que hoy se invocan como justificación de su condenación y de su ostracismo.

¿Cuántos serían los que caerían envueltos en el proceso de Lotorre? El Gobierno no lo sabe, y retrocede espantado ante el número de sus correligionarios complicados en los sucesos que quieren acusarse. En cambio la proscripción lo arregla todo; quita por un lado los temores de que el acusado se convierta en acusador y se levante con el Gobierno; y tapa por el otro la revelación peligrosa de una complicidad sangrienta y nefanda é interminablemente eslabonada, que pondría en una situación equívoca la seriedad de los prohombres del partido dominante, y de muchos altos funcionarios del Gobierno.

Sólo en un pueblo de desequilibrados ó de imbéciles pueden hacer camino las más burdas y absurdas mistificaciones políticas; y como el nuestro no padece esos achaques, pues tiene suficiente buen sentido para conocerlos por más que por lo general no se ocupe de arrancar la máscara á los farsantes que desprecia, sólo podrá hacer camino en las individualidades que sufran las consecuencias de su propia imbecilidad, la teoría maligna que pretenden propagar algunos estrafalarios, responsabilizando al partido blanco-nacional de la administración del Coronel Latorre.

Es cierto que la reacción inmensa que significaba el Gobierno de Latorre con respecto á aquella orgía espantosa del Gobierno de Varela, que los conservadores llamaron el año terrible parodiando á Víctor Hugo, y que fué una especie de administración riverista sin Rivera y sin riberas, pero aún para mayor desgracia con Lamas como Ministro; es cierto que esa circunstancia y las ideas de imparcialidad proclamadas por Latorre, llevaron á algunos miembros del partido blanco-nacional á formar parte de su administración. Como también es verdad que habiendo Latorre proclamado la dictadura por tres años, como pudo proclamarla por veinte, y como no faltó quienes se

lo aconsejasen, cuando manifestó deseos de volver al régimen constitucional, dada la postración política del país, creyeron algunos miembros del partido blanco-nacional que no debería dejar de estimularse las buenas disposiciones del dictador, ya que otra cosa no podía hacerse, y aceptaron una situación que podía ser un punto de partida para la elaboración de un porvenir mejor. Pasar de la dictadura al régimen parlamentario, aunque de hecho, no dejaba de ser una evolución que podía infundir alguna esperanza; y tan es así, que los gobiernos de Tajes y de Herrera que se han sucedido después, y que han infundido en el pueblo grandes y cándidas ilusiones, ni han tenido en sus Cámaras mejor composición, ni han verificado su elección con mayor pureza.

Basta fijarse en la mayoría de los ciudadanos del partido blanco-nacional que ocuparon puestos en la administración Latorre, y sobre todo en las Cámaras, para reconocer que solo un móvil patriótico puede haber llevado á tomar un asiento en ellas, á ciudadanos de la talla cívica y de la posición social de don Francisco Lecocq, de don Juan Jackson, y otros no menos estimables.

Pero si algunos blancos ocuparon puestos civiles y judiciales en la administración Latorre, no son los blancos los que están complicados en los robos ni en los asesinatos que puedan atribuirse á esa administración sólidamente colorada. Todos los puestos políticos de importancia estaban ocupados por los colorados; en las jefaturas apenas se respetaban los cuatro jefes políticos blancos del pacto de Abril, quedando la inmensa mayoría del país en manos de jefes políticos colorados, y el ejército en masa estaba en manos de jefes y de oficialidad colorada, sin que los blancos mandasen ni un batallón, ni una compañía, y apenas si debido al acallamiento que de las pasiones partidistas se propuso Latorre, existía en los cuerpos uno que otro oficial subalterno, blanco, que jamás pasó de teniente, de los cuales algunos podrán haber adquirido después importancia política, pero que entonces no tenían absolutamente ninguna.

No eran los militares blancos los que gozaban sueldo íntegro no estando en servicio, mientras esto se efectuaba con un gran número de jefes y oficiales colorados que revistaban en la plana mayor pasiva. Los cuarteles donde se consumaban esos crímenes de que se le acusa, no estaban gobernados por blancos, sinó por los jefes más decididamente colorados, siendo Máximo Santos el más exaltado de todos ellos, el más mimado de la situación, el más utilizado para los crímenes tenebrosos, y el señalado como heredero, como efectivamente lo fué, de aquella monarquía militar que con la conciliación, defraudando los esfuerzos del pueblo, robustecieron después á título de constitucionalistas los conservadores.

Latorre al salir de aquel desgobierno de Varela, desacreditado por completo en el interior y en el exterior por sus asombrosos escándalos, se vió en la necesidad de apelar á algunos hombres del partido blanco al hacer una llamada á los elementos conservadores del país, y al prometer hacer un gobierno honrado en oposición al que acababa de caer. A excepción de los conservadores, el grueso del partido colorado había tomado parte en el gobierno de Varela; casi todos sus hombres habían acabado de gastarse apoyando esa vergonzosa situación; y no era posible que Latorre con los mismos elementos, sin infundir sangre nueva en la administración, pudiera proclamar seriamente la reacción contra la inmoralidad de aquel desgobierno de Varela y Lamas.

La llamada de Latorre no fué pues al partido blanco; pues él más que nadie proclamó el silencio acerca de los partidos tradicionales, mientras haciendo una administración enteramente colorada, como le correspondía, solicitaba en nombre del patriotismo el concurso personal de algunas individualidades del partido blanco. Esta es la verdad de las cosas, y atribuirle entonces vinculación con los blancos como partido, es tan ridículo, como falso atribuirle hoy esas mismas vinculaciones.

Solo dos veces ha tratado seriamente el Coronel Latorre de

convulsionar el país con el objeto de recuperar el poder con las armas en la mano. Una cuando estuvo emigrado en el Brasil y sus trabajos fueron exclusivamente colorados. Habrá podido contar entonces y después cuanto se quiera con la simpatía de los elementos conservadores del país; pero en cuanto á sus elementos revolucionarios y de guerra eran exclusivamente colorados. El partido blanco no tuvo absolutamente participación alguna en esos propósitos revolucionarios. La segunda tentativa seria de Latorre tuvo lugar residiendo en Buenos Aires, y esa vez sí, solicitó el concurso de algunas personalidades del partido blanco. Habiéndole preguntado éstas en qué condiciones solicitaba su concurso, si como individualidades ó como partido, y habiéndoles contestado que como lo primero, éstas se negaron á colaborar en sus propósitos, manifestándole que en caso de que hubiera aceptado su contingente como partido, les hubiera sido necesario consultar la voluntad de éste en las personas de sus elementos representativos.

Esas han sido todas las relaciones del partido blanco con Latorre en su faz revolucionaria, y como los trabajos revolucionarios trascienden siempre, ó al menos se llega á tener conocimiento de ellos una vez que fracasan, habría sido muy difícil que el Coronel Latorre hubiera trabajado seriamente, sin que al fin esos trabajos no se hubiesen hecho públicos. No puede colocarse en esa categoría la trama infame urdida por el Presidente don Julio Herrera y Obes en la que Latorre fué solicitado con el objeto de apoderarse de su persona, maquinación que nunca será suficientemente execrada, y que tuvo su siniestro desenlace en la noche del 11 de Octubre, con el sacrificio de víctimas ilustres é inocentes; crimen tremendo que dejó atrás muchos de los que se le atribuyen al mismo Gobierno de Latorre.

El error para nadie es fecundo, y conviene ante todo desvanecerlo. El hecho de que hace catorce años que Latorre cayó del gobierno y la circunstancia que desde entonces solo ha

conspirado seriamente dos veces, y jamás ha llevado al terreno de la práctica ninguna tentativa; prueban que ese hombre que llegó en nuestro país á la cima del poder absoluto, no está dominado por esa ambición de mando que arrastra al que está poseído de esa pasión á estrellarse muchas veces contra los mayores obstáculos. Al menos demuestra que si estaría dispuesto á aceptar el poder sin sacrificio alguno de su parte, no lo está para hacer con ese objeto el más mínimo esfuerzo dificultoso.

Es cierto que entre una parte de los elementos conservadores del país el coronel Latorre goza de algunas simpatías; y es muy justo también permitir á esos mismos elementos que comparen un gobierno de su país con otro gobierno de su país, y no me parece que cometen un pecado capital esos elementos al preferir el gobierno de Latorre al de Varela, con respecto al cual fué relativamente reparador, así como económico con respecto al de Máximo Santos, escandalosa orgía de prostitutas y soldados, en la cual se regalaban á las aventureras valiosas alhajas amasadas con la sangre del pueblo.

No me parece tampoco digna de censura la preferencia que dán á su gobierno los estancieros por la tranquilidad de que gozó la campaña y el respeto á la vida del vecino pacífico y á la propiedad particular que fué un hecho durante su administración; campaña que se convirtió en un infierno durante el gobierno de Santos; presenció los asesinatos de Carro, de Aranda y de Etelvino Arispe durante la administración del general Tajes; y ha vuelto á ser un cáos bajo el gobierno de D. Julio Herrera y Obes, cuyas policías no pueden dar con los asesinos de familias enteras como en el caso de Traverso. Creo que no es tampoco un delito de esos elementos reconocer que el tesoro público no fué saqueado como lo ha sido después, ni se encontraba exhausto como se encuentra hoy; y que el crédito de la nación no descendió al extremo que ha descendido ahora, hasta andar por las patas de los caballos, sin encontrar quien á nombre de la nación le preste cinco millones de pesos al Gobierno, mien-

tras que en tiempo de Latorre se los habrían prestado al Gobierno como á muchos particulares. ¿Cuál es pués, el progreso de la evolución colorado-constitucionalista, si los gobiernos que se han venido sucediendo han sido peores aún que el de Latorre?

Es verdad que algunos de nuestros correligionarios al ver las cosas que se vienen viendo en nuestro país, han llegado á creer que solo el coronel Latorre es capaz de hacer un gobierno fuerte y de autoridad respetada en nuestra patria. Los que así piensan pertenecen principalmente al elemento conservador, y no al activo de nuestro partido, y por consiguiente su opinión se concreta á un deseo completamente inofensivo. Pero es indudable que esos correligionarios padecen un grave error. El partido blanco-nacional por sí solo es capaz de hacer un gobierno constitucionalmente fuerte, y de autoridad legalmente respetada; con la diferencia y con la ventaja de que su fuerza sería la de la ley, y su autoridad sólidamente establecida, la que puede fuertemente desarrollarse dentro de nuestra carta constitucional. Esto que es enteramente cierto, podrá parecer á algunos una paradoja, al ver los destinos del partido en manos de Directorios en los cuales hay miembros que quieren abrir sin condiciones las puertas de la dirección del partido á un D. Martín Aguirre y compañía. Pero hay que tener en cuenta que las épocas de decaimiento moral y político no son las más á propósito para juzgar de las fuerzas vivas de los pueblos ni de los partidos. No hay nada más grande que el pueblo en la libertad; y no hay nada más imperceptible que el pueblo bajo el despotismo. En política como en economía política, hay que atender á lo que se vé y á lo que no se vé. No quiero decir con esto que haya en nuestro partido nada oculto; muy lejos de eso. La publicidad es la norma de sus actos, y es siempre el primero en bajar á la luz del día á la arena de la legalidad, cuando se vislumbra una esperanza de respeto á la soberanía del pueblo. Pero quiero decir esta verdad evidente: que el convencimiento de la inutilidad de los esfuerzos ante la ar-

bitrariedad del poder, la situación económica, la tristeza del pueblo, la dificultad de la solución del problema de la vida, el cansancio de las derrotas, la falta de estímulo, la postración nacional, el horror á la corrupción reinante en unos, el contagio de la misma corrupción en otros, y la perspectiva de nuevos desastres, mantienen retraidos á muchos elementos honestos, y á muchos contingentes activos que solo aparecen en los momentos de entusiasmo, ó cuando el pueblo dueño de sí mismo se lanza á la lucha ó al sacrificio; dejando entre tanto en primer término á los traficantes políticos de todas las épocas la explotación de la cosa pública. Esto que es la fisonomía general de nuestro pueblo, lo es en particular de nuestro gran partido, que permanece retraido, alejado y dormitando, en una situación cuya responsabilidad no le alcanza, y cuyos males no está en su mano remediar; pero guardando en su seno poderosos, honrados y patrióticos elementos, para el día ansiado de la regeneración de la patria.

La creencia en afinidades entre Latorre y el partido blanco ya he dicho que es un error que no tiene fundamento de antecedente alguno; y la suposición de una amalgama entre el partido blanco y el Coronel Latorre, es otro error que solo puede hallar asidero en excasas opiniones individuales, y en los adversarios mal intencionados, interesados en semejante versión; que no es otra cosa que un verdadero absurdo, que son los primeros en rechazar el partido blanco y el Coronel Latorre, como fácilmente puede comprenderlo cualquier persona reflexiva y sensata. Desechen pues semejante error los correligionarios que lo profesen, porque con errores semejantes ni se estrechan filas, ni se adelanta un paso. Calculen el papel que haría Latorre, jefe colorado, al frente del partido blanco; y calculen también la figura que haría el partido blanco encabezado por Latorre; convénzanse de que semejante imposible, si no fuera tal, ya se hubiera realizado durante los catorce años que van corridos desde que Latorre abandonó el Gobierno. Las ideas no mueren, y los ideales de los partidos y de los pue-

blos son inmortales, porque su bandera gloriosa se trasmite de generación en generación, recibiendo en cada traspaso un nuevo bautismo de entusiasmo. Pero para los poderes personales se aleja más la probabilidad de restauración y de éxito, cuanto más se separan del punto de partida. Podríamos entrar en otro género de consideraciones, pero no podemos olvidar que si el partido blanco dió víctimas al Gobierno de Latorre, y el partido colorado le dió á la vez víctimas y victimarios, Latorre ha sido el gobernante colorado que menos se ha ensañado contra la patriótica y gloriosa bandera de nuestra colectividad política.

CAPÍTULO XLIX

Jefes de Partido

Una de las preocupaciones que es necesario combatir y que suele ser rémora y dique de muchas iniciativas generosas, es la creencia de algunos de nuestros correligionarios de que es una necesidad indispensable la aparición entre nosotros de un ciudadano que á título de cabeza, de verdadero jefe, dirija los trabajos políticos de nuestra agrupación.

La imaginación popular sueña con un ciudadano de tan múltiples y brillantes cualidades para ponerlo á la cabeza de nuestro partido, que sería muy difícil por no decir imposible encontrarlo entre los hombres, exponiéndonos á que se reproduzca en nuestro tiempo el desengaño de Diógenes con su linterna.

Quieren un hombre convertido en jefe que á todos se imponga por su talento y virtudes, que sea capaz de dirigir los trabajos políticos con habilidad, de dirigir y mandar ejércitos en tiempo de guerra, de ser el intérprete de las ideas del partido en las asambleas populares en tiempo de paz, de ser el valiente esgrimidor de la pluma del partido en el combate de la prensa diaria; hombre de consejo capaz de influir con su opinión en

los debates graves y reposados, y suficientemente fogoso y audaz para acaudillar lo mismo un grupo de valientes que para conducir una asonada en una plaza pública; quieren en fin encontrar en un solo ser el conjunto del guerrero, del político, del diplomático, del orador, del periodista, del caudillo, del demagogo, del polemista, del hombre de estado; y en grado superlativo todas estas cualidades capaces cada una por sí sola de distinguir y señalar á un hombre entre el oleage de la multitud, y esperan la aparición de ese ser fantástico para otorgarle los laureles de la popularidad veleidosa y de la predilección inconstante.

A más de la imposibilidad de encontrar un ciudadano semejante, á más de los peligros que encierra, y de las tendencias á que conduce el depositar en un solo hombre por superior que sea, los destinos comunes de un país, de un partido ó de una agrupación cualquiera, ello es completamente innecesario, como lo prueban los grandes hechos de la historia tanto nacional como extranjera, que se han logrado realizar por otros medios más accesibles y democráticos.

Olvidan además que los jefes de partido no se crean, que no se elijen, no se producen por un acto espontáneo de la voluntad de otros; los hombres adornados de múltiples cualidades que en ciertos momentos se imponen como una necesidad, son elaborados por los sucesos mismos, sin los cuales todas sus brillantes cualidades pasarían enteramente desapercibidas.

Las brillantes cualidades de César pudieron hacer de él un jefe de partido en Roma, porque en Roma hacía muchos siglos que existía un foro y un senado, allí se ejercitaba la elocuencia y allí César se hizo orador. Roma mantenía perpétuamente guerras en sus fronteras, porque se había propuesto la conquista del mundo, y en esas guerras César se hizo general. En Roma existía de mucho siglos atrás un pueblo que reclamaba derechos que se le negaban; y un populacho que anhelaba un jefe que por medio de la arbitrariedad, del derecho, ó de la violencia, abatiese á sus perseguidores; y César que supo

interpretar los clamores del derecho hollado del pueblo y la concupiscencia de las pasiones del populacho, fué jefe del partido popular. Sin las instituciones del Foro y del Senado, César no hubiera sido orador, por lo menos no se hubiera revelado tal á sus conciudadanos; sin la injusticia de la aristocracia no hubiera sido jefe del partido popular, y sin las guerras perpétuas no hubiera tenido soldados en que apoyarse para escalar el poder, y realizar la obra de Estadista que meditaba su genio. De manera que con una aristocracia que hubiera gobernado con justicia, con instituciones que no hubieran favorecido el ejercicio de la palabra hablada, y si hubiera soplado un viento de paz en vez de un huracán de guerra, César teniendo las facultades que tenía, no hubiera asombrado al mundo y á las edades con el conjunto asombroso de su perfectibilidad intelectual.

Tal es el poder invencible del medio ambiente, y de las circunstancias transitorias.

Reducidos á la condición de ilotas los correligionarios nuestros que pertenecen á las humildes clases del pueblo, por la arbitrariedad y tiranía del *gran partido de la libertad* que los esclaviza en el servicio de los cuarteles, los persigue como á fieras en los bosques, los obliga á emigrar, y con cualquier pretexto se arroja sobre sus pocos ó muchos intereses; excluídos de la participación importante en los negocios públicos los hombres de competencia é importancia por su talento, valer, virtudes ó posición social pertenecientes á nuestro partido; á excepción de escasos relámpagos en el horizonte político ocasionados por el esfuerzo del partido nacional ó por la necesidad en que se han visto los gobiernos colorados de su contingente para moralizar y organizar el país; nuestro partido puede decirse que ha sido proscripto completamente desde que domina el partido colorado, y de ahí que á pesar de contar con las mayores y más sólidas ilustraciones del país, con la juventud intelijente, y con el mejor elemento social, no hayamos tenido más verdaderos hombres de Estado, á lo menos formados y probados que los que nos legó el gobierno caído el año de 1865.

Sin embargo, llegado el caso no faltará quien conduzca los ejércitos cívicos á la victoria, y ésta la alcanzarán los soldados ciudadanos; ni tribuno que condense las opiniones de los correligionarios y las lance en palabras de fuego á las muchedumbres en los momentos de exaltación patriótica; ni periodistas que diariamente expresen las ideas de su comunidad y defiendan los derechos del pueblo; nada de eso ha taltado ni faltará, sin necesidad de compendiarlo en una sola y mitológica persona. Lo que es menester es aunar todos esos elementos y poner los trabajos de unión bajo la custodia de una Junta de ciudadanos patriotas, sin que el número extenso ó reducido tenga importancia decisiva en el suceso.

No olvidemos que hechos colosales en la historia, como el de la revolución francesa, cuya regeneración aprovechó á la humanidad entera y cuya gloria fué universal, fueron realizados por el pueblo, sin jefe único alguno; y excluyendo solamente el patriotismo y el entusiasmo de los patriotas: á los realistas, á los corruptores y á los corrompidos; como el médico en su sabiduría y en su ciencia serena, amputa sin vacilación la parte corrompida y pestilente, que afea un cuerpo joven y robusto con una inmunda y asquerosa llaga.

No olvidemos tampoco que la gran independencia norteamericana fué la obra de muchos, que solo confiaron la dirección de la guerra á un modesto y virtuoso soldado-ciudadano; no olvidemos que la improvisada figura de Alzaga, rodeado de denodados vecinos, bastó para contrarestar en el Plata la conquista de Inglaterra; y no olvidemos que solamente una Junta, sin hombre centralista y mitológico, fué suficiente para iniciar y llevar adelante el gran movimiento revolucionario de 1810.

CAPÍTULO L

Las patrióticas épocas pasadas

Mientras los constitucionalistas, los hombres del partido colorado y los nuevos pseudo reformadores reniegan de las brillantes épocas de pasados tiempos, y escarnecen las virtudes de administraciones honrosas que pasaron; el pueblo las recuerda con sentimiento, las respeta, las ama y las venera como digno ejemplo de imitación; y comparándolas con los desgobiernos actuales, guarda en el fondo de su corazón la esperanza y el deseo de verlas reproducidas ó imitadas, brillando de nuevo con todo su patriotismo y su honradez en el profanado escenario político de nuestra patria.

El fenómeno por otra parte no es un producto aborígene de nuestro suelo, está repetido y confirmado en la historia por las lecciones de la experiencia. Es el que emplea la Rusia para hacer olvidar á Polonia su independencia y sus libertades y es el que emplea todo poder conquistador ó tiránico que pretende hacer olvidar, junto con sus glorias, la fuente de su civismo á los pueblos avasallados.

Cuando el pueblo inglés recordaba su antigua libertad, los esfuerzos con que en franca lucha había conquistado la Magna Carta del rey Juan y las máximas liberales que ella consagraba; la Corte corrompida por los abusos calificaba aquellos remotos tiempos de época bárbara y grosera que por su austeridad debía sumirse en el olvido, sin comprender que de aquel recuerdo comprimido, iba á surgir la revolución más grande y gloriosa que honra los anales históricos de la libertad de Inglaterra.

Cuando el pueblo francés se aprestaba á levantarse gigante á conquistar los derechos del hombre y del ciudadano, los cortesanos obcecados y corrompidos por el despotismo, las rapiñas y los crímenes, decían que los propósitos del pueblo eran retroceder, guiados por las ideas de Rousseau, ó la época primitiv

de los galos. Ellos solo sabían ver la civilización y el progreso en los ricos encages de las enaguas de la Pompadour, ó en los aúreos volados de los disfraces regios de la Du-Barry; solo en la hedionda pompa de la realeza y en la degradación más infamante; y el pueblo creía, y esperaba de aquel grandioso movimiento, la dignidad del hombre, la igualdad ante la ley y la regeneración de la humanidad por la libertad y por el derecho.

Las gloriosas conquistas de otros tiempos en el orden público alcanzadas, y que marchaban de consuno con los adelantos de la razón pública, no subvertida todavía, están hoy escarnecidas por la indignidad de los sofistas, y por quienes devolvieron al enemigo trofeos ganados en patrióticas y gloriosas batallas; pero no está todo perdido mientras existan corazones que las recuerden y almas viriles que las veneren, á la vez que condenan á los Efialtes y no olvidan las inmortales tradiciones de Ituzaingó.

CAPÍTULO LI

Los partidos administrando

El primer gobierno de don Fructuoso Rivera iniciado en 1830 que fué de lo más escandaloso y desquiciador que en materia de administración y de gobierno ha presenciado desesperado el país, dejó la hacienda pública en una situación lamentable, exhausto el tesoro público, secas las fuentes de riqueza, perdido el crédito nacional, vendidos y comprometidos los bienes y las rentas del Estado.

Tocóle á la honrada presidencia de don Manuel Oribe enmendar los yerros de la anterior. Se restableció el crédito público, se salvaron algunas propiedades cuya venta aunque arreglada aún no se había efectuado, se recuperaron algunos bienes enagenados, se rescataron algunas propiedades públicas em-

peñadas, se establecieron debidamente las rentas, y se reorganizó la hacienda pública.

Con su nunca suficientemente execrada revolución, y con el apoyo decidido de la Francia y de los unitarios, derrocó á Oribe, Rivera; y como más tarde Flores, se hizo gobierno en nombre del ejército, el que fué como el de este último una verdadera dictadura, y ese fué el gobierno que reconocieron las más fuertes potencias extranjeras, porque así convenía á sus intereses, y en ese sentido arrastraron á lo restante del cuerpo diplomático aunque con algunas excepciones.

Él partido colorado encerrado en Montevideo renovó los desórdenes de Rivera, y continuó arruinando con exacciones á la ciudad que dominaba, y comprometiendo el crédito del país con repetidos y crecidos empréstitos extranjeros.

Hecha la pacificación de la guerra grande, la Presidencia de don Juan Francisco Giró empezó á cicatrizar las heridas de la Patria y á restablecer el crédito público; pero la criminal revolución del 18 de Julio no le dió tiempo de llevar á cabo su obra de reparación de reorganización y de patriotismo.

Volvió el partido colorado á desarrollar sin consideración y sin freno su sistema de dilapidación, de derroche y de inmoralidad administrativa; y cuando el partido blanco entró de lleno al poder bajo la Presidencia de don Gabriel Antonio Pereira, la deuda ascendia ya á la aterradora suma de más de ciento y tantos millones de pesos.

Deuda enorme, tremenda aún hoy, y mucho más en aquella época, que se necesitaba mucha honradez y mucho patriotismo en el Gobierno, para zanjar las dificultades económicas y financieras que suscitaba semejante estado de cosas.

Pues bien, esas condiciones austeras el país las encontró en el partido blanco-nacional, y habiendo recibido el gobierno con semejante gigantesca deuda, al caer ese digno partido en 1865, á pesar de la guerra civil, esa enorme deuda pública había quedado reducida á dos millones y pico de pesos.

Me parece que un partido que así procede tiene títulos á la

consideración de las gentes, y que debería merecer por lo menos el respeto de los escritores que se ocupan en escribir diatribas contra una agrupación política que repetidas veces ha salvado al país, y cuyas grandes personalidades históricas están muy por arriba de imprudentes dicterios de reformadores, de enemigos y de locos.

Véase en qué consistía esa atroz deuda pública acumulada por las malas administraciones coloradas, y que con la misión de reducirla encontró, abrumando al país, el partido blanco, durante la administración de don Gabriel Pereira:

Inventario de deudas que existían entonces:

Deuda pública consolidada............	$	90.844.615	730
A consolidar	»	9.156.627	640
Deuda exijible consolidada..........	»	905.028	403
Id Innominal id	»	54.892	612
Id Francesa id	»	1.059.830	175
Id Inglesa id	»	340.548	010
Id Brasilera 6 % al año..........	»	1.964.744	440
Créditos Británicos id id..............	»	589.011	415
Id del 48 id id	»	874.497	527
Id del 10 o/o id id	»	293.691	243
Id de Gounouilhou	»	1.199.284	682
Empréstito Mauá 1 o/o mensual........	»	68.639	542
Id Sociedad de Cambios.......	»	36.367	510
Atanasio Lapido mensuales de 1 1/4 desde 1852	»	14.774	114
Nicanor Costa, víveres y campo........	»	139.207	594
Samuel Lafone, Cabildo, interés de 1 1/2 por ciento desde 1852.	»	127.322	567
José Ellauri, sueldos.......	»	75.895	480
Juan Lelong, remuneración............	»	12.500	—
J. Ruete por Buchental	»	120.207	323
Diversos créditos menores...	»	39.034	172
Hospital de Caridad, mensualidades atrasadas.......	»	8.350	640

Nueva aduana	»	333.656 235
Zumarán por Mila de la Roca Campso, 1 1/2 desde 1854	«	180.053 588
Por los ejercicios de 1855, 1856 y 1857.	»	1.925.468 450
		$ 110.334.254 487

El gobierno de don Bernardo Berro acabó por reducir casi á nada esa tremenda deuda pública; y puesto á la cabeza de un pueblo lleno de virilidad y porvenir, rechazó el medio ruinoso de los empréstitos, y buscó en los elementos propios de la nacionalidad, en las propias fuentes de riqueza del país, los medios de organización y de progreso; y sin dejarse arrastrar jamás por el afán de introducción de capitales extranjeros á costa de perjudiciales compromisos, rechazó esas teorías económicas que empapelando los países, imponiendo el curso forzoso, comprometiendo al país con deudas, y abrumándolo con obligaciones exteriores; aumentan escandalosamente la deuda externa, producen desconsideradamente la bancarrota, y labran la ruina de la nación.

Al proceder así ese Gobierno memorable, se asemejaba al legislador antiguo, que lleno de sabiduría cosechada en el estudio, los viajes y la experiencia, aplicaba á su patria las disposiciones acertadas y convenientes; prescindiendo por completo de esa imitacion servil y funesta, y generalmente desacertada en su aplicación, que constituye el único medio y el único recurso de los pseudo-legisladores de hoy en día, y de los políticos mediocres, que impotentes para encontrar por sí mismos una idea sensata, buscan y encuentran en la imitación desgraciada, aún más insensatamente aplicada, el desprestigio y la ruina de la desventurada nación que tiene la desdicha de soportar semejantes hombres á su frente.

La dictadura que en 1865 hizo rodar las instituciones patrias, destruyó también esa obra económica fruto del más prudente patriotismo. Desde entonces acá, dosciento cincuenta y tantos millones de pesos oro, producto de los impuestos pagados por el pueblo oriental con el sudor de su frente, no han sido su

cientes para la voracidad de las administraciones coloradas; y á esa inmensa suma de dinero hay que agregar más de 100 millones de deuda pública, debida al recurso expoliatorio de los empréstitos, que vuelven á colocar al país en la situación en que se encontraba al principio del Gobierno de D. Gabriel Pereyra, y que es á lo que arriban siempre los gobiernos colorados, al cabo de algún tiempo de administración. Solo la verdadera participación del partido blanco-nacional en la cosa pública, y la abolición de la comedia representada en sociedad con los farsantes políticos, que se atribuyen su representación, podría devolver al país su normalidad, su riqueza, su seriedad y su crédito.

CAPÍTULO LII

D. Andrés Lamas, autoridad de los nuevos reformadores

Con motivo de las proposiciones de amistad hechas por Rivera á Rozas, y despreciadas por este último, dicen los nuevos pseudo-reformadores:

« Rivera, pues, y sus consejeros habían dado un paso inde-
« coroso, y lo que es peor lo habían dado en falso. »

Y luego agregan: « Pero MÁS ARRIBA de todas estas *verda-*
« *deras miserias,* estaba *el convencimiento* de lo que dijo don
« Andrés Lamas más tarde: « En el libro del pasado *todos te-*
« *nemos culpas* y algunos de nosotros GRANDES CULPAS. Si
« continuamos leyendo en ese libro, no nos entenderemos ja-
« más, estamos irremisiblemente perdidos; perdidos nosotros, y
« perdidos nuestros hijos que de nosotros heredan esa herencia
« de perdición».

No pretendemos desconocer las culpas que tuviera don Andrés Lamas en el libro del pasado, ni tampoco las que pudo agregar después durante el desgobierno de don Pedro Varela; ·ro mucho tememos que esa condenación severa de la histo-

ria por Lamas, aspirante á historiador, y ese su deseo de que no se lea en el libro del pasado, respondan al temor de que se encuentren en esos archivos las razones por qué el General don Venancio Flores le ofreció partirle el pecho de una puñalada; y por qué al anunciarse Lamas como candidato para la cartera de Hacienda, durante los principios del Gobierno de don Gabriel Pereira, el doctor don Eduardo Acevedo escribió la siguiente carta:

« Estimado amigo:

. . . .

« Pasaré ahora á ocuparme en concreto del personaje motivo « de estas líneas.

« Después de un largo período, en que la personalidad his- « tórica de don Andrés Lamas yacía envuelta en el silencio de « los tiempos, si bien de vez en cuando y embrionariamente « surgía su nombre *como una amenaza* en épocas de doloroso « trastorno, levantándose de la oscuridad del olvido, para hun- « dirse nuevamente en la del desprecio político; una nueva era « parece abrirse para este proscripto de sus propias aberracio- « ciones, que después de peregrinar largos años lejos de una « patria que no le inspiró jamás otro sentimiento que el de la « especulación, viene á golpear á sus puertas, extraño hasta al « techo mismo bajo el cual nació; ajeno á todo sentimiento de « nacionalidad y patriotismo, y sacudiendo en el dintel del ho- « gar los inmundos harapos que le reservó la justicia ordinaria, « al levantarlo del banco de los acusados, para arrojarlo de una « sociedad ante la cual TIENE LABRADO EL PROCESO DE EX- « PLOTADOR VULGAR.

« Sobre las espaldas de este hombre, se levanta una mano « en la que se vé un puñado de oro. Todas sus obras no « son otra cosa que, *la justificación de la política brasilera* « *de todos los tiempos*, y UN DESAHOGO DE SUS RESENTIMIEN- « TOS POLÍTICOS.

« Nombrado este personaje por el gobierno de la Nación, Mi- « nistro Plenipotenciario en el Brasil, desde largo tiempo, cuyo

« destino ha explotado, debemos á nuestros conciudadanos y
« extranjeros residentes en la República, dos palabras, como
« una justa ofrenda al que aspira á compartir el ejercicio de
« los altos poderes del Estado, y tiene el coraje de pretender un
« puesto espectable *resignando á la opinión pública la historia*
« *de su pasado*, y cuando ese hombre con el lenguaje de un ci-
« nismo que le es ingénito, viene á declarar *que está próximo á*
« *lanzarse sobre las garantías de la sociedad*: cuando EL MUTI-
« LADOR DEL PUEBLO ORIENTAL está por arrojarse sobre lo que
« aún queda de la presa ¿no habría un lábio bastante inde-
« pendiente para lanzarle el anatema de la nación entera?

« ¡Sí, y mil veces sí!

« Los pueblos también tienen el derecho de dirigirse la pa-
» labra, cuando en los momentos que cruzamos se está jugando
« con su suerte.

« Que quede al menos constatada la solemne protesta, que
« el patriotismo y el decoro público levantan ante la amenaza
« DE UN LAMAS MIEMBRO DEL GOBIERNO ORIENTAL, cuando los
« tribunales de su patria están prontos á flagelar sus espaldas:
« cuando los presidios nacionales están reclamando su presa.

« ¿Es pues posible que la dignidad de los orientales no se re-
« sienta, que no se conmueva el sentimiento público, por más
« muerto que esté?

« Es preciso destruir las maquinaciones criminales de ese
« hombre, cuya historia se pierde EN EL ABISMO DE TODAS LAS
« INMORALIDADES.

« Es preciso conducirle una vez más ante el tribunal de la
« opinión pública, con su proceso abierto, que le constituye el
« más famoso criminal de las causas célebres de la época.

« Recordar á la República entera que los marcos brasileros
« están colocados, señalando los límites del Imperio, DE ESTE
« LADO DEL YAGUARÓN Y DE LA LAGUNA MINÍ.

« Territorio cercenado; ignominiosamente oculto entre los
« pliegues de las funestas estipulaciones del tratado de 1851, y
« en su artículo 3º cuyo espíritu está traspirando el oro que se
pagó por la infame mutilación de nuestra patria.

« El señor Lamas trae estampada en la frente la injuria de la
« permanente invasión de nuestro país por el dominio brasilero,
« y ostentando en su pecho las condecoraciones con que el Bra-
« sil ha pagado los servicios prestados por el señor Lamas al
« Estado Oriental con la pérdida de 600 leguas de su territorio.

. . . .

« En un país como el nuestro, en fin, donde los bonitos dis-
« cursos parlamentarios tienen que ceder el paso á los hechos á
« despecho de los utopistas que han hecho imposible siempre to-
« do Gobierno; la presencia de D. Andrés Lamas en la admi-
« nistración pública, es un atentado á la moral administrativa y
« una burla sangrienta á las aflixiones que hoy agobian á la so-
« ciedad.

. . . .

« No venimos, pues, á hablar á nombre de las grandes pa-
« siones. Disponemos de la calma necesaria para meditar antes
« de constituirnos en acusadores del Sr. Lamas y con la misma
« calma imparcial dejamos constatados los hechos que bajo la
« inspiración de ese hombre se han producido para vergüenza
« de esta desgraciada tierra desde tiempo atrás.

« Jefe Político en la defensa de Montevideo (1843 y 1844)
« y Ministro de Hacienda, empezó á dar pruebas de su con-
« ducta poco decorosa. Reunió en grandes cantidades el oro,
« plata labrada, y piedras preciosas que les arrancaba á las fa-
« milias con la imposición de los calabozos. Dispuso de esas
« joyas sin cuenta ni razón, supuesto que en los archivos de
« la República no se encuentran los documentos justificativos
« de su inversión detallada. Envió parte de esas alhajas á la
« acuñación nacional, lo que produjo un miserable puñado de
« pesos (60 PATACONES).

« *En la historia de las confiscaciones de aquella época; en*
« *la serie de contribuciones exhorbitantes en numerario, que* POR
« MEDIO DEL TEMOR, del cual era agente activo el Sr. Lamas,
« SE ARRANCABAN Á LOS CIUDADANOS, el nombre de este caba-
« llero rueda siniestramente envuelto en un abuso de confianza

« que representaba algunos miles de pesos, después de lo cual « el Sr. Lamas tuvo á bien ausentarse para ir á residir á la « corte del Brasil con gran boato; él, que había ido á sentarse « á la silla de la jefatura, con los codos rotos y las rodilleras « caídas!

« Una carta que en esa época le dirigió el coronel Flores, « habla bien alto. Era necesario que su permanencia en Río de « Janeiro fuese revestida con un carácter diplomático, que lo « habilitase para especular con las aflicciones de su desgraciada « tierra, y se hizo nombrar Ministro Plenipotenciario, lo cual « lo habilitó para introducirse en palacio y explotar al Empe- « rador del Brasil, *por medio de la más servil humillación*, LO- « GRANDO AL FIN HACERLE SU COMPADRE.

« Los tratados de 1851 vinieron al fin á poner al Sr. Lamas « en el caso de desplegar su *habilidad política*. El arreglo de « límites exigido por el Brasil como condición *sine qua non*, « para intervenir en la política del Río de la Plata, enviando « un ejército, cuyos gastos pagó la República á la vez que « perdió como 20.000 caballos que fueron arriados en masa, « no fué sinó la vergonzosa suscrición *in límine*, de todo lo que « el Brasil quiso que le diese; y D. Andrés Lamas vendió *600* « *leguas de territorio* Á CAMBIO DE MEDIO MILLÓN DE PESOS, « CON QUE SE PAGÓ EL DESMEMBRAMIENTO INFAME, don Andrés « Lamas fué más lejos aún. En esa transacción era *secundado* « *eficazmente por un hábil estadista* PARTÍCIPE EN LAS GA- « NANCIAS. Pues bien, D. Andrés Lamas estafó infamemente « á su colega, no dándole más que *cincuenta mil pesos*; faltan- « do así de un modo indigno á sus *convenios reservados*. Esto « no tiene el mérito de la novedad, porque ya se ha dicho antes « hasta el cansancio, pero, es un detalle.

« En los años 53 y 54, épocas de reacción revolucionaria, el « señor Lamas evolucionó hábilmente, *promovió dos intervencio-* « *nes* y TRES EMPRÉSTITOS; pero en esa época fué moderado, « y no puede asegurarse que el señor Lamas detentase al Teso- « ro de la República más de 300.000 pesos, que al fin era una

« miseria. En esa época él quiso reabrir la cuestión límites,
« *para colocar los mojones brasileros* ALGUNAS LEGUAS MÁS
« ADENTRO; pero la indignación nacional estalló, y el señor
« Lamas se contentó con la adquisición de algunas propieda-
« des que compró en Río de Janeiro, entre ellas el palacio de
« su residencia, costosamente alhajado.

«El señor Lamas, siempre Plenipotenciario Oriental, mira-
« ba no obstante *con el más soberano desprecio á su país.*

«Usó largo tiempo, y lleva aún las condecoraciones brasile-
« ras. Este galeote político, para concluir una vez con él, no ha
« dejado escapar una ocasión en que su pobre patria necesitase de
« su concurso, *para serle fatal*, ESPLOTANDO SU DESGRACIA. La
« fecha de 1857 pertenece ahora al dominio de su política.
« En los anales de la República se encontrarán las señales de
« su país.

« ¿Cual fué entre tanto el origen político de Lamas?

«En el año de 1838, riverista; en 1840 enemigo de Rivera;
« en 44 y 45 díscolo—más tarde Brasilero—Blanco—Nada.

¿Quiénes son los precursores del Mesías?

«Algunos gorriones cebados con la pitanza en perspectiva.
« Después de esto no creemos que ningún ciudadano honra-
« do, ningún extranjero honesto desee la presencia del señor
« Lamas en la República.

«En cuanto al pensamiento á que responde, estamos muy
« léjos de pensar como casi todo el país *que responde hoy á*
« *los fines del Brasil.* Don Andrés Lamas no responde á otro
« pensamiento *que á la explotación de los dineros del Estado*
« CON LOS CUALES HA VIVIDO SIEMPRE.

« Su programa es lógico hasta dejarlo de sobra, apoderarse
« de medio millón de pesos, para saldar la primera parte de
« su embrolla, haciéndola comprar por otras manos, y todavía
« se verá en ésto que *le concedemos* un relámpago de hon-
« radez.

« Y en cuanto á su significación política actual, don Andrés
« Lamas es ardiente partidario de don Andrés Lamas, con el
« cual tiene contraidos muy serios compromisos

« Los desaciertos políticos son comunes á los países sujetos « á trastornos internos y no se precisa hojear mucho la his- « toria.

« Es necesario que los gobiernos, al fijarse en los hombres « para los destinos públicos, no dén una funesta prepotencia á « los que no sabiendo gobernar, nos dejaron en los tiempos en « que han administrado la funesta herencia de la bancarrota « nacional.

« *Eduardo Acevedo*. »

Con autoridades como ésta, Lamas, y otras que por su lógica consecuencia y sensatez ostentan los reformadores, es indudable que van á inmortalizar su obra; y ya nadie volverá á abrir el libro del pasado, *en el que todos tenemos culpas*, hasta de la proclamación, banquete presidencial, y presidencia de don Julio Herrera y Obes.

Y si es que aún los nuevos pseudo-reformadores tienen de reserva otra autoridad del género Lamas, de seguro van á convencer á medio mundo.

CAPÍTULO LIII

Los clubs políticos

En nuestro país no hay tribuna verdaderamente libre. Desde 1865 hasta hoy el partido blanco-nacional, no ha podido jamás manifestarse con entera libertad y franca independencia. La palabra hablada ó escrita, se ha visto coartada sin poder expandirse con toda la amplitud de sus movimientos, ya por el terror y el despotismo de gobiernos que no han ido mas allá de una tolerancia de tira y afloja, aún con sus propios correligionarios, ya por la intransigencia feroz del partido colorado en que esos gobiernos de fuerza se vienen apoyando. La tribuna parlamentaria perteneciente á Cámaras hechas por el Gobierno, con seudo-legisladores, dueños de una independencia quimérica que

se resiente de su impuro origen electoral, no dá señales de vida libre, ni ha producido arranques de elocuencia, luces de sabiduría, altivez de libertad, ni dignos ejemplos de ruda independencia.

Donde, como en los Estados-Unidos y en Francia, con la libertad completa de la prensa y de la tribuna, impera el mayor desorden en la esfera de las ideas; reina á la vez el mayor orden en materia de instituciones. Y donde, como en Rusia ó en Turquía, reina el mayor orden en la esfera de las ideas, pues no se oye más voz que la del czar y la del sultán; impera el mayor desorden, la mayor arbitrariedad y la más absoluta tiranía en materia de instituciones y de gobierno.

A pesar de todo eso, los nuevos pseudo-reformadores, fijan su atención en las reuniones nacionalistas de los Clubs, observan semejanzas con los clubs de jacobinos, y arremeten contra el fuego y vehemencia de sus arengas, como si en ellas pudieran encontrarse las causas de los males del país; el militarismo ensoberbecido y absorbente, el robo del tesoro público, los empréstitos ruinosos, la coacción y el fraude sobre el derecho político, y la bancarrota completa por única perspectiva; males tremendos que, llevarán la patria al abismo, y que bien valdría la pena de que los constitucionalistas reformadores los atacasen con más fuego aún y vehemencia que lo que, á este respecto, notan en las arengas de las reuniones blanco-nacionalistas.

Nos explicamos perfectamente la razón de esa aberración liberticida. Los que hemos ocupado la tribuna libre del Ateneo del Uruguay en sus buenos tiempos; pero no la tribuna de día de fiesta, donde se iba á leer trabajos preparados con tiempo ilimitado de anticipación; sinó la tribuna cientifica, la tribuna de combate, donde se exponía, se discutía, se improvisaba y se replicaba; los que hemos ocupado esa tribuna, sabemos bien todo lo que apasiona la tribuna científica, y á pesar de su aspecto sereno y reflexivo lo que apasiona aún al auditorio, que obliga á colocarse al que ocupa el lugar de las arengas en el mismo terreno del que escucha y en cuya atmósfera se cierne magestuoso el genio augusto de la libertad.

Los que sabemos cómo apasiona la tribuna científica, sabemos también perfectamente que apasiona aún más la tribuna política, cuando el que habla tiene el honor de dirigirse á hombres patriotas, á verdaderos ciudadanos, á servidores de la patria, vinculados á su pasado, afligidos por su presente, desesperados por su porvenir; cuando el que habla tiene el honor de dirigirse á una parte del pueblo de la República lleno de sacrificios de trabajos y de gloria.

Nos explicamos perfectamente que no se dén cuenta de ésto y que se admiren y se pasmen del calor de las arengas nacionalistas, esos reformadores constitucionalistas que jamás se han hallado en esos casos, y que han ejercitado su oratoria solo en las asambleas constitucionalistas, compuestas como es público y notorio de desocupados, naranjeros, extranjeros y transeuntes, llamados *ad hoc* con embanderamientos, iluminaciones, fuegos de bengala y anuncios, á uso de los comediantes, del elenco de sus oradores.

Después de tan poco elocuente ensayo no habrá dejado de pesar sobre ellos esa atmósfera de corrupción de acomodamiento, de cortesanía y de forzada moderación reinante; para la cual la enunciación de una verdad es una imprudencia; una arrancada de velo, una insensatez; y una intransigencia con la arbitrariedad, el fraude y la farsa, un indisculpable crimen. A esto se agrega el ejemplo poco edificante que nos dan las Cámaras al firme, donde jamás brilla el sol del patriotismo, oscurecido por espesísimas nubes de siniestros presagios, donde la ilustración se guarda en cofres de dobles llaves, donde se votan millones enteros ó medios para robustecer al militarismo con nuevos armamentos y donde la elocuencia sería inútil, pues los más bellos discursos y las más evidentes razones, se estrellarían contra la votación organizada de antemano en mayoría desde el gabinete del Presidente de la República.

Las reuniones del partido blanco-nacional no son así, y sus discursos que forzosamente tienen que ser la condensación de las ideas que flotan en el ambiente político del momento en

que se pronuncian, no pueden carecer de vigor, de entusiasmo y de verdad. El que hace uso de la palabra, por más que se contenga, no puede menos que sentir correr por sus venas el fuego del patriotismo, cuando mirando al pasado evoca las grandes glorias del partido blanco-nacional; cuando mirando al porvenir descubre sus elevados y patrióticos ideales; y cuando mirando á su frente se encuentra con dignos ciudadanos, beneméritos soldados, actores muchos en las repetidas luchas populares por la libertad y por el derecho, interesados todos por el mejoramiento y la felicidad de la patria. Allí cada nombre es un recuerdo, cada hecho una epopeya, cada palabra una historia, cada idea una esperanza. Las derrotas no pueden nada contra el corazón del pueblo, y las generaciones se encargan de ser las depositarias de la santa ilusión del patriotismo, hasta conseguir hacer al fin flamear su bandera desde el más alto pináculo del derecho.

Nada de esto puede tener lugar en esas academias constitucionalistas, cosmopolitas y heresiarcas, que hacen las delicias de Desteffanis; pero queremos dar á los nuevos pseudo-reformadores un consejo que puede serles útil: siempre que pretendan criticar la oratoria de las reuniones blanco-nacionalistas, no deben de ninguna manera perder de vista la respetable distancia que existe entre una reunión de blancos, y una asamblea constitucionalista compuesta de narangeros y de transeuntes.

En cuanto á la juventud de nuestra patria que sienta inflamarse su pecho por el ímpetu oratorio, desearíamos ver que jamás se olvidase de sacar la lección correspondiente de las siguientes observaciones de un gran tribuno: « Mas en nues-
« tros días ¿qué elocuencia es la que se honra? ¿cuál es la
« que se premia y levanta al orador *en el orden material* sobre
« el nivel de los demás hombres? No es esa elocuencia viril,
« independiente y si se quiere ruda, que sirve á la causa de la
« justicia atacando la sinrazón y los abusos: la favorecida, la
« mimada en todos los países es esa otra elocuencia mercena-
« ria que se arrodilla ante el poder para recibir de él las inspi-

« raciones y los mandatos, es esa elocuencia que lame como el « perro para merecer el pan que su amo le arroja; es esa « elocuencia complaciente como una meretriz, baja como la « deshonra, que se arrastra como los reptiles, y que describe su « marcha como ellos entre el polvo ó entre el cieno, sin atreverse « á alzar la cabeza hacia el pueblo, de cuyas creencias é inte- « reses ha renegado: elocuencia con lucro, pero elocuencia sin « fé: elocuencia calculada, pero elocuencia sin convicción; elo- « cuencia que hace al hombre gigante en su ostentación, pero « pigmeo en el mérito verdadero: elocuencia que pasa por el « mundo sin dejar á la posteridad sinó el desprecio, ni al mismo « que la usa otra recompensa que el jornal ó salario en que se « ha estipulado. »

CAPÍTULO LIV

El círculo conservador

Es incierto que los conservadores hayan reaccionado jamás contra el cintillo. Todo lo contrario, lo han conservado y robustecido; y lo único que han hecho y que dá pié á esa mistificación, ha sido combatir al partido colorado á la par del blanco, siempre que estas agrupaciones populares se han puesto en camino de realizar la unión y la fraternidad de los orientales por medio del acercamiento y alianza de los partidos tradicionales.

Lo que los conservadores han querido siempre ha sido destruir, anarquizar ó anular á los partidos tradicionales, quedando ellos solos en el escenario político, con la bandera de la defensa convertida por la propaganda con lo que no es, con organización al frente de los partidos desorganizados, y apoderados ellos de la dirección de la política, y comprendiendo que para realizar ésto no bastaban sus fuerzas y sus elementos de círcu-

lo pequeño disolvente é intransigente, se han asociado siempre á los poderes extranjeros para la realización de sus planes; pero jamás han reaccionado contra el cintillo como se dice.

Cuando durante la guerra grande combatieron á Rivera por querer hacer á nombre del partido colorado la paz con Oribe, no reaccionaron contra el cintillo; es bien evidente que hicieron todo lo contrario, y para ello se apoyaron en las maquinaciones que tomó á su cargo don Andrés Lamas en la corte del Brasil. Lejos de reaccionar contra las divisas, las perpetuaron impidiendo en esa ocasión como durante toda la guerra grande, la unión de los orientales porque tal era el interés y la voluntad de los unitarios argentinos á cuya dirección se sometían, y cuyos planes de coalisión extranjera compartían.

Más tarde con la revolución del 18 de Julio de 1853 impidieron nuevamente el acercamiento de los partidos bajo el Gobierno imparcial de Giró, en el cual ambos partidos tradicionales participaban de la dirección de la cosa pública.

Las revoluciones injustificables que continuaron haciendo y que con asombrosa y cándida impavidez los reformadores no tienen inconveniente en llamar heroicidades, no respondían sinó á su exclusivismo é intransigencia de círculo, y cuando apremiados por los sucesos en una de ellas hablaron de fusión, nadie pudo tomarlos á lo serio.

El verdadero objeto de esos movimientos anárquicos é injustificables fué combatir el pacto de alianza entre los dos partidos tradicionales que venían elaborando los sucesos, y que obtuvo su forma definitiva en el compromiso Oribe-Flores que dió por resultado la Presidencia de don Gabriel Pereira.

La propaganda de 1857 y la revolución que produjeron no reaccionaban contra el cintillo, y no pudieron ser entonces más partidistas, más exclusivistas, más intransigentes, más antipatrióticas, ni más insensatas.

Para reaccionar contra las divisas no basta insultar é igualar á los partidos tradicionales, y proclamar alguna vez de palabra la fusión cuando se sienten pasiones, odios y rencores en el

pecho, y se producen hechos que desmienten las palabras, y en las cuales está cantando con voz chillona el más estrafalario partidismo. Es preciso hacer algo práctico, y los conservadores rechazaron siempre las ocasiones de hacer algo fraternal en el terreno de los hechos, que es donde convence, persuade y fructifica; y por el contrario, condenaron siempre á los que como los que suscribieron el pacto, que fueron el grueso de los partidos blanco y colorado, se pusieron patrióticamente á esa obra.

Elevaron á Flores por medio de una revolución, y lo insultaron; y por medio de otra revolución lo derrocaron. Pudieron hacer prácticas sus ideas de fusión, si es que las tenían, con un Presidente como don Manuel Basilio Bustamante, y le hicieron revolución. Pudieron haber visto en el pacto las ideas de fusión y de fraternidad, y lo combatieron y lo condenaron. ¡Pero de qué manera!, no podía darse una explosión mayor de partidismo; y es absurdo pretender poner en manos de los exaltados por excelencia, la bandera de la conciliación. Pudieron ver las ideas de fusión en el elevado programa de don Gabriel Pereira hecho práctico en su gobierno, y ni antes ni después lo aceptaron; lo condenaron siempre con ruda intransigencia; se declararon por la anexión á la Provincia de Buenos Aires; y no comprendiendo la opinión ni la voluntad del país, lanzaron una revolución siniestra al sacrificio. ¿Cuándo pues han reaccionado contra el cintillo? ¿Cuándo lo han demostrado con hechos que acreditaran su sinceridad ninguno de sus hombres?

El único que rompió las divisas fué D. Andrés Lamas, pero como lo demostró acabadamente el Dr. Eduardo Acevedo, ese era un hombre sin patriotismo, simple especulador del país, entregado á los intereses del Brasil, y á los suyos propios; y que en un momento dado en que no le convenía pertenecer á un solo partido, para poder pertenecer á todos y á cualquiera, y poder satisfacer sus ambiciones y sus negocios con el Brasil por medio de sus misiones diplomáticas, rompió las divisas de una manera teatral, y se ofreció al servicio de los poderes públicos

que lo rechazaron indignados á la par del pueblo. Lamas suficientemente perspicaz y conocedor de algunos secretos del Gabinete brasilero, comprendió que la actitud de los conservadores, la propaganda de Juan Carlos Gómez, el anexionismo y la revolución de César Díaz, eran una completa insensatez, y que el Presidente Pereira se vería en la imprescindible necesidad de solicitar todo el concurso del partido blanco para cumplir su programa, y con tiempo se dispuso á tomar elevado asiento con motivo de la nueva evolución que preveía, pero el país entero rechazó al nuevo convidado de piedra.

El doctor D. José Pedro Ramírez se ha jactado públicamente de que el presidente Berro le ofreció un Ministerio, y luego un puesto en el Tribunal, todo lo que no quiso aceptar, y á más que el Dr. Eduardo Acevedo le ofreció hacer levantar por sus amigos su candidatura de representante, lo que tampoco aceptó. Lejos de aprovechar un gobierno como el de Berro para hacer algo en favor del deseo de fraternidad que se atribuyen, los conservadores lanzaron á Flores á la más injustificable de las revueltas y Juan Carlos Gómez visitaba en Buenos Aires diariamente al general Flores, demostrando el más decidido empeño por esa empresa antipatriótica. Más tarde reaccionaron, y continuaron su obra de fraternidad por medio de la mina dirigida por Eduardo Beltrán.

Conocida es la conducta de los conservadores cuando estalló la revolución de Aparicio; y una vez producida ésta, todavía los blancos se dirigieron á ellos como la parte más ilustrada del partido colorado. El doctor don José Pedro Ramírez que llevaba en ese asunto la palabra, sólo arribó á aquella fórmula que con todo acierto concretó el doctor don Juan José de Herrera en estas dos palabras en carta al doctor Ramírez: «Vds. sólo tienen *por guía á Batlle, por esperanza á Suárez.*»

A pesar de todo esto, á pesar de que la historia demuestra que el partido conservador es un círculo disolvente, que se ha opuesto siempre á la verdadera unión de los orientales; los nuevos pseudo-reformadores dicen que es fingida la antipatía que

los partidos tradicionales aparentan profesarle. Seguramente les parecerá poco lo que ha hecho el partido coservador, cuando creen que está al abrigo de toda aversión; pero por lo demás esa ojeriza de engaña-pichanga, revela hasta cierto punto bondad en los partidos tradicionales, que cumpliendo el precepto evangélico devuelven bien por mal, y sólo tienen enemistad falsa y fingida para un círculo que por decenas de años se lo ha pasado insultándolos á más y mejor, proponiéndose exterminarlos, á lo menos al blanco, y por último sacrificando sus hombres como á Baena; cuando el 18 de Julio de 1853 y en todas las ocasiones en que le ha sido posible.

Los conservadores, llámense constitucionalistas, reformadores, amigos del país, del bien público, del cielo ó de la tierra, deben convencerse que no harán nunca nada si quieren basar su obra en la fama de un puñado de hombres, por distinguidos que sean, y no en las masas de pueblo, en los partidos populares que tienen sus órganos genuinos y lejítimos para manifestarse y para entenderse con los demás, si es que ha llegado el momento, y quieren entenderse, y fraternizar en el seno de generosos y patrióticos ideales.

Si sus ambiciones son personales, busquen colocación en sus primitivos partidos, y una vez con autoridad dignamente conseguida en ellos, traten de realizar esas ideas de unión y de fraternidad de que se dicen animados, que si marchan sobre bases sólidas é influyen algo para que sople un poco el aura de la libertad, no ha de ser, me parece, el país ni los partidos verdaderamente populares, los que les han de poner piedras en el camino de la regeneración y del patriotismo

Cuando en 1887 escribimos un folleto político, les aconsejábamos que volvieran á sus partidos originarios, que se hiciesen de prestigio en ellos y que luchasen á la par nuestra por la libertad y por el derecho. Nuestro propósito era entonces como hoy que esos hombres inteligentes é ilustrados que blasonaban de profesar ideas fraternales influyeran benéficamente en el partido colorado, moderasen su exclusivismo, y le impu-

sieran hasta donde pudieran respeto á las instituciones y garantías para la lucha política del adversario, porque creía y creo que el terreno de la lucha legal é ilustrada, por vehemente que sea, es el mejor terreno para acercar los partidos y dejarlos desarrollar dentro de la órbita legal para el progreso de las naciones. Cuando eso les indicaba no suponía por supuesto que un Carlos María Ramírez, había de ir á un Ministerio á sancionar todos los atentados de la fuerza, á disimular todos los escamoteos del tesoro público, y á permanecer cómplice é impasible ante atentados y crímenes horrendos como el del 11 de Octubre de 1891.

Al indicarles nuevamente hoy ese mismo temperamento á los conservadores, lo hago porque creo que en sus filas no serán todos como el Dr. Carlos María Ramírez; y supongo que habrá otros que con los desengaños sufridos, vueltos á sus partidos tradicionales sabrán ceñirse la divisa de los polacos; y después de tanto tiempo perdido, decir á todos los partidarios del país: caballeros, por nuestra libertad y por la vuestra.

CAPÍTULO LV

El círculo constitucionalista

Dicen los nuevos pseudo-reformadores que está disuelto el partido constitucionalista, y agregan: «cuya misión de actualidad por otra parte ha concluido»—¡Te has lucido Sebastián!—¡Brillante misión fué esa que terminó ignominiosamente en los inmundos brazos de Máximo Santos! ¡Dignas exequias de su irrisoria vida y muerte política!

Cuando á la caída del poder de Latorre surgió de un error funesto la idea estéril y disolvente de la formación del partido constitucionalista, fuimos de los primeros en asegurar que por su falta de razón de ser, por su composición, y por su empleo de la discordia como medio, el país no respondería á esa pre-

tensión absurda y ridícula, nacida al calor de las pretensiones y de las ambiciones personales. Nos confirmamos en la creencia de esa reprobación del país cuando escribimos nuestro folleto de 1887, lo hemos repetido públicamente en diferentes ocasiones; y hoy, son sus propios afiliados, sus miembros que han formado parte de sus comisiones directivas, los que declaran lo que el país ya hace mucho tiempo que lo sabe, esto es: que el partido constitucionalista está ya muerto. El núcleo conservador que fué su base, su dirección y su fuerza, y que es el que tiene en esos elementos disueltos unidad de pensamiento, de sentimiento y de acción, podrá perpetuarse como círculo de amigos políticos y como base de nuevas ambiciones, discordias é iniciativas disolventes, pero el constitucionalismo con aspiraciones de partido, y con esperanzas de hacerse carne en las filas del pueblo, ha pasado ya á mejor vida, ha muerto pasando sin gloria al mundo de la historia, y dejando un triste y desgraciado recuerdo sin título alguno á la consideración honrada de las gentes.

Efectivamente; lo que en los momentos de su formación convenía, era que los partidos tradicionales reuniesen en su seno todos sus elementos de valer, todos sus hombres más honrados, más ilustrados y más patriotas, que aprovechando las lecciones de la experiencia, las rudas y tremendas lecciones que con la imbecilidad de Ellauri, la orgía de Varela y la tiranía de Latorre, acababan de recibir, hubieran dado á los partidos tradicionales direcciones acertadas y serias, que hubieran hecho compatible su vida y su lucha dentro de la esfera legal; limitados á la lucha pacífica de la tribuna, de la prensa y de los comicios, por violenta que fuese; aspirando al progreso político de la República; y levantado en los brazos robustos de grandes masas de pueblo, los justos, elevados y progresistas ideales democráticos; que en esas condiciones habrían hecho imposibles el triunfo y la prepotencia del militarismo, y la exaltación de la repugnante figura del tiranuelo Máximo Santos, entonces comandante del quinto y luego coronel y Ministro de la Guerra;

que no hubiera ido creciendo así, á haber asumido los dos grandes partidos del país la actitud que les imponían los sucesos; porque con sensatez y patriotismo, ¡es mentira! el militarismo no era, no es, ni puede ser, más grande ni más poderoso que el pueblo.

El único que cumplió con su deber, el único que se colocó en el terreno sensato, fué el partido blanco nacional, que sin odios ni rencores para nadie, desplegó al viento su gloriosa, amplia y generosa bandera, llamando á cobijarse bajo su sombra no solo á sus afiliados conocidos, sinó á todos los ciudadanos, cualesquiera que fuesen sus ideas acerca del pasado, que aspirasen sinceramente á la regeneración de la República; y ofreciendo alianzas de partido, y dispuesto solo á ver aliados en las demás agrupaciones populares que, aunque por distintos caminos, se propusiesen la realización de los mismos patrióticos ideales.

Si el partido colorado en vez de continuar convertido en cortesano de todos los gobiernos de fuerza que surgen de su propio seno; si ese partido poniendo á su frente sus más honrados é ilustrados elementos, hubiera hecho lo mismo que el partido blanco nacional, hubiera llegado un momento en que la alianza de ambos partidos, elaborada por los sucesos hubiera sido un hecho, y en que al ver escalar á Santos la cima del poder público, se hubiera impuesto el grito unánime de ¡abajo el verdugo advenedizo! y un gobierno conciliador y de opinión hubiera impedido las vergüenzas, los oprobios y los crímenes que se continuaron sucediendo.

Nada de esto quisieron comprender los beneméritos constitucionalistas al pretender formar su malhadado partido. Los conservadores dominados por sus pasiones de odio al partido blanco nacional que arrancan de don Lucas Obes y don Nicolás Herrera, llenos de despecho y de envidia por su poder, por su aceptación en el país entero y por su número, tocaron llamada á la división, á la disolución y á la anarquía, y arrojaron nuevamente la manzana de la discordia en medio de las colectividades políticas de nuestro país. Algunos de los miembros del partido blanco na-

cional los escucharon y les siguieron; y abandonando sus banderas gloriosas, fueron á vivaquear bajo la vieja enseña de la intriga, vieja loba del más intransigente partidarismo disfrazada con la piel de cordero de una conciliación fraternal; que mientras solo tenía ataques y hiel para nuestro partido, que había derramado su sangre y sus sacrificios en repetidas luchas por la libertad, por las instituciones y por el derecho, solo supo fraternizar justificando y abrazando al tiranuelo Santos, y aún eso dentro de condenables, estrechas y míseras miras de partido.

¿Qué resultado obtuvieron los que abandonaron las filas gloriosas de nuestra agrupación? Unos se anularon por completo, otros vieron desaparecer su personalidad y sus convicciones ante la influencia intelectual y partidista de sus nuevos jefes, otros se contagiaron con el nuevo contacto y sancionaron las indignidades en que tomó parte ese partido, y otros acabaron por desengañarse, desesperarse y rabiar, y salir á fin de cuentas condenado todo partido y proclamando enormes desatinos. Pero justo es decirlo, hubo también en medio de esa anarquía de insensatez, inexplicable en algunos de los hombres de verdadero talento que componían ese partido, patrióticas protestas contra sus actos indecorosos, como las del doctor Constansio Vigil, y las repetidas del distinguido publicista Dr. D. José Manuel Sienra Carranza.

El partido constitucionalista empezó proclamando todo lo contrario de lo que había de llevar á la práctica: una moralidad evangélica que llevó á su jefe el Dr. José Pedro Ramírez á abrazarse con Santos: al ministerio constitucionalista á presentar al público al tiranuelo en el palco de Solís; y al Dr. Carlos María Ramírez, redactor del célebre programa mil veces violado á sancionar el negro 11 de Octubre desde una poltrona ministerial.

Proclamó una pureza en sus afiliados, de la que distaban bastante muchos de sus hombres; prometió vivir en la austeridad de los principios políticos, y sancionó y aceptó los fraudes electorales más escandalosos; ofreció combatir el mal y escaló

los puestos públicos por medios reprobados para disimularlo, y sancionar en los poderes legislativo y ejecutivo las más tremendas iniquidades económicas y políticas. Aseguró que era un partido del porvenir que no se contagiaba con los bienes de la tierra mientras no pudiera tomarlos con la punta de las tenazas de las leyes y de las instituciones, y murió á poco en medio de la indiferencia y de la reprobación pública, de la manera más ignominiosa.

Anunció la muerte del partido blanco-nacional, y fallece él dejando al nuestro fuerte, robusto y entusiasta; con una que otra verruga, que solo espera el cortante bisturí de algún hábil cirujano.

En cuanto al constitucionalismo, que la tierra le sea leve.

R. I. P.

CAPÍTULO LVI

La panacea de los reformadores.

«Algo es necesario hacer» dice la nueva propaganda reformadora, y esto que es una verdad, no encierra nada de nuevo; pues es la ley marcada á la actividad humana de los pueblos. Siempre hay algo que hacer, ó por hacer. Cuando en un país domina el mal, como en el nuestro, es necesario luchar por el advenimiento del reinado del bien, y cuanto éste se alcanza, es necesario trabajar por su conservación y perfeccionamiento. Siempre hay algo que hacer; pero es preciso también no perder de vista que es mejor no hacer nada, que hacer cosas negativas y contraproducentes; con lo que no se consigue muchas veces, como en el caso de la formación del partido constitucionalista, más que perder una larga serie de años, esterilizar muchas fuerzas vivas, y volver á retrotraer las cosas, después de lamentables sacrificios, al primitivo punto de partida.

Con el objeto de hacer algo proponen los reformadores al pueblo uruguayo que haga esfuerzos porque en las futuras Cámaras tomen asiento algunos ciudadanos destinados al parecer á salvar el país con ese hecho, y al efecto presentan al pueblo uruguayo una lista de unos cincuenta y tantos ciudadanos de los cuales algunos ya han ocupado puestos en las Cámaras con excelsa brillantez, como Carlos Zumarán, sin que hayan salvado al país; y los otros que se proponen, no creemos que por ese solo suceso llegarían á tener la felicidad de ser autores de tan grandioso y fausto acontecimiento.

No es que dudemos ni desconozcamos el talento, la ilustración, la preparación y la elocuencia de Daniel Muñoz, Pitaluga, Martín C. Martínez, Hope Lafone, y otros que no menos acertadamente se nombran; pero creemos que la presencia de esa cincuentena de ciudadanos en las Cámaras, por sí sola, no sería suficiente para salvar la angustiosa situación porque se atraviesa, ni para abolir el régimen militar que oprime y despotiza hoy á la República.

Buena composición no es precisamente lo que más ha faltado á las Cámaras, lo que les ha faltado ha sido un origen más legal y más digno, una independencia de que no han hecho uso ni por broma, y una resolución de cortar de raíz los abusos que como enorme pulpo devoran la savia restante del país.

Por lo demás si dentro de nuestro pesimismo patriótico abrigamos dudas de que esos ciudadanos que se recomiendan á la discreción del pueblo uruguayo pudieran salvar la patria, no por eso dejamos de considerar que ningún gran elector un poco astuto no tendrá inconveniente en brindarles con un asiento en las cámaras si es que ellos lo aceptan; y en ese caso el *reclame* de los nuevos pseudo-reformadores no habría sido del todo perdido, pues muchos de esos ciudadanos serían útiles para votar y sancionar reformas liberales, y hasta para atentar con sus votaciones á las disposiciones de la constitución de nuestra patria.

CAPÍTULO LVII

Los ataques al partido blanco-nacional

Los juicios que continuamente se emiten atacando por igual á los partidos tradicionales, carecen absolutamente de justicia. Los partidos solo pueden ser juzgados por sus actos en tiempo de libertad, pero no es equitativo condenarlos en épocas de opresión y de sistemática tiranía, en los cuales les es imposible manifestarse por completo, ni hacer algo eficaz por la felicidad del país. Puede culparse al partido colorado que se convierte á la vez en pedestal y en corte de los gobiernos arbitrarios que apoyados en la fuerza bruta pagan esos servicios de su colectividad con negocios y puestos públicos, y con la exclusiva participación de sus correligionarios en los negocios del Estado, salvo algunas excepciones individuales hechas en las personas de algunos nacionalistas, más realistas que el rey, á quienes para decoración y por propia conveniencia otorgan algunos puestos los rojos gobernantes.

Puede culparse á ese partido porque él tiene la sartén por el mango, y porque si fuera capaz de ello él podría exigir de su gobierno libertad suficiente para hacer vida legal y democrática, prefiriendo sin embargo abdicar todo eso por la ambición de mando y el sensualismo de las ventajas oficiales y de los puestos públicos. Puede culparse igualmente al círculo asequible, que usurpa escandalosamente la representación del partido nacional que nadie le ha dado, y pretende que arrastra su noble bandera al fango político donde recibe del fraude electoral y de los votos de los soldados de línea, la farsáica investidura de representantes del pueblo para ir á sentarse con toda impavidez en los altos de la casa donde de una manera atroz y bárbara fué inmolado don Bernardo Berro en manos de los poderes públicos del país.

Sabido es que desde 1865 el partido blanco nacional no ha

podido tener prensa libre donde poder decir cuanto quiera y cuanto deba, porque la libertad de la prensa ha sido desde 1865 únicamente una tolerancia de los gobiernos que con palizas, destierros, asesinatos y empastelamientos la han restringido hasta á sus propios correligionarios. La tribuna ha corrido parejas con la prensa, y algunos discursos pronunciados en las reuniones blanco-nacionalistas con alguna vehemencia patriótica, han sido suficientes para llamar la atención del poder, que lo ha manifestado así en sus periódicos oficiales, á cuya censura se une la de los nuevos propagandistas, que se titulan sin embargo hombres de principios. No les asombra el tremendo ejército de línea, ni les horrorizan las descargas del once de Octubre; pero les preocupa la vehemencia patriótica de las arengas.

Sin poder pues el partido blanco-nacional hacer el uso debido de la tribuna y de la prensa, esos dos medios poderosos de los partidos de principios y de los pueblos democráticos y siendo una farsa los comicios, es imposible responsabilizarlo ni siquiera de su inacción, máxime cuando dentro de la tolerancia otorgada ha empleado esos medios y todos los recursos democráticos restantes para levantar el espíritu público y tratar de arrastrar á los gobiernos al cumplimiento de las leyes y de la libertad electoral.

Durante la siniestra dictadura de Flores no era posible ni siquiera llamarse blanco; durante el gobierno de Batlle, en el cual medio país estaba emigrado y los atropellos se hicieron insoportables, el partido blanco-nacional se vió en la necesidad de tomar las armas, pues la lucha legal se hizo imposible hasta para los mismos colorados-conservadores. Hecha la pacificación, la libertad electoral fué escandalosamente burlada y violentada en todo el país, á excepción de los cuatro departamentos donde existían autoridades nacionalistas; durante Varela, Latorre y Santos se eclipsó por completo la libertad electoral. Cuando el año de 1887 el Gobierno del General Tajes ofreció garantías para el ejercicio de la libertad de sufragio, el parti-

do blanco-nacional fué el primero en recoger la palabra del Presidente de la República, y en aprestarse para la lucha legal de los comicios. El escándalo electoral de ese año no tuvo límites. El partido blanco-nacional condenó enérgicamente esos procederes cínicos, que los constitucionalistas sancionaron y aprovecharon aceptando la desvergonzada y liberticida solución electoral. Es verdad que algunos nacionalistas, los asequibles de todas las situaciones, encabezados por el doctor Martín Aguirre aceptaron también esa ignominia, y que otros contados aspirantes á asequibles, que se quedaron con un palmo de narices, también estuvieron dispuestos á aceptarla y á aprovechar sus sensualistas consecuencias con famélica desesperación; pero no es menos cierto que de esas oprobiosas miserias ninguna culpa tiene un partido que cuenta por millares sus afiliados, y que de ninguna manera puede ser de buena fé confundido con la conducta equívoca de un escaso número de individualidades. Electo Presidente don Julio Herrera y Obes en 1890, renovó de una manera especial las promesas de libertad electoral que habían hecho sus antecesores, y á pesar de los muchos desengaños fué en parte creído por algunos ilusos, porque juró por su honor, por su palabra, por el país, por el continente y por el cielo y la tierra, que con arreglo á su pomposo programa iba á inaugurar una nueva era, convencido de que la mentira y el fraude iban empujando al país al abismo. A poco la mentira, el chascarrillo, la broma y luego el crimen, fueron el signo distintivo de su gobierno; y el año 1890 presenció un fraude electoral tan absorbente y escandaloso, que el partido blanco-nacional se vió en la necesidad de resolver la abstención para no sancionar una burla tan sangrienta, hecha con el mayor cinismo á las libertades públicas. A pesar de eso algunos asequibles encabezados nuevamente por el Dr. Martín Aguirre volvieron á ocupar posiciones oficiales, usurpando indecorosamente el nombre del partido nacional; y la Comisión departamental de Montevideo declaró solemnemente que el partido no tenía representación en la legislatura, é idénticas autorizadas manifestaciones se

hicieron en distintos puntos del país; lo que no quiere decir, por supuesto, ni que los asequibles se conmovieran en sus sillas curules, ni que se diesen siquiera por aludidos.

¿Cómo es, pues, posible culpar á un partido, cuando los gobiernos proceden de semejante manera liberticida? ¿Cómo puede enrostrársele falta de decisión y de entusiasmo? ¿Cómo han de arder los ciudadanos en júbilo patriótico, si saben de antemano que todos sus esfuerzos y su patriotismo van á resolverse en una comedia indigna, ó en una tragedia infame y sangrienta, siempre con burla grotesca y criminal desprecio de las instituciones?

En la paz las armas de los partidos son el ejercicio legal de sus derechos; si eso no les es permitido, no les queda otro remedio que sufrir ó protestar por los medios á su alcance.

«No tiene hombres de valer que se pongan á su frente», dicen los enemigos de nuestro partido. No es eso, no es que no tenga, es que para trabajar inútilmente y para cosechar nuevos desengaños, no todos están dispuestos á salir de su retiro; por más que siempre sea patriótica la organización partidista. «Está disuelto y anarquizado;» dicen sus enemigos. Tampoco es verdad; no hay cohesión férrea, no porque falten numerosos correligionarios, ni decisión en ellos, sinó porque no hay rumbos pacíficos que señalarles dentro de la acción legal, desde que los gobiernos la anulan y la burlan. Solo son permitidas las visitas al gran elector y las antesalas al Presidente de la República, y eso está bueno para los constitucionalistas que se abrazaron con Santos, con Tajes y con Herrera, ó para un círculo de asequibles; pero no para la inmensa mayoría de un partido patriota y glorioso, conocedor de sus derechos, y único custodio de la constitución y de las instituciones nacionales.

Por eso hemos dicho al principio de este capítulo que los partidos deben ser juzgados en la libertad, y no bajo la opresión bárbara de la intransigencia, del partidismo y del despotismo de la fuerza. Y aquí está el error de los constitucionalistas, en el que perseverarían en vano. Creen que disuelto el par-

tido blanco-nacional, hoy perseguido, ellos que no lo són podrían llegar á formar un gran partido; pero no quieren comprender que el día que fueran una agrupación respetable como el partido blanco, serían igualmente perseguidos por los explotadores del poder. Sería entonces el caso de disolver ese constitucionalismo para por idénticas razones formar otro nuevo; tela de Penélope que llegaría á terminarse, cuando á nuestra patria le hubiesen chupado hasta las aguas del Río de la Plata.

CAPÍTULO LVIII

La necesidad de los partidos

Un notable publicista moderno ha dicho: «Es uno de los peo-
« res accidentes políticos, el que los partidos no estén divididos
« más que en partidos del poder ó en partidos de fuera del po-
« der». «En esas condiciones—agrega Lieber—no es difícil que
« se conviertan en facciones». Gran verdad, y fué lo que les pasó á los constitucionalistas, que impotentes para formar una facción de lucha, se abrazaron en un repugnante abrazó sin escrúpulos con la facción del poder, acaudillada entonces por Santos, y se refundieron con ella, disolviéndose en el oficialismo.

Ese mismo publicista se pregunta: «¿Ha existido alguna vez
« ó durante alguna época, UN PAÍS LIBRE sin partidos?» Y se contesta: «Ni en el mundo físico ni en el mundo moral puede
« obtenerse nada proficuo sin lucha, y ella supone necesaria-
« mente dos fuerzas, dos elementos, dos partidos».

« Y luego ese mismo notable publicista vuelve á preguntarse: Es posible SUPONER LA EXISTENCIA DE UN PAÍS LIBRE sin
« partidos?» Y se contenta categóricamente de este modo: «SIN
« PARTIDOS ES IMPOSIBLE LA EXISTENCIA DE LA LIBERTAD CI-
« VIL».

Los nuevos pseudo-reformadores, sin embargo, trinan cont

los partidos permanentes, y dicen que la causa del fracaso estrepitoso del círculo constitucionalista fué el error de pretender darle carácter permanente cuando nosotros creemos que fué su falta de moralidad. La verdad es que no caemos en qué clase de carácter podía dársele á un círculo como el constitucionalista, que durante su mísera y breve vida transitoria, no hizo más que buscar la fusión con el poder usurpador, y acabar por refundirse con él y sancionar todos los escándalos, fraudes, arbitrariedades y atropellos del peor de los partidos permanentes del país, convertido en facción sin más norte ni propósito que conservar á todo trance el gobierno con que lleva la nación á la bancarrota, y explotar los beneficios y el sensualismo del poder, con la autorización que dán la inmoralidad, la falta de patriotismo y de escrúpulos, y la ambición negra y desenfrenada.

Todos los pueblos grandes y respetables que han llegado á un alto grado de civilización, de progreso, y de libertad civil y política, han contado en su seno dos grandes partidos que han sido los motores activos y eficientes de su felicidad y de su grandeza. Mientras aristócratas y demócratas lucharon en la plaza pública con las armas de la ley y de la razón, Grecia fué grande, y solo se hundió cuando el despotismo sofocó los debates de los ciudadanos. Desde un escaso barrio se adelantó Roma á la conquista de la Italia, de la Europa y del mundo, mientras patricios y plebeyos lucharon ardientemente en el terreno del derecho por las libertades y las instituciones de la República, y su grandeza se convirtió en un foco de miserias que habían de concluir con el derrumbe del coloso, cuando la corrupción y el despotismo suprimieron los partidos permanentes. La Inglaterra se ha hecho grande desde que al amparo de una constitución arrancada al régimen absoluto ha visto desarrollarse en su seno dos grandes partidos permanentes, torys y whigs, que se combaten con vehemencia sin jamás llegar á las manos, y que se suceden en el poder sin conmoción alguna del país y sin que el vencedor pierda en lo más mínimo el respeto debido al vencido temporario.

La Francia durante el absolutismo no tuvo partido permanente, tuvo en cambio las alhajas de los Luis XIV y los Luis XV; pero desde la gran revolución francesa se formaron como partidos permanentes el monárquico y el republicano, de cuya lucha legal resultó la república del 48 y la definitiva actual, cuyo triunfo fué retardado por las transacciones, las debilidades y las componendas de la monarquía usurpadora de los Orleans y los imperios napoleónicos; quedando nuevamente como partidos permanentes y en luchas franca y abierta la monarquía y la república; de lo cual resulta el progreso, la vida y la fiscalización como en la cuestión de Panamá, en la cual los manárquicos creyeron encontrar una nueva base para su triunfo, y con la que los republicanos se proponen afirmar la superioridad y la firmeza de sus instituciones. La España caía en manos de Fernando VII, de Espartero y de Narvaez, mientras no contó con partidos de principios definidos y permanentes; y se ha elevado á un alto grado de progreso político, precursor de una realizable República, desde que cuenta en su seno al partido conservador de Cánovas, y al liberal de Sagasta, con carácter de partidos permanentes, y que á semejanza de lo que pasa en Inglaterra, se suceden periódicamente en el poder, sin que la España sea ahora presa de las guerras civiles que la asolaban durante el absolutismo, sin libertad, sin luchas legales y sin partidos. Los Estados-Unidos, esa República coloso, cuenta con dos únicos y grandes partidos permanentes que se suceden en el poder hasta con solo cuatro años de alejamiento, sin que jamás un Presidente se atreva ni á proponerse imponer un sucesor; partidos á los cuales se plega la parte neutral del país en casos dados, según sus procederes, su honradez y sus títulos á la consideración de la nación.

Nosotros, según los nuevos propagandistas no debemos proceder con arreglo á esos respetables ejemplos. Debemos proceder como lo hacen la Rusia y la Turquía, donde no hay partidos permanentes.—Debemos destruir lo poco bueno que nos queda, para que en nuestro país el caos sea mayor y más

absoluto; y después de veinte y ocho años de la dominación exclusiva de una facción cuando su propia corrupción á la vez la anarquiza y la une, cuando su propio desgaste es el único lazo que le queda y que estrecha con la base de la fuerza bruta; entonces el país debe contribuir también á mantener esa inmoralidad, esa funesta monarquía militar corroída en sus elementos dirigentes; desorganizando, destruyendo, anatematizando y sepultando bajo el séptimo suelo la única fuerza cívica, la única organización popular y digna qne nos queda, la única esperanza del patriotismo.

Después que un partido político ha dominado el país durante veinte y ocho años, lo ha arruinado demostrando que no tiene condiciones de gobierno, y que no puede gobernar solo, conservando la iniciativa y la dirección de los negocios públicos, es justo, es patriótico, es un deber desear y hacer lo posible en cualquier terreno porque ocupe la escena política el partido que en el país tiene condiciones y títulos para reemplazar por algún tiempo al partido gastado por el uso y el abuso del poder; y esto seguramente se realizaría hoy sin conmociones y sin alarmas para nadie después de veinte y ocho años de desgobierno de una sola facción; si en vez de haber ahogado las luchas legales, y haber trabajado tantos á una por la extinción del partido blanco, vale decir por un imposible, hubieran trabajado por la coexistencia legal de las colectividades políticas, por su educación, su respeto mútuo y su cultura; y entonces en vez de haberse esterilizado lamentable y criminalmente esos veinte y ocho años, nuestro país en cuanto á progreso político se encontraría hoy casí á la altura de los más civilizados de la tierra.

Hasta el mismo Rivera, en su ignorancia pero en su astucia, comprendió cuando su primera presidencia que un año más de gobierno suyo acabaría por arrojar el país por la ventana; y si no apoyó, no se opuso al menos á aquella gran manifestación de opinión del país entero que llevó á Don Manuel Oribe á la Presidencia de la República—Solo cuando vió restablecido el

crédito, salvado el país, y encaminadas debidamente las cosas, fué cuando se atrevió á levantar en malhora en las cuchillas, el funesto pendón de su criminal revuelta.

CAPÍTULO LIX

Las injusticias de los pueblos

Los pueblos destinados á engrandecerse en la historia, han honrado siempre y han sido justos con sus grandes figuras nacionales. Así procedió Roma en los buenos tiempos de su República; y llegó á ser el coloso de la antigüedad. Así ha procedido entre otros de los pueblos modernos el de los Estados-Unidos, que otorgó por dos veces la presidencia á Washingtón y ha sabido en todos tiempos honrar sus grandes y esclarecidos varones. En cambio la Grecia, llena de inteligencia, de inspiración, de sabiduría y de condiciones; destinada á perderse tal vez por esos mismos procederes injustos fué lo más injusta y desagradecida con sus grandes y eminentes ciudadanos. Hizo morir al gran Milcíades en la prisión; lanzó al ostracismo á Temístocles por ser grande; desterró á Arístides por ser justo; expatrió á Cimon por ser patriota; hizo beber la cicuta al virtuoso Sócrates y á su libertador Filopemen; y condenó á muerte, le negó la sepultura, y arrojó lejos de sí los restos del austero Foción, que una piadosa mujer recogió y se dispuso á guardar en su hogar, según decía: « hasta que los atenienses recobrasen la razón ». Semejante conducta arrastró á la antigua Grecia á la decadencia, á la esclavitud, á la nulidad y á la muerte.

Nuestro pueblo es de ayer, y con esos ejemplos á la vista, ha preferido seguir el camino de la Grecia, en vez de seguir el de los que honrando á sus grandes próceres se honran á la vez á sí mismos. Quieren á más nuestros escritores y nuestros propagandistas que la historia los ayude en su antipatriótica tarea

haciéndola cómplice de sus calumnias y diatribas; y convirtiéndola en un nuevo Saturno, pretenden que sin piedad, sin amor y sin justicia, se devore cruelmente á sus propios hijos.

Andresito es uno de nuestros héroes nacionales, uno de los patriotas de la edad heróica de nuestra patria, que lejos de haber recogido para sus baladas y sus romances la memoria de lor rudos combatientes de los orígenes de su independencia, como han hecho todos los pueblos civilizados, conservando la faz patriótica de sus más primitivos y toscos guerreros, apenas si conserva su recuerdo; y si sus nombres resuenan entre la inocencia de los niños en las escuelas nacionales, es para lapidarlos, para anatematizarlos y para condenarlos en aras de la satisfacción de las extraviadas pasiones de una propaganda partidista, exclusivista é intransigente. Andresito luchó heróicamente por su patria oriental en las Misiones, cuando éstas todavía no habían sido vendidas al Brasil por don Andrés Lamas; y bravo prisionero de guerra, murió envenenado en una fortaleza del Imperio, por valiente, por desinteresado, por abnegado, por libre, por independiente y por patriota.

Artigas, la gran figura de nuestra primera independencia que á grandes rasgos hemos descrito en la parte primera de este libro, mereció por premio de su patriotismo y de sus esfuerzos la intriga, la traición, el ostracismo, y la calumnia de un círculo exclusivista, porque no se sometía á sus designios, ni aceptaba la monarquía europea para los pueblos valerosos del Plata. La nueva propaganda pretende perpetuar esa irritante injusticia histórica; pero la luz completa se hará al fin sepultando esas desgraciadas pretensiones en el olvido. No desconocemos la importancia de la participación del pueblo en los hechos gloriosos; pero no está la verdad en los extremos. ¿Qué pueden hacer los pueblos sin jefes que los dirijan? ¿Qué son los mejores y más bravos ejércitos con un General inepto y tonto á su frente? Que lo diga *La Verde* donde un comandante con un puñado de guardias nacional s derrotó el grande ejército de Mitre. Si grande es la gloria, la perseverancia, la abnegación y

el patriotismo del pueblo oriental, ¿se le pueden negar esas condiciones y esos títulos á la gratitud y al recuerdo de sus compatriotas al gran jefe que enardeció en los orientales esas condiciones propias y que los dirigió en la victoria, ó en el sacrificio inevitable pero heróico glorioso é inmortal?

Lavalleja tuvo la honra y la gloria de acaudillar un movimiento patriótico que fué la admiración del mundo, y que en cualquiera parte se le hubiera agradecido de la manera cívica más expresiva y más solemne. Lavalleja fué vencido en su candidatura á la primera presidencia del país que acababa de libertar, por un servidor sincero y decidido del Imperio, que se comprometió á servir á la revolución cuando cayó preso con las armas brasileras en la mano, y lo ofreció así por temor de que se le cobrase en su vida los delitos cometidos con sus compatriotas. A poco Rivera dió principio á sus nuevas infidencias y á sus intrigas en favor del Imperio, y fué desterrado mucho antes de Ituzaingó en cuya batalla no estuvo; fué llamado á juicio por el Gobierno de Buenos Aires, y no se atrevió á comparecer reconociendo la gravedad de sus culpas con respecto á la empresa republicana de los patriotas, y solo halló amparo en las compadradas del caudillo López, á quien traicionó aprovechando una ocasión para anticipársele y sorprender las inermes Misiones. Sin embargo una opinión archi-roja y partidista ha pretendido últimamente que se modifique el número de esos Treinta y Tres orientales patriotas, y que se cometa el sacrilegio de transformar arbitrariamente ese número en treinta y cuatro aumentándolo con el célebre Baron de Taenarimbó; lo que sería agregar á los Treinta y Tres orientales libertadores, las treinta y cuatro mil infidencias. Lavalleja vió en su derrota, la derrota del pueblo de sus sacrificios, y vivió pobre, olvidado y arrumbado, sin que jamás el pueblo oriental reparase en tan grande gloria, tan enorme injusticia.

Don Manuel Oribe desde que vistió la toga viril del ciudadano dedicó su vida entera á su patria. Combatió contra el realismo y el coloniaje con Artigas. Cuando iban á aband

nar el país los portugueses defendió á Montevideo contra los brasileros acaudillados por Rivera. Fué el principal propagandista, el alma y la dirección de la inmortal insurrección de los Treinta y Tres, de la cual fué el segundo jefe, y que nos dió patria, libertad é independencia. Fué el bravo y perseverante defensor de la independencia americana en el Río de la Plata, y sostuvo con resolución y patriotismo la resistencia heróica al establecimiento del protectorado francés en la República, levantando el derecho de la nueva nación sobre las intervenciones europeas. Hecha la pacificación, el que había dado el ejemplo del guerrero y del partidario, fué el primero en colgar su distintivo de guerra, y en dar el ejemplo del verdadero ciudadano, escrupulosamente respetuoso de la ley y de las instituciones, aún representadas por hombres y partidos que no eran de su credo político, respetando desde el llano la Constitución de la República, como lo había hecho cuando había sido su primer magistrado. En sus últimos años con todo desinterés, sin ambición personal de ningún género, ni aún siquiera de partido, sostuvo decididamente los gobiernos constitucionales con su apoyo moral y con la autoridad de su gran prestigio. Proclamó el acercamiento y la alianza de los partidos dentro de la Constitución y de las leyes; y como prueba de que á esas ideas no se las llevaba el viento, porque tenían base racional y sensata, produjo el pacto Oribe-Flores, que sellaba la alianza de los partidos y debía consolidar su unión bajo una presidencia imparcial representada por un eminente ciudadano dispuesto á no separarse un ápice de su elevado aceptable y patriótico programa de Gobierno. Oribe vió rodeado su lecho de muerte por sus cariñosos amigos que lo querían, y por muchos de sus adversarios que lo respetaban; y entregó su alma al Creador aconsejando á sus correligionarios que rodeasen siempre á los gobiernos legal y constitucionalmente establecidos. A ese grande hombre que había luchado medio siglo sin descanso y sin interrupción por el derecho y por los intereses constitucionales de su patria, ni siquiera se le dejó concluir

su presidencia modelo, á la cual como premio de sus servicios, y como esperanza de salvación de la nacionalidad, lo había llevado la unanimidad de la opinión pública. Más tarde personajes que no valían ni para haberle servido de asistentes lo calumniaron y hasta le disputaron como buitres los solemnes honores de la tumba; y hoy otros por el estilo pretenden otro tanto, y se esfuerzan inútilmente por empañar la gloria inmarcesible de su memoria.

Leandro Gómez hizo una defensa inmortal y realizó hazañas que trasponiendo las fronteras de nuestra patria fueron la admiración del mundo entero. Su sacrificio patriótico no mereció ni siquiera el apoyo oficial de la ceguedad y de la ambición estupída del Presidente D. Atanasio Aguirre que esterilizó é hizo ineficaces la decisión y los buenos propósitos patrióticos de su honorable ministerio; y que le enviaba al héroe fulminantes de pistola cuando éste se los pedía de fusil para defender la independencia de la patria, y cuya inepcia fué incapaz de prevenir la ignominiosa traición de D. Tomás Villalba. Sus enemigos no fueron menos injustos y crueles con el héroe glorioso de Paysandú, convirtiéndose en sus sangrientos verdugos, incapaces de comprender en su barbarie todo lo sagrado y todo el honor que encerraba la conservación de semejante prisionero de guerra.

Don Juan Francisco Giró, prócer ilustre, magistrado reparador, serio, imparcial y patriota, acertadamente elegido Presidente de la República cuando la pacificación, es detenido en su obra de reconstrucción nacional, y derrocado del Gobierno por la criminal revolución del 18 de Julio. Los nuevos pseudo-reformadores no se entienden; se asocian á ese motín, y no se asocian. Lo condenan, como no pueden menos que hacerlo; pero en parte lo justifican ó al menos lo disculpan, desde que niegan el acierto indiscutible de la elección de Giró. Dicen que debió ser elegido don Manuel Herrera y Obes, el de las coalisiones con el Brasil y el de los tratados. ¡Misericordia! ¿Y por qué no había de ser más bien su congénere, don Andrés Lamas?

Don Bernardo Berro, modelo de Gobiernos, administrador intachable, organizador correcto, político imparcial, no pudo llevar adelante el progreso nacional iniciado y que se desarrollaba con gran fuerza, porque una revolución injustificable y criminalmente aliada con las armas y banderas extranjeras, lo detuvo en lo mejor de su camino. Derribadas las leyes y las instituciones, y aherrojado su país por una tiranía dictatorial, el ilustre repúblico creyó de su deber lanzarse á la revolución de un día en la Capital de la República. Flores murió en la calle á consecuencia de una revolución; pero Berro murió asesinado en manos de las autoridades triunfantes que acababan de sofocar la revolución, y que en vez de entregarlo á sus jueces naturales, lo ultimaron en la cárcel pública, en los bajos de la casa en cuyos altos se sientan algunos de sus hijos á título de representantes del pueblo.

La nueva propaganda se ensaña con el General Timoteo Aparicio porque dice que cometió errores en su vida caballeresca y generosa de medio siglo de luchas y de sacrificios desinteresados por la patria, identificada con la causa de sus convicciones. Es verdaderamente original el ensañamiento con el error tratándose de un ser humano, y máxime cuando solo uno del cual él no es el único responsable, es el que le encuentran los reformadores para pretender anatematizarlo.

Se habían equivocado antes que él, se equivocaron entonces, y se han seguido equivocando después los predicadores de la moral austera del deber, los propagandistas de los inflexibles principios políticos del derecho, los apóstoles de las más avanzadas doctrinas constitucionales, que hacen buenas las más escandalosas elecciones surgidas del más escandaloso fraude, y que proclaman administraciones morales á las que como la actual nos coloca al borde del abismo; y exigen que en su larga vida de patriota no cometa un error el caudillo escaso de instrucción que los sucesos colocaban en el momento del tal error en la condición de única garantía de muchos de sus correligionarios de campaña. Pero vamos á cuentas. Aparicio,

viejo y buen servidor de la patria había acaudillado la revolución más popular y más justa que se ha desarrollado en el país, alcanzando su jefe un prestigio inmenso que no compartía con ningún otro caudillo. Derribada por el motín militar del 75 la aceptable situación mixta producida por esa gran revolución, el partido nacional ofrece al Presidente su apoyo para restablecer el orden constitucional, y su caudillo pone á su disposición su concurso decidido y su prestigio para realizar tan patriótica obra. D. José Eduviges Ellauri rechaza el contingente popular, y el caudillo queda sin bandera. El Gobierno propone la pacificación bajo las mismas bases anteriores, la promesa del respeto al pacto de Abril, y el caudillo de acuerdo con una parte importante de opinión transa y se desarma. ¿Era esto quedar comprometido á no tomar las armas cuando el patriotismo lo exigiese? No. Y aquí es doblemente pérfida la proyección de la intriga de los conservadores. Estos estaban interesados en dividir al partido blanco, y cuando los preparativos de la revolución tricolor en vez de atraer el caudillo á su causa, habiéndoseles puesto que no tenía verdadero prestigio, y queriendo levantar á Munis porque se prestaba á sus propósitos, como acabó de demostrarlo haciéndose constitucionalista, empezaron á emplear la táctica de atacar á Aparicio, á fin de asegurarse la división de nuestro partido; y llegado el momento del gran escándalo ostensible, en vez de procurarse la alianza del General Aparicio, hicieron escribir imprudentemente por uno de sus correligionarios un manifiesto infamante, titulándolo desde el epígrafe: «*El tránsfuga de todos los partidos.*» ¿Dónde estaba el tránsfuga? Y en cuanto á lo de todos los partidos, Aparicio jamás perteneció mas que á uno; y cuando lo sorprendió la muerte, aunque viejo y enfermo, se estaba disponiendo para anticipar la protesta que se llevó luego á cabo, y pereció más tarde en el Quebracho. Si á pesar de recordar todo esto los nuevos propagandistas siguiesen majadereando con el error de Aparicio, habría que reconocer que sus espíritus están dominados por la proverbial tenacidad vizcaina.

Hemos recordado como muestra las antedichas injusticias de nuestro pueblo con meritorias personalidades, porque eso constituye un defecto público contra el cual conviene reaccionar, y para demostrar á los propagandistas que tienen en la propaganda que tienda á la reacción contra ese lamentable error, un tema simpático para sus esfuerzos, pudiendo en consecuencia apartar sus tiros de los únicos puntos á que hoy los dirijen: las grandes figuras de nuestra historia, y el gran partido blanco-nacional.

CAPÍTULO LX

Blancos y Colorados

No está la salvación del país como creen erróneamente algunos en la disolución de los partidos tradicionales, sinó en obtener campo, luz y libertad, para que estas dos grandes agrupaciones puedan cumplir con el imperioso deber que les impone el patriotismo en las angustiosas circunstancias por que atravesamos. Y si el partido colorado, que jamás ha evolucionado ni nunca se ha modificado, quiere continuar sirviendo de cortesano de los Ejecutivos fuertes surgidos de su propio seno, á título de conservar incólumes las tradiciones exclusivistas y rencorosas de la defensa; el partido blanco-nacional será suficiente por sí solo para levantar nuevamente con vigor la bandera constitucional de la libertad y del derecho, siempre que se le dé para ello espacio legal dentro de las instituciones nacionales.

Es á eso á lo que debemos tender. Nos hallamos en el caso de esos países monarquizados y corrompidos, en los cuales el partido republicano trata de reemplazar el absolutismo corruptor, por la liberalidad y la honradez de las instituciones de la república. Aunque no combatamos el ejército permanente como institución, es imposible admitir su descarada intromisión en los

detalles más importantes de los negocios públicos, ni su extraordinario y enorme presupuesto de guerra que consume y devora las rentas de la nación. Con este gobierno de partido no puede tener lugar la elección de un presidente blanco, dicen los reformadores; y agregan: es preciso disolver los partidos; aunque no se atreven á asegurar que en ese caso los gobernantes serían elegidos indistintamente en las diferentes agrupaciones políticas. No, lo que sucedería es que, (lo que no es posible) disuelta la única colectividad controladora, la corrupción sería aún mayor, si cabe, que la existente; como sucede en casi todos los países sin partidos. Si no puede haber un Presidente blanco, es que dado el estado de cosas actual y la ingerencia del ejército en la elección de Presidente, no solo no puede tener lugar la elección de un Presidente blanco, sinó que tampoco la de un colorado honorable, dispuesto á romper con la sinrazón, los abusos y los escándalos. Es cierto que con el régimen actual lo que se quiere ante todo es conservar al tope el color de la vincha; pero también se quiere con igual empeño conservar las ventajas de las posiciones hechas lucrativas por la inmoralidad; y de ahí que solo puede llegar aparentemente al pináculo del poder el que, aunque colorado, vaya bien ligado por terribles compromisos de partido, de camarilla, y de subordinación á indignas aparcerías, que reducen la antoridad de un Presidente á la de un apoderado general de negocios agenos.

¿Qué es lo que distingue á un blanco de un colorado? se pregustan con toda inocencia los nuevos pseudo-reformadores parodiando al picarón de don Andrés Lamas. ¡Pues no es nada lo del ojo! La diferencia consiste en que los blancos han hecho práctica la Constitución, y los colorados la han hecho trizas á balazos—En que los blancos quieren hoy el reinado de la Constitución, y á los colorados se les dá un bledo de la cosa. En que los blancos son los que hacen revoluciones como la de Aparicio, y los colorados los que sostienen gobiernos como el de Batlle. En que los blancos son los que se sacrifican el 10 de Enero por la libertad de sufragio, y los colorados, los que los asesinan

creyendo asesinar en sus personas esa misma libertad de sufragio —En que los blancos producen situaciones aceptables y mixtas como la de Ellauri, y los colorados las echan abajo—En que los blancos se levantan para sostener la legalidad, y los colorados de Ellauri prefieren verla derrocada y la patria perdida por mucho tiempo. En que los blancos han hecho práctica la moralidad administrativa, y los colorados no han administrado jamás debidamente. En que los blancos reclaman y desean hoy buenas administraciones, y los colorados están muy conformes con las suyas que á pesar de sus escándalos justifican y sancionan con su aprobación y su concurso. En que los blancos quieren gobierno de instituciones, y los colorados se encuentran muy tranquilos y muy bien hallados con sus gobiernos absolutos. En que los colorados hacen y aceptan los onces de Ocubre, y los blancos los sufren y los condenan. En que los blancos desaprueban á los asequibles, y los colorados los aceptan, los agasajan y los justifican. En que los blancos componen un partido fuerte, robusto y siempre joven, que es continuamente rejuvenecido por el contingente de las nuevas generaciones, un partido que tiene antecedentes de probidad, de orden, de respeto á las instituciones y de patriotismo, que inspiran confianza al país y lo habilitan para reclamar le sean respetados los títulos á la consideración pública que tiene ganados en todos los terrenos con sus esfuerzos, sus servicios y sus sacrificios patrióticos; un partido con un programa progresista, sostenido por el entusiasmo de millares de honrados ciudadanos, un partido glorioso é histórico, circunstancia á la que atribuyen los mejores publicistas modernos gran superioridad sobre los partidos transitorios; un partido que tiene razón lógica y sensata de ser, porque con una amplia bandera no ha visto aún como fruto de sus últimas luchas la realización de sus propósitos patrióticos y de sus progresistas ideales, á causa de la imposición descarada, sangrienta, usurpadora y tiránica de la fuerza bruta. Mientras tanto, los colorados se empeñan en sostener un partido gastado por el ejercicio del poder, corrompido por su escuela

riverista y sus abusos incalificables, por sus tiranuelos y sus caricatos; y que á pesar de ser la fuerza, su apoyo y su sostén, se ha hecho suficientemente sofista para pretender hacer creer que dá participación en la cosa pública al partido blanco-nacional, porque un grupo de asequibles oriundos de nuestro partido, comparte sus desaciertos y sanciona sus inmoralidades. Con ese sistema de mistificación, de usurpación y de bandería llevan la nación á la bancarrota, despueblan el país, ciegan las fuentes de su riqueza, y como los sombríos tiranos del Egypto, acabarán por reinar sobre los campos yermos y las ciudades deshabitadas, sin más estruendo que el de su orgía política en medio del silencio de las tumbas.

CAPÍTULO LXI

El programa de 1872

El programa nacionalista de 1872, ó sea la hermosa manifestación de principios y propósitos de nuestro gran partido, escandalosamente plagiado después por el constitucionalismo y abultado con palabras inútiles y frases hinchadas para mejor violarlo y escarnecerlo en el terreno de los pasmosos hechos constitucionalistas, es también objeto de crítica por parte de los nuevos propagandistas reformadores, en su afán de combatir todo partido permanente por bueno que sea; cuando precisamente esa circunstancia es la que da libertad, fuerza, vida, progreso, y decencia política á la primeras naciones civilizadas del mundo.

Nuestro programa principiaba diciendo con toda razón política y con toda verdad histórica:

« Colocado el país desde 1865 en una situación irregular y
« violenta, creada por el régimen dictatorial inaugurado en
« aquella época, y agravada esa situación bajo la administra

« ción del general don Lorenzo Batlle, que *gobernando con su*
« *partido y para su partido,* llegó á hacerse intolerable aún
« para sus correligionarios políticos, el partido nacional se vió
« forzado á tomar las armas con el designio de llegar cuanto
« antes á la reconstrucción de los poderes públicos, bajo el im-
« perio de la Constitución y de las leyes.

« En las diversas tentativas que se hicieron á fin de poner
« término á la guerra civil que fué necesario mantener para
« alcanzar ese propósito, el partido nacional ha comprobado
« por sus declaraciones y por sus actos que colocaba sobre
« toda otra aspiración, la noble y patriótica aspiración de buscar
« el restablecimiento del orden contitucional en la franca y leal
« apelación á la soberanía popular.

« Desgraciadamente el tardío reconocimiento por parte del
« gobierno del general Batlle del propósito funesto que ence-
« rraba su programa político, los intereses ilegítimos vinculados
« á su administración y las antiguas pasiones de partido aviva-
« das durante la lucha, hicieron imposible la alta solución de
« principios que todos los buenos ciudadanos anhelaban.

« Después de grandes dificultades en que se puso á prueba
« el patriotismo y el desprendimiento de los ciudadanos en
« armas del partido nacional, cúpole por fin al gobierno actual
« la suerte de firmar el Convenio de Paz, aunque mutilado en
« una de sus cláusulas más esenciales.

« El Convenio de Paz no ha podido satisfacer completamen-
« te las más altas aspiraciones del patriotismo; pero el partido
« nacional ha salvado su responsabilidad pugnando por la más
« ámplia y legítima salución, hasta donde era conciliable con
« los sufrimientos del país y con la seguridad del Estado.

« Con todo, si la Convención de Paz, en los términos en que
« ha sido ajustada, no es el mayor bien que pudo hacérsele
« al país, ella le ha evitado la gran calamidad de la prolonga-
« ción indefinida de la guerra civil y ha abierto á todos los par-
« tidos el terreno de las luchas pacíficas y legales.

« Decidido por su parte el partido nacional á ejercitar sus de-

« rechos y á cumplir los deberes que la convención le impo-
« ne, confiando en que los depositarios del poder público lle-
« narán el compromiso especial y solemne que han contraido,
« de garantir á todos los ciudadanos el libre ejercicio de sus
« derechos políticos, persiguiendo y evitando todo fraude y
« toda coacción—el Club Nacional de Montevideo levanta co-
« mo bandera electoral para los próximos comicios y como
« vínculo de unión entre sus correligionarios políticos, la si-
« guiente declaración de principios y propósitos, á cuyo triunfo
« consagrará sus esfuerzos.»

Sabido es con qué sistema de escándalos electorales y de desenfrenado cinismo se garantió á todos los ciudadanos el libre ejercicio de sus derechos políticos; llevando la burla sangrienta por los derechos del pueblo al extremo de hacer chacota con las augustas funciones electorales, respetadas con veneración en los pueblos libres; y tachar á los primeros capitalistas y propietarios del país por falta de domicilio, y á respetables ancianos de nuestro partido por no tener la edad requerida por la ley. Haciendo válidos esos sarcasmos de los jueces partidistas, y sancionando esa corrupción sin igual, fué como las autoridades snperiores y los hombres dirigentes del partido colorado titulado de la libertad, evitaron y persiguieron toda coacción y todo fraude.

El documento de nuestro partido decía y dice:

«El Club Nacional admite como un principio fundamental
« de libertad y de justicia, la coexistencia de los partidos que
« buscando su influencia y preponderancia por los medios le-
« gales, aspiren á dirigir los destinos de la República.»

El partido colorado y los gobiernos autoritarios surgidos de su seno y engendrados por sus ideas, antecedentes y apetitos, no han buscado ni admitido jamás la coexistencia de los partidos que buscan su influencia por los medios legales; el único que lo ha hecho en nuestro país ha sido el partido blanco-nacional y ha sido mirado siempre con recelo por los gobiernos colorados, que han contrariado y sofocado contínuamente el

ejercicio de esos medios legales. La existencia y la razón de ser de nuestro gran partido está una vez más justificada. Tiene que tratar de hacer prácticos sus derechos, y una vez hechos prácticos sus derechos, tendrá que hacer prácticos sus propósitos. Sólo entonces podría juzgársele y podría decirse con justicia si tiene ó no razón de ser. Dados sus antecedentes y su espíritu, bien se comprende que nuestro partido será en el futuro como lo fué en el pasado; la salvación de la patria.

Con motivo de lo antedicho nuestro programa continúa:

« Como consecuencia de esta declaración, sostendrá *para*
« *sí* y *para los demás* á la par de las garantías individuales
« que la Constitución consagra, la libertad de la prensa, la li-
« bertad de asociación y de reunión, la libertad del sufragio.»

Los gobiernos de fuerza del partido colorado han sostenido para sí y en su exclusivo provecho, pero jamás han sostenido ni para su partido y mucho menos para los demás, las garantías individuales que la Constitución consagra; jamás ha existido bajo su dominación la verdadera libertad de la prensa; la libertad de reunión ha sido una tolerancia nunca puesta á prueba, pues á nuestras reuniones se han esforzado en asistir también sus socios, los asequibles; tomando de ahí base ambos, gobierno y asequibles, para el sofisma, la mistificación y la usurpación, que ha dado lugar á una pretendida representación del partido en las esferas oficiales de administraciones corrompidas y corruptoras; representación mil veces negada, protestada, desconocida y condenada.

Y para afirmar la paz y la felicidad de la República nuestro programa:

« Considera que solo el respeto recíproco de estos derechos
« primordiales puede desarmar á los partidos, convirtiéndolos
« definitivamense en elementos solidarios del progreso y feli-
« cidad de la República.»

El primero de esos respetos recíprocos es la libertad de sufragio, es el reconocimiento en los ciudadanos y en los partidos del derecho de depositar la manifestación de su voluntad en

las urnas electorales; empresa y labor en la que nos encontramos empeñados todavía, porque los gobiernos de fuerza que el país viene soportando, celosos de una minoría independiente bien elegida, prefieren mantener nuestra República en el estado político de la Turquía por medio de la monarquía militar que como régimen político vienen robusteciendo, y que pesa como abrumadora capa de plomo sobre los debilitados hombros de nuestra desgraciada patria.

Los nuevos pseudo-reformadores citan unos párrafos de otros tiempos del ministro Bauzá en los cuales pretende retratar á los partidos tradicionales. Ahí está la gran injusticia, querer igualarlos. Ahí está el gran error, querer atribuir á los dos las culpas de 28 años de uno solo. Ahí está la gran ceguedad, no querer ver las diferencias que los distinguen y que los mantienen; sin lo cual, por cierto, no existirían, sin necesidad de disparates de reformadores, ni despropósitos de estrafalarios propagandistas.

Decía Bauzá, citado por los reformadores:

« ¿Existen entre nosotros partidos? »

« ¿Existen acaso esas asociaciones políticas, con programas
« definidos, con aspiraciones lógicas, que buscan en la lucha
« legítima del sufragio; de la prensa y de la tribuna, la solución
« de las cuestiones trascendentales que afectan á los intereses
« del país.—No!»

¡Sí! y ¡Sí! decimos nosotros. Existe uno, que es el partido blanco-nacional, que se encuadra perfectamente en las condiciones trazadas por el escritor Bauzá. Nuestro partido tiene ese programa definido que él exige de un verdadero partido político; tiene aspiraciones sobradamente lógicas, como lo es la de querer intervenir legalmente en la dirección de la cosa pública, desde que constituye la gran mayoría del país, y como lo son las demás aspiraciones legítimas que forman su credo, su ideal y su programa; y que puestas en práctica harían fuera de duda la felicidad de la nación. Y ha buscado y busca en la lucha legítima del sufragio, de la prensa y de la tribuna

sobre todo del sufragio; «la solución de las cuestiones tras« cendentales que afectan los intereses del país». Esto es innegable, y no puede ser desconocido allí donde la verdad se haga lugar apartando el descaro del más escandaloso sofisma. El señor Bauzá, tal vez sin quererlo, ha justificado á nuestro partido; éste tiene todas las condiciones que él exige de un partido político; el partido colorado no tiene ninguna de ellas, como lo ha demostrado y lo sigue demostrando con sus gobiernos nefandos, y con sus dolorosos y sangrientos hechos.

La corroboración de lo que dejamos dicho se encuentra en el párrafo del mismo Sr. Bauzá que sigue al mencionado, y también transcrito por los reformadores. Dice así:

« Entre nosotros solo existen dos bandos armados, irreconciliables, impíos, cuyas exhibiciones teatrales en la escena « política harían reir, si cada uno de sus sainetes no costara « un mar de sangre. »

Indudablemente en esas líneas está bien retratado el partido colorado. Es un bando, sin más preocupación que la conservación del poder, y los provechos que de él saca. Y es un bando armado, irreconciliable, impío, como dice Bauzá, cuyos sainetes cuestan efectivamente un mar de sangre; y lo peor es que no podemos saber cuánto nos costará todavía.

Esas mismas líneas justifican también al partido blanco-nacional, que no es un bando, sinó un partido progresista, que ha evolucionado, que está desarmado, mientras el colorado se arma hasta los dientes á costa de la nación; y que ha proclamado en su programa lo que dejamos transcrito: « que el respeto recí« proco de los derechos de los partidos es lo único que puede « desarmarlos, convirtiéndolos definitivamente en elementos so« lidarios del progreso y felicidad de la República».

Y Bauzá agrega acerca de los partidos: «Cómicos de la legua, « que bailamos alrededor de un fogón, en el lúgubre banque« te de los muertos». ¡Ea! ¡Alto ahí! que no son iguales la víctima y el verdugo! En Paysandú, en la revolución de Aparicio, en la Tricolor, en el Quebracho, y á más en todos los esfuerzos

legales, y cívicos, que pacíficamente se han venido haciendo por encarrilar el país, los blancos no han bailado alrededor de ningún fogón, en el lúgubre banquete de los muertos. Ha bailado sí en ese tenebroso banquete el partido colorado en Paysandú, en la Florida, en el Sauce, en el 10 de Enero, en Guayabos, en el Quinto, en Paso Hondo, en el once de Octubre, etc. etc. etc. *Non facciamo*, pues, *confussione*. Habla también el Sr. Bauzá de banderas extranjeras, y bueno es considerar que si el partido blanco jamás ha debido el poder al extranjero, el partido colorado lo ha debido repetidas veces desde la intervención francesa hasta la coalisión con el Brasil el 51; y que si hoy se sienta en el Gobierno de la República para arruinarla y cambiar de hecho su forma de gobierno por una despótica monarquía militar á la rusa y á la turca, lo debe á la bandera brasilera, que con sus armas y las de don Bartolomé Mitre, lo sentó en el poder para que se creyese dueño absoluto de la patria de Artigas y de los Treinta y Tres.

Considérese, pues, la equidad de Bauzá al equiparar uno á otro partido; y la justicia de los constitucionalistas al igualarlos, y condenarlos por igual en sus olímpicas sentencias, casi de tanto alcance como las ruidosas descargas de la carabina de Ambrosio.

Los nuevos pseudo-reformadores en su afán de atacar á nuestro partido, arremeten contra su programa y aunque lo reconocen políticamente liberal, lo llaman *capcioso*, sin demostrar por qué es tal cosa; limitándose á reproducir aquel párrafo en que entre otras cosas declara que: *no condena ni glorifica los partidos del pasado.* Lejos de haber en esas palabras nada de capcioso, ellas rebosan la más franca sinceridad, el más puro patriotismo y la más acertada disposición política. Los nuevos propagandistas no comprenden ó no quieren comprender que ese programa no fué hecho solamente para nuestro partido, sinó para nuestro partido y también para los que en adelante quisieran ingresar á él, viniesen de donde viniesen y sin preguntárseles inquisitorialmente lo que antes habían sido. Par

nuestros correligionarios era inútil imponer la glorificación ó la condenación de los partidos del pasado, porque la inmensa mayoría con una unanimidad, que según los reformadores rompe uno solo de sus miembros con motivo de su lógica especial y de sus profundos conocimientos históricos, la inmensa mayoría de nuestros correligionarios, justifica el pasado del partido blanco y condena los procederes del presente y del pasado del partido colorado. Pero el partido blanco evolucionando, convirtiéndose en blanco-nacional, se despojaba de la intransigencia de la época de la guerra grande, y abría á sus antiguos adversarios sus brazos y las puertas de su tienda, por si cansados de los errores del partido colorado querían pasar á cobijarse bajo la bandera nacionalista, como lo hicieron en otro tiempo D. José Gabriel Palomeque, los Pereira, el general Medina, el coronel D. Martin Aldecoa, y otros ciudadanos desengañados de la falta de seriedad, de honorabilidad y de cordura de su primitivo partido político.

El partido colorado no ha procedido así. Para él, el que no está con él es su enemigo. Y continúa aferrado á sus viejas tradiciones de partido y de guerra, é invoca aún hoy las tradiciones extranjeras de la defensa; que en buena é imparcial crítica histórica son, á pesar de la novela política, inconvenientes y antipatrióticas, pues entrañan la justificación de la intervención y del protectorado extranjero, con mengua de la dignidad nacional, y grave peligro de la independencia de nuestra patria.

Es indudable que se puede ser nacionalista y no aceptar la parte primitiva de nuestro partido; pero esa conducta que está liberalmente autorizada en nuestro programa, es semejante á lo que sucede en todos los partidos serios del mundo. Se puede hoy ser republicano en Francia sin aceptar las tradiciones republicanas de la revolución francesa ni aún las de la república del 48; pero desacierto sería pretender desconocer que el partido republicano francés y la República actual nacieron de aquellos movimientos que despertaron el espíritu democrático, y de los cuales es

la continuación y el coronamiento obtenidos por los anteriores ensayos y esfuerzos—Es regla general que en todo partido político amplio y liberal, se puede aceptar su historia desde la fecha histórica que á cada cual le plazca. Nuestro programa quiso ser más franco, y lo expresó así, preocupándose únicamente de reunir fuerzas para las luchas que han de preparar el porvenir; pero sin desconocer por eso que ese partido que se daba un programa, tenía progenitores, y sin ocultarse tampoco el hecho de que la inmensa mayoría de sus afiliados tenía su corazón en el pasado y dirigía su inteligencia al porvenir.

Solo los legitimistas que aceptaban el derecho divino estaban por eso obligados á aceptar toda su historia desde su primera dinastía, porque no era posible admitir dentro de esa doctrina que el cielo había dado el derecho de gobernar á unos reyes y se lo había negado á otros de la misma rama, que según los cortesanos ocupaban también el trono *por la gracia de Dios*. Pero esta misma lógica, teórica, doctrinaria y partidista, que no admitía observación, tuvo que hacerse pedazos en el terreno de la práctica, y un realista tan convencido y distinguido como Chateaubriand tuvo que declarar en la Cámara de los pares sin dejar de ser legitimista: « No creo en el derecho divino de los reyes, « pero sí en el poder de las revoluciones y de los hechos ».

La nueva propaganda pseudo-reformadora cita regocijada y subraya las palabras con que nuestro programa *condena todo esfuerzo que tienda á la organización ó perpetuación de partidos ó bandos personales, de partidos exclusivistas y tiránicos que renovarían las calamidades de otras épocas, poniendo en peligro las conquistas, á caro precio alcanzadas, en favor de la libertad y del orden*. Es indudable que en esas palabras hay una recriminación moderada contra el partido colorado que el año 65 sustituyó con un bando personal y una dictadura de sable las conquistas á caro precio alcanzadas en favor de la libertad y del orden. Hay también como una invitación para que se aparte de tan ruinoso camino. Y hay la solemne declaración de que el partido nacional, partido de principios, condena l

organizaciones bajo el régimen personal, y promete no tolerar en sus filas ninguna personalidad tiránica y absorbente.

Si los reformadores han creído ver en esas palabras la condenación de la primera época del partido blanco, se equivocan grandemente; porque éste ni aún en tiempo de guerra organizó un bando personal, sinó que levantó una bandera constitucional, de una legalidad desconocida solo por la anarquía, el desorden, y la influencia y el interés de naciones extranjeras. Por otra parte ¿cuándo jamás el partido blanco puso en peligro *las conquistas á caro precio alcanzadas, en favor de la libertad y el orden?* Las salvó, sí, muchas veces.

A más el primero que condenó terminantemente la perpetuación ó creación de bandos personales, fué precisamente el ilustre jefe del partido blanco, el general don Manuel Oribe. El que los partidos tengan jefes no quiere decir que por ese solo hecho sean bandos personales. Gladstone es jefe de partido, y no por eso el partido liberal es bando personal. Silveira Martins es jefe de partido, sin que el partido federal sea bando personal. Leandro Alem es jefe de partido, sin que tampoco lo sea el partido radical. El pacto, y la conducta del partido blanco y del General don Manuel Oribe después de la pacificación, proclamando principios constitucionales y sosteniendo los gobiernos legalmente constituidos, son las causas precursoras de esas palabras de nuestro programa, que no vinieron á hacer el 72 sinó á renovar las ideas de conciliación legal, decorosa y racional, proclamadas por don Manuel Oribe y el partido blanco después de la pacificación de la República; y en esta inteligencia, y no en la forzada que pueden pretender darle los sofistas, fueron proclamadas por la entusiasta, patriótica y numerosa asamblea del 7 de Julio de 1872, que en caso de haber visto en ellas la condenación de los primeros tiempos del partido blanco, miles de voces de patriotas se hubieran levantado para desechar enérgicamente ese mismo documento.

Hasta el nombre del partido nacional se lo dió don Manuel Oribe, bajo cuya dirección el partido blanco inició la evolución

que quitó á nuestro partido su carácter de intransigencia, natural á una época de guerra, y le dió la amplitud y el espíritu de fraternidad que el programa del 72 patrióticamente consagra.

En el manifiesto que se dirigió al pueblo Oriental, con motivo del pacto de 1855, se decía: «La desunión ha sido y es « la causa permanente de nuestros males, y es preciso que ella « cese antes de que nuevas convulsiones completen la ruina « del Estado, extinguiéndose nuestra vacilante nacionalidad. »

Y el programa que se formuló con el mismo motivo principiaba así:

« Art. 1º Trabajar en la extinción de los odios que hayan « dejado nuestras pasadas disenciones, sepultando en perpetuo « olvido los actos ejercidos bajo su funesta influencia.

« Art. 2º Observar con fidelidad la Constitución del Estado.

« Villa de la Unión, 11 de Noviembre de 1855.

« MANUEL ORIBE, Brigadier General.
VENANCIO FLORES, Brigadier General ».

Todo era poco para don Manuel Oribe en su deseo patriótico de realizar la unión de los orientales y de robustecer y consolidar la nacionalidad; y deseando que los emigrados volvieran á la patria á cobijarse bajo su única bandera, escribió al General Urquiza la siguiente carta, en la cual sólo se habla de orientales, y que fué la primera vez que resonó el nombre de nuestro PARTIDO NACIONAL en un documento público. Decía así:

« Montevideo, 10 de Noviembre de 1855.

« *Señor General don Justo J. de Urquiza:*

« Los sucesos de este país, de algún tiempo á esta parte, « bajo la influencia de un poder extranjero interesado en la « discordia de los orientales con el fin que todo el mundo co- « noce, no pueden dejar de alarmar á los verdaderos patriotas, « en vista del peligro que amenaza su independencia. Más «

« menos próximo el día en que la política del Gabinete á
« que aludo se desarrolle por actos muy claros y decisivos, ese
« día llegará y tal vez no esté distante á celebrarlo como es con-
« siguiente la complicación de ideas y de personales intereses
« que han nacido de la discordia ó que han sido preparados
« por aquella influencia. *En tal situación todos los orientales*
« *que aman su patria, deben estar precavidos sobre el porvenir.*
« Existen ahí porción de ellos, cuyos sentimientos sobre este
« punto no pueden ses dudosos, pero convendría que estuvie-
« sen prevenidos, de que en la capital de Montevideo el extran-
« jero trabaja con más ó menos suceso, y que en esa inteligen-
« cia deben estar todos con precaución en aquel punto, mien-
« tras que la situación no se aclare, ofreciendo mas garantías
« *por medio de la misma unión de todos los orientales* QUE FOR-
« MAN **el partido nacional.**

« Sin otro objeto, etc.

« MANUEL ORIBE. »

No porque mirasen al porvenir, renunciaron, ni el digno patriota, ni sus correligionarios á un solo día de su glorioso pasado; elaborando así, sin desconocer su paternidad política, la evolución progresista que asumió una espléndida y hermosa forma en 1872.

Pero en ese mismo párrafo que los reformadores citan se dice que: « El Club Nacional obedece á una aspiración del patrio-
« tismo oriental *que ha tenido sus manifestaciones gloriosas*, sin
« que los grandes principios en que se funda hayan llegado á
« realizarse aún en toda su amplitud». Ahora bien, *¿cuáles son esos grandes principios que no han llegado á realizarse en toda su plenitud?* Los principios políticos puestos en práctica por las administraciones blancas y principalmente, y más en la memoria del pueblo, por la del ilustre repúblico D. Bernardo Berro. ¿Y cuáles son *esas manifestaciones gloriosas?* Entre ellas se cuenta la explosión patriótica de la inmortal defensa de Paysandú, y la justísima protesta armada contra la opresión y el crimen, que en grandiosa revolución popular acaudi- ló el General Aparicio.

¿Qué elementos eran los que producían esos patrióticos hechos, que con veneración y respeto recojerá la historia? En su faz más respetable y autorizada, los hombres del Cerrito de la Victoria, acompañados y reemplazados en sus bajas por una juventud entusiasta, patriótica y decidida que bajo su dirección se lanzaba á la lucha por la regeneración de la patria.

Berro era periodista del partido blanco en el Cerrito; Leandro Gómez admirador de Artigas y ayudante y compañero de don Manuel Oribe; y Aparicio era aquel capitán de guardias nacionales sostenedor del orden constitucional, que cuando los franceses, los unitarios y los riveristas derrocaron al Presidente legal, no quiso emigrar, prefiriendo ocultarse en los bosques sin que jamás pudiesen dar con él los sabuesos de Rivera. Era aquel capitán que cuando al terminarse la guerra grande Servando Gómez se pasaba á Urquiza con la vanguardia, y otros jefes imitaban su ejemplo; él, Aparicio, con Olid, al frente de sus respectivas divisiones, disputaban en el Este el paso á los brasileros, mientras don Dionisio Coronel, también fiel á su causa, les disputaba el paso del Yaguarón.

Los nuevos pseudo-reformadores dicen:

«Lo único práctico es dejar las cuestiones históricas al crite-
« rio de cada uno, sin exigir á nadie declaraciones escritas que
« resultan hermosísimas en el papel, y son después sofisticadas
« en el terreno de los hechos.»

¡Pero, bendito sea Dios! Después de habernos plagiado nuestro programa, ¡vaya una novedad, con la que nos vienen! ¿Qué otra cosa que dejar las cuestiones históricas al criterio de cada uno, hace nuestro programa, precisamente cuando declara que *no condena ni glorifica los partidos del pasado?* ¿Qué otra cosa que *no exigir declaraciones escritas*, significa el no exigirlas; y el dejar á cada cual, que conforme en cuanto al porvenir, juzgue como le parezca y condene ó glorifique los partidos en el pasado? ¡Valiente reforma, la que nos trae novedades estampadas hace veinte y un años por nuestro partido en un documento público!

¿Por qué no fueron á preguntar si blanco ó nacionalista eran la misma cosa en la defensa de Paysandú; ó en la revolución de Aparicio, que cuando el sitio en la Unión, tenía cantones llamados unos general Oribe y otros general Leandro Gómez? Blanco y nacionalista es la misma cosa para los que como el que estas líneas escribe consideran que el partido nacional no ha nacido en una reunión pública en una barraca, sinó que ha sido engendrado por una aspiración patriótica anhelante de libertad, de independencia y de organización, que se remonta á la época de la revolución contra el coloniaje, y que ha venido abriéndose paso y dejando ideas y glorias en su camino, con Artigas, con los Treinta y Tres, con la presidencia de don Manuel Oribe, con su resistencia al extranjero, con sus anhelos de reparación bajo Giró, con sus propósitos de fraternidad cuando el pacto, con sus deseos y nuevos ensayos de organización sólida que se vinieron elaborando y acentuando bajo los gobiernos de don Manuel Basilio Bustamante, don Gabriel Pereira y don Bernardo Berro, aspiración que ha continuado y continúa manifestándose para bien y esperanza de la patria, á la sombra de la gloriosa bandera levantada de los muros inmortales de Paysandú.

Esa aspiración fué desde un principio contrariada por los partidarios de las ambiciones y de los acomodamientos personales, que si cuando Artigas tenía opositores en don Nicolás Herrera y otros, y cuando los Treinta y Tres los tuvo en la actitud de Rivera, don Lucas Obes y otros, luego los ha seguido teniendo en los partidos que se formaron de esas tradiciones; y que si á través del tiempo, de las luchas y de los esfuerzos patrióticos, algo han aprendido, mucho les queda por aprender todavía, en materia de orden constitucional y de tolerancia política.

Si bien puede haber blancos-nacionalistas de una sola pieza, que á nuestro juicio son los que constituyen la inmensa mayoría de nuestro gran partido, puede haber también nacionalistas que no acepten las tradiciones de nuestro partido sinó

desde una arbitraria fecha cualquiera de la historia. Y es precisamente en razón de esa circunstancia que los reformadores notan que hay un nacionalista que se encuentra en esas condiciones. Ese nacionalista único está dentro de su derecho al aceptar el nacionalismo desde una fecha cualquiera, y al juzgar la historia como mejor le parezca y según la sepa, y la seguridad con que conozca sus personajes; pero indudablemente no está dentro de lo cortés al hablar soezmente de las opiniones que profesa la inmensa mayoría de los ciudadanos de los que él se llama correligionario. Y como también estaba completamente fuera del nacionalismo al proclamar el primero la candidatura presidencial de don Julio Herrera y Obes; al presidir la comisión del banquete que le fué dado al doctor Herrera con ese motivo; al dirigir la palabra al Gobierno en las fiestas colombinas con cuyo motivo el Presidente y su cortejo le volvieron la espalda; y al asociar á ese mismo Gobierno á los homenajes populares que pretendía para los Treinta y Tres, aceptando el dinero oficial para los gastos de esa manifestación, mientras proponía la erección de la estátua del libertador Lavalleja por suscrición popular. Los demás nacionalistas que dentro de su más perfecto derecho condenen el pasado de nuestro gran partido, y que según los nuevos reformadores no se vén; si es que los hay, tienen al menos el buen sentido de no atacar innecesariamente el glorioso pasado de nuestro partido, que respeta la inmensa mayoría de sus afiliados; pasado muy fácil de ser calumniado, sofisticado y ofendido por los que buscan popularidad ó senaturías en las filas adversarias, pero al que es muy difícil atacar con sensatez en el terreno imparcial y justiciero de la historia.

CAPÍTULO LXII

La metafísica

> A eterna fé nuestra alma condenada,
> cuando no cree en Dios, cree en la nada.
>
> *Campoamor.*

La nueva propaganda, con una saña digna de la secta iconoclasta, la emprende también contra la metafísica, contra esa respetable escuela filosófica que en todas partes y en todas las épocas de la historia ha despertado la conciencia y levantado y conservado la dignidad de la especie humana. Al oirles decir á los nuevos reformadores que los partidos se han extinguido en Buenos Aires á causa de la elección de Rivadavia, el magistrado más partidista é intransigente de todos los jefes de partido esclusivistas; y al escucharles que Aristóleles, el célebre metafísico, fué contrario á la metafísica, no podemos menos que esclamar que los pseudo-reformadores no se fijan en lo que dicen.

Es verdaderamente sorprendente decir que: «*está de moda la metafísica*», cuando precisamente el menospreciarla y el apartarse de las grandes verdades que enseñaba, y de las grandes virtudes que inspiraba, es lo que está llevando á muchos pueblos á la abdicación, á la abyección, y al más degradante olvido de sus derechos y de sus deberes. Es también curiosa la afirmación de que la metafísica es: «*la ciencia oficial de la República*, y que con ella se pretende *guillotinar la Universidad*,» cuando los reformadores deben saber perfectamente que la Universidad está regida hoy por un Rector, caballero como el primero, pero positivista como el que más, y que sólo para muestra se encontrará uno ó dos catedráticos espiritualistas, siendo la gran mayoría de los catedráticos universitarios ardientes sectarios de la doctrina positivista; y á los catedráticos espiritualistas, por otra parte, sería inútil buscarlos en las cátedras de filosofía, y de filosofía

del derecho, donde más influencia podrían ejercer con sus ideas, y la escasa muestra que de ellos queda habrá que buscarla en cátedras casi neutras con respecto á ideas filosóficas. Es también sumamente original lo de que: *la ciencia oficial de la República se abraza ingénua y convencida al índice de Janet para proscribir la libertad y la inviolabilidad de la cátedra y del libro.* ¡A qué extremo llega la subversión de las ideas y de la interpretación de los hechos en los pueblos desorganizados, presididos por gobiernos olvidados de la ley moral! ¡Cuando ni Janet ni las doctrinas de la escuela á que él pertenece pueden autorizar la proscripción de la libertad del pensamiento, cuando esa libertad es la base de la metafísica, que es ciencia de raciocinio, y es á la vez su instrumento y su medio de manifestarse á la luz del día, para comunicar á los hombres las verdades que descubre!

No sabemos ni queremos saber qué doctrinas filosóficas profesa el Presidente de la República, porque no podemos ni debemos, ni pretendemos investigar conciencias, y eso es completamente del fuero interno; pero sí podemos asegurar que todos sus actos públicos están reñidos con las nobles enseñanzas de la escuela espiritualista, y que solo la candidez ó la sofistería pueden atribuir complicidad á la metafísica en los tremendos errores de ese gobernante funesto; y deben reconocer los reformadores que si quieren ligar los actos del actual gobierno á alguna moral y á alguna doctrina filosófica, tendrán que ligarlos á la escuela materialista de Hobbes que vendía á Cromwell la sabiduría, la filosofía y la conciencia; á la escuela de Epicuro que veía el ideal del ciudadano en hartarse como un animal de todos los goces sensuales, y que fijaba el bien soberano del hombre en el vientre; y tendrán que ligarlos á las doctrinas de Lucrecio que entregaba su vida política á la abyección, y su inspiración poética á las prostitutas.

En cambio si quieren recordar á qué escuela han pertenecido en todos los tiempos las inteligencias más vigorosas, abran las páginas de la historia del espiritualismo y se encontrarán con

nombres tan gloriosos como Anaxágoras, Pitágoras, Sócrates, Platón, Aristóteles, San Agustín, San Anselmo, Santo Tomás de Aquino, Descartes, Spinosa, Malebranche, Vico, Leibniz, Bossuet, Reid, Kant, Krause, Cousin, y los de otros genios poderosos que han levantado en la historia monumentos inmortales, que honrarán siempre el poder y la elevación del pensamiento, dentro de cuyos límites y doctrinas se encierran aún las aplicaciones prácticas del derecho en las naciones civilizadas del mundo.

No me ocuparé de Buckle que los reformadores citan, porque es ante todo historiador, y jamás pronunció los desatinos que quieren atribuirle con sus exageraciones sus discípulos Pero al ver el gobierno de nuestra patria exento de ley moral, al ver la juventud detenida en el desarrollo de su inteligencia por la imposición de las aplastadoras doctrinas materialistas, que secan las fuentes de las virtudes y nivelan por lo bajo las inteligencias; no puedo pasar por alto estas líneas de la nueva propaganda: « *Hace bien en erguirse triunfante esa ciencia oficial, matrona* « *ilustre ultrajada por el pensamiento de Aristóteles, planta* « *dañina que se injerta luego en Bacon etc*». ¿Puede darse una afirmación más estrafalaria? ¿Dónde está erguida triunfante la doctrina espiritualista, proscrita de la Universidad que es el asiento de la ciencia oficial de la República? El que el Presidente haga alarde en sus mensajes, (que son una pura mentira como lo fué su programa), de ideas espiritualistas, quiere decir que la metafísica se ierga triunfante? ¡No! El terreno del espiritualismo es el de las ideas luminosas y el de los hechos morales, y no el de los mensajes farsáicos y liberticidas.

En cuanto á Aristóteles, célebre filósofo é influyente metafísico, ¿cuándo ultrajó con su pensamiento á la metafísica, su adorada predilecta? En su vasta ilustración y en su larga existencia abarcó el estudio de las ciencias naturales porque buscaba la verdad imparcialmente en todas las esferas del conocimiento; pero fué filósofo espiritualista, que no es responsable de las exageraciones de sus discípulos; y como metafísico legó

á la humanidad una de las pruebas físicas más evidentes de la existencia de Dios, la del motor inmóvil; que no echarán por tierra los reformadores, ni aunque se junten todos y tiren de la cuerda durante su vida entera, como no ha podido derribarla la catarata incesante de los siglos.

Bacon no es el continuador, ni resiste la comparación que quiere hacer de él con Aristóteles la nueva propaganda—Es indudable que dada la vida y los actos públicos de Bacon, estaba en su interés el que se hubiesen desarrollado en su país doctrinas como las positivistas de hoy en día, que llevando á la Inglaterra donde nos van llevando á nosotros, todo le hubiera sido aprobado y justificado—Era una época de renacimiento—Los viejos métodos no respondían al nuevo ensanche de los estudios y el célebre Canciller hizo lo que en esas mismas circunstancias hubiera hecho el lector, los espiritualistas, los reformadores, cualquiera; trazó un nuevo método y proclamó la necesidad de interrogar á la experiencia, método conciliador que desde la antigüedad había sido proclamado por Sócrates, Aristóteles y otros filósofos, y del cual se había prescindido en los sistemas de la Edad Media.

Pero de ahí no pasó su gloria, limitándose á su método, sin servirse de él como arma para hacer descubrimiento alguno, ni para trazar una doctrina; dejando lo primero á los matemáticos Galileo, Pascal y otros espiritualistas, y la obra entera, nuevo método, doctrina y descubrimientos, al genio colosal de Descartes, que se destaca en el vestíbulo de la filosofía moderna, con la misma imponencia que la figura prominente de Mirabeau en el peristilo de la gran revolución francesa, que engendró el pensamiento profundo y luminoso de Descartes.

Se preguntan los nuevos seudo-reformadores qué es lo que ha fundado la metafísica. Nosotros á nuestra vez les preguntaríamos qué es lo que ha fundado el viento? Dónde están sus fundaciones? Pues bien, el viento favoreció la navegación de los fenicios, pobló con sus navegantes las costas del Mediterráneo, aproximó los pueblos, produjo y desarrolló el comercio del

Asia y de la Europa; y cuando ya le fueron estrechos los límites del viejo mundo, lanzó las naciones y sus bajeles fuera de las columnas de Hércules, atravesó el Atlántico y descubrió la América. Así también la metafísica levantó el velo con que una casta privilegiada ocultaba la doctrina; se abrió pasó por en medio de supersticiones y fetiquismos extravagantes, y despertó en el hombre la conciencia. Desgarró los ídolos de cultos monstruosos; descendió á las profundidades del sér, y enseñó á los hombres que eran depositarios de un alma libre y dueños de derechos imprescriptibles, que no debían sacrificar á sofismas, á imposiciones, ni á tiranos. Levantó la idea sobre la fuerza; demostró el dogma de un alma y de un Dios; presentó una ley moral; é hizo brotar una religión y un culto del borde de la tumba; constituyó la sociedad y la familia, y marcó su deber al ciudadano y al patriota. Si como el viento benéfico que desarrolló el progreso material del mundo, inflamó el alma de la humanidad con las más elevadas ideas, con los más puros sentimientos, y con los más entusiastas ideales; como el huracán que barre y purifica, deshizo las telas del sofisma, combatió el error y la corrupción moral, y atacando al materialismo, agarró por el cogote y levantó del cieno á los que pretendían hundirse en un pantano como las bestias, y convertir á los pueblos en rebaños como anhelaba Hobbes. Esa es una parte de sus títulos á la consideración y al respeto de las gentes.

No cabe aquí hacer una crítica de ese materialismo disfrazado que se titula positivismo moderno; pero sería de desear que los reformadores, como cualquier hijo de vecino, tuviesen en cuenta que Spencer, ese buen observador y grande é infatigable recopilador de hechos y datos, y que según ellos es el sastre que les proporciona *el traje científico de nuestros días,* sólo llega en el terreno de la metafísica á lo incognoscible, con lo cual tropieza en sus investigaciones filosóficas ayudado de la razón, de la experiencia y de las ciencias naturales, y en el terreno de los hechos sólo alcanza á explicarse sus causas por

medio de la trabazón de las más avanzadas y originales hipótesis. Elegido diputado al parlamento, se negó una vez á ocupar en él un asiento, diciendo que él hacía leyes para los legisladores del mundo entero, pero que no se encargaba de aplicarlas á un país dado. Siendo él el más indicado para hacer prácticas las doctrinas que propaga, no se le escapó, sin embargo, que es más difícil aplicarlas en el terreno de la práctica que multiplicar el número de las ediciones de sus obras. Augusto Comte murió en un manicomio, después de haber visto fracasar su humanidad-dios, de cuya nueva religión se declaró pontífice, y después de haber sido testigo de la deserción de sus discípulos, lamentándose de no tener á quien legar su estrafalario magisterio. Littré, el mejor escritor y el más lógico y consecuente de todos los positivistas, se desengañó al fin de las doctrinas con que había tratado de envenenar á la humanidad. En su «Experiencia retrospectiva con motivo de nuestra más reciente historia», decía, poco antes de morir, lo siguiente: «Una « vida que se prolonga mucho en medio del sufrimiento per- « manente, es verdad, pero con un espíritu que conserva, á « mi parecer, la lucidez, me lleva de nuevo á los juicios del « pasado por el presente, no siendo, á diferencia del viejo de « Horacio, panegirista del tiempo pasado ni censor y *castiga-* « *dor* del tiempo presente. Hallo singularmente instructivo, al « menos para mí, retroceder cuarenta ó cincuenta años, y ver « lo que los sucesos han hecho de lo que habíamos creido, « temido y esperado. Me parece, á pesar de la creencia en « contrario, que un viejo que no sea testarudo por carácter *es* « *tan reformable ó corregible como un joven,* y QUE NO PUEDE « CONSERVAR PREOCUPACIONES POR LO QUE EN OTRO TIEMPO « LE HABÍA APASIONADO Y ATORMENTADO. Me refiero aquí al « punto de vista de la filosofía positiva *tal como yo la adoptaba* « SIN RESERVA, la cual juntamente con los sucesos me lo han « enseñado. ¿Hay muchos revolucionarios y muchos viejos « conservadores *que se resignen como yo,* que soy viejo positi- « vista, *á echar sobre sí mismos* LA CULPA DE UNA PARTE

« SUS DECEPCIONES, en lugar de echarla toda sobre los su-
« cesos? »

Tomen ejemplo del más venerable de los positivistas los que pretenden atacar la metafísica, y escarmienten en cabeza agena por las contradicciones y las palidonias á que conduce una doctrina hipotética que no ha sembrado más qne la duda y el escepticismo.

En 1850, fundado en el positivismo, se le había puesto á Littré que la guerra había muerto con Napoleón 1.º en 1815, y afirmaba con toda fé la utopía de que el positivismo garantía *la paz occidental* en la Europa. Decía al respecto: «La Paz está
« prevista por la sociología desde hace veinticinco años, pre-
« vista antes del sacudimiento de 1830, prevista antes de las
« amenazas de 1840, prevista antes de Febrero de 1848, y siem-
« pre, á pesar de las más graves apariencias, los sucesos le han
« dado la razón».

A pesar de tantas previsiones positivistas, sobrevinieron en seguida sucesos que desmintieron las largas vistas del gran positivista, y lo dejaron tan corrido, que en 1878 refiriéndose á sus anteriores escritos se juzgó á sí mismo de la siguiente manera: «Estas desgraciadas páginas *son un contrasentido perpétuo*
« con los sucesos que han desarrollado. Respiran una confianza
« que me hace daño después de tantos años. Harán también
« daño al lector, que se quejará *de tal ceguedad,* ó alzará las
« espaldas, según los sentimientos de que esté animado. Ape-
« nas había yo pronunciado en *mi pueril entusiasmo* que en
« Europa no habría ya derrotas militares, reemplazadas en ade-
« lante por derrotas políticas, acaecieron la derrota militar de
« Rusia en Crimea, la de Austria en Italia, la de Austria tam-
« bien en Alemania, la de Francia en Sedan y Metz y hace
« poco la de Turquía, en los Balkanes. ¿Es este el fin? ¿Quién
« lo sabe? *Con una jactancia que ahora* ME PARECE RISIBLE,
« opongo lo que llamo política real, la que prevé la paz uni-
« versal á pesar de las apariencias, á la que yo llamo vulgar
« y que consulta las apariencias para deducir la paz ó la gue-

« rra. La política real ha sido desmentida sin reserva. La
« política vulgar ha tenido de nuevo completa razón. He
« procurado publicar yo mismo estas páginas para comple-
« tar mi confesión política y filosófica. ME HE EQUIVOCADO
« ¿quién no se equivoca? Pero no es esto lo que me perturba.
« Lo que me perturba es la certidumbre con la cual yo
« separaba los hechos amenazadores, y *sobre todo mi temeridad*
« *dada por prenda de confianza en la sociología* DE LAS PREVI-
« SIONES QUE DEBIAN SER TAN PRONTO DESMENTIDAS »

La verdad es que es una broma un poco pesada la de estar majadereando á la humanidad entera para que se despoje de sus creencias, y opiniones tradicionales, y al llegar sus apóstoles á los ochenta años nos salgan con un: *Señores me he equivocado, Vds. dispensen.* Es como para decirles: ¡Váyanse Vds..... ....con Dios! y con su positivismo!

De todos los ataques que periódicamente se le han traido al tradicionalismo, el positivismo de este siglo es á nuestro juicio el más efímero é insensato. La reforma proponía el protestantismo que en medio de sus errores era al fin una creencia, la revolución francesa arribó á la igualdad y al culto del Ser Supremo, lo que ya era mucho tratándose de una época única en la historia y de conmoción sin igual; el racionalismo dejaba á salvo los dogmas fundamentales de Dios y de la inmortalidad del alma y proclamaba la moral austera del deber; pero el materialismo disfrazado de este siglo no ofrece nada en cambio de lo que pretende derrumbar; sinó el escepticismo y la duda en filosofía, la barbarie y el despotismo en política, y el egoísmo y la corrupción en moral, realzado todo eso por las contradicciones y las palinodias más estupendas de sus principales apóstoles.

En vano han querido invadir el terreno de las ciencias sociales. Han pretendido entregar al patólogo y al fisiólogo el derecho penal, pero sin suceso alguno; como si mañana pretendieran entregar el dominio de la economía política á los que acuñan moneda, ó el derecho constitucional á los que fabrica

sables para los electores de los cuarteles. ¡Las ciencias morales y jurídicas en manos de los médicos! Precisamente en un siglo que tiene por norma la subdivisión del trabajo; y que aún no ha perdonado á los médicos el asesinato de Rafael Sanzio por medio de las sangrías. En vano en Italia, Lombroso, Ferri y Garofalo, han pretendido poner la jurisprudencia en manos de los médicos. A su frente se han levantado para combatirlos Luis Luchini que era catedrático de derecho penal en la Universidad de Bolonia, Carlos Lucas del Instituto de Francia, Mr. Liszt catedrático de derecho penal en Marbourg, el profesor Brusa de la misma materia en la Universidad de Turin, y el profesor Benedikt de Viena. En veinte universidades de Italia no hay una sola cátedra donde se sigan las ya combatidas ideas de Lombroso. Las legislaciones contemporáneas viven aún á la sombra del coloso que se llama la escuela clásica espiritualista, suceptible de muchas reformas y transformaciones de forma y de detalle, pero inmutable en su base, eterna como su esencia.

CAPÍTULO LXIII

Las exijencias del buen sentido público. Conclusión

Si hubiera patriotismo decidido como en otro tiempo en nuestro pueblo, y sensatez reposo, y buena voluntad en los partidos y en los círculos, el año actual podría ser de salvación para la República. Podría ser el punto de partida para la terminación de una era oprobiosa, que mientras oprime y proscribe al partido blanco nacional, y deshonra al partido colorado, lleva á la nación á pasos acelerados á la bancarrota á la despoblación y al abismo.

Violadas todas las leyes, conculcados todos los derechos, desgarrada la libertad, falseadas las instituciones, olvidada la

constitución, y entronizados el fraude, la fuerza, la inmoralidad y el sofisma; el pueblo oriental está en el deber y en el caso, porque todavía está en tiempo, de levantarse á toda su altura, contemplar la negra situación presente, observar el desquicio, la ruina y la perdición segura á que se le conduce, y exigir con la ley en la mano la salvación de la patria; reservándose los últimos recursos del derecho de los pueblos, para aplicarlos con toda justicia, en caso de que histriones tiranuelos y mandones, persistan en la obcecación y en el crimen de pretender hacer eterna la dominación del consorcio de la corrupción y de la fuerza bruta en nuestra patria.

El partido blanco-nacional siempre pronto al llamado del patriotismo ha agitado ya su gloriosa bandera en el terreno de la legalidad y de la pacífica y cívica lucha; y es una circunstancia consoladora, que compensa los desencantos del patriotismo y demuestra las fuerzas vivas y siempre renacientes de nuestro partido, ese espectáculo hermoso que nos ofrece el cumplimiento de la ley de renovación y de lozanía que preside á los pueblos y á los partidos viriles, y que nuestro partido nos muestra en esa juventud nacionalista, ansiosa de honor, de gloria y de libertad, que á despecho de asequibles y de doctrinas de disolución y de servilismo, se presenta en el palenque á llenar las bajas causadas en los patriotas por la mano helada de la muerte, por el desengaño enervante, ó por la deserción ignominiosa.

¡Adelante, juventud nacionalista, esperanza de la patria! Los ciudadanos que cuando el desarme de la revolución de Aparicio en 1872 iniciaron la reorganización civil de nuestro partido, no se encontraban ya en su totalidad entre los que lo reorganizaron nuevamente el 81. Otros fueron los que lo reorganizaron en 1887, y otros los que lo dividieron en ese mismo año. Ciudadanos residentes en Buenos Aires fueron los que nuevamente sobre bases sólidas lo reorganizaron en 1890, y los que compusieron el Centro Directivo provisorio. Otros ciudadanos fueron los que formaron la Convención que recibió de sus manos

organización hecha, y la dirección del partido; y otros correligionarios fueron los que compusieron los Centros Directivos permanentes, que se han venido renovando y sucediendo.

La próxima Convención nacionalista tiene á su cargo una importante misión que llenar; debe integrar en un gran número de miembros el directorio de nuestra colectividad política. Por nuestra parte hacemos los más fervientes votos porque guíe á los convencionales el mayor acierto en la elección; porque se fijen sobre todo en correligionarios que mantengan en alto con firmeza, con decisión y con patriotismo la bandera pura del partido; porque produzcan una composición que haga inaccesible la dirección de nuestra agrupación política á transacciones y á combinaciones bastardas, anti patrióticas é impuras, cualesquiera que sean las personas que las propongan y sean cuales sean los sofismas y las artimañas con que las invoquen; nada de hacer lugar á menguadas ambiciones personales de figurar á costa de nuestro partido en el escenario colorado y oficial; nada de fijarse en ciudadanos sin más preocupación que la contemplación ó la ambición del puesto público, que los hace incompatibles con una actitud independiente como la que tiene que encarnar el directorio de nuestra colectividad política.

Salvados así los principios democráticos, el honor de la causa, y los elevados ideales republicanos de nuestro partido, debemos propender con empeño á la estrecha unión de nuestros correligionarios, cualesquiera que hayan sido sus yerros anteriores, y siempre que nuevamente se cobijen bajo la gloriosa bandera de nuestra agrupación, y sean decididamente leales á su espíritu, á su programa y á sus sentimientos. No debemos preocuparnos del pasado, y á más no puede extenderse la tolerancia y la fraternidad; pero no es tampoco sincero acertado ni práctico, salvar el presente y el porvenir, y á pretexto de unión llamar correligionarios á los que actúan en otras filas que las verdaderas de nuestro partido, y contrarían sus propósitos, sus aspiraciones y la dignidad de sus ideas.

Unión, Unión y Unión, á todo trance; pero sensata y decorosa; y antes quedarnos solos los trescientos de Gedeon, y esperar la renovación de nuestros elementos custodiando nuestra honrada y gloriosa bandera, que admitir mistificaciones y desvergüenzas indignas, que enervarían al partidario, desconceptuarían la causa, y servirían de irrisión, de instrumento y de repugnante farsa al oficialismo á la tiranía y á la usurpación.

Año electoral el presente, en él la inscripción es un derecho, y en las actuales circunstancias un imperioso deber. Debemos aprovecharla porque la inscripción es un arma envainada que no daña; que puede servir para regenerar el país, ó mostrar una vez más la arbitrariedad y el crimen de los gobiernos electores y usurpadores que nos agobian; y en este caso vendrían á confirmar y á robustecer el derecho y la protesta legítima del pueblo.

Al gobiernno se le brinda una ocasión brillante de salir con honra y sin peligro del atolladero. Dé libertad de sufragio, si no completa en toda la República, íntegra al menos en algunos departamentos, lo suficiente para que con libertad, con legalidad, con independencia y con derecho, el partido blanco-nacional pueda sacar por sí mismo sus representantes, y ser debida y legítimamente representado en el parlamento. En su deseo de conservar la paz éstas son las últimas concesiones á que puede llegar el patriotismo; fáciles de efectuar por parte del Gobierno, que encontraría en ellas mismas la paz y la salvación del país; pero ni en su indispensable necesidad de hacer lugar en las Cámaras á los colorados con cuyos votos no cuenta, y en su obcecado afán de, á pesar de eso, conservar una mayoría que le garanta la elección presidencial de Don José Eduviges Ellauri ú otra calamidad por el estilo, si por tan porfiadas y usurpadoras pretensiones se renuncia á dar libertad y triunfo consiguiente al partido blanco-nacional en algunos departamentos, entonces carguen solo el gobierno electoral y el partido dominante con la perdición de la República y todas sus tremendas consecuencias.

A nuestro juicio el partido nacional debe marchar nuevamente á banderas desplegadas á la conquista de las libertades públicas, admitiendo en sus filas á todas las individualidades que simpatizando con sus propósitos y principios, quieran acojerse á la sombra de su bandera: y en cuanto á partidos y círculos que piensen de idéntica manera y quieran plegarse á sus esfuerzos, para ellos están las alianzas francas y el aunamiento de esfuerzos en el hecho; pero sin fusiones, sin confusiones y sin cambios de distintivos ni de banderas. La columna del partido nacional debe seguir adelante; si hay agrupaciones más ó menos numerosas conformes con sus propósitos, pueden formar á sus flancos, previstas y desarmadas de antemano las consecuencias posibles de su descontento] y de su deserción. Si se separan, la columna nacionalista que sustenta su bandera seguirá avanzando, sin interrumpir siquiera su marcba.

En cuanto á lo relativo á la formación del titulado partido liberal, es una idea tan extravagante que ni siquiera puede sensatamente ser tomada en cuenta en un país donde liberales y católicos toman parte á la vez en el Gobierno y en los partidos de oposición. Esa monstruosa confusión de las manifestaciones públicas con lo perteneciente únicamente al fuero interno, sería un nuevo elemento de disolución, que en nuestra sociedad nadie puede aceptar ni tomar á lo serio.

En lo demás dejo manifestado mi modo de ver las cosas actualmente. Creo que mucho puede hacerse en el terreno del patriotismo y conozco bastante á mis correligionarios, para comprender que ellos están tan persuadidos como yo, de que nada es tan triste y bochornoso para un pueblo, como su perecimiento por la indiferencia de sus ciudadanos.

FIN

INDICE

Páginas

PRIMERA PARTE

Artigas

SEGUNDA PARTE

Los Treinta y Tres

TERCERA PARTE

La República y los Partidos

CUARTA PARTE

La monarquía militar

FÉ DE ERRATAS MAS NOTABLES

Página	Línea	Dice	Debe decir
15	15	y sin plan	y su plan
39	25	un presente	su presente
103	24	sus ejércitos	sus escritos
229	10	ni que jamas	sin que jamas
257	33	ó tolerandola	ó tolerándolo
309	2	errores que alegar	horrores que alegar
327	8	no pudo ingresar	pudo ingresar
345	11	imprimiendosele	imponiéndosele
367	31	V. E.	S. E.
372	19	queira	quería
474	29	bandera nacional	bandera racional